ISSN 0325 — 2221

relaciones

Tomo XII
Nueva serie

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1978

ISSN 0325 — 2221

RELACIONES

Tomo XII
Nueva serie

SOCIEDAD ARGENTINA DE ANTROPOLOGIA



BUENOS AIRES
1978

Viñeta:

Motivo rupestre
Hilario
Provincia de San Juan
Documentación, Carlos Rusconi, 1968.

El presente volumen ha sido sufragado con la contribución primordial del *Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)* y con el aporte de los autores e integrantes de la Sociedad Argentina de Antropología.

Han contribuido asimismo el *Banco de la Ciudad de Buenos Aires*, el doctor Eduardo Ripoll Perelló (Barcelona), el señor Alberto E. Wuille-Bille y el doctor Remo Entelman.

Director de la publicación:

CARLOS J. GRADIN

El comité de redacción del presente volumen ha estado integrado por la Comisión Directiva de la Sociedad Argentina de Antropología:

Presidente: Sr. Carlos J. Gradin

Secretario: Ing. Augusto Cardich

Tesorera: Lic. Ana M. Aguerre

Vocal 1º: Lic. Damiana E. Curzio

Vocal 2º: Dr. Bernard Dougherty

Vocal Suplente: Dr. Rodolfo J. Merlino

Comisión revisora de cuentas:

Lic. Eduardo A. Crivelli Montero

Sr. Alberto E. Wuille-Bille

EN HOMENAJE AL DOCTOR MARCELO BORMIDA

Impreso en la Argentina
Propiedad de la Sociedad Argentina de Antropología
Hecho el depósito que previene la Ley Nacional 11.723
Nº de Inscripción: 11431

Dirección postal: Moreno 350 - (1091) Buenos Aires

ÍNDICE

Doctor Marcelo Bórmida 7

Antropología de la cerebralización, por Armando Vivante 9

Los "Monexné os Lóte" de los indios Chamacoco o Ishír, por Edgardo J. Cordeu 19

El fenómeno onírico entre los aborígenes Toba y Mataco del Gran Chaco, por Luis D. Heredia 35

El ciclo agrario-ritual en la puna argentina, por Rodolfo J. Merlino y Mario A. Rabey 47

Los indios de la puna en el siglo XVI, por Pedro Krapovickas 71

La ocupación inka en el NO argentino, por Rodolfo A. Raffino y colaboradores 95

Arte rupestre en la cuenca del río Doncellas, por Lidia C. Alfaro 123

Sobre una piedra grabada en el valle del río Pardo, Río Grande do Sul, Brasil, por Augusto Mentz Ribeiro 147

Aportes para el conocimiento antropológico del Delta del Paraná, por María Amanda Caggiano, Olga Beatriz Flores, Marta Graciela Méndez y Susana Alicia Salceda 155

Lugares con arte rupestre en el extremo sur de la provincia de Mendoza, por Juan Schobinger 175

Excavaciones en el Abrigo de los Chelcos, San Alberto, Córdoba, por Sergio P. E. González y Eduardo A. Crivelli Montero 183

Análisis de sedimentos del Abrigo de los Chelcos, San Alberto, Córdoba, por María C. Etchichury 207

Restos humanos del Abrigo de los Chelcos, San Alberto, Córdoba, por Virginia Inés Fortich Baca y Ana María Mesa 209

Temas patagónicos: III. La técnica de la talla del vidrio, por Rodolfo Casamiquela 213

Descripción y tipología de las industrias líticas más antiguas de Los Toldos, por Augusto Cardich y Nora Flegenheimer 225

Fechado radiocarbónico para la Isla Englefield, Seno Otway, Patagonia Austral, por Omar R. Ortiz-Troncoso 243

Cuatro fechas radiocarbónicas para el Alero de las Manos Pintadas, Las Pulgas, Chubut, por Carlos J. Gradin y Carlos A. Aschero 245

Palinología del perfil del Alero de las Manos Pintadas, Las Pulgas, Chubut, por Héctor L. D'Antoni 249

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

DOCTOR MARCELO BÓRMIDA

El 20 de setiembre de 1978, en forma inesperada, falleció en Buenos Aires el doctor Marcelo Bórmida cuando se desempeñaba como presidente de la Sociedad Argentina de Antropología. Su muerte, ocurrida en la plenitud de la capacidad creativa, acongojó a todos por la irreparable pérdida que significaba. Joven todavía para que su desaparición encontrara consuelo entre quienes lo conocían y apreciaban, deja entre nosotros un sentido vacío, no sólo en los cuadros de la investigación científica sino también en los cargos directivos de las Ciencias Antropológicas.

Había nacido en Roma, Italia, el 20 de enero de 1925, trasladándose muy joven a nuestro país en el que adoptó la ciudadanía argentina. Cursó sus estudios en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde se licenció y doctoró en Historia con especialidad en Antropología y Etnología General, egresando de la misma con diploma de honor. En dicha casa de estudios fue discípulo y colaborador del doctor José Imbelloni, cuya orientación habría de cimentar su formación científica.

La personalidad del doctor Bórmida puede apreciarse en su justa medida si se tiene en cuenta la importancia que alcanzaron sus trabajos científicos a poco de iniciar las tareas de investigador. En el campo de la Antropología Física, su tesis doctoral sobre la craneología de los antiguos Patagones constituye un hito aun no superado, que trascendió los límites regionales y temáticos para convertirse en ineludible antecedente de toda síntesis prehistórica que considerara la dinámica del poblamiento nacional. La Antropología Cultural, en especial en el campo de la Etnología Comparada, le permitió establecer la difusión de fenómenos que interesaban a la cultura espiritual de los desaparecidos habitantes de Patagonia, cuyos descendientes estudió personalmente cuando estaban prontos a desaparecer del escenario actual y entre quienes recogió valiosos datos etnográficos vinculados a los últimos tehuelches.

En el campo de la Arqueología sus contactos con el doctor Osvaldo F. A. Menghin lo llevaron a una serie de investigaciones arqueológicas regionales, en las que demostró toda su penetración retrospectiva de los acontecimientos del pasado, apoyado en numerosos testimonios y sólidos argumentos, que estudió con el rigor de su mentalidad científica. El norte patagónico, la pampa bonaerense y también las cuencas uruguayas, encontraron en sus apreciaciones un esquema racional de desarrollo que constituyeron un innegable progreso para el conocimiento de la Prehistoria.

Profesor titular con dedicación exclusiva en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, se desempeñó como director del Departamento e Instituto de Ciencias Antropológicas y del Museo Etnográfico, siendo asimismo director de la Revista *RUNA* (Archivo para las Ciencias del Hombre) de esa alta casa de estudios.

El doctor Bórmida pertenecía al mismo tiempo a la Carrera del Investigador Científico del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), presidiendo la Comisión Asesora de Ciencias Antropológicas, Arqueológicas e Históricas de ese organismo desde 1969. Dedicado en los últimos tiempos a los estudios etnológicos, cuyo enfoque fenomenológico defendiera en diversos trabajos, creó y dirigió el Centro Argentino de Etnología Americana (CAEA) con el apoyo del CONICET, desde el cual sus investigaciones habrían pronto de trascender los límites de la cátedra, gracias a la publicación de la revista *Scripta Ethnologica.*

Numerosos trabajos de campo a lo largo de treinta años lo llevaron a recorrer diversas regiones argentinas desde Patagonia hasta el Chaco, incluyendo Bolivia y Paraguay, sedimentando una experiencia científica que avalan la publicación de más de sesenta trabajos documentales, metodológicos y conceptuales, cuya proyección influyó en los estudios locales y sobrepasó los límites de nuestro país. Quienes conocieron al doctor Bórmida en plena actividad, tanto en el terreno como en el gabinete, recordarán siempre su incansable capacidad de trabajo y su aguda inteligencia para encarar una tarea a la que desde un primer momento abarcaba con fundamental intuición.

La Sociedad Argentina de Antropología, por intermedio de su Comisión Directiva, desea con la presente publicación de la revista *Relaciones,* rendir un merecido homenaje al doctor Marcelo Bórmida, quien no sólo integraba su cuerpo directivo sino que además alentaba y apoyaba su acción como órgano de difusión del quehacer científico argentino. Vaya, pues, nuestro homenaje a quien viviendo entre los suyos en su recogida casa de Garín, cerca de Buenos Aires, diera lo mejor de sí mismo a las ciencias antropológicas.

La Comisión Directiva.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

ANTROPOLOGÍA DE LA CEREBRALIZACIÓN

Armando Vivante

Tesis. — Con este título queremos plantear el tema de *la relación que pueda existir entre el proceso del desarrollo filontogenético de la cerebralización del hombre y la fenomenología cultural.*

Por el momento no puede ser más que un planteo e hipótesis de trabajo, puesto que no tenemos suficientes antecedentes al respecto. Hasta ahora el proceso de cerebralización se ha sobreentendido como debido a una exclusiva causación biológica, lo que es consecuente con una decadente visión zoológica del hombre. Esta visión, todavía predominante, es criticada o superada por los modernos puntos de vista de la antropología. Sin excluir la acción de factores biológicos, consideramos indispensable tomar conocimiento de la influencia dinámica y organoformadora de la cultura, entendiendo a ésta con criterio antropológico.

El llamativo desarrollo del cerebro —desarrollo que establece un profundo hiatus entre el hombre y los vertebrados más próximos a él— constituye un dato en la determinación del *homo sapiens*; con este desarrollo se instala un incremento extraordinario en los mecanismos y en la calidad de la actividad nerviosa capaz de determinar un nuevo nivel en la realidad objetiva, llámesele "fase del hombre", "mundo antrópico" o "era del cerebro". La notable cerebralización del hombre ha determinado una doble y opuesta fenomenología: por un lado, un ser somático generalizado, y por el otro lado, un ser sumamente especializado en su cerebro. *La aguda especialización de su cerebro y las consecuencias de esta especialización han detenido, sensiblemente, el desarrollo morfológico en toda su estructura*; en este sentido evolutivo, el hombre se ha desviado de la línea general de las transformaciones orgánicas que siguieron y siguen todas las especies biológicas. Al decir Piveteau (1973, 133) que "la historia de los homínidos comprenderá dos momentos muy distintos: antes de la hominización, después de la hominización", reconoce el hecho que los seres que han franqueado el umbral que facilita la reflexión están relacionados con un "voluminoso cerebro", adquirido tardíamente. El profesor Piveteau se queda allí. No se plantea las preguntas inevitables que sugieren esta "explosión" cerebral, *tardía*, pero que separa con un abismo al hombre de todos los demás animales, explosión que no podría explicar con el solo auxilio de una genética y una ecología de zoólogos. "Es evidente —escribe J. Salk (1973, 35)— que el cerebro exige que se le comprenda de manera total".

Reflexionando sobre la relación que pudiera existir entre el desarrollo filontogenético de la cerebralización, y la fenomenología cultural, se presentan tres alternativas explicativas: 1) el desarrollo del cerebro facilita, poco a poco, la creación de la cultura; 2) los primeros intentos culturales y su ulterior incre-

mento estimulan el crecimiento y eficacia del cerebro y, 3) la *sinergia* de cerebro en estado de mutación y de hechos que pueden devenir culturales. Ambos términos, independiente uno del otro no habrían podido producir nada nuevo, en cambio, unidos, se interinfluencian y trasmutan. De esta suerte, la mutación se desarrolla y los hechos se transforman en culturales.

SINERGIA: CEREBRALIZACION + CULTURA

La tercera es la posición moderna; seguir cualquiera de las otras dos es replantear el problema de quién es el primero, el huevo o la gallina. Se parte de la idea de que una mutación abrió al cerebro la posibilidad de desarrollarse como estructura histológica abierta a innúmeras operaciones, esta posibilidad mutante dependería, aleatoriamente, de un medio ambiente apropiado, favorable. Ese medio ambiente existía como posibilidad (*potentia*), pero no como objetividad (*actus*); así, una rama o una piedra pueden quedar lo que son (*potentia*) o servir como armas o proyectiles (*actus*). Esta circunstancia de un cerebro mutante tuvo que darse en un organismo no especializado ya que si lo fuera ya estaba ajustado al medio ambiente. Este ajuste implica una total adaptación somática, es decir, suficiente adaptación. Es posible que la mutación cerebral se haya dado otras veces pero, por azar, no coincidió con la posibilidad de relacionarse, de vincularse, de verse estimulada con algo que pudiera cambiar su signo, devenir "otra cosa", de rama en palanca, o de tronco que flota en flotante, o de sistema de comunicación en habla, o de relación de reproducción en familia. En esos casos no pasó nada y el individuo biológico siguió la línea evolutiva general de adaptación por especialización somática *directa*, sin que nada se *interponga* entre él y su medio ambiente.

Al decir que no pasó nada se entiende que la mutación se extinguió con el individuo o "pool" que siguió el camino zoológico de adaptación somática. Pero dada la mutación, dada la posibilidad génica a nivel neurológico, dada la apertura biológica a un enriquecimiento cualicuantitativo y esta posibilidad coincide (teoría del azar) con un hecho capaz de cambiar de signo —en el sentido indicado más arriba, devenir "otra cosa"— ambos se apoyan, se interinfluencian, trasmutan. A la vez, se asegura la mutación y la *aparición de un medio propio, altamente específico y original que, por primera vez, se intercala entre el ser y el entorno natural*: el hecho que va a ser "cultura".

Hemos presentado un esquema lineal, simple y teórico, para facilitar la exposición de la hipótesis. La cultura no existiría sin esa apertura neurológica, a la vez que la apertura neurológica no habría sido fijada y desarrollada si no hubiera sido *seleccionada* por esa relación con hechos o cosas que podían cambiar de signo. Expresando esto con más rigor, ni siquiera se puede hablar de una dicotomía. No se trata de cerebro y cultura; ambos, a este nivel antrópico, son cultura. Separados no existen. La cerebralización del hombre se alcanza, únicamente, mediante este mecanismo, tan poderoso y original que determina un *nuevo reino*, el del hombre o de la cultura. Así se determina un ambiente que antes no existía.

MECANISMOS INSUFICIENTES PARA EXPLICAR LA CEREBRALIZACIÓN

Para explicar el desarrollo cerebral —y esto sin tener en cuenta su carácter "explosivo"— se recurre a la explicación mecanicista, de que la postura vertical

al modificar la figura del cráneo facilita un mejor desarrollo del cerebro. La anatomía comparada rechaza esta explicación (Marquer, 1969, 104); la relación cráneo-cerebro es genética, interdependiente; además, la postura vertical es de origen cultural y, desde el punto de vista zoológico, es "antinatural", no puede ser anterior, sino consecuencia.

La teoría de la liberación de las manos favoreciendo la multiplicación de los centros sensitivos motores y de las neuronas de asociación y, acrecentando, así, el volumen del cerebro, ve los datos al revés. La mano es mano por la cultura, de otro modo la mano no es más que un relicto, perdido por la mayoría de las especies que, si conservan la pentadactilia nunca es mano. La teoría de la liberación de las manos se basa en un ingenuo lamarkismo.

La explicación de la postura erguida y, luego, vertical y el establecimiento del bipedismo y la consecuente liberación de las manos es una típica explicación racionalista, idealista, propio de un materialismo anticuado, sin pruebas.

La explicación por retraso del desarrollo humano, retraso que tiene un significado antibiológico, mal puede ser una causa eficaz. El retraso es posible porque la maduración se alcanza, después de todo, en el específico ambiente cultural.

Sólo queda una plausible explicación, la teoría de la mutación cerebral (Rostand) cuando esta mutación coincide (teoría del azar) con hechos que pueden cambiar de signo —en el sentido que ya se explicó— y, establecerse, así, una sinergia.

DISCONTINUIDAD FILOGENÉTICA DE LA CEREBRALIZACION HUMANA

Dado el estado actual del conocimiento de la filogenia del cerebro no es posible —de un modo correcto— establecer una relación de continuidad entre los cerebros más desarrollados de los antropoides y el del hombre; mucho menos si se amplía la serie de comparaciones a otras especies, incluidos los discutidos hominoides como *Gigantopithecus blacki* o el *Oreopithecus bamboli*. Es probable que estos últimos sean formas de seres que pudieron haber salido de la línea habitual de la transformación de las especies, pero no lo lograron. Pudo haberse dado la apertura por la mutación cerebral génica, pero la mutación no encontró el apoyo de lo que por eso mismo devendría cultura, y se malogró. El "pool" favorecido con la mutación se extingue por convertirse en una línea aberrante, condenada a desaparecer.

El enorme hiatus que se observa entre el cerebro humano y el de los demás animales se pone en evidencia mediante el recurso de Malthanen, llamado el "valor comparable", y que consiste en considerar el tamaño relativo de los cerebros expresándolo como el producto del cuadrado del peso del cerebro dividido por el peso del cuerpo. Tomando el ejemplo del hombre y de tres antropomorfos, tenemos el siguiente cuadro comparativo:

Género	*Peso del cerebro en gramos*	*Relación entre el peso del cerebro y el del cuerpo*	*Valor relativo*
Hombre	1.375	1 a 30	35,0
Chimpance	400	1 a 75	5,2
Orangután	400	1 a 125	3,0
Gorila	425 +	1 a 231	2,0

(Ashley Montagu, 1967, 99)

Otros valores son: caballo 0,97 —perro 0,37— gallina doméstica 0,007 (Woltereck, 1962, 132-134); es decir, que "esta tabla (que aquí reducimos) deja ver con toda claridad y de modo muy instructivo la posición del hombre, que queda fuera del marco de todos los demás valores (Woltereck cit.). Se ve que el ritmo de crecimiento del cerebro humano no es standard respecto a otras especies comparables. Se trata de un ritmo de crecimiento tan acelerado que debe continuar fuera del claustro materno. *Este ritmo característico, único, sólo puede explicarse si se tiene en cuenta una relación ecológica con un medio que, a su vez, tenga la posibilidad de transformarse a la misma velocidad o a una velocidad comparable.* Es evidente que este medio ya no puede ser el de las ciencias naturales. La mutación original (hipótesis de Rostand) podía contener la posibilidad de este desarrollo pero requiere el medio *especial* que lo facilitara, y este medio no podía ser ni fue el estrictamente biológico.

Se discute que los australopitecos, con más de dos millones de años de antigüedad, hayan poseído una capacidad ergológica capaz de vincularlos con la llamada "fase humana"; esta capacidad no está establecida. En todo caso, su alta antigüedad, como la de los "pebble tools" o de la denominada "osteodentoquerática", que se les atribuyen, y el escaso aumento del volumen cerebral (435 a 600, con una media de 508 cc), indicarían una posibilidad o la tendencia a una posibilidad que no llegó a realizarse. El intento sinérgico (relación de las posibilidades abiertas por la mutación y lo que hubiera podido devenir "cultura") se establecería tarde y la mutación tiende hacia una deriva que la lleva a la extinción de ese nuevo intento fracasado de la naturaleza. En este caso del "fracaso" la especie sigue la línea de la transformación somática y anula la apertura presentada.

En los vertebrados se nota una tendencia acentuada hacia la cerebralización. Esta acentuación es mayor en los primates, lo cual se balancea y contrasta con la mayor ausencia de diferenciaciones anatómicas. "En efecto —escribe Piveteau (1962, 24)— las especializaciones anatómicas paralizan, si cabe decir, todas las potencialidades de la juventud. Pero, sobre todo, si —en ellas— la evolución descuida el cuerpo, todo su esfuerzo se concentra en el cerebro". "Representan, así 'un linaje de pura y directa cerebralización', anuncian el movimiento hacia el hombre". Pero este impulso, de base génica, se detiene y Piveteau y otros no lo explican, como tampoco explican que mediante "un salto" se llegue al hombre. No pueden explicarlo por no salir de las explicaciones causales de la pura biología y no recurrir a la interacción de lo que será "cultura".

DESIGUALDAD DEL DESARROLLO MORFOLÓGICO DE LAS PARTES

La estrecha y decisiva relación "cerebro-cultura", al intentar un nuevo tipo de vinculación con el medio ambiente incidió, vigorosamente, sobre el futuro somático de la especie. A partir de esta relación deja de ser imperiosamente necesario la transformación somática de varios sistemas, aparatos y órganos corporales. Las partes "detenidas", por así llamarlas, alcanzan el grado exigible de utilidad gracias a recursos extracorporales e, incluso algunos alcanzan un grado de eficacia notable, tanto que se conservan como extremidades pentadigitadas, especialmente las extremidades anteriores. Así, la dentadura no se especializa y responde a las necesidades de un ser omnívoro; la piel continúa siendo la propia de un ser inerme, etc. "Le corps de l'homme est ainsi fait qu'il a gardé nombre de traits primitifs qui font son originalité, le plus curieux de

ces traits étant cette main, souple et habile, dont le plan structural est semblable à celui du membre antériur des Vertébrés très primitifs, les Rhipidistiens" (Genet-Varcin, 1973, 298). Wallace, contemporáneo de Darwin, reconoció que los otros procesos evolutivos se detuvieron cuando el cerebro del homínido adquirió el status humano (según A. F. C. Wallace, 1963, 68-69).

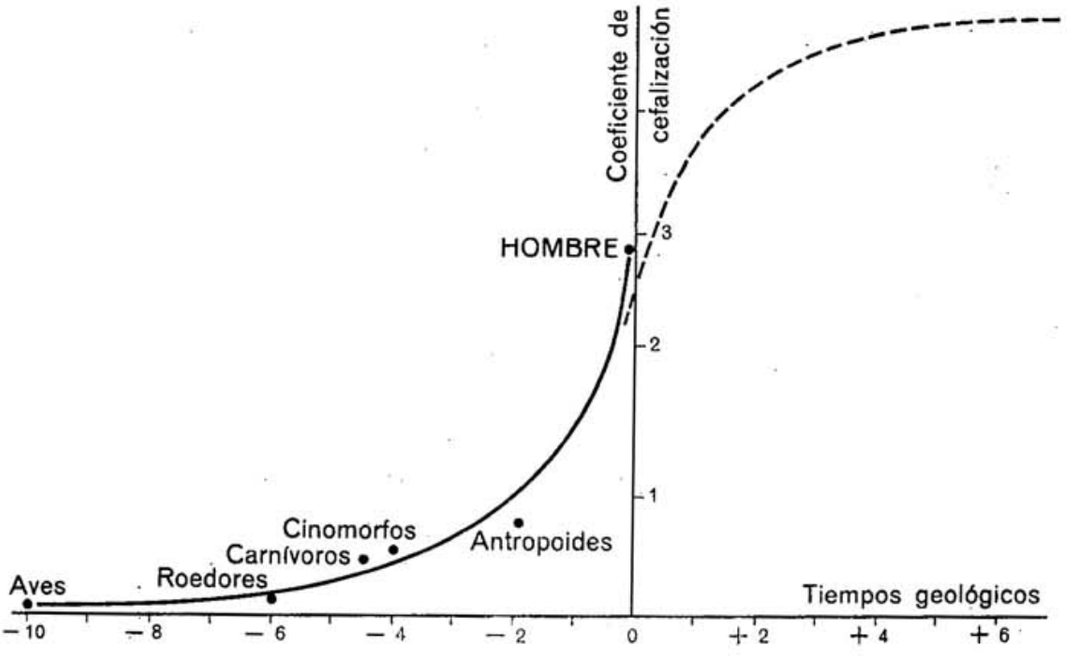
Si ahora nos planteamos una explicación de este fenómeno tenemos el recurso de la explicación antropológica.

EXPLOSIÓN CEREBRAL

El cuadro adjunto, tomado de Wallace (1963, 87) es muy didáctico si se deja de lado su falso esquematismo lineal e inaceptables ejemplos de secuencias.. La cerebralización aparece como un rasgo detonante y coincide con otros rasgos incipientes de cultura. Naturalmente, nos referimos a los rasgos culturales que se pudieron conservar y que, plausiblemente, no son los más antiguos. Lo que debe llamar la atención es la planicie de más de cincuenta millones de años con un incremento de apenas cincuenta y que en menos de pocos millones más tiende hacia la vertical de más de mil, en un movimiento matemático que parece inclinarse hacia otra meseta, hacia un probable nuevo límite.

Lo que señalamos, la coincidencia de la explosión cerebral con la aparición concomitante y asociada, del dato cultural, es un hecho de observación y no de especulación. Si esta simultaneidad y vinculación es real indica la necesidad de invocar en la cerebrogénesis un nuevo factor metabiológico: el cultural, extrasomático, pero que se somatiza en cuanto el cerebro alcanza un nuevo e inusitado desarrollo en un tiempo acelerado, distinto al biológico.

Así se establece un nuevo modelo de cerebro y cráneo cerebral; éste, a su vez, retarda (por distintos mecanismos) su ritmo más lento de consolidación,



Aceleración evolutiva del coeficiente de cefalización, según F. Meyer. Tiempo en diez millones de años. La prolongación vertical de la curva conduce a valores extremos en un tiempo muy breve, ya que el tiempo O es al cabo de cien años. Pero la curva se puede doblar en una logística (trazos discontinuos) que tienda hacia un límite, hacia un máximo evolutivo. (Según G. Olivier, "El hombre y la evolución", p. 29. Ed. Labor, Barcelona, s/f.).

de crecimiento, para compatibilizarse con el crecimiento acelerado, crecimientos que, así, ontogenéticamente, se compensan.

La posibilidad de que los neandertales hayan alcanzado un volumen cerebral inigualado (1.400 c.c., t.m.; algunos 1.518/87) indica una inercia neurogénica letal. Dejamos de lado las excepciones que requieren una explicación particular. A la vez, el caso de los austrolapitecos, que manifiestan una discutible relación con la fenomenología cultural, también se extinguen cuando tendían a una creciente cerebralización, pero en ellos la relación sinérgica cerebro cultura no fue, probablemente, armónicamente simultánea y la apertura genética se debió vincular, tardíamente, con la fenomenología cultural y el ritmo biológico predominó. Así, en los dos casos, neandertales y australopitecos, se extinguieron por estar sometidos, mayormente, a presiones predominantemente biológicas.

En conclusión, la explosión cerebral se explica por la *concomitancia* al hecho cultural. Si la explosión tiene su base en una mutación y si por cualquier causa esta base biológica predomina (caso de los neandertales) o se vincula tarde con el hecho cultural (caso de los australopitecos), lleva a la extinción de los portadores. La sobrevivencia del *homo sapiens* (*f.* y *r.*) indica una relación armónica, una combinación exacta del azar entre apertura biológica (por mutación) y sinergia de ésta con la fenomenología cultural.

HIPERCEREBRALIZACION Y "MESETA"

En una novela de Curt Siodmak, *El cerebro del nabad,* el cerebro es el órgano aislado que adquiere, no obstante, un desarrollo monstruoso; se trata del cerebro de un hombre de negocios, separado del tronco pero que continúa desarrollándose en un medio convenientemente preparado. Este cerebro elabora células telepáticas e impone su voluntad al hombre que lo mantiene vivo (*apud* Vax, 1971, 27). Esta fantasía se inspira en datos científicos mal interpretados en cuanto se supone que todo crecimiento y desarrollo son continuos; no lo es en lo meramente biológico, como tampoco parece serlo en el nivel que consideramos. Le Damany (1905, 103) sostenía que era difícil predecir cuándo se detendría la evolución anatómica del cerebro, si bien, por su parte, admitía que éste ya había alcanzado su límite con una buena conformación corporal (p. 104) y que su continuación implicaba serios compromisos para el cuerpo. "Son volumineux cerveau l'a rendu ce qu'il est, ensemblage de grandeurs et de misères, de faiblesses étranges et de forces inoüies, de supériorités admirables et de défectuosités surprenantes" (p. 103). W. E. Ankel, citado por Rof Carvallo (1966, 924) piensa que la raza humana perecerá en virtud del excesivo desarrollo del cerebro. Algunos, y citamos a Zahovary (1946/49, 81-188), pretende que el volumen del cerebro humano disminuyó a partir del paleolítico. Lo que parece es que el tamaño del cerebro se estabilizó desde la época del hombre de Neandertal, que es de donde se registraría una declinación del tamaño general o de sus dimensiones (Ashley Montagu, 1967, 188). De cualquier modo, Piveteau (1973, 152) admite que con los neoantropinos se detiene el crecimiento del volumen del cerebro; para Ernst Mayr esto se habría producido hace unos cien mil años. El desarrollo cerebral hasta llegar a las magnitudes que alcanza en el hombre actual habría consumido "sus buenos millones de años" (Le Gros Clarck, 1957, 41). La diferencia alcanzada entre millones de años y unos cien mil es enorme. De cualquier modo, Ashley Montagu (1967, 116) reconoce que comparado con cambios semejantes registrados con otros grupos animales, este ritmo de crecimiento representa un ritmo de selección muy rápido. Es decir, que si compara-

mos el cerebro del hombre con el de los australopitecos —de hace dos millones de años (Howells, 1972, 10)— el cerebro del hombre acusa un aumento aproximado de dos veces y medio (Ashley Montagu, loc. cit.). Mayr (1968, 645) calcula que en menos de un millón de años la capacidad craneana se elevó de 1.000 a 1.400 c.c.

Sea como fuere este ritmo de crecimiento, es inusitado y, hasta donde se conoce su aparición acelerada está asociado con el "fenómeno humano", es decir, con el hecho cultural. Este proceso cerebralizante, acentuado en la línea que va hacia el hombre, es típico, para no decir exclusivo, de los primates surgidos en los comienzos del cenozoico, grupo éste que se destaca por la ausencia de diferenciación anatómica si se los compara con los otros mamíferos, pero sí se encuentra una acentuación sobre el cerebro que "señala un linaje de pura y directa cerebración" (Piveteau, 1962, 23-24). Este movimiento que tiende hacia el hombre —pero que sólo se realiza en el hombre, plenamente, constituyendo un verdadero "salto" y "brusco"— es lo que inspira a Teilhard de Chardin (1962, 56 ss., 108-110, 130 ss.) a considerar la cerebralización como un nuevo parámetro de la evolución, una verdadera "cerebrología" (p. 60).

Observando bien estos datos se nota que la cerebralización se acentúa en los primates y alcanza, explosivamente, su máximo en el hombre, y en un tiempo excesivamente corto y que parece haberse detenido. Coincide esta cerebralización en un grupo menos diferenciado somáticamente —comparándolo con las otras especies— y que, simultáneamente, conserva parte de esta diferenciación. En el hombre el estupendo desarrollo cerebral se da en un cuerpo menos diferenciado aún. La línea o movimiento de cerebralización hace pensar en una especie no muy diferenciada de vertebrados en la cual se dan las mutaciones que la orientan hacia un mejor desarrollo cerebral en términos no exclusivamente biológicos cuyos logros son los conocidos. Cuando en un grupo de estas mutaciones (no sabemos en qué nivel de los primates), por probabilidades del azar, coincide con lo que sinérgicamente devendrá hecho cultural, logran el despliegue de todas sus posibilidades génicas dadas en un sistema neurónico.

El origen de los homínidos está en íntima relación con este hecho. Podemos suponer, como corolario, que en los primates antropomorfos —si de ellos se trata, no lo sabemos—, se dio la mutación pero no el enlace sincrónico de ésta con lo que devendría "fenómeno cultural", de modo que la mutación se extingue a cierto nivel de desarrollo, el cerebro no continúa su posible línea evolutiva, y todo el organismo sigue el camino de la transformación estrictamente biológica y sus consecuentes y congruentes especializaciones somáticas generales.

La interpretación de la llamada "cultura osteodontoquerática" (australopitecos) o los aparentes rasgos culturales en ciertos antropomorfos se orienta en considerar que el estímulo cultural llega tardíamente para favorecer la posibilidad neurológica mutante; de esta suerte no se produce la fenomenología sinérgica y el australopiteco o el póngido continuaron el camino de la transformación somática anulando la posibilidad planteada por la mutación que, desde luego, se extingue. Tanto en los australopitecos como en los póngidos los llamados hechos culturales no llegaron a serlo, si bien apuntaban hacia esa dirección. Ambos siguieron el camino de la transformación biológica que privó de estímulo a la naciente mutación neurológica.

La fenomenología cultural como causal que se suma a la cerebrogésis (a la vez que detiene, cibernéticamente, otros desarrollos) parece tener sus *propios límites*. En etnología (culturología) puede aceptarse, como muy probable, que la fenomenología cultural, está agotada. Este tema tiene que ser tratado aparte

pero, de cualquier modo, supuesto o admitido así, la teoría de que la curva de desarrollo explosivo del cerebro tiende a ser meseta, la hace plausible.

LOS "NIÑOS LOBOS"

La íntima relación de dependencia entre cerebro y cultura se puede considerar a la luz del caso que presentan los llamados "niños lobos". Para este ejemplo nos remitimos a nuestra trabajo "Tetrapus et mutus, i.s.", publicados en los Anales del Museo de la Plata (2, 1978, especialmente pp. 62-66). Se ve por estos ejemplos, por los casos de diferentes grados de aislamiento y las pruebas derivadas del "hospitalismo", que esta interdependencia es francamente vital para el normal desarrollo del neocórtex y de toda la personalidad psicosomática.

Los ejemplos demuestran que la falta de apoyo cultural en un recién nacido o en una criatura de pocos años lo comprometen neurológicamente de suma gravedad hasta el punto de poner en peligro su vida o ocasionar lesiones y déficits irreversibles. Esto demuestra que la fenomenología cultural es un factor más que interviene en la cerebralización en particular y en el proceso conservador de la generalización somática, en general, del ser humano. Los embriólogos no lo tienen en cuenta porque consideran que el hombre es un animal y nada más que un animal.

RESUMEN Y CONCLUSIÓN

La tesis propuesta sostiene que entre el desarrollo cerebral del hombre y la fenomenología cultural existe una íntima relación de interdependencia. Las tesis que exponen la prioridad del cerebro sobre la cultura o de la cultura sobre el cerebro se basan en errores de método y de interpretación. La tesis propuesta concibe la cerebralización y la cultura en función sinérgica y cibernética. No admite un mayor desarrollo cerebral sin la concomitante cultural y viceversa. La relación cibernética constituye la posibilidad de un nuevo reino en la naturaleza, el reino humano o antrópico. El mecanismo que se invoca está determinado por una mutación neurológica y su apoyo (selección), por azar, con hechos que devienen culturales por esa misma relación. Si el "apoyo" es tardío la mutación se extingue o la especie sigue el camino de adaptación totalmente biológica y somática. Entre el cerebro de todos los mamíferos y el del hombre hay solución de continuidad muy ponderable. El tiempo de desarrollo cerebral en el hombre es distinto al de los otros mamíferos y esto se explica porque su medio ecológico tiene, también, otro tiempo que no es el de la biología. Somáticamente el hombre presenta un desarrollo morfológico desigual entre las partes de su soma y de su cerebro; se ha acentuado su línea de cerebralización mientras sus otras partes permanecen detenidas y generalizadas, por ejemplo, su antiquísima pentadactilia. La curva del desarrollo cerebral desde el paleoceno y en el primer primate, hace más de cincuenta millones de años, asciende con extrema lentitud durante cincuenta millones de años hasta cuando en los drio y australopitecos comienza un ascenso que pronto se hará agudo y aceleradísimo, que continúa así a través de los pitecantropos hasta llegar al *homo*; entonces este ascenso es poco menos que vertical (explosivo) para, luego, casi detenerse y tender hacia la meseta. La cultura está, también, en esta etapa de meseta, de repetición, de variaciones sobre los mismos temas antiquísimos. A todo esto, y ya en pleno pleistoceno actual, cerebro y cultura aparecen como habiendo agotado sus posibilidades. Dos millones de años, más o menos, alcanzan para contar este ascenso

vertiginoso. Desde los australopitecos y el hombre el cerebro ha aumentado dos veces y medio. Es posible que los supuestos elementos preterculturales atribuidos, por algunos, a los australopitecos y a antropomorfos actuales no son más resultados fallidos de la relación entre mutación neurológica y cultura, relación que no fue sincrónica y no estableció el apoyo mutuo entre los dos fenómenos; de esta suerte se sigue la pura evolución biológica sin llegar a la cerebralización y culturalización. El estudio de los llamados "niños lobos" demuestra, mediante un método indirecto, el significado cerebrógeno de la cultura y de inhibición de las transformaciones orgánicas (predominio del sistema nervioso, detención de los demás). Quizá sea de interés señalar, de paso, que la relación biología y cultura se da del mismo modo como se da la relación necesaria entre biología y medio ambiente en las especies biológicas; que las variaciones, en ambos casos, se dan al azar (probabilidad), que este azar está limitado al grado de posibilidad somática que ofrezca la especie mutante para relacionarse con el medio y de que esta relación sea, temporalmente, concomitante, aprovechable para la apertura. Así se ve que el ser biológico no concluye en sí mismo como un organismo cerrado y autosuficiente. La concepción ecológica, en ambos casos, hombre y especies vegetales y animales, demuestra la inseparabilidad del ser del medio y que este ser *en sí* no existe, sino es como abstracción botánica y zoológica; lo mismo vale por el hombre si se tiene en cuenta que su medio específico es el cultural.

BIBLIOGRAFÍA

ASHLEY MONTAGU, M. F.; 1967. La Revolución del hombre, trad. Ed. Masullo. Ed. Paidós. Buenos Aires.

EVOLUCIÓN, La; 1966. Obra Colectiva dirigida por M. Crusafont, M. Meléndez y E. Aguirre; Biblioteca de Autores Cristianos. Madrid.

GENET-VERCIN, E.; 1973. Homo Sapiens, le plus original des primates. En: *Bulletin et Mémoires de la Société d' Anthropologie de Paris*, 2, serie XII, 297-300.

HOWELLS, William W.; 1972. Nacimiento del hombre: 20 millones de años de evolución, en el *Correo de la Unesco*, agosto-septiembre, 5-13.

LE GROS CLARK, W. E.; 1957. La estructura del cerebro y el proceso del pensamiento, en las bases físicas de la mente, compilado por Peter Laslett, traducción y notas de A. L. Merani. Ed. Nueva Visión. Buenos Aires.

LE DAMANY, P.; 1905. L'avenir de l'espece humaine. Influence du développement cérebral sur l' evolution anatomique des races. Le terme de cette évolution. Según extracto de R. Verneau en: *L' Anthropologie*, 16, 103-104. París.

MARQUER, P.: 1969. Las razas humanas, trad. J. Puig de la Bellacasa, Alianza Ed. S. A., Madrid.

MAYR, E.; 1968. Especies animales y evolución, versión de F. Cordon, España, Ediciones de la Universidad de Chile y ediciones Abril S. A.

PIVETEAU, J.; 1962. El origen del hombre. El hombre y su pasado. Trad. de G. de Civiny, Lib. Hachette, Buenos Aires.

— 1973. De los primeros vertebrados al hombre, trad. J. M. Golpe, Ed. Labor, S. A. (2ª ed.). Barcelona.

ROF CARBALLO, J.; 1966. El futuro del hombre, en La Evolución (ver), pp. 912-952.

SALK, J.; 1973. El hombre se descubre a sí mismo, trad. R. Costa Picazo, Ed. Emecé. Buenos Aires.

TEILHARD DE CHARDIN, P.; 1962. El Grupo Zoológico humano. Ed. Taurus (2ª ed.). Madrid.

VAX, L.; 1971. Arte y Literatura Fantásticas, trad. J. Merino. Ed. EUDEBA (2ª ed.). Buenos Aires.

VIVANTE. A.; 1977. Tetrapus et Mutus (i.s.), en *Obra del Centenario del Museo de* La Plata, 2: 51-68. La Plata.

WALLACE. A.; 1963. Cultura y Personalidad. Trad. de E. Kestelboim. Ed. Paidós. Buenos Aires.

ZAHOVARY, N.; 1946-1949. Les Origines humaines et la diminution du volume du cerveau chez l' homme depuis le paléolithique. En: *Anthropos*, 41-44 : 81-118.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

LOS "MONEXNÉ OS LÓTE" DE LOS INDIOS CHAMACOCO O ISHÍR

La narrativa festiva y la visión etnosociológica de un grupo etnográfico

Edgardo J. Cordeu *

INTRODUCCIÓN

En una oportunidad anterior (Cordeu, 1974), nos ocupamos de los enfoques taxonómicos de los indios *Chamacoco* o *Ishír* del Chaco Boreal sobre su propia narrativa. Expusimos, de esa forma, cómo la conciben, cuáles son sus funciones, cómo la califican y tipifican y de qué manera dan cuenta de los nexos entre la narrativa mítica y la cosmovisión expresada por la misma.

Recordemos al respecto que los Ishír desglosan el conjunto total de sus expresiones orales en dos grandes categorías. Por un lado, la *Eshnuwérta or xau oso* = (*La Palabra de Eshnuwérta para Todos*), su principal ciclo mítico, llamado también *or ak'lío* = (*la enseñanza para todos*). Por el otro, los *monexné*; noción ésta que cubre indistintamente todas aquellas especies literarias orales conocidas por lo común como "mitos", "cuentos", "fábulas" o "casos".

En razón de la misma complejidad semántica del vocablo, los diferentes *monexné* son calificados en cada caso de acuerdo con criterios muy diversos y muchas veces complementarios (sacralidad, temporalidad mítica representada, estilo de composición, duración de la narración, sexo del protagonista principal, etc.); así la caracterización específica de cada uno de los *monexné*, implica asimismo el recurso a ciertos patrones clasificatorios bastante nítidos. No vale la pena enunciar de vuelta todos los tipos allí discriminados, ni discutir su rango taxonómico real a la luz de los procedimientos involucrados. Recordemos, si, a efectos de situar mejor el objeto de estas líneas, que poniéndose ellos mismos en la perspectiva de la potencia o eficacia revelada o no por los relatos, y en la de su forma o estilo, los informantes ishír enumeran tres categorías principales de *monexné*. Estas categorías son, a saber: 1) *Monexné wozósh* (lit. *monexné venenoso o potente*), vale decir, relatos sagrados que están agrupados a su vez en otras dos subclases: *Monexné meznik* (lit. *monexné podrido o tabuado*) y *Monexné óm* (lit. *monexné pacífico o benéfico*), de acuerdo con la calidad negativa o positiva de sus efectos respectivos; 2) *Monexné ié wotísh* (lit. *monexné sin veneno o poder*) o *Monexné ñenénno* (*ñenénno*: *neutro*), o sea, relatos pro-

* Investigaciones realizadas con el apoyo del CONICET.

fanos en general; y, 3) *Monexné ëritzó* (lit. *monexné de buena noticia*), que son también relatos profanos pero con una composición marcadamente mítica.

Hoy nos ocuparemos de un subtipo especial de *monexné ié wotísh* o *menexné profano*, los llamados *monexné ore áxmich* (lit. *relatos para la fiesta de ellos*) o sino *monexné os lóte* (lit. *relatos para que danzen o se diviertan todos*). Ya en la designación los *monexné os lóte* denuncian una de sus tantas finalidades; esta es, la de servir para el solaz del auditorio sin asociar, en principio, ningún poder o eficacia ritual de esa clase.

En efecto, la audición de los *monexné os lóte* estaba librada a todos. No existían las restricciones de sexo o edad ni los marcos rituales en que se realizaba la narración de los verdaderos mitos: la *Aishtuwénte or xau oso* y los *monexné wozósh*. En las reuniones informales vespertinas o nocturnas en las que todavía a veces se cuentan, hombres o mujeres y jóvenes o viejos, pueden acercarse sin trabas al narrador ocasional y gozar de sus palabras. La risa, la satisfacción del grupo y, de cuando en cuando, la reflexión edificante, son el fin propio de los *monexné os lóte*; propósito del que se recortan con facilidad los restantes motivos culturales a los que sirven al mismo tiempo.

De esa manera se podría hablar de la vigencia entre los Chamacoco de una *"cuentística"* en paralelo con la de una *"mitología"*. Ambas categorías asociarían, pues, la clara noción de sus orígenes respectivos, la clase de cuestiones que toman en cuenta y las finalidades sociales y religiosas que posee cada una. Tal como se verá luego, un rasgo muy importante de algunos *monexné os lóte*, extensible casi seguramente a otros *monexné ié wotísh*, es la conciencia de que se tratan de puras ficciones; es decir, que se refieren a sucesos imaginarios, imaginados o fabulados por el narrador o por el autor original, y que nada tienen que ver con las realidades concretas sagradas o profanas.

Al mismo tiempo, tanto el detalle de que algunos *monexné os lóte* se centran en la crítica a ciertas conductas individuales, anómalas o muy apartadas de los patrones prescriptos, como el de que otros, por vía del juego deliberado con las configuraciones de la estructura social —casi en términos de una confrontación con diferentes "tipos ideales", obtenibles a partir de la variación puramente intelectual de los elementos de la misma—, dejen traslucir así la razón de ser de las pautas tradicionales, sugieren en conjunto su segura intención edificante o monitoria. Y también con esto, la posible existencia entre los Ishír de una concepción cuentística muy similar a la que en Occidente se conoce como *fábula*. Vale decir, la de un tipo de relato cuya forma y contenidos se subordinan primordialmente a una función de enseñanza moral y de justificación de los comportamientos sociales instituidos. No obstante, también es cierto que en el caso chamacoco no se constata la existencia de composición verseada ni la intervención casi exclusiva de personajes animales; rasgos éstos, que según Van Gennep (1910), forman parte importante del esquema de las fábulas.

Antes de proseguir con la caracterización de esta clase de relatos y de intentar el comentario particularizado de algunos de sus contenidos, veremos tres muestras de lo que los Ishír entienden por *monexné os lóte*. Fueron recopilados personalmente por quien esto escribe durante una expedición de campo, ejecutada en el Chaco Paraguayo en 1973, mediante un subsidio del Conicet. Las debemos a un anciano informante, Octavio Pancho (*Chálëke*), del grupo establecido en Pto. Diana, quien nos ilustró además sobre las características cuentísticas y las concomitancias culturales de estas narraciones.

TEXTOS

1. *La inversión de los grupos de edad matrimoniales*

Antes hubo otra *or áxmich* (= fiesta para todos), otra fiesta que era para los *ishír pórowo* (*pórowo*: generación del Pa.Pa). Ellos no largaban a sus esposas; ya no las querían más, y no las podían largar porque estaban como en un casamiento.

Y entonces un viejo les dijo: —¿Por qué no vamos a hacer lo siguiente? —Y habló a cada uno que tenía a su esposa, a los hombres; y a los hombres les gustaba. Y habló también una vieja a las mujeres; y les gustaba a ellas lo que tenían que hacer: —¡Bueno, no vamos a decir a nadie! ¡Sólo cada mujer tiene que saber! —les dijo que cada mujer y cada chica tenían que ir— ¡Vamos a hacer esta fiesta en la que ellas van a cambiar a su esposo!—. Y entonces hicieron, nadie se iba a enojar. Entonces habló con todas: —¡Todos ustedes tienen que irse! —les dijo el viejo—. Nosotros vamos a quedar acá y todas las mujeres en el monte.

Ellas se fueron como a mil metros y todas tenían que tener *kushérpëk* (varilla con un gancho labrado en un extremo). Cuando se fueron, la vieja les dijo: —Vamos a hacer todas nuestro *kushérpëk*. Usted chica, usted que es *apubiták* (jovencita), haga un gancho que sea feo y yo voy a hacer un gancho lindo; bien parejo con machete, y pintado. ¡Vamos a engañar a esos hombres!—. Entonces, las mujeres ya tenían este gancho especial, y las chicas tenían un gancho que era muy feo, ¡muy feo! Se fueron a un camino y después puso su gancho arriba (= en un árbol) cada una, con señal, con marca, así sabe su gancho cada chica. Pusieron un gancho bueno y un gancho feo, un gancho bueno y uno feo, y así... Esas chicas habían agarrado un árbol cualquiera, le rompieron una rama, y lo alzaron con todas las ramitas que tenía ¡no era lindo! Había una chica de catorce años que alzó también uno, un gancho que era feo; ella agarró y rompió una rama, tenía todas las ramas y espinas y lo alzó nomás; se fue también con él, a ver si conseguía para su esposo.

Y se fue la anciana y habló a los *nakérbo*, a los hombres: —Ya está, ya está listo, vayan no más. Ya están los ganchos en el camino, el que le guste lo agarran. Pero nosotros no vamos a explicar, ni vieja ni mujer ni chica; ustedes no más el que les guste agarran.

Y se fueron toditos, hasta los viejitos se querían casar. Mientras que los viejos no llegan, los *nakerbiták*, los jóvenes, ya llegaron y sacaron los ganchos lindos. Sacaron los mejores ganchos. Uno sacó el que era lindo con pinta (=pintado) y el otro sacó; estaban sacando toditos. Y no querían sacar el gancho que esa chica de catorce años —que agarró y rompió nomás, uno feo— puso; nadie lo quiso. Y después, último, llegó un viejito y les dijo: —¿Ya terminaron los ganchos? —No, allá hay uno. —¡Ah, esto voy a llevar! ¡Aunque sea si es una viejita, yo voy a cocinar para ella! ¡No importa si es fea!—. Y se llevó el gancho nomás.

Bueno, y ellos salieron de allá. Las mujeres estaban así (=en fila) y ellos uno por uno lo presentaron: —¿De quién es este gancho que es bueno? —salió un *nakerbiták*—: y salió una viejita y lo recibió; él no quería pero ya agarró, y se tenía que poner aparte el que ya se casó. Salió otro, presentó un palo feo el viejito, y recibió una chica; se fue y se puso aparte. Y todos: vieja con joven, viejo con joven, así estaban toditos. Y después, los viejos con jovencitas, con mujeres *apubiták* ellos casaron. Y ése que estaba atrás mostró ese palo, ése último que todos dejaron; y salió una que era bien chica y la recibió para su esposa. La llevó, y todos los *nakerbiták* estaban bravos con él porque

recibió esa que era más chica; porque ellos no agarraron, y entonces el viejo llevó esa para su esposa. Todos esos ya tenían una mujer vieja y algunos viejos con esas *apubité*. Ya se casaron todos y no hay queja. Era fiesta para ellos pero tenían que casarse ya.

Había otro grupo que hizo también esa fiesta. Ellos escucharon que esa fiesta salió allá. Entonces empezaron a salir también en otra partida, pero esos ya no hicieron más de *temicháre* (mujeres), hicieron con los hombres, hicieron diferente. Los mismos, los *Ishír*, pero esos hicieron de hombres. Entonces dijeron: —Vamos a hacer un *pelébük* (pantalla de caraguatá)—. Ellos hicieron *pelébük eicheráxo* (*eicheráxo*: joven, limpio, renacido) y *pelébük ëlaró* (*ëlaró*: calificativo de la vejez biológico); había pantallas que eran lindas, esos *pelébük*, y había pantallas que estaban rotas ya ¡feas, feas ya! Y lo mismo, ellos juntaron los *pelébük* mejores y juntaron los *pelébük* viejitos. Los llevaron allá toditos los hombres en el monte. Llevaron, hicieron un camino, y allí quedaron los hombres.

Entonces el viejo les dijo: —Mira joven, este *pelébük*, que es pantalla viejita, es para usted y lo tiene que poner. ¡Vamos a embromar a esa gente, a esas *temicháre!* —Bueno —y le recibió el *pelébük* viejito—. El joven, el *nakerbiták*, agarró el *pelébük* viejito y el el viejito agarró el que era bien nuevito. Y todos así cambiaron: el viejo *pelébük* era para los jóvenes y los *pelébük eicheráxo* fueron para los viejos; y el *pelébük* que era el más lindo de todos, era *pelébük* que valía para el viejo más viejo; y entonces, el *pelébük* que era más viejo, más roto, que casi ni un mosquito podía matar, era de un *nakerbiták*. Y había de esos dos, los pusieron últimos. Y se fueron toditos y les dijeron a las mujeres que ellos ya tenían señal en esos palos, en esos *pelébük* ya tenían señal. Fueron toditos y les dijeron a las mujeres: —Se pueden ir no más. Nosotros ya pusimos en el camino colgados. Pueden elegir nomás el *pelébük*; cada cual por su gusto puede elegir, pero un solo *pelébük* tiene que traer cada mujer. —Bueno —dijeron las mujeres.

Se fueron todas. Y hasta la viejita se quería casar también, hasta la jovencita se quería casar también. Fueron todas, encontraban mucho gusto, se querían casar. Ellas pensaban que joven con joven y viejo con vieja, pensaban que era así; pero no, ellos hicieron diferente. Y las chicas que salieron ya agarraron el *pelébük* que era bueno; las chicas agarraron *pelébük* bueno, toditas repartiéndose todito, *pelébük eicheráxo* llevaban, *pelébük* que era nuevo llevaban todas las chicas. Y las viejas agarraron esos *pelébük ëlaró*, viejitos, que eran de los jóvenes. Y después, el *pelébük* más roto estaba allí, y llegó una viejita y agarró: —Voy a llevar este que casi no sirve para nada. ¡Yo llevo aunque sea de viejito! También yo soy vieja y voy a quedar no más con él.

Ahí salieron. Quedaron en el frente y los *nakérbo* (varones) estaban listos ya a recibir cada uno, y un viejo dijo: —Pueden sacar uno por uno—. Y sacó una *pelébük eicheráxo*; un viejito salió a recibir a la chica y la llevó. Y casi la chica no lo pudo (=quiso) acompañar, pero lo tuvo que acompañar porque era obligación (*iñárxe*), tenía que casar no más, no había caso; y la llevó. Todos estaban sacando. Las que son (=tenían) *pelébük eicheráxo*, ya era viejito; y así salían y recibían. Alguna pensaba que: '¡Voy a casar con ese *nakerbiták*!'; ¡no! estaba casando con un viejo. Hasta que el *pelébük* que era más roto, esa vieja sacó: —¡Este es mi *pelébük*! —y salió un jovencito y la recibió para su esposa ya.

Y quedaron muy tristes, que es muy feo lo que hicieron todos. Pensaban que el viejo engañó a los hombres y también a las mujeres, que salió muy diferente eso. No estaban contentos pero ellos tenían que casar, porque quisieron hacer esa fiesta y ahora así hizo el viejo. Ya no podían devolver, ya tenían que salir y casar. Ya no hubo caso, tenían que casarse no más.

2. *Kukúxl to kaab*

El *Kukúxl to kaab* (*kukuxlá*: perdiz) siempre largaba a su esposa cuando estaba embarazada, siempre largaba. Su hijo, cuando nace, él largaba también. *Kukúxl to kaab* decía: —Yo escuché que usted andaba con otro hombre, y este que nació no es mi hijo. ¡Yo se también que otro hombre andaba con usted y no es mi hijo ese!—Y entonces él largó a su esposa. Se fue, y hasta que su hijo murió, a poco murió su hijo.

Cuando murió y ya hacía un poco de tiempo, la señora de él ya estaba gorda otra vez, él ya vino otra vez. Casó otra vez con ella, con la misma mujer casó otra vez hasta que hubo otro hijo. Cuando ella estaba embarazada y nació su hijo, y ya crecía un poco, él ya le dijo: —Yo escuché. Decían que antes, cuando yo te largué, usted andaba con otro hombre y que éste no es mi hijo, de otro es. ¡Yo también se que usted anda con otro hombre! ¡Este no es mi hijo! Y largó a su señora y se fue hasta que su hijo murió otra vez.

Y entonces, las otras mujeres que estaban allí, estaban preocupadas por la señora que el *Kukúxl to kaab* estaba jugando (=burlando). ¡Pobre señora que es linda! Ella se fue entre esas mujeres y le estaban hablando: —Mira un poco, usted es mujer y nosotros somos mujeres también. Usted sabe que este hombre con el que usted anda, ese *Kukúxl to kaab*, no sirve. No te cuida bien, no te da de comer, y cada vez que nace tu hijo ya te larga, ya se fue. ¿Por qué no dejas a ése? ¡Deja y casa con otro hombre! ¡Deje a ése que está haciendo sufrir a usted, case con otro! Y entonces la *Kukúxl to kaabe*, la señora, dijo: —¡Seguro que es así! ¿Entonces qué voy a hacer? —¿No ves que tu hijo nació y él te largó, se fue otra vez? ¡No te cuida y no te da de comer, tenés que largarlo no más!

Y cuando creció un poco, el hijo se murió; murió el hijito que era de la señora de *Kukúxl to kaab*. Entonces ella ya empezó a comer bien, no recordó más a *Kukúxl to kaab*, comió muy bien. Entonces, estaba ya bien gorda, y recordó eso que las otras mujeres le dijeron: 'que tenía que largarlo, que tenía que recordar y dejarlo, que tenía que buscar otro hombre'. Ya era gorda, ya era una mujer linda y tenía que buscar otro hombre ahora; ya no recordó más a *Kukúxl to kaab*.

El *Kukúxl to kaab* entonces ya supo que vino ese *nagábsero* (viajero o mensajero procedente de otro grupo) que es "pasajero". Llegó el *nagábsero* y les dijo que de tarde iba a hablar a todos los viejos y a todos los hombres en el *xára* (plazoleta central de la aldea): —Quiero que ustedes sepan algo de allí, de nuestras casas, de que ahí hay vida. —Y todos ellos, de tardecita salieron todos y en el *xára* estaban juntos. Él también, *Kukúxl to kaab* vino con su poncho, con *pürpük*; lo puso allí y durmió; dormía, pero escuchaba lo que estaban hablando, para saber si el nombre de su señora iba a salir también allá; si estaba también allá o estaba en otra parte. Y él estaba recordando, dormía y escuchaba.

Estaba hablando la visita que vino: —De lo que hay en nuestra casa quiero que ústedes sepan; ¡por eso que yo quiero hablar a todos ustedes! Como ustedes están todos, voy a decir que allí en nuestra casa ¡que vida que hay, hay vida!: hay mucho *wárak*, esas anguilas grandes; hay muchas mieles, hay mucho *intëpóre* (cerdo tajacu), hay muchos de esos *xermáxe* (palmitos) cocinados, ellos hacen bien asado. Hay mucho y cada hombre es gordo, cada mujer es gorda. Todo eso yo quiero que estedes sepan: ¡hay cada mujer, yo voy a decir a ustedes! Y así habló de las mujeres casadas que eran gordas con sus esposos. Y habló este fulano que los hermanos eran gordos y vivían muy bien. Recordó a la señora de

ése, que antes casaba a su esposa y largaba, casaba y largaba. Ella estaba allá, gorda pero ya casó, ya casó con uno.

Y ellos ya se reían todos y le dijeron: —¡Él está por aquí —y le buscaron y despertaron—. ¡Despierte usted! ¿No escuchó que el *pasajero* dijo que la señora que usted largó es gorda y también casó? —¡Bueno, ya voy a saber mañana! —pero él sabía bien, hacía nomás—. Y decían, cuando él estaba escuchándolo: —¡Qué mujer gorda que era la de *Kukúxl to kaab*: *Kukúxl to kaabe* (fem) es panzuda y qué culo que tiene! *¡Tilérbe, tilérbe* (=calificativo de la mujer culturalmente apetecible).

Kukúxl to kaab se fue: —Mañana voy a irme —dijo—. Mañana voy a irme y cuando él salga con su señora voy a atropellarle. ¡Voy a hacerle un atropello fuerte y lo mato!... No, no es bueno que la gente me diga: 'Viene de otra nación, viene a nuestra casa y hace bochinche'. No, no voy a hacer —y dejó eso; él estaba calculando, estaba sentado y decía—. No, cuando él duerme con su señora, entonces allí voy a darle un choque a él, y ahí lo voy a matar... No, sino la gente me va a decir que parezco mujer: 'Parece mujer que viene y alza un garrote encima de otro, parece mujer'. No voy a hacer, sino la gente me va a decir que como mujer soy. ¡No voy a hacer, dejo! —pero él dijo que iba a matar—. Voy a irme. Si ellos no dicen: "Allá viene el *Kukúxl to kaab*", voy a quedar cerquita, *ixniábsa árxe* (*ixniábsa*: cerca). Voy a quedar allí, y si él está dormido lo voy a matar. No sirve, voy a hacer un alboroto en el pueblo y la gente no va a dar bienvenida a mí. No sirve. ¡Y bueno! —y se levantó.

Y llegó. Cuando llegó, las gentes lo recibieron y quedó *ixniábsa*, ahí cerquita. Y miró a su esposa que está con ese hombre, dormía en un cuarto arriba con ese otro hombre. Y él miró allá, no está contento; miró a su esposa que con las piernas así (=abiertas) estaba con otro hombre. Mira allá y no está contento, quería matarlo a ese hombre. Después, él quería ir y matarle; quería ir y matarlo y no podía. Se levantó de acá para ir a matar; se fue y quedó allá, al lado de esa casa quedó nomás.

Un viejo lo miró, y le dijo a esa mujer de *Kukúxl to kaab*: —¡Levántate con tu esposo—. Y ella se levantó y le dijo: —¡Ah, acá llegó su socio! ¡Vamos a bajar a visitarle!. Y bajó el socio, bajó y le visitó. Ellos estaban muy bien y entonces le dijo a la mujer: —Saca alguna cosita para dar a mi socio que coma. Saca algo de comer. Y come, come, come; él comió todo. Limpió su mano en el agua y se levantó; se levantó y le dijo a su socio: —Mira mi socio ¡ya queda para su esposa, ya queda para su mujer! Usted ya la va culear (=poseer) todos los años. Yo ya largo ya. Yo ya no quiero. ¡Voy a irme nomás!

Esta palabra dejó a su socio *Kukúxl to kaab*, y se fue otra vez. Se fue. Ya dejó, porque el hombre no quería largar y se fue él. Entonces *Kukúxl to kaabe*, la señora, ya encontró para su esposo. Ya quedó allí.

3. *Níixnak ku'tümerexá o "el cantor kut'ümerexá"*

Antes había un *kut'ümerexá* (=miembro del cal homónimo) que cantaba. Estaba siempre *tíxne ebích* (cantándo fuera del *tobích* o choza de la sociedad secreta masculina) hasta que su garganta ya estaba cerrada. Cuando cantaba, a cada rato (=al tiempo) ya estaba cerrada su garganta.

Cuando cantaba, había una chica que le quería mucho; y a ése le gustaba también la chica, la quería. Pero él tenía su señora allá, el *kut'ümeraxá* la quería a esa chica pero también tenía su señora allá. ¡Pero la chica!: de noche él ya se estaba acercando adonde ella tenía que ir; la estaba agarrando ese hombre y la llevaba por ahí para culearla (=poseerla). Siempre estaba culeando a ésa. Cada vez que se van de mudanza (=migran), ella siempre estaba esperando

dónde tenía que llevarla. Cuando todos dormían, él siempre la estaba culeando; de día y de noche, porque él la ponía en otra parte, en el monte.

Hasta que esa muchacha ya estuvo embarazada. Y la muchacha tenía su padre. El padre no se quería quejar porque no sabían quién era: —¿Quién será el que está culeando a mi hija? —y no sabía—. ¡Deje así nomás hasta que nazca mi nieto! Si nace mi nieto, cuando esté como de ocho o siete años, voy a hacer una fiesta para él y voy a buscar a su padre.

Dejó así nomás a su hija cuando nació su hijo, hasta que caminaba y estaba como de seis o siete años, ya era grande. Entonces dijo: —De ésta, nuestra hija, no sabemos quién es el esposo: porque ya tiene este niño. Cuando era chico, yo sabía que ésa no ve con quién andaba. Ahora vamos a hacerle una seña (=ordalía): a hacerle este camino limpio, un limpiado (=rozado) largo hasta allá. Y cada uno de los hombres debe venir a este camino para qué, si es su padre entonces él ya va a saber quién es su padre —y mandó a la gente, avisó a la gente—. ¡Y toda persona que es *nakerbiták*, que es hombre, todos deben hacer un palo (=utensillo de madera)! ¡Hacer *kumichúk* (clava arrojadiza), hacer *áxlebük* (palo-cavador espatular) *ixábo* (pequeño)! ¡Hacer para mostrar a mi nieto.

Entonces todos hicieron eso. Cortan el palo para hacer, para mostrar, a ver quién es su padre. El abuelo les hizo una seña: ya mandó a hacer *pórpëk* (arco) y *xóp'ëne* (flecha) y *kumichuló* (=*kumichúk*) y *áxlebük*; muchas cosas, cositas para que buscara el niño. Hizo un camino largo y él y su mamá estaban allí; el niño estaba allí, y cada persona tenía que traer eso que él hizo, mostrarle a ese niño. Si era el padre, entonces el niño tenía que salir de al lado de su mamá, y correr por ese camino a recibir eso que él muestra.

Empezaron a mostrar. Cada uno salió con su *pórpëk* y lo mostró al niño; se sentó y lo llamó: —¡Toma, ésto es para vos!—. Y él no quería ir, se asustó y se fue junto a su mamá; y se fue el hombre. Después, otro salió con un *áxlebük;* mostró y lo asustó, y se fue junto a su mamá. Y le estaban mostrando muchas cosas; estaban mostrando ellos para encontrar quién es su papá. Y por fin, terminaron toditas las personas y no se encontró, no había nadie; controlaban toda la toldería y no había más. Y el abuelo dijo: —No sé quién es —estaba hablando con su señora—. No sé quién casó con esa hija mía que tiene ese hijo. —Vamos a ver —dijo la abuela—. Procura ver porque todavía hay alguno que no vino. Allá hay uno. Mándale a probar. Si no es aquél, ya no hay más.

Níixnak kut'ümerexá (*cantor kut'ümerexá*). El cantaba nomás, no había *Payasos* (=celebración ritual de los *axnábsero*). Sabía que esa chica lo quería, y entonces más cantaba. Más cantaba, y la chica siempre le buscaba y lo quería para hablarle al *níixnak* que era *kut'ümerexá*. Hasta que la chica le habló y le estuvo diciendo: —¡Te quiero mucho y tus cantos son lindos!—. Y le gustaba la chica a ese *kut'ümerexá*. Pero él tenía su esposa allá y la chica lo quería aparte a él, a ese *níixnak*. Pero cuando el *níixnak* escuchó que la chica le decía: "¡Yo te quiero mucho!", empezó a cantar más, más; todos los días cantó mucho y entonces se cerró su garganta.

Y había uno, *níixnak* estaba allá con su señora, había sido que ése era. La señora de él dijo: —¿Por qué no anda a probar un poco, muestra este *áxlebük ixáb* (pequeño)? ¿Quién sabe si no es usted? Anda a probar un poco, si es usted ya tiene que casarse. Y el *níixnak* dijo: —Bueno —y se levantó y llevó el *áxlebük ixáb*—. Vino allí, se paró en el frente y le dijo al niño: —¿Esto no querer niño? Y corrió el niño y le agarró a este hombre; agarró ese palo, ese *áxlebük ixáb*.

Cuando agarró el niño, ya el padre dijo: —¡Venga! ¡Usted ya es mi yerno, lleve a mi hija; éste, su hijo había sido! ¡Este es su hijo porque no le recibió a nadie acá. Aunque ellos trajeron muchas cosas lindas no las recibió: *nouche-*

ráxë ore (desconocía a todos). ¡Ahora usted va a casar con mi hija! ¡Vaya y case! ¡Quedar allá!

Entonces dejó ya a su otra esposa. Su esposa le había dicha a él: —Andá nomás allá a mostrar esto al niño. ¡Seguro que es de usted, y por eso no quiere ir! Si el niño te puede recibir, entonces recibe a la señora. Casa con ella y yo que quede así—. Y casó con esa chica, ya ése es su suegro. Casó con la otra y esa quedó sola allí.

ANÁLISIS Y COMENTARIOS

Deberemos ampliar con más detalle, primero, las notas básicas de una categoría cuentística de los indios Chamacoco, los *monexné os lóte*, sin entrar —por ahora— a analizar los temas particulares de los relatos consignados más arriba; cosa que sin embargo será indispensable luego, si se quiere esclarecer el resto de sus finalidades culturales.

Esas notas básicas no son otras que las adelantadas al comienzo. En primer lugar, los *monexné os lóte* son medios de entretenimiento y recreación grupales; la palabra *olôta*, en efecto, designa a la fiesta y a la danza (*fide Súsnik*, 1970, pág. 98). Además, algunos de estos cuentos ejemplifican monitoriamente ciertos cursos de conducta socialmente correctos. Por ejemplo, a fin de aclararnos por qué se contaba a veces *El viejo posherexá que murió de gula*[1], nuestro informante dijo: "*Es monexné pá* (*pá*: puro, cabal). Es para divertirse con los jóvenes y para divertirse con las chicas. Cuando ellos quieren saber, piden a un viejo que cuente; y ahí se divierten todos"; y añadió asimismo que ese relato servía de llamado de atención a los ancianos ávidos o golosos, para precaverlos de las peligrosas consecuencias de su actitud. En síntesis, aleccionamiento y esparcimiento; he ahí dos de los supuestos intencionales del lugar cultural de las narraciones de esta especie.

Pero falta añadir aún un tercer detalle, referente a la idea que tienen los indios sobre el mecanismo de génesis de alguno, que aclara bastante el papel de los *monexné os lóte* en la autoconciencia del *cómo* y del *por qué* de ciertas producciones culturales. Así, cuando interrogamos al relator de *La inversión de los grupos de edad matrimoniables* acerca de si esa narración consignaba el recuerdo de un evento o la existencia de una pauta de ese tipo, contestó que la competencia descripta allí nunca había sucedido en los hechos y que —a su juicio— ésta era en realidad un puro producto de ficción. Vale decir, que el indígena invocó el papel de la inventiva como factor generador de un *monexné os lóte*, no importando obviamente para el caso la verdadera naturaleza del proceso de origen.

Hasta aquí el diagnóstico suscinto de los *monexné os lóte*, tal como surge de los datos directos de los Ishír al día de hoy. No obstante, y esto tiene que ver con el comentario particularizado de los materiales, los tres relatos presentados por nosotros registran antecedentes en otros trabajos sobre los Chamacoco. Así, en la lista de mitos y leyendas expuesta por Susnik al final de una de sus obras (1969, págs. 237-239), también recopiladas por ella en el campo, se puede leer:

16) "*Uwÿrbe pyllybyk*": palos arrojadizos y pantallas de caraguatá; el motivo social del casamiento entre hombres de edad y mujeres jóvenes y viceversa".

[1] Es otro ejemplo típico de *monexné os lóte*. La trama del mismo narra la desventura fatal de un anciano famélico perteneciente al clan homónimo. Acosado desde hacía largo tiempo por el hambre, cuando se dieron las circunstancias favorables de satisfacerla pronto, el anciano se entregó entonces a la ensoñación del alimento anticipado. Nunca despertó y —dijeron los demás—, fue su gula la que lo hizo morir.

26) *"Kúkul tok'ap";* las legendarias andanzas de un bravo cazador que se negaba a aceptar la residencia uxorilocal".

28) *"Nynáp;* el hombre que mágicamente por el canto de su sonaja embaraza a la mujer y enseña a "tener hijos".

Ahora bien, el análisis y las conclusiones de Súsnik sobre estos tres motivos —que corresponden evidentemente a los denominados por nosotros *La inversión de los grupos de edad matrimoniables, Kukúxl to kaab* y *Níixnak kut'ümerexá* respectivamente—, difieren mucho con las que aquí expondremos. Las discrepancias alcanzan, tanto a la caracterización narrativa de los relatos, como a la evaluación de los efectos y la posición cultural que ocupan. Para ordenar la discusión comentaremos cada relato por separado, haciendo lugar a las ideas de Súsnik, a las nuestras y a las pruebas respectivas que la validan.

1) *La inversión de los grupos de edad matrimoniables*

Según Súsnik (1969, págs. 156 y sig.): "La resistencia de los Chamacoco a que se casen los jóvenes entre sí, se refleja en dos versiones tradicionales, ambas con elementos parecidos (M-16, 70)". De acuerdo con esa línea de argumentación, el mito 70: *"Opáxata-watyrek";* el motivo de una vieja que incitaba a un iniciado a las relaciones sexuales" (Súsnik, 1969, pág. 237), precede lógicamente y se integra con el citado mito 16 referente a la edad de los contrayentes matrimoniales. Muerta la anciana libidinosa del relato 70 —prosigue la autora—, se decidió dejar librado al azar aparente del intercambio de pantallas y palos arrojadizos la concertación de las parejas, sin imponerles en principio previas distinciones de edad. El resultado de la competencia originó entonces la pauta de la extrema oposición etaria entre marido y mujer, prescripta pues desde ahí.

Es decir que, para Susnik, el relato en cuestión es un verdadero mito; esto es, un relato fundante o al menos justificador del sentido de una práctica real. Si bien Súsnik utiliza también en apoyo de esa tesis la opinión de algunos viejos informantes, que aportan argumentos más que nada psicológicos a fin de explicar la solicitud del anciano respecto a su cónyugue joven —traductibles por otra parte a la inversa, a la luz de ciertas necesidades bastante evidentes del segundo—, la verdad es que ambos relatos siguen siendo el argumento principal que probaría la vigencia real de la norma citada.

De esta manera, las apreciaciones de esa autora sobre el valor diagnóstico de *La inversión de los grupos de edad matrimoniables* abren paso a una problemática triple, que desgraciadamente apenas si hemos de poder comentar ahora: a) Las características del sistema matrimonial chamacoco y los principios de legitimización de los cónyugues fundados en la edad; b) El rol de la información mítica y, en general, de la procedente de especies orales como fuente fehaciente de procesos culturales concretos; y, c) El verdadero lugar de *Uwyrbe pyllybyk* o, *La inversión de los grupos de edad matrimoniables* en la literatura oral de los Chamacoco.

a) *Clases de edad y reglas matrimoniales en la cultura chamacoco*

Si bien no hemos de ocuparnos en extenso de las reglas matrimoniales de los Ishir, no podemos omitir aquí algunas informaciones directas recopiladas por nosotros, del todo diferentes a las de Súsnik, a fin de aclarar mejor las tres cuestiones mencionadas. En varias oportunidades diversos informantes —ancianos y jóvenes— aludieron directamente a las pautas etnográficas que —según ellos— vedaban o dificultaban mucho el enlace, e incluso el contacto sexual esporádico entre personas de edades muy separadas.

Al describir su aprendizaje iniciático en la sociedad secreta de varones o *Tobích* una persona de mediana edad, Flores Balbuena, afirmó que una de las reglas explícitas de la normatividad de *Aishtuwénte* y los *axnábsero* que allí les enseñaban, expresaba precisamente la interdicción o al menos la extrema restricción de contactos entre individuos jóvenes y maduros. El aliento, el olor y las ventosidades de los segundos —decían a los iniciandos—, poseen un *wozósh* o *potencia* que enferma gravemente a los jóvenes. También, que el exceso de licor seminal reclamado por las mujeres mayores, perjudica a los muchachos; se les aplicaba entonces un dicho: *deshibó otëchéxe xuté,* traducido o parafraseando como: "una vieja paloma sin alas, a la cual las que están encima del árbol defecan en la cabeza". Estas informaciones fueron ratificadas por *Chálëke,* el anciano narrador de los *tres monexné os lóte* transcriptos; éste habló incluso de la existencia de una antigua regla, consistente en la equivalencia de color del pelo pubiano (*ekúte ixnó*) que debía verificarse entre los contrayentes matrimoniales, a fin de asegurar la compatibilidad de sus edades en caso de dudas.

Lo mismo sucede con otras menciones narrativas de la conducta sexual. Por ejemplo, a propósito de *Xósh'të,* un motivo mítico que también incluye episodios que alteran el régimen normal de las reglas sexuales. *Xósh'të* es una deidad femenina propiciadora de la caza, percibida con forma de tortuga o de mujer diminuta; el relato mítico informa que el sonido vibrante de sus orejas producía un ardor irrefrenable en cuantos lo oían y, olvidando ahí las normas de la consanguineidad, la edad y la exogamia clásica, se entregaban entonces a toda clase de uniones entre ellos. Además, para los Ishír, *Xósh'të* constituye asimismo un paradigma eminente de *monexné wozósh,* o sea, de relato mítico dotado de eficacia y de potencia. No obstante, cuando comentamos el motivo con un indígena de más de 70 años, éste respondió así a la pregunta de si antes era común el casamiento de ancianos y jóvenes: "No hubo eso. No hubo que el viejo pueda culear (=poseer) las chicas antes, no hubo. Y también la vieja no podía culear con el jóven; no hubo eso, no hubo. Y cuando a *Xósh'të* encontraron, entonces les hizo a todos mal; entonces culeaba esa chica con el viejo y la vieja con el joven, así era. Pero cuando ellos se levantaron (al cesar el sonido) ya se levantó cada uno con su esposa: el viejo con su esposa vieja, y la vieja con su esposo viejo. Hasta allí que ellos culearon y después, cuando salieron, olvidaron. No siguió eso, no siguió la costumbre".

Ahora bien, ¿cuáles eran las razones de fondo de estas costumbres y normas? En verdad, la antigua sociedad chamacoco giraba en torno a dos áreas de acción bien delimitadas: una, la de las agrupaciones clánicas patrilineales o *kenáxo* [2]; otra, la del sistema de clases de edad en las que, cada sexo por su lado, estaban encuadrados hombres y mujeres. Viene al caso recordar que Leach (1971, págs. 39 y sigs. espec.), ha recalcado la importancia de distinguir los procesos de alianza de los de incorporación en todo conjunto de reglas matrimoniales. Así, los primeros tienen que ver con los grupos o linajes ligados a través de la conyugalidad y se expresan, sobre todo, mediante los principios de afinidad y las creencias sobre el daño y la hechicería; los segundos, en cambio, se refieren a la adscripción de

[2] La palabra *kenáxo,* con la cual los Ishír designan sus agrupaciones exógamas patrilineales, significa aproximadamente "apartado"; *kenáxo* es, en general, un calificativo que consagra la diferencia específica entre los entes adscribibles a una clase similar. El antiguo sistema social chamacoco incluye siete clanes exogámicos (*Posherexá, Namoxó, Dosëpëk, Tümerexá, Datz'ümerexá, Kut'ü merexá* y *Taxóro*) y un clan endógamo (*Dichëkemzëro*). Los primeros eran sobre todo unidades sociorreligiosas y de intercambio matrimonial, articuladas entre sí en varias agrupaciones de clanes enfrentados o *esméio.* Los *Dichëkémzëro,* en cambio, sólo tenían a su cargo ciertas funciones rituales y, su sacralidad connotada como impureza, los mantenía aparte de cualquier otro tipo de relaciones con los demás.

los descendientes a uno o a ambos de los linajes aliados, y se concretan en determinadas reglas de descendencia y en ciertas ideologías culturales que dan cuenta de las creencias genéticas invocadas para eso. Referido dicho modelo a la cultura ishír, sería fácil ver, en consecuencia, que las *clases de edad* —en cuyo seno se ajustan buena parte de las prestaciones económicas y matrimoniales entre los individuos de acuerdo a normas muy nítidas—, funcionan primordialmente como *grupos de alianza;* y, a la vez, que los *clanes* —a cuyo cargo corre la regulación de la ascendencia, la exogamia y el incesto, ciertos aspectos rituales y religiosos y, algunas prestaciones entre clanes enfrentados—, son básicamente *grupos de incorporación.*

Limitando el examen sólo a las clases de edad, institución que desempeñaba al mismo tiempo una serie de funciones jurídicas, políticas y educativas muy importantes, la dinámica de éstas, en consonancia con un patrón conciente imbricado también en otras esferas (concepción de la naturaleza de lo sacro y de la del tiempo, mitología, esquemas taxonómicos, reglas de impureza, etc.), implicaba que la iniciación en la sociedad secreta introducía a los varones en un circuito de cuatro grupos de edad sucesivos. Dejando aparte a los *xupó,* concepto extensivo a los no iniciados en general, para los hombres regían pues los rangos de *uetérek* o iniciando, *nakerbiták* o iniciado joven, *nakaráp* u hombre ya maduro, y, de *ëmaták* o anciano, de entre quienes se reclutaban los maestros iniciáticos y los responsables políticos, jurídicos y educativos.

De manera concomitante, cada clase de edad, era concebida bajo la forma de un conjunto de atributos distintivos mutuamente equivalentes, inscriptos a la vez en el orden de la naturaleza (edad vital), en el de la cultura (atuendos distintivos, prerrogativas y derechos específicos, etc.), y en el de las ordenaciones culturales que referían la primera a la segunda (las normas alimentarias, basadas en correspondencias de distinto tipo entre las pautas ideales de cada grupo de edad y las especies animales, por ejemplo). En efecto, de entre los atributos distintivos mencionados, las regulaciones alimentarias y las sexuales eran precisamente las más notables. Así, las obligaciones alimentarias preveían para los jóvenes un gran número de interdicciones, de las cuales se iban librando con el correr de la edad y, a la vez, la norma de ceder a los ancianos los bienes que no podían consumir. A la recíproca, estos últimos, premiaban el buen comportamiento de los muchachos favoreciendo las relaciones y la concertación de connubios con sus hijas; de ahí la pauta correlativa que vedaba a los hombres maduros el contacto con las mujeres jóvenes.

O sea, de acuerdo a esta interpretación de los hechos, que las reglas sexuales y matrimoniales aludidas, eran el correlato lógico de un sistema fundado en ciertos equilibrios e intercambios entre grupos de edad diferentes. En consecuencia, casarse indebidamente —en las reglas de juego de un conjunto de valores que fijaban los derechos y obligaciones de los individuos en relación a una serie de prestaciones diferidas, insertadas además en el curso de las generaciones anteriores y subsiguientes a ellos—, valía tanto como interrumpir la dirección de los flujos que lo hacían posible. De allí la similitud entre las interdicciones y prescripciones alimenticias y las sexuales. De allí, también, la semejanza de las imágenes invocadas en cuanto a las consecuencias de las infracciones, o sea, el deslizamiento hacia la condición del viejo, que traía para el joven tanto el hecho de comer un manjar prohibido como el de ligarse con una mujer de mayor edad [3].

[3] En efecto, el envejecimiento y el debilitamiento prematuros —vale decir, la sugerencia de los signos identificatorios de otro grupo de edad— eran las consecuencias más comunes que, según les decían, traían a los jóvenes la alimentación indebida y la vida sexual desordenada. Los motivos aludidos para eso eran diversos: analogías entre los rasgos característicos de los viejos y las especies interdictas (gordu-

No obstante, aparte de sus nexos lógicos dados por el común denominador del intercambio, las dos clases de regulaciones no son exactamente lo mismo, lo cual hace posible la equivalencia de ambas. En realidad, las prestaciones sexuales son el reflejo complementario de las alimentarias: en tanto que éstas seguían un curso ascendente, desde las generaciones más jóvenes a las más viejas, las primeras eran en buena medida su contraprestación recíproca. Por eso, autolimitándose el derecho potencial a las mujeres menores que ellos, los ancianos "devolvían" los bienes y servicios recibidos de los jóvenes en el curso de un mismo movimiento de prestación y contraprestación. Concomitantemente, en la medida en que el rol de donante de bienes equivalía, en un momento dado, al de receptor de mujeres y, más tarde, ambos roles se invertían, el sistema podía funcionar a la vez en la doble dimensión de lo sincrónico y lo diacrónico.

Pero, volvamos de nuevo al relato en cuestión. Si, pese a todo lo dicho, se insistiera en seguir utilizando a *La inversión de los grupos de edad matrimoniables* como testimonio fehaciente de procesos culturales reales, antes que nada habría que explicar la inversión de la variante recogida por nosotros respecto a la expuesta por Súsnik en lo que se refieren a la descripción de otros mecanismos culturales acerca de los cuales, nos apresuramos a adelantarlo, la suya es la "correcta". En efecto, de acuerdo con la misma, Súsnik enunció la oposición:*"caraguateras o fabricantes femeninos de pantallas"* v. *"manufactores masculinos de palos arrojadizos"*, opuesta pues a la de nuestro relato: *"artesanas de ganchos de madera"* v. *"tejedores de pantallas de caraguatá"*. El planteo no es ocioso. Hemos podido constatar objetivamente en la cultura chamacoco (Cordeu, 1979) la vigencia de dos complicados interjuegos rituales entre los sexos, centrados respectivamente en la manufactura y uso del chaguar y en la del *áxlebük* o palo de cavar. Ambos se configuraban de forma tal que, por motivos que hacen a los supuestos y estructuras básicas de la religiosidad, en el caso del caraguatá, el contacto con la planta y el proceso textil de las fibras eran monopolio exclusivo de las mujeres; y, en el del *áxlebük* y los instrumentos de madera en general, la manufactura era resorte de los hombres; en cambio, el destino final de algunos de esos bienes era al revés: las máscaras de fibras tejidas eran para los hombres y los *áxlebük* para las mujeres y, desde ese momento, quedaba tabuado el contacto de sus productores originarios con los mismos. O sea, que en tanto que la versión de Súsnik se ajusta rigurosamente en ese aspecto con la realidad de la cosmovisión y la expresa textualmente, la nuestra la transtrueca. Mayor razón para acentar, pues, la opinión de Octavio Pancho de que estas narraciones son puro producto de la inventiva individual, imaginando lo que pasaría si las reglas matrimoniales no fuesen lo que son. Es obvio que para lograrlo, la cualidad fabuladora utilizó datos directos o reflejos provenientes de los fenómenos reales, y los combinó según su arbitrio y su intención.

Es decir, entonces, que nuestras informaciones de campo —provenientes ya sea de descripciones directas de la pauta de equivalencia de edades fijada para los contrayentes matrimoniales, de sus fundamentos sagrados y sus funciones culturales, y también de menciones narrativas que hacen jugar de diferente modo los elementos que la configuran—, contradicen totalmente las conclusiones de Súsnik. Tenemos presente, por supuesto, la sabia advertencia de Lévi-Strauss (1968,

---

ra, flaccidez, lentitud, escasez de cabello, etc.), en el caso de los alimentos; o, excesiva libidinosidad de las mujeres maduras, en el caso de las normas sexuales. En otro lugar (Cordeu, 1979), hemos analizado los mecanismos metafóricos y metonímicos implicitados intencionalmente en esta clase de razonamientos. Hemos denotado, por ende, la impropiedad etnológica de entender los mismos como expresiones textuales de las concepciones y creencias aborígenes reales.

págs. 25 y sig.) acerca del sofisma etnográfico de privilegiar las observaciones recientes por sobre las más antiguas, concebidas cada una como contenidos de verdad o error irreductibles entre sí, y por lo tanto inintegrables. Creemos, para el caso, que las divergencias resultan más bien de las diferencias de los métodos utilizados por ambos autores, extensibles también a los criterios de evaluación de los datos inmediatos. Es posible, también, que en algo incidan las circunstancias de la aculturación en los 20 años transcurridos entre las primeras observaciones de Súsnik y las nuestras; proceso caracterizado además por el incremento incesante del rigorismo moral impuesto por los misioneros de New Tribes. De todas maneras, insistimos en que la clave de las diferencias reside en el fundamento metódico de cada uno. Deberemos, pues, hacer una breve alusión al respecto.

b) *Las especies orales como fuentes etnográficas*

En todas sus valiosas monografías sobre los Chamacoco, Súsnik emplea literalmente la rica información mitográfica de que dispone en calidad de recurso heurístico principal. De acuerdo a esos supuestos y siguiendo un método consecuente, por ejemplo, de las prelaciones objetivas que articularían los relatos cosmológicos individuales —que de esa forma constituirían las piezas parciales de un esquema unitario (prioridad de la oscuridad y el cielo vacío sobre la luz y el cielo poblado de astros; anterioridad del cielo próximo al cielo ubicado donde hoy se lo ve; prioridad del derrumbe del árbol cósmico respecto a los dos episodios anteriores; etc.)—, dedujo la cronología del proceso cosmogónico y la extendió a la organización mitológica (Súsnik, 1957). También, de la frondosa casuística narrativa acerca del incesto y las uniones impropias, la autora extrajo ciertos caracteres sociales y psicológicos de la organización familiar y el sistema de parentesco (Súsnik, 1969; págs. 154 y sigs.). En otras palabras, es evidente que para ella los mitos y las demás especies orales constituyen testimonios directos e inmediatos acerca de las instituciones y normas reales de una sociedad etnográfica; enfocados en conjunto como las fórmulas de su paradigmatividad textual, los mitos constituirían así los documentos privilegiados del etnólogo.

No pretendemos negar ni disminuír que ésa sea la verdad, en efecto, en más de un sentido, ni menos disimular el valor heurístico de la narrativa oral en general. Tan sólo deseamos acotar que ese valor heurístico está en relación directa con la comprensión exacta de sus significados y esto, a su vez, con la perspicacia —o con la ingenuidad— hermenéutica hecha jugar en la exégesis. Es cierto, en principio, que los mitos son los medios de expresión básicos de una cosmovisión etnográfica, pero no son los únicos ni son exclusivos. Por de pronto, ellos mismos son formulados de acuerdo a códigos múltiples, articulados de acuerdo al plan de las ideas esenciales que expresan; códigos que casi siempre son imposibles o difíciles de percibir en los mismos textos míticos, si no se cuenta con información suplementaria. Tenemos muy en claro al respecto, cómo demostrara palmariamente Reichel-Dofmatoff (1968), que el sentido de una oración mítica cualquiera, por evidente, banal o insignificante que parezca al oído occidental —que muchas veces apenas si entiende alguna otra cosa del universo significante del que forma parte—, sólo puede ser deducido de las connotaciones simbólicas y religiosas de cada término de ese discurso, por una parte, y del rol de ese mito en la economía expresiva de la cosmovisión y la religiosidad que integra, por la otra. Por ejemplo, siguiendo al mismo Reichel-Dolmatoff, mal se podría reparar en la importancia de una frase aparentemente anodina de un relato de los Desana del río Vaupés ("las flautas sonaron monótonamente") si se ignoran los sentidos asociados a los sonidos zumbantes y silbados en el simbolismo acústico desana; o, el rol de la flauta en el código ergológico a cuyo través se transmiten diversos significados y

procesos cósmicos. Lo mismo podríamos decir acerca de múltiples códigos y valencias simbólicas en la mitología chamacoco.

Tampoco habremos de referirnos ahora a estos problemas. Volviendo a *La inversión de los grupos de edad matrimoniables,* sólo debemos recordar que el transtrueque entre las normas culturales empíricas y su mención mítica, es un hecho bastante frecuente. Hecho que, seguramente, tiene que ver con los arbitrios y modos de composición de los mitos, con la retórica de sus mensajes propios. El parentesco y las reglas matrimoniales y de conducta sexual, constituyen áreas particularmente propensas a tales inversiones y distorsiones. Lévi-Strauss lo ha mostrado de continuo desde *La Geste d'Asdiwal* a las *Mythologiques.* En otro terreno, nosotros mismos lo hemos hecho, así, con referencia al desfasaje entre los conceptos empíricos y el rol sagrado del jaguar en la mitología chamacoco (Cordeu, 1976).

Por todo esto, creemos que antes de extender un "certificado de fehaciencia sociológica" a las informaciones procedentes de fuentes narrativas orales, es necesario "descodificarlas" desde su función semántica específica. No es lo mismo, evidentemente, aislar una regla explícita de comportamiento, fundada en una disposición también expresa de un personaje sacro —en otras palabras, apelar en calidad de recurso heurístico directo a la modalidad arquetípica o paradigmática asumida a veces por los mitos—, que la inferencia de aquella de las actitudes y acciones cumplidas en circunstancias analogables a las cotidianas por los protagonistas de las narraciones; menciones que, en esos términos, frecuentemente no son otra cosa que la expresión de las cualidades insólitas a-normales de un referente sacro.

c) *La calidad narrativa de "La inversión de los grupos de edad matrimoniables"*

Con esto retornamos al comienzo. ¿Qué es en realidad *"La inversión de los grupos de edad matrimoniables"*, la pieza principal de la demostración de Súsnik? ¿Un mito verdadero y un testimonio objetivo, como sugiere la autora; o un simple cuento, como dicen nuestros informantes?: *"monexné* para diversión de los jóvenes y los hombres. No tenía poder y no tenía *wozósh* (potencia), era para diversión nomás. Era para que la nueva generación pueda recordar a los antiguos".

Nada quita, por otra parte, que un "mito" concluya por transformarse en "leyenda", "fábula" o "cuento"; proceso de sobra conocido y que tiene que ver con la degradación del contenido de verdad y la sacralidad de los mitos y, por lo tanto, con la modificación de sus finalidades y su régimen de existencia cultural. No obstante, de guiarnos por los elementos analizados, nada de eso sucedió o por lo menos fue registrado convincentemente respecto a la presunta transformación de la calidad originaria del relato en cuestión. Al contrario, tanto la opinión del informante sobre la inexistencia de hechos de ese calibre sucedidos realmente, y que luego habrían sido recogidos por el *monexné,* como el verdadero "sacrilegio" respecto a las creencias auténticas representado por nuestra variante, consistente en invertir los roles rituales de ambos sexos ligados al caraguatá, refuerzan la impresión de que este motivo constituye un ejercicio de objetivación —por la vía de la reducción al absurdo— de los fundamentos de la normatividad matrimonial tradicional, confrontada con las consecuencias desgraciadas surgidas de la mudanza simétrica de las reglas de edad.

He ahí posiblemente, en la elaboración de un modelo "teórico" que da cuenta de la racionalidad profunda de las interdicciones y normas sexuales y matrimoniales —verdadera clave de la estructura incidental desplegada por el relato—, el verdadero mérito y la intención real de *"La inversión de los grupos de edad ma-*

trimoniables". Ese es en realidad su legítimo valor documental; y, en todo caso, la apreciación crítica del mismo, es lo que debería haber realizado Súsnik antes de utilizarlo como elemento de prueba de una construcción irreal.

2) *Kukúxl to kaab*

Observaciones y divergencias semejantes con dicha autora, caben respecto a *Kukúxl to kaab*. Súsnik (1969, págs. 166-167), luego de exponer suscintamente algunos de sus motivos, evalúa el relato como prueba del desapego matrimonial y de la tendencia al divorcio de los jóvenes chamacoco recientemente casados, en especial cuando la preñez de la esposa; incluso, por ese motivo, las suegras habrían recurrido frecuentemente al infanticidio de los nietos a fin de procurar la vuelta del yerno.

Para nosotros, en cambio, tal como se deduce sin mucho esfuerzo de la versión consignada y del comentario de los indígenas, *Kukúxl to kaab* comporta sobre todo un propósito aleccionante. Dicho *monexné* es, en efecto, una crítica irónica y despiadada a una forma de conducta matrimonial al parecer anómala. Pero, asimismo, es una crítica que está subordinada y forma parte de una descripción psicológica muy fina de la inestabilidad constitutiva de la personalidad de quien protagoniza esos hechos. Así, al comienzo, tanto se autoconvence *Kukúxl to kaab* de la infidelidad de su mujer como, más tarde, alterna las actitudes más disímiles hacia el nuevo marido de aquélla. Además, la versión aquí expuesta, no alude a la posible habilidad cinegética del personaje ni menciona siquiera a la suegra entre los restantes protagonistas.

Hay aún otros detalles muy llamativos en apoyo de nuestra tesis. Por de pronto, el nombre de nuestro héroe, la locución *kukúxl to kaab*, es una metáfora ligada con la designación de una perdiz rojiza con pintas en las alas, el *kukuxlá;* en sentido figurado, dicho término también es utilizado a veces como sinónimo del *mbaishíp*, o sea, del ser inútil y caprichoso. La razón intencional de la analogía surge de que, al igual que la perdiz o *kukuxlá*, todo aquel que merece el apodo: "no vuela lejos, vuela hasta ahí; salta y se queda allí nomás". Súsnik (1970, pág. 15), en un sentido por entero diferente y sin brindar mayores aclaraciones, registra en cambio una especie llamada *usisi* y dice textualmente: "paloma chica (metamorfosis del legendario *Kukúl'áp*)".

De esa forma, a partir de la metáfora mencionada y al igual que el personaje del *monexné, kukúxl to kaab* es en general el calificativo de los indecisos, de los individuos incapaces de persistir en sus resoluciones, de aquellos a quienes un dato nuevo —producto casi siempre de la propia capacidad de fabulación al servicio de justificarlos— les hace variar de curso. Así comenta el relato el informante: "Ellos ocupan (=narran) esta palabra hasta hoy. Cuando uno no se queda con su esposa; cuando se casa y larga, se casa y larga, le dicen que es *Kukúxl to kaab*, el nuevo *Kukúxl to kaab*. Y ellos ocupan así. A los *uetérek* (iniciando, pero con el sentido de "joven"), cuando ellos son *cabezudos* (=tozudos, duros de entendederas) y se casan y largan, les dicen que ellos son *Kukúxl to kaab*".

3) *Níixnak kut'ümerexá*

Níixnak kut'ümerexá, una de las tantas variantes del motivo mitológico universal del "*reconocimiento prodigioso de la paternidad*", aunado frecuentemente al de "*la fecundación mágica*", no ha sido objeto de referencias particularizadas por parte de Súsnik. Aparte de la mención citada, incluída en la breve descripción del corpus mitográfico que tuvo oportunidad de recopilar (Súsnik, 1969, pág. 238), la autora analiza posibles elementos de esa versión referentes a mi-

graciones desde el interior del Chaco al río Paraguay; y, a la etiqueta de los *mensajeros* o *nagábsero* de los grupos locales en determinados casos (op. cit., págs. 35 y 38).

BIBLIOGRAFÍA

CORDEU, Edgardo J.; 1974. "La idea de mito en las expresiones narrativas de los indios Chamacoco o Ishír", *Scripta Ethnologica*, año II, nº 2, parte II, Bs. As., p. 75-117.

— 1976. "El Kaamták. Una prestación ritual de los indios Chamacoco o Ishír", *Scripta Ethnologica*, año III, nº 3, parte II, Bs. As., p. 91-100.

— 1979. "Aishtuwénte. Las ideas de deidad en la religiosidad chamacoco". Tesis de doctorado, en preparación.

LEACH, E. R.; 1971. *Replanteamiento de la Antropología*, Seix Barral, Ciencias Humanas, Barcelona.

LEVI-STRAUSS, Claude; 1968. *Lo Crudo y lo Cocido*, Ed. FCE, México.

REICHEL-DOLMATOFF, G.; 1968. *Desana. Simbolismo de los Indios Tukano del Vaupés*, Universidad de los Andes, Bogotá.

SUSNIK, Branislava; 1957. "Estudios Chamacoco. Partes 1ª y 2ª", *Boletín*, Soc. Cient. del Paraguay y Museo A. Barbero, vol. I, Etn. nº 1 y 2, Asunción.

— 1969. *"Chamacocos, I. Cambio cultural"*, Museo Etnográfico "Andrés Barbero", Asunción.

— 1970. *"Chamacocos, II. Diccionario Etnográfico"*, Museo Etnográfico "Andrés Barbero", Asunción.

VAN GENNEP, A.; 1910. *La Formation des Légendes*, París.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

EL FENÓMENO ONÍRICO ENTRE ABORÍGENES TOBA Y MATACO DEL GRAN CHACO

Luis D. Heredia

INTRODUCCIÓN

En el curso de las prolongadas conversaciones que mantuvimos con los que consideramos los más representativos integrantes del grupo mataco de Laguna Yacaré, provincia de Formosa —con el cual convivimos durante los meses de agosto y setiembre del año 1977—, entre ellos el viejo y sabio cacique don José Díaz, nada hacía prever la emergencia de un tema que a nosotros nos había pasado totalmente desapercibido: el de los sueños.

En efecto, durante uno de los diálogos, don José Díaz (*Puj'Puj* en lengua mataco) dejó caer en el diálogo, al parecer de manera totalmente accidental, el referido tema. De lo que al respecto dijo —lo cual dio pábulo a posteriores indagaciones sobre la materia— se desprendía claramente que estos nativos no practican la drástica separación que llevan a cabo los hombres de cultura occidental entre el mundo de la vida de vigilia y el onírico.

Durante esos meses tuvimos, además, oportunidad de entablar relaciones con las comunidades de aborígenes mataco de Ingeniero Juárez y toba del "Lote 68", ambas pertenecientes también a la provincia de Formosa. Se relevaron en ellas similares creencias respecto de los sueños a las halladas en Laguna Yacaré.

Por otra parte, en el transcurso de los meses agosto y setiembre de 1978, con motivo de un nuevo trabajo de campo realizado entre aborígenes de la región chaqueña, los datos recogidos en la comunidad mataco de Sauzalito no hicieron sino confirmar las evidencias obtenidas en las comunidades ya mencionadas.

El presente trabajo no tiene por objeto sino mostrar, en alguna medida, cómo el universo de la interpretación onírica está condicionado por la cultura a la que pertenece el soñante y, a la vez, la influencia que el sueño ejerce sobre el comportamiento aborigen.

En las culturas no pluralistas —las ágrafas entre ellas— existe una interpretación de los sueños generalmente aceptada, la que forma parte y está, a la vez, teñida de la cosmovisión imperante. En las pluralistas, en cambio, suelen coexistir distintas interpretaciones de lo onírico. De ahí, probablemente, la mayor fuerza con que estas creencias se imponen en las primeras y la indiscutida aceptación por parte de sus miembros.

La expresión "sueño" connota en castellano significados distintos. En efecto, se la usa en el sentido del verbo dormir, cuando decimos, por ejemplo, "durante el sueño"; para denotar deseos de dormir y con el significado del

verbo soñar, es decir, para indicar las fantasías que sobrevienen durante el acto de dormir.

ANTECEDENTES SOBRE EL TEMA

Si en la presente nota nos ocupamos de los sueños desde la perspectiva antropológica, no es sino por la importancia que los mismos revisten desde el punto de vista de la influencia que ejercen, como hemos dejado dicho, sobre el comportamiento humano; influencia que se deja advertir de manera más elocuente en las culturas ágrafas. No obstante, dentro de las culturas no ágrafas, los más antiguos testimonios históricos nos hablan de la milenaria preocupación del hombre por desentrañar el significado de sus sueños, por decodificar el mensaje en ellos contenido.

Son célebres los cultores tanto de las artes onirománticas cuanto de las onirocríticas en la antigüedad. El Rig Veda, el Atharva Veda, La Odisea, La Ilíada, La Biblia y muchos otros textos tanto o más antiguos que éstos, brindan un valioso cúmulo de testimonios acerca de la importancia que se asignaba a las imágenes oníricas, las que eran consideradas ora presagios funestos, ora mensajes divinos, ora situaciones propicias para solicitar favores de los sagrados manes.

Estrechamente ligado al tema del sueño se encuentra el del alma. La índole umbrática de ésta está presente en el taoísmo, el budismo, el hinduismo[1] y en innumerables culturas etnográficas diseminadas en los más distintos puntos del planeta. Y es de destacarse, asimismo, la creencia, compartida por individuos pertenecientes a culturas separadas por formidables distancias espaciales y temporales, acerca de la común identificación del alma con la sombra que proyecta el cuerpo; de que los sueños son el resultado de las andanzas del alma, la que durante el dormir abandona el cuerpo —bajo la forma de sombra del cuerpo o corporeizándose en un cuerpo de idénticas características al que yace durmiendo—; de que debe despertarse con cuidado y cautelosamente al durmiente a efectos de permitir que el alma tenga tiempo suficiente de reinsertarse en su cuerpo; de que su mera ausencia puede provocar distintas crisis, el coma, la catalepsia (Groot, J. J. M., 1901); de que sus enfermedades producen las enfermedades del cuerpo; de que su marcha definitiva provoca la muerte.

Misioneros, historiadores de la religión y antropólogos se han ocupado, generalmente de modo no sistemático, de relatar lo que aborígenes pertenecientes a culturas de distintos continentes han interpretado que los sueños constituían.

Sir James George Frazer refiere que:

> "El alma de un duermiente se supone que, de hecho, se aleja errante de su cuerpo y visita los lugares, ve las personas y verifica los actos que él está soñando. Por ejemplo, cuando un indio del Brasil o Guayanas sale de un sueño profundo, está convencido firmemente de que su alma ha estado en realidad cazando, pescando, talando árboles o cualquier otra cosa que ha soñado hacía, mientras todo ese tiempo su cuerpo estaba tendido inmóvil en su hamaca. Un poblado bororó entero se sintió presa del pánico y a punto estuvo de quedar desierto porque alguno soñó que había visto a los enemigos aproximándose sigilosamente.
>
> "Un indio macusi de quebrantada salud que soñó que su patrón le había hecho subir la canoa por una serie de torrenteras dificultosas, a la

[1] Ver "Libros Sagrados de Oriente", especialmente el "Kaushitaki Upanishad" y "Fuentes de Psicología Hindú" (Abegg, 1960).

mañana siguiente le reprochó amargamente su falta de consideración a un pobre inválido haciéndole esforzarse durante la noche. Los indios del Gran Chaco cuentan relatos increíbles como cosas que ellos han visto y oído; por eso los forasteros que no les conocen íntimamente, en su ligereza, tachan a estos indios de embusteros. En realidad, los indios están firmemente convencidos de la verdad de sus relatos, pues esas maravillosas aventuras son sencillamente lo que sueñan y no saben distinguirlo de lo que les sucede estando despiertos.

"La ausencia del alma en el sueño tiene sus peligros, pues si por alguna causa queda detenida permanentemente fuera del cuerpo, la persona así privada del principio vital, morirá" (Sir James George Frazer, 1943:224, 225).

Pineda Giraldo, que trabajara con los guajiros, habitantes autóctonos de la península Guajira, que ocupa la parte nororiental de Colombia y la más septentrional del continente sudamericano, destaca que:

"la presencia de los muertos puede efectuarse también por intermedio de los sueños. Y es entonces tan real, tan viva, como la aparición durante el día o durante la noche bajo la forma corporal o en diversas formas, frente a los indígenas, como lo hemos venido viendo a través de este capítulo. Por eso, cuando el indio sueña con uno de sus familiares muertos, en cualquier ocasión, cree que es que éste está pasando necesidades en su mundo y que requiere la ayuda especial de sus parientes. Reúne entonces a los familiares más cercanos del muerto, se dirigen todos, lo más pronto posible, a la tumba de la persona soñada y le llevan un poco de comida. La comunicación en el sueño se establece entre dos espíritus, entre dos almas, como dice el doctor Born: la del muerto, libre ya definitivamente de su envoltura humana, y la del vivo, libre momentáneamente de su cuerpo por efectos del sueño" (Pineda Giraldo, Roberto, 1950).

Y entre los mismos guajiros, aunque el mayor valor de predicción corresponde al sueño de los "piaches" [2], los sueños de los indios en general se conceptúan como revelaciones del porvenir.

Como ejemplo de la influencia que los sueños ejercen a nivel del comportamiento de la vida cotidiana, es paradigmático el relato que el misionero Barbrooke Grubb dejara al respecto, producto de sus prolongados trabajos entre los aborígenes del Chaco Paraguayo. Según sus comprobaciones, estos nativos "recuerdan los sueños como experiencias del alma vagabunda, ausente del cuerpo durante el dormir", y afirma que "el sueño ejerce un influjo tan poderoso sobre sus vidas que sus acciones, dentro ya de la vida cotidiana, son llevadas a cabo acorde con los más insignificantes detalles de las imágenes oníricas".

Cita al respecto el caso del atentado del aborigen Poit contra su vida, el que obedeció a un sueño en el cual el misionero lo había herido en castigo por ciertos errores que aquél había cometido. De acuerdo con la interpretación que del sueño hizo Poit, el alma del misionero lo había encontrado y herido durante el vagabundeo fuera del cuerpo. Por ello, posteriormente, tratando de quitarle la vida a Barbrooke Grubb, lo hirió siguiendo los detalles del sueño" * (Barbrooke Grubb, W., 1914:78).

La creencia recogida sobre los *kogi*, de la Sierra Nevada de Santa Marta, al noreste de Colombia, acerca de que en los sueños uno ve a veces el País de

[2] Hombre de dos mundos: el de los vivos y el de los espíritus de los muertos, superior al común de los mortales, porque en sus manos está el dominio del bien y del mal.

* En inglés en el original. La traducción corre por nuestra cuenta.

los Muertos, no es en modo alguno una excepción (Pineda Giraldo; 1950). Es común entre los aborígenes americanos y la misma idea surge de los relatos recogidos por el autor —como se verá más adelante— entre los toba y los mataco.

Entre los nativos de Nueva Francia, dice Levy-Bruhl,

> "el sueño es un consejero que no se equivoca y un amo cuyas órdenes no se discuten".

Menciona, brevemente, el relato del misionero Mac Donald. "El jefe se despedía. Insistimos en que enviase su hijo a la escuela y nos respondió: 'Lo soñaré" (Levy-Bruhl, L.; 1972:91 y sgts.).

Sir John Lubbock en su clásica obra sobre "Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre", al ocuparse del tema de los sueños, manifiesta:

> "¿Qué pasa con el espíritu durante el sueño? El cuerpo queda exánime, y el salvaje infiere como consecuencia natural que el espíritu lo ha abandonado. Lo afirma en su idea el fenómeno del sueño, que así adquiere para él una realidad y una importancia difícilmente apreciables para nosotros. Mientras dormimos, el espíritu parece desertar del cuerpo; y como en sueños visitamos además lugares distintos, y hasta diversos mundos, no de otro modo que si tuviésemos entonces una vida separada y diferente, los dos fenómenos llegan a mirarse por un razonamiento natural como complemento uno de otro. De aquí que el salvaje considere los sucesos soñados tan reales como los de sus horas de vigilia, y acaba por reconocer en sí propio la existencia de un espíritu que puede abandonar el cuerpo..."
>
> Tan ciega —continúa diciendo Lubbok— era la fe de los americanos septentrionales en los sueños, que en cierta ocasión, como un indio soñara haber caído prisionero, indujo a sus amigos a que simulasen un ataque contra él, y lo ataran y trataran como cautivo, sometiéndose a multitud de torturas reales, con la esperanza de dar así por cumplido su sueño.
>
> También los groenlandeses creen en la realidad de los sueños, y piensan que durante la noche van de caza, de visitas, de galanteos, etc. Es claro, por supuesto, que el cuerpo no toma ninguna parte de estas aventuras nocturnas: de donde concluyen naturalmente que tienen un espíritu que puede abandonar el cuerpo.
>
> En Madagascar, "todas las gentes de la isla profesan un respeto religioso a los sueños, y se figuran que sus buenos demonios (porque yo no sé qué otro nombre dar a sus divinidades inferiores), les dicen en sueños lo que deben hacer y les advierten lo que han de evitar". (La cita entre comillas, reproducida por Lubbok, corresponde a la obra *The Adventures in Madagascar*, de Robert Drury).
>
> Finalmente, cuando sueñan con sus amigos o parientes difuntos, los salvajes creen firmemente que son visitados por sus espíritus; de modo que creen, no propiamente en la inmortalidad del alma, pero sí en su supervivencia respecto del cuerpo. Así, los veddhas de Ceilán creen en los espíritus, porque sus parientes o difuntos los visitan en sueños...".
>
> "Los tonguenses pensaban que las almas de los jefes —porque las del común de las gentes se consideraba que morían con sus cuerpos— tenían el poder de volver a Tonga para inspirar a los sacerdotes, parientes u otros, o aparecerse en sueños. Cuando uno se desvanece o se

muere, se dice que puede restituírsele su espíritu, llamándolo". (Sir John Lubbok; 1943: 144 y sgts.).

Para los azande, tal como lo ha señalado Evans Pritchard, el sueño es una persona, pero una persona astuta (Evans Pritchard; 1978: 134 y 135).

LOS SUEÑOS DENTRO DE LA REALIDAD TOBA Y MATACO

Veamos algunos testimonios sobre las creencias oníricas entre los toba y los mataco, y las repercusiones de éstas dentro de la vida cotidiana de estos aborígenes, recogido por quien escribe el presente artículo.

"Cuando cuerpo duerme, está muerto. El alma, *hesek*[3], sale, anda con otros *hessey*[4], anda con otras almas. Hay mucha gente *hessey*. Cuando uno muere ya es *ahot*[5]. Cuerpo muerto, pero alma viva. Cuando más sueño tiene el cuerpo (at'hoj), *hesek* se va. Cuando despierta, vuelve. *Hesek* ve, no sueña. Pero a veces miente. Cuando vuelve al cuerpo, a veces miente. Dios hace cuerpo y pone *hesek*; pero Dios no tiene *hesek*.

"No sabemos bien dónde van *hessey* de los antiguos[6]. Algunos *hessey* salen del cementerio. Algunos, pícaros, salen siempre. Yo lo visto. Pero se ve el mismo cuerpo, igual que persona. A veces de día no se ven; pero mariscan[7]. Algunos hay buenos y otros malos. También hay maestros de *hessey* y misioneros de hessei. Aparte hay misioneros y maestros para *hessey* de muertos. Ellos saben reunirse y conversan, pero nosotros no escuchamos. Cuando hay reuniones en Iglesia, se arriman y escuchan. Algunos *hessey* de muertos no pueden dejar los vicios.

"Cuando madre espera hijo, padre o amigo sueñan y ponen ese nombre que soñó. Blanco pone nombre y apellido. Antiguos ponen solamente nombre. El padre, o un amigo, sueñan y ponen al hijo el nombre que sueñan. Y solamente hay un solo nombre para cada persona en la toldería. Ese nombre lo pone ahot. Él nombrando al hijo. En toda la toldería no hay otro nombre igual. Ella (señalando a una aborigen presente) se llama 'Pancija' y no hay otra Pancija en la toldería".

Informante: José Díaz, 75 años (cacique de la comunidad de aborígenes mataco de Laguna Yacaré), agosto de 1977.

"Cuando uno sueña asustado, es obra de *ahot*. *Ahot* no muere. *Ahot* está arriba, abajo, sobre la tierra. Él escucha, escucha todo. Sabe todo. Adivina todo. Cuando dormimos nuestra alma anda por todos lados. El alma siempre sale del cuerpo, cuando uno es cristiano y cuando no es. Siempre deja el cuerpo cuando dormimos. *Hesek* no tiene paradero. Cuando uno despierta, vuelve. Porque si no vuelve, no caminamos ya, ya quedamos listos (muertos)".

Informante: Mercedes Supás (nativa mataco de Ingeniero Juárez, 65 años), setiembre de 1977.

[3] Para una explicitación del concepto de *hesek* (u *o'nusék*), ver Califano, Mario (1973) y De los Ríos, Miguel A. (1975).

[4] Plural de *hesek*.

[5] Ver Califano, Mario y De los Ríos, Miguel A., *op. cit.*

[6] La expresión "antiguos" es utilizada por los nativos en el sentido de "antepasados".

[7] "Mariscar" significa la acción de cazar y recolectar.

"*Hesek* es alma. Cuando una persona duerme, *hesek* deja a *at'hoj* (el cuerpo) y se va. Pero *hesek* que se va se puede tocar, porque es igual que el cuerpo. Conversa y marisca, igual que marisca *at'hoj*. Se junta con paisanos y está con ellos. También se junta con otros *hessey*.

"Muere un paisano y queda la madre viva.. Esto es (ocurrió) en Aibal. Entierran a paisano. Pero de noche viene. Trae yerba, azúcar y tabaco. Y dice: 'mamá, yo traigo yerba, azúcar y tabaco'. Pero yerba es como aserrín y azúcar como comida. Tabaco es igual. Y esa noche estaba el fuego ardiendo. Se sentó y conversó. Cuerpo estaba muerto, pero *hesek* dejó el cuerpo y fue a ver a su madre. Lo mismo es cuando *at'hoj nimó* (el cuerpo duerme). *Hesek* deja el cuerpo y se junta con diablos y con hermanos y amigos que murieron antes. *Hesek* se junta con *ahot*. El cuerpo no conoce a *ahot*, solamente hesek conoce. Pero cuando *hesek* vuelve a *at'hoj*, muchas veces miente. Si *hesek* no vuelve al cuerpo, si demora, es porque *at'hoj* tiene mucho sueño.

"Si sueño con un hermano muerto, es porque *hesek* encontró con hermano muerto. *Hesek* de vivos se encuentran con *hesek* de muertos, se juntan muchos conocidos, como nosotros aquí, y conversan, y caminan, y mariscan, igual que nosotros.

"Cuando tenés *ni'ha'tí* (deseos de dormir), el cuerpo queda *ni'mó* (dormido). y entonces después estás *ta'jui'j'lán* (soñando).

"Yo esperaba que viniera hermano mío, porque soñé que venía. Pero no vino. Entonces *hesek wet'iomj'plí* (miente). Yo tuve un *ta'jui'j'lán* (sueño) que conseguía pescado. Fui a buscar (pescar) y no encontré, no conseguí. *Hesek* miente. Yo soñé que mariscaba y no marisqué. El cuerpo miente; dice: te voy a dar algo y después no da nada. *Hesek* también miente. Igual que cuerpo. Pero *hesek* anda rápido, volando rápido. Vuelve enseguida a cuerpo cuando cuerpo va a despertarse. No es como *at'hoj*, que necesita caminar.

"Si tu señora sueña con vos ahora que vos estás lejos, aquí, en toldería, es que *hesek* de ella te visitó aquí, ha venido a verte aquí".

Informante: José Díaz, 75 años (nativo de Laguna Yacaré), setiembre de 1978.

"Uno duerme y después sueña que se encuentra en lugar diferente, un pueblo o una casa linda. Uno sueña muchas cosas. Pero es el alma que va por diferentes lugares. Cuando el alma vuelve, el cuerpo se despierta. Si no vuelve el alma, el cuerpo sigue durmiendo".

Informante: Nemesio Coria, 40 años (aborigen mataco de Sauzalito, provincia del Chaco).

Como surge de los anteriores relatos, el mataco no sólo vive la realidad de un doble personal cuyas actividades no puede voluntariamente gobernar, sino la de una sociedad doble: la de los *wichí* —expresión con la que aluden a la comunidad humana— y la de los *hessey*, que conforman la suya, integrada por los *hessey* de los durmientes y por los *ahot laís* [8] de los aborígenes fallecidos. Además, tanto los *hessey* como los *ahot laís*, dado el carácter transmutativo que poseen, pueden participar de las dos sociedades, participación que le está vedada a *at'hoj*.

También posee el sueño, entre los matacos, valor predictivo. Si lo predicho no se cumple, como naturalmente sucede muy a menudo, ello obedece a que *hesek*, de regreso al cuerpo, mintió (*wet'iomj'plí*). De esta manera se resguarda tanto la existencia cuanto la vigencia de sus creencias sobre los sueños.

[8] Plural de *ahot*.

La libertad de los *hessey* que abandonan el cuerpo del soñante está limitada por el tiempo que dura el dormir. La vigilia cercena total y absolutamente cualquier posibilidad de fuga.

Viene al caso recordar que Freud (1974) distinguió, en primer lugar, aquellos sueños que poseen un sentido y que al mismo tiempo son comprensibles, pero que no violentan nuestra vida psíquica; en segundo lugar, aquellos que, aunque presentan coherencia y poseen un sentido claro, nos causan extrañeza, por ser difíciles de incorporar, desde el punto de vista de su significado, a nuestra vida psíquica; y, en tercer lugar, los que careciendo de sentido y comprensibilidad, se nos antojan "incoherentes, embrollados y faltos de sentido". La amplia cosmovisión mítica mataco hace que los sueños del segundo y tercer tipo, mencionados anteriormente, no violenten su psiquismo. Si un sueño no se cumple —como ya se ha destacado— es porque el *hesek,* de regreso al cuerpo, ha mentido.

Durante la vida de vigilia, no puede el aborigen ponerse en contacto con *ahot.* El cuerpo (*at'hoj*) no puede conocer a *ahot.* Sólo el *hesek* puede hacerlo mientras dura el curso de su actividad que, como ya señalamos, coincide con el tiempo en que está entregado al sueño. Pero el hombre despierto, si bien es cierto no alcanza por sí mismo a conocer a *ahot,* es algo que logra por vía del *hesek.*

Asimismo, se infiere una función social —importante entre los aborígenes de esta parcialidad— específica del sueño: *ahot* revela el nombre del niño por nacer [9].

> "Yo de noche estoy durmiendo y sueño. Sueño a lo mejor muy lindo o muy raro a veces. El alma se va. Estoy durmiendo y el alma entonces se va. Se va caminando. Cuando uno se despierta, el alma vuelve.
>
> "—¿Dónde se va el alma?
>
> "—Yo estaba acordándome un día de mi vieja. Como a las once de la noche yo soñé que me iba cerquita de mi vieja, porque estaba lejos de mi mamá. Y me desperté después. Cuando me desperté yo creía que estaba en Castelli. Estaba seguro que estaba allá. Pero era que *keyakté* (alma) estaba allá. Por eso soñé eso. *Keyakté* se va. Cuerpo queda como muerto. Pero *keyakté* que deja el cuerpo es casi como nosotros, es igual que nosotros. Lo mismo. Y se va, lo mismo que cuando se va el cuerpo. Si *keyakté* deja el cuerpo y vos soñás que hay pelea, que vos estás peleando, es cierto: *keyakté* está peleando en ese momento. Por eso, cuando uno despierta, hasta el momento que despierta, vos creés que lo que pasaba era seguro, era cierto. Pero era seguro para *keyakté,* no para el cuerpo.
>
> "*Keyakté* se hace igual que el cuerpo. Es difícil para explicar. Uno a veces se duerme y quizás no comió en todo el día, o a lo mejor comió poco, ralo. Por la noche has soñado que comiste, porque faltó alimento a la noche antes de acostarte, y *keyakté* come. El cuerpo se alimenta así también y no tiene más hambre. Es lo mismo, igual.
>
> "Yo camino con vos, salgo a caminar, a pasear con vos. Vos me ves mi cuerpo y creés que es mi cuerpo, pero mi cuerpo no está con vos, está durmiendo. *Keyakté* está con vos.
>
> "A veces he hablado con blancos [10] sobre este asunto, pero ellos no saben, no saben nada".
>
> Informante: Ernesto Flores, 40 años (aborigen toba de Castelli, provincia del Chaco).

[9] El tema ha sido tratado específicamente por De los Ríos, Miguel A., *op. cit.*
[10] Término con que se alude a los no aborígenes de raza blanca.

Dedúcese la conciencia del aborigen sobre la imposibilidad de determinar fehacientemente cuándo se está soñando y cuándo despierto, lo cual, por otra parte, constituye una incontestable aporía para cualquier ser humano. Además, es igualmente imposible afirmar cuándo un individuo está en presencia de la totalidad del otro —es decir, de cuerpo y de su *keyakté*— y cuándo sólo de su *keyakté*. Se infiere así la existencia —como entre los mataco— de un "doble" que actúa únicamente cuando el cuerpo duerme.

Los sueños que el aborigen toba recuerda no son, pues, sino hechos reales efectivamente llevados a cabo por *keyakté*. Y los actos de los "dobles" no se ejecutan solamente en las tinieblas de la noche; también participan activamente en la vida social de la comunidad despierta.

"Los sueños, casi siempre, son molestias que causan los ayudantes de *piogonak* [11]. Estos ayudantes que nosotros decimos *l'tabá*, son espíritus que están en el monte.. El que más ayuda a *piogonak* es *ki'yók* (tigre). Cuando *ki'yók* llega de repente a una casa, es *l'tabá*. Es tigre que entra y sale de la tierra, aparece y desaparece sobre la tierra, de pronto; pero no es que entra a cueva. Aparece de pronto y desaparece no más. No es como tigre que se encuentra en el monte. Sale de pronto de la tierra y te asustas. Tigre *l'tabá* también habla como las personas.. Puede ir a Formosa rápido como pensamiento y puede contarte qué hay en Formosa. Otro *l'tabá* es *wo'cha'gát*, pájaro negro que anda de noche y silba. Otro es *napa'lta'á*, rey de brujos. Es persona que tiene guampa y cola.

"Te cuento de los *l'tabá* porque los sueños malos vienen todos de ellos. Son ellos que molestan. Cuando estás durmiendo los *l'tabá* vienen cerca tuyo y si uno sueña mal es porque andan cerca. Los *keyakté-leek* [12] salen del cuerpo únicamente cuando el cuerpo es de *piogonak* y cuando *piogonak* quiere.

"*O'i'kiagai* es persona. Aunque quieren matar él no va a morir. Es un viejito y se transforma en perro. Pero a veces es gato y también puede hacerse garza, porque vuela. Aunque tiren con fusil no va a morir. Él tiene *a'ñagaik* (poder). A veces entra en un *wasuncho* [13] y pasa por el patio. La familia se asusta y él entonces se mete en un hueco o desaparece. Él sólo te muestra su *a'ñagaik*. Él es bueno.

"Te cuento de *O'i'kiagai* porque en un sueño él le dio a un paisano la idea de cómo tiene que hacer para conseguir hacer el fuego. Los aborígenes no tenían fuego en aquel tiempo. Y él pensaba cómo podía hacer para quemar un pedazo de carne que tenía, porque había matado ñandú. Y ya era tardecito, llamó a otro y se acostó en el campo, porque le vinieron ganas de dormir (*i'o'chagá*). Después se puso a dormir (*ro'o'ché*) y tuvo sueños (*r'cho'go'tág*). En el sueño oyó palabras que decían: si usted quiere hacer fuego hay que sacar gajito de ese árbol que está ahí, que se llama *villik*. A la mañana, cuando él estaba despierto (*hin'lo'ték*), dijo a su compañero: vamos a hacer, vamos a probar. Estoy seguro, dijo, que lo que escuché en el sueño es cierto. Y se acordó que tenía que frotar palito con otro palo. Y cortó el palito y frotó, y sacó chispas. Pero el fuego no se hacía. Entonces se acordó que la voz le decía que tenía que cortar pasto seco y poner cerca de palito que da vuelta. Y el amigo fue a buscar pasto seco. Pero el sueño además decía que gajito tiene que estar seco, que se va a calentar y después

[11] Chamán toba.
[12] Plural de *keyakté*.
[13] Corzuela.

se prende. Frotó de nuevo el palito y vio que se prendió el pasto. Después puso tizón. Pero la voz le había dicho en el sueño, especialmente: Usted no se olvide del palo que se llama *villik*. Y no olvidamos hasta ahora.

"Otro día pensó: bueno, tenemos carne y ya está el fuego. Pero la comida no tiene gusto. Y otra noche recibió de *O'i'kia'gai* durante el *r'cho'go'tág*) palabras que decían: hay una sal en el campo. En la costa del algarrobal y del palmar, hay una papa arenosa; es una planta que crece en la tierra blanca y cuando uno la toca, sale agua. Tiene, además, florcita bien colorada. A la tardecita, cuando sale la flor, hay que arrancar esa planta y hacerla hervir. Entonces el agua va a quedar salada. Y a esa sal nosotros decimos *to'wé*.

"*O'i'kia'gai* tiene gran experiencia, porque vivió siempre. Él no es brujo".

Informante: J. Mendoza, 40 años (aborigen toba del "Lote 68", Formosa).

Los malos sueños se explican por la presencia de los *l'tabá* próxima al *keyakté* del durmiente. Colegimos, además, la universalmente extendida creencia en dos tipos de sueños: los buenos y los malos.

La importancia que para los toba exhibe el fenómeno onírico surge ya desde la especificidad de expresiones existentes para referirse al verbo dormir, al sueño y a los "deseos de dormir", para las que, en castellano, habitualmente se utiliza el término "sueño".

Los sueños no están ausentes del "corpus" mítico toba, que los ha considerado vehículos de conocimiento. En efecto, la teofanía *O'i'kia'gai* revela en sueños elementos culturales de distinto orden, de los cuales dos aparecen en el último relato de nuestro informante.

RELATIVIZACIÓN CULTURAL DE LOS SUEÑOS

Las diferentes culturas han asignado a los sueños distintos "status ontológico" respecto de la realidad de la vigilia. La estructura del *universo simbólico de significado* —Peter Berger y T. Luckmann, 1972—, en la medida en que puede ser conceptualizado como la más general definición de la realidad elaborada por las culturas juega, a nuestro entender, un importante papel en lo que se refiere a la inserción de la vida onírica dentro de dicha realidad. Distingamos. Hay culturas, como las occidentales, en las que la vida de la vigilia ha sido privilegiada en todos los respectos en relación con la onírica, interpretándose ésta como una realidad apendicular y derivada. Las hay —y las ha habido— que han considerado una y otra en una suerte de importancia equiparable y, finalmente, las que han definido como más importante, e inclusive más real, la vida onírica, en tanto en cuanto en ésta se halla la clave de la explicación de lo que acontecerá en aquélla, por una parte, y fundamentalmente, porque durante el sueño el alma, que entonces abandona el cuerpo y puede movilizarse con total libertad, se pone "realmente" en contacto con entes con los que, ordinariamente, en la vida despierta, no le está permitido comunicarse en virtud de la imposibidad existente de abandonar el cuerpo.

El *universo de significados* determina —no es nuestra intención hipostasiar a éste—, en cada cultura, el lugar que ocupan los sueños dentro de la realidad total.

Cuando en una sociedad una sola cosmovisión ejerce indiscutido imperio, ocurre con la creencia en los sueños lo que con muchos otros fenómenos: la con-

ceptualización de los mismos es aceptada de manera incuestionable. Sus significados, además, aparecen verdaderamente estereotipados, de manera tal que su sentido no ofrece dudas. Sólo en casos verdaderamente excepcionales se acudirá al especialista en interpretación de sueños, como ocurre entre los *kogi*, que acuden al *máma*, o entre los aymarás, que solicitan el auxilio del *laiq'a* en casos de sueños de muy difícil inteligencia (La Barre, W., 1948).

En las sociedades pluralistas, a raíz de la convivencia de dos más cosmovisiones diferentes y de *subuniversos de significado* (Berger, P. y Luckmann, T., 1972, p. 111 y sgts.) en pugna, no existe, obviamente, el mismo consenso respecto de qué lugar deben ocupar los sueños dentro de la realidad societal, como así tampoco en relación a la interpretación que debe hacerse de los mismos.

En nuestra cultura occidental, en virtud de que la idea de realidad está en estrecha relación con la particular visión que del mundo brinda el *subuniverso* al que el individuo pertenece, el mundo de los sueños será interpretado muy probablemente de distinto modo por el científico, por el poeta y por el labriego —y aun por distintos científicos, poetas y labriegos —aunque en algo estarán todos de acuerdo: que el sueño es una actividad psíquica inmanente al soñante.

En las sociedades ágrafas, en las que, como es el caso de las comunidades aborígenes en general, no existe una *distribución social del conocimiento* (Berger, P. y Luckmann, T.; 1972, 108 y sigts.), pues ésta reconoce su origen en la creciente división social del trabajo, ausente —excepción hecha de la correspondiente a la de los sexos y que es universal, por otra parte— de dichas comunidades, las cosmovisiones imponen una única estructura de valores y significados sobre todo el universo sociocultural. Así, en lo que a los sueños se refiere, la interpretación predominante es que los mismos constituyen una realidad cuya contundencia y rotundidad pueden homologarse a las de la vigilia.

Las cosmovisiones, sin embargo, ejercen un influjo que no sólo se deja sentir en el mayor o menor consenso que crean respecto de lo que los sueños significan: penetran e influyen en el contenido de las imágenes oníricas y en el sentido que debe asignarse a éstas.

El fenómeno onírico cumple en las sociedades ágrafas contemporáneas, y ha cumplido en las grandes civilizaciones hoy desaparecidas, funciones sociales de índole diversa. Inclusive buena parte de los comportamientos individual y social permanecerían inexplicados si nos atuviésemos a sus manifestaciones visibles o externas acaecidas durante la vida despierta.

La relación dialéctica de la vida de vigilia y de la onírica es una realidad que ha sido probada extensamente por la evidencia etnográfica y se visualiza con mucha nitidez en las poblaciones llamadas "primitivas". En las culturas occidentales, a raíz de la desvalorización de la vida onírica en todos los respectos, y al hecho de haberse privilegiado como realidad eminente la de la vida cotidiana, la influencia se da a nivel de la incidencia de ésta sobre las imágenes y la interpretación oníricas, pero no encontramos —salvo, claro está, excepciones individuales— influencias significativas de la vida onírica sobre la vida despierta, digamos, del "ejecutar cotidiano". Como agudamente ha observado Roger Bastide (1972, 34), "se han roto los puentes entre la mitad diurna y la mitad nocturna del hombre".

La cultura influye sobre lo onírico por lo menos desde dos ángulos muy específicos. En primer lugar, el soñante extrae, como lo ha hecho notar, entre otros, Alfred Schutz (1962), las imágenes del mundo de la vigilia, el que, naturalmente, varía, tanto desde el punto de vista de la cultura material como de la no material, de cultura a cultura. En segundo lugar, cada cultura brinda los marcos de referencia dentro de los cuales los sueños deben ser interpretados, interpretación que se lleva a cabo a través de una *elaboración* —en el sentido

freudiano— del sueño que apela a pautas culturales y a modos cognoscitivos sincrásicos.

La cosmovisión de las culturas ágrafas, como acaece entre los nativos del Gran Chaco, es eminentemente mítica, sacra. No existe allí la dicotomía sagrado-profano, porque todos los elementos del mundo tanto natural cuanto cultural están teñidos de lo sobrenatural. No ocurre algo distinto con los sueños, que forman parte inescindible de ese *universo de significado* que todo lo penetra y lo traspasa, y dentro del cual, a la vez, encuentran sentido las imágenes oníricas.

Los sueños nos hurtan, a veces, la aprehensión más o menos lúcida de nuestra propia identidad, y las visiones fantasmales que cada noche pueblan nuestro universo onírico hacen sentir sus efectos durante la vigilia. Pero como entre los hombres de cultura occidental la realidad despierta ocupa una posición supereminente, es expulsada de nuestro mundo nuestra vida onírica, porque muchas veces no encaja, por una parte, dentro de nuestras categorías lógicas y porque entra, en muchas ocasiones, en violenta contradicción con nuestro sistema axiológico. Dicha expulsión se opera mediante olvidos que preservan nuestra identidad o mediante una versión que inconscientemente escamotea su verdadero contenido.

En efecto, es lógico suponer que las imágenes oníricas sufran un proceso de decantación hasta que llegan a la conciencia. En primer lugar, sufren las limitaciones propias del lenguaje, pues son "traducidas" al lenguaje articulado y hechas encajar dentro de él, porque el lenguaje no es la fiel reproducción de la realidad. Como se ha sostenido (Cassirer, E., 1968, 12-13), mediante sus sonidos sólo logramos una aproximación muy imperfecta a ésta, por no decir su caricatura.

En segundo lugar, deben adecuarse a la lógica imperante en cada cultura. Como lo destacara Lucian Levy-Bruhl (1972), las contradicciones a nivel del pensamiento no ejercen el mismo imperio entre los aborígenes que entre los occidentales. De ahí la mayor felicidad con que los sueños, que a los hombres de cultura europea se les antojan inconsistentes, incongruentes, absurdos e ilógicos, penetran el mundo de la vigilia cotidiana del nativo.

En tercer lugar, como cada sociedad prohija ciertas experiencias e inhibe otras, los sueños son interpretados conforme con ellas, porque, usando la expresión de Alfred Schutz (1974, 215) "la realidad la constituye no la estructura ontológica de los objetos, sino el sentido de nuestras experiencias".

Los sueños aparecen, pues, mediados por lo menos por los tres factores señalados, los que, a su vez, son cambiantes, mudables con las culturas.

LOS SUEÑOS Y LA UNICIDAD DEL MUNDO ABORIGEN

Si para los occidentales lo onírico se inscribe en situaciones marginales o, más propiamente dicho, más allá de los límites de lo real, para los aborígenes el fenómeno onírico y la vida de vigilia conforman una totalidad y toda disección de ella no es sino producto de nuestros modos cognoscitivos.

Pareciera legítimo afirmar que no existe, dentro de la estructura sociocultural aborigen, una *realidad eminente* —la de la vida cotidiana— y otra subordinada: la onírica. En base a ello, el paso, entre los nativos —al menos desde el punto de vista aborigen—, de una realidad, la de los sueños, a otra la de la vigilia, no es muy distinto del cambio de una situación a otra dentro de la realidad despierta. En otras palabras, no es necesario resguardar un mundo del otro, porque las irrupciones que en la vigilia puedan llevar a cabo las potencias cuya actividad se ha desarrollado durante el sueño, encuentran un

"significado" dentro de la cultura, y eso es lo que cuenta, porque la realidad se afirma y consolida a través y por medio del sentido que el hombre acuerda a su mundo y desaparece y desrealiza cuando lo despojamos de él.

La penetración de las imágenes provenientes de los sueños en la vida cotidiana y su recepción por parte del yo, se ve como facilitada entre los aborígenes en virtud de que el mundo mítico ofrece, sin lugar a dudas, muchas semejanzas con el onírico.

De la misma manera que no hay ruptura entre el mundo de los sueños y el de la vida despierta, tampoco la hay entre ésta y el mundo de los muertos. La mentalidad aborigen ha tendido puentes entre ambos mundos. Aparte el hecho de que los espíritus de los muertos pueden ser vistos —en algunas parcialidades— por los vivos durante la vida despierta, el modo institucionalizado, o al menos habitualizado, en que el aborigen se pone en contacto con los muertos es a través del sueño. El alma —*hesek* entre los mataco, *keyakté* entre los toba— abandona el cuerpo del durmiente y se reúne con otros *hessey, ahot-laís* y *keyakté-leek* pertenecientes a los aborígenes desaparecidos.

El mundo nativo es, pues, todo uno. La realidad no ha sido disecada. Se nos revela totalizante y totalizadora. No hay allí un mundo real y otro irreal, producto de nuestras fantasías o imaginación. Los submundos de la vigilia, de los sueños y de los muertos, conforman un solo mundo, constituyen una sola realidad cuyos elementos se condicionan recíprocamente. Cada uno de ellos influye sobre los otros y es influido a la vez por ellos. Pero no hay quiebra entre una realidad y las otras.

BIBLIOGRAFÍA

ANÓNIMO, "Libros Sagrados de Oriente". *Nueva España, S.A.* (s./f.). México (trad. Max Müller)

ABEGG, E.; 1960. "Fuentes de psicología hindú". *Mundonuevo*, Buenos Aires.

BARBROOKE GRUBB, W.; 1914. "A Church in the Wilds". *Seeley Service y Co. Limited*, Londres, 1914.

BASTIDE, R.; 1972. "Le rève, la transe et la folie". *Flammarion*, París.

BERGER, P. y LUCKMANN, T.; 1972. "La construcción social de la realidad". *Amorrortu*, Buenos Aires.

CALIFANO, M.; 1973. "El ciclo de Tokjwáj: análisis fenomenológico de una narración de los matacos costaneros". *Scripta Ethnologica*, año 1, nº 1, Buenos Aires.

CASSIRER, E.; 1959. "Mito y lenguaje". *Nueva Visión*, Buenos Aires.

DE LOS RÍOS, M. A.; 1975. "Hacia una hermenéutica del nombre entre los mataco". *Scripta Ethnologica*, nº 3, p. 2, Buenos Aires.

EVANS-PRITCHARD, E. E.; 1978. "La relación hombre-mujer entre los azande". *Grijalbo*, Barcelona.

FRAZER, Sir J. G.; 1944. "La Rama Dorada". *Fondo de Cultura Económica*, México.

FREUD, S.; 1974. "La interpretación de los sueños". Obras completas, *Nuevo Mundo*.

GROOT, J. J. M.; 1901. "The Religions Systhem of China". Leiden.

LA BARRE, W.; 1948. "The aymará indians of de lake Titicaca Plateau, Bolivia". *American Anthropologist*, vol. 50, january (nº 1, parte 2), Washington.

LEVY-BRUHL, L.; 1972. "La mentalidad primitiva". *La Pléyade*, Buenos Aires.

LUBBOCK, J.; 1943. "Los orígenes de la civilización y la condición primitiva del hombre". *Albatros*, Buenos Aires.

PINEDA GIRALDO, R.; 1950. "Aspectos de la magia en la Guajira". *Rev. del Instituto Etnológico Nacional*, vol. III, Bogotá.

SCHUTZ, Alfred; 1914. "El problema de la realidad social". *Amorrortu*, Buenos Aires.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

EL CICLO AGRARIO-RITUAL EN LA PUNA ARGENTINA *

*Rodolfo J. Merlino***
*Mario A. Rabey****

1. — INTRODUCCIÓN

Ubicación regional

La Puna argentina forma parte de la amplia meseta sobreelevada que ocupa al extremo Noroeste de nuestro país y que se prolonga, sin solución de continuidad, en el Altiplano chileno y boliviano, llegando hasta la ollada del lago Titicaca y el Perú central. En nuestro territorio recorre parte de las provincias de Catamarca, Salta y Jujuy.

Esta región está separada de las quebradas y valles bajos que la circundan por un elevado cordón montañoso, que comienza con la Precordillera Salto-jujeña, al NE, y termina con la Cordillera de San Buenaventura, al SO. Dicho cordón la envuelve y encierra de tal forma que queda totalmente aislada, tanto que sólo puede accederse a ella por tres extensas quebradas: la de Humahuaca, la del Toro y la de los Calchaquíes, que son los caminos naturales de comunicación con la misma.

Estos dos elementos: la altura y el cordón montañoso que la envuelve, formado por enormes macizos y "nevados" que llegan a superar los 6.700 m, determinaron que esta región haya sido siempre aislada, de difícil acceso y marginal respecto de nuestro territorio. No ocurre lo mismo. en cambio, con el resto del Altiplano, del cual no la separa ningún accidente geográfico y con el cual tuvo siempre contacto y relación directos. Es decir, que tanto desde el punto de vista geográfico, como del racial y cultural, nuestra Puna (que recién se integró definitivamente a nuestro territorio en el año 1899) estuvo siempre integrada a la referida unidad altiplánica mayor que, como vimos, excede nuestras fronteras.

Caracteriza a esta región, además, su geografía vertical, siendo la altura —la parte más deprimida se eleva por encima de los 3300 m— el elemento geográfico que predomina y que la define. Tienen también particular relevancia, la disminución de la presión atmosférica y del oxígeno ambiental. la extrema anoxia, el frío riguroso, la enorme incidencia. de los rayos cósmicos y ultravic-

* Los trabajos de campo en los cuales se basa este artículo fueron parcialmente financiados mediante subsidios otorgados por el CONICET, habiéndose contado, además, con el apoyo local de la Sociedad Minera Pirquitas.
** Departamento de Ciencias Antropológicas, Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
*** Secretaría de Investigación y Posgrado, Universidad del Salvador.



Mapa: Ubicación del área y los puntos donde se realizó el trabajo.
Dibujo: Anselmo Barbieri.

letas, el clima extremadamente seco, la gran amplitud diaria de temperatura, el viento fuerte y persistente, su suelo suelto, permeable, arenoso y rocoso y con poco material humífero y su ciclo vegetativo muy corto.

Estructura ecológica

La literatura geográfica y antropológica (por ej. Difrieri, 1958; Raffino, 1975) ha considerado generalmente a la Puna argentina como parte de una unidad mayor, la región Noroeste, integrada además por otras áreas. Asimismo, se ha subdividido a la Puna en dos subáreas: las planicies y los bolsones y "oasis".

Pero, teniendo en cuenta la indudable unidad geográfica y cultural de nuestra Puna con las áreas vecinas de Chile y Bolivia, hemos buscado, para los fines de este trabajo, una sistematización de marcos más amplios, que abarcara por lo menos toda la macro región andina. Ante la inexistencia (hasta donde nosotros conocemos) de semejante material, optamos por recurrir a la sistemática que Pulgar Vidal (1946) elaboró para el Perú, partiendo del supuesto que la estructura ecológica básica es semejante en todos los Andes tropicales, si bien con ciertas variantes locales, pues tanto la temperatura como la humedad disminuyen de NE a SW.

Esta sistemática tiene el interés y la ventaja de basarse, no sólo en el análisis científico de la realidad natural y cultural de la región, sino también en la concepción que los habitantes prehispánicos tenían de su territorio. Pulgar Vidal muestra cómo ambas concepciones coinciden, lo cual permite adoptar para sus ocho "regiones naturales" (a las que nosotros preferimos denominar ecosiste-

mas) nombres indígenas, pero llenando dichos nombres con contenidos técnicos modernos.

De esos ocho ecosistemas, la Puna argentina participa en cuatro:

a) *La janca* (blanco, en quechua): ubicada en las altas cumbres andinas, por encima de los 4.500 m al E, y 4.800 m al O, aproximadamente. El suelo es pedregoso, formado en general por piedras vivas o grandes bloques. La presión atmosférica es muy baja, lo mismo que la temperatura. Las precipitaciones son casi exclusivamente nivales. La formación vegetal característica es el desierto de líquenes con presencia de tapices de yareta. Es zona de chinchillas, vicuñas, vizcachas y cóndores.

b) *La puna*: ubicada entre 4.000 m y el límite inferior de la janca. Las precipitaciones están repartidas entre nieve, granizo y lluvias estivales. El suelo es suelto, pedregoso, arenoso, generalmente esquelético. La temperatura y la presión son bajas y hay mayor amplitud térmica. La vegetación varía desde la estepa herbácea, en las zonas más altas, a la estepa arbustiva en las más bajas. En los puntos donde brota el agua en forma de manantiales u ojos de agua, se forman manchones de vegetación herbácea, más compactos, denominados localmente vegas o "ciénegos"; estas formaciones aparecen también a lo largo de los cursos fluviales. La fauna está compuesta por vicuñas, guanacos y suris, además de la llama que fue el único camélico domesticado, incorporándose a partir de la llegada de los europeos, ovejas y cabras. Entre las especies cultivadas sólo se cuenta la papa y la quínoa.

c) *La suni*: ubicada entre los 3.000 y 4000 m, incluye las quebradas altas (Rachaite, Tarante, Río Negro, etc.) y los fondos de cuenca (Guayatayoc y Pozuelos). El suelo es más rico, con mayor proporción de material orgánico. La formación vegetal característica es la estepa arbustiva, similar a la de la parte más baja de la puna, variando en intensidad y aumentando o disminuyendo la proporción de especies herbáceas según la orientación de las laderas. En los fondos de cuencas, donde la capa freática está más próxima a la superficie, la comunidad vegetal característica es nuevamente la estepa herbácea. Las partes altas de las quebradas son el hábitat natural de la quéñoa, único árbol característico de la región. Se cultiva, con relativo éxito, papas, ocas, habas, alfalfa, cebada forrajera y algunas hortalizas. En las laderas preferentemente orientadas hacia el Sud, existe una abundante andenería —hoy en desuso— que fue utilizada para el cultivo del maíz (Ottonello y Krapovickas, 1973, 14). Hay, además, abundantes palmípedos y tubérculos silvestres.

d) *La q'eshwa*: está ubicada entre los 2.000 y 3.000 m. Comprende la parte media de las quebradas de Humahuaca, del Toro y de los Calchaquíes, las de Iruya y Santa Victoria y las quebradas menores subsidiarias. Los suelos son ricos y aluviales. El clima es más benigno: hay mayor presión atmosférica, menor amplitud térmica y menos cantidad de días con heladas. La vegetación es similar a la de las quebradas altas de la suni, con abundancia de gramíneas en las terrazas bajas y vegetación arbustiva en las laderas. Hay verdaderos bosques de churqui en algunas laderas que miran hacia el Este; existen, también, cardonales y bosques de acacias. Entre los vegetales cultivados tenemos maíz, quínoa, papa, alfalfa, cebada, trigo, hortalizas y frutales (manzanos, duraznos y membrillos). La fauna es similar a la de la suni, con mayor presencia de vacunos.

Objetivo

El presente trabajo se enmarca dentro del programa de estudio de la cultura puneña, el cual fue iniciado en el año 1974 por uno de nosotros (Merlino) y

está siendo ejecutado por un equipo interdisciplinario bajo la dirección de este último. Su objetivo es el relevamiento de la cultura de la Puna argentina, dentro del cuadro mayor de las culturas andinas argentinas y americanas. Se propone el estudio de dicha cultura como un hecho global, divisible en partes sólo con fines científico-analíticos. Por ello, cada uno de los diversos trabajos de investigación particulares, necesariamente analíticos por motivos metodológicos, va seguido de un proceso de síntesis en el que se reconstruye el modelo propuesto para la cultura regional, de manera que incorpore los nuevos rasgos particulares detectados. Este programa tiene, pues, dos momentos que se alternan permanentemente en el tiempo: 1) un momento sintético, en el cual se trabaja sobre un modelo global que intenta explicar la totalidad de la cultura regional y cada uno de sus rasgos con relación al conjunto; 2) un momento analítico, que pone a prueba, a través de la investigación bibliográfica y trabajos de campo, la presencia y el funcionamiento de rasgos particulares dentro de la totalidad cultural.

El objetivo del presente trabajo es el estudio de las relaciones entre el ciclo agrario y el ciclo ritual-religioso. Existe una abundante bibliografía referida a la Puna argentina en general, la cual va desde Boman (1908) hasta Palma (1972). Sin embargo, la literatura referida al tema del presente trabajo es muy escasa. Mencionaremos algunos de los aportes sobre el mismo. Nachtigall (1965 y 1975) señaló la existencia de una misma ceremonia propiciatoria (señalada) desdoblada en dos momentos distintos: julio-agosto y enero-Carnaval. Mariscotti (1966) puso de manifiesto la presencia de un gran ciclo ceremonial de primavera (época de los "challacos"), agregando que "puede conjeturarse que dicho complejo y el moderno carnaval constituyen los relictos de las fiestas estacionales con que se iniciaba y cerraba el ciclo de los cultivos". Lafón (1970) marcó "la no coincidencia del calendario europeo litúrgico con el calendario aborigen en el ámbito andino".

Hipótesis

Si bien la hipótesis general inicial (Merlino *et al.*) se limitaba a señalar la existencia de una interrelación entre el ciclo agrario y el ciclo ritual-religioso (con predominio de lo religioso), en el curso de la elaboración de este trabajo, dicha hipótesis fue replanteada, para postular la existencia de un único ciclo que denominaremos *ciclo agrario-ritual*.

De las tres hipótesis originarias hemos mantenido las dos primeras y modificado, en cambio, parcialmente la tercera, quedando planteadas, en consecuencia, de la siguiente forma:

a) El funcionamiento de un modelo de complementación vertical como expresión local del ideal andino de autosuficiencia (Murra, 1972).

b) La no existencia de sincretismo religioso, sino de religiosidad paralela.

c) La existencia de un ciclo agrario-ritual, durante el cual se cumple el ceremonial religioso ordinario, que acompaña y apoya a cada una de las actividades económicas, propiciándose en cada caso la protección, la reproducción y la abundancia.

2. — MÉTODOS Y TÉCNICAS

Selección de momentos y sitios relevantes

Como en toda cultura agraria, también aquí nos encontramos con la existencia de un ciclo de actividades productivas, el cual comienza con los trabajos

relativos a la preparación y laboreo de la tierra y termina con las tareas inherentes a la cosecha.

Nuestra hipótesis general de trabajo señala que ese ciclo agrario es a la vez un ciclo ritual-religioso. Ante la imposibilidad material de llevar a cabo un trabajo de campo que abarcara todo el período que comprende dicho ciclo, tuvimos que elegir algunos momentos relevantes del mismo. También fue necesario circunscribir espacialmente la investigación de campo, seleccionando algunos sitios ecológicamente característicos del área en estudio.

Momentos: iniciación y cierre del ciclo

Sobre la base de viajes y trabajos de campo anteriores se decidió seleccionar, como momentos más relevantes del ciclo agrario, la iniciación y el cierre del mismo, por ser éstos los más significativos y porque mantienen con mayor vigor el ceremonial propiciatorio.

El ciclo comienza ya avanzado el invierno (hacia fines de julio), cuando tienden a disminuir un poco el rigor del clima y los vientos fríos del Oeste, y se cierra con el ritual propiciatorio que tiene lugar entre febrero y marzo, abarcando el período del nacimiento de las llamas, las cosechas, señaladas y Carnaval (tiempo de fertilidad, de siembra, de primicias, de cosecha).

En este período cíclico, de raigambre agrícola, que denominaremos *ordinario*, economía y religión se consubstancian. El ritual —salvo algunas excepciones en que es colectivo (como, por ej., los "challacos" celebrados el día primero de agosto en Mina Pirquitas y Mina Aguilar)— está especialmente a cargo de la familia (en este caso extensa), a la cual en muchas oportunidades se le agregan los parientes rituales (compadres). En el resto del año, en cambio, cobra importancia el ritual que llamaremos *de excepción*, que tiene lugar en casos de accidentes, enfermedades, fallecimientos, rutichico (rito de pasaje de la primera a la segunda infancia), inauguración de vivienda, además de los realizados antes de iniciar cada uno de los actos cotidianos: ninguna actividad, por rutinaria y repetida que sea, será comenzada sin ese diálogo sobrio y severo con la Pachamama, en demanda de amparo y protección. Tanto en los rituales familiares y colectivos, como en los últimamente citados (individuales), la comunicación entre los participantes y la divinidad es siempre directa, sin mediación alguna.

Como puede observarse, el ciclo no nace con el solsticio de invierno (21 de junio), porque el rigor invernal de nuestra Puna retrasa el ciclo germinativo. Agosto es un mes crítico, cargado de angustias y de sacralidad: la naturaleza llega a un estado límite, tanto respecto del rigor climático como del agotamiento de pastos y reservas alimenticias. Es un tiempo de propiciación y de recogimiento, de temores, en el cual el hombre recurre a la Divinidad en busca de perdón, de amparo, de protección.

Además de la especial atención que requieren las nuevas crías, todas las actividades económicas de importancia tienen comienzo o se intensifican en esta época de iniciación del ciclo: el tejido, el laboreo y preparación de la tierra (que comienza siendo ritual y que en algunos casos consiste sólo en la irrigación regular de la misma), la reparación de acequias, muros y cercos, corrales y viviendas. Es entonces cuando se concentran y celebran una serie de actos rituales propiciatorios, tendientes a aplacar a la Pachamama y a ganar su favor. También se celebran festividades en honor de diversos santos que, además de patronos de algunos poblados son, al mismo tiempo, protectores de animales domésticos de origen europeo y de ciertas actividades agrarias y económicas. Así tenemos que al Apóstol Santiago ("San Santiago"), protector de los caba-

llos, se lo festeja el día 25 de julio; a Santa Ana, protectora de las tejedoras, el día 26 de julio; a San Roque, protector de los perros, el día 16 de agosto; a San Bartolomé, protector de las cabras, el día 24 de agosto, y a San Ramón, protector de los burros, el día 31 de agosto.

A Coquena, deidad prehispánica protectora de los animales silvestres, en cambio, no se lo propicia en fecha fija, sino en cada caso particular.

En el ceremonial religioso prehispánico el acto ritual central es el denominado "challaco" (complejo ritual que, entre otros actos litúrgicos, consiste en libar o asperjar chicha u otra bebida alcohólica como ofrenda a la Pachamama), el cual tiene lugar, con variantes, durante todo agosto, llevándose a cabo en los lugares más directamente relacionados con la economía del área (ojos de agua, manantiales, acequias, lagunas, corrales, "revolcaderos", "rastrojos"), con las actividades laborales (socavón de la Mina, usina, taller, planta trituradora, enfermería), con la vivienda (rincones de la habitación, cocina, patio, horno) y, cuando las actividades tradicionales se hallan en franco retroceso (caso de Coranzulí), la juventud realiza el "challaco" en el centro de la cancha de fútbol, que se convierte así en un centro cúltico que agrupa y nuclea a dicha juventud. También se efectúan "challacos" en honor de Santa Ana y de las Vírgenes de Escaya y Canchillas.

Las ceremonias con que se cierra el ciclo (señaladas) son también actos rituales propiciatorios con caracteres similares a los anteriores, pero en lugar de estar teñidos del temor a la incertidumbre, impera en éstos la alegría de la abundancia (es la época de los "corderos gordos"). Se propicia la reproducción, el "multiplico" y termina con el desborde del Carnaval.

Sitios: Quebrada de Don Valentín, Quebrada de Coranzulí y Casabindo.

De los cuatro grandes tipos de ecosistemas presentes en el área, en la selección de los sitios se dejaron de lado dos de ellos: la janca y la q'eswa. La primera de ellas, porque no es sede de ninguna clase de asiento humano permanente o semipermanente. En cuanto a la q'eshwa, no fue considerada porque si bien posee un perfil geográfico y cultural netamente andino, en el territorio argentino presenta condiciones de zona de transición hacia otros regiones, lo que introduce variables que deben ser consideradas en estudios particulares.

Del ecosistema puna se seleccionó un solo sitio —quebrada de don Valentín—, porque la homogeneidad del mismo (pese a la variabilidad de sus gradientes locales) hizo que no fuera necesario, para los fines de este trabajo, practicar una discriminación mayor. Del ecosistema suni se seleccionaron dos sitios: Coranzulí y Casabindo. El primero es una típica quebrada de altura. El segundo, en cambio, participa de dos ambientes distintos: las quebradas de altura y los fondos de cuencas de sedimentación. Los tres sitios mencionados pertenecen a la provincia de Jujuy.

3. — RESULTADOS

Quebrada de don Valentín

La quebrada de don Valentín es una quebrada de altura; está ubicada en el distrito de Coyaguaima, departamento de Rinconada, a unos 20 km al Sud de Mina Pirquitas y por encima de los 4.200 m; es recorrida por un arroyo de agua permanente. Si bien la misma posee, debido a sus sinuosidades, una cierta protección contra los fuertes vientos locales, la gran altura y, por consiguiente, el frío y las frecuentes heladas anuales, impiden cualquier clase de agricultura, característica que establece su pertenencia al ecosistema puna. De todos modos, la presencia de un curso fluvial permanente determina un buen

nivel de fertilidad en el fondo de la quebrada, en el cual, por lo tanto, hay permanentemente pastizales con pasturas tiernas ("ciénegos"). Asimismo, en las laderas hay abundantes manantiales ("ojos de agua"), alrededor de los cuales se forman feraces vegas de altura. El resto de las laderas está cubierto por la estepa arbustiva natural (tolares), la cual es reemplazada más arriba por la estepa mixta ("ramóneo"); finalmente, en los faldeos más altos ("los cerros"), la comunidad dominante es la estepa herbácea pura.



Foto 1: Quebrada de Don Valentín: vista panorámica. En el centro, el fondo de la quebrada, con su reserva de pastos, y la casa principal con los corrales. A la derecha, una ladera con estepa mixta ("ramóneo"), donde pastan cabras y ovejas. Al fondo, 'los cerros", con la estepa herbácea de altura, donde pastan las llamas. — Foto, Mario Sánchez.

Dadas las condiciones ecológico-naturales del área, las únicas actividades productivas posibles en tiempos prehispánicos fueron (y lo siguen siendo en la actualidad) el pastoreo, la caza y la recolección. El animal de pastoreo era la llama; sobre la presencia de alpacas en el área, en épocas prehispánicas, caben serias dudas (Merlino, 1978). Los principales animales de caza fueron el guanaco y la vicuña, a los que seguía el avestruz (suri) y animales menores, tales como la vizcacha. Los elementos recolectados eran raíces tuberosas (Fernández, 1969) y, probablemente, huevos. El único cultivo factible debe de haber sido el de la papa de altura (ru'ki), que aun hoy se cultiva en ambientes similares de Bolivia y Perú. Pero, si es que se practicó, no han quedado rastros, por lo menos hasta donde lo indica el registro arqueológico actualmente disponible. Tanto la llama, como el guanaco y la vicuña, eran a la vez fuente alimenticia y proveedores de materias primas para vestimenta y abrigo. Los otros animales de caza servían como fuente suplementaria de proteínas.

¿Cómo estaba integrado este ecosistema cultural en la ecología cultural de toda la región andina? Si bien la respuesta a esta pregunta está planteada en un trabajo actualmente en preparación, adelantaremos algunos elementos para mejorar la comprensión del presente. Creemos que es posible concebir dicha

integración a través de dos modelos diferentes: 1) la pertenencia a un sistema de control vertical de distintos pisos ecológicos, tal como lo ha teorizado Murra (Murra, 1972) para la totalidad del mundo andino; 2) la autosuficiencia, con o sin trueque. La elucidación de cuál es el modelo más adecuado (incluyendo la posibilidad de que hayan funcionado ambos en momentos diferentes) dependerá de la investigación arqueológica futura.

A partir de la conquista española y a lo largo de un proceso que continúa hasta nuestros días, se producen dos importantes modificaciones que acarrean un desequilibrio en la estructura ecológica local. En primer lugar, la introducción de cabras y ovejas, que produjo un sobrepastoreo y agotamiento del suelo; además, ambas especies requieren un cuidado permanente y, por lo tanto, consumen mucha más energía que el pastoreo de llamas. En segundo lugar, la extinción local de especies salvajes de alto valor económico, como el guanaco, la vicuña y la chinchilla. Por otra parte, la instauración del sistema colonial debe de haber incidido en las relaciones con el resto de la región (hayan sido éstas de control vertical o de simple trueque). Hasta hace unos veinte años, según nos informó don Feliciano —tío de don Valentín— nacido en 1898, el tráfico a lomo de animales y el trueque eran muy intensos. Los productos locales (tejidos, sogas de lana y, según la información de la esposa de don Valentín, cueros de vicuña); se intercambiaban: 1) en los valles, por maíz, harina y otros productos; 2) en los pueblos del Pacífico (San Lucas de Toconao, Calama y San Pedro de Atacama), cambiaban los cereales traídos de las q'eshwas y yungas fluviales, además de los elementos de su propia producción, por harina, verduras, fruta seca ("pasas") y fresca. Por otra parte, cuando necesitaban sal, iban personalmente a extraerla a las salinas. En la actualidad, todo este circuito de trueque está en franco retroceso.

En el área de pastores, a la cual pertenece la quebrada de don Valentín, el hábitat es disperso, debido al carácter extensivo del pastoreo, que exige una



Foto 2: Quebrada de Don Valentín: el fondo de la quebrada ("ciénego"). En la ladera de la derecha y centro, asoma una porción de un ojo de agua, congelado permanentemente en invierno. — Foto Mario Sánchez.

superficie muy amplia para cada majada. No hay, en consecuencia, concentración de viviendas. La unidad social es la familia, generalmente nuclear; la familia extensa, cuando se da, nunca convive en una misma unidad de vivienda, sino en viviendas separadas entre sí. En casa de don Valentín vive el matrimonio (don Valentín y doña Gregoria) con sus cinco hijos menores; los dos hijos mayores emigraron, uno a Abra Pampa y el otro a Jujuy. Las distancias entre familia y familia suelen ser amplias. Entre la casa de don Valentín y la del poblador más cercano, su tío Feliciano, hay aproximadamente tres kilómetros. Con los demás vecinos, la distancia es mayor: en general, no menos de diez kilómetros.

En la actualidad, casi no existen lazos visibles de solidaridad entre las distintas familias; más bien hay una hostilidad discretamente disimulada. Incluso las manifestaciones rituales son de índole estrictamente familiar, con excepción de "cuando pasa el Carnaval". El único vínculo ostensible existente en la actualidad es la reciprocidad ("ayuda"), tipo local de minga, que se manifiesta en unas pocas actividades: construcción y periódico retechado (wayllada) de la casa, la "encomienda", que consiste en traer mercaderías por encargo; el cuidado de la majada en caso de enfermedad del dueño de la misma, así como el préstamo de animales para integrar o formar la "tropa" que transportará la mercadería en sus viajes trashumantes. Un caso muy especial y reciente, que congregó a toda la vecindad de Coyaguaima —que en este único caso funcionó como comunidad— es el relacionado con la construcción de la escuela, tarea que fue llevada a cabo por todos los vecinos por iniciativa y bajo la dirección de don Valentín.

Las actividades económicas locales se reducen, en la actualidad, al pastoreo y sus actividades derivadas, participando en ellas toda la familia. Esta posee (incluyendo la majadita propia de cada hijo) unas ciento cincuenta ovejas, cincuenta cabras, ciento ochenta llamas y quince burros. Llamas y burros pastan solos en las estepas herbáceas de altura (en "los cerros") y, cuando éstos están muy secos, en las vegas. Las llamas, además, en caso de carencia de pastos, también ramonean. Cabras y ovejas forman la majada, manejada permanentemente por pastoras ("criadoras"); en este caso, como generalmente ocurre, el pastoreo está dirigido por la madre, con la ayuda principal de una de sus hijas y la participación de los demás hijos que no han emigrado. Sólo excepcionalmente mujeres de edad mediana y ancianas cuidan la majada. Si bien cabras y ovejas pueden pastar juntas en las laderas de las montañas, se sustentan con especies diferentes: las cabras, comen brotes tiernos de arbustos ("ramóneo"); las ovejas, "pastos de campo".

De las ovejas, cabras y llamas se usa la lana y los cueros; la leche sólo de las dos primeras. Los burros se utilizan para la carga, función en la que, en nuestro territorio, han desplazado totalmente a las llamas. En febrero o marzo, las mujeres ayudadas por los hombres que amarran y sostienen a los animales, esquilan a las ovejas y a las llamas. Una parte de la lana así obtenida, se destina a la venta en vellones; el resto es hilado por las pastoras por medio del huso tradicional (puska). La lana —natural o teñida— se usa para confeccionar tejidos (mantas, puyos, etc.), exclusivamente para uso familiar.

Raramente se sacrifican animales para comer: se los mata, en cambio, con fines rituales durante la señalada y la corpachada, casos en los cuales la carne se cocina y se consume directamente. Los animales más viejos, cuando estiman que no podrán resistir el invierno, son carneados entre abril y junio para preparar tasajo (charqui o chalona): lo mismo sucede con las crías que nacen a destiempo y con los animales que mueren accidentalmente. Casi toda la

carne se consume en familia. Los cueros se comercializan, exceptuando los que se reserva la familia para uso doméstico (sobre todo para ser utilizados como camas). Durante el verano, cuando abunda el pasto, hay un pequeño excedente de leche que se usa para hacer queso.

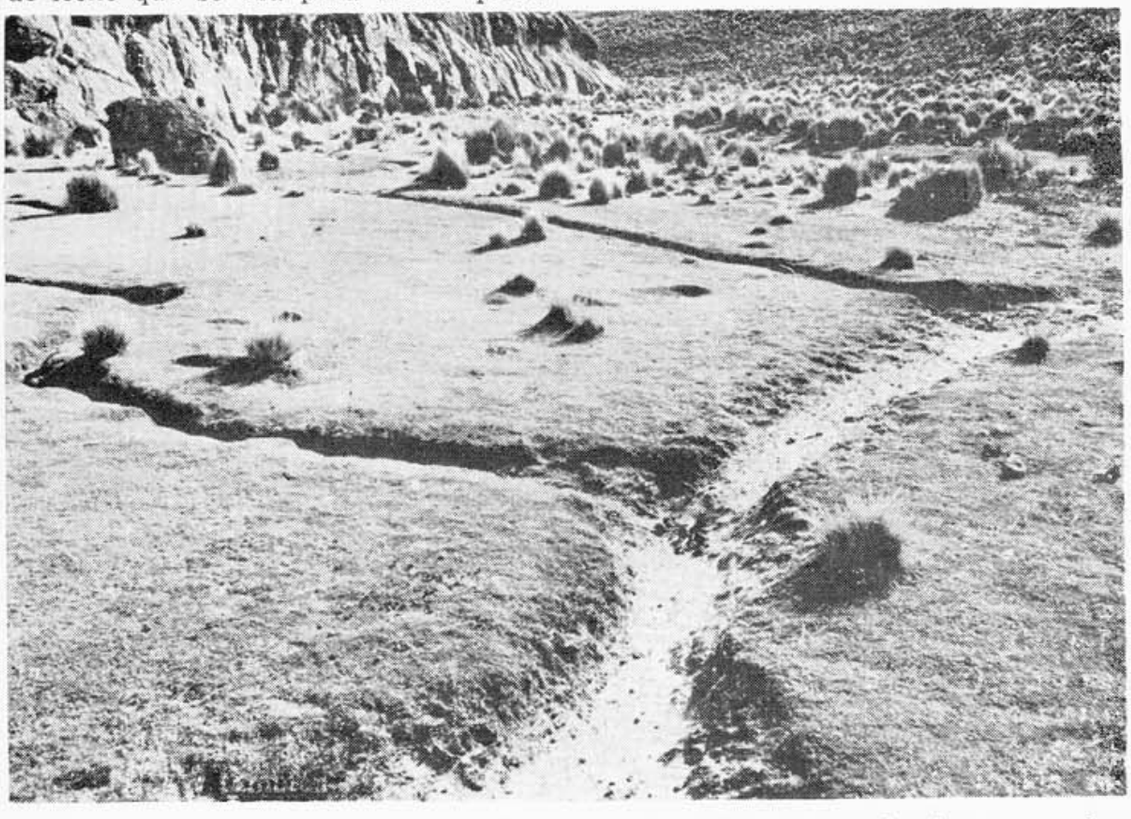


Foto 3: Quebrada de Don Valentín: un detalle del fondo de la quebrada, con canales de riego utilizados para aumentar artificialmente la superficie del ciénego y sus pasturas. — Foto, Mario Sánchez.

Estos son los únicos recursos productivos de la familia de don Valentín. Poseen además, un casal de gallinas y otro de patos, que tienen para "el gusto", renovándolos periódicamente; si bien alcanzan a poner huevos, éstos no llegan a desarrollarse debido, principalmente, a la extrema sequedad del ambiente.

El esquema productivo actual del ecosistema no alcanza a cubrir la totalidad de las necesidades de consumo. Por lo tanto, es necesario un aporte externo al área para compensar las deficiencias: algún tipo de intercambio (compra o trueque). Pero, para realizar este comercio, el excedente de los productos locales no es suficiente. Don Valentín resuelve el problema trabajando de lunes a viernes en el laboratorio de Mina Pirquitas, reintegrándose a su familia los fines de semana; actualmente está esperando jubilarse para radicarse definitivamente en su hogar. Periódicamente, una de sus hijas trabaja en Mina Pirquitas como empleada doméstica. Doña Gregoria todavía menciona la importancia que, hasta no hace mucho, tenía la caza de la vicuña, cuya lana poseía tanto valor comercial que "era la moneda" de la época en la zona; los hombres, agregó, "no necesitaban ir a trabajar a las minas".

Don Valentín viaja una vez por año a Abra Pampa; antes lo hacía conduciendo una tropa de burros, sistema que siguen empleando aun hoy los vecinos. Actualmente alquila una camioneta en Mina Pirquitas; lleva lana de oveja y de llama en vellones, cueros y pieles de animales. De vuelta trae una gran diversidad de productos, fundamentalmente alimentos para la familia (harina de maíz y de trigo, té, yerba, azúcar, fideos, arroz, maíz, papas, etc.).

También trae alimentos para los animales (maíz amarillo, sal en panes y leche en polvo) y, eventualmente, alguna herramienta. Además, cada semana lleva, en bicicleta, verduras de Mina Pirquitas y cada dos meses compra en ésta cacao, chocolate en barra y algunas conservas y, dos veces al año, carne de vacuno. Algunos vecinos que no trabajan en la Mina hacen, periódicamente, viajes a los valles llevando picotes, frazadas, cortes y lana hilada. Además, don Feliciano lleva chalona para vender en la Mina (estos viajes se hacen a pie, siendo la mercadería transportada en burros).

La familia posee una casa principal, que denominan "Pabellón", ubicada a unos 4.500 m, y cuatro puestos, todos dentro de la misma quebrada: 1) "Vaquerías", a unos 4.600 m y a 2 km de "Pabellón"; 2) "Agua del Milagro", a 4.900 m y distante 10 km; 3) "Sista", a similar altura y a unos 11 km de la casa principal y 5) "Peñas Blancas", con igual altura y ubicado a unos 4 km más al SO.

Durante agosto, toda la familia, con sus pertenencias y animales, se concentra en "Pabellón". A mediados de setiembre, cuando van desapareciendo los pastos, tiene lugar la trashumancia en busca de las grandes vegas y pastos de altura, comenzando por "Agua del Milagro" (puesto intermedio), para llegar luego a "Sista" y "Peñas Blancas", puestos de altura en los cuales permanecen hasta promediar la estación de las lluvias (mediados de enero), época en que regresan a la casa principal y su zona de influencia. En este lugar se radicará la familia, con la totalidad de sus animales, hasta cumplir con el ritual de la señalada que, generalmente, tiene lugar durante la semana previa al Carnaval. Para dicho ritual se incorporarán los hijos que no conviven en la casa paterna, así como sus esposas y nietos, terminado el cual repiten la misma trashumancia por los puestos indicados, para regresar nuevamente a mediados de julio, a fin de cumplir con los "challacos" de agosto.

Desde el punto de vista religioso la familia de don Valentín es un ejemplo extremo de religiosidad prehispánica, sin ningún tipo de aditamento de origen cristiano: no tienen una sola imagen ni participan en ritual católico alguno (ni siquiera en gestos rituales aislados), y ésta no es una actitud irreflexiva sino plenamente consciente, racionalizada. Don Valentín se declara "devoto de la Pachamama" y no creo "en Dios, ni en la Virgen, ni en los Santos". Tampoco cree en Coquena ("la gente cree por los cerros, cuando salen a cazar"). En curioso contraste, el vecino más próximo —su tío don Feliciano— es miembro de la Iglesia Evangélica Bautista de Coranzulí; don Feliciano afirma haber roto con su culto tradicional, el de la Pachamama, para adoptar fervientemente el culto evangélico.

En la casa principal de don Valentín estuvimos presente en un acto previo al "challaco" de agosto. En dicha ceremonia —que él denominó "venia"— adelantó los pasos esenciales del ritual que debía celebrarse pocos días después. En los días previos al mismo, la familia trajo la majada de "Vaquerías" —actividad en la cual nos hicieron participar a nosotros—, además de algunos enseres domésticos, las gallinas, los patos y los perros; llamas y burros serían traídos luego, para hacerlos intervenir en el ritual principal.

La preparación del rito comienza dentro de la casa. Se buscó y se trajo la "unkuña" (atado donde se guardan los elementos litúrgicos). Don Valentín, que se había cambiado la ropa que usa habitualmente en la Mina por otra de tipo tradicional, adoptó una actitud solemne que conservó durante todo el ritual. Colocó la "unkuña" sobre una mesa que trajo a ese efecto, abrió la misma y extrajo un "sullo" (feto se llama desecado) que será la ofrenda principal. Con nuestra colaboración (que él pidió expresamente) y la de sus hijas, procedió a "aflorar" y adornar al "sullo" (cuya cabeza dirigió hacia el Este), utilizando

al efecto "hojitas de coca" y hebras de lana de varios colores, cargándoselo luego con "tambores de coca", para lo cual y como siempre que se utiliza esta ofrenda, eligen las hojas más grandes, "sanitas y enteritas". Luego de preparado ritualmente el "sullo" se procedió a "challarlo", invocándose al hacerlo, la protección de cada uno de los puestos, de los corrales, comederos, revolcaderos, ojos de agua, vegas, irales y ramonales, es decir, de todos los lugares directamente relacionados con la vida y alimentación de los animales.

Cumplido este ritual, cuyos pasos —así como la totalidad de los actos ceremoniales— son realizados con estricto rigor, seriedad y solemnidad, siguiendo un orden prefijado donde nada queda librado a la improvisación, la familia se trasladó hasta un ojo de agua ubicado en la ladera a escasamente un kilómetro hacia el Este de la casa principal; este estratégico lugar, dado que no sólo se lo ve desde dicha casa y corrales, sino (afirma don Valentín) desde todos los puestos y lugares de pastoreo, se transformará en el centro cúltico de la familia en esta ceremonia ritual. Junto a este "ojito" se halla el "mojón alcanzadero" (porque allí "se le alcanzan —a la Pachamama— todas las ofrendas"): en dicho lugar se llevó a cabo el referido adelanto ("venia") del "challaco" de agosto, mediante el cual la familia propicia a la Pachamama en este mes ceremonial.

El ciclo agrario-ritual transcurrirá sin mayores vicisitudes, salvo que alguna circunstancia excepcional pusiera en peligro la vida de la hacienda, en cuyo caso se intensificará el ritual.

Por último, en la semana previa al Carnaval, es decir, en pleno "tiempo de Carnaval", se realizará el ritual de la señalada de los animales (los nacidos durante el año anterior), con el sentido y funcionalidad ya descritos.

Quebrada de Coranzulí

La quebrada de Coranzulí es una quebrada de altura, ubicada en la porción más alta del ecosistema suni. Forma parte de un sistema de quebradas recorridas por cursos fluviales pertenecientes a la cuenca cerrada de la laguna de Guayatayoc. La altura sobre el nivel del mar del fondo de las quebradas oscila alrededor de los 4.000 m. Las laderas de las mismas ya pertenecen al ecosistema puna; vale decir, que el suni aparece aquí en forma de estrechos surcos dispersos en medio de la puna. El agua fluvial es permanente. En las laderas hay ojos de agua que mantienen vegas. La formación vegetal característica de las laderas es la estepa mixta.

En la quebrada de Coranzulí no hay restos de andenería indígena. Sin embargo, don Sindulfo Siares, habitante de la quebrada de San José (ubicada a unos 20 km hacia el SE) y comisionado municipal de Coranzulí, nos informó sobre la presencia de abundantes andenes abandonados ("patillas") en esa quebrada. Por lo tanto, si bien lo más probable es que la actividad principal en tiempos prehispánicos haya sido el pastoreo de llamas, es evidente que en las quebradas más bajas y mejor orientadas con respecto al sol y a los vientos, se practicó cultivo en andenes.

Aquí también se dieron los cambios en la ecología cultural detectados en la quebrada de don Valentín: introducción de nuevas especies de herbívoros no adaptados localmente (cabras y ovejas) y desaparición de vicuñas y guanacos. Además, la andenería indígena cayó en desuso (aunque no sabemos en qué momento histórico preciso) probablemente, como veremos más en detalle al analizar Casabindo, en gran parte por la misma introducción de cabras y ovejas. Al desequilibrio ecológico debe de haberse agregado aquí, entonces, un desequilibrio demográfico, vinculado a la disminución de la producción agrícola, que

debía de haber sustentado una población más concentrada y numerosa que la actual.

Coranzulí es un pequeño poblado ubicado en los terrenos aluviales del fondo de la quebrada. Su origen probablemente esté vinculado a sus peculiares condi-



Foto 4: Coranzulí: panorámica. En primer plano, potreros y rastrojos. A la derecha, una parte del pueblo. Al fondo, el gran sistema de vegas citado en el texto. — Foto, Mario Sánchez.

ciones de posición: en una encrucijada de caminos naturales que vinculan la zona fértil de las cuencas húmedas (San Juan Mayo, Pozuelos, Miraflores-Guayatayoc), con la zona de salares (Jama, Olaroz, Cauchari, Salinas Grandes) y con la vertiente del Pacífico —hoy chilena— (San Pedro de Atacama, Calama, Toconao). Debe de haber sido, por lo tanto, un puesto obligado de tránsito de tropas de animales de carga entre diversos ecosistemas. La fertilidad y amplitud del terreno aluvial, unidas a la orientación de quebrada, deben de haber permitido su uso, mediante trabajos de irrigación relativamente simples, como campos de pastoreo, dada su natural aptitud para el crecimiento de pasturas silvestres. Esta característica de lugar de tránsito se mantuvo a través de la historia: las llamas fueron sustituidas por burros y mulas y éstos están siendo suplantados por el camión. Hasta donde llega el camino llega el camión; la mula y el burro aparecen hoy como elementos subsidiarios, si bien todavía insustituibles, del vehículo automotor.

El pueblo, entonces, debe de haber perdido su antigua funcionalidad de tambo y en la actualidad sólo es asiento temporario de habitantes que tienen sus lugares de pastoreo y, eventualmente, sus rastrojos, en zonas relativamente ale-

jadas. Sobreviven algunos elementos de la época en que Coranzulí fue un centro poblado de relativa importancia: una agricultura en retroceso y la existencia de dos cargos públicos comunales reunidos hoy en una sola persona: el juez de agua, encargado del reparto de la misma entre los vecinos y de la limpieza y conservación de las acequias, y el comisionado rural, que resuelve los litigios relacionados con la invasión de zonas de pastoreo. La casi totalidad de los varones jóvenes trabajan en Mina Pirquitas, con excepción de los pocos funcionarios y empleados públicos.

En la ladera oriental de la quebrada, a unos mil metros al Nordeste del pueblo, una vega muy larga recorre toda la extensión de la ladera (a lo largo de más de siete mil metros). Esta vega es un modelo de aprovechamiento integral de los escasos recursos del medio puneño. En la actualidad funciona como reserva forrajera; está totalmente cercada y repartida en varios potreros, cada uno de los cuales pertenece a una familia distinta. En el ejido del pueblo se practica el cultivo bajo riego, canalizando el agua del río Coranzulí por medio de una acequia madre, tomada aguas arriba del poblado, la cual recorre el pie de la ladera occidental de la quebrada, paralelamente y en un nivel superior al río. Entre la acequia madre y el río queda delimitada el área de cultivo bajo riego, de aproximadamente un kilómetro de largo por unos seiscientos metros de ancho, dentro de la cual se ha instalado el pueblo que, lentamente, va creciendo hacia el Sur, desplazando a los cultivos. Esta área está dividida en parcelas por muros de tapia (mezcla de barro, paja y pedregullo), parcelas que pueden funcionar alternativamente como "potreros" o como "rastrojos". "Rastrojos" son las parcelas destinadas al cultivo de especies alimenticias; los "potreros" se destinan al cultivo de pastos y forrajeras; en algunos casos simplemente se deja crecer en ellos los pastos naturales de la zona, con la ayuda de irrigación artificial. En las parcelas con declive se ha organizado el terreno en forma de andenes simples pero bien construidos, especialmeste en lo que atañe al sistema de distribución de agua. En los "rastrojos" se cultiva papas, habas, quínoa y cebada forrajera. En la pequeña quebrada de Moraña, paralela a la de Coranzulí y distante un kilómetro hacia el Este, se siembran también algunas verduras (lechuga y acelga). En los "potreros" se siembra alfalfa y algunos pastos trasplantados (chillagua y cortadera).

Las características del pastoreo son similares a las de la quebrada de don Valentín.

Desde el punto de vista comercial Coranzulí actúa como un centro concentrador de mercaderías. En efecto, hay tres comercios acopiadores con vehículos propios, que compran lana a los pastores de la zona y la venden en Abra Pampa, en Salta y hasta en Tucumán. También llegan compradores de Catamarca (Belén).

Desde el punto de vista religioso, si bien Coranzulí responde a las características generales del área, tiene como particularidad la presencia de un grupo elevado de evangelistas (aproximadamente el 50 % de la población), con un amplio templo y oficios semanales, cuya acción abarca el territorio circundante como lo demuestra el caso de don Feliciano, habitante de Coyaguaima, ubicado a unos cincuenta kilómetros hacia el Norte de Coranzulí.

Además del ritual familiar (challacos y señaladas) similares a los ya descriptos anteriormente, hasta no hace mucho tiempo tuvo vigencia un ritual comunitario vinculado a la limpieza y apertura de los canales y acequias, ceremonia que también tenía lugar durante el referido mes de agosto (Mariscotti, 1966: 84). En la actualidad este ritual —como todos los challacos propios de este mes— no tiene una exteriorización pública, fenómeno que se relaciona con el retroceso de la actividad agraria, que a su vez tiene su fuente en la arriba mencionada emigración de los jóvenes a los centros mineros. Y son precisamente estos jóvenes

quienes al regresar en agosto a su lugar natal y haber perdido, repetimos, su raigambre agraria, recuperan su vocación comunitaria y realizan en la cancha de fútbol el challaco ya descripto, que evidentemente tiene ahora una nueva funcionalidad en relación a su actual actividad grupal que los reúne, no obstante su obligada ausencia.

Además de la celebración de señaladas en las viviendas ubicadas en las inmediaciones, aparece aquí, como última manifestación ceremonial que cierra el ciclo agrario-ritual, el Carnaval, en cuyo festejo confluyen no sólo los habitantes de Coranzulí, sino de toda la zona rural aledaña e, incluso, los actualmente radicados en los centros mineros. Es por ello que no nos sorprende que antiguos pobladores del área que, por diversas razones, habían emigrado a lugares alejados —como Salta o Jujuy— regresaran a Coranzulí para el "tiempo de Carnaval", como lo evidencia el testimonio de don Valentín y de su señora, doña Gregoria.

Casabindo

El pueblo de Casabindo se encuentra ubicado en pleno ecosistema suni, en un ámbito donde coexisten, separados por franjas de transición muy estrechas (en muchos casos de sólo unas decenas de metros), varios ecosistemas menores: la planicie salitrosa y temporariamente inundada —en el fondo de la cuenca de Guayatayoc—, las laderas que flanquean la planicie y las quebradas de mediana altura (alrededor de los 3.700 msnm). Dichas quebradas están enclavadas en pleno ecosistema puna, el cual rodea totalmente a la cuenca salino-lacustre. Casabindo mismo está ubicado en una lengua de la planicie lacustre Guayatayoc-Miraflores, a unos 500 m de la desembocadura de la quebrada de Tarante y al pie de una cadena rocosa que lo protege de los vientos fríos del Oeste, serranía que, entendemos, marcó la línea divisoria del cultivo en gran escala. A pocos kilómetros desembocan las quebradas de Río Negro (hacia el SE) y de Potreros (hacia el NO).

La heterogeneidad ambiental del área fue, sin duda, muy bien aprovechada por los habitantes prehispánicos —y, tal vez, por sus sucesores de la época colonial— como lo atestigua la muy abundante presencia de andenes de cultivo (incluyendo muros ciclópeos en Río Negro), obras de riego (incluso pequeños embalses) y abundantes restos de vivienda (Pueblo Viejo).

Los fondos de cuenca fueron, con seguridad, el ámbito ideal para el pastoreo de llamas; en cambio, el cultivo se concentró en las laderas bajas que miran hacia el Este (recibiendo, por lo tanto, el remanente pluvial que sobrepasa el Cordón Oriental de la Puna), así como en las quebradas transversales y en sus laderas (especialmente las que miran hacia el Sur, mejor protegidas del sol y, por lo tanto, de la evapotranspiración). Además, en dichas quebradas fue, sin duda, aprovechado para el riego el caudal de lluvia que cae en la parte superior de las laderas, el cual, entendemos, debió ser captado mediante acequias y ser derivado hacia los andenes construidos en las mismas laderas.

Las condiciones naturales de estas zonas se prestan especialmente para el cultivo de tuberosas (papas, ocas, lisas, etc.) y, sin duda, en ciertos terrenos, para algunas variedades de maíz. El aporte de proteínas animales, así como de sus subproductos (lanas, pieles, plumas) se debe de haber complementado mediante la caza de guanaco, vicuña, suri y otras especies menores. La presencia próxima de las Salinas Grandes habría aportado un recurso suplementario, incluso de gran valor comercial: la sal.

El principal cambio ecológico producido desde la conquista española fue aquí, como en los otros dos sitios, la introducción de ovejas y cabras. Pero aquí,

esta modificación no sólo redundó en sobrepastoreo —y, por lo tanto, empobrecimiento de las pasturas naturales y de los suelos—, sino también influyó negativamente sobre la agricultura. En efecto, ovejas y cabras fueron —y son— llevadas a pastorear, especialmente a las laderas de los cerros, donde actúan como invasoras y destructoras de los andenes, en particular la cabra por su facilidad para trepar, incluso por las paredes casi verticales de las pircas. Ya en el año 1587, doña Petronila de Zárate, encomendera de gran parte del Sur de Bolivia y del Norte de la Puna argentina, hace una presentación a la Audiencia de Charcas protestando por "los daños que en sus sementeras —de sus indios encomendados— los ganados de los vecinos, a ellos comarcanos, les han hecho..." (en Vergara, sd.). Más recientemente, se comenzó a introducir ganado vacuno que, en la actualidad, ha suplantado en gran parte a la llama en alguno de sus hábitats naturales.



Foto 5: Casabindo: detalle del fondo de la quebrada de Tarante. A la izquierda, andenes actuales usados para el cultivo de forrajeras, muy deteriorados por el tránsito de ovejas y cabras. A la izquierda, sobre la ladera, restos de andenería antigua (¿prehispánica?). — Foto, Mario Sánchez.

Puede afirmarse, entonces, que de los tres sitios analizados, Casabindo es el que ha sufrido mayor desequilibrio ecológico. Paralelamente y en gran medida a consecuencia de aquél, se produjo un notorio desequilibrio demográfico, sobre el cual incidieron también las migraciones forzosas y la reestructuración urbana impuesta por las Leyes de India y, más recientemente, los movimientos de población vinculados al trazado del camino y del ferrocarril que reagruparon, alrededor de sus estaciones, la mayor parte de la población regional. .

Así como en el caso de Coranzulí, tienen especial importancia sus condiciones de posición (es decir, su ubicación favorable para el tránsito y las comunicaciones entre distintas zonas ecológicas relativamente alejadas entre sí), en el caso de Casabindo el factor clave está constituido por sus condiciones de sitio, al estar ubicado en el corazón de un área donde coexisten los diversos ecosistemas suni y varios ecosistemas puna, gozando de esa manera de los beneficios proporcionados por una gran diversidad ecológica. Pero, también son importantes sus condiciones de posición, por su estratégica ubicación en un borde de la extensa planicie de Guayatayoc-Miraflores que recorre el Este del Altiplano jujeño y que vinculó siempre a la Puna con los valles del Sur. Por Casabindo, en efecto, pasaba el Camino del Inca, uno de cuyos tambos estaba ubicado precisamente allí (Matienzo, 1566). Recién durante la colonia, a partir de la instalación definitiva en el valle de Jujuy, quedó abierto y expedito el camino que transita la quebrada de Humahuaca, acortando el camino entre el Altiplano, con sus riquezas minerales, y los fértiles valles y llanuras del Sur. Sin embargo, la antigua ruta incaica se siguió utilizando y recién con la instalación de la línea del ferrocarril y el trazado del camino (Ruta Nacional Nº 9) fue perdiendo vigencia.

Los habitantes prehispánicos, como ya se analizó, aprovecharon al máximo las condiciones de sitio de Casabindo. Su patrón de asentamiento fue, por lo tanto, de hábitat concentrado, el cual siguió las mismas líneas de los campos de cultivo, instalándose en las laderas o en las quebradas, pero con toda seguridad, en los terrenos menos adecuados para el cultivo, de una manera similar a lo descripto por Ottonello y Krapovickas (1973) para Yavi Chico. El poblado actual, en cambio, construído en damero, debe de haberse originado en una de las reducciones establecidas durante el siglo XVII, en virtud de lo dispuesto por las

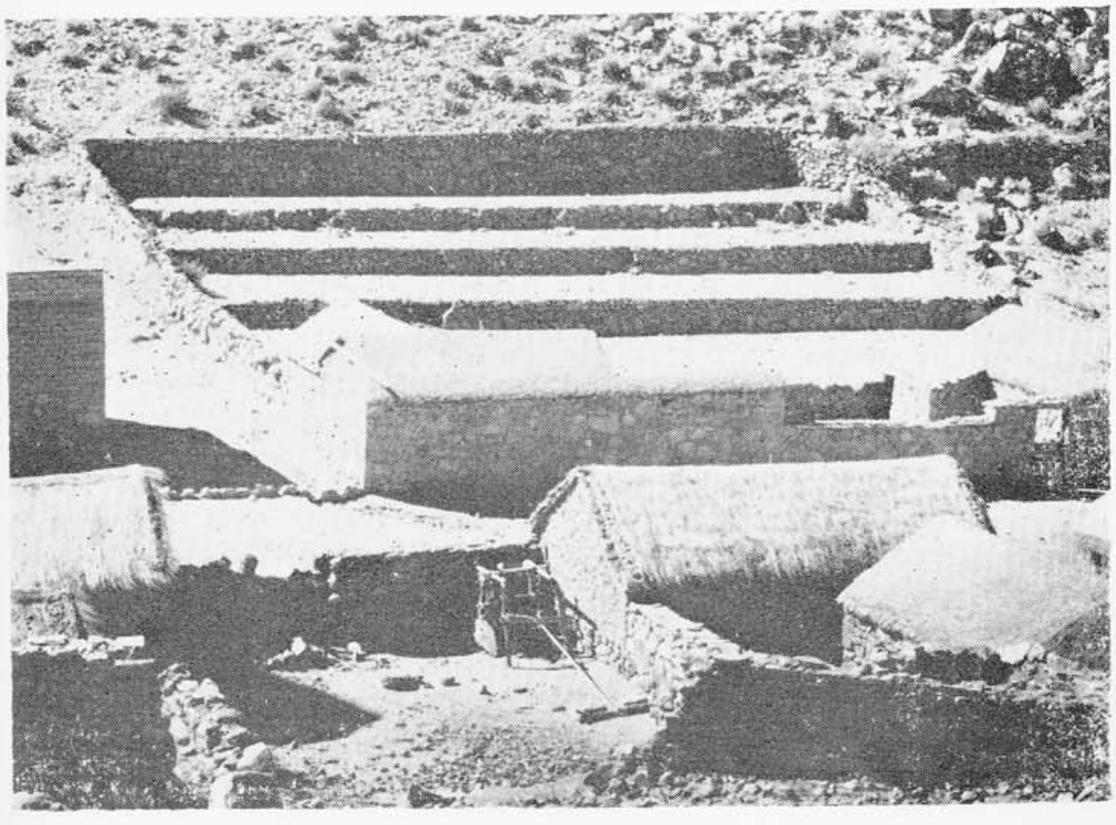


Foto 6: Alfarcito. En la desembocadura de una quebrada en el borde de las Salinas Grandes, unos 30 km al sur de Casabindo. Una casa con un pequeño sistema de andenes destinados al cultivo de papas, habas y hortalizas, muy bien construido y conservado. — Foto, Mario Sánchez.

Leyes de Indias; está ubicado, repetimos, en una lengua de la planicie, a la salida de la quebrada de Tarante.

En la planta actual de Casabindo se habrían concentrado, en aquel momento, las viviendas de la mayor parte de los indígenas que habitaban la zona, encomendados al Marqués de Campero (Vergara, 1942); éstos se trasladarían diariamente, durante la época propicia, a los campos de cultivo o a los lavaderos de oro.

En la actualidad no hay más que unos 30 habitantes permanentes. La mayoría de las casas permanecen cerradas casi todo el año, siendo ocupadas solamente en épocas ceremoniales, principalmente en agosto (mes propiciatorio y celebración de fiesta de la Virgen de la Asunción) y para las señaladas y carnaval. Durante el resto del año, sus dueños permanecen en los puestos dedicados al pastoreo (y, en mucha menor escala, a la deteriorada agricultura actual) o bien en centros urbanos (La Quiaca, Abra Pampa, Mina Aguilar, Jujuy) adonde emigran en busca de recursos monetarios, pero de donde retornan regularmente a su pueblo para participar en el ceremonial de los dos momentos claves del ciclo ritual. Por ejemplo, en cada período festivo, algunos casabindeños emigrados regresan e instalan en su propia casa del pueblo, un pequeño comercio temporario (verdulería, almacén, tienda) que acompaña y apoya como una actividad ritual más al conjunto ceremonial. Un ejemplo particularmente interesante lo proporciona el caso de R.G., miembro joven de una familia asentada en la quebrada de Potreros, quien ha emigrado a la Quiaca donde trabaja como mozo de un restaurante. En 1977, para cada uno de los dos momentos claves del ciclo ritual ya descriptos, volvió a Casabindo, donde se reintegró a su mundo, a su comunidad y a su familia, de quienes sólo se había separado por razones económicas.

La agricultura que, sin duda, en tiempos prehispánicos había logrado un alto grado de tecnificación y capacidad productiva, fue decayendo hasta alcanzar una expresión mínima en la actualidad. La andenería ha caído casi totalmente en desuso; en nuestros días el sistema de andenes se utiliza únicamente en la quebrada de Tarante y, aun así, solamente en los lugares fácilmente irrigables. El resto de la agricultura tiene lugar en zonas llanas: la lengua de la planicie donde está enclavado Casabindo, las terrazas fluviales y el fondo de las quebradas de Tarante, Potreros y de otras menores. Es así que toda la agricultura se realiza hoy mediante riego artificial, con agua captada de ríos y arroyos. Los cultígenos principales son: papa, oca, haba, cebada forrajera y algunas hortalizas, tales como lechuga, cebolla y zanahoria.

El pastoreo tiene características similares al del resto de la región, distribuyéndose los animales de acuerdo con las características de relieve y vegetación. Sin embargo, en la actualidad hay una tendencia a reemplazar a llamas y ovejs por vacunos, en función de los requerimientos del mercado planteados por la creciente demanda de Abra Pampa.

La religiosidad tiene aquí caracteres más amplios, al desarrollarse en el área tanto actividades agrícolas como pastoriles. Ello nos permite comprobar que se "challa" no sólo en los lugares afectados a la vida de los animales (como ocurre en la quebrada de don Valentín), sino en los directamente relacionados con la agricultura ("rastrojos"), donde el ritual tiene lugar en distintos momentos del ciclo: limpieza de acequias, laboreo y preparación de la tierra, siembra, riego, aporcado, cosecha, además de los realizados para ahuyentar las heladas.

La condición de pueblo de indios encomendados hizo de Casabindo un centro catequístico muy importante, lo cual se plasmó a fines del siglo XVIII con la construcción de la iglesia, que es la más imponente y de mayores dimensiones de la Puna argentina, además de ser la única que posee bóveda de cañón corrido (construído en piedra) y techo de tejas fabricadas en el lugar, cuyo horno todavía subsiste en las afueras del pueblo.

4. — DISCUSIÓN

Dado que el tema relacionado con la estructura ecológica será desarrollado, repetimos, en un trabajo que se halla en elaboración, nos limitaremos a adelantar algunas observaciones, especialmente referidas a la posición de otros autores.

En los trabajos de campo, cuyos resultados acabamos de presentar, el esquema de Pulgar Vidal se reveló ampliamente adecuado, no sólo porque se aplica ajustadamente a la estructura ecológica objetiva del área, sino porque corresponde en líneas generales a la percepción subjetiva que los habitantes tienen del ambiente en que viven, es decir de su ecología subjetiva (Vallée, 1971: 171).

Tal vez sea necesario subdividir en ecosistemas menores algunos de los grandes ecosistemas propuestos por Pulgar Vidal, especialmente en el caso suni, que debiera ser subdividido, en el área de nuestro estudio, al menos en cuatro ecosistemas: fondos de cuenca salino-lacustre (tanto la zona inundable como la no inundable), laderas que rodea la cuenca, fondos de quebrada y laderas de quebradas.

Otras sistematizaciones regionales de carácter geográfico-antropológico (Palavecino, 1948; Jacovella, 1948; Cortazar, 1959; Lafón y Dussel, 1969) no se manifiestan adecuadas para el estudio del ámbito altiplánico. Esta falta de adecuación especial se debe a dos características de dichas regionalizaciones. En primer lugar, se refieren exclusivamente al territorio argentino, mientras que la Puna argentina (y tal vez otros ámbitos) sólo puede ser comprendida en su identidad geográfica y cultural, como parte de una totalidad mayor, que abarca una gran extensión de la faja occidental del continente americano. En segundo lugar, son sistematizaciones muy amplias, adecuadas para establecer lineamientos generales, pero carentes de una subdivisión específica apropiada para la descripción de las complejas relaciones ecológico-culturales de la región.

Desde este punto de vista, aparece como más apropiada la sistematización propuesta por Raffino (1973) en cuanto, si bien implícitamente, la adscribe a un ámbito mayor. Ottonello y Krapovickas (1973: 2) hacen, desde el punto de vista de la ecología cultural prehispánica una útil distinción dentro del ecosistema suni, distinguiendo en él dos ecosistemas diferentes: uno de pastoreo (fondo de cuenca: 3.500-3.700 msnm) y otro de agricultura en andenes (faja óptima: 3.700-4.000 msnm). Esta es, a nuestro juicio, una contribución positiva al análisis ecosistemático de la región.

Por último, haremos referencia a los trabajos de Cabrera (1976) y Ruthsatz y Movia (1975), autores de las sistematizaciones fitogeográficas más completas del área, especialmente las segundas. Desde el punto de vista de la ecología cultural es útil en líneas generales, pero debe destacarse que le faltan detalles en el análisis de las quebradas, que son los ámbitos más propicios para la actividad humana.

El modelo de complementación vertical, tal como fue propuesto por Murra 1972) para el mundo andino, implica la presencia de una unidad cultural en ambientes ubicados a distintas alturas, presencia que permitiría controlar tales ambientes y las posibilidades de producción inherentes a ellos.

Este modelo ha resultado fructífero en la arqueología y en la prehistoria del área andina e incluso en la porción argentina del Altiplano (Cigliano y Raffino, 1973; Raffino y Cigliano, 1973). También ha resultado apropiado en los estudios etnográficos y folklóricos de la región. Una gran cantidad de trabajos recientes sobre comunidades campesinas peruanas (por ejemplo, Núñez del Prado, 1968; Webster. 1971) demuestran la vigencia actual del modelo. Sin embargo, este esquema debe ser modificado al analizarse el estudio de la parte Sud del Altiplano.

En nuestra área de investigación, ningún grupo sociocultural (familiar o comunal) controla —hasta donde alcanza nuestro conocimiento— diversos pisos ecológicos. No obstante, el "ideal andino de autosuficiencia" postulado por Murra, parece cumplirse aquí a través de vías diferentes a las del planteo original. En primer lugar, mediante el intercambio, a través de formas arcaicas (como el trueque) o de la economía monetaria (compraventa). En segundo lugar, a través del "control" horizontal, tal como se practica en Casabindo donde la mayoría de las familias, con vivienda principal en el poblado, realizan tareas agrícolas en las quebradas principales (Tarante, Potreros y Río Negro) o en las interiores, un poco más altas pero más cálidas y abrigadas, además de poseer majadas de cabras y ovejas (en las llanuras de fondo de cuenca, en "peñas" y laderas) y de llamas (en las vegas de altura), tareas todas desempeñadas en distintos ecosistemas ubicados entre 3.500 y 4.000 msnm.

Entendemos por trashumancia una forma de vida nomádica en camino hacia la sedenterización. Es un patrón cultural de asentamiento mediante el cual una familia (o grupo de familias) se traslada cíclicamente (por lo general en forma anual) a lo largo de un recorrido fijo, pero —y esta es la diferencia fundamental con los grupos que practican un nomadismo estricto— tienen un lugar de residencia principal.

La literatura especializada en el área, siguiendo a Murra, describe la trashumancia sólo en relación al modelo económico del control de pisos ecológicos. De los resultados de este trabajo surge que en el área altiplánica la trashumancia se practica también en otros contextos socioculturales.

Los pastores de altura, como don Valentín o don Feliciano, por ejemplo, tienen un recorrido anual cuyos elementos determinantes son: 1) la existencia de distintas zonas de pastoreo: de estación seca y de estación húmeda; 2) la necesidad de retornar, en los momentos principales del ciclo, al centro ritual, que constituye, a su vez, el lugar de residencia principal; 3) la necesidad de complementar su economía de consumo mediante el intercambio. En algunos casos puede existir, incluso, un puesto urbano.

En zonas agrícolas, como Casabindo, la mayoría de las familias posee tres puestos: uno en el pueblo, otro en la llanura, afectado al pastoreo y un tercero en quebradas interiores, dedicado tanto a la agricultura como al pastoreo. Se da aquí una trashumancia casi cotidiana, ligada a un control de zonas ecológicas diversas, pero no ubicadas en pisos distintos, sino casi en un mismo nivel altitudinal.

Además, y ya en el presente siglo, surgió una variante de trashumancia ligada a la consolidación en la región de la economía monetaria. En la actualidad, un importante porcentaje de la población masculina adulta, acompañada o no por la familia o parte de ésta, se traslada periódicamente (entre marzo y noviembre) a las zonas cálidas de transición entre los Andes y el Chaco (yungas), donde trabaja como braceros en los ingenios azucareros.

La trashumancia vinculada al trabajo en las minas adquiere características distintas, a causa de que las mismas están ubicadas en pleno Altiplano, lo que posibilita el frecuente regreso a los lugares de residencia habitual, además del obligado retorno para cumplir el ritual religioso en las oportunidades ya indicadas.

Pareciera ser que la trashumancia es una componente muy importante en la matriz sociocultural básica de los habitantes del Altiplano. Esto explica de una manera adecuada el hecho documentado por Stearman (1978) del traslado del esquema de trashumancia y complementación que realizan los habitantes del Altiplano boliviano cuando emigran como colonos a las yungas de la zona de Santa Cruz de la Sierra.

En la literatura clásica sobre religión del Altiplano, incluso los trabajos realizados sobre la Puna argentina (Mariscotti, 1966; Lafón, 1970), se plantea la existencia de un sincretismo religioso, lo que implica aceptar que la religión prehispánica y la religión cristiana se integran en una nueva religión con características propias.

Sólo en los últimos años, algunos autores han desarrollado una hipótesis alternativa, que postula la no existencia de dicho sincretismo, sino la convivencia o paralelismo de ambas religiones: la nativa o prehispánica y la cristiana. Tamayo Herrera (1970:249) refiriéndose a la "cosmovisión del indígena quechua" en el Perú, niega la existencia de un auténtico sincretismo religioso, afirmando en cambio la existencia yuxtapuesta y paralela de "una religión tradicional proveniente del pasado prehispánico", "junto a una deformación de la cosmovisión cristiana del mundo. Cereceda (1978:9), en su investigación sobre comunidades campesinas del Altiplano boliviano, propone un esquema más completo de paralelismo religioso, señalando la presencia simultánea de dos religiones: una "religión nativa", heredada de la tradición prehispánica (que habría asimilado en los primeros años de la colonia numerosos elementos de la "religión católica de aquella época"), junto con las religiones cristianas actuales.

De acuerdo con los resultados de nuestra investigación, este paralelismo parece adecuarse a la realidad religiosa de la Puna argentina más eficazmente que el modelo de sincretismo. Esto se evidencia tanto en el caso extremo de don Valentín y de don Feliciano, representantes personales y aparentemente antagónicos de devoción y pertenencia a dos cultos que se presentan mutuamente como diferentes y opuestos, como en la gama habitual de casos en los que, en un mismo individuo, coexisten separadamente ambas devociones, que se manifiestan alternativamente en el ritual comunitario (fiestas patronales) o en el sinnúmero de rituales, familiares, personales o colectivos, en los cuales participan diariamente los puneños.

CONCLUSIONES

En el curso del análisis de los resultados de este trabajo y de las discusiones y comparaciones de los mismos con los resultados y conclusiones elaborados por otros autores para el resto del mundo andino, así como para otras realidades socioculturales homólogas (como el caso de los pastores nómadas de Medio Oriente, estudiados por Barth, 1964 y Tavakolian, 1976), han surgido elementos que no estaban previstos en el aparato hipotético previo. Nos pareció oportuno, pues, junto con las conclusiones referentes a las hipótesis de trabajo (generales y particulares) dejar establecidas también conclusiones referentes a los aspectos no planteados en ellas, aun cuando sea necesario mayor trabajo de investigación para resolver las incógnitas que ellas plantean.

Con respecto a la hipótesis general, los resultados obtenidos indican que no existe separación de ciclos agrarios y ciclos religiosos, sino que la totalidad de la vida cultural del área se da en forma cíclica. Por lo tanto, este ciclo agrario-ritual que se postuló al principio, quedaría involucrado dentro de un ciclo total, del cual no sería sino una manifestación particular.

Con respecto a la primera hipótesis particular, se recogió evidencias de control vertical de pisos ecológicos, pero no a través de un acceso directo a cada uno de esos pisos productivos, sino por medio del intercambio. Pero, por otra parte, surgió a la luz la aplicación en el área de un tipo peculiar de complementación ecológica: el control de varios ecosistemas naturales ubicados aproximadamente a la misma altura. En Casabindo se aplica este verdadero esquema de *control horizontal* que, posiblemente, se aplique también en otras áreas.

La validez de la segunda hipótesis particular está plenamente constatada. El esquema de paralelismo religioso que ya había demostrado su mejor ajuste a la religiosidad altiplánica en otras áreas, también apareció aquí mejor adecuado que el modelo sincrético. En la Puna argentina la evidencia recogida no soporta la hipótesis del surgimiento de una tercera forma religiosa diferente, producto de la interacción y fusión de las dos religiones actuantes en el área.

Con respecto a la tercera hipótesis se pueden extraer varias conclusiones. En primer lugar, toda la actividad agraria está ritualizada. Pero, no sólo lo estrictamente agrario (pastoreo y cultivo) sino que también están ritualizados la totalidad de las actividades y objetos económicos. Por ejemplo, al comenzar la época del tejido se "challa" a Santa Ana, que es la patrona de los tejedores (Diana Rolandi de Perrot, comunicación personal).

En segundo lugar, todos los actos rituales que hemos englobado en el ceremonial ordinario (o sea los ordenados en un tiempo cíclico, en una secuencia fija) están ligados a fenómenos económicos y/o naturales. En consecuencia, la identidad entre ciclo agrario y ciclo ritual es total: no hay ninguna actividad económica desligada de lo ritual, así como no hay ninguna ceremonia del ciclo ordinario que no esté directamente relacionada con una actividad económica importante. El resto del ritual, que hemos denominado "ritual de excepción" (es decir, ceremonias sin ubicación fija en el tiempo), está ligado a acontecimientos de la vida humana que no poseen ubicación precisa dentro del ciclo anual, tales como el intercambio, la construcción de la vivienda, el casamiento y la muerte.

En un primer momento, habíamos concebido este ciclo agrario-ritual como meramente temporal. No obstante, es evidente (especialmente por los resultados obtenidos en la quebrada de don Valentín) que dicho ciclo es no sólo temporal sino también espacial. En efecto, contiene una traslación en el espacio que acompaña al desarrollo del tiempo cíclico. Dicha traslación sigue dos itinerarios: uno, más reducido (circuito de pastoreo de don Valentín, circuito cotidiano en Casabindo), ligado a la producción familiar; otro, más amplio (circuito de intercambio de productos y circuito de trabajo en minas e ingenios), relacionado con las necesidades de complementación económica.

Ambos itinerarios, especialmente el reducido, están cargados de contenido ritual, están sacralizados. Y como estos itinerarios configuran el carácter trashumante de la cultura puneña, es la trashumancia en sí —como se ha postulado para el nomadismo de los pastores del Cercano Oriente— lo que constituye el rito mayor de dicha cultura, un rito donde se celebra la autonomía y la cohesión del grupo familiar (en el caso del itinerario reducido) y sus vinculaciones con otros grupos (en el caso del itinerario amplio).

En la trashumancia, de esta manera, se condensa toda la vida y cosmovisión del hombre de la Puna, pues en ella coinciden y confluyen, como respuesta cultural mayor, la adaptación al medio, la estructura social, las relaciones con otras comunidades y la religión.

BIBLIOGRAFÍA

BARTH, Frederik; 1964. *Nomads of South Persia.* New York: Humanities.

BOMAN, Eric ; 1902. *Antiquités de la Region Andine de la République Argentine et du Désert d'Atacama.* 2 vols. París: Imprimérie Nationale.

CABRERA, Ángel; 1956. "Regiones fitogeográficas argentinas", en *Enciclopedia argentina de agricultura y jardinería 2(1).* Buenos Aires: Acmé.

CERECEDA, Verónica; 1978. *Mundo Quechua.* Cochabamba: Ed. América Profunda.

CIGLIANO, Eduardo M., y RAFFINO, Rodolfo; 1973. "Tastil: un modelo cultural de adaptación, funcionamiento y desarrollo de una sociedad urbana prehistórica". *Relaciones* (Soc. Arg. de Antrop.) 7:241-258.

CRTÁZAR, Augusto R.; 1959. "Folklore literario y literatura folklórica", en Arrieta, Rafael A. (dir.), *Historia de la literatura argentina,* 5:17-395, 433-457, Buenos Aires: Peuser.

IFRIERI, Horacio A.; 1959. "Las regiones naturales", en Aparicio, Fernando de, y Difrieri, Horacio A. (dirs.), *La Argentina, Suma de Geografía 1.* Buenos Aires: Peuser.

FERNÁNDEZ, Jorge; 1969. "La recolección de bulbos, rizomas y tubérculos entre los cazadores superiores de la Puna", *Anales de Arqueología y Etnología* (Mendoza, Argentina), *24-25*:121-142.

ACOVELLA, Bruno C.; 1959. "Las regiones folklóricas argentinas", en Imbelloni, José (ed.), *Folklore argentino,* 85-102. Buenos Aires: Nova.

AFON, Ciro R.; 1970. "Evangelización, calendario y conflicto cultural", *Actualidad pastoral* (Buenos Aires) : 162-164.

AFON, Ciro R., y DUSSEL, Enrique D.; 1969. *El Catolicismo popular en la Argentina. Cuaderno 4 Antropológico.* Buenos Aires: Bonum.

ATIENZO, 1566 (1918). "Carta a S.M. del Licenciado Matienzo, oidor de la Audiencia de Charcas, describiendo una parte de la tierra del distrito de la Audiencia", en Levillier, Roberto (dir.), 1918, *La Audiencia de Charcas. Correspondencia de Presidentes y Oidores.* Documentos del Archivo de Indias, v. 1: 168-179. En: Colección de Publicaciones Históricas de la Biblioteca del Congreso Argentino.

ARISCOTTI, Ana M.; 1966. "Algunas supervivencias del culto a la Pachamama". *Zeitschrift für Ethnologie 91 (1).*

ERLINO, Rodolfo; 1978. *Pastoreo y complementación vertical en la Puna argentina,* inédito.

ERLINO, Rodolfo; AMAYA, Luis; RABEY, Mario; SÁNCHEZ PROAÑO, Mario, y SHARER, Lidia; 1977. "Interrelaciones entre ciclo agrario y ciclo ritual en la Puna argentina; comunicación preliminar". *Actas del I Congreso Regional de Arqueología del Noroeste Argentino,* Jujuy (en prensa).

ACHTIGALL, Horst; 1965. "Beitrage zur Kultur der indianischen Lamazüchte der Puna de Atacama (Nordwest-Argentinien)". *Zeitschrift für Ethnologie 90 (2).*

ACHTIGALL, Horst; 1975. "Ofrendas de llamas en la vida ceremonial de los pastores". *Allpanchis* (Instituto de Pastoral Andina, Cuzco), *8.*

URRA, John V.; 1972 (1975). "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas", en Murra, J. V., *Formaciones económicas y políticas del mundo andino,* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

ÚÑEZ DEL PRADO, Oscar; 1968. "Una cultura como respuesta de adaptación al medio andino", *Actas y Memorias 37 Congreso Internacional de Americanistas, 4*:241-260, Buenos Aires.

TTONELLO, Marta, y KRAPOVICKAS, Pedro; 1973. "Ecología y Arqueología de cuencas en el sector oriental de la Puna, República Argentina", *Publicaciones* (Dirección de Antrop. e Hist., Jujuy) *1*:3-21.

PALAVECINO, Enrique; 1948. "Áreas y capas culturales en el territorio argentino". *GAEA* (Soc. Arg. de Estudios Geográficos) *8*:447-523.

PALMA, Néstor H.; 1972. "Transfiguraciones antropológicas de la Puna argentina", *Revista del Museo de La Plata* (Antropología) *7*:239-296.

PULGAR VIDAL, Javier; 1946. *Historia y Geografía del Perú. Las ocho regiones naturales,* Lima.

RAFFINO, Rodolfo A.; 1975. "Potencial ecológico y modelos económicos en el Noroeste argentino", *Relaciones* (Soc. Arg. de Antrop.), *9*:21-45.

RAFFINO, Rodolfo A., y CIGLIANO, Eduardo M.; 1973. "'La Alumbrera', Antofagasta de la Sierra, un modelo de ecología cultural prehispánica", *Relaciones* (Soc. Arg. de Antrop.), *7*:241-258.

RUTHSATZ, Bárbara, y MOVIA, Clara P.; 1977. *Relevamiento de las estepas andinas del Noroeste argentino,* Buenos Aires: FECYC.

STEARMAN, Allyn M.; 1978. "The Highland Migrant in Lowland Bolivia: Multiple Resource Migration and the Horizontal Archipielago", *Human Organization 37 (2)*:180-185.

TAMAYO HERRERA, José; 1970. "Algunos conceptos filosóficos de la cosmovisión del indígena quechua". *Allpanchis* (Revista del Inst. de Pastoral Andina), *2.*

TAVAKOLIAN, Bahram M.; 1976. "The Role of Cultural Values and Religion in the Ecology of Middle East Pastoralism". *Anthropology* (UCLA) *8*:99-113.

VALLEE, Lionel; 1971. "La ecología subjetiva como elemento esencial de la verticalidad". *Revista del Museo Nacional* (Lima) *37*:167-173.
VERGARA, Miguel A.; 1942. *Estudios sobre historia eclesiástica de Jujuy*, Tucumán, Univ. Nacional de Tucumán, Depto. de Hist., Ling. y Folk.
— s.d. *Don Pedro Ortiz de Zárate. Jujuy, tierra de mártires*, San Salvador de Jujuy.
WEBSTER, Stevens S.; 1971. "An indigenous quechua community in exploitation of multiple ecological zones", *Revista del Museo Nacional* (Lima), *37*:174-183.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

LOS INDIOS DE LA PUNA EN EL SIGLO XVI

Pedro Krapovickas

PROPÓSITOS

En el presente trabajo nos ocuparemos de las fuentes escritas relativas a los aborígenes que poblaron la Puna durante el siglo XVI, contemporáneamente con su descubrimiento y conquista. A raíz de nuestras investigaciones arqueológicas en la región surgió el deseo de realizar una revisión del panorama etnohistórico. Aquí presentaremos los resultados obtenidos.

Para la realización de los diversos esbozos conocidos de la etnohistoria de la Puna se han utilizado, a partir de Boman, prácticamente las mismas fuentes. Si bien los autores modernos contaron con un número algo mayor de documentos publicados, como por ejemplo las extensas series editadas por Levillier, el contenido de los escritos no ha permitido ampliar la gama de datos que de ellos se pueden extraer. Hay exclusivamente menciones de nombres de tribus o parcialidades y por lo tanto la crítica histórica prácticamente se ha limitado a tratar de descubrir cuál de los grupos conocidos por los españoles pudo estar instalado en la región que recibe el nombre de Puna.

Si bien es algo elevado el número de documentos publicados, su revisión resulta angustiante dada la limitación de datos que aportan, para la Puna en especial o para el resto del Noroeste en general, y que sean realmente válidos para los estudios antropológicos. Nos atrevemos a pensar que ello podría deberse al criterio de selectividad empleado en las compilaciones. Así, los documentos dados a conocer por Levillier, por ejemplo, constituyen la fuente de origen de varias de sus obras fundamentales como la "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán". En ella se presenta la historia hispánica de la conquista con las motivaciones, finalidades y derroteros de las diferentes entradas. Se describe el proceso de fundación de las ciudades españoles y se relatan las múltiples reyertas entre los conquistadores, los conflictos jurisdiccionales, las complejas intrigas cortesanas, etc. En obras semejantes muy poco espacio podía quedar para los indios y sus cosas, salvo su mención como enemigos constantes y peligrosos. De eta manera creemos que por no interesar directamente a los temas previstos quizá pudieron pasar desapercibidos algunos escritos mucho más sabrosos. Los investigadores argentinos siempre seguimos esperanzados en que algún día se descubran documentos más importantes y que alcancen, o incluso superen, el valor que tienen para otras zonas de la región andina documentos tales como las visitas de Garci Diez de San Miguel e Iñigo Ortiz de Zúñiga (Diez de San Miguel. 1964; Ortiz de Zúñiga, 1967-72).

Para que un estudio de fuentes fuera exhaustivo, sería imprescindible agregar a las ya conocidas otros nuevos escritos hallados en archivos tanto ameri-

canos como europeos. Pero esta tarea implicaría una dedicación plena y muy especializada que está en estos momentos fuera de nuestros alcances. Por ello nos vimos restringidos a recurrir exclusivamente a crónicas y colecciones de documentos impresos. Lo que nos hemos propuesto, entonces, ha sido, fundamentalmente, una revaloración de la documentación ya conocida para precisar la real información en ella registrada.

Durante las primeras décadas de este siglo los arqueólogos argentinos se apoyaron, quizá con exceso, en las amplias exégesis de las fuentes escritas. Al promediar la centuria, como los investigadores comenzaran a preocuparse mucho más por las antigüedades más antiguas, los documentos y crónicas, que son válidos sólo para el último momento del pasado aborigen, fueron dejados algo de lado. Puede decirse que hasta cayeron en cierto descrédito a raíz de aquellos abusos en su manejo. Pero en los últimos años ha renacido convergentemente en toda América un nuevo y vigoroso interés por esos viejos papeles. No ajenos a este movimiento, hace algún tiempo retomamos el tema de los cronistas, que por otro lado nunca fuera olvidado, y programamos esta revisión. Para que estos estudios cobren un cauce verdaderamente renovador, será menester incrementar nuestras fuentes de información mediante la búsqueda de nuevos escritos en archivos y otros repositorios. En su análisis deberá fundirse, necesariamente, la colaboración íntima entre arqueólogos, historiadores y antropólogos, abordando los problemas según los fundamentos teóricos y metodológicos más actualizados vigentes en cada una de las disciplinas.

Varios son los autores modernos que se han ocupado del tema que nos interesa. Podemos mencionar principalmente a Boman (1908), Vignati (1931), Serrano (1940 a y b, 1947), Casanova (1936), Salas (1945) y Canals Frau (1940, 1953). Todos ellos lo han tratado con distinta profundidad y amplitud. Pero se han dedicado principalmente a conocer quienes fueron los indígenes que poblaron la región. Al respecto nos enfrentamos con algunas confusiones y aún con posiciones francamente antagónicas. A raíz de ésto, como premisa metodológica, hemos resuelto dejar de lado, transitoriamente, las conclusiones de estos estudiosos. Pero no se entienda que, en un rapto de suficiencia, pretendemos ignorarlos. Pensamos que en estos momentos un comentario sobre sus opiniones podría transformarse en una apreciación crítica prematura y parcializada, hasta capaz que injusta. En un futuro, cuando se asienten definitivamente los conocimientos arqueológicos y se hayan reanudado con amplitud los estudios etnohistóricos se contará con mayores elementos de juicio para fijar los reales aciertos y aportes de cada cual. Hemos pretendido que ninguna de sus posiciones influenciara "a priori" nuestro trabajo de análisis. Quisimos saber qué es lo que podríamos extractar de las fuentes documentales a través de una experiencia personal. Pero debemos confesar que, a pesar de todo, no pudimos sustraernos del influjo de algunos de esos autores.

Queremos mencionar, aunque brevemente, las opiniones de dos de estos investigadores, Boman y Vignati, ya que nos marcan los límites de la controversia. A partir de ellos, las discusiones sobre la etnohistoria de la Puna se han centrado, casi exclusivamente, en la aceptación o el rechazo de la existencia de Atacameños en la región y en el reconocimiento o no de los Apatamas como una entidad separada de aquellos.

Boman opinaba que resulta justificada la atribución de todos los restos arqueológicos del Noroeste a los indígenas históricos. Según él, si bien existieron vestigios pertenecientes a otros pueblos y a otros tiempos, no se los habría podido diferenciar aún de aquéllos (Boman, 1908, p. 5). Gran peso tuvieron estas ideas de Boman en el desarrollo de la arqueología argentina. Señaló la semejanza entre los hallazgos efectuados en la Puna y en Calama, en el norte de

Chile. Dedujo así que tanto el desierto de Atacama como la Puna fueron las regiones en las que se asentó un único pueblo: los Atacameños. Acudió para confirmar lo anterior a las fuentes escritas. Fue así el primero en efectuar un serio, aunque limitado, análisis de la documentación histórica destinado a complementar la información arqueológica. Mencionó, sin transcribirlos literalmente, algunos párrafos de textos de Lozano Machuca, Juan de Matienzo, Herrera y Tordesillas, Sotelo Narbáez, Lozano y Guevara. Supuso errores de grafía en varias de las frases claves de esos escritos y estableció, sin aclarar los motivos, una sinonimia entre los términos Apatamas y Atacamas. Indicó que las fuentes escritas dicen muy poco sobre los indios de la Puna hasta el punto de no darles nombre. Simplemente los mencionarían por sus localidades, Casabindo, Cochinoca, etc. Por ello, dada la identidad que observó entre los restos arquelógicos de ambas regiones y corrigiendo los supuestos errores de los documentos afirmó que los pobladores de la Puna fueron también los Atacameños.

Vignati criticó el esquema de Boman (Vignati, 1931). Aunque sus observaciones pueden ser consideradas correctas, fueron expresadas en un decidido tono de acre polémica personal. Vignati utilizó prácticamente las mismas fuentes empleadas por Boman. Pero logró poner en evidencia sus omisiones e interpretaciones parciales al transcribir textualmente los fragmentos de los escritos que interesan. Afirmó además que en ninguna de las fuentes aparece plenamente asentada la presencia de Atacameños en la Puna. Confirmó la imposibilidad de asimilar los Apatamas a los Atacamas ya que los primeros habrían constituído un grupo independiente reiteradamente mencionado en los documentos. Al negar la existencia de Atacameños en la Puna introdujo un nuevo elementos étnico en la región: los Chichas. Así, asentándose en los testimonios de Sotelo Narbáez y Juan de Matienzo, el autor que comentamos fijó a Casabindo como límite meridional de la expansión de estos indígenas.

LA PUNA

Debemos delimitar el ámbito al cual se circunscribe nuestro estudio, ésto es, tenemos que definir a la Puna. Desde la cuenca del Titicaca, aproximadamente a partir de los 14° y hasta los 27° de latitud sur, se extiende una amplia región en la que dominan las altiplanicies y que recibe en general el nombre de Altiplano o Puna. La porción meridional pertenece, casi en su totalidad, a las República Argentina y constituye específicamente el espacio geográfico que nos interesa. Pero no es solamente el hecho político, es decir que en la actualidad la mayoría de ese territorio esté enmarcado por los límites de nuestro país, el que permite segregarlo del resto del Altiplano. Existen ciertas diferencias, no muy definidas aún científicamente, que han conducido a que esa sección meridional fuera considerada siempre de manera separada. Aparte de diferencias de orden geológico y morfológico otra distinción que podría fijarse, sería una acentuación en las condiciones generales de aridez. Incluso ha existido tradicionalmente una aplicación selectiva de las dos palabras mencionadas. Altiplano ha sido utilizada, por lo general, para designar a la parte mayor, perteneciente ahora en su máxima extensión a Bolivia, y Puna fue empleada casi siempre para denominar a la más meridional.

Definida así la Puna, entonces, como la porción más meridional del altiplano andino, podemos dar sus límites. Por el norte debemos fijar un límite arbitrario para separarla del Altiplano boliviano. Hemos elegido para ello una faja de territorio que, comprendida entre las localidades de La Quiaca, en el sur, y Talina, en el norte, acompaña al paralelo de 22° de latitud sur y coincide en

parte con la frontera argentino-boliviana. Por el oeste existe un límite claro constituído por la serie de alturas volcánicas que en estas latitudes integran la cordillera de Los Andes. Por el este hay un complejo encadenamiento de cordones montañosos que recibe el nombre de Borde Oriental de la Puna. Cada una de las cadenas que lo forman se desplaza hacia el oeste respecto a la más septentrional e inmediatamente anterior. De esta manera ese borde se escalona hacia el oeste a medida que se dirige hacia el sur. A estos cordones se adosan otros y esa faja fronteriza se ensancha y se hace cada vez más compleja hasta alcanzar, a los 27° de latitud sur, su borde meridional. Este también es complejo y puede fijarse en las alturas que forman la divisoria de aguas entre las cuencas cerradas de la Puna y las de los ríos Abaucan y Villavil. Así delimitada la Puna, gran parte de la misma queda dentro de nuestro país. Sectores menores pertenecen a Chile y a Bolivia.

La Puna es un antiguo macizo sobreelevado en el que imperan las grandes alturas. Cordones longitudinales orientados de norte a sur y de nornoreste a sursuroeste determinan amplios valles y bolsones de fondos muy anchos y planos que se elevan por arriba de los 3.200 m. Son las altiplanicies o punas que dieron su nombre a la región. Las altas cadenas que la limitan, especialmente las de su borde oriental, ejercen su acción directa sobre el clima. Este es árido o semiárido. Las precipitaciones son reducidas con un máximo de 340 mm anuales en Yavi en el noreste. La humedad decrece de norte a sur y de este a oeste incrementándose la aridez en igual sentido. La mayoría de los valles y bolsones constituyen cuencas cerradas en cuyas partes más deprimidas se alojan generalmente lagunas o salares. Son excepción a esa regla los ríos y arroyos del noreste ya que los mismos pertenecen a la cuenca oceánica del Pilcomayo.

Con estas características casi universales de aridez existen notables variaciones ambientales. Algunas son de orden general determinadas por la ya mencionada disminución relativa de las precipitaciones de este a oeste y de norte a sur. Otras se localizan en el interior de los bolsones que integran las cuencas. Las mayores condiciones de aridez e inhospitabilidad se dan en el fondo de los bolsones. En cambio en las laderas de las montañas que los encierran, los rasgos más benéficos en cuanto a protección, humedad, etc., hacen que se generen allí las posibilidades mejores para la vida.

Se puede dividir al territorio de la Puna, según aquellas características más generales, en dos grandes sectores. Ambos quedan separados por una franja de territorio coincidente, aproximadamente, con el meridiano de 66°30′ Oeste de Greenwich. El sector occidental es el más extenso ya que alcanza hasta los 27° de latitud sur y en él se dan las situaciones más extremas de aridez. Es la zona que fue denominada tradicionalmente Puna de Atacama. El otro sector, el oriental, habtiualmente llamado Puna de Jujuy, es menos extendido ya que sólo llega hasta los 24° de latitud sur. Se proyecta hacia el este con relación al resto de la región e imperan en él condiciones mejores, especialmente en lo que se refiere a precipitaciones.

Existe cierta ambigüedad y hasta confusión en los nombres dados a la región presentada y a sus distintas partes (Krapovickas, 1971, p. 9-10). Tradicionalmente ha sido llamada la Puna, dividida en Puna de Atacama y Puna de Jujuy. Pero, la aplicación de algunos criterios científicos correspondientes a distintas disciplinas que son con frecuencia dispares, han agregado a esas designaciones clásicas otras nuevas. Son estas, entre otras: Puna Argentina, Puna Seca, Puna Salada, Prepuna, etc. Se le ha otorgado, incluso a veces, a una misma expresión distintos significados. tal como ha ocurrido con Puna de Atacama. Por ello, nosotros hemos preferido dejar de lado todas esas denominaciones. Utilizamos para designar a la región la palabra Puna, a secas, sin ningún

agregado, señalando sus límites y dividiéndola solo en dos sectores, el occidental y el oriental.

LOS INDIOS DE LA PUNA Y LA CONQUISTA

Muy reducida, o mejor dicho, casi inexistente es la información que se cuenta sobre los indios de la Puna durante los primeros años del descubrimiento y la conquista. Puede decirse que su historia comienza cuando don Diego de Almagro emprendió su expedición a Chile en 1535. Relatan los cronistas que al presentársele en Tupiza la necesidad de elegir entre dos caminos, "...uno por Atacama *que era el de la costa, y otro por el puerto la tierra adentro*" (*Oviedo*, 1851-55, t. IV, p. 262), optó por el segundo. De esta manera él y sus huestes fueron los primeros españoles que pasaron por algún sector de la región que ahora llamamos Puna. Según esas mismas crónicas, ya sea todo el ejército de Almagro o parte de sus hombres habrían reconocido el valle de Jujuy (Salas, 1945, p. 23). Es posible que utilizaran alguno de los dos caminos indicados por Matienzo, el de la Puna, que pasaba por Talina, Calahoyo y Casabindo el chico, o el de Humahuaca, el cual por Sococha y Maimera llegaba a Jujuy. También la quebrada de Purmamarca fue sugerida como posible vía usada en esa ocasión (Carrizo, 1934, p. XVIII; Salas, 1945, p. 27). Pero la escasez de datos ha impedido que los autores que trataron el tema pudieran afirmar con certeza cuál fue la ruta seguida por el descubridor de Chile.

La siguiente expedición que partió del Perú hacia lo que es hoy el Noroeste Argentino, fue la de Diego de Rojas. Pero los documentos y crónicas que relatan esta entrada nada dicen sobre los aborígenes de la Puna, aunque se sabe que atravesó esa región. El primer nombre registrado en estos escritos es Chicoana. Diego Fernández el Palentino, por ejemplo dedica muy pocas palabras a la primera parte del recorrido: "Entró Diego de Rojas el primero pasado la Villa de Plata llegado que fue este capitán a la provincia de Chicoana (que son indios de guerra)..." (Fernández, 1913-14, t. II, p. 22). Una mención algo más concreta la encontramos en la crónica de Agustín de Zárate. Al relatar este autor uno de los episodios de las guerra civiles del Perú, la retirada de Diego Centeno ante el avance de los partidarios de Gonzalo Pizarro dice: "Y assi, se metieron por vn despoblado de más de cuarenta leguas, hasta llegar a vn sitio que se llama Casabindo, por donde Diego de Rojas entro al río de la Plata..." (Zárate, 1965, p. 71).

Llama poderosamente la atención el singular silencio de las fuentes relativas a la empresa de Rojas en torno a lo acaecido en su traslado desde la ciudad de La Plata, o Charcas por otro nombre, hasta Chicoana. Es notable la total ausencia de menciones de lugares y parcialidades indias, sobre todo para la Puna. En marcado contraste, la información etnográfica más rica originada en esa expedición se refiere al verdadero Tucumán indígena, al cual los expedicionarios llegaron después de salvar con tanto trabajo aquella cordillera que los historiadores identifican con el macizo formado por las Cumbres Calchaquíes y el Aconquija.

Pero hay documentos que señalan que algunas porciones de la Puna pudieron ser conocidas con anterioridad a la entrada de Rojas. Se trata de las encomiendas otorgadas por el marqués Pizarro a Juan de Villanueva y a Martín Monje, ambos vecinos de la villa de La Plata. A Juan de Villanueva, cuya encomienda databa de 1539, le fueron otorgadas "en la provincia de tarixa el casique quipildora señor de omaguaca con todos sus pueblos e yndios en esta manera... y otro pueblo que se llama quita con el principal parabon y otro que se llama

cochinoca con el principal tauarca..." (Velázquez de Obando, 1931, p. 356). La encomienda de Monje fue firmada en Lima por Pizarro el 17 de septiembre de 1540. Este español, compañero de Almagro en Chile, conquistador de los Charcas, debió ser con seguridad un conocedor del altiplano y zonas vecinas. Es lo que parece indicar el propio texto del documento que nos interesa. Este último se conserva en el Archivo General de Indias y Salas (1945, p. 29) nos ofrece una transcripción paleográfica del mismo. En ella puede leerse, en lo referido a Monje, lo siguiente: "...E sois vno delos primeros descubridores de la provincia delos charcas E delo demas dealli adelante..." La serie de pueblos encomendados incluye: "... y mas otro pueblo que se llama caçivindo conel señor principal que sellama Agora gaite con todos sus yndios E prencipales que tubiere..." Que los indios de Casabindo estuvieron encomendados en Martín Monje aparece confirmado en la carta de Matienzo de 2 de enero de 1566 y en la propia probanza de méritos y servicios de Monje donde consta que en 1563 no tenía "...mas yndios de repartmiº que a casavindo y cochenoca, y estos dhos pueblos no rentan cosa alguna por estar lejos y de guerra..." (Salas, 1945, p. 31).

La posesión de estas encomiendas fue seguramente efímera, si bien sus titulares trataron de hacerse cargo de ellas y participaron por consiguiente en algunos episodios de la conquista. Monje era cuñado de Almendras y lo acompañó en su malograda expedición (Levillier, 1927-31, t. II, p. 42). Muerto Juan de Villanueva sucedióle en la titularidad de la encomienda su viuda doña Petronila de Castro, casada luego con Pedro de Zárate (Velázques de Obando, 1931, p. 355). Ambos, Monje y Zárate, estuvieron en la fundación de la ciudad de Nieva (Lozano, 1874-75, t. IV, p. 179) y el segundo fue elegido por el virrey Toledo para fundar a San Francisco en el valle de Jujuy. Pero todo, especialmente lo ocurrido luego con la sublevación de Calchaquí, permite suponer que aquellas encomiendas nunca pasaron de ser concesiones otorgadas sólo en el papel. A estos personajes, a Villanueva o sus herederos y a Monje, se referiría con toda seguridad cuando por 1550, antes de su expedición, Juan Núñez de Prado requería "...a las personas que tenían yndios hacia el valle de omaguaca o casabindo e xuxui que viniesen a sus indios, donde no, que se repartirían" (Levillier, 1927-31, t. I, p. 161-162).

Las listas de pueblos, parcialidades y caciques registradas en los documentos recién citados indican que antes de la expedición de Rojas había ya un conocimiento algo amplio de los indios de la Puna, quebrada de Humahuaca y zonas vecinas. Tal como dice Salas, ese conocimiento "no provendría únicamente de la expedición de Almagro, sino de otras entradas y expediciones menores de las cuales no quedan memoria" (Salas, 1945, p. 31). La frase "...E delo demas dealli adelante", inserta en el documento por el cual Monje logró su encomienda nos sugiere la posibilidad de que ese conquistador no hubiera sido ajeno a esas "expediciones menores".

Se explicaría así el silencio de los relatos relativos a la entrada de Diego de Rojas respecto a la Puna. Como la documentación recién comentada lo sugiere, parte de la región, incorporada luego administrativamente a la Gobernación del Tucumán, Diaguitas y Juríes, pudo haber sido recorrida y aún pacificada como consecuencia de la conquista de los Charcas, antes de la expedición de Rojas. De esta manera, los expedicionarios se habrían encontrado con "indios de guerra", recién en Chicoana. Podemos pensar que los de Casavindo y Cochinoca eran "indios de paz" que ya habían sido repartidos y encomendados. Quizá sea esta la razón por la cual no se los menciona. Por lo general, las parcialidades cuyos nombres se pueden leer en los papeles son aquellas que llamaron la atención de los españoles porque se les resistiron o les fueron entregadas en encomienda.

Pero si los indios de Casabindo y Cochinoca pudieron estar sojuzgados desde muy temprano, quizá un poco antes de 1540, no se mantuvieron así durante mucho tiempo. En 1562 se sublevaron plegándose a la confederación de don Juan Calchaquí. Este poderoso cacique se rebeló después de haber convivido pacíficamente con los españoles durante varios años. Los documentos señalan como causas la pérdida de paz y tranquilidad por parte de los indígenas a raíz de un cambio de autoridades, la mala actuación de algún español, que dio "de bofetones e puñadas a calchaqui", y el constante traslado de aborígenes a Chile de los que morían muchos en el cruce de la cordillera (Levillier, 1927-31, t. I, p. 240-241). Cualquiera haya sido la razón, el alzamiento fue general, confederó a numerosísimas tribus y provocó la destrucción de tres poblaciones recién fundadas, Londres, Córdoba de Calchaquí y Cañete.

Grande fue el poder de don Juan Calchaquí quien estaría revestido de un carácter mágico-religioso "...porque letienen por guaca y no se haze en la tierra mas de lo quel manda" (Audiencia de Charcas, 1918, p. 95). La alianza por él convocada reunió, entre otros muchos, a los Omaguacas, los Casavindos, los Apatamas y hasta a Chiriguanos y una parcialidad de los Chichas. La documentación de la época evidencia la seriedad de la situación. En una carta de la Audiencia de Charcas del 10 de junio de 1566 al licenciado Castro, gobernador del Perú, se indicaba que los confederados "todos juntos binieron a hazer saltos quinze leguas de potosi en tanto grado que ya los yndios de porco no osauan yr a hazer carbon de miedo no les captiuasen". Algo más adelante se agregó para pintar con mayor realismo la gravedad de los hechos: "porque bien sabe vuestra señoria que todo el peru sin potosi y porco no vale mas que tucuman y a esta sazon se sono que el ynga estaua confederado con calchaqui y con los chiriguanaes y que andauan persuadiendo a los caciques de todo el rreino para que se alçasen" (Audiencia de Charcas, 1922, p. 445).

A pesar de la búsqueda de paz por parte de los españoles y de sus reiteradas amenazas, don Juan Calchaquí permaneció libre hasta su muerte. La sublevación fue dominada en 1588 con una campaña iniciada por el gobernador Juan Ramírez de Velasco en marzo de ese año. Estando el gobernador en los Tolombones recibió la sumisión de los hijos de Calchaquí, uno de los cuales, Silpitorle, sería el heredero del cacicazgo.

Con su confederación reunió calchaquí una fuerza importante y peligrosa integrada por tribus que vivían en la amplia región montañosa atravesada por el camino que comunicaba a Charcas con Tucumán. Como resultado de la sublevación la gobernación del Tucumán quedó aislada. Este aislamiento aunque molesto fue beneficioso en cierta medida para los gobernadores ya que los mantenía alejados y algo independientes de las autoridades de Charcas y Perú. Quizá fue la razón por la que se demoró tanto en pacificar a los indios. Estos hostigaban constantemente a quienes transitaban aquel camino y los viajeros debían ser protegidos para que las parcialidades alzadas no los asaltasen. En todos estos episodios participaron activamente los indios de la Puna. Varios documentos registran los ataques de los indígenas, sus encuentros con las escoltas de los gobernadores y las campañas emprendidas para dominarlos.

En una Información de Servicios de Ramírez de Velasco se dan a conocer varias acciones contra los indios de la Puna ocurridas durante su viaje al Tucumán para hacerse cargo de su gobernación en 1586. En Talina tuvo "noticia como diez leguas mas adelante los yndios de moreta que estauan de guerra auian muerto vn fraile mercenario y dos soldados por los rrobar" por lo cual envió a un grupo de hombres para dominarlos (Ramírez de Velasco, 1920, p. 443). En la misma información se lee que "...y llegado que fue al asiento y prouincia de cochinoca enuio al capitan hernan mexia miraual su maese de campo con

gente y soldados para que corriesen la tierra a los naturales de la dicha prouincia que estauan alçados y rreuelados y auiendolo fecho y presoles sus hijos y mugeres y quitandoles muchos ganados dieron la paz y hasta oy dia siruen y estan seguros los pasos y caminos rreales que bienen de las dichas prouincias de tucuman a estas caminando por ellos vn hombre solo lo cual antes no se caminaua sino con junta de gente y muncha porque si heran pocos los matauan y rrobaban" (Ramírez de Velasco, 1920, p. 415).

La dominación española en la Puna y zonas vecinas se aseguró con la fundación de San Salvador de Velasco en el Valle de Jujuy, realizada en 1593 por don Francisco de Argañarás y Murguía, quien también privó de su libertad al cacique Viltipoco. Según su Información de Méritos y Servicios, después de realizar esto, Argañarás "saliendo a corer la tierra encontro vn pueblo de yndios que estaua alçado e rreuelado a las espaldas de casuindo con solo cinco hombres los rindio y entrego al cura de casauindo y cuchinoca para que los doctrinase" (Argañarás, 1920, p. 520). La mención de un cura dedicado a catequizar indios indica que a fines del siglo XVI las tribus de la Puna estaban ya sometidas en gran medida.

LA DOCUMENTACIÓN ESTUDIADA

Es muy común en nuestras disciplinas llamar crónicas a todos los escritos de los primeros siglos de la dominación hispánica en América y cronistas a sus autores. Resulta algo difícil definir que son una crónica y un cronista. Podemos suponer que crónica es un escrito en el que se dan a conocer hechos ocurridos en el pasado y que es contemporáneo o casi contemporáneo de esos hechos. Generalmente una crónica ha sido confeccionada como obra unitaria con fines editoriales. Y en efecto, gran parte de las crónicas han aparecido impresas desde antiguo. Podemos considerar sin temor como crónicas a los escritos de Oviedo y Valdez, Cieza de León, Garcilaso de la Vega, el padre Cobo y tantos otros. Pero entre las fuentes que generalmente se manejan existen verdaderas crónicas y toda otra categoría muy variada de papeles y documentos: Informaciones de Méritos y Servicios, correspondencias de las Audiencias, gobernadores y virreyes, documentos eclesiásticos y muchísimos más. Todos ellos surgieron como producto del diario accionar en los primeros siglos de la América Hispana. Si bien muchos de estos papeles han sido publicados y podemos leer en letras de molde los nombres de quienes los suscribieron, no consideramos demasiado adecuado llamarlos a ellos también cronistas. No creemos que puedan ser considerados como cronistas Sotelo Narbáez, Pedro González de Prado o ninguno de los oídores de las Audiencias por trascendentes que sean para la ciencia sus escritos. Esto no significa en absoluto restarles jerarquía como fuente de conocimiento. Como crónicas y cronistas son para nosotros algo preciso, preferimos usar una expresión que, aunque más larga, involucre a todos los escritos por igual. Así hablaremos de las fuentes escritas de los siglos XVI, XVII y XVIII relativas a los indígenas americanos.

En nuestro estudio nos hemos fijado límites temporales. Los mismos abarcan el período comprendido entre la entrada de don Diego de Almagro en 1535 y los años inmediatamente posteriores a la fundación de San Salvador de Jujuy en 1593. Se fijó esta fecha como término temporal de la revisión, pues a raíz de la fundación de esta ciudad se pacificaron los indios, quedó libre el camino que, cruzando la Puna de norte a sur, conducía desde los Charcas hasta el Tucumán y se aceleró, seguramente a partir de entonces, el proceso de aculturación y mestizaje de las poblaciones indígenas. Así, consultamos preferente-

mente documentos correspondientes a esta época por considerarlos fuentes más directas y de primera mano al ser más cercanos, en cuanto al tiempo, a los hechos registrados. Relatan además lo acaecido en un período durante el cual la intensa aculturación y la extrema movilización de tribus y parcialidades causadas por la conquista recién se habían iniciado. De esta manera creemos que las fuentes analizadas proporcionan información que se acerca más a la realidad existente en el momento del descubrimiento y comienzos de la conquista. La misma puede ser proyectada, en consecuencia, a los tiempos inmediatamente anteriores.

Cuando nos resultó útil acudimos a información de fuentes posteriores como la proporcionada por algunos documentos de principios del siglo XVII. También consultamos crónicas como las de Herrera y Tordesilas y el Padre Lozano, que son igualmente tardías. Pero sus autores, uno por ser Cronista Mayor de Indias y el otro por pertenecer a la Compañía de Jesús, tuvieron seguramente en sus manos información documental original.

El ámbito geográfico abarcado por las fuentes escritas del siglo XVI es notablemente reducido. Se pueden extraer de las mismas solamente datos sobre las poblaciones que vivieron en el sector oriental de la Puna a la vera del citado camino entre el Tucumán y los Charcas. La única mención de la Puna que con muchas dudas podría ser atribuida al sector occidental la hallamos en Sotelo Narbáez quien, al escribir sobre los indios del valle Calchaquí, dice: "y tienen la puna çerca donde tienen gran suma de caça guanacos vicuñas y tarugas y otras muchas caças" (Sotelo Narbaez, 1941, p. 82). Pero la frase es demasiado escueta y vaga como para poder deducir con algo más de precisión a qué porción de la Puna se refiere realmente. En la edición paleográfica de este documento que manejamos. se lee anotado al margen, junto al párrafo anterior, lo siguiente: "Puna es páramo". Esta aclaración registrada por un escribiente anónimo es, con seguridad, la definición más antigua de Puna que conocemos.

Ya señalamos al comienzo de este estudio la extrema economía de las fuentes escritas en cuanto a los datos que aportan sobre los indios de la Puna. Casi con exclusividad se mencionan nombres de tribus o parcialidades que se opusieron a los nuevos amos de la tierra. Sus designaciones aparecen en la documentación a raíz de su sublevación y alianza con don Juan Calchaquí, por sus consecuentes acciones bélicas con las que interceptaban el camino que comunicaba al Tucumán con Charcas y por su figuración en nóminas de pueblos asentadas en diversos papeles como títulos de encomiendas, actas de fundación de ciudades, autos que fijan sus jurisdicciones, etc. Son contadas las ocasiones en las cuales podemos leer muy poco más y casi siempre con relación a sus actitudes guerreras. Las menciones son escuetas. Se dan sólo sus nombres generalmente en enunciaciones en las que aparecen junto a otros grupos integrando listas indefinidas. Son frecuentes las asociaciones de nombres como las de los Omaguacas, Casavindos y Apatamas, que leemos repetidamente en los papeles relativos a la sublevación de Calchaquí, o la dualidad formada por los Casavindos y Cochinocas. No sabemos qué significan estas asociaciones. No podemos pensar que las mismas impliquen necesariamente parentesco. pues los nombres que en unos documentos aparecen juntos. en otros los vemos aislados, mencionados al lado de otras parcialidades totalmente diferentes.

Estas limitaciones de las fuentes escritas provocan serias dificultades cuando se desea conocer la exacta localización geográfica de los grupos indígenas registrados. Este tema ha generado numerosas polémicas. Prácticamente, el elemento fundamental que poseemos para cumplimentar tal tarea es la perduración de los nombres indígenas en topónimos modernos. Pero esto no ha ocurrido con todos. Tampoco deben olvidarse los traslados de poblaciones indígenas

que, por diversos motivos, fueron provocados por los conquistadores. Estos movimientos, muchas veces masivos, están atestiguados por los documentos. Un ejemplo extremo lo tenemos en los indios Quilmes. Esto nos inhibe de aceptar ciegamente a un topónimo actual como único indicador seguro e infalible de la dispersión de un pueblo aborigen en el momento del descubrimiento. Algunas de esas designaciones indígenas se transformaron con el tiempo en denominaciones de las divisiones administrativas civiles y eclesiásticas del período histórico, tanto del colonial como del independiente. Muchas palabras adquirieron valores distintos a los que poseyeron inicialmente. Pasaron a designar generalmente zonas o hasta regiones mucho más extensas que sus ámbitos originales. Es lo que pasó seguramente con términos como Tucumán, Paraguay, Jujuy, Nor-chichas, Sur-chichas, Sur-lipez, etc.

Para que el análisis de los vocablos y topónimos vigentes actualmente resulte válido en la localización de grupos indígenas, debe ser complementado con otros datos extraídos de los documentos. En lo posible habrá que tomar en cuenta la historia de cada lugar para confirmar si hubo o no traslados de nombres de un sitio a otro. Pueden ayudarnos también las indicaciones generales, y normalmente vagas, sobre la situación de las parcialidades respecto a puntos conocidos como las ciudades de Salta, Jujuy o la villa de La Plata, la coincidencia del orden en el que fueran anotados varios nombres antiguos con el que guardan hoy día los topónimos de ellos derivados, el registro de distancias y, lo que es más excepcional, las anotaciones sobre rasgos mínimos de paisaje que permitan fijar con certeza un punto.

LA CARTA DE MATIENZO DEL 2 DE ENERO DE 1566

Entre todos los documentos consultados hemos otorgado especial atención a la carta del licenciado Juan de Matienzo del 2 de enero de 1566, dada la información algo minuciosa que proporciona para la localización de grupos indígenas de la Puna. Matienzo, además de sugerir al rey la repoblación de Buenos Aires, describe uno de los caminos que podrían unir a la ciudad de La Plata, o Charcas, con ese puerto. Se designan las localidades que marcan cada etapa, se dan las distancias que las separan en leguas y, como dato esencial para la antropología, se indican las parcialidades indígenas vecinas a cada uno de esos puntos. Todo esto se complementa con la mención de algunos rasgos fisiográficos. El trayecto puneño del camino propuesto por Matienzo pasaba, posiblemente el trazado del antiguo camino incaico, por Talina, Moreta, Casabindo, el Moreno y Salinas Grandes para continuar luego hasta el valle Calchaquí. En la misma carta agrega, como variante, otro camino que separándose del anterior en Ascande, por Suipacha, Sococha y la quebrada de Humahuaca, llegaría hasta Jujuy.

Mientras no se den a conocer otros documentos más ricos en contenido, la carta de Matienzo permanecerá como uno de los pilares fundamentales, sobre el que se asientan la mayoría de las interpretaciones de la etnohistoria del Noroeste Argentino. Pero para los estudios relativos a la Puna resulta más trascendente aún, a pesar de tratarse de una escueta enunciación de nombres, no hay ningún otro escrito que proporcione una información similar. Plantea además interesantes alternativas en cuanto a la identificación de las etnías que pudieron estar instaladas en el sector oriental de la región en los comienzos de los tiempos históricos. Por ello, en nuestro análisis, nos hemos interesado en conocer la personalidad de Matienzo y en revisar algunos de sus otros escritos para determinar el grado de confiabilidad otorgable a las diversas partes de su famosa carta.

Esa carta ha sido publicada en varias ocasiones. Como no hemos tenido acceso a su original, no solamente revisamos su contenido, sino que cotejamos las distintas versiones impresas. Esto lo hicimos con el fin de reconocer si hay o no variantes que puedan sugerir distintas interpretaciones del texto. En el Archivo General de Indias se conservan el original y una copia. La parte correspondiente a la descripción de la ruta entre Charcas y el puerto de Buenos Aires fue incluida, además, por el mismo Matienzo, en un capítulo, el XV de la segunda parte de su libro "El gobierno del Perú". Las variantes de las distintas ediciones confrontadas se originan en las ligeras diferencias existentes entre el original y su copia, o son imputables a algunos errores de transcripción e impresión.

Las ediciones de la carta que fueron confrontadas son: la de Marcos Jiménez de la Espada en las "Relaciones Geográficas de Indias" (Matienzo, 1885), la de Jaimes Freyre en "El Tucumán Colonial" (Matienzo, 1915), la de Levillier (Matienzo, 1918) y la de la Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires (Matienzo, 1941). No pudo ser consultada, en cambio, la edición de Blas Garay (Garay, 1899). Del libro "El gobierno del Perú", hay dos ediciones, una fragmentaria, de Buenos Aires de 1910 y otra, completa, de Paris-Lima de 1967 (Matienzo, 1910 y 1967). A todo lo anterior agregamos la transcripción parcial de la edición de Jiménez de la Espada inserta por Boman en su obra fundamental (Boman, 1908, t. II, p. 698-700) y la reproducción facsimilar de las hojas correspondientes al itinerario de Matienzo de la copia manuscrita de "El gobierno del Perú" del British Museum dada a conocer por Aparicio (Aparicio, 1958). Entre todas las variantes registradas en estas versiones de la carta de Matienzo, una sola merece ser destacada por la importancia que adquiere para nuestro estudio. En la descripción del camino incluida en su libro "El gobierno del Perú", aparecen omitidos los párrafos correspondientes al desvío que desde Ascande conducía por Sococha hasta Jujuy.

Se trata de una epístola escrita por un funcionario que vivió relativamente lejos (la ciudad de La Plata) de las zonas descritas (sur de la actual Bolivia, el Tucumán y el Litoral platense). Pero los ensayos biográficos conocidos (Levillier, 1918 y Lohmann Villena, 1967) y las cartas y documentos suyos publicados por Levillier y otros historiadores, ofrecen un retrato de Juan de Matienzo suficientemente amplio como para permitir que su testimonio sea reconocido con confianza.

Matienzo era vallisoletano, muy instruido y hombre de leyes. Se lo ha clasificado entre los juristas más destacados de la América española, aunque la totalidad de sus escritos no llegaron a ser conocidos en vida de su autor. Después de cumplir funciones en la Cancillería de Valladolid, vino a América al crearse la Real Audiencia de Charcas, integrando el grupo de sus primeros oidores. Llegó a La Plata, junto con su familia en 1561. Allí también murió en 1579, manteniendo siempre su cargo de oidor. Fue un importante colaborador del virrey Toledo. Durante su gestión, Matienzo alcanzó su apogeo como funcionario.

Tuvo buenas ocasiones para conocer directamente a grupos indígenas. En 1565, con motivo de un viaje al Cuzco, tuvo una entrevista para tratar la paz con el inca Titu Cusi Yupanqui, quien permanecía sublevado en los Andes de Vilcabamba (Matienzo, 1967, p. 294-310). Esta notable entrevista se realizó según uno de los testigos de su Probanza en "la raya de la tierra de paz" (Matienzo, 1922b, p. 524).

En carta al rey, 21 de enero de 1573, da cuenta de lo realizado durante su visita a los repartimientos del distrito de la Audiencia de Charcas (Matienzo, 1922a, p. 465-490). Entre otros visitó el repartimiento de Moromoro. Allí

redujo en uno solo a los indios de once pueblos, que según él "parte de estos pueblos estaban en tierra muy fría, y otros al contrario, en tierra muy cálida" (p. 466). El nuevo lugar estaría en tierra templada. Por lo largo y áspero del camino que unía a Moromoro con la ciudad de La Plata, por donde transitaban con gran dificultad los indios transportando ellos mismos las cargas, Matienzo ordeno: "que hubiesen sesenta carneros de la tierra en el tambo de moromoro con que llebasen las cargas ... y que se hiziese otro pueblo y tambo en los mamaguacies que es en la mitad del camino a donde estubiesen yndios y carneros de seruicio..." (p. 472). Este fragmento sugiere la posibilidad de que los españoles fueran los responsables de la introducción de la llama en algunos lugares situados, quizás, en el borde oriental del altiplano.

En su libro "El gobierno del Perú", finalizado en 1567, aunque desde un punto de vista hispanista, abordó una amplia gama de temas vinculados con los indígenas interviniendo en las discusiones sobre tributos y la perpetuidad de las encomiendas. Consideramos interesante señalar que en uno de los capítulos de ese libro, el XXXIX de la parte primera (Matienzo, 1967, p. 128-131) contiene el curioso testimonio de la primera polémica sobre la propiedad y el derecho a explotar los restos y riquezas prehispánicos. El capítulo se titula: "De las huacas y enterratorios de indios, y tesoros que en ellos hay: si los pueden sacar los españoles, y para quienes ha de ser, y si de ello viene daño o provecho a los indios". Matienzo, después de anotar distintas formas de entierros indígenas y de tratar de explicar el verdadero significado de la palabra huaca, discute una opinión del Padre Bartolomé de las Casas, dando razones legales y morales por las cuales los particulares pueden apoderarse del contenido de las tumbas. La exposición finaliza con lo que podría considerarse como el más antiguo proyecto de legislación relativa a restos arqueológicos americanos.

Junto con su familia participó activamente en la vida de la naciente colonia y quedó íntimamente ligado a hechos y personajes de la época. Fue amigo de Francisco de Aguirre, con quien sirvió su segundo hijo. Una de sus hijas, Agustina, fue nuera de Aguirre y otra, Catalina, casó con el encomendero Hernando Sedano de Ribera, de quien nos ocuparemos más adelante cuando tratemos el tema de los indios Apatamas. La lectura de los papeles de Matienzo nos revelan una intensa actividad burocrática y nos muestra que sus ideas son las de un funcionario dedicado a defender los intereses de la corona. No obstante su documentación, es fidedigna. Escribió sobre regiones en las que no estuvo, como el Tucumán, pero respecto a las cuales obtuvo conocimientos indirectos proporcionados por informantes esenciales.

Dados los límites espaciales y temporales que hemos otorgado a nuestro estudio ampliamos esa información básica proporcionada por Matienzo con los documentos dejados por hombres que, como Sotelo Narváez, Hernán Mexía Miraval, Francisco de Argañarás, los gobernadores del Tucumán y tantos otros, transitaron el camino de la Puna durante el siglo XVI. Aunque seguramente tuvieron oportunidad de conocer a los indígenas de manera directa lamentablemente no nos dejaron ninguna relación descriptiva algo más amplia que saciara nuestra curiosidad. Nos cuesta imaginar las razones de esto. La marginalidad de la región y el aparente rechazo que provoca su rudeza pueden hacer pensar que sus habitantes no atrajeron la atención de quienes los vieron aún en su forma de vida original. Pero los conocimientos arqueológicos revelan que existieron allí poblaciones importantes. Seguramente aquellos españoles mucho más preocupados por sus conquistas o los negocios inherentes a su carácter de primeros colonizadores europeos del Tucumán, cruzaron muy rápidamente por la Puna, especialmente teniendo en cuenta que por largo tiempo los indios permanecieron sublevados. La restante documentación consultada, como la corres-

pondencia de la Audiencia de Charcas y la de los virreyes del Perú, muy poco o casi nada agregan a lo que pueda obtenerse en la anterior.

LOS GRUPOS INDÍGENAS DE LA PUNA

Según lo que muestra la documentación manejada, los grupos o parcialidades indígenas que pudieron estar radicados en el sector oriental de la Puna en el siglo XVI fueron los Apatamas, los Casavindos, los Cochinocas, los Chichas y, tal vez, los Omaguacas. A continuación veremos cuáles son las certezas y las dudas que nos ofrecen las fuentes escritas al respecto.

Apatamas

Fue este un grupo indígena que motivó polémicas a raíz de que Boman los identificara con los Atacameños. Al comentar un párrafo de Herrera y Tordesillas sugiere que ambos nombres, Apatamas y Atacamas, significan una misma cosa. Además, suponiendo un uso equivocado de la conjunción y, tanto en Herrera como en los autores de otros escritos, consideró que los indios de Casabindo, Cochinoca y Moreta también eran Atacameños. Pero como lo señaló Vignati (1931), los Apatamas aparecen citados reiteradamente en distintos documentos, confirmándose que se trataba de una etnía diferente. Las fuentes conocidas no ofrecen muchas posibilidades para fijar con una mínima aproximación la zona ocupada por estos indios. En una carta de la Audiencia de Charcas en la que se da cuenta al rey de la sublevación de Calchaquí, se dice: "los yndios omaguacas y apatamas y de casabindo questan delante de los chichas..." (Audiencia, 1918 b, p. 134). Con esto se puede conjeturar que realmente estuvieron radicados en alguno de los rincones de la Puna. Pero, contrariamente a lo que ocurrió con otros nombres de indios, el suyo no perduró en ningún topónimo orientador.

El nombre de los Apatamas se ve registrado con mayor frecuencia en documentos fechados aproximadamente entre 1564 y 1567. En ellos son mencionados, casi invariablemente, junto a Casavindos y Omaguacas como integrantes de la confederación convocada por Juan Calchaquí (Audiencia, 1922, p. 445). No sabemos qué significado puede tener la asociación de estos tres nombres que vemos en los papeles relativos a los primeros años de esa sublevación. Pero no encontramos a los Apatamas tanto en escritos más antiguos como en otros posteriores.

No figuran en las enumeraciones de pueblos y parcialidades dados en encomienda por el marqués don Francisco Pizarro a Juan de Villanueva y Martín Monje. Tampoco se lee su nombre en la lista de pueblos enunciada por Matienzo al describir su itinerario ni en otros documentos esenciales como los autos relativos a las fundaciones de Salta y Jujuy o la Probanzas de Méritos y Servicios de Hernán Mexía Miraval, Juan Ramírez de Velasco y Francisco de Argañarás. Según esto podemos suponer que no vivirían en las cercanías del camino que por Talina conducía desde los Charcas a Santiago del Estero.

En escritos del siglo XVII los volvemos a encontrar, pero esto solamente logra incrementar nuestra confusión en lugar de aclararla. Herrera y Tordesillas (1736, t. IV, p. 107) y Vázquez de Espinosa (1948, p. 630), los mencionan junto con los pueblos de Casabindo, Sococha, Cochinoca y Moreta como vinculados a la ciudad de Salta. Pero estos dos autores son tardíos y resulta evidente que copian casi textualmente a la misma fuente, pues ambos reproducen, incluso, un idéntico error en uno de los nombres.

Más interesantes son los datos que leemos en un expediente relativo a un pleito fechado en 1612 y conservado en el Archivo de Tribunales de Jujuy. Lo conocemos a través de una transcripción parcial de Salas (Salas, 1945, p. 56 y 71). Por este escrito logramos saber que fueron encomienda de Hernando Sedano de Ribera a quien dieron muerte. En el mismo expediente se agrega algo que confunde aún más el panorama, pues se dice que fueron indios "del distrito del piru". Pero esta afirmación que invalidaría nuestra suposición de que estuvieron localizados en la Puna, debe ser tomada con cautela. Puede estar deformada, pues fue emitida por uno de los litigantes.

Pero mucho más nos interesa la mención de Sedano de Ribera. Este personaje, como ya lo dijimos, fue yerno de Matienzo. Según Lohmann Villena (1967, p. XLVIII) sus asesinos fueron indios Chichas. En consecuencia surge, como interesante hipótesis a comprobar, la posibilidad de que los Apatamas, fueron una parcialidad Chicha, quizás aquella que, también según los documentos, fue integrante de la confederación de Calchaquí. Nada más hemos logrado extractar de las fuentes escritas sobre estos misteriosos indígenas. Podemos concluir, entonces, que parece que los Apatamas existieron realmente como una entidad autónoma, que fueron indios belicosos, que quizás vivieron en el sector oriental de la Puna o en algún lugar vecino y que tal vez fueron un grupo Chicha.

Casavindos

El nombre de esta parcialidad de indios ha perdurado hasta hoy como designación de una localidad puneña muy tradicional para el folklore. Como hemos señalado más arriba, estos indios fueron seguramente conocidos e incluso sometidos desde los primeros momentos de la conquista hispánica del noroeste. Por allí habría pasado Almagro en su viaje a Chile en 1535 y en 1540 fueron otorgados, juntamente con muchos otros pueblos, en encomienda a Martín Monje. También según Agustín de Zárate, igualmente citado con anterioridad en este trabajo, por ese lugar pasó Diego de Rojas en su entrada descubridora del Tucumán.

A partir de los primeros documentos, estos indios y su instalación fueron citados de muy diversas maneras. En la encomienda otorgada a Monje se lee "pueblo que se llama caçivindo". Pero en documentos posteriores figuran designaciones más variadas como indios de Casavindo, Casavindos o valle de Casavindo. Para poder confirmar si el emplazamiento de la moderna localidad de Casabindo ocupa la misma situación que tuvieron las entidades nombradas por los documentos del siglo XVI, debemos acudir a los mismos en búsqueda de la información pertinente.

En ese sentido la carta del licenciado Matienzo, del 2 de enero de 1566, es la fuente más explícita. Al enunciarse el recorrido del camino descripto, se dan varios nombres de lugares, cuyo orden correlativo coincide con la posición espacial que poseen actualmente. Así leemos: Talina, Calahoyo, Moreta y Casabindo. Se mencionan dos lugares con este nombre. Uno de ellos es Casabindo el Chico, tambo del inca, junto al cual se anota la presencia de indios encomendados en Martín Monje. El otro son "los tambos grandes de casabindo", que se encuentran entre el punto anterior y el tambo del Llano. Más allá el camino continúa pasando por el Rincón de las Salinas, seguramente las Salinas Grandes, y el Moreno hasta alcanzar las cabeceras del valle Calchaquí. Toda esta enunciación corrobora que, con seguridad, una o más instalaciones aborígenes con nombre Casabindo, estaban situadas en o próximas al sitio donde se levanta el Casabindo actual, esto es, al sur de Talina, Calahoyo y Moreta, y al norte de las Salinas Grandes y el valle Calchaquí. En otros documentos encontramos ele-

=entos adicionales. En carta del gobernador Abreu al virrey, de 20 de marzo de 1577 (Abreu, 1920, p. 55), se cita un encuentro entre españoles e indios "a la mitad del camino entre casabindo y purumamarca". La Relación de Pedro Sotelo Narbáez de 1582 (Sotelo Narbáez, 1941) da la posición del lugar que ahora nos interesa con respecto al valle Calchaquí, cuando nos dice que "acabase Este Valle çerca de la puna de los ys° de caxabindo..." (p. 82).

En varias de las estaciones de su ruta Matienzo registró los nombres de los indios que pobablan sus inmediaciones. Así en Estopiñán se anotaron a los Yamparaes, en Calala a los Uruquillas y desde Ayavisla hasta Moreta a los Chichas. Pero en el resto del trayecto correspondiente a la Puna no se asentaron nombres de indios. No resultan claras las razones de esto. Más adelante en su carta Matienzo parece señalar que donde no se mencionaron indios se debería a que los mismos estaban sublevados. Tal es la interpretación que damos al siguiente fragmento: "y en los tambos q no se a dicho q ay yndios apaciguada la tierra podran salir los yndios comarcanos a seruir como sehaze enel peru" (p. 109). Cabe preguntarse, entonces, cómo se llamarían los indios que habitaban en los tambos de Casabindo. Dadas las repetidas menciones de otros documentos no dudamos que poseían ese mismo nombre, esto es: Casavindos.

Puede asegurarse, como consecuencia de todo lo anterior, que las fuentes escritas confirman la existencia de un grupo, tribu o parcialidad de indígenas llamados "indios casavindos", que los mismos habitaron una zona del sector oriental de la Puna, cuya situación puede fijarse con seguridad, y que poseyeron más de una instalación a las cuales los españoles les dieron su propio nombre (pueblo o tambo de Casabindo). Alguna de ellas habrá servido como núcleo para la creación de la localidad moderna en la cual sobrevive la memoria de aquellos antiguos habitantes.

No podemos dejar de mencionar un documento que siembra dudas respecto a su identidad. Pedro Sotelo Narbáez sugiere claramente que pudieron ser Diaguitas. El fragmento arriba citado, relativo al valle Calchaquí, se completa de la siguiente manera: "acabase Este Valle cerca dla puna dlos ys° de caxabindo q estan çerca dlos chichas cuya lengua hablan demas dela natural suya ques la diaguita". La precisión manifiesta en múltiples detalles del texto de Sotelo Narbáez nos enseña que este poblador del antiguo Tucumán fue un gran conocedor de la tierra. Por lo tanto no podemos desechar plenamente lo que anotó. Si bien los Casavindos fueron aliados de Juan Calchaquí, no hemos encontrado en ningún otro documento la confirmación de que fueran una parcialidad de los Diaguitas. Además tal suposición no contaría, según los conocimientos actuales, con el respaldo de una verificación en los hechos arqueológicos. Por ello sabemos que puede considerarse a los Casavindos como un grupo independiente de aquellos indígenas. Pero debemos confesar que no podemos afirmar si fue una etnía autónoma o constituyó una parcialidad de alguna nación mayor aún desconocida.

Cochinocas

El nombre de estos indios también ha perdurado en el de una localidad moderna y en el de un departamento de la provincia de Jujuy. Pero en las fuentes escritas no hemos encontrado suficientes elementos que nos confirmen plenamente, como en el caso de los Casavindos, que los Cochinocas históricos estuvieron radicados en la misma zona en la cual se encuentra la población actual que lleva su nombre. Aparecen registrados en los escritos de diversas maneras. Los indígenas son mencionados como Cochinocas o indios de Cochinoca. El lugar en el que habitaron es citado como pueblo, asiento, provincia, comarca e incluso como valle de Cochinoca.

Como ese nombre no aparece entre los pueblos enumerados por Matienzo al describir su camino, no contamos con su carta como instrumento para localizar a estos indios con total certeza. En uno de sus párrafos, Lizárraga nos ratifica que vivieron en la Puna, pues cuando describe las Salinas Grandes dice que su sal era aprovechada por los indios Casavindos y Cochinocas al igual que por los Omaguacas (Lizárraga, 1916, t. II, p. 226). Como figuran entre los grupos que interceptaban el camino entre Charcas y el Tucumán es seguro que estuvieron en la zona de influencia de dicha ruta.

Hay una primera mención de estos indios en la encomienda otorgada por Pizarro a Juan de Villanueva en 1539. En un traslado del documento (Velázquez de Obando, 1931, p. 356) puede leerse lo que sigue: "os deposito en la provincia de tarixa el casique quipildora señor de omaguaca con todos sus pueblos e yndios de esta manera... y otro pueblo que se llama quita con el principal parabon y otro que se llama cochinoca con el principai tauarca..." Carrizo (1934, p. 19) sugiere que "quita" pudo transformarse en el topónimo Queta, nombre de otro lugar muy cercano al moderno Cochinoca. Con esto podemos suponer que ambas instalaciones indígenas anotadas en ese documento, "quita" y "cochinoca", también fueron vecinas y pudieron estar en lugares próximos a las localidades actuales.

No deja de crear alguna confusión el hecho de que en la encomienda aparezca Cochinaca en la provincia de Tarija, dependiendo del "casique quipildora señor de Omaguaca". Pero se trata de un escrito muy temprano y seguramente debe estar pleno de imprecisiones propias de un conocimiento dubitativo. Eran regiones con las cuales los conquistadores recién comenzaban a familiarizarse. Los documentos que hemos manejado abundan en tales imprecisiones. Esto nos advierte que no podemos tomar al pie de la letra, sin mayores críticas, las enunciaciones de pueblos de indios que ellos nos dan.

Como ejemplo de tales vaguedades podemos transcribir algunos fragmentos de la Probanza de Méritos y Servicios de Hernán Mexía Miraval (Mexía Miraval, 1920). Una de las preguntas del interrogatorio se refiere a una campaña emprendida contra estos indios cuando el gobernador Ramírez de Velasco entró al Tucumán. En el texto de la pregunta se lee (p. 197): "y en el camino de cochinoca salio a correr la tierra que estaua alçada y la conquisto..." Uno de los testigos, el capitán Alvaro González Pepino, dijo en su respuesta (p. 206): "...y llevando por su maese de campo al dicho capitan hernan mexia entro en el pueblo y prouincia de cochinoca y casauindo y hizo cierto castigo...". Otro testigo, Juan Sánchez Tavoada, declaró (p. 209): "y que a oido dezir que entro con el a la conquista de los yndios de la prouincia de cochinoca y casauindo..." Un tercer testigo, Miguel de Ayala, agregó (p. 214): "...a la conquista de los yndios cochinocas de la prouincia de omaguaca y casavindo...". Estas frases, todas respuestas a una misma pregunta, y por lo tanto referidas a un mismo hecho, nos sugieren por lo menos tres interpretaciones distintas. Según una, los Cochinocas aparecían como grupo independiente. Según otra integrarían una unidad con los Casavindos. De acuerdo con una tercera, dependerían de los Omaguacas con los cuales estarían emparentados los Casavindos. Tampoco puede saberse con precisión si esa acción de los españoles fue emprendida contra los Cochinocas exclusivamente o también contra los Casavindos.

Con todo, no dudamos que los Cochinocas estuvieron radicados en el sector oriental de la Puna en las cercanías, como dijimos, del camino al Tucumán. Se los encuentra repetidamente al lado de los Casavindos. Como las localidades que ahora llevan estos nombres están muy próximas, esa asociación resulta muy sugestiva. Los Cochinocas también estuvieron sublevados. Integraron, según lo señala algún documento, la confederación de Juan Calchaquí. Pero al respecto

queremos hacer destacar, como hecho quizá significativo, que en las enunciaciones de tribus aliadas a Calchaquí, cuando figuran los Apatamas no encontramos a los Cochinocas.

Chichas

Estos indios fueron encomienda de Hernando Pizarro (Matienzo, 1918b; Ramírez de Quiñones, 1918) y servían a Potosí. Tuvieron por lo tanto gran importancia económica. Pero a pesar de que su nombre quedó en el de dos provincias bolivianas del departamento de Potosí, como en muchos otros casos, los documentos registran limitada información relacionada con su organización social y su cultura. Se los señala como indios pacíficos pero sometidos a las presiones y ataques de las otras tribus de indios de guerra. Su territorio fue el escenario de las frecuentes incursiones de los Chiriguanos en cuya frontera los incas mantuvieron guarniciones. Durante la sublevación de Calchaquí una de las parcialidades de los Chichas se unió a su confederación.

En los documentos no existe coincidencia en cuanto a la extensión de estos indios hacia el sur. Varias localidades son designadas como el punto más meridional de los Chichas: Talina, Calahoyo, Moreta, Sococha y aun Casabindo. Esto llevó a varios autores, Vignati (1931), Serrano (1940b) y Canals Frau (1953), a concluir que estos indígenas ocuparon parte del actual territorio argentino. De ellos, Vignati asumió la posición más drástica ya que afirmó que el sector oriental de la Puna estuvo habitado principalmente por los Chichas en lugar de los Atacameños. En cambio Serrano y Canals Frau opinaron que estos indios se extendieron parcialmente por zonas marginales sugiriendo, incluso, que su presencia pudo haberse originado en traslados provocados por los incas y aun por los españoles.

La determinación de la frontera étnica entre los Chichas y sus vecinos meridionales más belicosos resulta difícil. Los documentos son tan indefinidos respecto a este tema al igual que sobre muchos otros. El vocablo Chichas, que designaba inicialmente a una nación de indios, pasó a tener otro valor. Se usó también como nombre de una división administrativa colonial. Por ello cuando los documentos dicen "los chichas", no sabemos si designan a ese pueblo o a un territorio. Pero además no existe seguridad sobre si tal territorio coincidía o no plenamente con el ámbito original de esos indígenas.

El único documento que da nombres de indios asociados concretamente a localidades es la carta de Matienzo. Así el último pueblo de indios Chichas es Moreta. Con esto podemos suponer que en su expansión meridional los Chichas excedieron el actual límite político argentino-boliviano. Estos indígenas ocuparon seguramente los valles de los afluentes altiplánicos del Pilcomayo llegando hasta sus cabeceras o aún sobrepasándolas. A la altura del valle de Talina, por donde subía el camino de Charcas a Tucumán, las Chichas llegaron quizás aproximadamente hasta los 22° de latitud sur. Pero al oeste y al este de la Puna, merced a la cuenca del río Grande de San Juan y al sistema formado por los ríos de la zona de Yavi y La Quiaca, penetraron hasta latitudes mayores. Podemos plantear, a nivel de hipótesis, que la divisoria de aguas entre los ríos afluentes del Pilcomayo y los pertenecientes a las cuencas cerradas de la Puna pudo servir de límite extremo a la expansión de los Chichas. Si esto ocurrió realmente así, los Casabindos y los Cochinocas, localizados al sur de esa divisoria, constituirían un grupo separado.

Omaguacas

Estos indómitos indígenas legaron su nombre a un valle, la quebrada de Humahuaca, a una localidad del mismo y a un departamento de la provincia de

Jujuy. Pero no consideraremos aquí su expansión por su territorio original sino que trataremos la posibilidad de que algunos grupos Omaguacas ocuparan zonas de la Puna. Los Omaguacas y los indios puneños pueden aparecer mencionados juntos de dos maneras. En ocasiones se los encuentra en listas que incluyen, además, a otras tribus que con certeza se radicaban en regiones diferentes. Pero, a menudo, aparecen en enunciaciones en las que sólo figuran los Omaguacas y los indígenas de la Puna. De esta segunda forma los vemos citados al lado de los Apatamas y Casabindos o, quizá con más frecuencia, en asociación con estos últimos y los Cochinocas. Como ya lo hemos señalado, las fuentes no ofrecen medios para definir el verdadero significado de tales asociaciones de nombres, salvo que podrían sugerir, muy vagamente, alguna relación de parentesco difícil de verificar. Pero existe un texto, un fragmento de la carta de Matienzo, que podría hacer suponer, tal como lo hacen algunos autores (Boman, 1908, p. 778; Casanova, 1936, p. 253; Serrano, 1963, p. 14), que los Omaguacas ocuparon también el noreste del sector oriental de la Puna.

En su misiva, Matienzo, después de anotar los detalles del camino propuesto entre Charcas y el Río de la Plata, agrega una variante del mismo. El párrafo correspondiente dice textualmente: "tomando desde la jornada de ascande que dixe arriba y de alli yendo a suipacha que son diez leguas pueblo de yndios chichas y de allí a sococha que son siete leguas tierra de homaguaca y de allí por el despoblado de omaguaca que son veynte leguas y de alli a maimera pueblo de yndios de omaguaca con seys leguas. y de alli a la Cienaga grande otras seys leguas y son tanbos despoblados y de alli a xuxui que son otras seys leguas a do estaba poblado vn pueblo de españoles que se dezia nieva que se despoblo por el alzamiento de calchaqui" (Matienzo, 1941, p. 111).

Según esta enunciación a partir de Sococha ya tendríamos tierra de Omaguacas, es decir territorio Omaguaca. La moderna población de Sococha se encuentra en Bolivia, al norte de Yavi. Si ese camino realmente pasó por allí, se contaría con la confirmación de la expansión de los Omaguacas por el noreste de la Puna. Pero en el fragmento citado no hay nada que nos asegure que tal ruta realmente cruzó de norte a sur por esa zona. Sólo el empleo de la palabra despoblado nos puede hacer pensar en ello, al rememorarnos la tradicional, pero ficticia, imagen de desolación atribuida a la región.

El fragmento de Matienzo dice que Sococha está en tierra Omaguaca, luego señala la existencia de veinte leguas de despoblado, también de Omaguaca, y después anota el pueblo de Maimera donde recién nombra en realidad a los indios Omaguacas. Si Maimera puede asimilarse a la moderna población de Maimará aquí ya estaríamos en plena quebrada de Humahuaca. Cabe preguntarse a qué lugar corresponde ese despoblado, si se refiere a alguna porción supuestamente desolada de la Puna o se trata, en verdad, de otra zona distinta que estaría despoblada por no haber en ella instalaciones aborígenes o españolas con gente. Podríamos suponer que ese tramo del camino pasaba por sitios localizados más al este, fuera ya de la Puna, para llegar a la quebrada de Humahuaca por alguno de sus afluentes septentrionales como, por ejemplo, el río de la Cueva.

Pero creemos que tenemos una buena razón para desechar este fragmento como prueba documental. El licenciado Matienzo reprodujo el itinerario en uno de los capítulos de su libro "El Gobierno del Perú" (Matienzo, 1967, p. 280-281). En esta transcripción que podemos considerar como la versión definitiva, revisada incluso por su propio autor, se omite el párrafo relativo al desvío de Ascande, Suipacha, Sococha y Maimera. Fue quitado seguradmente por ser erróneo y registrar algo reñido con la verdad. Por lo tanto creemos que no puede ser usado como evidencia de la existencia de parcialidades Omaguacas en la

Puna. Esto se vería confirmado por los hallazgos arqueológicos. En un trabajo anterior (Krapovickas, 1970), hemos tratado de mostrar las diferencias existentes entre los vestigios arqueológicos del período tardío de la zona de Yavi, correspondientes a la fase Yavi Chico, y los de la quebrada de Humahuaca. Tales distinciones impiden una total asimilación cultural. En cambio pueden señalarse identidades entre algunos restos de los sitios de la cuenca de Yavi-La Quiaca y los escasos hallazgos conocidos para la región boliviana vecina (Krapovickas, 1977). Estos sitios se encuentran en los valles de los afluentes puneños del río Pilcomayo y, tal como lo hemos señalado más arriba, consideramos que los mismos estuvieron poblados por los Chichas. De esa manera podemos proponer que los elementos integrantes de la fase Yavi Chico son la manifestación arqueológica de una o más parcialidades Chichas.

OBSERVACIONES FINALES

Como hemos visto, las fuentes escritas nos traen muy poco más que los nombres de los indígenas que poblaron el sector oriental de la Puna. La información relativa a los distintos aspectos de la vida aborigen es mínima. En este sentido debemos destacar el muy importante aporte de Matienzo con relación al dominio incaico en la región. Registró una serie de tambos del Inca agregando en varios casos cuáles eran los indios comarcanos que servían en ellos. Naturalmente, si se habla de tambos incaicos, se infiere la existencia del correspondiente camino. Esos caminos fueron los principales instrumentos que aseguraron la hegemonía imperial cusqueña. La arqueología ha verificado, mediante numerosos hallazgos de materiales, tal expansión. También se han localizado restos de construcciones, como las estudiadas por nosotros en La Quiaca Vieja, que, dadas sus características y localización, son indudablemente los restos de antiguos tambos. Los estudios arqueológicos agregarán, sin duda, precisión a este conocimiento que aún se mantiene algo inseguro.

En otros aspectos de la cultura y la sociedad indígenas, es muy poco lo que podemos agregar. Se trata casi siempre de prácticas guerreras. Así en la Probanza de Tristán de Tejeda (Tejeda, 1931, p. 396) se relata una expedición emprendida por Hernando de Lerma en 1583 contra los indios de la Puna. Sabemos de esta manera que "...el dicho gouernador fue a la conquista de los yndios de Casabindo y cochinocas y vido yr con el al dicho capitan Tristan de texeda al cual el dicho gouernador le encargo con ciertos soldados que tomasse un rrepecho y alto que era de mucho peligro de donde podia hazer daño los enemigos a los españoles y vido este testigo que el dicho gouernador vaxo al Valle cõn la demas gente donde le dieron los enemigos guaçabaras de flecheria y ondas...". Aparte de la mención concreta de las armas empleadas por los indígenas, con un poco de imaginación podemos pensar que ese "rrepecho y alto" fuera algún lugar fortificado de los que tradicionalmente son llamados pucará en nuestro Noroeste. Aunque el dato que consignamos a continuación no se refiere concretamente a la Puna, dada la cercanía del lugar donde ocurriera el hecho relatado, nos vemos tentados de transcribirlo. En la Probanza de Juan Pedrero de Trejo (Pedrero de Trejo, 1920, p. 581-582) se habla de la expedición de Pedro de Zárate y se dice que "...en la entrada de puromamarca se encontraron con los yndios de guerra que auia que estauan puestos para guerra en forma de media luna ... y vio ... que el dicho capitan joan pedrero de trexo con su arcabuz ... tiro a el capitan o caudillo de los yndios y del mato el dicho yndio que fue causa que los demas yndios dexasen la media luna en que estauan puestos los desbarato y se alzo el escuadron y se fueron dexando

el camino libre...". También fue en Purmamarca donde Francisco de Argañarás, al año siguiente de fundar Jujuy, tomó preso al cacique Viltipoco mientras éste, preparándose para luchar, estaba recogiendo sus cosechas (Argañarás, 1920, p. 538-549).

En los escritos podemos entrever el intenso proceso de aculturación al que estuvieron sometidos los indios de la Puna. Ese proceso se concretó a través de su inicial conversión al cristianismo, seguida de apostasía con motivo de la sublevación de Calchaquí, pero completada definitivamente con la instalación de un cura en Casabindo y Cochinoca. La incorporación de elementos europeos al patrimonio autóctono se canalizaría a través de los constantes asaltos a los viajeros que se trasladaban de la Plata a Santiago del Estero. Tanto los Casabindos y Cochinocas como las restantes naciones de indios se apoderaban de cabalgaduras, armas y ajuares. Para conocer con cierto detalle qué es lo que los indios obtenían, podemos acudir a los relatos sobre la muerte de Juan Gregorio Bazán. Este conquistador, en un viaje de Lima a Santiago del Estero, en el cual traía a su familia recién llegada de España, fue ultimado por los indios. Una descripción del hecho se encuentra en la Probanza de Bazán hecha a pedimento de su viuda (Bazán, 1920). El lugar resulta impreciso. Algunos testigos señalan al valle de Purmamarca pero agregando el nombre de lules. Otro habla del valle de Jujuy y en varias respuestas se anota el río de Ciancas. Si bien este episodio no tuvo lugar en la Puna, lo registrado en cuanto a objetos robados y usados por los indios resulta ilustrativo. En un párrafo (p. 225) se lee: "...trayan mas de treynta cauallos muchos dellos cargados de armas y ajuar e bajilla de plata y otras muchas joyas e preseas de oro y plata que oy dia se hallan entre los yndios de guerra..." Otro de los testigos dice que: "...vio en poder de los dichos yndios muchas mantas tejidas de lana y las listas de ceda... " (p. 296) y un tercero declara que también reconoció entre los indígenas "...vnos pantuflos de terciopelo y vna daga y hilo portugues de lo rrico..." (p. 303).

Las fuentes escritas, por ahora, no nos ayudan demasiado en la reconstrucción del panorama étnico de la Puna en el siglo XVI. Por eso, con nuestro ensayo no pretendemos arribar a conclusiones definitivas. Como ya lo dijéramos, más bien hemos intentado una revisión de lo conocido. Como resultado nos aventuramos a plantear algunos supuestos y a sugerir varios criterios que puedan colaborar en el análisis de los documentos.

Los papeles estudiador, lo reiteramos, sólo nos aportan información relativa a zonas vecinas al camino que ligaba a Charcas con el Tucumán, es decir que es válida exclusivamente para el sector oriental de la Puna. De los grupos indígenas citados en los escritos podemos afirmar sin temor que los Casabindos y Cochinocas estuvieron radicados en esa región. Con muchas más dudas hemos quedado respecto a la localización de los Apatamas. Estamos seguros, en cambio, que no puede negarse que los Chichas se extendieron hacia lugares que actualmente se encuentran dentro de las fronteras de nuestro país. Pero no hay certeza sobre los límites de su expansión hacia el sur.

En cuanto a los tres nombres, Casavindos Cochinocas y Apatamas, desconocemos cuál fue su verdadero valor. Esos nombres se registran, como lo hemos visto, aislados, asociados entre sí o anotados junto a muchos otros. De esta manera no sabemos si las comunidades indias a las que designan fueron totalmente independientes y constituyeron naciones de indios en sí mismas o fueron parcialidades que integraron naciones o grupos mayores a los cuales desconocemos aún.

A los Atacameños no los vemos mencionados junto a los indios de la Puna en las enumeraciones de las fuentes consultadas. Siempre que los hemos encon-

trado ha sido con referencia a zonas que se sitúan al occidente de la cordillera de los Andes. Pero con esto no consideramos aclarado el problema. No podemos olvidar las afirmaciones de Uhle (1922) y Latcham (1938), asentadas sobre bases lingüísticas, respecto a la gran extensión del ámbito atacameño. Por ello consideramos que el conocimiento cabal del panorama étnico de la Puna, tanto en su totalidad como en sus partes, solamente surgirá pleno con la superposición y combinación de una serie de enfoques esenciales. Estos son: un conocimiento arqueológico diacronizado definitivamente ajustado, el estudio lingüístico de la toponimia y la onomástica indígenas de la región y el análisis de las fuentes escritas conocidas y las que pueden descubrirse en el futuro.

BIBLIOGRAFÍA

ABREU, Gonzalo de, 1920, Carta de Gonzalo de Abreu al Virrey del Perú... San Clemente, 20 de marzo 1577. En Leviller, Gobernación del Tucumán. Papeles de los gobernadores, t. I, p. 52-61, Madrid.

APARICIO, Francisco de, 1958. Historia del conocimiento geográfico del país. En la Argentina, Suma de Geografía, t. I, cap. I, Buenos Aires.

ARGAÑARÁS, Francisco de, 1920. Información de los méritos y servicios hechos a Su Majestad por..., La Plata, 24 de diciembre de 1596. En Levillier, Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores, t. II, p. 512-559, Madrid.

AUDIENCIA DE CHARCAS, 1918. Carta a S. M. de la Audiencia de Charcas..., La Plata, 6 de febrero de 1563. En Levillier, La audiencia de Charcas, t. I, p. 86-97, Madrid.

— 1918 b, Carta a S. M. de la Audiencia de Charcas..., 30 de octubre de 1564. En Levillier, La Audiencia de Charcas, t. I, p. 133-144, Madrid.

— 1922, Traslado de la carta de la Audiencia de Charcas..., La Plata, 10 de junio de 1566. En Levillier, La Audiencia de Charcas, t. II, p. 437-456, Madrid.

BAZÁN, Juan Gregorio, 1920. Información de los méritos y servicios del capitán Juan Gregorio Bazán..., Santiago del Estero, 1585-1589. En Levillier, Probanzas de Méritos y servicios de los conquistadores, t. II, p. 220-335, Madrid.

BOMAN, Eric, 1908. Antiquités de la région andine de la Republique Argentine et du désert d'Atacama, París.

CANALS FRAU, Salvador, 1940. La distribución geográfica de los aborígenes del noroeste argentino en el siglo XVI. En Anales del Instituto de Etnología Americana de Cuyo, t. I, p. 217-234, Mendoza.

— 1953. Las poblaciones indígenas de la Argentina, Buenos Aires.

CARRIZO, Juan Alfonso, 1934. Cancionero popular de Jujuy, Tucumán.

CASANOVA, Eduardo, 1936. El altiplano andino. En Junta de Historia y Numismática Americana, Historia de la Nación Argentina, t. I, p. 251-275, Buenos Aires.

COMISIÓN OFICIAL, 1941. Comisión Oficial del IV Centenario de la Primera Fundación de Buenos Aires, 1536-1936. Documentos históricos y geográficos relativos a la conquista y colonización rioplatense, t. I, Memorias y relaciones históricas y geográficas, Buenos Aires.

DIEZ DE SAN MIGUEL, Garci, 1964. Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garcie Diez de San Miguel en el año 1567, Lima.

FERNÁNDEZ, Diego (El Palentino), 1913-14. Primera parte de la historia del Perú, Madrid.

GARAY, Blas, 1899. Colección de documentos relativos a la historia de América y particularmente a la historia del Paraguay, Asunción.

HERRERA Y TORDESILLAS, Antonio de, 1736. Historia general de los hechos de los Castellanos en las islas y tierra firme del mar océano, Madrid.

JAIMES FREYRE, Ricardo, 1915. El Tucumán colonial (documentos y mapas del Archivo de Indias), Buenos Aires.

JIMÉNEZ DE LA ESPADA, Marcos, 1881-97. Relaciones geográficas de Indias, Madrid.

KRAPOVICKAS, Pedro, 1970. Observaciones sobre la arqueología del noreste de la Puna Argentina. En Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología, t. V, Na. serie, nº 1, p. 117-122, Buenos Aires.

— 1971. Arqueología de Cerro Colorado, Puna Argentina. Tesis doctoral, M. S., La Plata.
— 1977. Arqueología de Cerro Colorado (Departamento Yavi, Provincia de Jujuy, República Argentina). En Universidad Nacional de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Obra del Centenario del Museo de La Plata, t. II, Antropología, p. 123-148, La Plata.
LATCHAM, Ricardo E., 1938. Arqueología de la región atacameña, Santiago de Chile.
LEVILLIER, Roberto, 1918 a. El licenciado Matienzo (oídor de la audiencia de Charcas, 1561-1579). En Levillier, La audiencia de Charcas, t. I, p. XLV-LXIII, Madrid.
— 1918-22. La Audiencia de Charcas. Correspondencia de los cabildos en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias, Madrid.
— 1919-20, Gobernación del Tumán. Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores. Documentos del Archivo de Indias, Madrid.
— 1920, Gobernación del Tucumán. Papeles de gobernadores en el siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias, Madrid.
— 1921-26, Gobernantes del Perú. Cartas y papeles del siglo XVI. Documentos del Archivo de Indias, Madrid.
— 1926, Papeles eclesiásticos del Tucumán. Documentos originales del Archivo de Indias, Madrid.
— 1927-31, Nueva Crónica de la Conquista de Tucumán, Madrid, Varsovia, Buenos Aires.
LIZARRAGA, Reginaldo de, 1916, Descripción colonial, Buenos Aires.
LOHMANN VILLENA, Guillermo, 1967. Etude préliminaire. En Juan de Matienzo, El gobierno del Perú Travaux de l'Institut Français d'Etudes Andines, t. XI, p. I-LXIX. París. Lima.
LOZANO, Pedro, 1874-75. Historia de la Conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán, Buenos Aires.
LOZANO MACHUCA, Juan, 1885. Carta del factor de Potosí Juan Lozano Machuca al virrey del Perú... En Jiménez de la Espada: Relaciones geográficas de Indias, t. II, apén., p. XXI, Madrid.
MATIENZO, Juan de, 1885. Carta a Su Majestad del Oidor de los Charcas, licenciado Juan de Matienzo. En Jiménez de la Espada, Relaciones geográficas de Indias, t. II, apéndice, p. XLI-XLVIII, Madrid.
— 1910. El gobierno del Perú. En Publicaciones de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
— 1915. Carta del oidor Juan de Matienzo al rey de España. En Jaimes Freyre, El Tucumán colonial, vol. I, p. 55-72, Buenos Aires.
— 1918 a. Carta a S. M. del licenciado Matienzo, oidor de Charcas..., La Plata, 2 de enero de 1566. En Levillier, La Audiencia de Charcas, t. I, p. 168-179, Madrid.
— 1918 b. Parecer del licenciado Matiençe oydor de Charcas dirigida al virrey del Perú..., 16 de mayo de 1573. En Levillier, La Audiencia de Charcas, t. I, p. 271-279, Madrid.
— 1922 a. Carta del licenciado Matienzo a su Magestad..., La Plata, 21 de enero de 1573. En Levillier: La Audiencia de Charcas, t. II, p. 466-490, Madrid.
— 1922 b. Información de méritos y servicios del licenciado Matienzo..., La Plata, 19 de enero de 1580. En Levillier: Audiencia de Charcas, t. II, p. 517-549, Madrid.
— 1941. Carta del licenciado Juan de Matienzo. En Comisión Oficial: Documentos históricos y geográficos relativos a la Conquista y colonización rioplatense, t. I, p. 106-113, Buenos Aires.
— 1967. Gobierno del Perú (1567). En Travaux de l'Institut Français d'Etudes Andines, t. XI, París-Lima.
MEXIA MIRAVAL, Hernán, 1920. Información de oficio de los servicios hechos a Su Magestad en la gobernación de Tucumán por el capitán Hernán Mexia Miraval. La Plata, 1585-1589.. En Leviller, Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores, t. II, p. 140-219, Madrid.
ORTIZ DE ZÚÑIGA, Iñigo, 1967-72. Visita de la provincia de León de Huanuco en 1562. Universidad Nacional Hermilio Valdizan, Facultad de Letras y Educación, Huánuco.
OVIEDO Y VALDEZ, Gonzalo Fernández de, 1851-55. Historia general y natural de las Indias y Tierra Firme del Mar Océano, Madrid.

PEDRERO DE TREJO, Juan, 1920. Testimonio de información de los servicios prestados a S. .M. por el capitán Juan Pedrero de Trejo. .En Levillier, Probanzas de méritos y servicios de los conquistadores, t. II, p. 560-589, Madrid.

RAMÍREZ DE QUIÑONES, Pedro, 1918. Carta a S. M. del presidente de la Audiencia de Charcas..., La Plata, 10 de noviembre de 1566. En Levillier, La Audiencia de Charcas, t. I, p. 204-213, Madrid.

RAMÍREZ DE VELASCO, Juan, 1920. Información hecha a pedido de don Juan Ramírez de Velasco... La Plata, años 1589-1600. En Levillier, Probanzas de Méritos y servicios de los conquistadores, t. II, p. 414-511, Madrid.

SALAS, Alberto Mario, 1945. El antigal de Ciénaga Grande (Quebrada de Humahuaca, Provincia de Jujuy). En Publicaciones del Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, serie A, vol. V, Buenos Aires.

SERRANO, ANTONIO, 1940 a. Los atacamas. En La Prensa, 22 de septiembre de 1940, sección segunda, Buenos Aires.

— 1940b. Los chicas en territorio argentino. En La Prensa, 20 de octubre de 1940, sección segunda, Buenos Aires.

— 1947. Los aborígenes argentinos. Síntesis etnográfica, Buenos Aires.

— 1963. Líneas fundamentales de la arqueología salteña, Salta.

SOTELO NARBÁEZ, Pedro, 1941. Relación de Pedro Sotelo Narbáez dirigida al presidente de la Real Audiencia de Charcas. En Comisión Oficial, Documentos históricos y geográficos relativos a la Conquista y Colonización rioplatense, t. I, p. 79-85, Buenos Aires.

TEJEDA, Tristán de, 1928. Probanza inédita de los servicios del capitán Tristán de Tejeda. En Levillier, Nueva crónica de la conquista del Tucumán, t. II, p. 347, Varsovia.

— 1931. Continuación y fin de la probanza inédita de los servicios del capitán Tristán de Tejeda. En Levillier, Nueva crónica de la conquista del Tucumán, t. III, p. 385, Buenos Aires.

UHLE, MAX, 1922. Fundamentos étnicos y arqueológicos de Arica y Tacna, Quito.

VÁZQUEZ DE ESPINOSA, Antonio, 1948. Compendio y descripción de las Indias Occidentales. En Smithsonian Miscellaneous Collections, vol. 108, Washington, D. C.

VELÁZQUEZ DE OBANDO, Gutierre, 1931. Información inédita de méritos y servicios del licenciado Gutierre Velázquez de Obando. En Levillier, Nueva crónica de la conquista del Tucumán, t. III, p. 350, Buenos Aires.

VIGNATI, Milcíades Alejo, 1931. Los elementos étnicos del noroeste argentino. En notas del Museo de La Plata, t. I, p. 115-157, Buenos Aires.

ZÁRATE, Agustín de, 1965. Historia del descubrimiento y conquista del Perú. En Publicaciones del Instituo de Historia Argentina y Americana de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vol. CVI, Buenos Aires.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

LA OCUPACIÓN INKA EN EL N.O. ARGENTINO: ACTUALIZACIÓN Y PERSPECTIVAS

Rodolfo A. Raffino *
Participan: *Ana M. Albornoz; Alicia L. Bucci; Roberto Crowder; Anahí Iácona; Daniel E. Olivera y Gabriela Raviña*

I. — INTRODUCCIÓN

En el transcurso de los últimos años, merced a los notorios avances evidenciados por la arqueología de campo, nuestros conocimientos respecto del horizonte Inka en el N.O argentino se han acrecentado, tan notoriamente que creemos necesario efectuar una puesta al día de los mismos. A más de medio siglo de la aparición de *La ciudad prehistórica de La Paya*, de J. B. Ambrosetti (1907), y a casi cuatro decenios de la estupenda contribución de L. Struve 1941) sobre las fortalezas imperiales del NO argentino —trabajos éstos que deben ser considerados como pioneros en su tipo— la región ha continuado siendo una vertiente prolífica en materia de fuentes documentales concernientes a la problemática "Inka". Las clásicas tamberías o "Tampus", las fortalezas o "Pukaras", las obras viales, las explotaciones mineras y los sitios propiciatorios de altura, fruto de la actividad imperial del Tawantinsuyu, han aumentado su frecuencia considerablemente como cabales testimonios de una penetración y estabilidad de arraigo. Esto nos ha permitido dejar de lado algunas viejas hipótesis que pretendían explicar una penetración fugaz, a simple modo de tránsito, en la búsqueda de una ruta más apropiada que, pasando por el NO argentino, uniera al Cusco con la región chilena central. Se dejaba así de lado el desolado paisaje del Norte Grande y desierto de Atacama chileno, minimizándose el verdadero carácter de esta "presencia Inka" en el territorio argentino.

Una visión retrospectiva en la historia de las investigaciones concernientes al "rótulo Inka" en el NO argentino, nos introduce en las tempranas contribuciones efectuadas a fines del pasado siglo, por G. Lange (1892), A. Quiroga (1896) y S. Lafone Quevedo (1892 y 1898) entre las más sobresalientes. Ya en la presente centuria, se registran otros aportes, como los de C. Bruch (1911), S. Debenedetti (1930), F. de Aparicio (1937 y 1940), H. Greslebin (1940), H. Difrieri (1942) y G. Rohmeder (1949 y 1941), imposibles de obviar en esta exégesis, por tratarse de obras directamente originadas en el trabajo de campo y a las cuales se les observa un pulcro tratamiento para la época en que fueron escritas.

A partir de la década de 1950, otros investigadores incursionaron sobre la temática Inka, entre ellos O. Paulotti (1958), F. Márquez Miranda y E. M. Ci-

* Este trabajo ha sido efectuado con subsidios otorgados por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la República Argentina. Trabajo presentado en el IV Congreso Peruano del Hombre y la Cultura Andina, Cusco, 1979.

gliano (1961), E. M. Cigliano y col. (1960), A. R. González (1966) y J. Schobinger (1966, a, b). No pocas instalaciones imperiales de la región Calchaquí, valles meridionales de Catamarca, La Rioja y región cuyana, quedaron incorporadas a la literatura arqueológica, con posterioridad a estudios realizados *in situ*. Otros aportes de esa época enrolados ya dentro de una línea teórica, intentaron una exégesis de aquellos rasgos que podrían ser identificatorios de la "presencia Inka" en nuestro NO, destacándose entre ellos los de W. Bennett (1948), C. Lafón (1958), A. R. González (1963), G. Madraso y M. de Reynoso (1966).

En la década del año 1960, corresponde a L. Strube el mérito de la realización de una obra excepcional, en torno a la vialidad imperial del Tawantinsuyu (1963), la cual trasciende en su cuerpo analítico las fronteras de Argentina. Más recientemente se registran nuevos aportes que dan cuenta de nuevas instalaciones y obras viales de factura Inka, como las de P. Krapovickas (1968), R. Raffino (1969), C.. Sempé (1973), M. Borrello (1974), Centro Inv. Arq. de Alta Montaña (1975) y M. de Lorenzi y P. Díaz (1977).

De acuerdo con la nómina de antecedentes mencionada, podría suponerse que la problemática Inka en el NO de Argentina ha sido progresivamente evacuada, y que de ella conocemos ya una sustancial parte. Sin embargo, algunos de los tópicos básicos del rótulo Inka, como por ejemplo la explicitación de los rasgos arqueológicos muebles e inmuebles, atribuibles y utilizados para definirlo, no han sido aún analizados con la exhaustividad requerida.

Otro aspecto de fundamental interés, muy discutido desde los primeros tiempos de la literatura arqueológica del NO argentino, y aún sin respuesta, es aquel relacionado con la naturaleza de esta penetración. Esto es, si la intromisión imperial fue por penetración pacífica, o fue una dominación por fuerza de las armas.

Ortodoxamente, la arqueología posee dos vertientes documentales a partir de las cuales puede encarar el tratamiento del tema, fuentes etnohistóricas y fuentes arqueológicas. Sólo mediante una coordinación y control de hipótesis entre ambas disciplinas, es factible arribar a resultados fehacientes en torno a los fenómenos concernientes al tema Inka. Sin embargo hasta hoy, este interjuego de hipótesis etnohistóricas y arqueológicas, aun no ha podido practicarse.

La historia de la arqueología argentina es en su proceso, un elocuente ejemplo de que cuando los hechos del pasado colectados por la etnohistoria, no son corroborados por la arqueología de campo, carecen de la precisión necesaria y no pasan de ser propuestas llenas de ambigüedades, las cuales en la mayoría de los casos, conducen a serios errores interpretativos. Esta falencia se vio acrecentada en Argentina, ante la sobrevaloración que se hizo de la informática etnohistórica y a la subordinación que hacia ella tuvo el registro colectado por la arqueología de campo, durante las dos últimas décadas del siglo pasado y la primera mitad del presente.

Adán Quiroga, Samuel Lafone Quevedo, Juan B. Ambrosetti, Eric Boman, León Strube, Fernando Márquez Miranda, cada uno de ellos en su tiempo, significaron la avanzada de un cuerpo de investigadores, provistos de esa desfavorable influencia que obliteró "las pruebas arqueológicas" hacia las hipótesis de génesis etnohistórica. Un inevitable resultado de estas deficiencias fue la aparición de un espectro arqueológico "teñido" de sincronismo, tanto cultural como temporal.

En lo concerniente a la naturaleza de la expansión Inka en el NO argentino, testimonios ambiguos y francamente contrapuestos, provenientes de cronistas de la primera época —1530 a 1620 d. C.—, como Cieza de León, Sarmiento

de Gamboa, Garcilaso o Poma de Ayala, entre varios más, fueron el punto de partida de estas ya tradicionales alternativas. Entre ellas, autosumisión o resistencia; conquista y estabilización o vía de tránsito a Chile. Así es como se nos presenta la problemática Inka en el NO argentino, desde una óptica etnohistórica. Frente a tal panorama, y ante la ausencia de nuevos documentos escritos, no dudamos en que queda en manos de la arqueología la posibilidad de aportar las pruebas que ayudarán a resolver tales disyuntivas.

En términos estrictamente arqueológicos, el concepto de *horizonte*, tal como ha sido definido por G. Willey (1958), es de por sí necesario y suficiente para ubicar la penetración Inka, dentro de fechas inscriptas entre la segunda mitad del siglo XV hasta el primer tercio del siglo XVI. Dentro de este horizonte cultural, la penetración correspondería a la época o fase Inka Imperial, de acuerdo a la periodificación propuesta por J. H. Rowe (1970). Es decir, en términos etnohistóricos, desde 1475 —primeros años del reinado del Inka Yupanque—, hasta la conquista europea, acaecida a partir de 1532.

Un sinnúmero de rasgos culturales del registro arqueológico, han servido como indicadores para comprobar la "presencia Inka" en el NO argentino, siendo precisamente la intención de este trabajo explicitar y sistematizar dichos rasgos.

II — *Los rasgos Inka en el noroeste argentino*

Las pruebas arqueológicas de la presencia Inka en el ámbito del NO argentino, pueden ser agrupadas en dos grandes categorías. La primera, está integrada por los rasgos pertinentes a la infraestructura ocupacional y al aspecto arquitectónico. La segunda, incluye todas aquellas tecnologías mobiliares, tanto de factura netamente cusqueña —es decir importadas—, como aquellas otras que fueron copiadas localmente, resultado de situaciones de contacto entre Inkas y entidades preexistentes. Estas muestras del segundo grupo abarcan manufacturas tales como: alfarería, metalurgia, textilería, lapidaria, arte rupestre y trabajos en madera.

A) *La infraestructura y arquitectura imperial*:

Los rasgos arquitectónicos aislados son de tres tipos, a saber:

a) rasgos netamente Inka, que llamaremos de primer orden. Convencionalmente para nosotros, la sola presencia de uno de ellos es condición necesaria y suficiente para diagnosticar al sitio que lo contiene, como perteneciente a este horizonte. Se incluyen:

1. Sitio de altura.
2. Rectángulo perimetral compuesto, sistema de instalación claramente Inka que aparece en el NO argentino y es un importante subtipo regional del denominado "Rectangular Enclosure Compounds" (G. Willey, 1953). En lo futuro utilizaremos la abreviatura R.P.C., para designar este rasgo.
3. Piedra canteada símil sillar.
4. Revoque en la pared.
5. Techo en mojinete..
6. Nichos u hornacinas.
7. Banquetas.
8. Vanos trapezoidales.
9. . Muro trapezoidal.
10. Torreón.
11. Troneras.
12. Red vial artificial.
13. Explotaciones mineras.

b) Rasgos de segundo orden, que pueden aparecer asociados a los de primer orden, pero cuya filogenia Inka no es exclusiva, sino que pueden pertenecer a culturas locales preexistentes, o bien ser dudosos por falta de comprobación. En este grupo se incluyen:

1. Ventanas.
2. Piso pavimentado.
3. Losa en saledizo.
4. Escalinata en piedra.
5. Arte rupestre.
6. Plataforma revestida.
7. Túmulos agrupados.
8. Techo cónico.
9. Corrales.

c) Un tercer grupo de rasgos, no tan significativos como los dos primeros —pues no aparecen en la actualidad con posibilidades diagnósticas—, pero que por ello no deben ser apriorísticamente descartados, especialmente en función de futuras investigaciones. Entre ellos se cuentan:

1. Planta rectangular en habitación.
2. Planta rectangular en patios.
3. Planta circular en tumbas.
4. Pared doble con relleno de ripio.
5. Pared en piedra fijada con mortero.
6. Techo a un agua.
7. Rampas.
8. Muralla perimetral.
9. Depósitos circulares.
10. Monolitos-Menhires.
11. Obras de riego.
12. Cementerios.

B) *Rasgos mobiliares*:

1) En lo concerniente a los rasgos de la alfarería, una primera aproximación al tema deberá diferenciar a aquellos considerados como típicamente Inkas —o importados—, de aquellos otros que son copias locales. Entre los primeros se cuentan el estilo Cusco polícromo (J. Rowe, 1943), con formas de aríbalos, vasos patos y vasos ápodos, el cual se observa en ejemplares hallados en innumerables sitios, como La Paya, Tilcara, Payogasta, Angastaco, etc. Entre los segundos figuran las piezas que denotan una clara influencia imperial, pero que han sido copiadas por artesanos locales, con la lógica adaptación y distorsión del estilo original que ello implica. Los ejemplos de este segundo caso en ámbitos del NO argentino son múltiples: estilos Inka-Paya, del Valle Calchaquí Norte, con aribaloides y urnas de formas Santamarianas con iconografía imperial; grupo Belén III-Inka (A. R. González, 1975) del Valle de Hualfín; las simbiosis observadas en el grupo alfarero Angualasto-Inka de San Juan; Viluco-Inka de Mendoza; Famabalasto-Inka del Valle de Santa María; Tacuil-Inka de la quebrada homónima, etcétera.

2) Otro conjunto de rasgos relevantes, que podrían ser en un futuro prueba de la presencia Inka, son aquellos concernientes a la metalurgia del bronce, destinada a la elaboración de armas, como tensores de bronce, hachas, en "T", masas estrelladas; también objetos del ceremonial y adornos, como figurinas de llamas —tanto en metal como en piedra—, hachas, insignias, cinceles, campanillas, etc. Pero en este caso, es necesario destacar que la falta de registro, cronología y asociación fehacientes, así como la presencia de artefactos similares en contextos locales preexistentes a la penetración imperial (por ejemplo La Aguada, Sanagasta, Humahuaca, Santa María, Belén y Tastil) impide, al menos por el momento, esta posibilidad.

3) En lo concerniente a los trabajos artísticos en piedra que permiten comprobar la presencia Inka en Argentina, pueden mencionarse la técnica lapidaria y el arte rupestre. La primera se efectuó sobre materias primas como alabas-

tro, ámbar y otras rocas duras, utilizadas para la confección de motivos zoomorfos (fundamentalmente llamas), colgantes, cucharas y collares. El caso más conocido de esta presencia es el taller lapidario hallado en el "Pukará de Tilcara" (P. Krapovickas, 1959).

El segundo caso, el arte rupestre, posee buenas posibilidades diagnósticas por la iconografía que encierra. La asociación casi permanente entre petroglifos con motivos geométricos y llamas y remanentes de la red vial Inka, es índice suficiente como para, en no pocos casos, intentar un diagnóstico acertado. En la Quebrada del Toro esta asociación es tan clara, que no sería incorrecto pensar que los petroglifos allí registrados pudieron actuar como mojones camineros. Los signos esculpidos (laberintos, llamas, puntos, etc.) sugieren "mensajes" hechos con un código o clave, indescifrable para nosotros, pero tal vez de extrema utilidad para el tráfico de las antiguas caravanas imperiales. Similares consideraciones pueden sugerirse en las asociaciones entre red vial y petroglifos hallados por J. Schobinger (1966) en la Sierra de Famatina.

Otra función del arte rupestre, de corte simbólico en este caso, se observa en las pictografías en cuevas o socavones mineros, como por ejemplo Abra de las Minas, y en petroglifos localizados en sitios de altura, de franco carácter propiciatorio, como los de Cerro Galán, Ndo. de Cachí, Negro Overo, El Potro y Paila.

4) Otro conjunto de rasgos pertenecientes a este horizonte se adscribe a la industria textil y sus accesorios, hallados preferentemente en el ámbito puneño y en las quebradas altas de su borde. Si bien aún carecemos para el NO argentino de una sistemática intensiva que nos permita separar la textilería netamente Inka, de la Atacameño-Aymará preexistente, algunos intentos, como el recientemente registrado por D. Perrot y R. Nardi (1978), son altamente positivos como avanzadas de una futura taxonomía cronológica y cultural.

De acuerdo con estos autores, el contexto textil inkaico incorpora nuevas modalidades en la ergología del NO. Argentino. Entre ellas, la elaboración de manijas de bolsas en tejido tubular, diseños de rombos con un punto central e hileras horizontales en zig-zag, figuras fitomorfas, fajas con motivos de rombos y ganchos con cuatro pares de hilos en la urdimbre, con cambios de dirección longitudinales y finalmente, la combinación de telar y agujas. Tal vez a estos rasgos deberíamos agregar la introducción del quipu.

Instalaciones Inkas como los sitios de altura de Cerro Galán, Lullayllaco, Chañi y El Toro, entre otros, prueban fehacientemente la génesis imperial de estas muestras textiles. Asimismo su presencia en los contextos tardíos de los sitios mixtos como Sayate, Casabindo, Rinconada, Doncellas y Ciénaga Grande, son ejemplos de situaciones de contacto, que como en el mencionado caso de la cerámica y la arquitectura, reflejan una simbiosis entre ergologías imperiales y elementos preexistentes, en este caso de probable filogenia Atacameño-Aymará.

5) La presencia Inka se comprueba también en las técnicas, estilos e iconografía sobre madera. Los casos más relevantes por su excepcional elaboración son los keros grabados, como los descriptos por E. Rosen en Casabindo; E. Salas, en Ciénaga Grande; J. Ambrossetti, en La Paya y en ejemplares provenientes de Cochinoca, y, recientemente, por nosotros en Vinchina (La Rioja). No obstante sus "reminiscencias formativas", en la morfología de los keros, el severo geometrismo de su decoración y las asociaciones registradas los adscribe claramente al horizonte Inka.

Otros elementos atribuíbles a dichos contextos son armazones de madera de canastos utilizados para el transporte, como los ejemplares hallados por nosotros en Punta Ciénaga, Quebrada del Toro.

Un acápite especial merece la problemática en torno al complejo del rapé evidenciada arqueológicamente por las tabletas y tubos inhalatorios de madera provistos de apéndices antropo y zoomorfos. Estos ejemplares si bien poseen como los keros una filogenia formativa son retomados en el momento Inka. Los hallazgos realizados en La Paya, Casabindo, Doncellas, Rinconada, Tilcara y Ciénaga Grande, entre otros sitios con probado contacto Inka, así lo demuestran.

6) Finalmente, un paquete de rasgos testimoniales de la penetración son los topónimos y voces del vocabulario Keshua, lengua oficial del imperio, que se incorpora —superpone— a dos lenguas existentes, el Aymara puneño y el Kakán valliserrano, constituyendo una densa problemática hasta el presente no dilucidada.

III. *Metodología*:

El cuerpo documental estudiado se compone de 120 instalaciones Inkas, arraigadas en el ámbito del NO argentino, de las cuales 34 fueron seleccionadas —por tratarse de sitios excavados— para la búsqueda de recurrencias entre rasgos arquitectónicos específicos; las 86 restantes han sido analizadas sobre la base de comparar rasgos de infraestructura más generales.

En lo concerniente a la metodología empleada, nuestro primer objetivo ha sido tomar, de esta nómina de rasgos imperiales, los pertenecientes a la infraestructura y, a partir de ellos, una vez sistematizados en tres categorías: primero, segundo y tercer orden, intentar la búsqueda de recurrencias. A este primer objetivo se le sumarán, en el futuro, otros similares, pero ya circunscriptos a los rasgos mobiliares que la penetración Inka incorporó a las ergologías del NO argentino.

En una primera aproximación la metodología empleada se ha centralizado en la búsqueda de "presencias y ausencias" de los atributos arquitectónicos específicos (cuadro I), sobre un cuerpo documental compuesto por 34 instalaciones regionalmente agrupadas. Esta elección se hizo en base a aquellos sitios mejor estudiados, que facilitaron una mejor y más específica información. Con posterioridad a la comprobación de las presencias, se intentó establecer las correspondientes frecuencias de cada uno de los rasgos.

Una segunda aproximación de rasgos arquitectónicos e infraestructurales más general, se realizó sobre un total de 120 instalaciones Inkas (cuadro II). En este caso, la búsqueda de presencias primero, y de recurrencias después intenta una relación porcentual de las mismas. Vale la pena apuntar que la mayor dificultad hallada, consistió en la cuantificación de aquellos rasgos que están ausentes en el registro, y de los cuales no sabemos si ello obedece a una ausencia real o bien al hecho de no haber sido apuntados por los investigadores, o, simplemente, a que no fueron —a pesar de estar presentes— detectados en el trabajo de campo *.

Las 34 instalaciones específicamente sistematizadas se han segmentado en 9 regiones: 1) Punta Norte; 2) Puna Sur; 3) Quebrada del Toro; 4) Ámbito Subandino; 5) Valle Calchaquí; 6) Valle de Santa María y Sierra de Aconquija; 7) Valles Hualfín-Abaucán; 8) La Rioja, y 9) Mendoza-San Juan. Esta diferenciación se hizo con el propósito de constatar —si las hubiera— modificaciones regionales sufridas por el horizonte Inka.

* Para la determinación de los porcentuales (presencia-ausencia) no se tuvieron en cuenta aquellos casos en los que había falta de información.

IV — LOS RASGOS ARQUITECTÓNICOS

A continuación realizaremos una somera descripción de la presencia y frecuencia de los rasgos Inka en el NO argentino a nivel regional. Para los fines metodológicos en cada región se han seleccionado aquellos sitios que presentan una mayor extensión y confiabilidad en su registro arqueológico.

1. — PUNA NORTE

La región puneña ha sido dividida en dos zonas: Puna Norte y Puna Sur. En la primera se han contemplado las instalaciones de Rinconada, Casabindo, Rincón de las Salinas y El Moreno; y en la segunda: Abra de las Minas y Coyparcito.

Dos de los sitios: Rincón de las Salinas y El Moreno se encuentran emplazados en fondo de valle, mientras que Rinconada se ubica en el pie de monte. La instalación de Casabindo se verifica en ambos sectores. Todos ellos se encuentran asociados a obras viales Inka.

Rincón de las Salinas y El Moreno son sitios Inka puros, mientras que los cuatro restantes: Casabindo, Rinconada, Sayate y Cochinoca, son sitios mixtos; esto es, un asiento imperial sobre otro preexistente de la llamada cultura atacameña, del Período de Desarrollos Regionales.

Tres de las instalaciones presentan R.P.C., mientras que en Casabindo se carece de registro preciso. Sólo en Rinconada se verifica la existencia de muralla perimetral en asociación al R.P.C. En Casabindo, Cochinoca, Sayate y en el mismo Rinconada, la propia naturaleza del terreno les confería un carácter defensivo (previsorio). Es remarcable en la Puna la ausencia de troneras y torreones en el registro que disponemos. Elementos defensivos éstos que están presentes en la región de los valles meridionales.

Los cuatro sitios presentan planta rectangular en habitaciones y patios. En solo dos se verificó la planta circular en tumbas (Rinconada y Casabindo).

Todos presentan técnicas de pirca doble con relleno y en Rinconada se encuentra también pirca en piedra-mortero.

Las técnicas de piedra símil sillar aparecen en Rinconada y Casabindo. Además, Rinconada presenta: pirca con revoque, escalinata en piedra, dinteles, depósito circulares, templetes y plataformas revestidas.

En ningún caso se verificó la existencia de la técnica de techo en mojinete. Todos los sitios, excepto Casabindo, tienen resolución del techo a un agua. En Casabindo se registraría el único caso de techo cónico, aunque diagnosticado por inferencia (E. Boman, 1908); no existe ese rasgo en los otros casos.

Los rasgos Inka de primer orden ausentes en Puna Norte son: nichos u hornacinas, banquetas, vanos trapezoidales, muro trapezoidal y losa en saledizo.

Tres de los cuatro sitios analizados presentan asociación directa con corrales. En cuanto a la asociación con explotaciones mineras se verifica en El Moreno, Rinconada, Sayate, Casabindo y Cochinoca.

Rinconada y Casabindo (ambos atacameños-inka) presentan obras de riego y están asociados a campos agrícolas. Es esta una ausencia acentuada en los sitios inkaicos puros.

Encontramos monolitos-menhires en Rinconada, Casabindo y El Moreno, además presencia cercana de cementerios en los dos primeros. Todos se asocian a manifestaciones de arte rupestre y ninguno lo hace a túmulos agrupados.

2. — PUNA SUR

Los dos sitios analizados, Abra de las Minas y Coyparcito están ubicados sobre meseta. Abra de las Minas es un sitio "puro", mientras que Coyparcito es "mixto" (Belén-inka). Solo el primero presenta patrón de R.P.C., y únicamente el segundo, sistema defensivo. Ambos están asociados a explotaciones mineras y red vial. También comparten los siguientes rasgos: planta rectangular en habitaciones y patios, planta circular en tumbas, pirca doble con relleno, techo a un agua. Asimismo presentan ausencia de pirca en piedra-mortero, pirca con revoque, techo en mojinete, techo cónico, nichos u hornacinas, banquetas, piso pavimentado, vanos trapezoidales, rampas, troneras, depósitos circulares, plataformas revestidas y monolitos-menhires.

En Abra de las Minas se verifica la asociación a una cueva con pinturas, ausente en Coyparcito.

En Coyparcito hallamos los siguientes rasgos, ausentes en Abra de las Minas: piedra símil sillar, escalinata en piedra, losa en saledizo, muralla perimetral y muro trapezoidal.

Ambos presentan asociación a corrales, así como también a cementerios y a arte rupestre. Sólo Coyparcito presenta asociación a obras de riego y campos agrícolas.

3. — QUEBRADA DEL TORO

Los sitios analizados fueron: Punta Ciénaga, Las Cuevas IV, Corrales Viejos, Las Zorras e Incahuasi, todos ellos emplazados en el fondo del valle, excepto Incahuasi, ubicado en el pie de monte. Se trata de sitios "puros", cuatro de los cuales presentan R.P.C. Ninguno posee sistema defensivo.

A excepción de la presencia de R.P.C., no abundan los rasgos arquitectónicos inka de primer orden, pero se registra la asociación con redes viales, explotaciones mineras y arte rupestre.

Excluyendo Incahuasi, que trataremos al final, los cuatro restantes presentan los siguientes rasgos: planta rectangular en habitaciones y patios, planta circular en tumbas, pirca doble con relleno, y techos a un agua. El techo cónico está ausente en todos, mientras que en tres de ellos se encuentran corrales.

La asociación con cementerios solo está presente en Punta Ciénaga.

Estos mismos sitios carecen de los siguientes rasgos: pirca con mortero, piedra símil sillar, pirca con revoque, techo en mojinete, nichos u hornacinas, banquetes, escalinata en piedra, piso pavimentado, vanos trapezoidales, losa en saledizo, rampas, muralla perimetral, muro trapezoidal, troneras, torreones, depósitos circulares, templetes y plataformas revestidas. Además no se verifican casos de asociación con obras de riego, campos agrícolas, túmulos agrupados y monolitos-menhires.

En Incahuasi los rasgos son más significativos que en los cuatro casos anteriores. Coincide con éstos en la existencia de: R.P.C., planta rectangular en habitaciones y en patios, techo a un agua y asociación a camino, pero a diferencia de ellos no hay pirca doble con relleno. Existen aquí una serie de rasgos Inka ausentes en los otros, algunos de primer orden: pirca con mortero, piedra símil sillar, pirca con revoque, techo en mojinete, nichos u hornacinas, banquetas, ventanas y dinteles, muralla perimetral y templete, que encierra una construcción excepcional llamada "el sillón del Inka", que por su técnica constructiva debe ser atribuída a este horizonte.

Incahuasi comparte con los otros la asociación a arte rupestre y con tres de ellos (Punta Ciénaga, Corrales Viejos y Las Cuevas IV) la asociación con corrales.

4. — ÁMBITO SUBANDINO

Dentro de las Sierras Subandinas, los dos sitios analizados, Osma y Agua Hedionda conjugan una instalación de R.P.C. sobre meseta. En Osma se observa la presencia de sistemas defensivo combinado.

En ambos casos hallamos planta rectangular en habitación y en patio y la presencia de muralla perimetral o semiperimetral.

En Osma se registra también planta circular en tumbas.

En cuanto a las técnicas de pircado, en Agua Hedionda es de tipo pirca doble con relleno y en Osma pirca en piedra mortero.

En Agua Hedionda existe la probabilidad de depósitos circulares.

En Osma podría suponerse la existencia de torreones, aunque no definitivamente comprobados, en cuanto a los corrales aparecen en Agua Hedionda y falta el registro en Osma. En este último sitio se registra camino inka; no así en Agua Hedionda, pero aquí hay asociación con campos agrícolas y túmulos agrupados.

5. — VALLE CALCHAQUÍ

Las instalaciones analizadas son seis, de las cuales se ubican en el pie de monte: Cortadera, Tin Tin y Angastaco; dos ocupan el pie de monte y el fondo de valle: Potrero de Payogasta y La Paya, y la restante solo el fondo de valle: Amaicha. De estos sitios dos son mixtos: Potrero de Payogasta y La Paya, los otros son puros.

El R.P.C. está presente en: Cortadera, Angastaco y Amaicha; los dos primeros combinados con sistema defensivo, que también se encuentra en Tin Tin. Ambos rasgos están ausentes en La Paya. Todos los sitios analizados presentan planta rectangular en habitaciones, pero solo cuatro (Potrero de Payogasta, Cortadera, La Paya y Amaicha) en patios. La planta circular en tumbas está presente en cinco casos.

Tin Tin, La Paya y Angastaco presentan pirca doble con relleno, mientras que en Pro. de Payogasta y Cortadera la técnica es de pirca en piedra-mortero. En Amaicha hay combinación de ambas técnicas.

La piedra símil sillar aparece en Pro. de Payogasta, Cortadera, Tin Tin y La Paya, en los dos primeros casos combinada con la técnica de pirca con revoque. Se debe hacer notar la identidad de técnica de pircado en Pro. de Payogasta y Cortadera (pirca en piedra mortero, piedra símil sillar, pirca con revoque) y la inexistencia de pirca doble con relleno, característica de los otros cuatro sitios.

Todos los sitios analizados presentan techo a un agua, y solo dos, Pro. de Payogasta y La Paya, techo en mojinete. En cuanto al rasgo techo cónico el registro es variado. Este estaría presente en Pro. de Payogasta y podría existir en Tin Tin.

Los rasgos arquitectónicos compartidos por las instalaciones del Valle Calchaquí son:

Nichos u hornacinas: La Paya.

Ventanas: Pro. de Payogasta y quizá Cortadera.

Rampas: La Paya.

Losa en saledizo: Pro. de Payogasta.

Muralla perimetral: Pro. de Payogasta, Cortadera, La Paya y Angastaco.
Muro Trapezoidal: Pro. de Payogasta, Cortadera, La Paya y Angastaco.
Troneras: Pro. de Payogasta y Cortadera.
Torreones: Pro. de Payogasta y Angastaco.
Templete: Pro. de Payogasta y La Paya.

Las plataformas revestidas quizá podrían estar presentes en Pro. de Payogasta y La Paya. Todos los sitios están vinculados con obras viales. Hay asociación a corrales en Cortadera y Amaicha. En cuanto a los depósitos circulares, están presentes en Pro. de Payogasta, Tin Tin y La Paya.

Pro. de Payogasta y La Paya (sitios mixtos), presentan campos agrícolas y obras de riego, inexistentes en los restantes (sitios puros).

Hay asociación con arte rupestre en Pro. de Payogasta y Cortadera. Finalmente, hay asociación con cementerios en Pro. de Payogasta y La Paya.

6. — SIERRA DEL ACONQUIJA Y VALLE DE SANTA MARÍA

Se han analizado cinco sitios, uno en fondo de valle (Ingenio del Arenal), uno de altura (Nevado de Aconquija), uno de meseta (Fuerte de Andalgalá) y dos con asentamiento combinado en fondo de valle y pie de monte (Fuerte Quemado y Punta de Balasto).

Todos presentan instalación de R.P.C., y planta rectangular en habitación y en patios. En tres de los casos (Fuerte Quemado, Pta. de Balasto y Fte. de Andalgalá) asociados a sistema defensivo.

En Fte. Quemado, Pta. de Balasto y en Ingenio El Arenal es positivo el registro de planta circular en tumbas. En cuatro de los casos hay técnica de pirca doble con relleno y solo está ausente en Ingenio El Arenal, el cual presenta la técnica de piedra-mortero. En Fte. Quemado coexisten ambas técnicas.

Todos los sitios analizados presentan piedra símil sillar, mientras que solo hay revestimiento con revoque en Fte. Quemado e Ingenio El Arenal.

Respecto de la resolución de los cierres, el techo a un agua estaría presente en todos los sitios. En Fte. de Andalgalá hay también la posibilidad de techo en mojinete, el que podría existir en el Ndo. de Aconquija.

El listado de rasgos arquitectónicos es el siguiente: Nichos u hornacinas: Ndo. de Aconquija.
Banquetas: Fte. Quemado.
Escalinata en piedra: Fte. Quemado, Pta. de Balasto y Ndo. de Aconquija.
Ventanas: Fte. de Andalgalá.
Piso pavimentado: Ndo. de Aconquija.
Vanos trapezoidales: Ndo. de Aconquija.
Rampas: Pta. de Balasto y Ndo. de Aconquija.
Losa en saledizo: Fte. Quemado. Pta. de Balasto. Ndo. de Aconquija y Fte. de Andalgalá.
Muro trapezoidal, troneras y torreones: Fte. Quemado, Pta. de Balasto y Fte. de Andalgalá.

Es válido notar la semejanza en la presencia de rasgos defensivos en los sitios Fte. Quemado, Pta. de Balasto y Fte. de Andalgalá. Con la particularidad de que los dos primeros son instalaciones mixtas, donde las características defensivas se concentrarían en lo alto, mientras que el Fte. de Andalgalá es una clásica fortaleza, además de ser Inka puro, cuya actividad ocupacional haya sido, quizá, solo intermitente.

Templete: se encuentran claros indicios en Ndo. de Aconquija y algunas evidencias posibles en Fte. de Andalgalá.

Plataformas revestidas: aparecen en Ndo. de Aconquija y quizá en ingenio El Arenal.

Monolitos-menhires: se registran en Fte. Quemado y Ndo. de Aconquija.

En todos los sitios estudiados existe asociación con red caminera imperial, así como con corrales. En tres de ellos, Fte. Quemado, Pta. de Balasto y Ndo. de Aconquija hay depósitos circulares. Asimismo en Fte. Quemado, Ingenio El Arenal y Ndo. de Aconquija existe vinculación con explotaciones mineras. Finalmente es necesario consignar la asociación con arte rupestre en cuatro de los sitios.

7. — VALLE DE HUALFIN-ABAUCAN

De un total de cinco sitios analizados cuatro están en fondo de valle (Mishma, Shincal, Watungasta, Costa de Reyes) y uno en pie de monte (Ranchillos).

Los cinco sitios presentan instalación de R.P.C., son mixtos (en este caso Belén-Inka), estando todos asociados a vialidad incaica. Ninguno de estos sitios, a los que se podría agregar: Quillay y Mojón 764, poseen sistema defensivo.

Los cinco sitios presentan técnicas de piedras símil sillar, siendo el pircado con mortero. Sólo Watungasta presenta, además, pirca con revoque.

En todos se observa planta rectangular en habitaciones y en patios. Se carece de registro de techo en mojinete, y solo un caso, Watungasta, con posible techo cónico. En general no hay una clara resolución de techo.

Detalle de los rasgos presentes:

Nichos u hornacinas: piso pavimentado y muro trapezoidal: Shincal.

Banquetas: Mishma y Shincal.

Ventanas: Watungasta.

Torreones: Mishma.

Plataformas revestidas: Mishma y, quizá, Watungasta.

Escalinata en piedra: Shincal y Watungasta.

Muralla perimetral: Ranchillos, Shincal y Watungasta.

Los cinco sitios presentan asociación con corrales. En dos de ellos, Mishma y Watungasta, aparecen depósitos circulares. .

En Costa de Reyes y Mishma hay asociación con explotaciones mineras. Costa de Reyes y Watungasta presentan obras de riego, asociadas en Watungasta a campos agrícolas, también presentes en Mishma.

La existencia de plataforma revestida en Mishma y, probablemente en Watungasta es de destacar. Hay, asimismo, presencia de templetes en Mishma y en Shincal y, probablemente, en Costa de Reyes. Hay asociación con cementerios en Mishma, Shincal y Watungasta.

8. — LA RIOJA

Se analizaron dos sitios, Tambería del Inca y Pampa Real, ambas instalaciones se emplazan en fondo de valle, sin sistemas defensivos y con presencia de R.P.C. También comparten la característica de ser sitios puros. Asimismo en ambos casos se verifica asociación a caminos.

Respecto de las explotaciones mineras es destacable, no sólo asociación de estos sitios con ellas, sino que en general la región presenta, en apariencia, una remarcable intensidad en dichas explotaciones. Ambos comparten, asimisten, asimismo, la asociación con arte rupestre, planta rectangular en habitación y patios, pirca doble con relleno, templete y corrales.

En Tambería del Inca existen los siguientes rasgos, ausentes en Pampa Real: Pirca con piedra mortero, piedra símil sillar, pirca con revoque, techo en mojinete, techo a un agua, escalinata en piedra, piso pavimentado, rampas, muralla perimetral, muro trapezoidal, plataforma revestida; hay asociación con obras de riego, a campos agrícolas y cementerios.

Finalmente, los depósitos circulares están presentes en Pampa Real.

9. — MENDOZA-SAN JUAN

Sólo uno de los sitios de la región, Ranchillos (Valle de Uspallata), se encuentra en condiciones aptas para servir a los fines perseguidos en este análisis.

Está situado en fondo de valle, presenta patrón de R.P.C. Carece de sistema defensivo y registra planta rectangular en habitaciones y en patios. La técnica de construcción presenta pirca doble con relleno, pirca con piedra mortero, piedra símil sillar y revoque.

En cuanto a la resolución de techo se registran variantes: en mojinete y techo a un agua.

Se observa una clara asociación a red de vialidad incaica y con explotaciones mineras.

10. — SITIOS DE ALTURA

Hemos seleccionado dos, por la mejor información que se posee. Estos son los ubicados en Ndo. de Chañi y de Acay.

Presentan R.P.C., son sitios puros y carecen de sistema defensivo. Comparten los siguientes rasgos: planta rectangular en habitaciones y patios, pirca doble con relleno, planta circular en tumbas, techo a un agua, corrales. También comparten asociación a caminos, y, básicamente, con explotaciones mineras.

En cuanto a plataformas revestidas están ausentes en Chañi, pero podrían existir en Acay. En el Ndo. de Chañi se verifica la existencia de monolitos-menhires y la asociación con arte rupestre.

Sea por presencia o ausencia, las recurrencias de rasgos entre ambos sitios son casi exactas, recurrencias que parecen existir en la mayoría de los sitios de altura. Todos ellos ofrecen una reiterada vinculación con ofrendas propiciatorias.

V — LOS INKAS Y LAS EXPLOTACIONES MINERAS

Ya hemos adelantado que existe una significativa recurrencia en las asociaciones entre arraigos imperiales y depósitos minerales. Las pruebas arqueológicas marcan una frecuencia de estas asociaciones, que alcanza un coeficiente del 66 %. Ello nos permite inferir que la búsqueda de esos depósitos de recursos naturales fue una de las causalidades de la penetración.

Un análisis más específico a nivel regional, en el que sumamos a las pruebas arqueológicas la informática sobre la distribución de los metales apetecidos por los Inkas, como el oro, plomo, plata, cobre y cinc, dentro del ámbito del noroeste argentino, aporta elementos altamente significativos a saber *:

* Agradecemos al Dr. Isidoro Schalamuk, de la Cátedra Geología de Yacimientos de la Fac. de Ciencias Naturales y Museo, U.N.L.P., su valiosa colaboración en este tema.

1) La Sierra del Aconquija meridional y el Campo del Pucará, en cuyo ámbito se alojan cuatro instalaciones con mayor frecuencia y calidad de rasgos Inka (Ndo. de Aconquija y Fuerte de Andalgalá, entre ellas) es de singular riqueza en depósitos de cobre.

2) La región de la Sierra de Famatina (La Rioja), asiento de nada menos que doce instalaciones, es una de las más prolíficas del noroeste argentino en depósitos de cobre, oro y plata.

3) Los sitios de la Puna Norte: Rinconada, Cochinoca, Casabindo y Sayate, se ubican en las proximidades de abundantes depósitos de plomo, plata y cinc.

4) En la Quebrada del Toro, los R.P.C. de Punta Ciénaga, Las Cuevas IV y de Chañi están vinculados con explotaciones de oro.. Por su parte la quebrada de Humahuaca posee varios depósitos ricos en cobre.

5) Dentro del vasto ámbito de la Puna meridional, las instalaciones imperiales registradas en Antofalla, Uncalito, Abra de las Minas y Cerro Gallan se ubican en zonas fértiles en depósitos de cobre.

6) En el Valle de Uspallata de Mendoza, asiento de tres instalaciones, existen filones de plomo, plata y cinc.

VI — CONCLUSIONES

Sobre el total de la muestra analizada (120 instalaciones), pueden extraerse varios aspectos de sumo interés, algunos de los cuales representan respuestas concretas en torno a la naturaleza de la penetración Inka en el noroeste argentino.

1) El 96 % de las instalaciones están separadas entre si por una jornada de marcha y asociadas a una infraestructura caminera. Existiría, asimismo, en algunas regiones, una asociación directa entre la red vial y los petroglifos, de tal manera que estos últimos harían las veces de "mojones camineros" (muestra estadística: 98 casos, constituyen aproximadamente el 82 % de la muestra total).

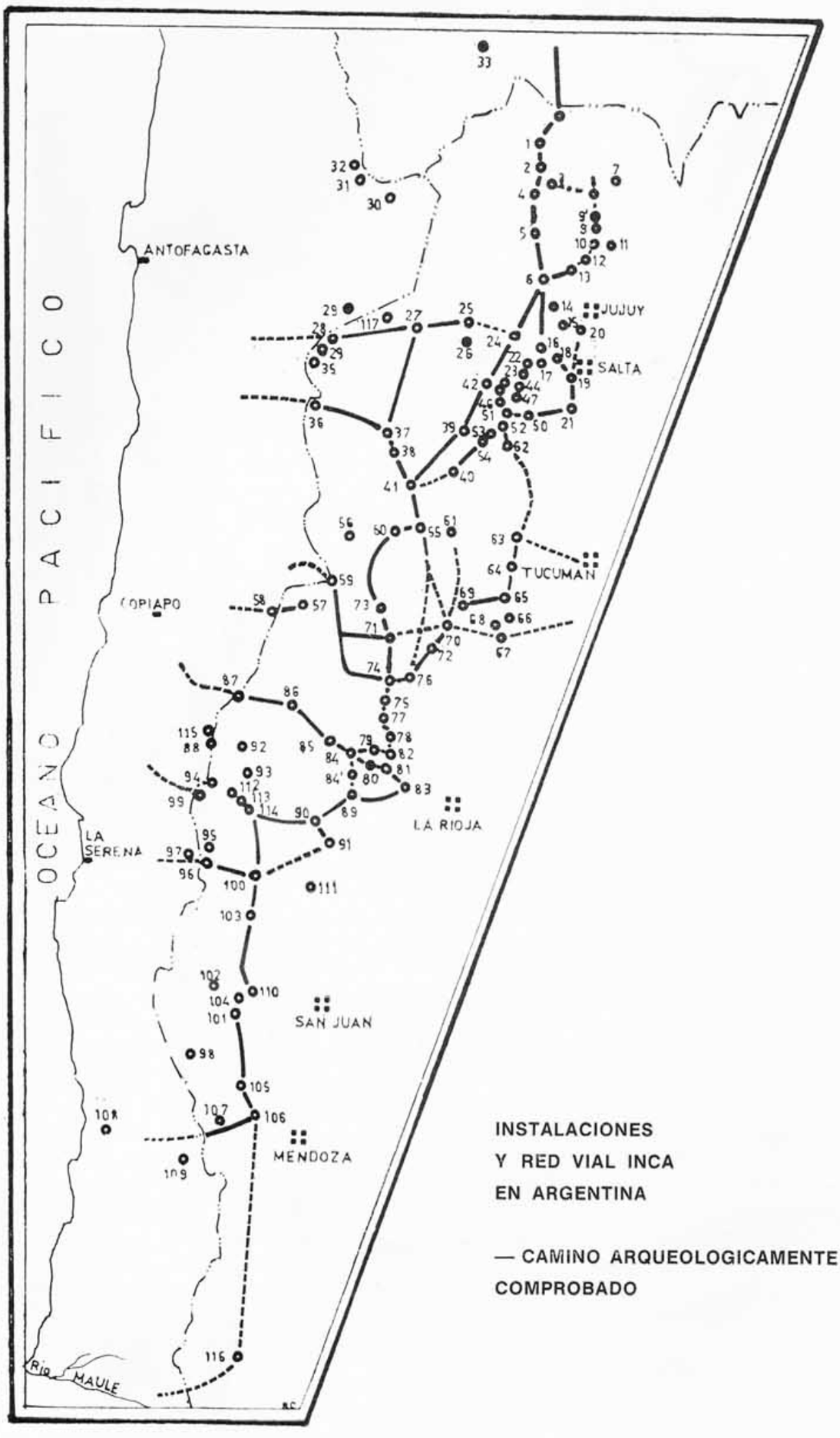
2) El 87 % de la muestra está asociado, directa o indirectamente, a manifestaciones rupestres, específicamente petroglifos (muestra estadística: 45 casos, constituyen el 30 % de la muestra total).

3) El R.P.C., es una modalidad arquitectónica presente en el 89 % de las instalaciones imperiales (muestra estadística: 82 casos, aproximadamente el 68 % del total).

4) La asociación de instalaciones Inka con explotaciones mineras se registró en 47 casos de un total de 60 presencias ausencias comprobadas. Esto representa un porcentaje del 75 % de sitios vinculados a la minería. La muestra permite proponer que la explotación minera fue uno de los objetivos de primordial importancia que persiguió el Tawantinsuyu en su penetración en el noroeste argentino.

5) Solo el 9 % de las instalaciones presenta un sistema defensivo artificial, evidenciado, además de su emplazamiento en mesetas, por construcciones de muros trapezoidales, torreones y troneras. A nivel regional, los sitios fortificados se registran en los valles de Santa María y en Sierra del Aconquija.

En la Quebrada de Humahuaca se observa una interesante problemática. Siete instalaciones (Tilcara, Yacoraite, Ciénaga Grande, Papachacra, La Huerta, Calete y Rodero), siendo sitios mixtos, poseen un sistema defensivo natural, en tanto dos de ellos (Yacoraite y Tilcara), rectángulo perimetral compuesto fehacientemente comprobado.



INSTALACIONES
Y RED VIAL INCA
EN ARGENTINA

— CAMINO ARQUEOLOGICAMENTE COMPROBADO

6) Un contraste relevante se observa entre la Quebrada del Toro y la Quebrada de Humahuaca. Separadas por escasos kilómetros, en la primera de ellas todas las instalaciones (seis) son incaicas puras.

7) Los índices registrados en torno a las situaciones de contacto entre Inkas y entidades locales, alcanzan valores del 64 % para sitios puros y 36 % para mixtos. A nivel regional, se observa un elevado número de sitios mixtos en la Puna norte, Quebrada de Humahuaca, Valle Calchaquí Norte (región de Molinos, Cachi y Payogasta), Valle de Santa María y Valle de Hualfín-Abaucán (muestra estadística: 108 casos, aproximadamente representan un 90 % de la muestra total). .

8) Todos los sitios de altura son Inka puros.

9) Las instalaciones ubicadas en la sección meridional de la Sierra de Aconquija son Inka puras, y poseen una manifiesta calidad arquitectónica.

10) Solo tres sitios Inka puros, sobre un total de 69, presentan asociación con explotaciones agrícolas. Otros nueve contienen también esa asociación, pero con explotaciones atribuibles a grupos culturales locales y preexistentes. De ello resulta que, apenas un 3 % de las instalaciones imperiales del noroeste argentino, pudieron estar destinadas específicamente a explotaciones agrícolas. Con ello, se desecha totalmente la hipótesis de una supuesta colonización agraria.

11) Las instalaciones de Nevado de Aconquija (con nueve rasgos arquitectónicos Inka de primer orden); Potrero de Payogasta, Fuerte Quemado y Tam-

←

1 — La Rinconada
2 — Cochinoca
3 — Sayate
4 — Casabindo
5 — Rincón de las Salinas
6 — El Moreno
7 — Cerro Morado
8 — Rodero
9 — Yacoraite
9'— Calete
10 — La Huerta
11 — Papachacra
12 — Tilcara
13 — Ciénaga Grande
14 — Nevado de Chañi
15 — Nevado del Castillo
16 — Punta Ciénaga
17 — Las Cuevas IV
18 — Las Zorras
19 — Incahuasi
20 — Agua Hedionda
21 — Osma
22 — Corrales Viejos
23 — Potrero de Payogasta
24 — Nevado de Acay
25 — Queshuar
26 — Pastos Grandes
27 — Icomán
28 — Socompa
29 — Pular
30 — Pilli
31 — Juriques
32 — Licancabur
33 — Cerro Bonete
34 — Chuculai
35 — Llullaillaco
36 — Azufre
37 — Antofalla
38 — Uncalito
39 — Abra de las Minas
40 — Cerro Gallán
41 — Coyparcito
42 — La Hoyada
43 — Nevado de Cachi
44 — Cortaderas
45 — Choique
46 — Lomas del Oratorio
47 — Tero
48 — Quitian
49 — Agua de los Loros
50 — Tintin
51 — La Paya
52 — San Rafael
53 — Amaicha
54 — Tacuil
55 — El Peñón
56 — El Peinado
57 — Los Patos
58 — Azufre o Copiapó
59 — Las Cuevas
60 — Laguna Colorada
61 — Corral Blanco
62 — Angastaco
63 — Fuerte Quemado
64 — Punta de Balasto
65 — Nevado de Aconquija
66 — Ingenio del Arenal
67 — Fuerte de Andalgalá
68 — Chaquiago
69 — Hualfín
70 — Quillay
71 — Mishma
72 — Shincal
73 — Ranchillos
74 — Watungasta
75 — Costa de Reyes
76 — Mojón 764
77 — Tambería de los Cazaderos
78 — Angulos
79 — Paso del Tocino
80 — Pampa Real
81 — Negro Overo
82 — Chilitanca
83 — Tambería del Inca
84 — Pirquitas
84'— Rincón del Toro
85 — Los Mudaderos
86 — Paila
87 — El Potro
88 — Nevado de Tambillos
89 — Anchumbil
90 — Guandacol
91 — Paso Lamar
92 — Infiernillo
93 — Imán
94 — El Toro
95 — Río Frío
96 — Las Tórtolas
97 — Doña Ana
98 — Mercedario
99 — Paso Valeriano
100 — Angualasto
101 — Barreal
102 — Barrealito
103 — Tocota
104 — Calingasta
105 — Tambillos
106 — Ranchillos
107 — Tambillitos
108 — Quillota
109 — Cerro El Plomo
110 — Alcaparrosa
111 — Pachimoco
112 — Río de Los Tambos
113 — Pircas Negras
114 — Pircas Blancas
115 — Paso del Inca
116 — Malargüe
117 — Aracar

Cuadro I: RASGOS ARQUITECTONICOS INKA DEL N.O. ARGENTINO

Referencias: ⊞ indica presencia
⊙ indica ausencia
◍ indica falta de registro

Rasgo \ Sitio	1	2	3	4	5	6	7	8	9	10	11	12	13	14	15	16	17
A - *Sistema de emplazamiento*																	
1. en fondo de valle	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙
2. en meseta o pie de monte	⊞	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊙	⊞
3. sitio de altura	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
B - *Tipo de instalación*																	
4. fortaleza	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊞
5. rect. perím. compuesto	⊞	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	⊙	⊙	⊞	⊞
6. combinación de 4 y 5	⊞	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊞
C - *Arquitectura*																	
7. planta rectangular en habitaciones	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
8' planta rectangular en patios	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	⊞	◍
9. planta circular en tumbas	⊞	⊞	◍	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
10. pirca doble c/relleno	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
11. pirca en piedra-mortero	⊞	⊙	◍	◍	⊞	⊞	⊞	◍	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
12. piedra símil "sillar"	⊞	⊞	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
13. pirca c/revoque	⊞	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙
14. techo en mojinete	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
15. techo a un agua	⊞	◍	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	◍	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
16 techo cónico	◍	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙
17. nichos u ornacinas	⊙	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙
18. banquetas	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙

Cuadro I: RASGOS ARQUITECTONICOS INKA DEL N.O. ARGENTINO (*Cont.*)

Rasgo \ *Sitio*	*1*	*2*	*3*	*4*	*5*	*6*	*7*	*8*	*9*	*10*	*11*	*12*	*13*	*14*	*15*	*16*	*17*
19. escalinatas en piedra	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
20. ventanas	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
21. piso pavimentado	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
22. vano trapezoidales	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
23. dinteles	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
24 rampas	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
25. losa en saledizo	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
26. muralla perimetral	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
27. muro trapezoidal	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
28. troneras	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
29. torreones	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
30. templete	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
31. corrales	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
32. depósitos circulares	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
33. plataformas revestidas	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
34. monolitos-menhires	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
D - *Asociado con*																	
35. caminos	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
36. socavones mineros	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
37. obras de riego	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
38. campos agrícolas	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
39. túmulos	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
40 cementerio	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■
41. arte rupestre	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■	■

1, Rinconada; 2, Casabindo; 3, Rincón de las Salinas; 4, El Moreno; 5, Punta Ciénaga; 6, Las Cuevas IV; 7, Corrales Viejos; 8, Las Zorras; 9, Incahuasi; 10, Osma; 11, Agua Hedionda; 12, Pro. Payogasta; 13, Cortadera; 14, Tin Tin; 15, La Paya; 16, Amaicha; 17, Angastaco; 18, Abra de Las Minas; 19, Coyparcito; 20, Chañi, 21, Acay; 22, Fuerte Quemado; 23, Punta de Balasto; 24, Ingenio Arenal; 25, Ndo. Aconquija; 26, Fte. Andalgalá; 27, Ranchillos (Catamarca); 28, Mishma; 29, Shincal; 30, Costa de Reyes; 31, Watungasta; 32, Tambería del Inca; 33, Ranchillos (Mendoza); 34, Pampa Real

Cuadro I: RASGOS ARQUITECTÓNICOS INKA DEL N.O. ARGENTINO

Referencias: ⊞ indica presencia
⊙ indica ausencia
◍ indica falta de registro

Rasgo \ *Sitio*	*18*	*19*	*20*	*21*	*22*	*23*	*24*	*25*	*26*	*27*	*28*	*29*	*30*	*31*	*32*	*33*	*34*
A - *Sistema de emplazamiento*																	
1. en fondo de valle	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊞	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
2. en meseta o pie de monte	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
3. sitio de altura	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
B - *Tipo de instalación*																	
4. fortaleza	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
5. rect. perím. compuesto	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
6. combinación de 4 y 5	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
C - *Arquitectura*																	
7. planta rectangular en habitaciones	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
8. planta rectangular en patios	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
9. planta circular en tumbas	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	⊙	⊙	⊙
10. pirca doble c/relleno	⊞	⊞	◍	◍	◍	◍	◍	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
11. pirca en piedra-mortero	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	◍	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
12. piedra símil "sillar"	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
13. pirca c/revoque	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	◍	◍	◍	◍	◍	⊙	⊙	⊙
14. techo en mojinete	⊙	⊙	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	◍	⊙	⊙	⊙
15. techo a un agua	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
16 techo cónico	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
17. nichos u ornacinas	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙
18. banquetas	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	◍	◍	◍	◍	◍	⊞	⊞	◍	◍	⊙	⊙	◍

Cuadro I: RASGOS ARQUITECTONICOS INKA DEL N.O. ARGENTINO (*Cont.*)

Rasgo / Sitio	18	19	20	21	22	23	24	25	26	27	28	29	30	31	32	33	34
19. escalinatas en piedra	○	⊞	○	○	⊞	⊞	○	⊞	○	●	○	⊞	●	⊞	⊞	○	○
20. ventanas	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
21. piso pavimentado	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
22. vano trapezoidales	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	○	○
23. dinteles	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
24 rampas	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
25. losa en saledizo	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
26. muralla perimetral	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
27. muro trapezoidal	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
28. troneras	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
29. torreones	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
30. templete	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
31. corrales	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
32. depósitos circulares	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
33. plataformas revestidas	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
34. monolitos-menhires	○	○	○	○	⊞	⊞	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○	○
D - *Asociado con*																	
35. caminos	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
36. socavones mineros	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
37. obras de riego	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
38. campos agrícolas	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
39. túmulos	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
40 cementerio	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
41. arte rupestre	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞

1, Rinconada; 2, Casabindo; 3, Rincón de las Salinas; 4, El Moreno; 5, Punta Ciénaga; 6, Las Cuevas IV; 7, Corrales Viejos; 8, Las Zorras; 9, Incahuasi; 10, Osma; 11, Agua Hedionda; 12, Pro. Payogasta; 13, Cortadera; 14, Tin Tin; 15, La Paya; 16, Amaicha; 17, Angastaco; 18, Abra de Las Minas; 19, Coyparcito; 20, Chañi, 21, Acay; 22, Fuerte Quemado; 23, Punta de Balasto; 24, Ingenio Arenal; 25, Ndo. Aconquija; 26, Fte. Andalgalá; 27, Ranchillos (Catamarca); 28, Mishma; 29, Shincal; 30, Costa de Reyes; 31, Watungasta; 32, Tambería del Inca; 33, Ranchillos (Mendoza); 34, Pampa Real

Cuadro II: SITIOS INKA EN EL N.O. ARGENTINO

Referencias: ⊞ indica presencia
⊙ indica ausencia
◍ indica falta de registro

Nº	Nombre	Ubicación	Tipo emplazamiento			Sistema defensa		Rect. Perim. Comp.	Conct.		Asociación		
			Altura	Meseta-piedem.	Bajo	Nat.	Art.		Puro	Mixto	Vialid.	Miner.	Arte
1	Rinconada	Puna (Jujuy)	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞
2	Cochinoca	„ „	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	◍	⊙	⊞	⊞	⊞	⊞
3	Sayate	„ „	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞	◍
4	Casabindo	„ „	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊙	⊙	⊞	◍	◍
5	Rcon. Salinas	„ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	◍	⊞	⊙	◍	⊞	◍
6	El Moreno	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	◍	◍	◍
7	Cerro Morado	„ „	⊞	⊞	⊞	⊞	⊙	◍	⊞	⊙	◍	◍	◍
8	Rodero	Qda. Humahuaca	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	◍	◍	◍
9	Yacoraite	„ „	⊙	⊙	◍	⊞	⊙	◍	⊙	⊞	◍	◍	◍
9'	Calete	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	◍	◍	◍
10	La Huerta	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	◍	⊙	⊞	◍	◍	◍
11	Papachacra	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	◍	◍	◍
12	Tilcara	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊞	◍	◍	◍
13	Ciénaga Gde.	„ „	⊙	⊙	⊙	◍	⊙	⊞	⊙	⊞	◍	◍	◍
14	Ndo. Chañi	Qda. del Toro	⊞	⊞	◍	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
15	Ndo. Castillo	„ „ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
16	Pta. Ciénaga	„ „ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
17	Las Cuevas IV	„ „ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
18	Las Zorras	„ „ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
19	Incahuasi	„ „ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
20	Agua Hedionda	Río L. Sauces	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
21	Osma	V. de Lerma	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
22	Cles. Viejos	Qda. del Toro	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
23	Pro. Payogasta	V. Calchaquí	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
24	Ndo. Acay	„ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
25	Queshuar	Puna (Salta)	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
26	Pastos Gdes.	„ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
27	Icomán	„ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
28	Socompa	„ „	⊙	⊙	⊙	⊙	⊙	⊞	⊞	⊙	⊞	⊞	⊞
29	Pular	Puna Chilena	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	◍	◍	◍
30	Pilli	„ „	⊙	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊙	⊙	◍	◍	◍

Cuadro II: SITIOS INKA EN EL N.O. ARGENTINO (*Cont.*)

Nº	Nombre	Ubicación	Tipo emplazamiento			Sistema defensa		Rect. Perim. Comp.	Conct.		Asociación		
			Altura	Meseta-piedem.	Bajo	Nat.	Art.		Puro	Mixto	Vialid.	Miner.	Arte
31	Juriques	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
32	Lizancabur	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
33	Cerro Bonete	„ Boliviana	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
34	Chuculai	„ Salta	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
35	Llullaillaco	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
36	Azufre	„ Chilena	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
37	Antofalla	„ Catamarca	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
38	Uncalito	„ Salta	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
39	Abra Minas	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
40	Cerro Gallan	„ Catamarca	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
41	Coyparcito	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
41'	La Alumbrera	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
42	La Hoyada	V. Calchaquí	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
43	Ndo. de Cachi	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
44	Cortaderas	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
45	Choique	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
46	L. Oratorio	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
47	Tero	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
48	Quintián	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
49	Agua L. Loros	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
50	Tintin	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
51	La Paya	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
52	San Rafael	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
53	Amaicha	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
54	Tacuil	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
55	El Peñón	Puna Catamarca	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
56	El Peinado	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
57	Los Patos	„ „	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
58	Azufre o Copiapó	„ Chilena	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
59	Las Cuevas	Lim. Arg.-Chil.	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●
60	Laguna Colorada	Puna Catamarca	⊞	⊙	⊙	⊞	⊙	⊞	⊞	⊙	●	●	●

Cuadro II: SITIOS INKA EN EL N.O. ARGENTINO (*Cont.*)

Nº	Nombre	Ubicación	Tipo emplazamiento			Sistema defensa		Rect. Perim. Comp.	Conct.		Asociación		
			Altura	Meseta-piedem.	Bajo	Nat.	Art.		Puro	Mixto	Vialid.	Miner.	Arte
61	Corral Blanco	" "	○	○	○	○	○	○	⊞	○	⊞	◍	◍
62	Angastaco	V. Calchaquí	○	⊞	○	⊞	⊞	⊞	⊞	○	⊞	◍	◍
63	Fuerte Quemado	V. Sta. María	○	⊞	○	⊞	⊞	⊞	○	⊞	⊞	◍	⊞
64	Pta. de Balasto	" " "	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞
65	Ndo. Aconquija	Sa. Aconquija	○	○	○	○	○	○	⊞	○	⊞	⊞	⊞
66	Ingenio Arenal	" "	○	⊞	⊞	⊞	⊞	⊞	○	○	⊞	⊞	◍
67	Fte. Andalgalá	C. Pucará Cat.	○	⊞	⊞	◍	◍	⊞	○	⊞	⊞	⊞	⊞
68	Chaquiago	" " "	○	○	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
69	Hualfín	Hualfín-Abau.	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	⊞	◍
70	Quillay	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
71	Mishma	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
72	Shincal	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
73	Ranchillos	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
74	Watungasta	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
75	Costa de Reyes	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
76	Mojón 764	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
77	Tamb. Cazaderos	S. Famatina	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
78	Angulo	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
79	Paso del Tocino	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
80	Pampa Real	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
81	Negro Overo	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
82	Chilitanca	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
83	Tamb. del Inca	Chilecito	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
84	Pirquitas	Sa. Famatina	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
84'	Rincón Toro	" "	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
85	Los Mudaderos	V. Vinchina	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
86	Paila	La Rioja	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
87	El Potro	Precord. Chil.	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
88	Ndo. Tambillos	San Juan	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
89	Anchumbil	V. Vinchina	○	⊞	⊞	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍
90	Guandacol	Sa. Guandacol	○	⊞	○	○	○	⊞	○	⊞	⊞	◍	◍

Cuadro II: SITIOS INKA EN EL N.O. ARGENTINO (*Cont.*)

Nº	Nombre	Ubicación	Tipo emplazamiento			Sistema defensa		Rect. Perim. Comp.	Conct.		Asociación		
			Altura	Meseta-piedem.	Bajo	Nat.	Art.		Puro	Mixto	Vialid.	Miner.	Arte
91	Paso del Lamar	San Juan											
92	Infiernillo	„ „											
93	Imán	„ „											
94	El Toro	„ „											
95	Río Frío	„ „											
96	Las Tórtolas	„ „											
97	Doña Ana	Precord. Chil.											
98	Mercedario	„ San Juan											
99	Paso Valeriano	„ „ „											
100	Angualasto	„ „ „											
101	Barreal	„ „ „											
102	Barrealito	„ „ „											
103	Tocota	„ „ „											
104	Calingasta	„ „ „											
105	Tambillos	V. Uspallata											
106	Tambillitos	„ „											
107	Ranchillos	„ „											
108	Quillota	Chile											
109	Cerro Plomo	„											
110	Alcaparosa	San Juan											
111	Pachimoco	„ „											
112	Río Los Tambos	„ „											
113	Pircas Negras	„ „											
114	Pircas Blancas	„ „											
115	Paso del Inca	„ „											
116	Malargüe	S. Rafael (Mza.)											
117	Aracar	Puna (Salta)											

bería del Inca (con ocho rasgos); Fuerte de Andalgalá e Incahuasi (con siete); Punta de Balasto, La Casa Morada, Mishma, Shincal y Malargüe (con seis rasgos), son las instalaciones que registran mayor frecuencia de atributos imperiales. Naturalmente, es en ellas donde se observa una mayor presión cultural Inka, la cual se confirma por la calidad de la realización arquitectónica.

De este último punto puede extraerse que las regiones de los Valles Calchaquí-Santa María y Hualfín-Abaucán, así como la vertiente occidental de la Sierra del Aconquija catamarqueña y la Sierra de Famatina en La Rioja, son las más fuertemente "inkaizadas".. Existe también la posibilidad de sumar a esta lista, la región del Valle de Calingasta, en San Juan. Ello dependerá de una mejor sistematización del registro en el terreno.

12) Un párrafo aparte merece la región de la Quebrada de Humahuaca. Los rasgos extraídos de elementos mobiliares (talleres lapidarios, formas e iconografía de la cerámica, piezas de bronce, keros de madera, etc.), son necesarios y suficientes para evidenciar influencias imperiales. Pero el hallazgo de elementos arquitectónicos Inka de primer orden, como el rectángulo perimetral compuesto en Tilcara y Yacoraite (P. Krapovickas, 1968; G. Madrazo y M. Ottonello, 1966), la piedra símil sillar, registrada en Tilcara y, probablemente, el uso de revoque en la pared (de posible presencia en Tilcara) son, desde ya, pruebas arqueológicas concluyentes que confirman una presencia efectiva más que una influencia de carácter meramente comercial.

Futuras investigaciones, realizadas con criterios taxonómicos, en las instalaciones tardías de Humahuaca permitirán, seguramente, acrecentar esta lista de "presencias arquitectónicas imperiales". Ello contribuirá a resolver viejas polémicas, planteadas entre arqueólogos y etnohistoriadores, con referencia a la dominación política del Cusco en Humahuaca.

Finalmente, vale la pena considerar tres aspectos relacionados con la penetración imperial en el noroeste argentino:

1) El hallazgo de 120 instalaciones en territorio argentino, así como la potencial posibilidad de que a esta lista se sumen varios sitios que permanecen ocultos en regiones arqueológicamente desconocidas es, desde ya, una muestra relevante que permite comprobar el interés que tuvo el Tawantinsuyu por la dominación del noroeste argentino.

2) La ubicación de las instalaciones Inka, desde Rinconada por el N, hasta Malargüe por el sur, representan una extensión de más de 1.500 Km, en un sentido general norte-sur. Se localizan básicamente dentro de ámbitos altiplánicos, andinos y precordilleranos, con algunas ingresiones en las regiones subandinas orientales y, hasta el momento, falta de presencia en las tierras bajas.

3) Las regiones arqueológicas más fuertemente "inkaizadas", como el Valle Calchaquí central y meridional, el Valle de Santa María, el borde occidental de la Sierra de Aconquija, los valles de Hualfín-Abaucán y la Quebrada de Humahuaca, fueron las que más resistencia opusieron a la penetración hispánica del siglo XVI. En todas ellas se perciben con claridad los intentos de confederaciones intertribales, como respuesta más organizada frente a la presión europea. Los casos más conocidos de alianzas entre señoríos, como los promovidos por Juan Calchaquí en el valle homónimo, Viltipoco en Humahuaca, Machilín en Hualfín-Abaucán y, fundamentalmente, por el "falso Inka" Pedro Bohorquez, quien, con suma habilidad, usurpó esta herencia de sangre en busca de una mayor sumisión de las tribus locales, son claros síntomas de que la impronta Inka se había incorporado en los aspectos culturales más profundos de esos aliados locales y, no obstante la temprana caída del Cusco en manos castellanas, perduró por espacio de un siglo en el noroeste argentino.

BIBLIOGRAFÍA

AMBROSETTI, Juan B., 1907. "Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de La Paya" (Valle Calchaquí, Salta. Public. nº 3, secc. Antropológica. Fac. de Filos. y Letras, Buenos Aires).

APARICIO, Francisco de, 1940. "La tambería del Rincón del Toro". Public. del Museo Etnográfico de la Fac. de Filos. y Letras, serie A, IV, Buenos Aires.

BENNETT, W. y col. 1948. "North Western Argentine archaelogy", Yale Univ. New Haven.

BOMAN, Eric, 1908. "Antiquités de la Région Andine de la République Argentine et du Désert D'Atacama", París.

BORRELLO, María A., 1974. "El sitio incaico de Costa de Reyes", Tinogasta (Prov. Catamarca). ETNIA, nº 20. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce" del Inst. de Invest. Antropológicas, Olavarría.

BRUCH, C., 1911. "Exploraciones arqueológicas en las provincias de Tucumán y Catamarca". Rev. Mus. La Plata, t. V, Buenos Aires.

CANALS FRAU, Salvador, 1943. "Las ruinas de Malargüe en la provincia de Mendoza". Anales del Inst. de Etnografía Americana. Univ. Nac. de Cuyo, t. IV, Mendoza.

CASANOVA, Eduardo, 1930. "Excursión arqueológica al Cerro Morado (Depto. Iruya, Salta)". Notas del Museo Etnográfico nº 1. Fac. de Filos. y Letras. Universidad Nacional, Buenos Aires.

CENTRO DE INVESTIGACIONES ARQUEOLÓGICAS DE ALTA MONTAÑA, 1975. T. 2, San Juan.

CIGLIANO, E. y col., 1960. "Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María": Inst. Antrop. Univ. Nac. Litoral, 4, Rosario.

DEAMBROSIS, María S., y DE LORENZI, Mónica, 1973. "La influencia incaica en el noroeste argentino (sector norte)". Museo Arqueológico de Cachí. Estudios de Arqueología nº 2, Salta.

DEBENEDETTI, Salvador, 1917. "Investigaciones arqueológicas en los valles preandinos de la Prov. de San Juan". Fac. de Filos. y Letras. Public. Secc. Antrop. nº 15 de la Revista de la Univ. de Buenos Aires, t. XXXII y XXXIV, Buenos Aires.

DE LORENZI, M., y DÍAZ, P., 1976. "La influencia incaica en el sector septentrional del Valle Calchaquí". Actas y memorias, III, 1-4, San Rafael, Mendoza.

DEBENEDETTI, Salvador, 1930. "Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo". Notas del Museo Etnográfico nº 1. Fac. de Filos. y Letras. Univ. Nac. Buenos Aires.

DÍAZ COSTA, Rogelio, 1966. "Expedición de andinistas sanjuaninos al cerro Las Tórtolas" (febrero de 1960). Anales de Arqueología y Etnología, t. XXI. Univ. Nac. de Cuyo. Fac. de Filos. y Letras, Mendoza.

DIFRIERI, H. 1942-47. "Las ruinas del Potrero de Payogasta". Actes du XXVIII Congr. Inter. Americanista, París.

DOUGHERTY, Bernardo, 1972. "Un nuevo yacimiento con construcciones tumuliformes de piedra: Agua hedionda". ETNIA nº 16. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Inst. de Invest. Antropológicas, Olavarría.

GONZÁLEZ, Alberto R., 1963. Cultural development in northwestern Argentine. Aboriginal cultural development in Latin America: An Intentative Review. Smithsonian Miscellaneous Collections, val. 146, nº 1. Edited by Betty Meggers and Cliford Evans, Washington.

— 1966. "Las ruinas de Shincal". Primer Congr. de Hist. de Catamarca, t. III, Catamarca.

GRESLEBIN, Héctor, 1940. "La arqueología de la tambería del Inca" (Chilecito, La Rioja). Un ensayo de urbanismo prehispánico que auspicia la Soc. Central de Arquitectos.

KRAPOVICKAS, Pedro, 1958-59. "Un taller de lapidario en el Pucará de Tilcara". RUNA, nº IX, partes 1 y 2, Buenos Aires.

— 1968. "Una construcción novedosa en la Quebrada de Humahuaca" (Jujuy). ETNIA, nº 7. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Inst. de Invest. Antropológicas, Olavarría.

— 1969. "La instalación aborigen en Pucará de Yacoraité (Jujuy). ETNIA, nº 10. Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce". Inst. de Invest. Antropológicas, Olavarría.

LAFON, Ciro R., 1958. "Contribución a la determinación del Horizonte Incaico del Área Diaguita". Centro Argentino de Estudios Prehistóricos. Acta Prehistórica, II, Buenos Aires.
LANGE, G., 1892. "Las ruinas de la fortaleza del Pucará". Anal. Mus. La Plata. Arqueología, III, La Plata.
LAFONE QUEVEDO, S., 1892. "El pueblo de Batungasta". Anal. Mus. La Plata. Arqueología, II, La Plata.
1898. "Tesoro de Catamarqueñismos". Ed. Coni, Buenos Aires.
LANZONE, Lidia A. de, y SUETTA, Juan M., 1970. "Nuevos aportes para el estudio del asentamiento humano en la puna de Jujuy. Revisión del Pucará de Rinconada". ANTIQUITA nº 10, Buenos Aires.
LEPAIGE, Gustavo, 1966. "El santuario incaico de Licancabur" (Antofagasta, Chile). Anales de Arqueología y Etnología, t. XXI. Univ. Nac. de Cuyo. Fac. de Fil y Letras, Mendoza.
LEVILLIER, Roberto, 1926. "El Perú y el Tucumán en los tiempos prehispánicos". Capítulo primero de la "Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán", Lima.
MADRAZO, G. y OTONELLO de García Reinoso, M., 1966. "Tipos de instalación prehispánica en la región de la puna y su borde". Museo Etnográfico Municipal "Dámaso Arce", Monografía nº 1, Olavarría.
MAIDANA, O. y otros. 1966. "Papachacra" (un yacimiento arq. en los Valles" (Tilcara, Jujuy), Salta.
MAIDANA, O.; ASUR, E.; CHAFATINOS, T.; NADIR, Á., y MÁRQUEZ, G., 1974. "Osma, un yacimiento indicador para el Valle de Lerma". Ediciones culturales del Depto. de Información Parlamentaria, Bibliográfica y de Prensa de la Legislatura de la Provincia de Salta.
MAPA ARQUEOLÓGICO DE SALTA, 1977. Rev. del Museo Arqueológico de Salta nº 1, Salta.
MÁRQUEZ MIRANDA, F., y CIGLIANO, E., 1961. "Problemas arqueológicos en la zona de Ingenio de Arenal" (Prov. Catamarca). Rev. del Museo de La Plata (N.S.), secc. Antrop., TV. La Plata.
PERROT, D. de, y NARDI, R., 1978. "1.000 años de tejido en la Argentina" (introducción). I.N.A., Sec. de Estado de Cultura, Buenos Aires.
PAULOTTI, Osvaldo, 1958-59- "Las ruinas de los nevados de Aconquija. Noticia preliminar. RUNA, vol. IX, partes 1 y 2, Buenos Aires.
QUIROGA, A., 1896-1901. "Las ruinas calchaquíes de Fuerte Quemado". Anal. Soc. Cient. Argentina, LII, Buenos Aires.
RAFFINO, Rodolfo A., 1969. "Nota preliminar sobre dos nuevos sitios incaicos en el N.W. argentino". ETNIA nº 10. Museo Municipal "Dámaso Arce", Olavarría.
ROHMEDER, G., 1949. "Estudio de un prehispánico camino de cuesta por la Sierra de Famatina (Prov. La Rioja). Estudio arqueográfico". Rev. del Inst. de Antrop. Vol. 4. Univ. Nac. de Tucumán. Fac. de Cien. Culturales y Artes, Tucumán.
ROHMEDER, G., 1941. "Las ruinas de las tamberías de la Pampa Real", en la Sierra de Famatina. Rev. Inst. Antrop. U. N. Tucumán, II, 6, Tucumán.
ROWE, John H., 1943. "An introduction to the Archeology of Cuzco. Papers of the Peabody Museum of Archaelogy and Ethnology; 27, nº 2, Cambridge.
— 1970. "La arqueología del Cuzco como historia cultural. Cien años de Arqueología en el Perú". Ed. de Petróleos del Perú, Lima.
RUSCONI, Carlos, 1962. "La tambería prehispánica de Tocota (San Juan). Rev. del Museo de Historia Natural de Mendoza, vol. XIV, entregas 1-4, Mendoza.
SALAS, Alberto M., 1945. "El antigal de Ciénaga Grande" (Quebrada de Purmamarca, Jujuy). Public. del Museo Etnográfico de la Fac. de Fil. y Letras de Buenos Aires, serie A, V, Buenos Aires.
SCHOBINGER, Juan, 1966. "La momia del cerro El Toro". Invest. arqueológica en la cordillera de la Prov. de San Juan. Suplemento al tomo XXI de los "Anales de Arqueología y Etnología", Mendoza.
— 1966. "Investigaciones arqueológicas en la sierra de Famatina" (La Rioja). Anales de Arqueología y Etnología, t. XXI. Univ. Nac. de Cuyo. Fac. de Filos. y Letras, Mendoza.
SEMPE, María C, 1973. "Últimas etapas del desarrollo cultural indígena (1480-1690), en el Valle de Abaucán" (Tinogasta, Catamarca). Rev. del Museo de La Plata (N.S.), secc. Antrop. nº 50, t. VIII, La Plata.

STRUBE, León, 1963. "Vialidad imperial de los Incas. Desde Colombia hasta Chile central o Sur de Mendoza, con inclusión de sus proyecciones orientales". Univ. Nac. de Córdoba. Fac. de Fil. y Humanidades. Inst. de Estudios Americanistas. Serie Histórica nº XXXIII, Córdoba.

STRUVE, R. P. Luis, 1945. "Fortalezas y fortines incaicos". Rev. Geográfica Americana. Año XVII, vol. XXIII, nº 136, Buenos Aires.

TARRAGÓ, Miriam, y DÍAZ, Pío P., 1972. "Sitios arqueológicos del valle Calchaquí". Mus. Arqueológico de Cachi. Estudios Arqueológicos nº 1, Salta.

TARRAGÓ, Miriam, y NÚÑEZ REGUEIRO, Víctor, 1972. "Un diseño de investigación arqueológica para el valle Calchaquí: fase exploratoria". Mus. Arqueológico de Cachi. Estudios Arqueológicos nº 1, Salta.

TARRAGÓ, M., y DÍAZ, Pío P., 1973. "Sitios arqueológicos del valle Calchaquí nº II". Mus. Arqueológico de Cachi. Estudios de Arqueología nº 2, Salta.

WILLEY, Gordon R., 1953. "Prehistoric Settlement Patterns in the Virú Valley, Perú. Smithsonian Instituion Bureau of American Ethnology, Bulletin 155, Washington.

WILLEY, G. R., y PHILLIPS, P., 1958. "Method and theory in american archaeology. The Univ. of Chicago Press. Phoenix Books, Chicago.

COMUNICACIONES PERSONALES Y TRABAJOS INÉDITOS.

BERBERIAN, E. E., y J. M. DE ZURITA, 1979. "La tambería inkaica de Tocota" (San Juan).

DÍAZ, P. P., "Sitios incaicos en el sector N. del Valle Calchaquí", Prov. de Salta.

FERNÁNDEZ, A. M., "Las ruinas de Incahuasi" (Prov. de Salta).

KRITZKAUSKY, N., "Excavaciones en Fuerte Quemado" (Prov. Catamarca).

RAFFINO, R. A., "Diarios de viaje, campañas 1968, 1970, 1974 y 1975, sobre sitios inka: Punta Ciénaga, Abra de las Minas, Corrales Viejos Las Cuevas IV, Amaicha, Angastaco y San Rafael" (Quebrada del Toro y Valle Calchaquí).

SEMPE, M. C., "Los sitios inkas del valle de Abaucán" (M.S.).

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

ARTE RUPESTRE EN LA CUENCA DEL RÍO DONCELLAS (PROVINCIA DE JUJUY, REPÚBLICA ARGENTINA)

Lidia C. Alfaro

INTRODUCCIÓN

Las cuevas, abrigos y paredones con arte rupestre ubicados en la cuenca del río Doncellas fueron parcialmente conocidos desde 1938, año en el que Vignati recorre muy rápidamente la zona cercana a la población de Agua Caliente de Rachaite ante el aviso del hallazgo de una "momia" aparecida en una tumba recién abierta. Publica un dibujo (fig. 1, pág. 57) con varias hileras de camélidos que ubica "casi a ras del suelo" y señala la posibilidad de encontrar mayor número de representaciones, tal vez cubiertas por la sedimentación producida por acumulación eólica.

Posteriormente trabaja el yacimiento Casanova (1941-1943), que también publica una serie de pictografías entre las que se destaca la figura de un hombre enmascarado, posiblemente un hechicero o brujo (Casanova, 1967, 3, fig. 3).

En nuestra primera visita a la zona, enero de 1972, no logramos ubicar la cueva, pero sí otros sitios con abundante arte rupestre, lo que nos movió a regresar, consiguiendo para ello el apoyo económico del CONICET, mediante un subsidio.

En julio de 1973 se ubica la cueva pintada en la que aparecen, junto a otros cientos de figuras, las pictografías citadas por ambos arqueólogos.

En esa campaña y en la siguiente, enero-febrero de 1974, se hace el relevamiento de siete cuevas, dos abrigos y varios paredones, ya sea aislados o como parte de paredes de casas tumbas.

En los paredones se presenta algún grabado-pintado, técnica que no fue usada en las cuevas o los abrigos y que por otra parte es excepcional en la Puna, de acuerdo a los hallazgos conocidos hasta ahora.

La cuenca del río Doncellas [1] es una amplia región de varios kilómetros de extensión, correspondiente al Departamento de Cochinoca, Provincia de Jujuy, que nuclea una serie de sitios arqueológicos en estudio actualmente por un equipo del Instituto Nacional de Antropología y del Instituto de Arqueología de la Universidad del Salvador.

No podemos precisar su dimensión total ya que las investigaciones iniciadas lo señalan como un centro habitacional estable de tipo agrícola (García Reinoso, 1973, pág. 25) con ramificaciones e influencias que todavía no pudieron ser determinadas en toda su extensión e importancia.

[1] No hay unanimidad respecto al curso del río Doncellas y sus afluentes; los mapas consultados difieren lo mismo que la consulta a gente del lugar. Mantenemos esa designación para el yacimiento porque fue la que utilizó Casanova en 1941-43. Como Colección Doncellas están catalogados los materiales en el Museo Etnográfico de Buenos Aires y en el Museo del Pucará de Tilcara, Prov. de Jujuy.

Sin embargo, para situar las manifestaciones de arte rupestre, objeto de esta comunicación, tomamos el área comprendida entre los 22°45' - 23° de latitud sur y los 66°-66°20' de longitud oeste, cuadrado imaginario de unos 35 km de lado, aproximadamente, que tiene como accidentes geográficos más destacados parte del cauce del río Doncellas, que se une hacia el sureste con el río Miraflores o Abra Pampa, y la sierra de Quichagua.

Los lugares elegidos por el hombre para pintar son los soportes típicos del área puneña: cuevas no muy profundas producidas por la erosión sobre rocas blandas, abrigos u oquedades del mismo origen y altos paredones lisos que se elevan a menos de un centenar de metros sobre la altiplanicie, cuya altura alcanza a 3.600 metros sobre el nivel del mar.

El paisaje presenta algunas de las características generales del altiplano: grandes variaciones térmicas, con bajas temperaturas por la noche, viento casi constante a determinadas horas del día, cielo límpido, pocas lluvias que se producen en el estío, etc., y otros que son propios de esa microregión bien irrigada por el río Doncellas, una serie de pequeños arroyos y cursos de agua estacionales o temporarios, así como vertientes de agua dulce que son utilizadas por los pobladores actuales.

Si bien estos basan su economía en el pastoreo, casi podríamos decir ganadería mayor (hemos observado que son bastante numerosas las cabezas de ganado bovino que prosperan bien en la zona), se dedican también al cultivo, que se realiza en pequeña escala y no alcanza para cubrir las necesidades familiares. Lo contrario sucedía en épocas prehistóricas ya que la gran cantidad de andenes y cuadros de cultivo nos informa de una posible producción agrícola capaz de alimentar a una población de varios miles de individuos, circunstancia confirmada por las habitaciones y otros recintos y por el número muy importante de tumbas ubicadas en verdaderas necrópolis al pie de los farallones que bordean las quebradas y los angostos valles (fig. 1).

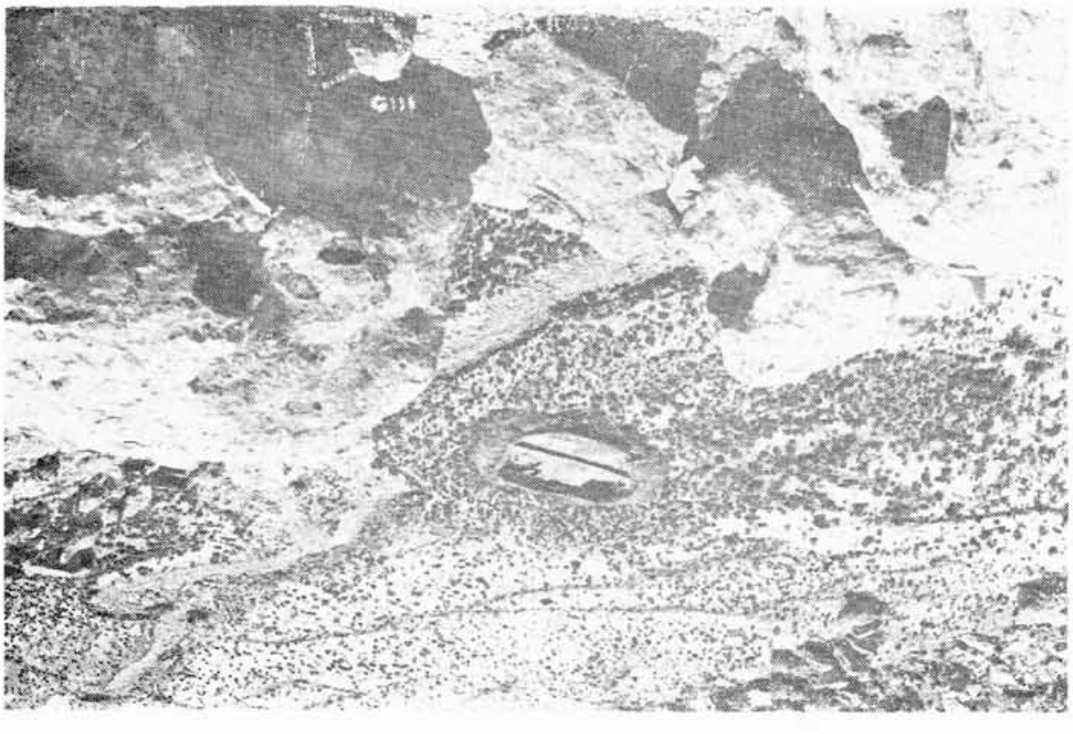


Figura 1: Vista parcial del sitio, con algunos recintos excavados.

DESCRIPCIÓN DE LOS SITIOS Y MOTIVOS

Para efectuar la descripción, los sitios se han agrupado de acuerdo a sus características en cuevas, abrigos y paredones; la numeración en números romanos que aparece a la izquierda no sigue un orden progresivo sino que está referida a la ubicación en el gráfico correspondiente (fig. 2), donde se señalan los sitios de este a oeste sin tener en cuenta aquella distinción.

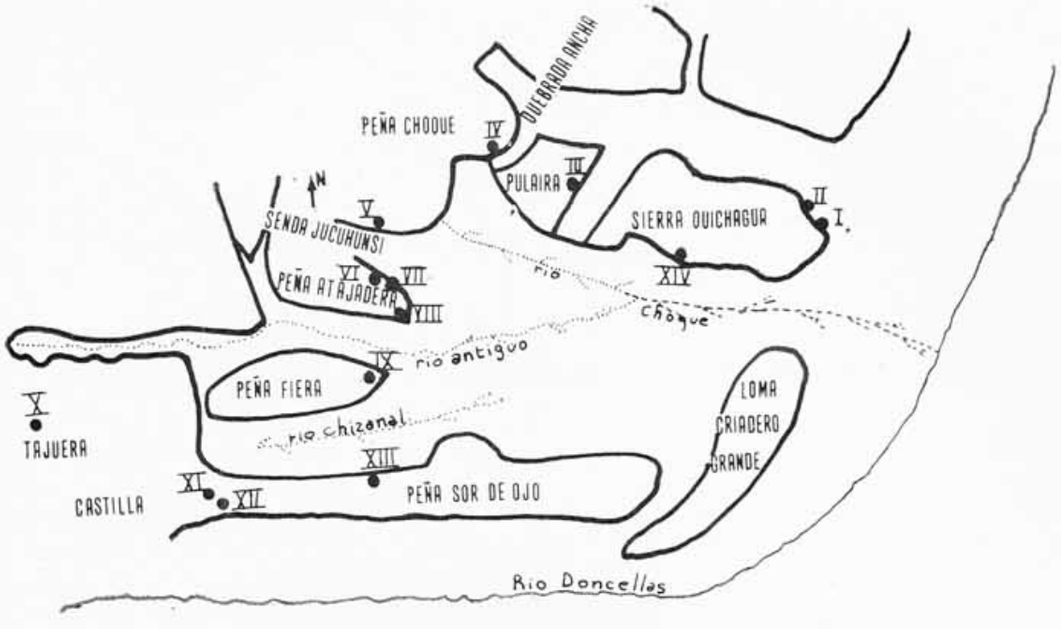


Figura 2: Ubicación de las cuevas, abrigos y paredones con arte rupestre.

a) Cuevas

II. — *Cueva del Hechicero.*

Ubicada al N.E. de la Sierra de Quichagua, mide 7,30 m de largo por 5,50 m de altura en la boca y 2,20 m de profundidad en la parte media.

Los motivos están pintados en rojo claro, rojo vinoso y negro y se hallan distribuidos en todas las paredes.

A fin de sistematizar el relevamiento hemos considerado tres sectores, correspondiendo el Sector A a la pared izquierda (ubicados de frente a la boca de la cueva) y los Sectores B y C a la pared frontal y techo. La pared derecha no ha sido relevada porque presenta sólo manchas borrosas inidentificables.

SECTOR A: Pared izquierda (fig. 3).

En rojo claro

2 camélidos: alto 0,12 × 0,15 m de largo.
1 hombre: alto 0,15 × 0,09 m de ancho.
1 hombre montado: alto 0,12 × 0,12 m de ancho.

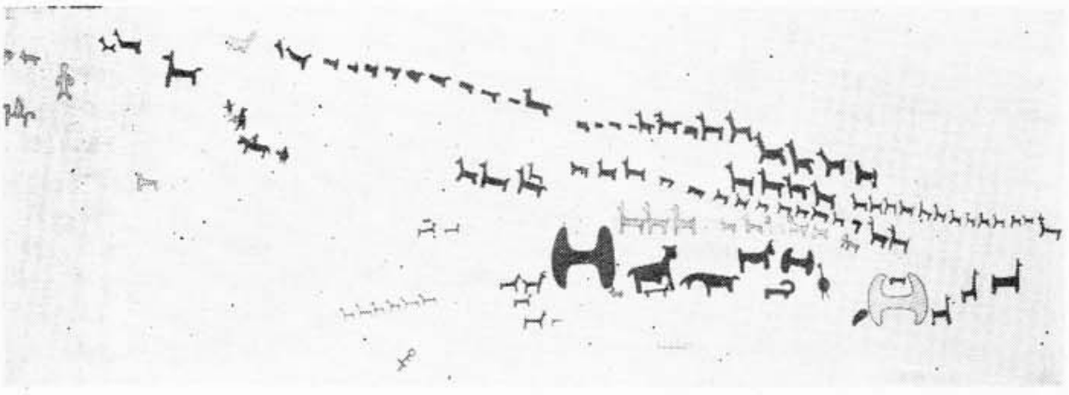


Figura 3: Cueva del hechicero. Sector A. Pared izquierda.

En negro

3 camélidos: alto entre 0,04 y 0,07 × largo entre 0,08 y 0,12 m.

En rojo vinoso

1 llama preñada, alto 0,11 × ancho 0,06 m.

En negro

1 hombre "con máscara": alto 0,06 × ancho 0,08 m.

1 hombre con arco: alto 0,09 × ancho 0,08 m.

1ª fila: 26 llamas "mirando"hacia la salida de la cueva (varias borradas), alto 0,05 × ancho 0,06 m.

1 hombre montado: alto 0,10 × ancho 0,12 m.

1 hombre con arco y flecha: alto 0,06 × ancho 0,05 m.

2ª fila: 17 llamas (algunas semiborradas), alto entre 0,04 y 0,05 × ancho entre 0,03 y 0,04 m.

3ª fila: 19 llamas (algunas semiborradas), alto entre 0,02 y 0,05 × ancho, entre 0,06 y 0,03 m.

En rojo claro

4ª fila: 9 llamas, alto 0,05 × ancho 0,05 m (alguna tiene la cabeza borrada).

En negro

5ª fila: 6 llamas pequeñas muy esquematizadas, alto 0,02 × ancho 0,02 m.

5 llamas agrupadas "mirando" a la derecha: alto entre 0,03 y 0,02 × 0,03 m.

1 hacha ceremonial: alto, 0,17 × ancho, 0,25 m. En el ángulo inferior derecho un pequeño camélido rojo.

1 llama preñada con pequeña llamita debajo: alto, 0,10 × ancho, 0,08 m.

1 llama "mirando a la derecha" con cabeza inclinada: alto, 0,05 × ancho, 0,11 m.

1 llama "mirando" a la derecha: alto, 0,07 × ancho, 0,09 m.

1 hacha ceremonial: alto, 0,07 × ancho, 0,09 m.

1 "suri": alto, 0,09 × ancho, 0,02 m.

3 llamas "mirando" a la derecha: alto, entre 0,11 y 0,08 × ancho, entre 0,07 y 0,05 m.

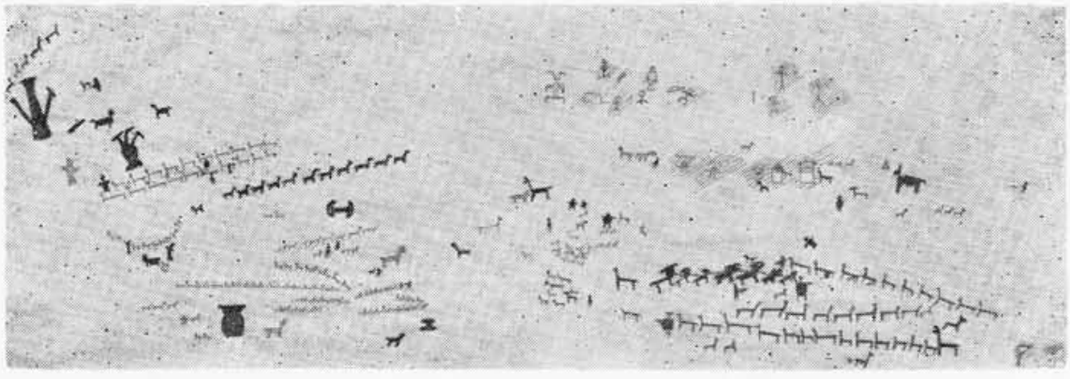


Figura 4: Cueva del hechicero. Sector B. Pared frontal y techo.

En rojo claro

1 hacha ceremonial: alto, 0,18 × ancho, 0,25 m.

SECTOR B: Pared frente y techo (izquierda), (fig. 4).

En negro

6 llamas "mirando" a la derecha, alto, entre 0,05 y 0,06 × ancho, entre 0,05 y 0,04 m.

"Hechicero" grande (tiene manchas superpuestas en color rojo vinoso): alto total: 0,48 m; ancho cuerpo, 0,16 m; largo brazos: izq. 0,29, der. 0,26 m; ancho brazos: 0,03 m; ancho manos: izq. 0,07, der. 0,09 m; ancho cuello: 0,06 m; ancho cabeza: 0,08 m. (Ver Antiquitas XXII-XXIII, fig. 2, pág. 4).

2 camélidos: alto, 0,04 × ancho, 0,04 m (no constituyen una escena).

"Hechicero" pequeño: alto total 0,15 m; ancho cuerpo: 0,05 m; largo brazos: izq. 0,09; der. 0,10 m; ancho manos: 0,08 m; ancho cuello: 0,02 m; ancho cabeza: 0,08 m (fig. 5).

1 hombre: alto 0,10 × ancho 0,04 m., forma escena con:

1ª fila de 10 llamas "mirando" a la izquierda, muy estilizadas, alto 0,04 × ancho 0,09 m.

2ª fila de 10 llamas "mirando" a la izquierda: alto 0,08 × ancho 0,13 m con pequeño hombrecito y

2 "suris": alto 0,07 y 0,05 × ancho 0,03 y 0,02 m, respectivamente.

En rojo vinoso

1 hombre: alto 0,13 × ancho 0,07 m.

En negro

3ª fila de 11 llamas "mirando" a la derecha: alto 0,08 × ancho 0,05 m

4ª fila de 10 llamas dispuestas en arco "mirando" a la izquierda: alto entre 0,05 y 0,03 × ancho entre 0,05 y 0,02 m, formando escena con:

1 hombre con los brazos levantados: alto 0,03 × ancho 0,01 m.

1 llama preñada con dos pequeñas: alto 0,06 × ancho 0,10 m.

1 hombre dándole la espalda inclinado hacia la derecha: alto 0,10 × ancho 0,03 m.

2 llamas aisladas: alto 0,03 × ancho 0,04 m.

1 hacha ceremonial: alto 0,14 × ancho 0,16 m, tiene dos líneas en rojo.

5ª y 6ª fila de 8 llamas "mirando" a la derecha: alto 0,07 × ancho 0,05 m y 3 llamas algo más pequeñas con:

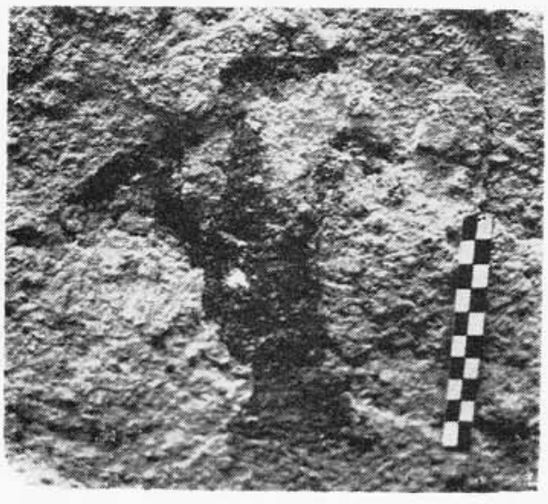


Figura 5: Cueva del hechicero. Sector B. "Hechicero" pequeño.

2 hombrecitos: alto 0,09 y 0,11 × ancho 0,03 y 0,02 m, formando escena.

7ª y 8ª filas de 8 llamas "mirando" a la izquierda formando ángulo con 17 llamas hacia el mismo lado, alto entre 0,09 y 0,08 × ancho entre 0,09 y 0,10 m.

9ª y 10ª fila con 12 llamas dispuestas de a 6, "mirando" a la derecha: alto 0,09 × ancho 0,09 m, algo separadas.

11ª y 12ª fila de 8 llamas "mirando" a la derecha y 2 hombrecitos y 4 llamas "mirando" a la izquierda en ángulo con 10 llamas "mirando" a la derecha.

1 figura "escutiforme": alto 0,30 × ancho 0,25 m.

1 hombre con los brazos levantados y 9 llamas pequeñas en tres planos distintos.

1 animal: alto 0,10 × ancho 0,11 m.

1 hacha ceremonial: alto 0,11 × ancho 0,13 y 0,15 m.

En rojo claro

1 camélido: alto 0,15 × ancho 0,17 m.

Entre el Sector B y Sector C hay un espacio relativamente libre de figuras; sólo observamos dos animales muy estilizados: alto 0,10 y 0,15 × ancho 0,11 y 0,18 m, respectivamente.

Sector C: Pared frente y techo (derecha)

En la zona del techo (en fig. 4 corresponde a la parte superior derecha) se encuentra el mayor número de motivos en rojo. son los menos conservados y aunque se pudieron hacer calcos completados mediante una observación cuidadosa, no se lograron fotografías susceptibles de ser publicadas ya que la pintura se confunde con las irregularidades y el color de la roca.

En rojo claro

1 "diablillo": alto 0,27 × ancho 0,19 m.

7 "hombrecitos" filiformes muy esquematizados: alto entre 0,12 y 0,23 m.

1 hombre relleno: alto 0,25 × ancho 0,08 m.

2 llamas "mirando" a la izquierda y derecha: alto 0,09 × ancho 0,14 m.

1 hombrecito formando escena con ellas, en negro.

5 "máscaras" delineadas: alto entre 0,16 y 0,30 × ancho entre 0,12 y 0,20 m.

En negro

5 camélidos cerca de las "máscaras", 2 de los cuales están superpuestos sobre la 4ª "máscara".

1 hombre y un animal formando escena: alto 0,10 × ancho 0,10 cada figura.

1 llama preñada: alto 0,16 × ancho 0,10 m.

4 llamas "mirando" a la derecha: alto 0,06 × ancho 0,05 m.

1 hombrecito: alto 0,06 × ancho 0,02 m.

Parte inferior Sector C

En negro

1 llama: alto 0,19 × ancho 0,18 m formando escena con:

1 llama (roja) alto 0,07 × ancho 0,11 m

2 hombres de cuerpo circular: alto 0,06 y 0,07 m

1 hombre sin brazos: alto 0,08 m

1 hombre de cuerpo globular con 4 camélidos formando escena: alto 0,08 × ancho 0,04 m

16 camélidos agrupados con cierto desorden: alto entre 0,07 y 0,08 × ancho entre 0,06 y 0,07 m.

8 llamas "mirando" a la izquierda: alto entre 0,05 y 0,07 × ancho entre 0,06 y 0,12, formando escena con:

1 hombre sin brazos: alto 0,08 m

2 llamas "mirando" a la izquierda aisladas: alto 0,09 × ancho 0,10 m

7 animales con cabezas grandes (¿llamas?) unidos entre sí por una cuerda (fig. 6) "dirigidos" por un hombre de cuerpo circular con tocado, que las "conduce" hacia la derecha.

1 hombre con arco y flecha: alto 0,10 × ancho con armas 0,08 m

1 camélido: alto 0,06 × ancho 0,10 m formando escena con:



Figura 6: Cueva del hechicero. Camélidos conducidos por un hombre.

1ª fila, con 10 llamas "mirando" a la izquierda: alto 0,12 × ancho 0,15, la primera unida a:

1 hombre con tocado: alto 0,10 × ancho con armas 0,12 m.

2ª fila con 9 llamas alineadas "mirando" a la derecha, de mayor a menor desde alto 0,10 × ancho 0,11 m a alto 0,07 × ancho 0,08 y 1 llama aislada hacia el mismo lado.

3ª fila con 13 llamas "mirando" a la izquierda de tamaño variable, las más grandes: alto 0,12 × ancho 0,20 m. Al final 1 llama de mayor altura, rellena de negro. Presidiendo la hilera 1 hombre de cuerpo cuadro con tocado y armas: alto 0,10 × ancho 0,07 m.

3 llamas "mirando" a la derecha, aisladas: alto 0,07 × ancho 0,06 m. En el rincón inferior derecho hay manchas rojas, borrosas.

Exégesis de los motivos

Esta cueva podría interpretarse como un verdadero santuario ligado al culto de los antepasados y a ritos conmemorativos con posibles sacrificios de animales.

El enterratorio hallado por Casanova (op. cit., pág. 2) en el que apareció un individuo adulto con el cuerpo parcialmente cubierto por una máscara de cuero pintada en rojo (fig. 7) sería una manifestación de ello y la gran cantidad de camélidos —llamas alineadas o unidas entre sí por cuerdas, conducidas por hombres— nos pone en presencia de la probable inmolación de animales que puede haber sido efectuada por brujos o hechiceros que también están representados repetidamente en la cueva.

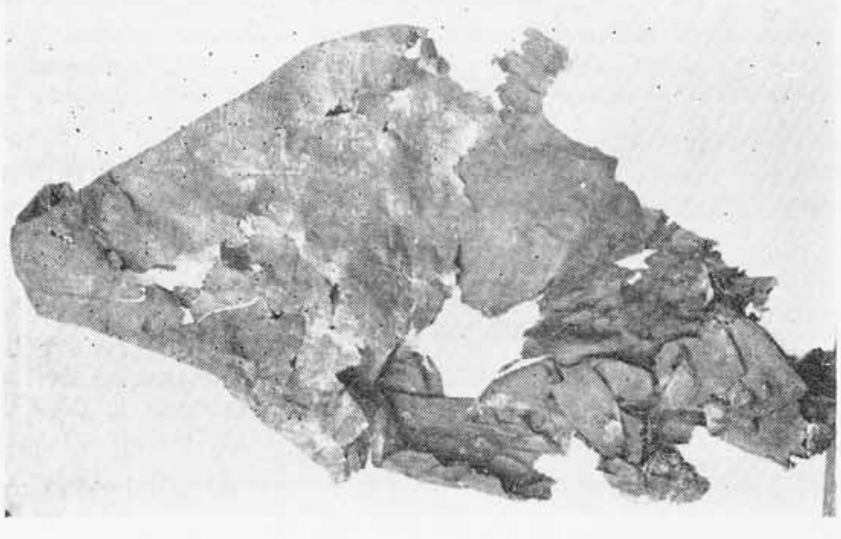


Figura 7: Cueva del hechicero. Máscara de cuero pintado en rojo. Colección Doncellas.

La serie de "máscaras" [2] pintadas en rojo claro lo mismo que el "diablillo" y los hombres filiformes en el mismo color, tanto en esta cueva como en el Abrigo 1, nos induce a pensar que pertenecen a un momento cronológico más antiguo con respecto a los motivos en rojo vinoso y en negro.

[2] Schobinger las llama "cabezas mascariformes" (1973, 355).

La mayor antigüedad de los motivos pintados en rojo claro parece darse en otra serie de yacimientos, tanto de Argentina como de Chile y Perú, lo que podría ser válido también para este sitio aunque no sepamos a cuantos años se remontaría esa diferencia. De lo que no tenemos dudas es de que las representaciones pintadas en negro son las más tardías llegando a ser posteriores a la conquista española denotada por la presencia de jinetes.

IV. — *Cueva de Quebrada Ancha*

Sobre una corta y angosta faja arenosa por donde corre un caudal de agua temporario que ha excavado un cañadón fue localizada esta cueva. Había sido removida posiblemente por excavadores clandestinos, pues no se tienen noticias de que los arqueólogos que trabajaron en el área la hayan conocido. Es pequeña, el largo máximo es de 4,20 m y está ubicada en un lugar muy protegido por grandes peñascos y por una pirca, hoy semiderruida. Creemos que pudo haber sido utilizada como enterratorio familiar, para lo cual era muy propicia.

Las pinturas están ubicadas a la altura del piso actual que, como dijimos, está completamente removido. Como la cueva es baja, lo que hubiera obligado a un trabajo de relevamiento muy incómodo, decidimos reexcavarla sistemáticamente. Ello nos facilitó la tarea para la realización de calcos y fotografías al ahondarse el piso y al mismo tiempo permitió confirmar la idea de que fue usada como enterratorio, ya que se obtuvieron algunos materiales, evidentemente abandonados por quienes nos precedieron, que fueron parte de ajuares fúnebres.

El panel abarca unos 3,50 m de largo por 0,50 m de ancho y los diversos motivos están reproducidos en negro (fig. 8).

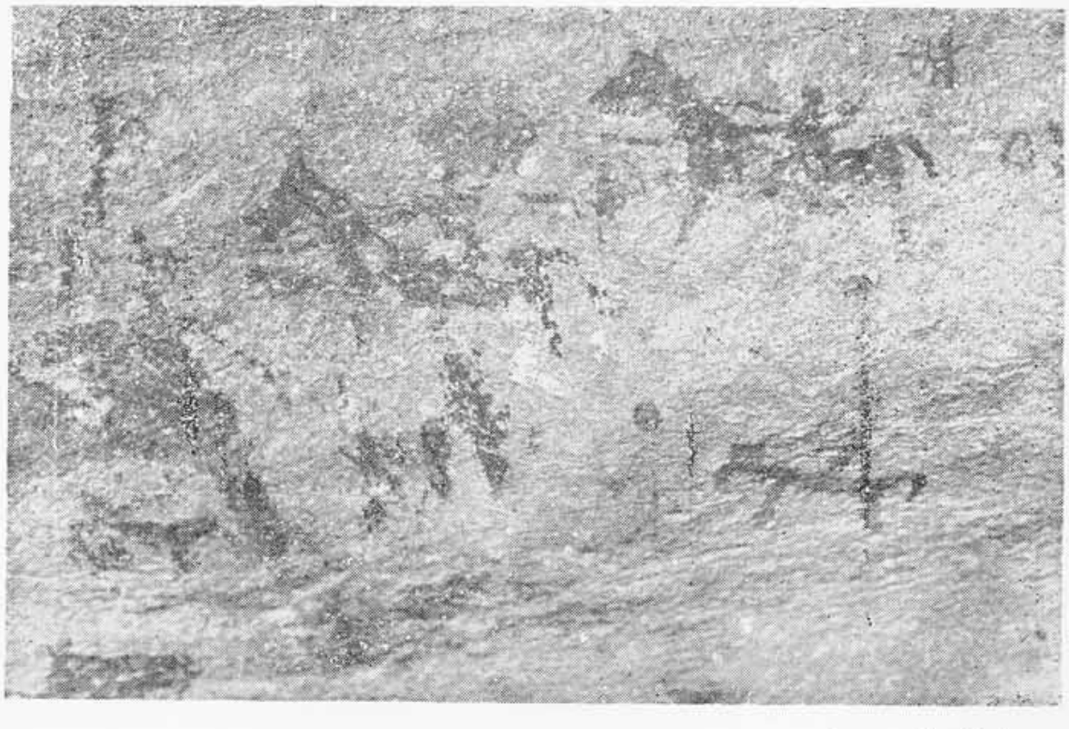


Figura 8: Cueva de Quebrada Ancha. Parte superior del panel post-hispánico.

Sobre ellos y a la izquierda del panel hay unos pocos en color blanco realizados con pintura espesa, similares a los citados por García Reinoso (1973, p. 32) en la pared de una casa-tumba y que parecen muy tardíos.

Lo más destacable de los motivos son los caballos que aparecen con su jinete, tienen un tamaño muy grande con respecto al hombre que los monta y en algunos están señaladas las riendas y otros arreos.

Exégesis de los motivos

El panel de esta cueva es un documento gráfico más de la persistencia de las manifestaciones de arte rupestre después de la conquista.

La preeminencia de caballo y jinete sobre los otros motivos da la pauta de la importancia y de la impresión causada por ese animal sobre un pueblo que poseyó sólo un animal de carga como la llama, que está muy poco representada en esta cueva.

Junto a uno de los caballos hay otro pequeño animal que puede ser identificado como un perro, los otros motivos, escenas con personajes antropomorfos en distintas actitudes, con tocados y armas, parecen un pequeño mosaico de diversos momentos del quehacer cotidiano, destacándose la presencia de portadores de arcos.

V. — *Cueva del felino*

Es la cueva de mayor tamaño y está dividida, en parte naturalmente y en parte por una pirca de grandes piedras, en dos sectores. Las medidas son las siguientes: largo total de la boca en el exterior 25,10 m; en el interior, 18,90 m. La altura y la profundidad varían según los sectores.

Sector A (a la izquierda) largo: 12,40 m; profundidad: entre 4,70 y 5,45 m; altura entre 1,20 y 3,35 m.

Sector B (a la derecha) largo: 12,70 m; profundidad: entre 4,75 y 6 m; altura: entre 0,85 y 1,80 m.

Sobre la pared que divide ambos sectores ha sido pintado un felino naturalista en color ocre amarillento. La figura resulta excepcional por su estilo y tamaño. Mide 0,89 m de largo y alrededor de 0,40 m de altura; está de perfil, con las fauces abiertas y la cola curvada hacia arriba y adelante (figura 9).



Figura 9: Cueva del Felino. Calco del motivo único (original en color ocre-amarillo).

A pesar de que el piso de la cueva evidenciaba que había sido removido, creímos oportuno excavar en ambos sectores sendas trincheras.

En el sector A, el más removido, ya que incluso había un gran pozo en la parte central, iniciamos el trabajo en el rincón lindante con la pared que tiene el felino pintado. Se efectuó un sondeo de 2,50 × 1 m a partir de la pared rocosa. Se llegó al piso a 2,40 de profundidad, después de mover parcialmente un bloque

bastante grande. Se obtuvieron algunos materiales que serán analizados en el trabajo general del yacimiento.

En el sector B, al abrir una trinchera a lo largo de la pared del fondo, con un ancho variable entre 1,20 m en el extremo más alejado del felino y 1,70 m debajo de la pictografía, hallamos una urna de 1,25 m de alto, 0,50 m de diámetro en la boca, 0,70 m de diámetro mayor en el cuerpo y 0,30 m en la base. Es de color rojo claro, está bien alisada pero mal cocida, lo que puede observarse en el núcleo; el espesor de las paredes es de 0,012 m y el de la base 0,016 m. Faltaban varios trozos del cuello, que luego fueron encontrados dentro de la olla.

Los bordes de lo que luego sería una urna-sarcófago aparecieron a 0,85 m de profundidad, que al descubrirse totalmente estaba asentada sobre el piso rocoso de la cueva a 2,15 m de profundidad.

En el interior hallamos una piedra de regular tamaño a unos 0,30 m del borde que cubría la cabeza de un individuo en posición genupectoral. Parte de los restos pudieron ser extraídos y el estudio antropológico de los mismos fue efectuado por la investigadora Lic. J. P. de Martínez Soler, obteniéndose las siguientes conclusiones que transcribimos:

> "Los restos se reducen a una calota, un pequeño trozo de maxilar inferior izquierdo, un incisivo y algunos fragmentos de huesos largos. Lo reducido del material, así como su estado de conservación hacen difícil su diagnosis. Se trataría de un individuo femenino, juvenil, ya que el trozo de maxilar evidenció que había hecho erupción el segundo molar; el diente presenta un relativo desgaste. El tamaño del cráneo es pequeño, así como las apófisis mastoides —que se conservan como fragmentos no unidos al cráneo— son reducidas y las diáfisis de los huesos largos son cortas. El cráneo está intencionalmente deformado, corresponde a un tabular erecto de la clasificación de Imbelloni y, a pesar de su deformación, la apreciación escópica del mismo permite deducir que se trata de un cráneo braquioide. Esta característica, agregada a la baja estatura, que puede inferirse a través de las diáfisis de los huesos largos, ya que ninguno conserva sus epífisis que haría posible el cálculo de la talla, y el tipo de deformación que está circunscripta al área montañosa, sin que la misma se haya extendido a la región selvática aledaña, nos permitiría clasificar este resto como perteneciente al grupo racial ándido, aunque su forma de inhumación en urna evidencia fuerte transculturación del área amazónica."

No tenía ajuar fúnebre ni dentro ni fuera de la urna. La cueva tiene, además, en la parte exterior y en lo más alto, círculos concéntricos pintados en rojo alternando con el color natural de la roca, similares a los que se describen a continuación en el sitio VI.

Exégesis de los motivos

De acuerdo a la ubicación dentro de la cueva de la representación pictográfica y al enterratorio de adulto en urna, podemos considerar su asociación como muy probable, lo cual nos permite una serie de inferencias basadas en la relación existente entre la representación del felino, como ejecutor de los sacrificios (Carrión Cachot de Girard, 1959, p. 35) y el inmolado.

En el individuo inhumado dentro de la urna no se ha podido comprobar el motivo de su muerte, pero no sería imposible que hubiera sido sacrificado. Lo inusual del entierro de adultos en urnas, así como la juventud del individuo,

sin olvidar el sexo en este caso, la deformación craneana, la falta de ajuar que muchas veces se ha constatado en personas sacrificadas en yacimientos del noroeste, hacen pensar en esa posibilidad.

Aunque el estilo naturalista de este felino no es habitual en representaciones sobre otros materiales —la ceramografía y la metalurgia registran numerosos ejemplos de la presencia del felino, pero su naturalismo, cuando existe, es más atenuado— la actitud de fiereza del mismo puede ser índice de esa relación, y su significado está asociado al que se atribuye a la serpiente bicéfala como una de las expresiones del dios dador de lluvias y por consiguiente de la fertilidad de la tierra en los pueblos agricultores.

Aunque no hemos hallado serpientes dentro de lo representado en las pictografías que estamos considerando podemos citar el motivo geométrico "serpentiforme" de la cueva A de Castilla (sitio XI), el único pintado en color ocre amarillento, comparable al usado para el felino (que no se repite en ningún otro sitio) como relacionado con la serpiente y el jaguar, expresiones del Rayo "uno de los dioses cósmicos controladores del Universo indio", como dice la autora citada (op. cit., 1959 p. 30).

VIII. — *Cueva negra o del rey*

En la ladera de la Peña Atajadera, con entrada hacia el sur, muy cerca del grupo habitacional actual, la Cueva Negra o del Rey es conocida por los habitantes de la zona que construyeron corrales en la base de las laderas del farallón.

Frente a la boca, un bloque rodado de gran tamaño protege parcialmente la entrada. Mide 3,80 m de largo en la boca, tiene 2,20 m de altura máxima y la profundidad mayor, en el centro, es de 1,30 m.

Las paredes presentan una gruesa capa de hollín, tal vez antigua, porque ya no es utilizada como refugio por estar muy cerca de las casas. El piso está cubierto de sedimentos arenosos y ha sido excavado; restos de ello son las cuerdas, trozos de tejidos y tiestos que fueron recogidos en superficie.

Según observamos en el extremo derecho hubo una tumba; las pinturas en color negro y muy bien conservadas, se inician a unos 0,20 m del piso actual y alcanzan una altura de alrededor de 0,80 m.

El calco (fig. 10), ilustra los motivos y respecto a su tamaño nos remitimos a las medidas de algunas de las figuras principales: el "suri" tiene 0,15 m



Figura 10: Cueva Negra o del Rey. Calco del panel completo (ver Antiquitas XXII-XIII, p. 29, fig. 29).

de alto, el diámetro del "corral" es aproximadamente 0,20 m y el instrumento agrícola que esgrimen los hombres de la escena ubicada en la parte inferior del panel mide alrededor de 0,30 m de largo.

Las escenas representadas en esta cueva pueden ser complementarias y deben de haber sido pintadas en el mismo momento.

Exégesis de los motivos

Consideramos que la motivación de las pictografías de esta cueva es distinta a la de las analizadas hasta ahora, en aquellas el interés parece estar centrado en el aspecto religioso, con figuras fuertemente simbólicas. En ésta, la finalidad es más directa: representaciones de la vida diaria de esos hombres con mención realista de sus medios materiales de supervivencia. La agricultura, el pastoreo de la llama y la caza del avestruz.

El corral con los animales en su interior, la llama preñada de la parte superior derecha, la otra asociada al pequeño hombrecito, con una notable diferencia de tamaño en favor del animal, señalando su importancia, junto a la escena donde los hombres manejan palas enmangadas o palos cavadores (en algunos casos puede notarse el pie presionando sobre el artefacto agrícola), instrumental que ha sido exhumado repetidamente en el yacimiento ya que la conservación de los elementos de madera es óptima.

Los arqueros serían cazadores en el caso de la figura que forma escena con el "suri" o tal vez desempeñara el rol de "capataz" que compulsivamente supervisara a la cuadrilla de trabajadores, en el caso del conjunto inferior, si es que ese personaje integraba la escena.

Aunque no hay elementos de juicio suficientes, consideramos estas representaciones como tardías, tal vez un poco anteriores a la conquista hispánica.

X. — *Cueva de Tajuera*

Se encuentra en una ladera bastante alta y escarpada; es utilizada todavía por los pobladores para guardar animales durante el invierno pero más interesante es el uso que se le da como lugar de ofrendas a la Pachamama, que sigue vigente y de lo cual quedan pruebas en sus paredes.

La cueva tiene la forma de un trapecio de lados casi paralelos cuya base mayor sería el fondo de la misma. Las medidas son: base menor (entrada) 4,70 m; base mayor (fondo) 6,70 m; largo total en la parte media 10,50 m y altura en el centro de la cueva 2,70 m descendiendo hasta 1,40 y 1,60 hacia las paredes laterales.

Fue excavada totalmente mediante el sistema de cuadrículas y si bien no se hallaron enterratorios, el material exhumado, que se dará a conocer en otra publicación, es representativo de varias etapas cronológico-culturales del área.

Apoyada en el fondo, sobre el rincón derecho hay una construcción de forma colmenar, con la pequeña puerta característica, que se conserva íntegramente y que pudo ser usada como enterratorio o silo. Ambos fines son aceptados por distintos arqueólogos [3] pero en este caso no tenemos medios para determinar cuál puede haber sido la finalidad, ya que no quedaron restos que lo certifiquen en forma cierta.

De acuerdo a nuestra investigación en la zona, donde hemos encontrado otras construcciones similares, creemos que pudo ser una tumba simbólica. Es

[3] Ambrosetti y Vignati los consideran sepulcros. Gatto (1932) y Suetta (1967) los estudian como silos, no tanto por su contenido ya que la mayoría fueron encontrados vacíos, sino por su ubicación en lugares de cultivo.

decir, el monumento recordatorio de alguien del lugar que murió mientras se encontraba lejos. Su cuerpo fue enterrado donde murió pero su alma regresa para "descansar" en su lugar de origen. Esta creencia se mantiene entre los pobladores actuales que ofrecen dádivas —velas, coca, alcohol— a sus antepasados en esos lugares.

Respecto al arte rupestre, son numerosos los motivos pintados en negro con camélidos, animales montados y figuras antropomorfas; pequeños "hechiceros" con los brazos en alto, pintados en blanco, cubiertos de manchones en color rojo vinoso.

Se destaca, en uno de los paneles, una combinación antropomorfa con largas "antenas" y un cuerpo de animal sin cabeza y otro cuerpo de camélido con larguísimo "cuello" bicromado (negro y rojo) y una pequeña cabeza triangular en el extremo. Como no podemos suponer la representación de una jirafa, lo explicamos como la figura exagerada del camélido para dar la idea de la curiosidad de esos animales (fig. 11).



Figura 11: Cueva de Tajuera. Calco de motivos no comunes.

El estado de las pinturas no es bueno y en muchos casos es imposible determinar con exactitud el motivo. Esto se debe a que en la cueva, según ya dijimos, se siguen realizando ceremonias propiciatorias para lo cual se prende fuego con ramas verdes, que producen mucho humo y ennegrecen las paredes y se asperga sangre de animales durante ciertas festividades.

En algunos lugares la sangre coagulada ha formado una capa bastante espesa que ha cubierto muchos motivos.

Exégesis de los motivos

Después de lo señalado al hacer la descripción de los motivos, lo único que podríamos agregar está relacionado con la finalidad de las pinturas. Ellas serían la resultante de ceremonias que tienen que ver con la fertilidad de los animales, especialmente los camélidos que formaron el núcleo pastoril de los puneños.

La continuación de esas ceremonias hasta la actualidad no hacen sino reafirmar esa idea central, acrecentada por las manchas rojas que cubren algunas figuras y por la asociación hombre-máscara-animal acéfalo que hemos citado.

Los motivos cubiertos con rojo han sido el "hechicero" y el hombre que monta un animal (que no parece ser un caballo), lo que estaría relacionado también con la magia destructiva de la que se ha encontrado pruebas en otros sitios de la Puna [4] (Alfaro de Lanzone, 1979).

XI. *Cueva A de Castilla*

Bajando la cueva de Tajuera hacia el oeste, atravesando el arenal de Castilla, llegamos hasta el extremo de la Peña Sor de Ojo; allí descubrimos dos cuevas ubicadas a poca distancia una de otra, que sin embargo fueron pintadas en forma totalmente distinta.

Esa diferencia está dada por los motivos y también por los colores empleados. La pared frontal de la Cueva A mide 7,30 m; en la parte que está a la vista, pero hacia la derecha la cueva continúa, en profundidad, en la entraña de la montaña, por varios metros más. Ese lugar está ocupado por una construcción funeraria de piedra que ya había sido saqueada.

Otra tumba en forma de colmena, adosada a la pared rocosa, con una pequeña puerta, había sido asimismo destruida. Sobre ella, a la misma altura del panel anterior hay pinturas con idénticos motivos en rojo oscuro.

En la pared del fondo las figuras mejor conservadas están a 1,30 m del piso actual. Se trata de un motivo geométrico "serpentiforme", de dos líneas más o menos paralelas de 2,40 m de largo en color ocre-amarillento. Separados entre sí por unos 0,10 m, tienen entre una y otra una serie de líneas verticales en color rojo que completan el diseño. Sobre el mismo hay una serie de puntos rojos y blancos y algunas formas difíciles de identificar.

Hacia la derecha y un poco abajo, a unos 0,40 m del piso, se pudieron tomar calcos de figuras antropomorfas y zoomorfas en color rojo oscuro, entre las que se destacan una pareja de pequeños hombrecitos unidos por los brazos y otros esquematizados, con diversos tocados.

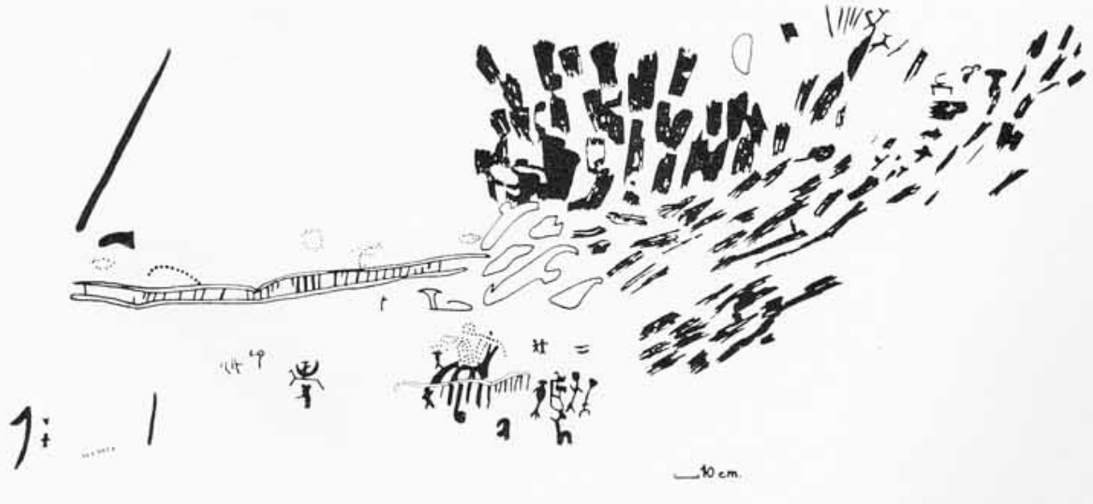


Figura 12: Cueva A de Castilla. Calco de los motivos de la pared frontal.

[4] Es muy notable por la excelente conservación de ambos motivos, varios hombrecitos con tocado en punta cubiertos por definidas manchas rojas, que relevamos en un abrigo ubicado en el Cerro de las Pinturas, Rinconada, Prov. de Jujuy.

Más arriba, un conjunto de manchas pintadas en ese mismo color se caracteriza por notarse nítidamente, en uno de sus extremos, las líneas realizadas mediante el uso de un pincel de elementos muy finos (fig. 12). Habíamos pensado en un útil fabricado con fibras vegetales de ichu (*stipa ichu*), cuando revisando la colección Doncellas, perteneciente al Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, hallamos la pieza nº 43-1325 (fig. 13), que podría haber sido utilizada para esa tarea. Es una especie de pincel de paja sostenido por un entrelazado de soguillas muy finas. La parte media donde está atado se afina, formando un estrechamiento o mango. Algunas de esas manchas se identifican como formas antropomorfas, siendo las finas líneas aludidas el final de un tocado "radiante". Hay también restos de pintura blanca (¿hombre y animal?) que fueron cubiertos por los motivos descritos.

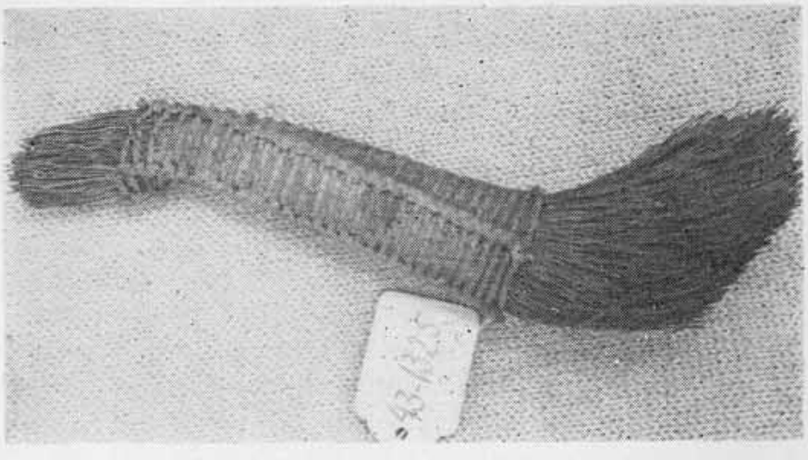


Figura 13: "Pincel". Colección Doncellas, Museo Etnográfico de Buenos Aires.

En la parte inferior del panel y como formando un zócalo muy rudimentario, se detectan largas líneas verticales rectas y en zig zag, en color rojo, muy borrosas, que podemos comparar con las que ilustra muy bien Menghin (1952, 12, fig. 2) para el Cañadón de las Manos Pintadas de La Pulgas, en el sur patagónico, que en Doncellas aparecen también en el sitio XIV.

Exégesis de los motivos

Es poco lo que podemos decir de los motivos de esta cueva que se diferencian totalmente de los que aparecen en otros sitios del área. Creemos que los mismos están directamente relacionados con la funebria y por consiguiente con el culto de los antepasados, pero lo inferimos más como resultado de los restos de tumbas que hallamos en la cueva que tomando en consideración los motivos.

XII. — *Cueva B de Castilla*

Los motivos de la Cueva B fueron pintados en negro. La pared frontal mide alrededor de 12 m de largo, los motivos están ubicados a más de 1 m de altura y cubren una superficie de casi 3 m de largo por 0,75 m de ancho.

Las figuras, que forman en la mayoría de los casos escenas compuestas por varios personajes, se destacan nítidamente sobre el color gris oscuro de la roca. Se notan perfectamente los diversos tocados que se tornan más impor-

tantes por sus formas complicadas, en los personajes que se encuentran a la cabeza de las filas, que son, además, de mayor tamaño.

Es notable también la perspectiva que se puede observar en los tres conjuntos más complejos (ver "Antiquitas", XXII-XXIII, fig. 30, p. 30).

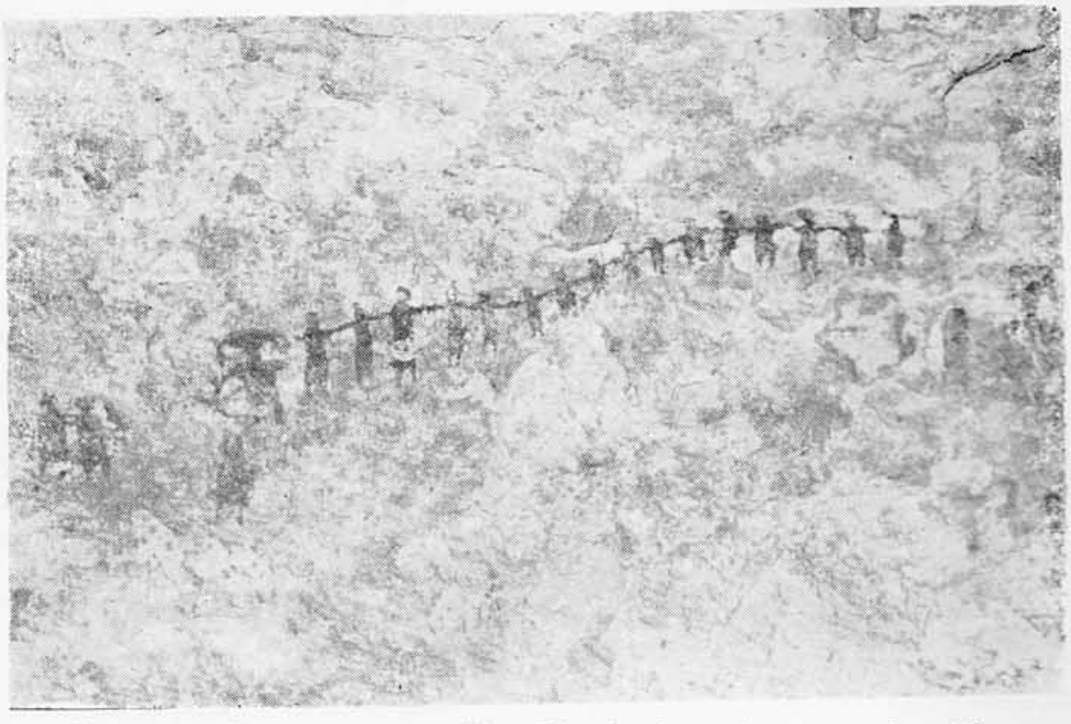


Figura 14: Cueva B de Castilla. Fila de danzantes y pareja mítica.



Figura 15: Cueva B de Castilla. Pequeña figura aislada.

Tanto los personajes unidos por las manos, como si participaran en una danza ritual, como la pareja ubicada a la izquierda o el personaje aislado de la parte superior del panel, aparentan cierto rítmico movimiento que produce la sensación de algo vivo, dentro del estatismo propio del arte rupestre del noroeste argentino (figs. 14 y 15).

Completa el panel una serie de figuras zoomorfas, algunas de las cuales parecen camélidos cargados, cuyo dibujo no es tan neto ni se ha conservado en las condiciones casi óptimas de las anteriores. En ellas pueden observarse algunos restos de pintura blanca, muy diluida, que aparecen sobre alguno de los animales. El tamaño de los personajes antropomorfos va desde una altura máxima de 0,12 m hasta una mínima de 0,02 m.

Exégesis de los motivos

En las escenas pintadas en esta cueva vemos una afirmación de lo representado en la Cueva Negra pero desde otro enfoque. En la última, la agricultura en su manifestación más realista —hombres trabajando con sus utensilios de piedra y madera— queda ilustrada como un cuadro costumbrista representativo de esa actividad perfectamente comprobada por hallazgos arqueológicos de todo tino (palos cavadores, palas, rompeterrones, etc.). En la de Castilla son también las tareas agrícolas las que quieren memorarse mediante la representación de una serie de personajes que por sus actitudes y vestimenta relacionamos con las danzas o ceremonias, que tienen que ver con los dioses de la Tierra y de la Fertilidad, sintetizados a veces como una Deidad Agrícola, con diversas funciones y distintivos de gran simbolismo, como la vincha con serpientes bicéfalas, el adorno con plumas, radiante o en forma de cuchillo semilunar, el "uncu" relativamente corto, arriba de las rodillas, las ramas o penachos vegetales, confundidos en ocasiones por la lanza o la estólica, empuñadas por una o ambas manos y la evidente relación de tamaño que guarda esta representación con las que forman los demás participantes de la ceremonia.

En esta cueva el "oficiante" se destaca no sólo por su mayor altura sino por todo lo que hace a su más compleja vestimenta y a su ubicación a la cabeza del conjunto. A ambos lados del tocado tiene dos formas que cuelgan hacia abajo, que podemos identificar como cabezas ofídicas y su brazo derecho se alarga en una línea algo sinuosa que representaría el elemento distintivo de esa deidad: el cetro en forma de cañas de maíz, planta básica de la alimentación indígena.

En diversos enterratorios se han encontrado esas cañas, a veces con hojas, atadas en manojos o con abundante chala, que se ha conservado por la sequedad del ambiente. También son repetidamente citadas en la Colección Doncellas las varas emplumadas, que cumplirían similar función en manos de los "sacerdotes".

Siguiendo esta idea podemos hallar en la representación de la pareja enfrentada, ubicada a la derecha, el símil de la "pareja divina" —un dios solar símbolo de lo masculino y una diosa lunar representativa de lo femenino— influyendo ambos en la fertilización de la tierra, elemento primordial en la cosmogonía de un pueblo agricultor. Hay una diferencia en el tocado de estos dos personajes que podemos relacionar con esa significación.

Estas imágenes se repiten en las culturas andinas sobre diversos materiales: cerámica, tejidos, arte rupestre, y tienen cierta homogeneidad estilística, salvando las diferencias inherentes a las características específicas de esos materiales.

b) *Abrigos*

I. — *Abrigo 1*

Antes de llegar a la cueva del Hechicero, sobre las laderas de la Sierra de Quichagua, relevamos un pequeño abrigo casi a ras del piso actual que mide 1,10 de largo por 0,25 m de alto.

En su oquedad, poco profunda, fueron alineadas seis "máscaras", aunque ninguna presenta señales de haber tenido marcados los "ojos", y un pequeño círculo de color rojo claro y rojo vinoso. Creemos que esto que ha quedado es sólo parte de un panel mayor, ya que al excavar al pie comprobamos la presencia de trozos de roca caídos, algunos de los cuales conservaban todavía restos de pintura. No se pudo determinar otro motivo debido a la poca consistencia del material que se desmigajaba fácilmente (fig. 16).

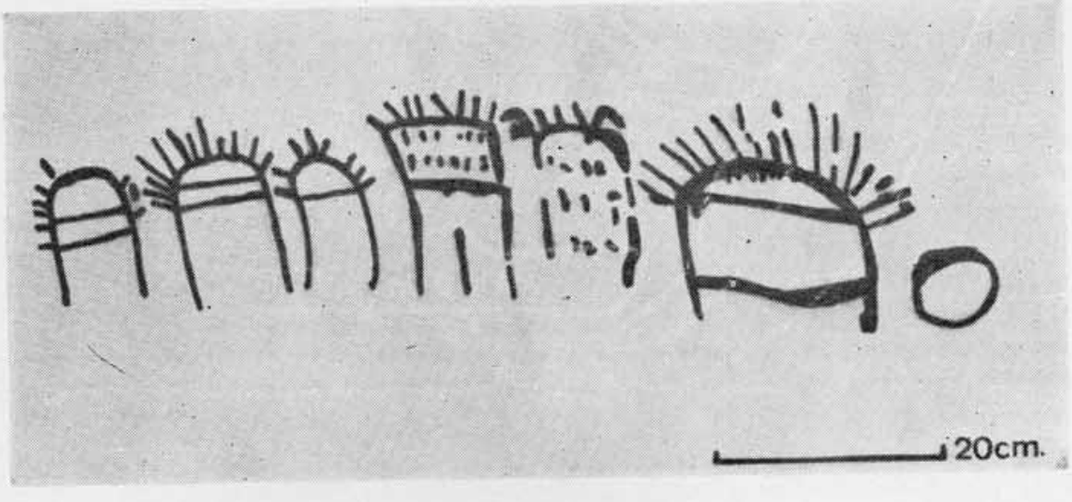


Figura 16: Abrigo 1. Figuras mascariformes en rojo.

IX. — *Abrigo 2*

En la ladera Norte de la Peña Fiera sobre los farallones a cuyo pie se encuentran las tumbas que bordean las habitaciones construidas en la quebrada, hallamos un pequeño abrigo que seguramente fue parte de la pared de una tumba ya excavada.

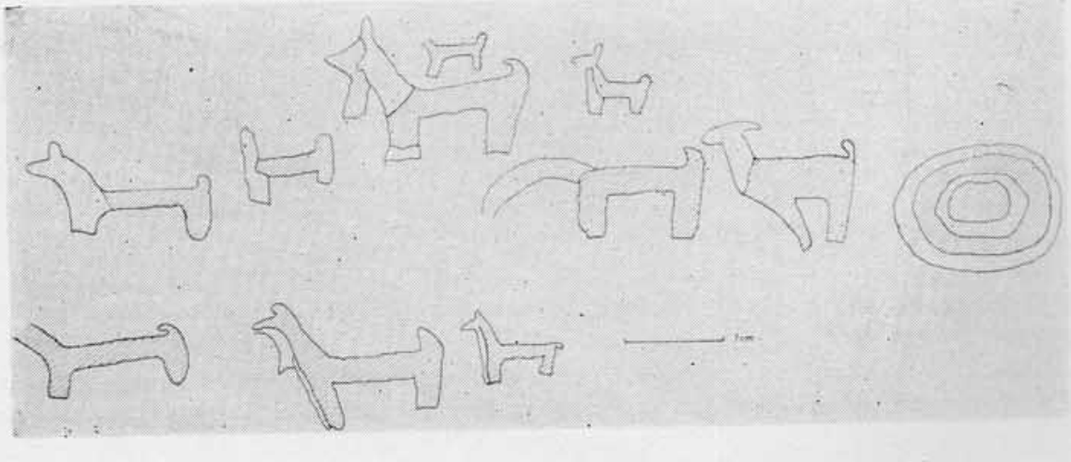


Figura 17: Abrigo 2. Figuras zoomorfas bicromadas en rojo y blanco.

Los motivos ocupan la parte inferior de una oquedad de 1,20 × 0,75 m y son camélidos bicromados en rojo y blanco y un motivo de círculos concéntricos en el que se alternan ambos colores. Ls animales presentan la mayor parte del cuerpo y extremidades en rojo y parte de la cabeza, pecho y cola, en blanco (fig. 17).

Observando detenidamente el panel podemos afirmar que fueron pintados así originariamente, es decir, no han sido repintados con blanco como sucede en otros lugares de la Puna (Rinconada y Guadalupe, provincia de Jujuy). Además, la disposición de la pintura blanca difiere de la de los lugares citados. En esos casos se ha cubierto con blanco el cuerpo y las patas de las figuras previamente rellenas en rojo y negro, colores que se mantienen en el cuello, cabeza y cola.

XIV. — *Abrigo 3*

En la ladera Sur de la Sierra de Quichagua se localizó un abrigo de alrededor de 10 de largo por 2,50 m de alto y 1,10 de profundidad. Se conoce como Choq'e y fue uno de los primeros lugares prospectados en el área.

Como la oquedad se inicia a más de 1 m de altura sobre la planicie, el tremendo desgaste de la pared es resultado de agentes meteorológicos que están destruyendo muy rápidamente el arte rupestre que estamos relevando.

Fue particularmente importante este relevamiento de los restos que todavía se mantienen porque los motivos son totalmente distintos a los hallados en los otros sitios.

El panel se extiende a lo largo de casi 5 m y los motivos son figuras geométricas aproximadamente rectangulares, con líneas interiores horizontales, rectas verticales, en zig zag y puntos gruesos, muy desparejos, ubicados en hileras superpuestas (fig. 18).

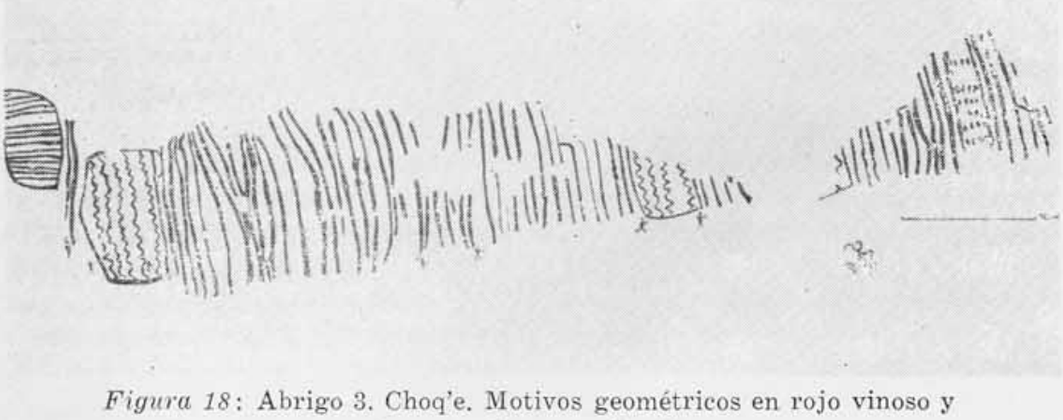


Figura 18: Abrigo 3. Choq'e. Motivos geométricos en rojo vinoso y antropomorfos en rojo claro.

Dichas figuras son cuatro pero no están aisladas sino que entre ellas hay numerosas líneas rectas, verticales, desparejas, algunas semiborradas, que se suceden sin guardar simetría.

En la parte inferior aparecen en distintas posiciones pequeños hombrecitos en actitud de marcha, con los brazos levantados, que miden entre 0,05 y 0,03 m de altura.

El color utilizado fue el rojo que se mantiene en tono oscuro, rojo vinoso, en los motivos geométricos, y es muy claro en las figuras antropomorfas y también en ocho camélidos que cubren el lado derecho de la oquedad y que están totalmente separados del motivo central descrito. Estos animales son muy esque-

máticos, tienen la cola en forma de vírgula y, en un solo caso, el tercero de la izquierda, parece haber sido agregada en color rojo oscuro.

Exégesis de los motivos de los abrigos

Los dos primeros, el 1 y 2, repiten los motivos analizados en otros sitios del yacimiento, por lo que está involucrada en ellos la exégesis de los mismos.

El abrigo 3 reúne dos estilos distintos que pueden ser representativos de dos momentos cronológicos. Para afirmarlo observamos además las diferencias de color y de conservación, partiendo del principio de que todos los motivos están ubicados en un lugar alejado de toda destrucción que no sea la producida por agentes naturales.

Los motivos biomorfos, en color rojo muy claro, tienen las características de las pictografías repetidamente relevadas en el noroeste.

Lo extraordinario son los motivos geométricos, que no tienen similares en el área pero pueden ser comparados con el estilo gemétrico-ornamental de las pinturas patagónicas "vinculadas estrechamente con la decoración de hachas y placas grabadas" (Menghin, 1952, p. 14).

Estas influencias tuvieron vigencia ya que se ha demostrado sin lugar a dudas una doble corriente de intercambio del Noroeste hacia el Sur y viceversa (op. cit., p. 12, fig. 2).

c) *Paredón*

III. — *Paredón A*

En la angosta quebrada de Pulaira, donde los farallones tienen poca altura y están acribillados por numerosas pequeñas oquedades, relevamos una de las figuras pintadas de mayor tamaño —comparable sólo con el felino de la cueva homónima— es una llama naturalista, dibujada de perfil. Tiene "jabot", cola, orejas y patas bien dibujadas y un cuerpo perfectamente proporcionado (fig. 19). Mide alrededor de 1,10 m de alto (desde las orejas hasta las patas delan-



Figura 19: Paredón A. Camélido de tamaño excepcional pintado en rojo. Superposición de camélidos grabados.

teras), y 1,05 m de largo (desde la parte media del "jabot" hasta la cola). Está rellena en color rojo claro y sobre la pintura se han grabado unas figuras esquematizadas de auquénidos, de tamaño pequeño, que sospechamos son actuales, que no han podido alterar la pictografía original. Lo mismo que la figura citada anteriormente, son elementos fuera de lo común en la zona, tanto por sus dimensiones como por el realismo. En ambos casos es notable la observación desplegada por los autores para la realización del dibujo que luego fue rellenado en su totalidad.

Pulaira (Otonello de García Reinoso, 1973, ps. 34-35) es considerado como un "segundo centro agrícola" dentro del área de la cuenca del río Doncellas, allí se observan cuadros de cultivo, andenerías, restos de viviendas precarias y construcciones colmenares.

VI. — *Paredón B*

Dos altos paredones que se juntan formando un ángulo casi recto han sido utilizados como paneles. Alrededor de 2,50 m del suelo fueron grabados y pintados motivos biomorfos y geométricos. Se presenta aquí uno de los pocos casos de grabados pintados.

En la pared izquierda y orientados hacia el este hay trece camélidos grabados; los dos de mayor tamaño, con la técnica del raspado, presentan largas cuerdas que parten de la cabeza y van hacia atrás y abajo terminando en forma de diseño geométrico: un óvalo atravesado por cinco líneas verticales y dos rectángulos concéntricos, respectivamente. Cinco círculos concéntricos pintados en rojo y blanco y un círculo grabado completan los motivos geométricos.

Debajo siguen los camélidos grabados, delineados por piqueteado; el primero de la segunda fila muestra restos de pintura blanca y los terceros de la segunda y tercera fila tienen restos de pintura roja. Posiblemente hayan estado totalmente rellenos con pintura, que se ha perdido por acción de agentes meteorológicos, la lluvia especialmente, ya que por su ubicación a bastante altura no es posible que hombres o animales hayan influido en ello (figs. 20 y 21).

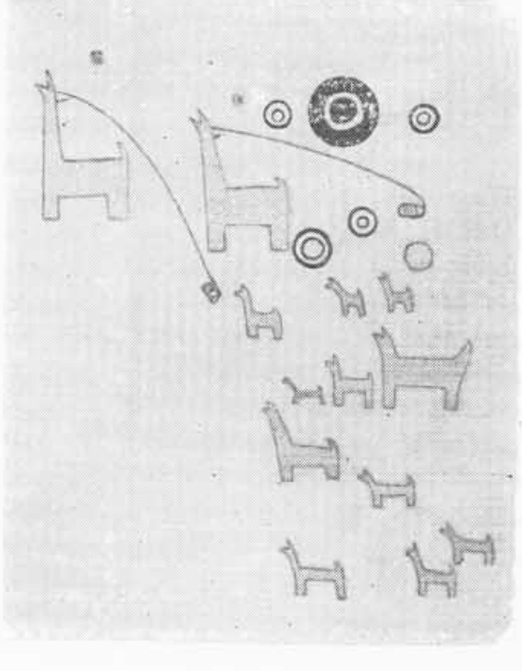


Figura 20: Paredón B. Camélidos grabados y pintados y círculos concéntricos bicromados (rojo y blanco).



Figura 21: Paredón B. Sector superior del panel.

En el paredón derecho ha quedado un triángulo relleno con pintura roja y tres camélidos, dos de los cuales orientados hacia el sur, tienen restos de pintura blanca en el cuerpo.

VII. — *Paredón C*

A pocos metros del anterior, en un paredón que mira al norte, quedan restos de pictografías en color rojo claro. Son dos parejas de auquénidos con sus crías. Una de las madres ha sido pintada con "jabot" y las orejas hacia adelante, el dibujo es elegante y fino; la otra es más burda, está desproporcionada y tiene patas gruesas y deformes. Quien dibujó una no lo hizo con la otra. En cambio las crías están más logradas en ambos casos. Su ubicación a poca altura y la escasa dureza de la roca que le sirve de sostén, hará que desaparezcan los motivos a corto plazo. Pueden observarse manchas amorfas en rojo y blanco.

XIII. — *Paredón D*

En la ladera norte de la Peña Sor de Ojo hay un paredón bastante deteriorado en el que hemos relevado alrededor de veinte llamas realizadas con la técnica del grabado-pintado.

Se ha utilizado para ello pintura roja, que está muy desvaída, pero cubre casi toda la figura del animal. El panel está orientado hacia el Norte y los animales han sido alineados con las cabezas hacia el Este. Abarca en la actualidad una faja de 2.20 por 0,70 m de ancho máximo y 0.30 de ancho mínimo.

De acuerdo al estado actual este paredón debe de haber tenido muchas figuras más, ya que en algunos lugares, donde aún subsiste en parte la corteza de la roca, hay signos de grabados y pintura roja. Los camélidos, que no miden más de 0.20 m de largo, están de perfil, tienen la cabeza bien delineada destacándose las orejas enhiestas, típicas del curioso animal y la cola está arqueada hacia adelante. En general pueden ser considerados seminaturalistas y todas las medidas de las figuras están proporcionadas.

Otros paredones

En las casas-tumba que se encuentran apoyadas en los farallones las pictografías se repiten. A pesar que hemos relevado todas las que aún se conservan, las registramos sólo para nuestro archivo, ya que no tiene objeto su publicación total cuando los motivos son repetidos.

Lo más común son las alineaciones de auquénidos en rojo, negro y blanco en menor número; lo que debemos señalar es que en una oportunidad hallamos dos animales enfrentados para los que se usó el color verde que no aparece en el área.

Exégesis de los motivos

En los paredones quedaron indicadas las sendas transitadas para unir diversos sitios; esas rutas fueron señaladas con el motivo más simple de su arte y más representativo de su vida de pastores.

Los auquénidos, domesticados o no, fueron una segura fuente de ingresos en su economía y un elemento a su alcance para los sacrificios. Es explicable entonces que jalonaran los caminos de la Puna, ya sea en forma de motivos aislados y esquemáticos o mediante escenas simples, en las que el dibujo se vuelve naturalista, porque también supieron ser buenos observadores de la naturaleza.

BIBLIOGRAFÍA

ALFARO DE LANZONE, Lidia C., 1979, Petroglifos y pictografías de Rinconada (Puna de Jujuy). Miscelánea de arte rupestre de la República Argentina. Monografías de arte rupestre, Arte Americano nº 1, Barcelona.

— y SUETTA, Juan M., 1976, Excavaciones en la cuenca del río Doncellas. Antiquitas, XXII-XXIII. p. 1-32.

CARRION CACHOT DE GIRARD, Rebeca, 1959, La religión en el antiguo Perú, Lima.

CASANOVA, Eduardo, 1967, Una significativa pictografía de la puna jujeña. Antiquitas V, p. 1-3, Buenos Aires.

GATTO, Santiago, 1932, Un granero o silo en la quebrada de Coctaca. Actas del XXI Congreso Internacional de Americanistas, vol. II, La Plata.

MENGHIN, Osvaldo F. A., 1952, Las pinturas rupestres de la Patagonia. Runa V, p. 5-22, Buenos Aires.

OTONELLO DE GARCÍA REINOSO, Marta, 1973, Instalación, economía y cambio cultural en el sitio tardío de Agua Caliente de Rachaite. Publicación nº 1, Dirección de Antropología e Historia, p. 24-68, Jujuy.

SCHOBINGER, Juan, 1973, Algunos datos e interpretaciones sobre el arte rupestre del Oeste de la Argentina. Volumen de homenaje al Dr. Pericot García. Inst. de Prehistoria y Arqueología. Barcelona.

SUETTA, Juan Manuel. 1967. Construcciones agrícolas prehispánicas en Coctaca (Prov. de Jujuy). Antiquitas IV, p. 1-9, Buenos Aires.

VIGNATI, Milcíades Alejo, 1938, Novissima veterum. Hallazgos en la puna jujeña. Rev. del Museo de La Plata (nueva serie), t. I, sec. antrop., Buenos Aires.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

SOBRE UMA PEDRA GRAVADA NO VALE DO RIO PARDO, RS, BRASIL *

*Pedro Augusto Mentz Ribeiro***

RESUMEN

La región donde fue encontrada la piedra grabada a que se refiere el presente trabajo pertenece al curso medio del río Pardo, en el Estado de Rio Grande do Sul, Brasil. Las coordenadas geográficas del lugar son aproximadamente 29°40' de latitud sur y 52°48' de longitud oeste. Fue localizada en la superficie durante la preparación de un terreno de cultivo. Está confeccionada en arenisca, pesa 233 gramos y mide 123 por 93 por 18 mm. Ambas caras han sido grabadas con motivos abstractos rectilíneos (escaleras y rayados), mediante incisiones por frotación. El borde de la pieza presenta retoques. Por sus características recuerda a las placas grabadas de Patagonia y especialmente a las de la región de Salto Grande en el río Uruguay medio. Presumiblemente se trata de una pieza ceremonial. Pese a haber sido hallada aisladamente, se atribuye a los cazadores especializados de la tradición Umbu, fase Río Pardinho, siendo la primera de su tipo que se describe en la arqueología brasileña.

SUMMARY

An engraved stone was encountered in the vicinity of the middle Rio Pardo, State of Rio Grande do Sul, Brazil. It was found on the surface of an archeological site, when the soil was being prepared for planting. The material is sandstone; the piece measures 12.3 by 9.3 by 1.8 cm and weighs 233 grams. Both surfaces have been ornamented with abstract rectilinear designs (steps and rays), which were produced by grinding. The margin is notched.

The most similar objects are the engraved plaques from Patagonia, and particularly those from the Salto Grande region of the middle Río Uruguay. Although the association is speculative, this piece may belong to the Rio Pardinho Phase of the preceramic Umbu Tradition. It is the northernmost occurrence yet reported.

Descrição e histórico da região

A região onde foi encontrada a pedra gravada pertence ao médio rio Pardo. Geologicamente temos aluviões, sedimentos atuais e subatuais, depositados

* Trabalho realizado com o Auxílio nº 151/77 da Fundação de Amparo à Pesquisa do Estado do Rio Grande do Sul (FAPERGS), Porto Alegre.
Colaboraram: *Antonio da Silva Martins* e *Catharina Torrano Ribeiro*.
** Centro de Ensino e Pesquisas Arqueológicas (CEPA), da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras de Santa Cruz do Sul, RS.

em planícies de inundação e barras: cascalhos, areias e argilas. Formação "Rosário do Sul". Fácies fluvial: arenitos vermelhos de granulação média a muito fina, com estratificações de siltitos avermelhados. Fácies Santa Maria: siltitos e folhelhos com conchostráceos e flora Thinnfeldia; lamitos vermelhos com réptis fósseis. Formação Botucatu. Arenitos feldspáticos finos e médios, grãos subangulares e arredondados, foscos, com estratificações eólicas típicas, cores rosa a vermelho. Nas províncias geomorfológicas do mesmo mapa, o local do achado está dentro da Depressão Periférica (Carraro e outros, 1974). Climatologicamente a área pertence ao clima subtropical ou virginano, subdivisão peneplanície sedimentar periférica (altitude inferior a 400 m) (Moreno, 1961). A temperatura média anual é superior a 18°C (19,1); precipitação pluviométrica média anual está entre 1600 e 1800 mm.

A vegetação da região é a mata latifoliada tropical com a curiosa ocorrência do pinheiro (*Araucária angustifolia*) e erva-mate (*Ilex paraguariensis*). O local está entre os primeiros morros que anunciam a Serra Geral (Planalto Meridional). O cerro Botucaraí, por exemplo, que domina a região, situa-se a aproximadamente 3 Km ao sudoeste. Poucos quilômetros ao sul iniciam os campos e as suaves elevações que se estenderão até a Patagônia Argentina.

As coordenadas so sítio são os 29°40′ de latitude sul e 52°48′ de longitude oeste de Greenwich.

Historicamente a região pertenceu, inicialmente, à Espanha pelo Tratado de Tordesilhas. Nas proximidades do local, mais ou menos 1,5 km ao noroeste, se instalaram, em 1633, os jesuítas espanhóis com a redução de Jesus Maria. Mais duas reduções foram fundadas no vale do rio Pardo: uma ao sul, São Cristóvão e outra ao norte, já no planalto, São Joaquim. A distância aproximada é estimativamente 17 km entre elas (é assunto controvertido). Foram destruídas por Antonio Raposo Tavares, bandeirante paulista, em 1636-37.

A colonização propriamente dita iniciou com a vinda de colonos portugueses que se estableceram na zona de campo, ao sul já no século XVIII. Rio Pardo pertence a esta fase. Candelária, próxima ao local do achado, começou a constituir-se por volta de 1860 com a vinda dos imigrantes alemães. Sua primeira denominação, antes de emancipar-se de Rio Pardo, em 1925, foi Vila Germânia. A agricultura é a economia predominante na região e, na zona de campo, a criação de gado bovino.

Descrição do local e das circunstâncias do achado

Para alcançar o local do achado segue-se por uma estrada que parte da hidráulica (Corsan) da cidade de Candelária, passando pelo Tênis Clube e pela residência do Sr. Reinhard Hintz. A distância cidade-local do achado é de 2600 m. Logo após passar por uma ponte de madeira sobre o arroio das Pedras, que corre na direção sul-norte, tributário do rio Pardo, existe uma roça de milho e tabaco, a esquerda da estrada. Nesta roça, numa distância de 50 m, aproximadamente, ao oeste do arroio e mais ou menos 5 m da estrada, foi encontrada esta pedra com gravações. O local é um patamar fluvial holocênico, com 3,2 m acima do nível da barranca do arroio (parte superior) e com uma suave inclinação para o oeste. A cota acima do nível do mar está entre os 60 e os 80 m (mapas da Divisão de Levantamento do Exército). Um caminho de roça, à esquerda da estrada e também do achado, divide as terras: ao leste do Sr. Reinhard e ao oeste do Sr. Felino de Oliveira (Fig. 1). O solo do local é arenoso.

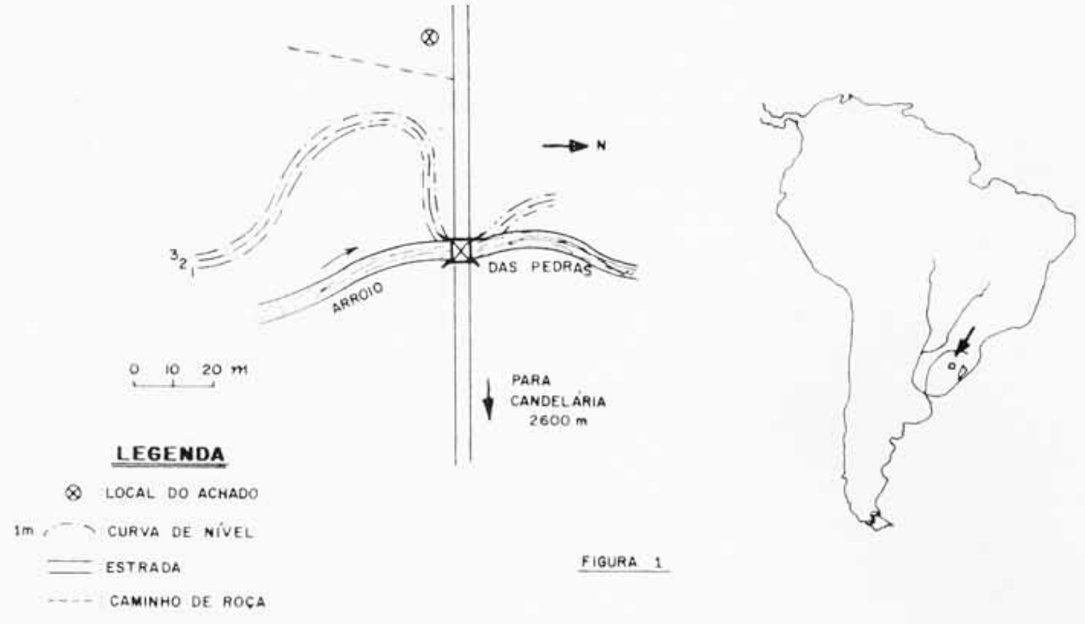


FIGURA 1

A pedra gravada foi encontrada pelo Sr. Reinhard quando capinava o terreno. Achando-a estranha, levou-a para casa. A pequena lasca retirada foi praticada por um vizinho que julgava ser ouro e não uma pedra! A filha do senhor Reinhard, Marli, aluna da Faculdade de Filosofia de Santa Cruz do Sul e que havia realizado nosso curso de Introdução à Arqueologia, reconheceu-a como uma peça arqueológica. Trouxe-a, então, para o nosso Centro de Ensino e Pesquisas Arqueológicas (CEPA).

O local foi visitado duas vezes: na primeira coletamos superficialmente e os resultados foram, apenas, 1 pequena lâmina de machado polido, 1 lasca de calcedônia e 1 batedor-alisador; na segunda fizemos 8 pequenos poços estratigráficos, em vários pontos da roça, a partir do local exato do achado, nada encontrando. A profundidade alcançada nestas sondagens foi de 40 cm; até os 23 cm a camada é marrom escura e após marrom clara (amarelada), ambas arenosas, porém, a segunda é mais compacta do que a primeira. Com respeito ao material superficial, não nos atrevemos a fazer nenhuma associação com a pedra gravada porque, além de escasso é destituído de significação ou identificação cultural.

Descrição do material

A pedra gravada apresenta estas características: rocha arenítica de granulação fina; cor pardacenta lilácea (Schwaneberger Farben Führer, 1963); peso: 233 gr; dimensões: 123 × 93 × 18 mm. Os sulcos possuem 1 e 2 mm de largura, predominando 1 mm; profundidade entre 0,5 e 2 mm, predominando 0,5 mm (2 mm é raro). Forma: ovóide. Seção transversal e longitudinal: levemente biconvexa.

Os motivos são abstratos lineares retilíneos (Gradin, ms.). A técnica utilizada para a confecção dos gravados foi o alisamento. A peça foi preparada por alisamento antes e depois da confecção dos sulcos, em ambas as faces. A provável causa foi o intuíto de aplaná-la devido à existência de irregularidades numa das faces ("B") que, mesmo assim, permaneceram perceptíveis. Os motivos são distintos para as duas faces. O estabelecimento de face "A" e "B" foi arbitrário; consideramos horizontal, quando o traço é perpendicular ao eixo longitudinal da peça e vertical quando paralelo ao mesmo eixo.

"A" — traços paralelos entre si, vertical e horizontalmente que cobrem toda a superfície da peça: formam 4 "conjuntos" separados um do outro, pois os traços verticais, em número entre 11 e 12, são cortados por 1 horizontal e limitados por outras duas; uma adenda é de que os traços horizontais foram praticados de uma extremidade até a outra da peça e os verticais o foram dentro dos limites de 2 horizontais. Os "conjuntos" de uma das extremidades da pedra não são muito nítidos (pouca profundidade dos sulcos resultante do alisamento posterior).

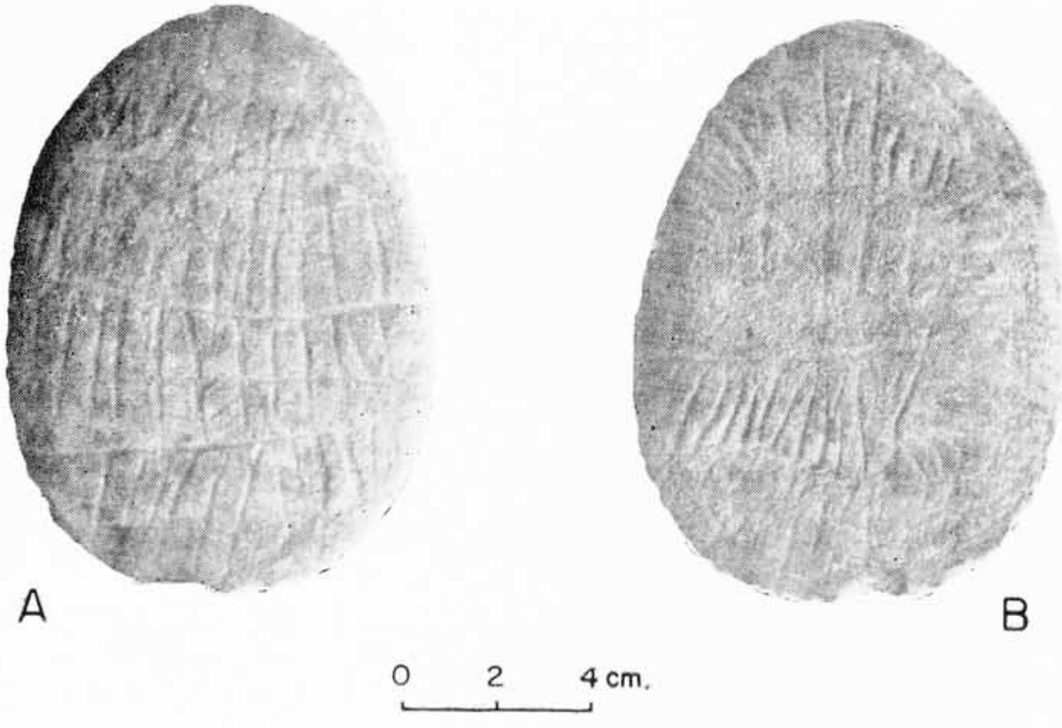


FIGURA 2

"B" — observa-se 3 traços horizontais e 4 verticais, paralelos entre si, cortando toda a superficie da pedra; ainda, uma série de pequenos traços paralelos entre si, convergentes, porém não se encontrando no centro, formando uma espécie de "raiado" em círculo. Não nos foi possível constatar sobreposição.

O bordo periférico apresenta pequenos entalhes formando um "denteado"; a distância entre 1 sulco e outro varia de 1 a 5 mm; os sulcos são mais largos, porém, com a mesma profundidade dos existentes nas faces.

A lâmina de machado polida é de basalto cinza, com polimento apenas na extremidade distal ou bordo ativo (nos 2 últimos centímetros), ângulo do bordo ativo de 50° e com 77 × 30 × 17 mm. A lasca de calcedônia é cinza escuro e cinza claro (rajado), sem sinais de utilização e com 37 × 25 × 16 mm. O batedor-alisador é de basalto cinza, mais ou menos circular, com sinais de alisamento em ambas as faces e de picoteamento no bordo periférico; possui 67 × 62 × 42 mm.

Comparações e conclusões

Pelo que nos é dado a conhecer, é a primeira peça deste tipo registrada na arqueologia brasileira. A área de dispersão é o sul, em especial a região de Salto Grande, no rio Uruguai, e Patagônia Argentina. Consultando a escassa bibliografia que conseguimos e também verificando pessoalmente numa exposição de pedras (placas) gravadas por ocasião do VI Congresso Nacional

de Arqueologia em Salto, Uruguai, as que mais se assemelham com a nossa são provenientes de Bañadero Salto Grande, Uruguai. São as de número 2600 e 2603 (coleção do Museu Municipal de História Natural, Salto, Uruguai), especialmente a última. A comparação que fizemos refere-se aos motivos, a técnica de confecção, forma e matéria prima da pedra, nesta ordem de importância.

Em Cerro del Tigre I, foram encontradas 7 placas de arenito cinza e vermelha em coleta superficial (Rodríguez, 1969). A conclusão é de que na área predominam as subretangulares com gravados profundos de linhas quebradas ou com pontos sucessivos ordenados em sentido vertical ou horizontal ou a combinação de ambos elementos. Pertenceriam a uma fase pré-cerâmica, confirmado pelo trabalho posterior de Caggiano e outros (Caggiano e outros, 1971), apesar destes não citarem pedras ou placas gravadas no mesmo sítio denominado, agora, de El Cerro el Tigre. Rodríguez em outro trabalho, nas Conclusões, diz o seguinte: "...; este contexto está diferenciado del nivel alfarero de Los Sauces I por la ausencia de boleadoras y placas labradas" (Rodríguez, 1971). Isto subentende que existem placas associadas a níveis ceramistas. Em correspondência particular com o Sr. Roberto Cámpora, teceu comentários sobre as pedras gravadas, considerando-as de um nível pré-cerâmico (entre os 0,40 e 0,60 m) para a região de Bañadero Salto Grande. Poenitz interpreta as pedras gravadas como recentes, pertencendo a um período ceramista (Salto Grande Inciso). O material compõe-se de cerâmica incisa de linhas geométricas, formas simples em meia esfera e o lítico é composto de bolas de boleadeira, "rompe-cabeças", pontas de osso, retocadores, espátulas e adornos de osso e conchas, lenticulares, lascas com retoques, talhadores (Poenitz, 1971). Também afirma, em trabalho anterior, que as placas pertenceram ao acervo de um povo semi-sedentário, pescador, recoletor e caçador (Poenitz, 1970). Menghin, citado por Poenitz, diz que as placas gravadas pertencem ao tehuelchense (Patagoniense). Outes, Bórmida e Poenitz, criaram tipos de pedras gravadas, mas a nossa não se encaixa precisamente naqueles. A aproximação maior seria com os grupos I e II de Poenitz (Poenitz, 1971). Maruca Sosa ilustra 1 placa gravada (pg. 232, nº 3) que lembra a que nós estamos apresentando neste estudo, em sua forma e motivos, porém, os sulcos proporcionalmente são maiores (mais acentuados), e um quadriculado mais espaçado. Infelizmente não existem referências de tamanho. Diz o autor apenas que foi encontrada em Bocas del Queguay, Paysandú. Supõe que estas peças foram de uso ritual (Maruca Sosa, 1957). Gradin ilustra duas placas do norte da Patagônia, mas com forma e figuras distintas, porém pertencentes a mesma classificação geral de motivos.

Além do aspecto pré-cerâmico ou cerâmico, devemos considerar, para os primeiros, a que grupo pertenceram, isto é, se de um recoletor-caçador ou um caçador especializado com pontas-de-projétil. Rodríguez distingue 3 níveis, desde toscos com grandes e médios implementos até as pontas-de-projétil, mas não nos da associação com as pedras gravadas (Rodríguez, 1969). Caggiano e outros os dá como recoletores-caçadores, comparando-os à fase Caaguaçú, de Miller (Caggiano e outros, 1971). Esta fase pertence à tradição Humaitá, da mesma forma que o Complexo Altoparanaense. A última afirmação é uma conclusão a que chegamos em trabalho anterior (Mentz Ribeiro e outros, 1977). Serrano coloca as placas gravadas dentro da Cultura Entrerriana, fácie Salto Grande. É um grupo ceramista (Salto Grande Inciso) com instrumentos de osso (retocadores, percutores, bolas de boleadeira, mós, pontas de haste de cervo ou ossos largos, colares de contas de barro, adornos de rodelas de moluscos, orelheiras; ocupavam, em geral, sítio em elevações com aparência de cerro ou "cerrito". Diz, ainda: "Há um evidente parentesco entre os desenhos destas placas e algumas pictografias do território uruguaio como as do arroio Maestre de Cam-

po (Departamento de Durazno) e os vasos de Puerto Basílio, em Gualeguaychú". Há, também, similitude com desenhos da cerâmica da fácie Sarandi (da mesma Cultura Entrerriana) (Serrano, 1972). Gradin acredita, da mesma forma, numa vinculação das placas com as manifestações rupestres. Supõe, como Bórmida, que sejam do início da nossa era (Gradin, 1973). Poenitz afirma que 1000 d.C. é uma datação média (datação obtida por Cigliano no sítio Paradero Los Sauces Norte). Depois de apresentar uma explicação, conclui que as placas (pedras) gravadas, pertencendo à cultura Saltograndense, remontariam a um momento bastante anterior a nossa era e alcançariam a era hispânica. Equipara, também, cronológicamente, ao tehuelchense (Patagoniense) de Menghin (Poenitz e outros, 1971). A pedra gravada por nós encontrada possui alguma similitude com os tipos "arcaicos" da Patagônia, segundo a classificação de Bórmida (1952), em especial seu tipo A. Este se atribui, geralmente à cultura patagoniense antiga (anterior as influências dos povos tecedores e ceramistas que dão origen ao tipo C e as pinturas rupestres do chamado "estilo de grecas"), aproximadamente entre 1000 a.C. e 1000 A.D. As recentes datariam de pouco antes do começo da conquista, continuando durante todo o transcurso da mesma (Schobinger, informação pessoal; ver entre outros Manghin, 1957; Poenitz et al., 1971).

Agüero Blanch nos espõe uma série de interpretações de vários autores para as placas (pedras) gravadas em seu trabalho sobre uma encontrada na Província de San Juan. A finalidade é, efetivamente, muito controvertida: magia ou cerimonial (vários autores), utilitária (modelo para tecidos - Greslebin e Garcés), pedras sagradas ou talismãs ou amuletos (Verneau e Outes), sistema de escritura (Ameghino) e "churinga" (Bórmida). A conclusão a que chega sobre a sua placa é de que poderia ter tido função utilitária (apresenta um corte biselado num dos extremos) ou como pendente (furo de suspensão e decoração apenas de um lado - objeto de adorno) (Agüero Blanch, 1961). Verificando uma publicação de Bonavía a respeito de pedras pintadas e gravadas da Europa, os pesquisadores citados concluem que seriam "churinga" (a maioria), culto aos antepassados, fichas de jogo, arquivo de tribos, material de adivinhos, objetos de culto de um fetichismo primitivo, significado religioso ligado ao culto dos mortos (relação com as pictografias), marcas de um jogo, sistema de numeração, caractéres alfabéticos, função ritual, médica, cultural, proteção à uma aldeola ou indivíduo (assegurando uma boa colheita, caça, pesca ou elas mesmas seriam consideradas viventes e que se reproduzem). O autor, sem tomar posição, mostra que em um só lugar, os seixos pintados foram encontrados associados diretamente a enterratórios (Bonavía, 1971). Para Schobinger, as do Uruguai e Brasil talvez tenham função similar às "churingas" australianas, como susteve Bórmida (Schobinger, informação pessoal).

Como conclusão, não existe dúvida alguma de que a pedra gravada por nós encontrada no Estado do Rio Grande do Sul, pertence ao complexo das pedras gravadas de Salto Grande e Patagônia Argentina. Destas duas áreas as que mais se aproximam da nossa são as de Salto Grande (río Uruguai médio). Ao que parece, trata-se de uma pedra cerimonial (magia ou religião), provavelmente com a mesma função de uma "churinga" australiana. As razões são as seguintes: características tecno-morfológicas da pedra que lhe tiram qualquer possibilidade utilitária; a raridade da peça; o descartamento das outras possibilidades apresentadas, tais como sistema de escritura (não haviam povos letrados, préhistóricos, na área em questão), modelo para tecidos (os motivos em nada lembram esta função); a vinculação que acreditamos existir entre os petróglifos e as pedras (placas) gravadas. Este último item faz com que atribuamos aos caçadores especializados com pontas-de-projétil da tradição Umbu (regional-

mente fase Rio Pardinho), a pedra gravada aqui tratada, apesar do isolamento em que se encontrava. Ainda, a técnica utilizada (alisamento), o tipo de rocha escolhido (arenito), a área de dispersão dos gravados e das pedras (placas) gravadas (zona de campo ou contígua à mesma) e a situação do achado (pequena elevação junto a um pouco expressivo curso d'água), são fatores que reforçam esta última suposição. Posteriormente, parece que este grupo caçador especializado tornou-se ceramista em algumas áreas (Salto Grande, região lagunar do Rio Grande do Sul, Patagônia Argentina) e continuou a confeccionar estas placas. Se as pontas-de-projétil de pedra lascada não são encontradas em alguns sítios mais próximos d'água, talvez pudessem indicar movimentos sazonais.

As datações absolutas em sítios com petróglifos, no Estado do Rio Grande do Sul, variam entre 5655 ± 140 até 745 ± 115 anos A. P. (Mentz Ribeiro, 1974 b). Dentro desta faixa, como uma tentativa cronológica inicial, colocaríamos a pedra gravada descrita no presente trabalho.

Agradecimentos

Agradecemos ao Sr. Reinhard Hintz e sua filha, Professora Marli Hintz, pela doação da peça e colaboração no desenrolar das pesquisas de campo; aos Srs. Roberto Cámpora e Dr. Juan Schobinger, pelo pronto atendimento, por carta, às informaçãos solicitadas; aos Drs. Cliffords Evans e Betty Meggers pela tradução do Resumo para a língua inglesa.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

AGÜERO BLANCH, Vicente Orlando; 1961. "Una placa grabada de Pampa Vieja, Provincia de San Juan", *Anales de Arqueol. y Etnol.*, tomo XVI, p. 235-241, Mendoza.

BONAVÍA, Duccio; 1971. "A propósito de los guijarros pintados mesolíticos de Europa", *Anales de Arqueol. y Etnol.*, tomo XXVI, p. 69-88, Mendoza.

BÓRMIDA, Marcelo; 1952. "Pámpidos y Australoides; coherencias ergológicas y míticas", *Etnos, serie* B, nº 6, p. 51-82, Buenos Aires.

— 1956. "Tres nuevas placas grabadas de la Patagonia Septentrional". *RUNA*, tomo VII, p. 203-208, Buenos Aires.

CAGGIANO, María; CIGLIANO, Eduardo M., e RAFFINO, Rodolfo A.; 1971. "Consideraciones sobre la Arqueología de Salto Grande (Provincia de Entre Ríos)". *Anales de Arqueol. y Etnol.*, tomo XXVI, p. 53-68, Mendoza.

CARRARO, Clóvis Carlos; GAMERMANN, Natalio; EICK, Nilo Clemente; BORTOLUZZI, Carlos Alfredo; JOST, Hardy, & PINTO, Jair Ferreira; 1974. "Mapa geológico do Estado do Rio Grande do Sul". *Instituto de Geociências*, Universidade Federal do RGS, Mapa nº 8, 29 p., Porto Alegre.

GRADIN, Carlos J.; 1973. "La Piedra pintada de Mamuel Choique (Provincia de Río Negro)". *Relaciones*, tomo VII, p. 145-157, Buenos Aires.

HECK, Pablo; 1971. "Placas grabadas del Cerro Norte". *Boletín de Arqueología*, nº 2, p. 19-22, Concordia.

MENGHIN, Osvaldo F. A.; 1957. "Estilos del arte rupestre de Patagonia". *Acta Praehistorica*, v. I, p. 57-87, Buenos Aires.

MENTZ RIBEIRO, Pedro Augusto; 1974 b. "Primeiras datações pelo método do C-14 para o vale do rio Caí, RS". *Revista do CEPA*, nº 1, p. 16-22, Santa Cruz do Sul.

MENTZ RIBEIRO, Pedro Augusto; RIBEIRO, Catharina Torrano, & SILVEIRA, Ítela; 1977. "A ocorrência de zoólitos no Planalto Meridional: Barros Casal, RS, Brasil". *Revista do SEPA*, nº 5, p. 5-49, Santa Cruz do Sul.

MORENO, José Alberto; 1961. *Clima do Rio Grande do Sul*, Secretaria da Agricultura, Seção de Geografia, 42 p., Porto Alegre.

POENITZ, Erich L. W. Edgar; 1970. "Un yacimiento en el centro de Entre Ríos. Su relación con el problema del patrimonio arqueológico charrúa", *Boletín de Arqueología*, nº 1, p. 21-38, Concordia.

POENITZ, Erich L. W. Edgar (coordenador); ARENA, Roberto; HECK, Pablo; PEZZARINI, Eriberto M.; TORRANO, Faustino Juan, & VASALLO, Nelson O.; 1971. "Morfología, relaciones y funcionalidad de las placas grabadas de Salto Grande", *Boletín de Arqueología*, nº 2, p. 27-46, Concordia.

RODRÍGUEZ, Amílcar A.; 1969. "Arqueología del nordeste de Entre Ríos (Río Uruguay Medio) (Nota Preliminar)". *Municipalidad de Concordia*, Departamento de Antropología y Folklore, 31 p., Concordia.

— 1971. "Notas relacionadas con los sitios arqueológicos relevados en Salto Grande, Departamento Federación, Provincia de Entre Ríos, Argentina", *Revista Ipicuera*, año II, nº 2, p. 13-16, Concordia.

SERRANO, Antonio; 1972. "Líneas Fundamentales de la Arqueología del litoral", *Instituto de Antropología*, v. XXXII, 79 p., Córdoba.

TORRANO, Faustino J.; 1971. "Placas grabadas del Salto Grande del Uruguay", *Boletín de Arqueología*, nº 2, p. 5-12, Concordia.

VASALLO, Nelson Oscar; 1971. "Placas grabadas de mi colección". *Boletín de Arqueología*, nº 2, p. 13-19, Concordia.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

NUEVOS APORTES PARA EL CONOCIMIENTO ANTROPOLÓGICO DEL DELTA DEL PARANÁ

María Amanda Caggiano
Olga Beatriz Flores
Marta Graciela Méndez
Susana Alicia Salceda

1. — INTRODUCCIÓN

Con el tratado sobre "Los primitivos habitantes del Delta del Paraná", Luis María Torres (1911) logra que esta área irrumpa dentro del ámbito arqueológico contraponiéndose a la del noroeste argentino. A pesar del fuerte impacto que causó y de los esporádicos intentos realizados (Lothrop, S. K., 1932; González, A. R., 1947), el área de investigación fue relegada, no es nuestro interés tratar los motivos que lo causaron. A pesar del largo medio siglo que nos separa, el tratado de Torres es base para cualquier investigación que se quiera emprender en el Delta.

El territorio deltaico formado por numerosas islas, circundadas por brazos de ríos, sinuosos riachos y angostos canales, fue ocupado por el hombre mucho antes de nuestra era.

Sus antiguos paraderos constituyen yacimientos arqueológicos conocidos por los lugareños como "cerros" o "cerritos". Se trata de montículos localizados sobre albardones o elevaciones naturales al borde de ríos, arroyos o lagunas (bajos) interiores, ocultos por la vegetación. El aspecto tumuliforme de morfología elíptica o circular, alcanza dimensiones variables, entre 50 a 300 m, aproximadamente, de largo, y 1 a 2 m aproximadamente de alto, generalmente con un frente aplanado paralelo al espejo de agua vecino.

Noticias sobre su ocupación territorial por diferentes parcialidades étnicas en la época de la conquista y colonización nos han sido trasmitidas por cronistas como Luis Ramírez, Diego García, Pedro López de Souza, Ulrich Schmidl, Domingo de Irala, etc.

Hasta fines de la década anterior el esquema cronológico sustentado proponía una ocupación indígena con elementos ceramolíticos provenientes de otras áreas, sobre un supuesto sustrato acerámico.

Los primeros que intentan una periodificación marcan como tope de grupos que se introducen en el área a los Tupiguaraní, precedidos o, en algunos casos, contemporáneos con los portadores de alfarerías plásticas "posiblemente de influencia arwak".

Se proponía que el material descubierto en los yacimientos era sincrónico y muchas veces no se tomaba en cuenta la estratigrafía o la asociación de los mismos.

Sin embargo, a través de las excavaciones sistemáticas realizadas, el apoyo de la estratigrafía y geomorfología, y la correlación con fechados radiocarbónicos, el panorama arqueológico ha variado considerablemente.

En esta oportunidad presentamos los resultados e interpretaciones de las observaciones realizadas en torno al sitio Paraná Ibicuy 1 (P.I.1.), Departamento de Gualeguaychú, Provincia de Entre Ríos, cuya noticia presentáramos en otras oportunidades (Caggiano, M. A., 1977; Caggiano, M. A., Flores, O. B., Méndez, M. G., y Salceda, S. A., 1978). Recibimos la colaboración para la determinación de moluscos de la Dra. Delicia Fernández; de vertebrados, licenciado Luciano De Santis, y de litos, doctores Luis Dalla Salda y Mario Mazzoni.

2. — DESCRIPCIÓN Y EXCAVACIÓN DEL SITIO

Partiendo de la localidad de Holt, al sur del Departamento de Gualeguaychú, se remonta en sentido noroeste la margen izquierda del Paraná Ibicuy. A unos 25 km de la misma se localiza el sitio excavado por Luis M. Torres (1903) en el paraje denominado Mazaruca (Paraná Ibisuy 3). Desde allí, tras recorrer 15 km por un camino vecinal bordeando el Paraná, realizamos una prospección en un nuevo sitio que presenta enterratorios humanos (Paraná Ibicuy 2), ubicado a 5 km del sitio que nos ocupa en esta investigación (Paraná Ibicuy 1) y que describiremos a continuación.

A escasos 50 m de la ribera del Paraná Ibicuy y paralelo al mismo, se divisa una elevación monticular de forma subelipsoidal. Presenta aproximadamente 250 m de largo y 50 de ancho. Exceptuando su borde norte, prácticamente está rodeado de un extenso bañado intermitente. El borde este, más elevado y ligeramente achatado (cercano al río), fue el que elegimos para efectuar las excavaciones en ciertos sectores sobreelevados. En cambio el borde oeste presenta una suave pendiente.

Sector 1. Zona de la vivienda del dueño de la finca (señor Tommasini). Ubicado al noreste. Se practicó una excavación de dos metros cuadrados iniciales, debiendo ampliarse al comprobarse la presencia de enterratorios humanos que se extralimitaban.

Sector 2. Zona de colmenas. Intermedio. Se practicó una excavación de dos metros por dos y medio.

Sector 3. Zona de la vivienda del puestero. Ubicado al sureste de la elevación. Es el único sector que no ha sufrido inundaciones en las periódicas crecientes registradas en el Paraná. En él se practicó una excavación de dos por tres metros. A escasos metros de la misma se encuentra el patio del puestero que es barrido diariamente. Por tal motivo "afloraban en superficie" los restos de un enterratorio humano que fue extraído con su correspondiente asociación, pero sin profundizar la excavación en el mismo.

En todos los sectores de la excavación, la misma se efectuó hasta comprobar que en la arena de base, ligeramente húmeda, a dos metros, aproximadamente, no aparecían vestigios de ocupación humana.

Luego de delimitar el sector a excavar y limpiado el mismo, se observó que en la superficie del terreno actual no aparecían restos. Los materiales fueron extraídos siguiendo el orden de los niveles de la estratigrafía natural del sitio. Cuando el nivel natural superaba los 10 cm, el material se rotulaba siguiendo una división artificial para su mejor ordenamiento y control.

3. — ESTRATIGRAFÍA. ASOCIACIÓN DE RESTOS

Una de las hipótesis derivadas de los datos proporcionados por los trabajos de Luis María Torres (1911) y Antonio Serrano (1972), es precisamente que, para interpretarlos en su totalidad es necesario diferenciar nuevos sitios y ubicar estratigráficamente sus restos. El estudio integral de una cultura no depende de un solo sitio o yacimiento. Si bien no realizamos una microestratigrafía en el P.I.1, que queda planteada para trabajos ulteriores, visualmente diferenciamos estratos en forma de depositación vertical, en los que distinguimos una serie de niveles que describiremos partiendo de la superficie actual de la elevación monticular.

El material se presenta sin orden aparente, fragmentos de cerámica mezclados con restos de fauna desarticulados y dispersos, algunas veces acompañando a restos esqueletarios humanos.

3.1. — *Nivel I.* Veintidós a treinta y siete cm de espesor. Color negro. Constituiría un horizonte de suelo. Diferenciamos:

a) Capa superior compuesta por tapiz vegetal sin material arqueológico asociado, de 2 a 4 cm de espesor.

b) Capa inferior de la que se extrajeron los siguientes restos:

3.1.1. — Sesenta y cinco esqueletos de *Myocastor coypus;* cuarenta y siete de *Cavia aperea;* cuatro de *Blastocerus dichotomus;* cuatro de *Mazama guazoubira;* dos de *Galictis cuja;* uno de *Lutra platensis, Hidrochaerus hidrochaeris;* treinta y siete de *Siluriformes* (Pimelodidae y Doradidae); veinte de *Characiformes;* y cuatro de aves indeterminadas.

3.1.2. — Escasas valvas de moluscos, sin signo de utilización, correspondiendo a *Diplodon paralellopipedon* Lea, 1834; *Diplodon paranensis* Lea, 1834; *Diplodon parodini,* Bonetto, 1961; *Castalia inflata* D'Orb., 1835.

3.1.3. — Escorias, lascas amorfas de cuarcita, anfibolita metamórfica, metamorfita y granito. Un lito de forma subrectangular de cuarcita, de 12 cm de largo, posiblemente mano de mortero. Un artefacto amorfo que muestra sectores percutidos, en microgranito. La determinación de la materia prima indica que la misma provendría del Sistema de Tandilia.

3.1.4. — Seis mil trescientos cuarenta y cinco fragmentos de cerámica, que reúnen las siguientes características:

3.1.4.1. — Pasta.

3.1.4.1.1. — Manufactura: Pastillaje (fina) y Rodetes (gruesa).

3.1.4.1.2. — Antiplástico: presenta pocas inclusiones. Los más comunes son gránulos de hematita hasta 2 mm, de arena hasta 1 mm y de biotita hasta 1,5 mm. Estos desgrasantes se notan desde la superficie lo que da una coloración particular. Excepcionalmente inclusiones de carbonatos. Tiestos molidos hasta 3 mm.

3.1.4.1.3. — Textura: Compacta.

3.1.4.1.4. — Fractura: Regular.

3.1.4.1.5. — Color: Distinguimos las siguientes variaciones. Gris oscuro, marrón, ladrillo.

3.1.4.1.6. — Cocción: Oxidante. Algunas muy bien cocidas (pasta color ladrillo o marrón), lo que le da una apariencia de "teja". Las de núcleo color gris son generalmente reconocidas en la literatura arqueológica con la denominación de "tosca".

3.1.4.2. — Superficie.

3.1.4.2.1. — Color: a) Sepia a marrón, generalmente corresponden a las que poseen mayor inclusión de arena; b) Sepia con pigmentación rojiza, con inclusio-

nes de hematita; c) Gris oscuro, muchas veces producto de la cocción. El color puede ser uniforme en ambas caras o predominar en alguna de ellas.

3.1.4.2.2. — Tratamiento: En general la cerámica es alisada. Algunas con incisión o pintura. Esporádico modelado.

3.1.4.2.3. — Dureza: 2,5 a 3 de la Escala de Mohs.

3.1.4.2.4. — Forma.

3.1.4.2.4.1. — Apéndice.

3.1.4.2.4.1.1. — Asa propiamente dicha. Posición vertical.. Por su inserción es labio remachada. Por su tipo, diferenciamos lisa en arco y maciza aplanada.

3.1.4.2.4.1.2. — Cola escultórica maciza. Posición horizontal; fragmento diagnóstico de que estamos ante la presencia de formas correspondientes a alfarerías gruesas campanuliformes o cilíndricas. Presenta decoración incisa en la cara superior, surco rítmico y pequeñas aplicaciones al pastillaje.

3.1.4.2.4.1.3. — Cabeza escultórica maciza. Cabeza de psitácido fragmentada a la altura del cuello o lugar de inserción en la vasija. Puede corresponder a un apéndice diametralmente opuesto a la cola anteriormente descripta, posición horizontal, cabeza mirando hacia afuera, o a vasija restringida con apéndice adosado inmediatamente por debajo de la boca, cara externa, posición vertical con la cabeza mirando hacia la boca de la vasija. Toscamente modelada, 5 cm de largo. Pico corto, suavemente curvo. Mejillas indicadas por surco rítmico. Ojos redondos aplicados por pastillaje, con una perforación central. Parte posterior del cuello decorado con escalonado en surco rítmico. Color gris.

3.1.4.2.4.2. — Base: Ligeramente redondeada, cóncova.

3.1.4.2.4.3. — Borde: Directo o afinado.

3.1.4.2.4.4. — Espesor de la pared: entre 2,5 a 10 mm (fina); 12 a 50 mm (gruesa).

3.1.4.2.4.5. — Labio: Recto o aguzado. Algunos presentan incisiones transversales, tipo aserrado u ondulado.

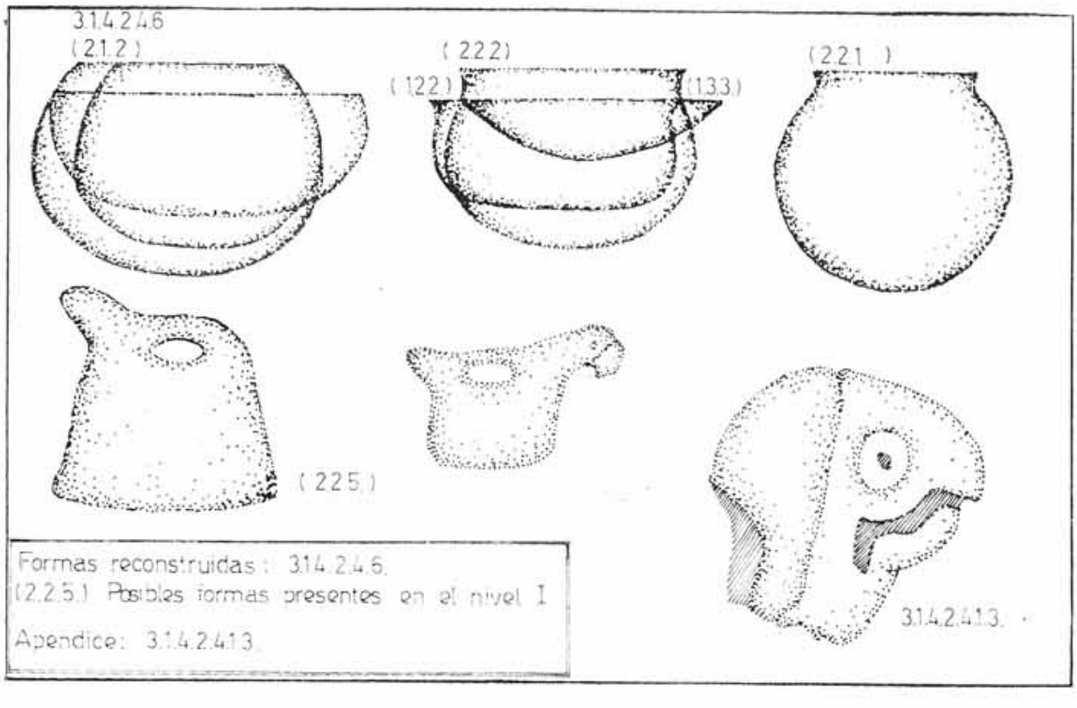


Lámina I.

3.1.4.2.4.6. — Formas: Se diferenciaron vasijas no restringidas y restringidas. Dentro de las primeras de contorno simple, platos (1.1.3.) e inflexionados, escudillas (1.1.2.). De las segundas distinguimos de contorno simple y depen-

diente, escudillas (2.1.2.) y de contorno independiente, inflexionado, ollas (2.2.1.), escudillas (2.2.2.), y complejas (2.2.5.) ¿campanuliformes o cilíndricas?

3.1.4.3. — Decoración.

Las técnicas empleadas son pintura, incisión, y excepcionalmente modelado o aplicación por pastillaje. Esta última se describió al referirnos a apéndices.

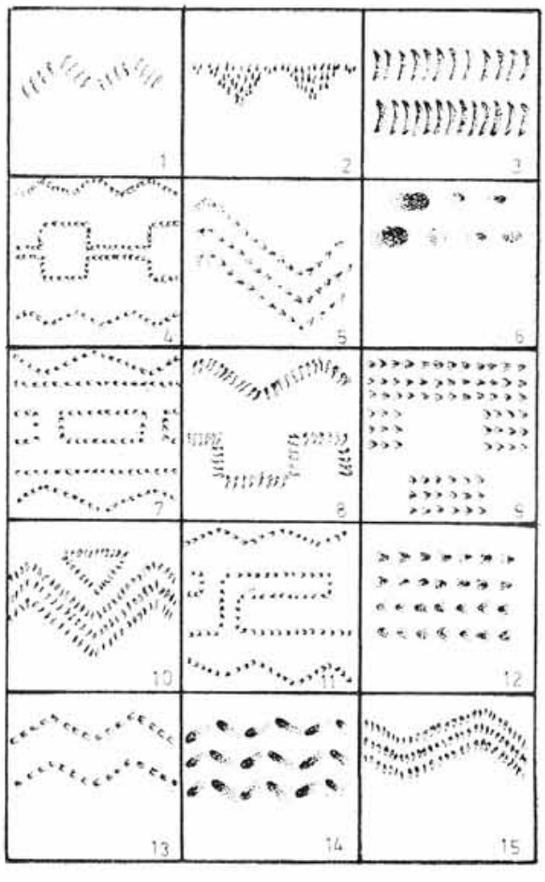


Lámina II: Motivos decorativos de la cerámica.

3.1.4.3.1. — La pintura, precocción, aplicada sobre una o ambas caras, es de color rojo o borravino, excepcionalmente blanco-crema. Luego es pulida. Puede abarcar la totalidad de la superficie o ser zonal.

La pintura roja o borravino zonal, aplicada sobre la superficie alisada color sepia, delimita una franja que no excede los 3 cm y bordea la cara interna de la vasija inmediatamente debajo del labio. También sobre cara interna, esta línea puede ser paralela a otra pero en forma de zig-zag, delimitando posiblemente triángulos. Dada la fragmentabilidad, no es posible realizar mayores inferencias. Corresponderían posiblemente a vasijas no restringidas.

Otros fragmentos presentan pintura roja en la cara externa, labio inciso y la cara interna de color negro pulido.

En los fragmentos que presentan pintura blanco-crema, la misma se limita a la cara externa, puede estar acompañada de incisiones en surco rítmico.

3.1.4.3.2. — Las incisiones abarcan una línea que no supera los 2 mm de ancho, generalmente entre 1 a 1,5 mm de profundidad. De acuerdo a como se ordenan los elementos básicos que lo conforman, distinguimos los siguientes tipos de simetría.

3.1.4.3.2.1. — Simetría bilateral.

3.1.4.3.2.1.1. — Reflexión longitudinal u horizontal.

Dos hileras paralelas horizontales de puntos alargados, se efectuó mayor presión al clavar el punzón en pasta fresca, que es corrido hacia la derecha elevándolo suave y paulatinamente.

Dos líneas zig-zag paralelas horizontales, surco rítmico. Entre ambas dos líneas rectas, surco rítmico. En el centro rectángulos alineados en posición horizontal, surco rítmico, como eje de la simetría.

3.1.4.3.2.1.2. — Reflexión transversa o vertical:

Una línea zig-zag de incisiones rítmicas oblicuas, surco rítmico. Debajo un almenado recto, surco rítmico.

Tres líneas rectas paralelas horizontales, puntos rítmicos. Debajo un paralelogramo limitado por líneas rectas, paralelas en puntos rítmicos que se repite a intérvalos regulares.

Tres líneas zig-zag paralelas, puntos rítmicos. En el espacio superior, triángulos con el vértice orientado hacia abajo, base paralela al labio relleno de puntos.

3.1.4.3.2.2. — Simetría rotacional.

Dos líneas zig-zag, surco rítmico. Entre ambas, una línea almenada recta con rotación doble.

3.1.4.3.2.3. — Rotación alternada y reflexión transversa.

Dos a tres líneas zig-zag paralelas horizontales, surco rítmico.

3.1.4.4. — Además se localizaron en este nivel, trozos de barro cocido, que no exceden los 50 mm, de forma irregular. Se trataría de arcilla amasada, posiblemente residuos de la arcilla empleada en la elaboración de las vasijas. Cabe también la posibilidad de que se confeccionaran exprofeso para luego de cocinados, previa trituración, ser utilizados como tiestos molidos y agregarse como antiplástico a la pasta. Pedro Lozano en su Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán (vol. I, p. 428, 1874), se refiere a la ceremonia en la que se tributaba homenaje a un difunto y narra la utilización de estos elementos como manjar ceremonial diciendo: "...Los sepulcros de sus padres, los adornaban con... (explica el ajuar fúnebre y lugar de enterratorio)... y acudía allí toda la parentela de tiempo en tiempo a plañir sentidamente al difunto. Hacían de barro unos bolos que freían de grasa de pescado, y era el manjar más regalado en sus banquetes...".

3.1.5. — Instrumental de hueso.

Un artefacto de forma subtriangular, totalmente pulido, con extremo distal fuertemente aguzado. Se observa la extracción de tejido esponjoso a los efectos de poder introducir posiblemente, un astil para ser utilizado como punta arrojadiza. Las dimensiones son: largo, 4,7 cm; espesor, 2,0 cm.

Punzón confeccionado sobre asta de cérvido, con restos de pintura roja. Largo: 11,0 cm.

3.1.6. — Restos óseos humanos: Muy fragmentarios. Corresponden a cuatro individuos.

En el *sector 3* se halló el esqueleto nº 1, orientado 110° oeste, del cual fue posible rescatar: pelvis, columna vertebral, costillas, huesos largos de las extremidades inferiores, mano derecha, y restos del cráneo. Posición decúbito dorsal, con ambas piernas flexionadas hacia la derecha.

En el *sector 1*, diferenciamos varios enterratorios. Los restos se presentan fragmentados debido a la presión efectuada por la superficie externa del terreno, lo cual sumado a dificultades en la extracción hacen imposible su reconstrucción total. Del esqueleto nº 2, hallado en posición decúbito dorsal, extendido, orientado 5º oeste, sólo se pudo analizar una calvaria y una mandíbula. Se obtuvieron además fragmentos de costillas, de esternón, de húmeros, de cúbitos, de

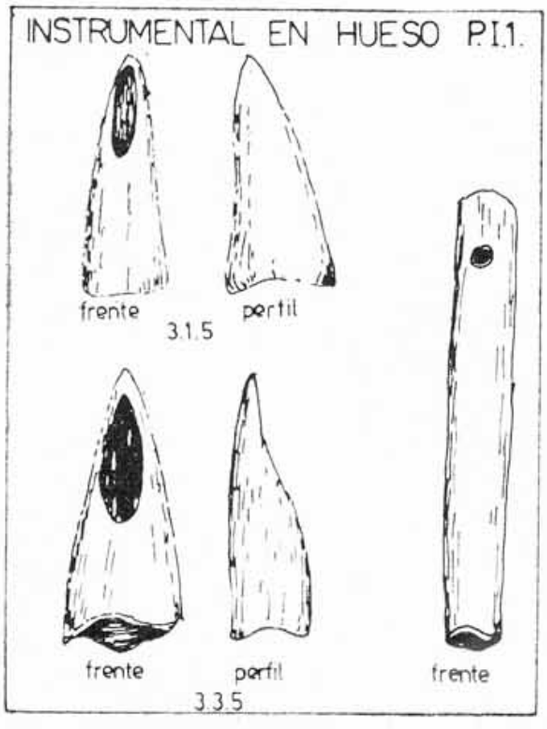


Lámina III.

radios, de clavículas y de vértebras. El esqueleto nº 3 se presenta muy fragmentado, orientado 40° oeste, en sentido opuesto al nº 2, en posición decúbito dorsal y extendido. En la periferia del cráneo, y como ajuar funerario, aparecieron asociados tiestos, una valva de *Diplodon* y una mandíbula de *Myocastor coypus*. Atravesando las extremidades inferiores (a nivel de tibia y peroné) una tibia y un cúbito de la especie antes mencionada. De este esqueleto sólo fue posible estudiar la mandíbula. Entre los restos óseos anteriores, se localizó el enterratorio de un infante orientado 20° este, en posición decúbito dorsal, muy deteriorado y rodeado de un esqueleto completo de *Doridae*.

3.1.6.1. — *Craneoscopía.*

Esqueleto Nº 2

Calvaria: A pesar de tratarse de una pieza incompleta, por los caracteres visibles tales como: frontal bombé, arcadas supraorbitarias poco pronunciadas, apófisis mastoides poco desarrolladas, arcada cigomática grácil, puede inferirse que corresponde probablemente a un individuo de sexo femenino. Teniendo en cuenta el grado de desgaste de las piezas dentarias de la mandíbula, se trataría de un individuo de edad probable adulto-joven, ésto no puede corroborarse con el grado de sinostosis de las suturas de la bóveda craneana por el deterioro que ellas presentan.

Norma superior (Fig. 1): La forma del contorno, según la nomenclatura de Sergi, correspondería al tipo romboide, presentando un normal desarrollo de la protuberancia interorbitaria o glabela. No se visualizan las arcadas cigomáticas (ortocigia) y las líneas curvas temporales de los parietales son visibles sólo en su primer tramo. A pesar del mal estado de las suturas, puede observarse que la coronal es lineal en su tercio interno y ondulada en el tercio externo, en tanto que la sutura sagital es imposible de determinar. Las tuberas parietales están bien desarrolladas, siendo la escama superior del occipital de tipo bombé.

Norma anterior (Fig. 2): Son pocos los caracteres visibles desde esta norma, notamos la ausencia de metopismo y la ligera extraversión de los ángulos goníacos.



Figura 1.



Figura 2.

Norma lateral (Fig. 3): La curva ánteroposterior es declive, con ligero achatamiento en la región obélica, siendo la glabela normalmente desarrollada. Las arcadas cigomáticas grácile y armónicas y las líneas curvas temporales poco visibles, salvo en su primera porción. La escama temporal es achatada, siendo el agujero auditivo externo de forma elíptica, a eje mayor oblicuo con dirección ánterosuperior posteroinferior. Las apófisis mastoides están poco desarrolladas. La escama occipital es protrusa acompañada de una protuberancia iníaca poco desarollada.

Norma posterior (Fig. 4): La forma del contorno es del tipo torre y la protuberancia occipital externa está poco desarrollada.

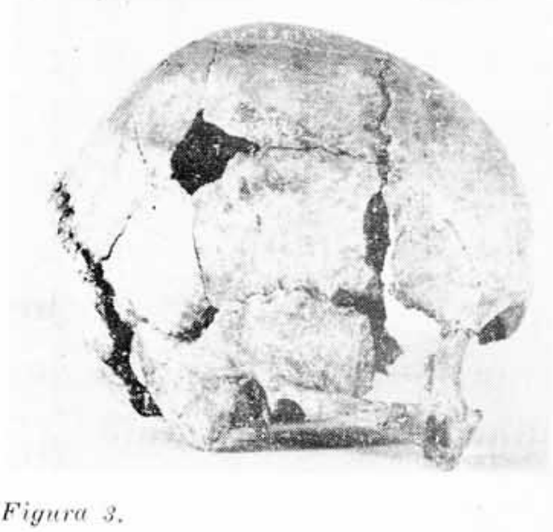


Figura 3.



Figura 4.

Tabla I: CRANEOMETRÍA

	C2	*C3*	*C5*
Longitud máxima (glabela-opistocráneo)	178	—	180
Longitud máxima (nasion-opistocráneo)	—	—	178
Longitud antero-posterior iníaca	175	—	177
Longitud nasion-iniana	—	—	137
Anchura máxima	137	—	137
Altura basilo bregmática	—	—	144
Altura craneana máxima (basion-vértex)	—	—	147
Altura porion-bregmática	119	—	109
Diámetro frontal mínimo	93	—	88
Diámetro frontal máximo	114	—	109
Anchura bimastoidea	111	—	111
Anchura bimastoidea máxima	129	—	128
Anchura bicigomática	—	—	142
Anchura biastérica	—	—	107
Anchura biauricular	120	—	121
Diámetro nasion basilar	—	—	101,2
Diámetro alvéolo basilar	—	—	105
Diámetro nasion sphenobasion	—	—	81
Diámetro basion gnation	—	—	110
Altura nasion alveolar	—	—	72
Altura de la nariz	—	—	57
Altura abertura piriforme	—	—	37
Anchura abertura piriforme	—	—	24
Longitud huesos nasales	—	—	25
Anchura mín. huesos nasales	—	—	10
Anchura máx. huesos nasales	—	—	22
Diámetro alvéolo sphenobasion	—	—	94
Alturua nasion gnation	—	—	120
Distancia interorbitaria interna	—	—	18
Distancia interorbitaria externa	—	—	94
Anchura de la órbita	—	—	40
Altura de la órbita	—	—	35
Longitud del paladar	—	—	55
Anchura del paladar	—	—	37
Longitud del foramen magnum	—	—	41
Ancho del foramen magnum	—	—	28
Curva sagital nasion opistion	—	—	345
Curva sagital nasion inion	325	—	295
Curva transversa	326	—	300
Curva horizontal	510	—	510
Ancho bicondíleo	117	—	128
Ancho bigoníaco	87	96	104
Longitud de la mandíbula	95	110	109
Altura de la rama ascendente	50	70	70
Anchura máx. de la rama ascendente	40	—	45
Anchura mín. de la rama ascendente	31	32	33
Altura sinfisiana	24	33	35
Altura del cuerpo mandibular	24	24	31
Espesor del cuerpo	12	17	15
Ángulo goníaco	125º	131º	121º

Mandíbula: Esta pieza presenta caracteres de gracilidad, con cuerpo mandibular poco robusto y rama ascendente de forma subcuadrangular. Las apófisis coronoides se encuentran por encima de los cóndilos mandibulares (hipsicorone), siendo estos últimos pequeños. El mentón es positivo.

Esqueleto Nº 3.

Mandíbula: Más robusta que la anterior, ramas ascendentes de tipo rectangular y ángulo goníaco obtuso. El cóndilo izquierdo presenta gran desarrollo (el derecho está destruído), no pudiéndose determinar su posición relativa con respecto a la apófisis coronoides por el estado de conservación de la pieza. El mentón es positivo. Se observa gran desgaste de las piezas dentarias.

3.1.6.2. — Craneometría: Los valores de parámetros de ambos esqueletos figuran en la Tabla I.

3.2. — *Nivel II.*

Constituye con el nivel anteriormente descripto, la segunda formación u horizonte de suelo. De 4 a 14 cm de espesor, sin material arqueológico asociado. Sedimento aluvial en el que diferenciamos:

a) Una capa superior de color amarillo castaño, con abundantes concreciones de material carbonático que llegan hasta los 4 cm de diámetro, lo que le imprime tonalidad clara.

b) Una capa inferior de color castaño amarillento, con fragmentos de huesos finos.

3.3. — *Nivel III.*

Entre 17 y 35 cm de espesor, de color negro. Constituye con los dos siguientes niveles (IV y V) el horizonte A del primer suelo formado. No se localizaron enterratorios humanos.

Se detectaron:

3.3.1. — Deshechos de alimentos pertenecientes a la totalidad de los ejemplares enumerados para el Nivel I, aunque en menor cantidad, excepto *Galictis cuja, Lutra platensis, Hidrochaerus hidrochaeris,* que fueron encontrados solamente en aquel nivel.

3.3.2. — Esporádicas valvas de moluscos determinadas para el Nivel I, excepto *Castalia.* Restos de *Anadontites sp.,* posiblemente *A. trapeziales,* exclusivos de este nivel sin signos de utilización.

3.3.3. — Restos de escorias y posiblemente dos artefactos en granito (amorfos, con aristas fuertemente desgastadas) utilizados como pulidores de cerámica.

3.3.4. — Tres mil setecientos cincuenta y siete fragmentos de cerámica. En general las formas reconstruídas denotan que las vasijas tienden a dimensiones menores que las anteriormente descriptas. Distinguimos sin embargo un empobrecimiento en el tratamiento y ciertos elementos definitorios. Las formas son similares, ausencia de la variedad restringida independiente compleja (campanuliforme o cilíndrica) y de apéndices u otro elemento definitorio de las llamadas alfarerías gruesas, exclusivas del Nivel I.

Se localizó una ollita de las denominadas "miniaturas", semiesférica, de confección tosca y color marrón, restringida. Diámetro de la boca: 3,5 cm; alto: 6 cm.

En cuanto a la utilización de pintura, no se reconocieron fragmentos con pintura zonal, evidentemente también exclusiva del Nivel I, pero sí pintura roja que abarca la totalidad de la superficie interna y externa. La incisión se

da solamente sobre la cara externa bordeando la porción inmediata inferior a la boca y rodeando a la vasija. En cuanto a la simetría diferenciamos con respecto al nivel I:

3.3.4.1. — Simetría bilateral.

3.3.4.1.1. — Reflexión transversa o vertical.

Triángulos equiláteros con vértice orientado hacia abajo unidos por la base. Conforman una serie de triángulos delimitados y rellenos por pequeñas puntuaciones.

3.3.4.1.2. — Reflexión longitudinal u horizontal.

Dos hileras paralelas de incisiones efectuadas con la uña de izquierda a derecha: unguiculado. Este fragmento, aunque único en el sitio, nos pone ante la presencia de una modalidad temprana para el área deltaica, que observamos en otras oportunidades (Caggiano, M.A. 1978). La presencia de unguiculado ha sido atribuída por otros autores a una supuesta ocupación tardía de filiación Tupiguaraní.

En la cara externa dos líneas zigzag paralelas, surco rítmico. Entre ambas un almenado doble opuesto, siendo uno la imagen especular del otro, surco rítmico. Cara interna con pintura roja.

3.3.4.1.3. — Rotación alternada y reflexión transversa.

Tres líneas zigzag paralelas, surco rítmico, confeccionadas de izquierda a derecha.

Un fragmento color gris presenta cepillado cara externa, alisado cara interna.

Tres fragmentos presentan una serie de particularidades que trataremos de describir. Los mismos, corresponderían a vasijas gruesas de boca restringida, diámetro entre 3 y 6 cm y cuello divergente hacia la base. Labio engrosado, evertido y aplanado, uno de ellos presenta hundimiento rítmico en pasta fresca, lo que le confiere un aspecto de suave ondulado. Color sepia. Otro fragmento presenta pintura blanca-crema en la cara externa, incluyendo labio, y posteriormente sufrió el proceso de pulido.

De los mismos ignoramos la posible forma de cuerpo al que corresponderían en una vasija completa. Posiblemente se trate de fragmentos pertenecientes a formas de transición a cierto tipo de alfarerías similares a las tubuliformes (botellón) descriptas para sitios de la costa platense de la provincia de Buenos Aires (Cigliano, Schmitz y Caggiano, 1971).

3.3.5. — Distinguimos solamente dos instrumentos confeccionados sobre hueso. Uno de forma subtriangular, similar al descripto para el nivel I, largo: 5,2 cm, ancho: 2,0 cm. Otro, confeccionado sobre diáfisis de hueso largo de ave al que también se extrajo el tejido esponjoso. Sección circular. Se practicó un agujero circular por frotación en ambas caras. Las dimensiones son: largo: 3,7 cm, diámetro transverso: 1,1 cm.

3.4. — *Nivel IV.*

De dos a siete cm de espesor. Color café. Culturalmente estéril. Testificaría una desocupación temporal del sitio cuyos motivos habrá que indagar en un futuro análisis.

3.5. — *Nivel V*

Entre treinta y cincuenta y cinco cm de espesor. Color negro. Es el primer nivel ocupacional humano del sitio. En el mismo diferenciamos:

3.5.1. — Desechos de alimentos pertenecientes a *Myocastor coypus*, 11 esqueletos; *Cavia aperea*, 2 esqueletos; *Blastocerus dichotomus*, 1 esqueleto; *Siluriformes* (Pimelodidae y Doradidae, 15 esqueletos); *Characiformes*, 7 esqueletos; restos de aves indeterminadas, 5 esqueletos.

3.5.2. — Escasas valvas de moluscos pertenecientes a *Diplodon paranensis* Lea, 1834; *Diplodon parodini*, Boneto 1961; *Castalia inflata*, D'Orb., 1835.

3.5.3. — Un rodado de cuarzo y un lito percutido, amorfo de anfibolita. Ambas materias primas nos indican nuevamente como procedencia de las mismas al Sistema de Tandilia.

3.5.4. — Dos mil quinientos ochenta y tres fragmentos de cerámica, correspondientes en su totalidad a tiestos de vasijas de formas simples de alfarerías finas. Ausencia de pintura. Un solo fragmento presenta decoración incisa. La misma denota simetría bilateral, reflexión transversa o vertical. Se trata de incisiones oblicuas que conforman zig-zag.

3.5.5. — No se diferenciaron instrumentos elaborados sobre hueso.

3.5.6. — Se rescató un enterratorio humano primario completo, esqueleto nº 5, hallándose extendido en posición decúbito dorsal. Orientado 60° Oeste. Tiestos y restos varios de alimentación lo rodeaban. Merece destacarse el hecho de que en el interior de las órbitas y perpendicularmente a las mismas se encontraron dos huesos largos de *Cavia aperea*, y transversalmente sobre extremidades inferiores, en forma similar al hallazgo esqueletario nº 3, un hueso largo de *Myocastor coypus*, que denotarían una posible ceremonia ritual. Lamentablemente, dificultades en la extracción y posterior traslado de los restos motivaron la rotura de parte del material. A continuación analizaremos los restos pasibles de estudio.

3.5.6.1. — Cranium.

Craneoscopía

Corresponde probablemente a un individuo de sexo masculino, con desarrollo pronunciado de arcadas supraorbitarias, frente huidiza y piezas dentarias grandes y salientes. De acuerdo al desgaste presentado por éstas y al grado de sinostosis de las suturas, se trata probablemente, de un individuo adulto (Rüdinger, 1892). No presenta asimetrías ni deformaciones visibles.

Norma superior (fig. 5): la forma del contorno corresponde al tipo bursoide (nomenclatura de S. Sergi), presentando un marcado estrechamiento postorbitario. Se visualizan las arcadas cigomáticas y la luz existente entre las mismas y la superficie exocraneana (fenocigia) debido al poco desarrollo del neurocráneo, en sentido transverso, en la región parieto temporal. Las líneas curvas temporales de los parietales son sólo perceptibles en la primera parte de su recorrido. La sutura coronal se encuentra casi totalmente sinostosada, en tanto que la sagital sólo lo está en su tramo anterior, siendo el tercio medio y posterior de tipo meándrica (Oppenheim, 1907). No presenta wormianos y la escama superior del occipital es levemente protrusa.

Norma anterior (fig. 6): el cráneo facial asume la forma de un hexágono. Las órbitas son de tipo subcircular con bordes paralelos. La sutura frontonsal es curva, los huesos nasales rectangulares y la abertura piriforme triangular. El borde inferior de esta abertura es cortante con espina nasal desarrollada (forma antropina). La mandíbula es robusta y los ángulos goníacos ligeramente extravertidos.

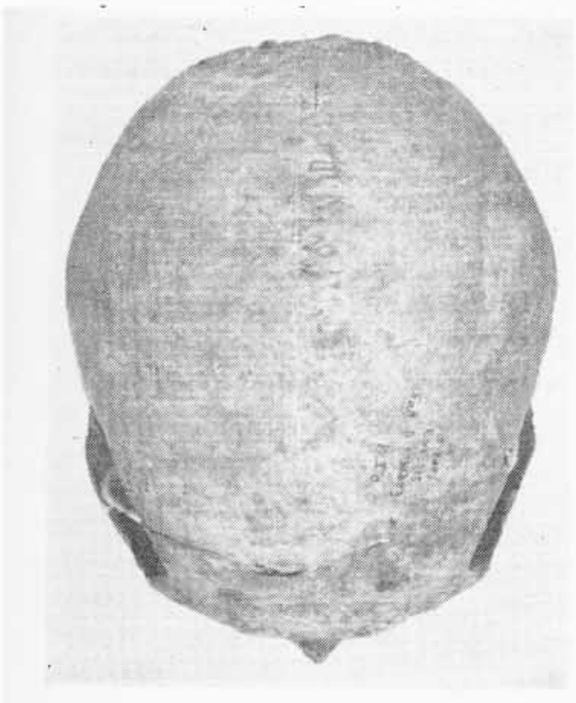


Figura 5.



Figura 6.

Norma lateral (fig. 7): el desarrollo de la curva anteroposterior es armónico de nasion a opistion, sin bruscos planos de caída. El desarrollo de la protuberancia interorbiataria o glabela es poco marcado. El dorso de los huesos nasales es recto y existe, a simple vista, una saliencia del macizo facial hacia adelante.



Figura 7.



Figura 8.

Orientada la mandíbula en el plano de Klaatsch, se observa que el mentón es positivo, el cóndilo mandibular bien desarrollado y ubicado a la misma altura que la apófisis coronoides (isocorone). La rama ascendente es de forma rectan-

gular, presentando un ángulo goníaco obtuso. Los malares y las arcadas cigomáticas son fuertes y angulosas. Las líneas curvas temporales de los parietales forman, en su primer tramo, una pequeña cresta perdiéndose después su recorrido. La escama temporal es baja y el agujero auditivo externo de forma elíptica, con su eje mayor oblicuo dirigido de arriba y adelante hacia abajo y atrás. Las apófisis mastoides están bien desarrolladas y la escama occipital es abovedada, acompañada de un inion poco pronunciado.

Norma posterior (fig. 8): la forma del contorno es de tipo torre, pudiendo determinarse dos planos desde la sutura sagital hacia ambas tuberas parietales y otros dos de caída hacia la región mastoidea. La sutura lámbdica es laberíntica (Oppenheim, 1907) y las líneas nucales están poco marcadas.

Norma inferior (fig. 9): la arcada alveolar es hipsiloide y el paladar mesoestafilino.



Figura 9.

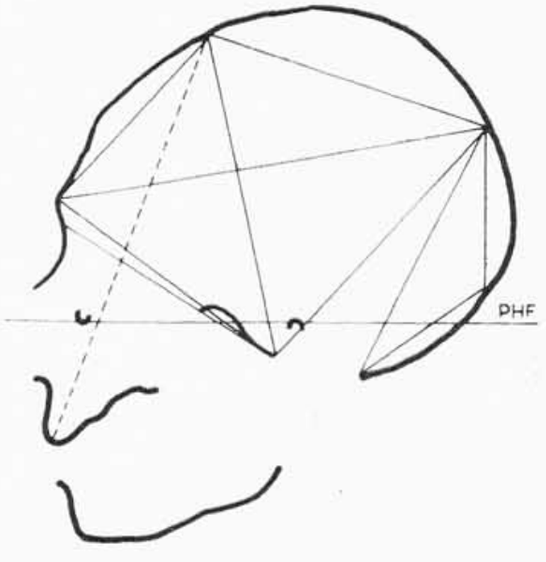


Figura 10: Craneotrigonometría P.I.1.

Las fosas temporales son muy profundas, presentando la zona esfenobasilar muy poca angulación. Los cóndilos occipitales son fuertemente convexos, con carilla articular continua. El agujero occipital es mediano y de forma elíptica.

3.5.6.1.2. — *Craneometría.*

Los valores métricos se detallan en la tabla nº 1. A continuación analizaremos comparativamente los valores de índices craneanos correspondientes al esqueleto nº 2 y nº 5, relacionándolos con los valores obtenidos por el doctor Luis María Torres (1911) en la zona.

Capacidad craneana: el cráneo nº 2 corresponde a un individuo aristencéfalo (1384 cc) y el nº 5 a un individuo euencéfalo (1436 cc). de acuerdo a la clasificación de Sarasin, valores coincidentes con los encontrados por Torres para individuos femeninos y masculinos respectivamente.

Índice craneano horizontal: cráneo nº 2: 76,4; cráneo nº 5: 76,1. Ambos pueden ser incluidos en la categoría de mesocráneos (diámetros compensados),

valores homologables a la media obtenida por Torres para la serie masculina, no así para la femenina (subdolicocéfala).

Índice vértico longitudinal: cráneo nº 5: 80. Corresponde a un hipsicráneo, valor que denota similitud con la media masculina obtenida por Torres (78, 39).

Índice vértico transversal: cráneo nº 2: 86,8; cráneo nº 5: 101,4. Tapeino cráneo y acrocráneo respectivamente. El primero no admite comparación con la serie mencionada, pudiendo sin embargo, ser incluido el segundo en ella.

Índice frontal o transverso frontal de Schwalbe: cráneo nº 5: 64,23. Mesosemía débil, no tan franca o marcada como la encontrada por Torres en su serie tanto para cráneos masculinos como para femeninos (67,93 y 66,51 respectivamente).

Índice facial superior: cráneo nº 5: 50,7. Meseno, no homologable a los demás restos de la zona.

Índice facial total: cráneo nº 5: 84,5. Mesoprosopo.

Índice orbitario: cráneo nº 5: 87,5. Órbitas mesoconquias, no corresponden con los valores más frecuentes encontrados por Torres en la antigua serie (órbitas hipsiconquias: 90,81).

Índice nasal: cráneo nº 5: 42,1. Leptorrino. En la serie del Delta este valor tiende a la mesorrinia (47,6).

Índice palatino: cráneo nº 5: 67,27. Leptoestafilino. La antigua serie brinda pocos datos sobre este índice, volcándose ellos hacia una mesoestafilinia no muy marcada (82,4).

Índice del foramen magnum: cráneo nº 5: 68,29. Microsemía, no coincidente con la mesosemía, en términos medios, encontrada en la zona.

Índice gnático de Flower: cráneo nº 5: 102,9. Prognato. Por el estado de conservación de los cráneos de la serie tomada comparativamente, no se ha tomado en ella el diámetro alvéolo basilar, imprescindible para el cálculo de este índice. Debido a ello Torres habla solamente de un "prognatismo alveolar" pronunciado sobre todo en los restos catalogados como correspondientes al Brazo Gutiérrez.

Craneotrigonometría: se realizó un perfil sagital del cráneo correspondiente al esqueleto nº 5, sobre el cual se tomaron las valoraciones lineales y angulares que figuran en la tabla II, siguiendo el esquema de Imbelloni (1921) y Herrera Fritot (1964) (fig. 10).

Tabla II: CRANEOTRIGONOMETRÍA

	C r á n e o s	*C5*
CIRCUNFERENCIA PARIETO OCCIPITAL	Ángulo diagonal vertical con vertical bregmática	17°
	Eje de oblicuidad	139°30'
	Cuerda parieto occipital con respecto a la pirámide facial	Secante
	Longitud del radio normal	75 mm
	Longitud del radio centro basi facial	61 mm
	Índice de los radios	81,33
	Ángulo centro bregmático (H. Fritot X)	14°
	Ángulo centro lámbdico (H. Fritot XI)	15°
	Herrera Fritot IV	31°
	Herrera Fritot V	41°
	Ángulo de Klaatsch	91°

DIAGONAL VERTICAL	Longitud total	144 mm
	Longitud segmento superior	54 mm
	Índice	37,50
DIAGONAL HORIZONTAL	Longitud total	170 mm
	Longitud segmento anterior	78 mm
	Índice	45,88
Índice de las diagonales totales		84,70
ELEMENTOS DE LA CURVATURA SAGITAL FRONTAL	Curva glabela bregma	103 mm
	Cuerda glabela bregma	92 mm
	Índice	89,39
PARIETAL	Curva bregma lambda	120 mm
	Cuerda bregma lambda	104 mm
	Índice	86,66
OCCIPITAL	Curva lambda opistion	123 mm
	Cuerda lambda opistion	106 mm
	Índice	86,17
POSICIÓN BASI FACIAL DEL CRÁNEO	Reicher I	126°30'
	Falkenburger I	84°
	Falkenburger II	14°
EQUILIBRIO PIRÁMIDE FACIAL	Herrera Fritot VI	51°
	Herrera Fritot VII	41°
PROGMATISMO FACIAL SUPERIOR	Medida lineal de Klaatsch	23 mm
	Medida angular de Rivet	73°30'
	Subnasal de Rivet	64°30'
	Falkenburger III	91°

POSICION OCCIPITAL	Posición relativa entre occipital y parietal	93°
	Reicher II	84°30'
	Herrera Fritot I	74°30'
	Imbelloni III	8°30'
	Herrera Fritot II	112°30'
	Imbelloni IV	96°
	Herrera Fritot III	39°
POSICIÓN DEL CLIVUS	Falkenburger IV	138°30'
	Falkenburger V	34°30'
	Falkenburger VI	78°
	Herrera Fritot VIII	11°
	Herrera Fritot IX	130°30'
RADIO CUPULAR DE TEDESCHI	Longitud radio cupular	75 mm
	Semidiámetro glabela opistocráneo	89 mm
	Índice	42,13

3.5.6.2. — Osteología post-craneana.

El material posible de estudio está constituido por: ambas clavículas, un húmero (derecho), un cúbito (derecho), un radio (derecho), ambos fémures y la tibia izquierda. El material no se encuentra en muy buen estado de conservación por lo que sólo figuran en la tabla III aquellos parámetros e índices posibles de tomar o calcular. Ambas clavículas, de acuerdo a su métrica, corroborarían que se trata de un individuo de sexo masculino. La relación del perímetro con la longitud (índice de robustez) indica que se trata de un elemento óseo armónico (clavícula mediana). El índice clavículo humeral, el cual compara dimensiones transversales (longitud de la clavícula) con longitudinales (longitud fisiológica del húmero), indica una relación armónica (clavícula media). El húmero estudiado con una longitud anatómica o máxima de 335 mm nos revela que se trata probablemente de un elemento óseo perteneciente a un individuo de sexo masculino, teniendo en cuenta los valores tabulados. El índice de robustez es elevado, lo que revela la existencia de un perímetro diafisiario alto en relación a la longitud, aún teniendo en cuenta que se trata del derecho, en el cual los valores son mayores que en el izquierdo cuando el individuo es diestro. El índice diafisiario es indicativo de platibraquia o sea de un aplastamiento en sentido ántero posterior.

El cúbito presenta un índice de robustez de 14,28 y de platolenia de Verneau de 83,33, valor que corresponde a una eurolenia (cúbito mediano). El alargamiento relativo del antebrazo respecto al brazo, traducido numéricamente por un índice radiohumeral o braquial de 77,61, indica un radio mediano. El valor del índice de robustez para este último resto es de 16,92.

Con respecto a la osteología del fémur, tanto los valores tabulados como la escopía denotan robustez, con epífisis muy voluminosas, sobre todo las infe-

riores. El grado de saliencia de la línea áspera contribuye a que el valor del índice pilástrico alcance a 110,34 (pilastra media); la relación de los diámetros subtrocantéricos indican una platimería o aplastamiento a ese nivel; por su parte el índice de robustez es de 12,92.

La tibia revela un aplastamiento poco marcado en sentido transversal, corroborado por un índice cnémico de 68,57 (mesocnemia).

Tabla III: OSTEOMETRÍA POST-CRANEANA

	Clavícula		*Húmero*	*Cúbito*	*Radio*	*Fémur*		*Tibia*
Lateralidad	*D*	*I*	*D*	*D*	*D*	*D*	*I*	*I*
Parámetros								
Long. máx.	167	—	—	280	260	—	—	—
Perím. diaf.	40	39	—	—	—	—	—	—
Diám. extremidad externa	23,2	22,7	—	—	—	—	—	—
Long. anatómica	—	—	335	—	—	475	480	393
Long. fisiológica	—	—	331	245	247	472	476	—
Circunf. diaf. mínima	—	—	70	40	44	97	97	—
Diam. diaf. máximo	—	—	24	—	—	—	—	—
Diám. diaf. mínimo	—	—	17	—	—	—	—	—
Diám. transv. diafisiario	—	—	—	20	—	29	29	24
Diám. ant. post. diafisiario	—	—	—	—	—	32	32	35
Diám. transv. subtrocantérico	—	—	—	—	—	34	34	—
Diám. ant. post. subtrocantérico	—	—	—	—	—	26	26	—
Indices								
de robustez	23,95		20,96	14,28	16,92	12,92		—
de anchura ext. de Terry	13,89		—	—	—	—		—
clavículo-humeral	50,45		—	—	—	—		—
Diafisiario	—		70,83	—	—	—		—
de platolenia de Verneau	—		—	83,33	—	—		—
radio-humeral	—		—	—	77,61	—		—
mérico	—		—	—	—	76,47		—
pilástrico	—		—	—	—	110,34		—
cnémico	—		—	—	—	—		68,57

El cálculo de la estatura de acuerdo a la fórmula de K. Pearson (1899), teniendo en cuenta húmero y fémur, da un valor de 169,58 cm para este individuo.

3.6. — *Nivel VI.*

Entre 38 y 55 cm de espesor comprobados, pues la arena se tornaba cada vez más húmeda a medida que profundizábamos la excavación. De color castaño, sin material cultural asociado, con pequeñas concreciones de carbonato. Este nivel configuraría la base del sitio, constituido por sedimentos aluviales del Paraná.

4. — COMENTARIOS

Los motivos decorativos descriptos para los niveles I y III son similares a los observados en el Delta por Torres (1911), Lothrop (1932) y Boretto y Schmitz (1975) en la fase Vizcaíno (Departamento de Río Negro, Uruguay), Serrano (1972) los ejemplifica al definir la facie Ibicuy.

Es significativa la presencia, sólo en el nivel I, de los apéndices (cola y cabeza) correspondientes a alfarerías "gruesas", asociadas a alfarerías "finas", de labios aserrados y pintura zonal, similar a la descripta por Serrano (1972) al definir la facie Las Mulas, lo que nos permite esbozar una cronología.

De las evidencias presentadas se puede inferir que el sitio fue ocupado en época temprana (Nivel V) por un grupo portador de alfarería simple. Dado los escasos restos óseos analizados, no es posible hacer una diagnosis racial del grupo. A pesar de ello, tenemos que apuntar que son significativas algunas características observadas en el esqueleto nº 5, perteneciente a este nivel. ellas son: la presencia de prognatismo evidenciada por un índice gnático de Flower de 103,75 y corroborado por la medida angular subnasal de Rivet (64°30'). La conformación de la arcada alveolar (ramas paralelas) y el valor del índice palatino (67,27). El equilibrio total del biosólido y, en particular, la posición de la circunferencia parieto occipital con respecto a la pirámide facial, nos indica la no existencia de deformación. Por lo tanto, la escasa angulación de la región esfenobasilar y un ángulo Imbelloni III positivo (8°30'), nos permiten inferir la presencia de un carácter primitivo.

Por causas que ignoramos, tras una desocupación transitoria (Nivel IV), nuevamente es ocupado (Nivel III) por alfareros cuyas vasijas ofrecen una decoración más complicada, semejante a la definida como facie Ibicuy y fase Vizcaíno por investigadores ya citados, que perdura hasta el nivel superior. Estos niveles (III a IV), correspondientes a un paleosuelo, serían correlacionados, de acuerdo a la estratigrafía del terreno, con el nivel IV del sitio Isla Lechiguanas 1 (Caggiano, 1977), si bien en éste es característica la presencia de una industria precerámica de hueso. Ambos sitios ofrecerían luego un hiatus cultural correspondiendo al Paraná Ibicuy 1, un nivel II de arena, y a la Isla Lechiguanas 1, un nivel III, conchal con ausencia de material arqueológico asociado. Por encima de ambos se localizaría un nivel cerámico, caracterizado en el sitio que nos ocupa en este trabajo por la perduración del estilo cerámico anterior y la presencia de manifestaciones culturales, una de las más australes, atribuidas a los denominados 'ribereños plásticos". con psitácidos (fechados con C_{14} para el Yacimiento de Goya entre el 1110 y 1565 de nuestra era), alfarería con pintura roja formando bandas rectas o angulares y labios aserrados u ondulados.

En este nivel, como en los restantes del sitio, las valvas de moluscos no configuran conchales, ni desechos de alimentación, dada su esporádica presencia y eventual ubicación. En cambio los restos de vertebrados fundamentalmente roedores y peces, constituirían la principal fuente proteica, que junto a una posible, aunque no documentada, recolección de vegetales, completarían la dieta.

BIBLIOGRAFÍA

CAGGIANO, María Amanda; 1977. a. *Contribución a la arqueología del Delta del Paraná.* Obra Centenario Museo de La Plata, II:314 y siguientes, La Plata; y revista *Sapiens*, 1:17 a 30, Chivilcoy.

— 1977. b. *Análisis de rasgos decorativos en algunos sitios pertenecientes a la provincia de Buenos Aires, República Argentina.* V Encuentro de Arqueología del Litoral, Fray Bentos, Uruguay.

— 1978. *Estado actual de las investigaciones arqueológicas en el Delta del Paraná.* Congreso sobre Región Litoral. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, Santa Fe.

CAGGIANO, María Amanda; FLORES, O. B.; MÉNDEZ, M. G.; SALCEDA, S. A.; 1978. *Reseña de las investigaciones efectuadas en el curso del Paraná Ibicuy, revista Sapiens*, 2:36 a 39, Chivilcoy, Argentina.

CAGGIANO, María Amanda; 1978. *Análisis cultural y bioantropológico del sitio Paraná Ibicuy I, Delta del Paraná (Argentina).* Congreso Nacional de Arqueología, Salto, Uruguay.

CIGLIANO, Eduardo Mario; SCHMITZ, Pedro Ignazio; CAGGIANO, María Amanda; 1971. *Sitios cerámicos prehispánicos en la costa septentrional de la provincia de Buenos Aires y de Salto Grande, Entre Ríos. Esquema tentativo de su desarrollo. Anales de la Sociedad Científica Argentina*, CXCII, entrega III-IV, sep-oct., La Plata.

IMBELLONI, José; 1921. *Introducción a nuevos estudios de craneotrigonometría. Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, XXXVII, Buenos Aires.

HERRERA FRITOT, René; 1964. *Craneotrigonometría.* Publicación del Departamento de Antropología de la Academia de Ciencias de la República de Cuba, La Habana.

LOTHROP, Samuel K.; 1932. "Indians or the Paraná Delta, Argentina". *Anales of the New York Academy of Sciences*, XXXIII:77-232, New York.

LOZANO, Pedro; 1874. *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, 5 volúmenes, Buenos Aires, Argentina.

MAZZONI, Mario M.; 1977. *Análisis sedimentológico de muestras del perfil arqueológico del sitio P.I.1*, Vº Encuentro de Arq. del Litoral, p. 29, Fray Bentos, Uruguay.

OLIVIER, George; 1960. *Pratique Anthropologique*, Vigot Frères, París.

SERRANO, Antonio; 1972. *Líneas fundamentales de la arqueología del litoral (una tentativa de periodización)*. Public. del Inst. de Antrop., XXXII, Univ. Nac. de Córdoba.

TORRES, Luis María; 1911. *Los primitivos habitantes del Delta del Paraná.* Biblioteca Centenaria, IV, Universidad Nacional de La Plata.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

NUEVOS LUGARES CON ARTE RUPESTRE EN EL EXTREMO SUR DE LA PROVINCIA DE MENDOZA *

Juan Schobinger

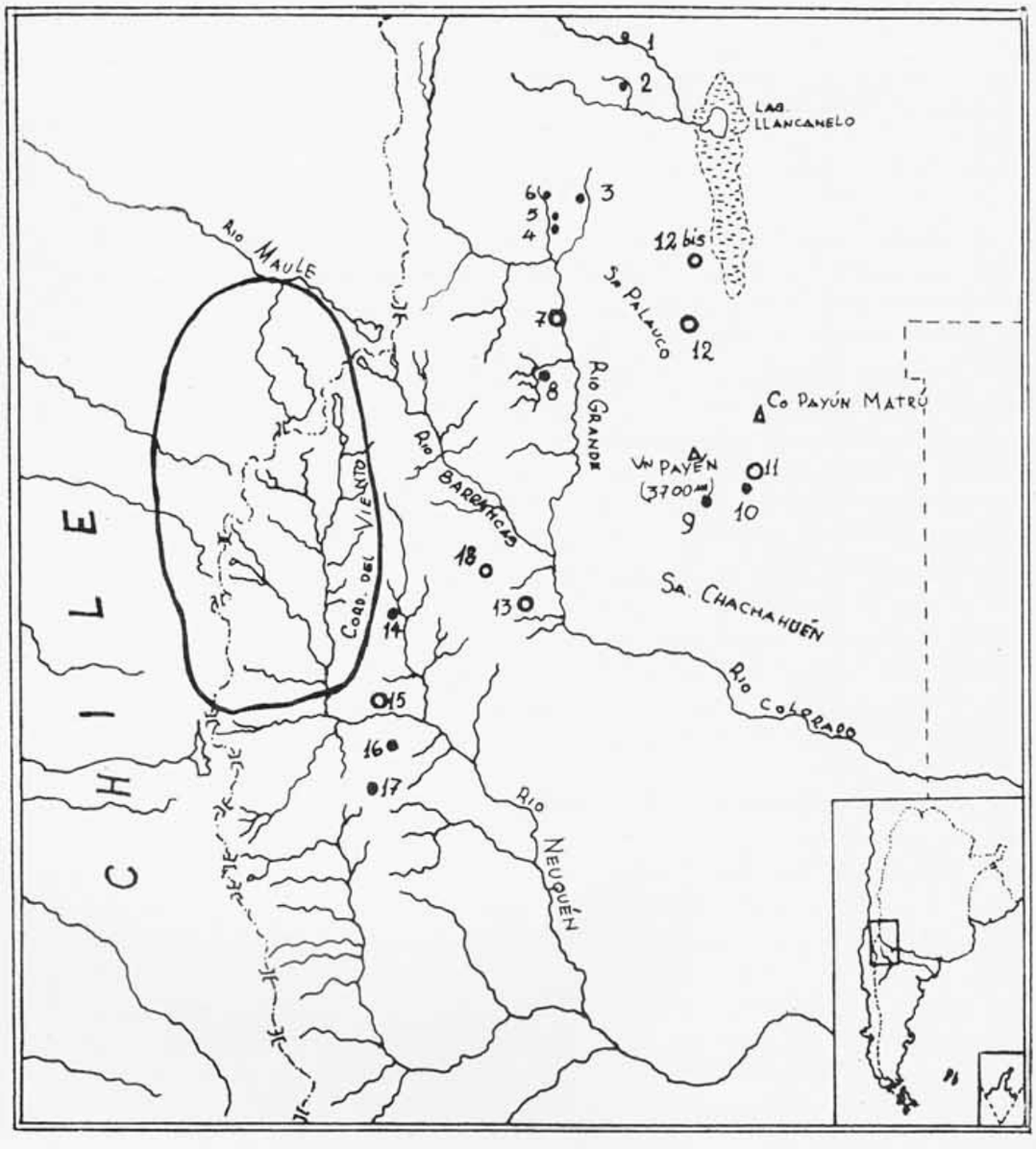
El departamento Malargüe —vasta extensión subcordillerana situada entre el alto río Atuel al norte y el Barrancas-Colorado al sur— representa un área de transición entre dos grandes regiones geográficas y culturales: Cuyo y la Patagonia (aunque en muchos aspectos más cercana a esta última). A su vez se continúa en la mitad norte de la provincia del Neuquén prácticamente sin solución de continuidad, por lo que estaríamos tentados de reunir ambas zonas en una sola "subárea" arqueológica.

Mientras que sobre el norte del Neuquén hubo diversas informaciones éditas a partir de la década del treinta, y su arte rupestre bastante bien conocido (Schobinger, 1956, 1962-1963; Fernández, 1976, 1977), la arqueología de Malargüe registra pocas publicaciones, y ninguna sobre su rico arte rupestre. Este último fue comenzado a estudiar por el que escribe en 1957, cuando bajo la guía de D. Vicente Orlando Agüero Blanch relevó el yacimiento del arroyo Agua Botada (Nº 3 del mapa adjunto), sobre el cual presentó una comunicación en la Sociedad Argentina de Antropología en Buenos Aires en 1958. En otro viaje efectuado en marzo de 1962 relevó las pinturas de la zona de Punta de Carapacho (Nº 12 bis). Dedicado luego al estudio del arte rupestre de San Juan y norte de Mendoza, recién reanudó los trabajos referentes a ese tema en el sur en diciembre de 1971, cuando también en compañía de aquel recordado colaborador descubrió dos sitios con petroglifos en el Cajón de Chenqueco, y sobre todo en octubre de 1975, en que contando como colaboradores a Carlos J. Gradin y a Miguel Ángel Sugo visitó nuevamente al Agua Botada descubriendo nuevos grabados, relevándose también los sitios de Chalahuén, Arroyo Coihueco en la zona de El Manzano, y el importante sitio con pinturas geométricas de Rincón Amarillo. El panorama quedó provisoriamente completado con otra expedición realizada en compañía de Gradin, en diciembre de 1977, en que se exploraron los sitios del Arroyo del Morro, del Arroyo Chenqueco y de la zona inhóspita situada al sur y al SE del Volcán Payén, en donde se estudiaron tres concentraciones principales: Ranquil del Este, Puesto Laguna de la Totora y Casa de Piedra del Cerro Pincheyra (éste último con pinturas). También se volvió a visitar el Rincón Amarillo. Tanto en la gira de 1975 como en la de 1977 nos sirvieron amablemente de guía los señores Ángel Gurrea y Jorge Luna, director y ayudante del Museo Regional de Malargüe, a quienes queremos expresar nuestro agradecimiento[1].

* Comunicación presentada al V Congreso Nacional de Arqueología Argentina y a las Primeras Jornadas de Arte Rupestre de San Luis (mayo de 1978).

[1] El viaje de 1977 fue posibilitado por un subsidio del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas; el de 1975 contó con el apoyo del Museo "Juan Cornelio Moyano", de Mendoza, y de la Municipalidad de Malargüe.

Con los sitios vistos personalmente, más algunos de los que tenemos datos concretos (verbales y fotográficos), podemos totalizar al momento 14 yacimientos con concentraciones principales en el departamento Malargüe (los 13 ubicados en el mapa más un conjunto de petroglifos en el Valle Hermoso, algo más al norte del límite del mapa que acompaña a esta comunicación). De los sitios relevados en las dos últimas expediciones mencionadas, quedó convenido que



Mapa I. Lugares con arte rupestre del sur de Mendoza y del extremo norte del Neuquén (límite entre ambas provincias, el río Barrancas-Colorado). Referencias: los puntos significan sitios con petroglifos o grabados; los círculos, pinturas rupestres. La línea gruesa situada al oeste delimita el área del "estilo de paralelas" (grabados), con sus dos variantes: "Colo-Michi-Co" del lado argentino, y "Huyquivilo" del lado chileno (este último enriquecido con elementos del "estilo de pisadas"). Numeración de los sitios: 1, Arroyo del Chacay; 2, Arroyo del Moro (dos sitios, más uno en su desembocadura en el arroyo Pincheyra); 3, Agua Botada (dos sitios o concentraciones principales); 4, Arroyo Chenqueco, Sitio 1; 5, idem, S-2; 6, idem, S-3; 7, Chalahuén; 8, Arroyo Coihueco; 9, Ranquil del Este o del Payén (dos sitios); 10, Puesto Laguna de la Totora (4 sitios); 11, Casa de Piedra del Cerro Pincheyra; 12, Rincón Amarillo; 12 bis, Punta de Carapacho; 13, Cueva del Cerro Huenul; 14, Arroyo Curileuvú; 15, Huirinchenque; 16, Llano Blanco; 17, Ñorquín; 18, Paso de las Tropas.

el estudio y publicación de los dos principales sitios con pinturas (Rincón Amarillo y Casa de Piedra de Pincheyra) quedarían —en vista de sus íntimas vinculaciones con la Patagonia— a cargo de Carlos J. Gradin.

En cuanto a los sitios con grabados, se halla en elaboración un trabajo de conjunto, que debe ser completado con nuevos trabajos de campo (sobre todo en el valle del Agua Botada). Por lo tanto nos limitaremos aquí a un breve listado de los lugares conocidos de esa región del extremo sur de Mendoza, de norte a sur y siguiendo la numeración del mapa.

Sin número: *Valle Hermoso* (zona cordillerana por la que corren los arroyos que dan origen al río Grande, al oeste de Los Molles). Relevado preliminarmente por el señor Bernardo Rázquin hacia 1968. Grabados abstractos de tendencia curvilínea sobre grandes bloques. No parece estar emparentado con el "estilo de paralelas" del NO del Neuquén (con cuya ecología esta zona tiene alguna similitud) **.

1) *Arroyo del Chacay* (en una quebrada al NO de la villa de Malargüe): grabados sobre paredones, que incluyen "cabezas" simples, similares a las de los sitios 2, 4 y 9 (relevamiento por Jorge Luna).

2) *Arroyo del Morro* (o de la Mala Dormida). Tres sitios, el primero en dos bloques sobre los que se adosa el puesto situado cerca de la desembocadura de ese arroyo en el de Pincheyra; los otros dos, remontando el arroyo, a unos 3,5 Km del puesto y a unos 600 metros de distancia entre sí, sobre bloques ubicados al oeste del arroyo. Hay tridígitos, manos, hileras de puntos, y sobre todo cabezas mascariformes simples, es decir formadas por un trazo subcircular o subrectangular, con tres puntos u hoyuelos indicando ojos y boca. A veces sobresale algún trazo hacia arriba o hacia el costado (véase foto 1). En el sitio del puesto hay asociación con tacitas o morterillos, que se hallan tanto arriba como al costado de la roca.

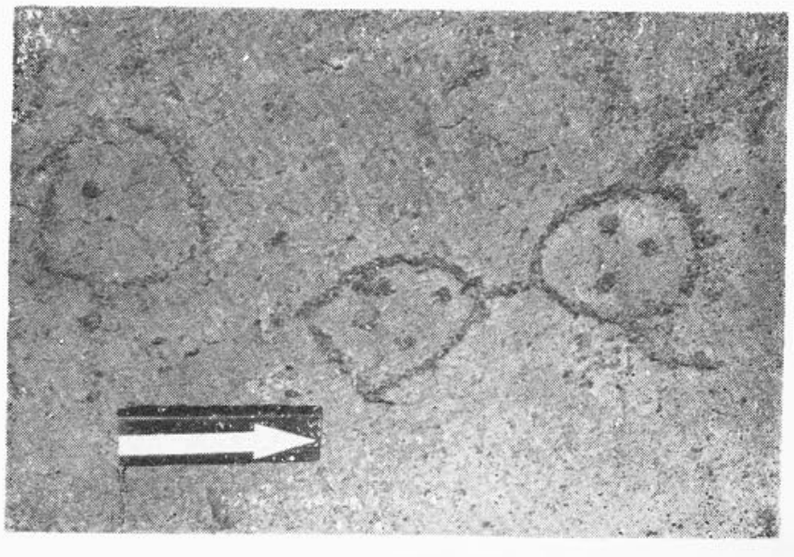


Foto 1: Arroyo del Morro, Sitio 2.. Dos "cabezas" unidas entre sí y una aislada incompleta.

3) *Arroyo Agua Botada*, en zona situada al oeste del Cerro Huemul. El primer sitio desde abajo —conocido localmente como "las piedras marcadas de la Barda del Chenque"— se halla en las paredes y en los bloques desprendidos de una barda que mira al este; hay dibujos abstractos variados, de trazo algo profundo, que incluyen tridígitos, círculos unidos entre sí por líneas rectas, un cruciforme, un triple círculo concéntrico y un antropomorfo complejo realizado con líneas curvas. Arriba hay tres morteros en la cara horizontal de la roca.

** Este sitio acaba de ser visitado y relevado por el autor. (Febrero de 1979).

En otra concentración cercana hay trazos simples, incluso un serpentiforme y un círculo con un morterillo en el medio. El sitio II se halla más al norte, pasando un puesto abandonado, y muestra figuras complejas sobre grandes bloques; se destaca una figura escutiforme curvilínea, y una guarda con motivos escalonados; también hay círculos concéntricos y espirales.

4) Remontando el *Cajón de Chenqueco* —cuyo arroyo al igual que el anterior corre de norte a sur— hallamos el sitio 1, formado esencialmente por grandes cabezas mascariformes simples (una de ellas con un trazo que sale de la boca hacia abajo) grabadas sobre los altos paredones que en ese sector se hallan al E del arroyo y que han originado el nombre de "Cajón".

5) *Chenqueco*, sitio 2. A unos 5 Km más arriba, sobre paredones menos altos, hay líneas verticales alternadas con hileras de puntos, dos "caras" o cabezas simples y otros trazos bastante indefinidos. A unos 200 metros hay algunos morteros en roca sobre el piso horizontal de la barda. En la cercana terraza del arroyo recogióse algún material lítico.

6) *Chenqueco*, sitio 3. Más arriba, pasando el puesto Moya, tenemos la tercera concentración de este valle, que muestra numerosos dibujos a lo largo de unos 300 metros, en bloques y paredones bajos cercanos al cauce del arroyo. Los trazos son delgados pero de cierta profundidad; en un sector también hay trazos finos muy notables, utilizados para pequeños conjuntos lineales que incluyen zig zag y tridígitos. Hay también alguna "cabeza", serpentiformes e hileras de punto (véase foto 2); guardas verticales, conjuntos de puntos



Foto 2: Arroyo Chenqueco, sector meridional del sitio 3: "cabeza", línea serpentiforme e hilera de puntos alargados en tres planos sucesivos.

enmarcados, un conjunto de siete líneas paralelas hemisféricas, hoyuelos verticales junto a tridígitos grandes, etc. En un sector hay asociación con numerosos morteros y morterillos en roca en posición horizontal. Hay paraderos de cazadores tardíos en las inmediaciones.

7) *Chalahuén*. Al sur de Bardas Blancas, en el borde occidental del río Grande, hay una pequeña cueva ubicada a unos 50 m de altura por sobre el cauce. Explorada hace algunos años por Gurrea y Luna (quienes realizaron un sondeo en el interior de la misma encontrando escaso material atribuible a los cazadores y recolectores tardíos de la zona), descubrieron algunas pinturas rojizas situadas sobre el paredón hacia la izquierda de la cueva. Se trata de trazos borrosos apenas visibles; en nuestra visita identificamos sólo una línea recta y otra zigzagueante en posición horizontal, más algunos cortos trazos verticales.

8) Zona de El Manzano (sector también llamado "Rincón del río Grande"), cerca del *arroyo Coihueco* y a unos 200 m al oeste de un puesto. Sobre grandes bloques de caras lisas horizontales que afloran en un cerrillo bajo, se hallan numerosos petroglifos, de trazos curvilíneos irregulares. Se destaca un conjunto con espirales y dos pequeños tridígitos, así como algún antropomorfo.

9) *Ranquil del Este* (o "del Payén"). En las cercanías de este puesto dotado de una vertiente hay dos sitios cercanos: en uno hay grabadas dos cabezas mascariformes simples, de forma circular (véase foto 3), y a unos 300 metros, un antropomorfo mascariforme de cuerpo casi circular grabado sobre la cara vertical de un bloque situado en el flanco de un cerrillo bajo. (A su pie se recogió material lítico, incluidas las clásicas puntas de flecha triangulares de la zona sur de Mendoza. Más lejos, a unos 500 metros hacia el norte y bordeando una laguna desecada, se hallaron también fragmentos de cerámica, en su mayoría marrón rojiza sin decoración).

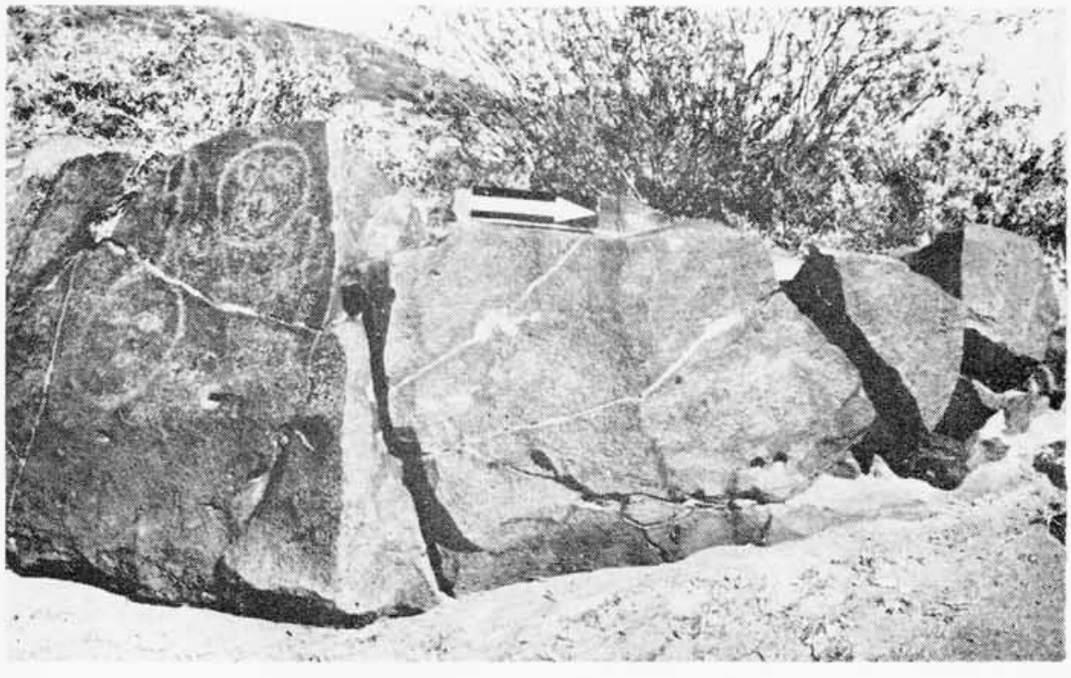


Foto 3: Ranquil del Payén, Sitio 1: dos grandes "cabezas" curvilíneas.

10) *Puesto Laguna de la Totora*. A unos 25 Km al E del sitio anterior se llega (por una huella casi imposible de transitar) al último sitio habitado de la zona, ocupado al igual que el anterior por miembros de la familia Moya. (La "laguna" hace tiempo que está desecada y no existen totoras; el agua se obtiene de las "marmitas" formadas entre las rocas que conservan el agua de las escasas lluvias.) Hay cuatro sitios con grabados, todos sobre grandes bloques basálticos de estructura porosa que han quedado como efecto de erupciones relativamente recientes de los volcanes Payén y Payún Matru, que se encuentran en dirección al NO y al N respectivamente: S-1, sobre el borde de la antigua laguna, figuras mascariformes curvilíneas grandes, líneas irregulares y series de tridígitos; S-2, a unos 400 m al NE del puesto, numerosos trazos rectilíneos alargados y tridígitos (en un caso formando una hilera sobre el piso rocoso horizontal), hoyuelos y un mortero con un tridígito grande y profundo a su lado; S-3, dos cabezas mascariformes simples, pequeñas, situadas como en el caso del sitio anterior cerca de una "marmita"; S-4, a unos 500 m más al

E del anterior, otro grupo de elementos similares al S-2 (véase foto 4), a los que se agregan grandes figuras mascariformes de forma subrectangular, ubicadas en la parte alta a la izquierda del bloque. No hay asociación cultural con ninguno de estos sitios.

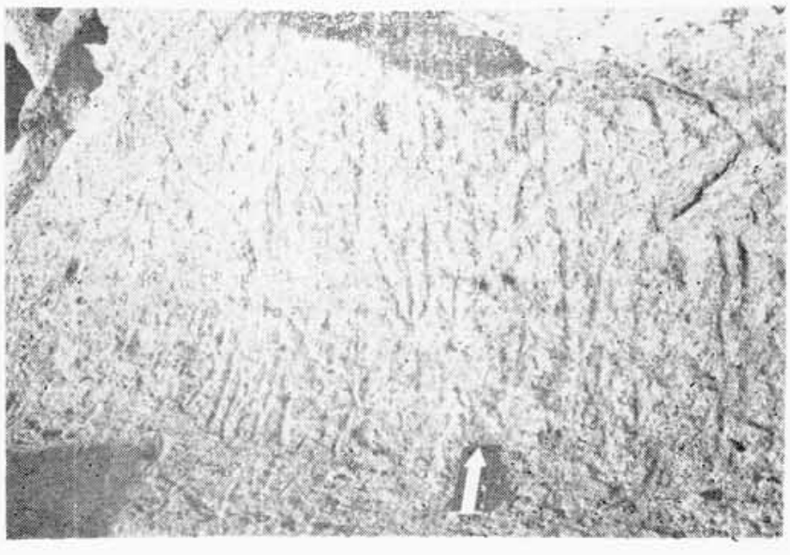


Foto 4: Puesto Laguna de la Totora, vista parcial del Sitio 4, con hoyuelos, tridígitos y líneas verticales.

11) Tras cansadora marcha se llega, a unos cinco kilómetros al NE del puesto Laguna de la Totora, al pie de los contrafuertes meridionales de la serranía del Payún Matru. En partes donde aflora la "barda" basáltica se han formado tres abrigos, de amplitud creciente a medida que se asciende por el faldeo. Se trata de la *Casa de Piedra del Cerro Pincheyra* (ya que también aquí



Foto 5: Chenqueco: morteros y tacitas vinculados a los petroglifos.

se habría refugiado el famoso bandolero de hace un siglo y medio). En los dos abrigos más altos hay numerosas pinturas rupestres, que comienzan —en el más alto y desde la izquierda— con un clásico "pañuelo" con diseños escalonados típico de las pinturas geométricas del centro y norte de la Patagonia. El resto de las figuras también muestra similitud con este arte ubicado en los siglos tardíos prehispánicos. Los colores registrados son el rojo en diversas tonalidades y el amarillo (el sitio fue descubierto por los señores Gurrea y Luna en 1974).

12) *Rincón Amarillo* (también llamado "Jagüel Amarillo"), en cercanías del puesto de Ubaldino Díaz. Sobre las caras irregulares de una gran barda rocosa que forma un promontorio (flanqueado hacia el norte por un cerro más alto) existen numerosas pinturas, que muestran una similitud aún mayor que las del yacimiento anterior con la modalidad geométrica tardía de la Patagonia. Se destaca un panel con un hermoso conjunto de escalonados formando hileras verticales, y pequeños rombos en su interior, en rojo y amarillo.



Foto 6: Chenqueco, grecas y conjuntos puntiformes.

12 bis) *Punta de Carapacho adentro.* Caminando un par de kilómetros desde el camino que bordea por el sur a este sector desecado de la Laguna de Llancanelo, se llega a unos paredones rocosos, en uno de los cuales se formó un pequeño abrigo que contiene un reducido grupo de pinturas geométricas en rojo, formando entre otras un escalonado enmarcado por un rectángulo.

Como comentario final, sólo diremos que en el arte rupestre de Malargüe cabe distinguir dos grandes grupos técnico-estilísticos, representados por las pinturas y por los grabados. Los sitios de las primeras se hallan en los bordes de las zonas llanas del E y SE (salvo el de Chalahuén), y representan sin duda

una penetración del arte geométrico norpatagónico ("estilo de grecas" y variantes) cuya cronología oscila, según Gradin, alrededor del año 1000 a.D. Un sitio similar ha sido descubierto recientemente por Jorge Fernández al sur del río Barrancas: Paso de las Tropas (Fernández, 1977), que representa junto con el pequeño de Huirinchenque al oeste de Chos Malal (relevado por nosotros en 1969) una penetración de este estilo hacia las zonas montañosas preandinas. Otro sitio neuquino cercano al límite con Mendoza, la Cueva del Cerro Huenul, a 15 Km al norte de Buta Ranquil (descubierta por J. Fernández y relevado por el que escribe a principios de 1978), contiene pinturas geométricas de un estilo parcialmente distinto al anterior.

En cuanto a los grabados, no parece llegar a Malargüe el llamado "estilo de paralelas", del cual hay una concentración importante en el departamento Minas del Neuquén (ver mapa), en donde el investigador citado localizó hasta el momento nueve sitios que se agregan al único dado a conocer anteriormente (Colo Michi Co., ver Schobinger, 1956, 1962-63; Fernández, 1976). Aunque esto puede deberse a la falta de exploraciones en la zona cordillerana, tal como lo sugiere el sitio más septentrional de Valle Hermoso. En los grupos de grabados incluidos en la lista anterior —algunos muy grandes e interesantes— podemos identificar tres elementos o influencias básicas: el estilo, o mejor, tendencia curvilínea irregular típica del área cuyana (San Juan y zonas vecinas), manifestada sobre todo en el sitio nº 8; las cabezas y figuras antropomorfas mascariformes, motivos de raíz andina, cuya aparición hasta en la solitaria Payenia meridional, constituye toda una sorpresa; y el tridígito, como único elemento aquí presente del llamado estilo de pisadas norpatagónico, pero cuyo origen no parece estar en la Patagonia, sino más al norte. Significativa es además la asociación con tacitas y morteros en roca de algunos de los sitios con cabezas (nos. 6, 10) y también con tridígitos (3, 6, 10). No tratándose de sitios de habitación, está clara en estos casos la función primordialmente cúltica de estas oquedades, complementando a la de los petroglifos, tal como sucede en otros sitios (por ej. Cerro Morado de Ñorquín, nº 17, en donde aún hoy se dejan ofrendas: Fernández, 1977; Chocón Chico, Schobinger, 1962-63). Dos yacimientos se presentan con características particularmente ricas y mezcladas: Agua Botada (en donde no hemos visto cabezas) y Chenqueco S-6; en ambos existen algunas figuras que sugieren influencias venidas del estilo de grecas (sobre todo la guarda con motivos escalonados de Agua Botada S-2, que impresiona como una versión simplificada del panel polícromo principal de Rincón Amarillo). Lo cual no significa una edad muy tardía para todos los grabados; más bien nos inclinamos hacia una precedencia en el tiempo de la mayoría de éstos con respecto a las pinturas. Habría que remontarlos, así, a mediados o aun a comienzos del primer milenio después de nuestra era. Por ahora no es posible atribuirles asociaciones culturales específicas.

BIBLIOGRAFÍA

FERNÁNDEZ, Jorge. *El arte rupestre del departamento Minas, Prov. de Neuquén.* (En Monografías de Arte Rupestre Americano, I; en prensa por el Instituto de Arqueología y Prehistoria de Barcelona). Entregado en 1976.

— *Estudios sobre el arte rupestre del Neuquén.* (En Anales de Arqueología y Etnología, t. 29-30, en prensa, Mendoza). Entregado en 1977.

SCHOBINGER, Juan: *El arte rupestre de la provincia del Neuquén.* (En Anales de Arqueología y Etnología, año 1956, t. XII, Mendoza, p. 115-227).

— *Nuevos petroglifos de la provincia del Neuquén.* (En Anales de Arqueología y Etnología, años 1962-1963, t. XVII-XVIII, Mendoza, p. 151-171).

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

EXCAVACIONES ARQUEOLÓGICAS EN EL ABRIGO DE LOS CHELCOS

(Departamento San Alberto, Córdoba)

Sergio P. E. González
Eduardo A. Crivelli Montero

UBICACIÓN

El sitio en el que se desarrollaron los trabajos es un abrigo bajo roca que se encuentra en el Departamento San Alberto, Provincia de Córdoba (República Argentina), a unos 6 km de Mina Clavero y a escasos metros de la Ruta Provincial nº 14, que conduce desde esa localidad a Villa Carlos Paz, y a la ciudad de Córdoba (fig. 1). Sus coordenadas geográficas son: 31°41′ 32″ de latitud sur y 64°58′ 41″ de longitud oeste. A unos 300 metros al norte del abrigo, sobre la ruta, existe una marca altimétrica del I.G.M. que indica 1045 msnm, cota levemente superior a la del sitio. La hoja 3166-36-1, Las Calles, a escala 1:50.000, del I.G.M., incluye la zona que nos interesa.

El abrigo carece de denominación específica local; se lo considera una "casita de piedra". Tal vez por su orientación favorable, es frecuentado por lagartijas (conocidas como "chelcos" en la región), lo que explica el nombre asignado. En la terminología sistemática utilizada en las prospecciones de los autores fue registrada como Abrigo A 1.

El alero se formó en un afloramiento de granito precámbrico a eopaleozoico, que constituye una estribación occidental de la Sierra de Achala (Olsacher, 1972: 33; Gordillo y Lencinas, 1972: 9-11). En estos afloramientos es común la formación de aleros y pequeñas cuevas por metorización (cf. Olsacher, 1972: 35). El afloramiento de roca granítica en el que se encuentra el Abrigo de los Chelcos es uno de los puntos de mayor altura del paraje, constituyendo el extremo meridional del Cordón La Cumbrecita. Hacia el Oeste, el terreno desciende en ondulaciones suaves, formando a unos 600 m una zona deprimida, con orientación Norte-Sur, por donde discurre, entre barrancas, el Arroyo del Carrizal. Hacia el Este, a escasos 200 m, se encuentra la fuente de agua permanente más cercana al sitio, el Arroyo Puente del Cura, del Puestito o del Potrero, que sigue una línea de falla (hoja 21 h — Cerro Champaquí, a escala 1:200.000, Servicio Minero Geológico (en Olsacher, 1972), siendo afluente del río Mina Clavero.

AMBIENTE

El Abrigo de los Chelcos se encuentra incluido en el distrito climático "árido de las sierras y campos" (Daus, 1965: 177-178), caracterizado por pre-

cipitaciones escasas (500-600 mm anuales), que en la zona que nos ocupa caen principalmente entre noviembre y febrero, siendo el resto del año de marcada aridez. El cordón de Achala, situado inmediatamente hacia el naciente, intercepta los vientos moderadamente húmedos procedentes del anticiclón del Océano Atlántico, provocando precipitaciones algo más elevadas en la ladera

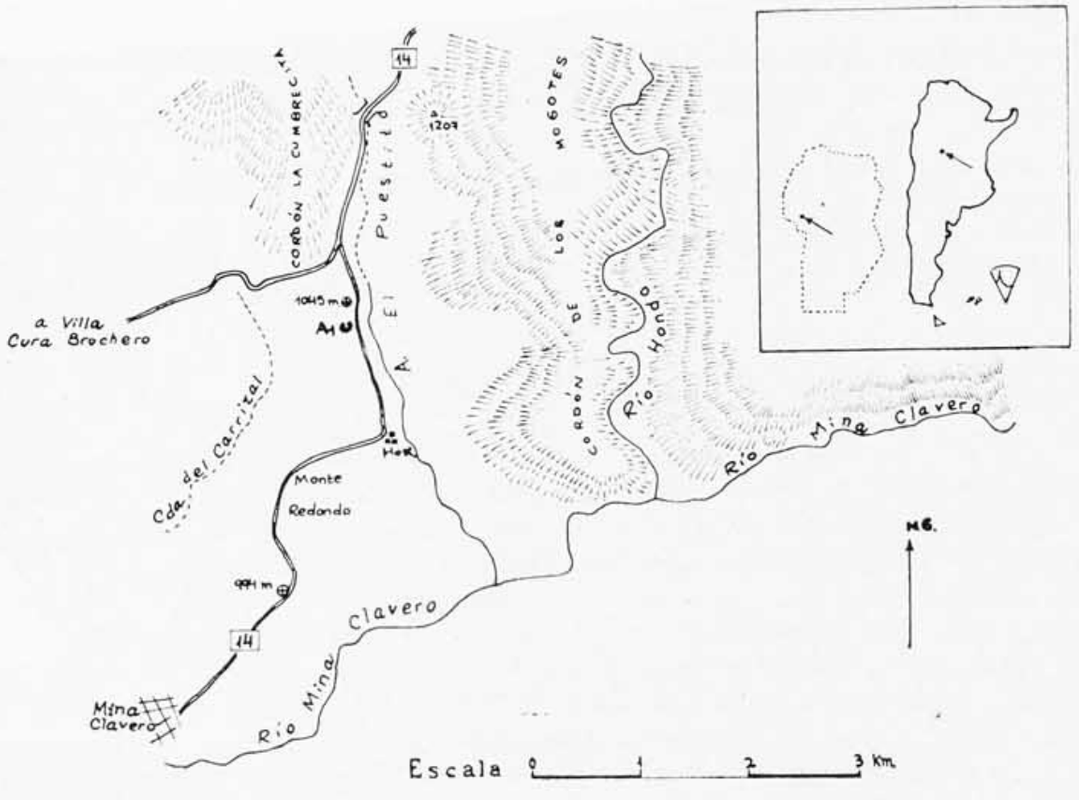


Figura 1: Abrigo de los Chelcos. Mapa de ubicación.

oriental y dejando a nuestra zona a la sombra de las lluvias. La temperatura media anual es de unos 17°, con veranos bastante calurosos. Durante el invierno puede haber temperaturas por debajo de cero.

Excepto en las zonas aluvionales, los suelos, formados a expensas de la meteorización de las rocas plutónicas, son delgados. Sostienen una vegetación que corresponde al tipo de las Sierras (Papadakis, 1956: 112 y ss.), con formación de Monte en las partes bajas y secas, y de Pampa en las más altas y húmedas. Las explotaciones modernas han eliminado parcialmente la cubierta arbórea, más importante en el pasado, de las áreas más llanas. Sin embargo, aún son frecuentes ejemplares de algarrobo (*Prosopis alba* y *P. nigra*); chañar (*Geoffrea decorticans*); espinillo (*Acacia caven*); molle de beber (*Lythraea molleoides*); tala (*Celtis tala*); coco (*Fagara coco*). Entre las abundantes especies arbustivas se encuentran la jarilla (*Larrea divaricata*); el piquillín (*Condalia linneata*); el romerillo (*Heterotalamus brannioides*). En el estrato herbáceo se encuentran gramíneas. También hay gran variedad de cactáceas.

La región considerada se encuentra en el distrito faunístico Pampásico, subdistrito cordobense (Gollán, 1958: 290-293). Actualmente, los grandes animales han desaparecido de ella, diezmados por el avance de las explotaciones modernas: guanaco, vicuña, venado, corzuela, taruca, ñandú, etc. Aún abunda la fauna menor, especialmente edentados, roedores, carnívoros y aves. Más adelante se detalla la fauna identificada en la excavación.

DESCRIPCIÓN DEL SITIO

El Abrigo de los Chelcos se orienta hacia el Noroeste (fig. 2), al reparo de los vientos fríos y tormentas predominantes, que provienen del Sur. La superficie cubierta por el alero de roca es de unos 15 m², extendiéndose más

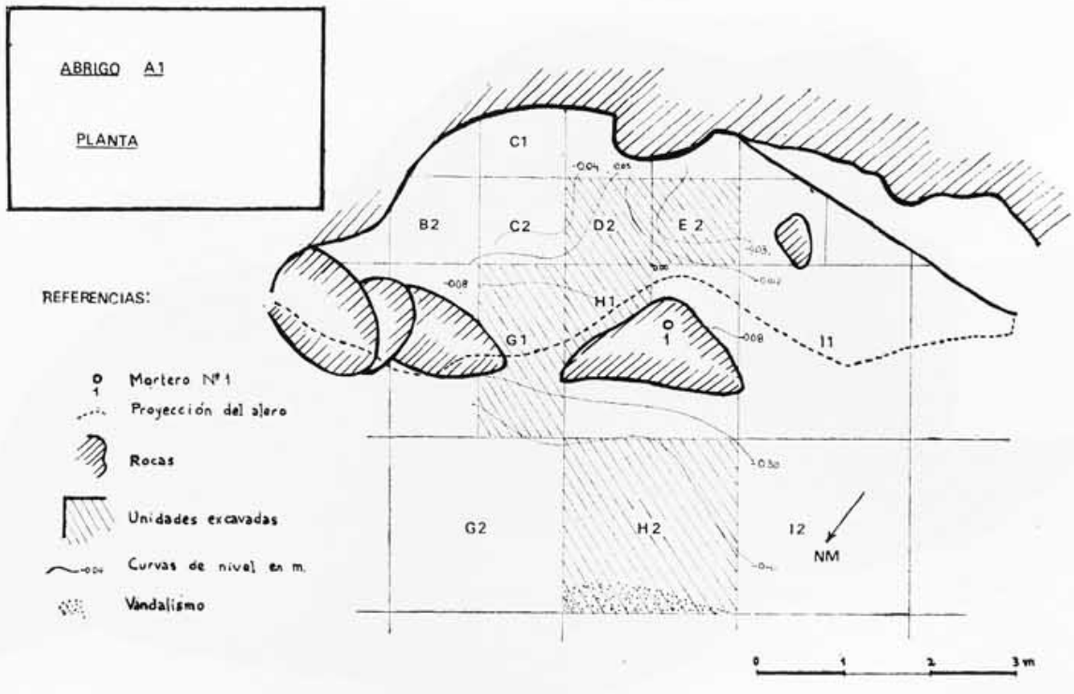


Figura 2: Abrigo de los Chelcos. Planta.

allá un talud de suave gradiente, afectado ligeramente por la erosión natural y, más drásticamente, por remociones practicadas por la Dirección de Vialidad con el objeto de reparar la ruta. La reiteración de estas extracciones fue uno de los elementos tomados en cuenta para decidir la excavación del sitio.

La altura máxima del techo del alero respecto del sedimento actual es de 1 m, y 2,30 m respecto de roca madre. El alero tiene 8,5 m de boca. Desde la línea de goteo al fondo del abrigo hay un máximo de 2,80 m.

En las proximidades del abrigo hay cuatro morteros, practicados en el granito aflorante. El primero de ellos (nº 1, v. fig. 2), se encuentra en el ápice de un bloque desprendido de la ceja del alero, tiene unos 15 cm de diámetro y 10 cm de profundidad. Dos morteros gemelos, nºs. 2 y 3, separados unos 30 cm uno del otro, distan unos 70 m directamente al Norte del alero. Sus medidas aproximadamente son: 20 cm de diámetro y 22 cm de profundidad. Finalmente, el cuarto mortero se encuentra a unos 24 m al SE del nº 1, con un diámetro de 20 cm. y una profundidad de 17 cm.

ANTECEDENTES DE LA EXCAVACIÓN

Este y otros sitios de los alrededores fueron reconocidos en una breve prospección realizada por uno de los autores (González) con el poblador local Luis Pedernera, a quien dejamos aquí constancia de nuestro agradecimiento. Los resultados de los pequeños sondeos efectuados y la amenaza, infortunadamente concretada, de nuevas extracciones de tierra por parte de la Dirección de Vialidad, decidieron la excavación en el Abrigo de los Chelcos.

LA EXCAVACIÓN

Se refieren aquí los resultados de las excavaciones realizadas por los autores en tres campañas, que tuvieron lugar en 1973, 1974 y 1976. Se estableció un reticulado de unidades de 1 m × 1 m para el interior del abrigo, y de 2 m × 2 m



Foto Nº 1: Vista general del Abrigo de los Chelcos. En primer plano se observa remoción efectuada por la Dirección de Vialidad.

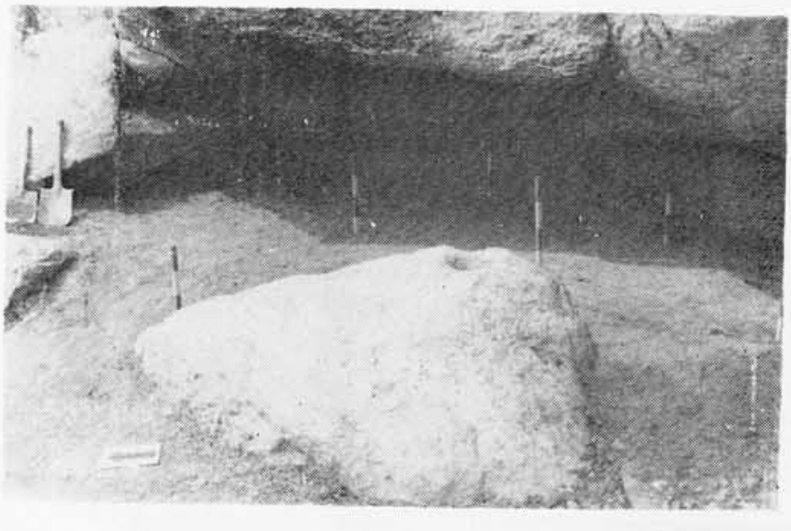


Foto Nº 2: Abrigo de los Chelcos antes de las excavaciones. Se señalan las cuadrículas D2, H1 y G1. Puede observarse el mortero Nº 1 en la cúspide de un bloque desprendido de la ceja del alero.

para el talud. Por las razones que se anotan más abajo, la excavación debió realizarse por niveles artificiales, cada uno de 10 cm, efectuándose la extracción en dos series de 5 cm cada una. Los materiales se dejaron *in situ* hasta terminar cada nivel, registrándose los mismos mediante un diario de excavación por unidad, medidas tridimensionales, fotografías y dibujos. Se utilizaron elementos de trabajo pequeños (espátula, cucharín, pincel, etc.), y todo el sedimento extraído fue pasado por zaranda.

ESTRATIGRAFÍA

La potencia de la pila sedimentaria que apoya sobre roca madre es de 1,30 m. El sedimento es prácticamente homogéneo, fenómeno frecuente en los casos en los que el mismo resulta de la descomposición *in situ* de la roca plutónica

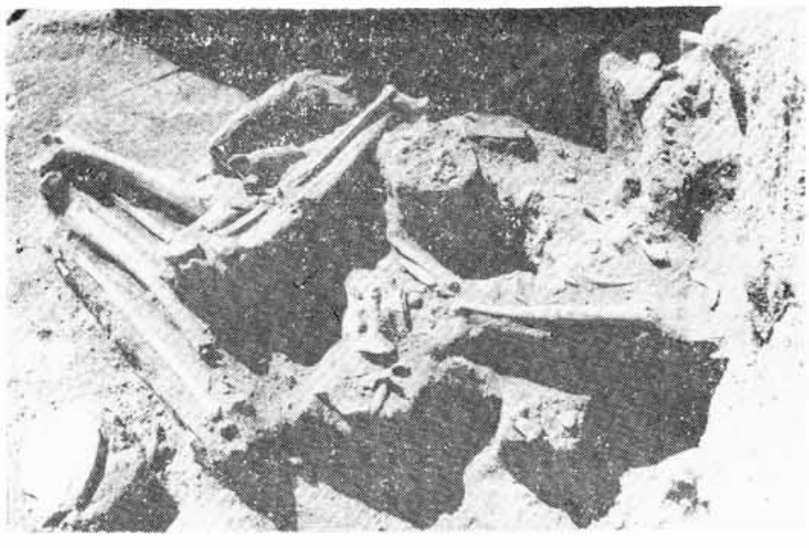


Foto Nº 3: Miembros posteriores del individuo B y, por debajo, inhumación C (cuadrícula H1).

del techo (cf. Hole y Heizer, 1969: 103-106). Si bien ciertas diferencias sedimentarias detectadas fueron tomadas en cuenta y registradas, no resultaron lo suficientemente definidas como para orientar la excavación, la cual, como queda dicho, debió realizarse por niveles artificiales.

La homogeneidad sedimentaria observada en el campo se vio confirmada por el análisis sedimentológico amablemente efectuado por la doctora María C. Etchichury, del Museo Argentino de Ciencias Naturales Bernardino Rivadavia, que se incluye como apéndice al final del presente trabajo.

Las aguas infiltradas, conteniendo carbonato de calcio en suspensión, provocaron la formación de concreciones y zonas calcáreas en el sedimento, deposiciones que carecen de significación estratigráfica, esto es, no indican horizontes sincrónicos. A la vez, muchos de los artefactos incluidos en el sedimento presentaban una costra calcárea, que debió ser removida en gabinete mediante una solución de ácido clorhídrico.

COMPONENTES

Sobre la base de presencia o ausencia de cerámica se distinguieron dos componentes (*sensu* Willey y Phillips, 1958: 21-22):

Componente I: acerámico. Desde roca madre hasta unos 60 a 80 cm por debajo del nivel cero convencional. Todos los restos humanos hallados pertenecen a este componente.

Componente II: cerámico. Desde el límite arriba señalado hasta superficie. Ambos componentes están separados por un evidente hiato en la ocupación, manifestado en la ausencia casi total de hallazgos industriales. En ese lapso, sin embargo, se practicaron las inhumaciones A, B y C.

En la descripción de los hallazgos, cada uno de los componentes fue considerado como una unidad, ya que no se detectaron pisos de ocupación propiamente dichos.

GENERALIDADES SOBRE EL MATERIAL LÍTICO

La materia prima predominantemente utilizada fue el cuarzo, siguiéndole en orden de importancia la calcedonia, más empleada porcentualmente en el componente I que en el II. El cuarzo se presenta localmente en enorme abundancia, habiéndose explotado primordialmente clastos desprendidos de vetas inyectadas en las diaclasas del granito. Su abandono, a pesar de que admitirían ulteriores extracciones, es índice de la abundancia de esta materia prima. En contraste, los núcleos de calcedonia (cuya fuente desconocemos) quedaron reducidos a residuos de 1,5 cm a 3 cm. Asimismo, los instrumentos de calcedonia son generalmente más pequeños, todo lo cual indica que los nódulos iniciales de esta materia prima eran más difíciles de obtener y más pequeños. Asimismo, estaban afectados por impurezas que limitaban aún más su ulterior utilización.

Es difícil evaluar en qué medida el empleo mayoritario de una materia prima inadecuada como el cuarzo ha influido en la notoria tosquedad de la industria. Sin embargo, las puntas de proyectil, casi todas ellas elaboradas en cuarzo, son en general de buena factura; en tanto que los instrumentos de calcedonia, materia prima de mejor calidad, no son más perfectos que los de cuarzo. Es del caso recordar aquí que tanto Leakey (1960, 30) como Bordes (1969, I, 18-19) se han inclinado por restar importancia al papel de la materia prima en la tipología. Cabe concluir, consiguientemente, que la tosquedad de la industria hallada en el Alero de los Chelcos debe atribuirse más a la tradición que a la materia prima disponible.

Con excepción de las puntas de proyectil, sólo existió preocupación por conformar sumariamente el filo activo, con prescindencia del cuerpo total de la pieza. Los retoques (siempre exceptuando las puntas) son irregulares y han dejado charnela, lo que sugiere percusión directa con percutor duro.

En el estudio de los materiales se presentó un obstáculo: los planos de fractura (naturales o artificiales) del cuarzo son ásperos e irregulares, y dificultan seriamente la detección del trabajo intencional. Sólo fueron considerados instrumentos aquellos con huellas evidentes de retoque o utilización.

Como se verá, ambos componentes presentan tal semejanza técnica y tipológica, que no es dudosa su pertenencia a una misma tradición. En ambos, la técnica es de lascas *stricto sensu*, como puede inferirse de la ausencia de núcleos preparados.

La clasificación tipológica se efectuó siguiendo los criterios de Bordes (1969). Agregamos el tipo "punta entre muescas", definido por Aschero (1974) como "instrumentos con punta destacada por filos en muesca, convergentes, de talla, retalla y/o retoque bifacial o unifacial". Se agrega una lista tipológica al terminar la descripción de los restos culturales.

COMPONENTE I

TIPOLOGÍA LÍTICA

Puntas de proyectil

Se encontraron 4 en total, todas bifaciales. Dos de ellas yacían ligeramente por encima de roca madre. Ambas son triangulares, de lados convexos y base

escotada (fig. 3 t, u). Una tercera, también triangular, de lados rectos y base levemente escotada es, de las halladas, la de mayor tamaño (fig. 3, s). La cuarta, de sección biconvexa espesa, está fracturada en ápice y base, lo que impide determinar si es triangular o lanceolada (fig. 3, r).

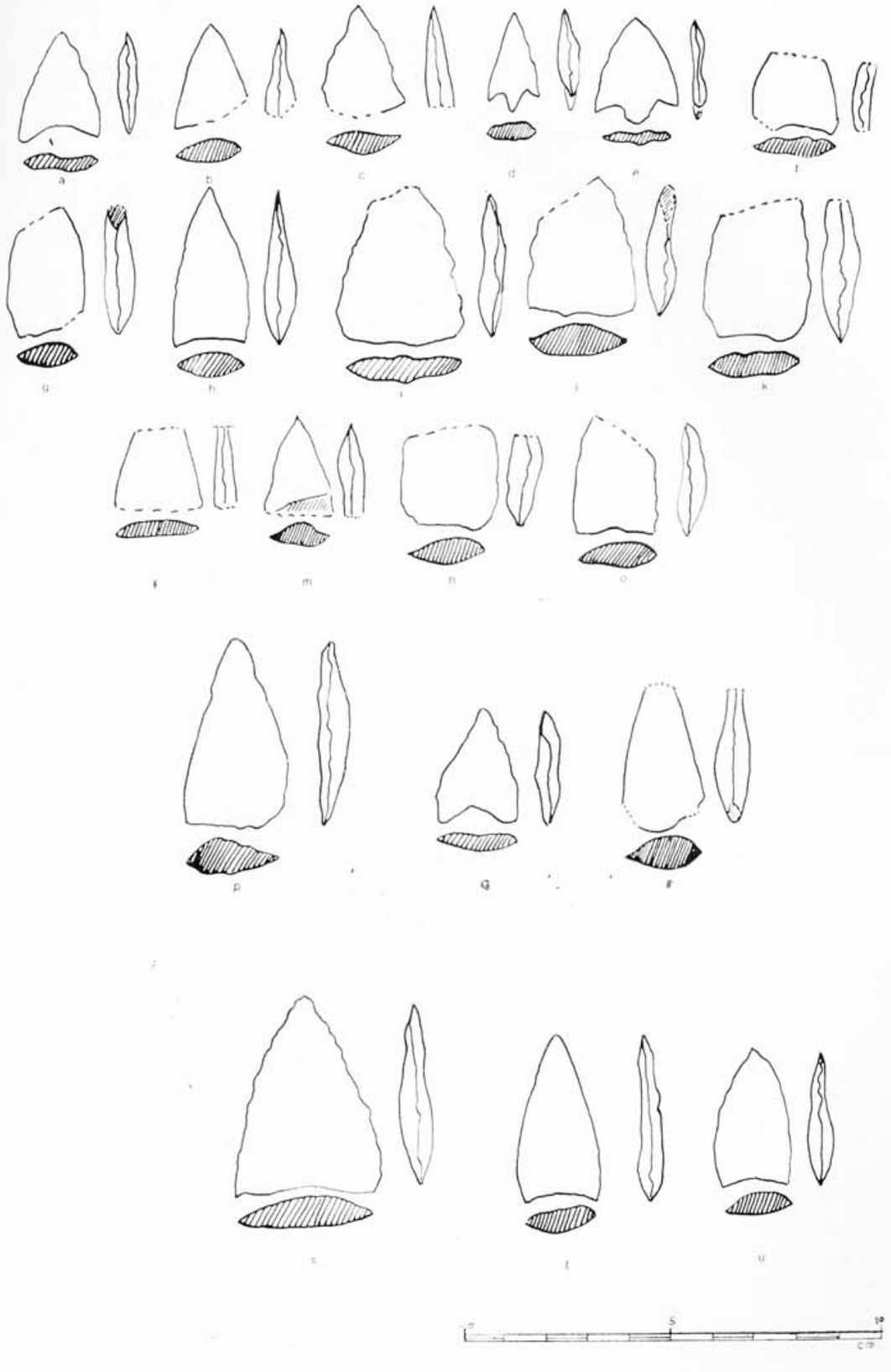


Figura 3: Abrigo de los Chelcos. Puntas de proyectil. Referencias en el texto.

Raederas

La más típica fue elaborada sobre un clasto de calcedonia. Presenta dos filos convergentes en ápice romo (fig. 4, b). Existe una segunda, sobre calcedonia, que es doble y combina con una muesca.

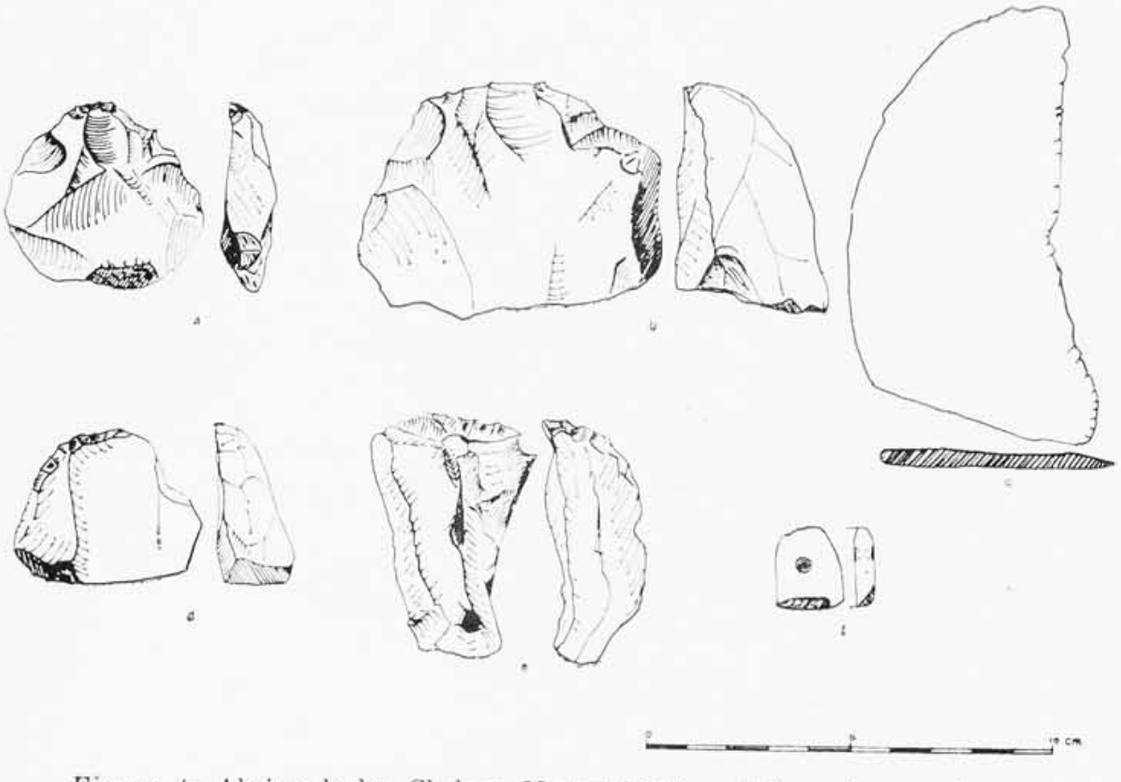


Figura 4: Abrigo de los Chelcos. Material lítico. Referencias en el texto.

Raspadores

No existen formas típicas ni recurrentes. Los ejemplares en calcedonia son pequeños, en tanto los de cuarzo pasan transicionalmente a *rabots*. Existe un raspador en hombro (fig. 4, d) y uno en hocico chato (fig. 4, a). Un tercero presenta filo extendido frontolateral. Tres raspadores tienen filo rectilíneo (fig. 4, e); en uno de ellos el filo está sobre el talón, en su intersección con la cara dorsal de la lasca. En todos los casos, las formas base son espesas e irregulares, y nada sugiere que se hayan enmangado.

Cuchillos

Once ejemplares; son lascas generalmente no retocadas ni conformadas, de cuarzo, con un filo cortante utilizado. Cinco ejemplares presentan dorso, que en un caso es natural y en los restantes está constituido por un borde de núcleo, esto es, una faceta de lascado que forma un ángulo no muy agudo con la cara ventral. Los filos son bastante irregulares debido a la mala fractura de la materia prima.

Muesca

Una lasca grande de cuarzo presenta una muesca de talla, lateral. En el borde opuesto, tres pequeñas muescas adyacentes determinan un tosco denticulado.

Rabots y nucleiformes

Son instrumentos espesos (el mayor 120 × 73 × 64 mm; y el menor 57 × 46 × 28 mm), elaborados sobre clastos de cuarzo de filón. Presentan uno o dos filos abruptos y convexos sobre otras tantas caras planas. Se han considerado nucleiformes a aquellos que presentan grandes negativos de lascado y retoque marginal ulterior. Se trataría de núcleos reutilizados (fig. 5, b).

Instrumentos sobre guijarro.

Se halló un chopper tallado unifacialmente sobre guijarro fluvial de fractura no concoidal. La cara ventral y la base muestran huellas de picado, que sugieren empleo complementario como yunque y percutor (fig. 5, c).

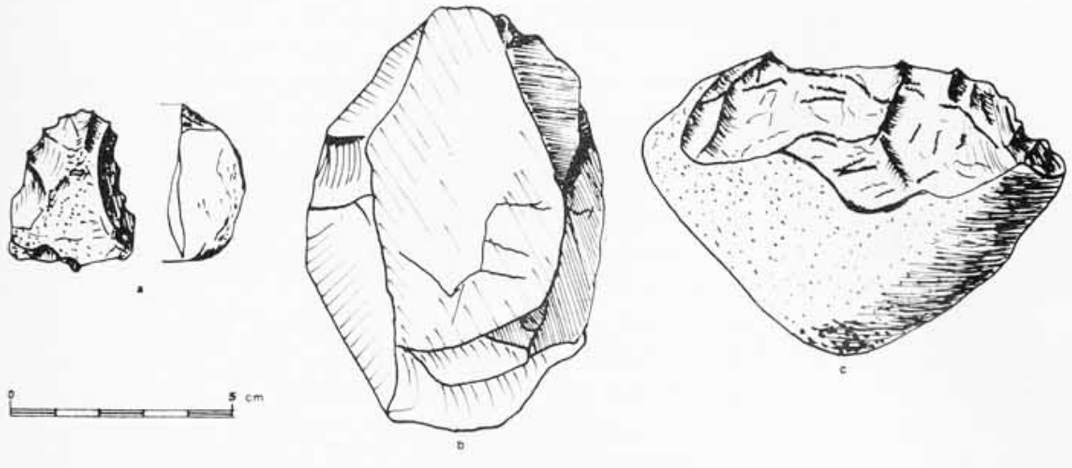


Figura 5: Abrigo de los Chelcos. Material lítico. Referencias en el texto.

Instrumentos de esquisto

Seis ejemplares. Se trata de piezas delgadas, cuyo filo está producido por un adelgazamiento que conforma un bisel no muy pronunciado, simétrico. Dos de los ejemplares presentan pequeñas micromuescas en el filo, poco marcadas, intencionales. El de mayores dimensiones mide 103 × 50 × 4 mm (fig. 4, c). Por estar elaborados en una roca poco resistente, en casi todos los ejemplares se observa un desgaste sobre el filo, casi siempre en su parte más activa.

Guijarros y clastos lascados

Cuatro ejemplares. Se trata de guijarros fluviales o grandes clastos, de cuarzo en todos los casos, con uno o dos lascados que no conforman instrumento definido ni filo utilizable. Uno de los guijarros presenta una mancha de ocre rojo.

Cuenta

Cuenta con perforación bicónica, sobre una roca esquistosa. La perforación es de realización muy cuidadosa (fig. 4 f).

Piedras de moler

Son simples guijarros fluviales, chatos, con desgaste en una o ambas caras, debido al uso, sin conformación intencional. Presentan huellas de haber sido empleadas también como percutores.

MATERIAL EN HUESO

En este componente se recogieron dos instrumentos realizados en astillas de hueso largo de mamífero. Uno de ellos es un punzón confeccionado sobre una astilla de 55 mm de largo. La misma no recibió mayor tratamiento, teniendo el extremo aguzado un alisamiento con respecto al resto de la pieza, más por uso que por conformación intencional.

El otro ejemplar es también una simple astilla de hueso largo de 80 mm de longitud, sin alisado ni pulimento. Aproximadamente en su parte media presenta varias muescas colaterales, que han marcado profundamente los bordes (¿retocador?).

RESTOS HUMANOS

Los restos humanos forman una parte preponderante de los materiales del sitio, ya que se los encontró en casi todas las unidades de excavación. Los restos aparecieron siempre a nivel del componente I, y a éste los asignamos en todos los casos dado que, a pesar de una cuidadosa observación, en ningún momento se detectó fosa, ni cerámica.

En la cuadrícula H-2 se encontraron restos que corresponden a tres individuos. Denominamos a los mismos A, B y C.

Individuo A: Se componía de un cráneo (del que se pudo recuperar la calota, los huesos de la cara y el maxilar superior y gran parte del inferior), un húmero, un fémur, una clavícula, los dos huesos ilíacos (uno fragmentado), vértebras, algunas costillas y el coxis. La falta del resto del esqueleto lo atribuimos a que esta parte del talud se encontraba parcialmente afectada por el vandalismo causado por Vialidad. Ahora bien, los huesos hallados se encontraban en posición articular, por lo que los asignamos a sedimentos no removidos.

Individuo B: Solamente se encontraron los huesos de una pierna, fuertemente flexionada. Es muy probable que, también en este caso, todas las partes faltantes hayan sido afectadas por el socavón causado por Vialidad en el talud.

Individuo C: Se encontró prácticamente completo, si bien algunas piezas estaban fragmentadas *in situ*. Los sedimentos de esta parte del talud no estaban perturbados. El sujeto yacía sobre la espalda, horizontalmente; el brazo derecho al costado del cuerpo, flexionado hacia el cráneo mientras que el izquierdo, también al costado del cuerpo, estaba semiflexionado hacia las piernas. Éstas se encontraban bastante flexionadas, pero en un mismo plano con la columna, es decir, no recogidas sobre el cuerpo. El cráneo se encontró fragmentado *in situ*; con el lado derecho casi completo, faltando todos los huesos de la cara a partir del arco supraorbitario y ambos maxilares; estando muy deteriorado el costado izquierdo, faltando por completo el temporal y parte del parietal. La inhumación D proviene de las cuadrículas E 2 y H 1.

El cráneo fue lo primero en descubrirse, en el ángulo NE de la cuadrícula E-2, mientras que el cuerpo se extendía diagonalmente hacia la cuadrícula H-1. La calota estaba en buen estado, aunque faltaban todos los huesos de la cara y ambos maxilares. Yacía sobre el costado derecho, mirando hacia el Este. La excavación de estos restos resultó por demás dificultosa, porque al comenzar a descubrir el cuerpo se advirtió que los huesos se mezclaban con los de otro individuo, prolongándose debajo del bloque desprendido del techo en el que está excavado el mortero nº 1.

En opinión de uno de nosotros (González), los individuos A y C pueden haber presentado la particularidad de tener la cabeza separada del tronco, con

la bóveda descansando en el mismo plano de la espalda, colocados en posición inversa al cuerpo, con las órbitas mirando al Oeste en ambos casos.

De poder confirmar tal particularidad, encontraríamos analogías, en Córdoba, por lo menos en dos casos (cf. Aparicio, 1942:119-120; y Frenguelli y Aparicio, 1932:136).

COMPONENTE II

Tecnología lítica

De manera general, puede apuntarse que se advierte aquí una cierta disminución en el tamaño de las piezas.

TIPOLOGÍA LÍTICA

Puntas de proyectil

Se encontraron 17 ejemplares en total, todos bifaciales. Dos de ellas fueron confeccionadas en calcedonia, siendo las únicas del sitio en esa materia prima y con pedúnculo. Son de excelente factura, pequeñas, delgadas y muy livianas (fig. 3 d, e). Estas puntas provienen de los niveles más próximos a superficie y no es imposible que deban atribuirse a un tercer componente tardío, arribado al sitio poco antes de su abandono. Otras tres son triangulares pequeñas, de base escotada y aletas bastante pronunciadas, realizadas en cuarzo (fig. 3, a, f, q). Otro ejemplar (fig. 3 h), triangular de lados convexos y base escotada, es del tipo de las dos encontradas en el componente I (fig. 3 s, u). Hay un fragmento basal (fig. 3 k) que parece responder al mismo tipo. Tres ejemplares en cuarzo, triangulares, de base recta (fig. 3i, j, p) son más espesas y toscas que las demás. Dos fragmentos basales sugieren formas sin aletas y más alargadas, dentro del mismo patrón triangular (fig. 3 g, n). Un fragmento de punta de proyectil de lados convexos, cuya base es ligeramente cóncava, carece de ápice (fig. 3 k). Un fragmento medial de punta triangular, muy delgada, elaborada sobre lasca de cuarzo, cuya cara ventral sólo fue retocada marginalmente (fig. 3 l). Tres ápices, uno de ellos destacado mediante dos muescas leves, alternas, en lascas de cuarzo (fig. 3 b, c, m).

Raspadores

Se recogieron 4 ejemplares, todos ellos con filo en arco. Un extremo distal de raspador frontal, pequeño en silice, es el ejemplar más típico y recocible del sitio (fig. 6, c). Un segundo ejemplar, completo, fue elaborado sobre una lasca pequeña y muy corta, de cuarzo. El tercero, sobre lasca espesa de cuarzo, tiene filo corto distolateral, tal vez fragmentado. Los retoques son bastante planos. El cuarto ejemplar es una gruesa lasca de cuarzo, cuyo extremo distal fue retocado en arco. Combina con una muesca obtenida por un golpe de talla. Es una pieza de mucho mayor tamaño que los precedentes, y está en transición a rabot.

Perforador

Se trata de una lasca fragmentada en la que se ha destacado una tosca punta, alargada, mediante una somera retalla bifacial. Se clasifica como perforador con reservas (fig. 6, b).

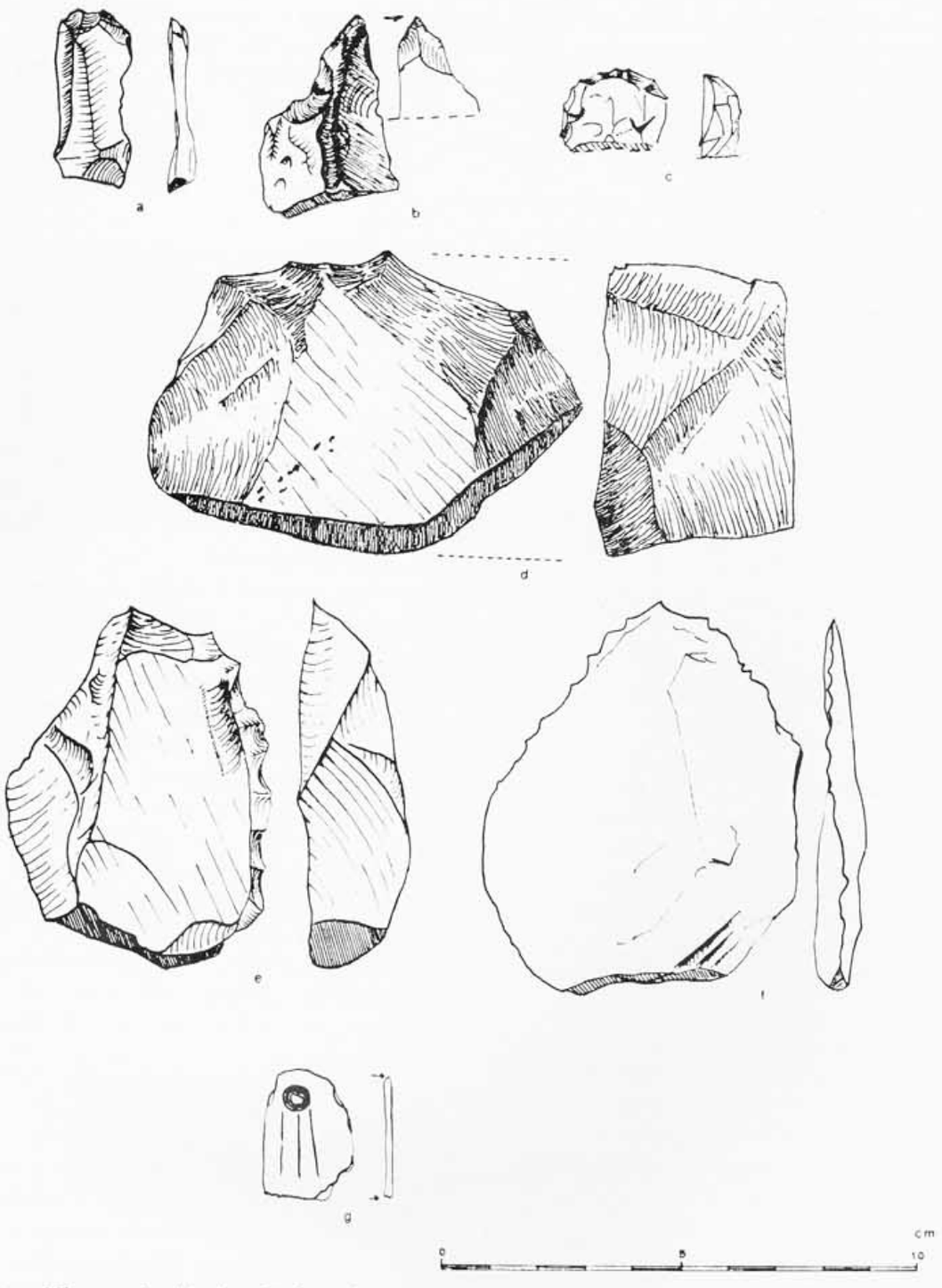


Figura 6: Abrigo de los Chelcos. Material lítico. Referencias en el texto.

Cuchillos

Tres ejemplares. Dos de ellos presentan dorso, natural en un caso, mientras que en el restante es un plano de fractura. La materia prima es cuarzo. La preparación de estas piezas es tan sumaria como en el Componente I.

Muescas

Siete ejemplares en cuarzo y uno en calcedonia. Dos de estas muescas son retocadas, y las restantes de talla. No hay preocupación en conformar la tota-

lidad de la forma base. Dos de ellas formaban parte de instrumentos con un filo lateral retocado; pero se hallaron fragmentados.

Denticulado

Lasca de cuarzo que presenta un filo retocado distolateral, determinado por muescas adyacentes (fig. 6, e).

Punta entre muescas

Ambas fueron elaboradas sobre fragmentos de cuarzo, probablemente lascas. La punta destacada es fuerte y roma.

Rabots y nucleiformes

Siete ejemplares en total. Son instrumentos espesos (el mayor mide 79 × 75 × 49 mm; y el menor 28 × 34 × 17 mm). Uno de ellos es de cuarcita (fig. 6, d) otro de calcedonia, y de cuarzo los restantes. Para las características generales de este tipo nos remitimos a lo expresado en el Componente I.

Instrumentos de esquisto

Tres en total. Dos de ellos fueron clasificados como cuchillos; de éstos, uno es doble, de bordes subparalelos. Ambos instrumentos fueron preparados con la misma técnica que consignamos para el Componente I. El tercer ejemplar, es un denticulado convergente convexo, conformado sobre un fragmento de esquisto de mayor dureza que el resto. El filo no se obtuvo exfoliando el borde, sino percutiéndolo, destacando muescas adyacentes bien marcadas (fig. 6, f).

Cuenta

Cuenta con agujero de suspensión troncocónico, próximo a un extremo redondeado, estando partido el opuesto. Está realizada sobre una delgada lámina de esquisto. La cara, a partir de la cual se practicó el agujero, presenta varias incisiones muy finas, muy probablemente intencionales, que aproximan esta pieza a las placas grabadas de Intihuasi (fig. 6, g).

Piedras de moler

Tres manos de conana, en roca granítica, que en dos de los ejemplares está muy alterada y se disgrega fácilmente. Las tres manos están rotas, pero puede advertirse claramente el desgaste, que en dos casos es en ambas caras.

Bolas

Se encontró un fragmento de bola con surco, elaborada en roca granítica. La superficie está pulimentada y el surco, poco profundo, tiene unos 6 mm de ancho.

Varios

En la categoría *Lascas con rastros de utilización* se destaca una pequeña hoja de arista doble, de calcedonia, fragmentada en un extremo. Es la única hoja que se halló en el sitio (fig. 6, a).

Entre las preformas incluimos un fragmento basal, retallado bifacialmente, que parece un esbozo de punta de proyectil, en cuarzo. Un segundo fragmento de preforma de punta de proyectil, en cuarzo, es triangular.

Tres cristales de berilo pueden haber sido aportados por los ocupantes del abrigo.

Núcleos

Caben las mismas observaciones generales que para el Componente I. Uno de los núcleos de cuarzo se preparó truncando un guijarro fluvial. A partir de la plataforma de percusión resultante se efectuaron dos extracciones, y luego fue abandonado. Algunas huellas sugieren que también fue utilizado como percutor.

INSTRUMENTAL DE HUESO

Un fragmento de epífisis proximal de metatarso de *Lama* fue partido longitudinalmente, advirtiéndose —tanto en la cara interior como en la exterior— huellas de raspado, posteriores al trozamiento, ya que abarcan las aristas de la fractura. Las estrías parecerían el resultado de haber raspado el hueso contra un objeto bastante duro y áspero. Esto provocó un adelgazamiento en bisel en la diáfisis del hueso, la cual, tal vez, se fracturó por un degaste excesivo. El sentido de las estrías es casi perpendicular al eje longitudinal del hueso. Desconocemos la función que puede haber cumplido.

CERÁMICA

En la descripción se han seguido, en lo posible, las normas de la Primera Convención Nacional de Antropología (Villa Carlos Paz, Córdoba, 1964).

Se recogieron 330 fragmentos de cerámica, de los cuales 69 son de superficie. En su mayor parte, se trata de cerámica lisa tosca.

Cerámica incisa: un solo tiesto, hallado en superficie, dentro del alero. Las caras externa e interna y el núcleo son de color pardo rojizo. Espesor de la pared: 5,5 mm. Borde y labios rectos. Antiplástico: mica en abundancia. La decoración consiste en un surco inciso paralelo y cercano al borde, y dos surcos subparalelos, perpendiculares al anterior (fig. 7, a).

Cerámica pulida: un solo tiesto, cuya manufactura contrasta con la de los restantes del sitio. La cara externa es de color pardo, y ha sido pulida. La cara interna, en contraste, no fue alisada. El núcleo es ligeramente más grisáceo, y el antiplástico no es visible. Espesor de la pared: 3,5 mm.

Cerámica con impresiones de cestería: se trata de cinco tiestos, que presentan las improntas en la cara externa.

Uno de ellos es una base biplana o planocóncova, en la cual las improntas de cestería no alcanzan la pared. Por lo tanto, sería un rasgo vinculado a la elaboración o al secado del ceramio, y no decoración. Espesor de la pared: 5,5 mm; espesor de la base: 8.7 mm. Antiplástico: gránulos de cuarzo a veces muy gruesos, de hasta 4 mm de diámetro, feldespato y mica. Ambas caras tienen color pardo grisáceo.

Un segundo tiesto, de paredes y núcleo ante, de 8 mm de espesor y cara interna no alisada, puede tratarse de una base. Antiplástico: semejante al caso anterior.

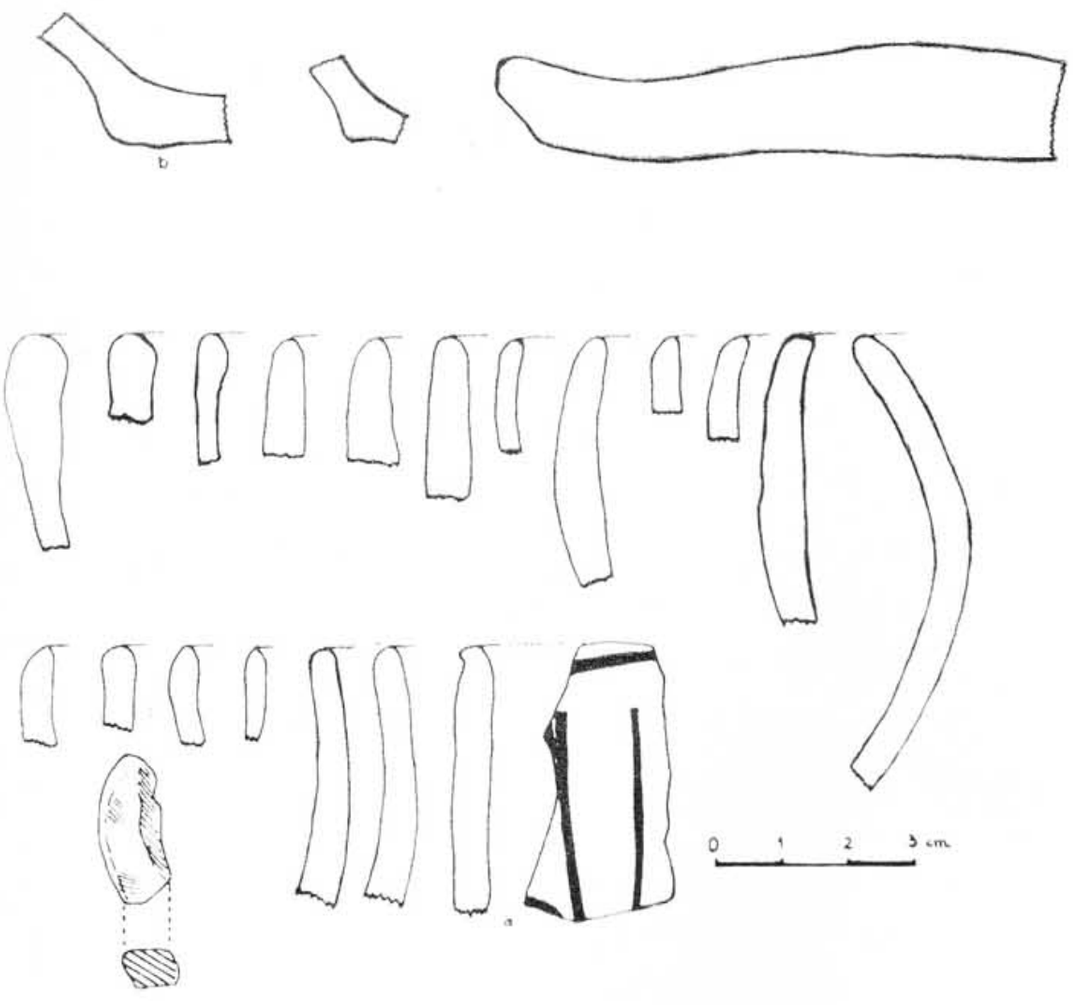


Figura 7: Abrigo de los de los Chelcos. Cerámica. a) Tiesto inciso; b) Base con impronta de cestería. El resto: secciones de bases y bordes, y probable fragmento de asa.

De los tres fragmentos restantes, uno presenta pasta color gris negruzco y cara externa color pardo claro. Antiplástico: cuarzo, feldespato y mica, en fracciones más bien pequeñas. Espesor de la pared: 5,5 mm.

Los dos restantes tienen pasta color castaño claro, y la cocción deficiente se advierte en el color oscuro que presentan, respectivamente, el núcleo y la cara interna en uno y otro. Espesores: 7,5 y 6 mm. Antiplástico: cuarzo, feldespato y mica en partículas de tamaño variable.

Con respecto a la cestería, al menos en tres casos, la técnica empleada es de espiral.

Cerámica lisa: como queda dicho, es, con mucho, la más común. El alisamiento de las paredes, cuando está presente, es sumario. El examen de una muestra de 120 tiestos indica utilización de atmósfera oxidante en el 91,6 % de los casos.

Frecuentemente, los núcleos no fueron oxidados, conservando coloración gris a negra. Como se trata de cerámica muy porosa, elaborada con antiplástico grueso, y las paredes generalmente no exceden de los 7 mm, este hecho debe interprtarse como cocción deficiente. El descascarado es un defecto observable en varios fragmentos.

El antiplástico, consistente en partículas de cuarzo, mica, y, en menor proporción, de feldespato, presenta amplia variedad granulométrica, y es probable que no se adicionara deliberadamente a la pasta, sino que se encontrara ya incluido en la arcilla recogida. No parece que ésta se levigara, porque las laminillas de mica coexisten con gruesas partículas de cuarzo.

La fractura es, en todos los casos, irregular, terrosa.

Se hallaron 7 bordes rectos, 9 invertidos y 4 evertidos. Los labios son, en todos los casos, convexos, con la excepción de un ejemplar recto. En cuanto a las bases, se hallaron 3 fragmentos, uno planocóncavo, uno meniscoconvexo y un tercero planocóncavo o biplano, éste con improntas de cestería en la porción basal (cf. Nimo, 1946:20-21) (fig. 7, b).

Pudo reconstruirse la forma de un ceramio: es una vasija restringida de contorno compuesto, semejante a la ilustrada por Canals Frau (1953, fig. 86, pieza superior derecha). Diámetro de la boca: 18 cm. Otros dos ceramios tenían diámetros de aproximadamente 30 y 32 cm, respectivamente.

LISTA TIPOLÓGICA

Artefactos líticos	*Superficie*		*Componente II*		*Componente I*	
	Q	*%*	*Q*	*%*	*Q*	*%*
Puntas de proyectil	5	29,41	17	22,37	4	4,70
Raspadores	1	5,88	4	5,26	11	12,94
Raederas	—	—	—	—	4	4,70
Denticulados	1	5,88	1	1,31	—	—
Rabots	—	—	6	7,89	6	7,05
Nucleiformes	—	—	1	1,31	3	3,53
Cuchillos	—	—	3	3,94	11	12,94
Choppers (+ yunque + percutor)	—	—	—	—	1	1,17
Perforadores	—	—	1	1,31	—	—
Muescas	—	—	8	10,52	1	1,17
Punta entre muescas	—	—	2	2,63	1	1,17
Lascas con retoque sumario	—	—	14	18,42	13	15,29
Lascas con rastros de utilización	—	—	5	6,58	7	8,23
Instrumentos de esquisto	—	—	3	3,94	5	5,88
Percutores	1	5,88	1	1,31	3	3,53
Guijarros y clastos lascados [1]	2	11,76	—	—	4	4,70
Instrumentos fragmentados	2	11,76	3	3,94	8	9,41
Preformas	—	—	4	5,26	—	—
Piedras de moler [2]	5	29,41	3	3,94	3	3,53
TOTALES	17	99,9	76	99,9	85	99,9
Núcleos	1	5,9	9	12,6	12	16,7
Instrumentos	16	94,1	76	87,4	85	83,3
TOTALES	17	100	87	100	102	100
Varios						
Fragmento de bola con surco			1			
Cuentas			1		1	
Instrumentos de hueso			1		2	
Cristales de berilo			3			

[1] Un guijarro lascado presenta una mancha de ocre rojo.
[2] En ciertos casos se utilizaron también como percutores.

Material faunístico [1]

De la superficie excavada (8,5 m², aproximadamente unos 10 m³), se recuperó la totalidad del material faunístico, el que fue ubicado, recogido y embolsado siguiendo el mismo método que con el material arqueológico; de las piezas más significativas se tomaron tridimensionales. Se considera que, por lo tanto, la muestra es representativa, si bien cuantitativamente resulta demasiado pequeña como para establecer niveles faunísticos. Debido a ello, se optó por seguir los componentes reconocidos a partir del análisis artefactual para el estudio del material faunístico.

Toda la fauna reconocida es actual, y varias de sus especies se encuentran todavía en la zona, como peludo, zorrino, cuises, zorro o el molusco Plagiodontes.

En la bibliografía se detallan las principales obras consultadas.

LISTA SISTEMÁTICA

Phylum Mollusca
Clase Gastropoda
Subclase Pulmonata
Orden Stylommatophora
Familia Strophocheilidae
gen. *Strophocheilus* Spix, 1827 (= *Borus* = *Bulimus* = *Megabulimus*) *Strophocheilus* sp.
Familia Odontostomidae
gen. *Plagiodontes*, Doering, 1876
Plagiodontes sp.
Familia Helminthoglyptidae
gen. *Epiphragmophora*, Doering, 1873
Epiphragmophora sp.
Clase Reptilia, Laurenti, 1768
Subclase Lepidosauria, Haeckel, 1866
Orden Squamata, Oppel, 1811
Suborden Lacertilia, Owen, 1842
Infraorden, Leptoglossa, Gray, 1827
Familia Teiidae
gen. *Tupinambis*, Daudin, 1802
Tupinambis sp.
n.v.: "Lagarto overo"; "Iguana".
Clase Aves, Linné, 1758
Superorden Palaeognathae, Pycraft, 1901
Orden Rheiformes, Sharpe, 1891
Familia Rheidae, Salvadori, 1895 (?)
Frag. casc. huevo ge. et sp. indet.
Superorden Neognathae, Pycraft, 1901
demás taxa indet. *
Clase Mammalia, Linné, 1758
Orden Edentata, Cuvier, 1793
Familia Dasypodidae, Bonaparte, 1838
gen. *Chaetophractus*, Fitzinger, 1871
Chaetophractus sp.
n.v.: "Peludo".
Orden Rodentia, Bowdich, 1821
Suborden Myomorpha, Brandt, 1855
Superfamilia Muroidea, Miller y Gidley, 1918
Familia Cricetidae, Rochebrune, 1883
gen. et sp. indet. **

[1] Agradecemos al señor Sergio S. Caviglia su colaboración en la identificación de las distintas especies y la elaboración de la lista sistemática.

* El resto hallado en el Componente I es una tibia peroné de tamaño considerable, aunque evidentemente no se trata de un Rheidae ni de un ave zancuda.

** Fueron halladas dos especies diferentes en el Componente II, y una de ellas también está presente en el Componente I.

Suborden Caviomorpha, Wood y Patterson, 1955
Superfamilia Cavioidea, L. Kraglievich, 1930
Familia Caviidae, Waterhouse, 1839
Subfamilia Caviinae, Murray, 1866
gen. *Microcavia*, H. Gervais y F. Ameghino, 1880
Microcavia australis (I. Geoffroy y D'Orbigny, 1833)
n.v.: "Cuis chico"
Superfamilia Octodontoidea, Simpson, 1945
Familia Octodontidae, Waterhouse, 1839
Subfamilia Ctenomynae, Reig
gen. *Ctenomys*, Blainville, 1826
Ctenamys sp.
n.v.: "Tucu-tucu".
Orden Carnívora, Bowdich, 1821
Superfamilia Canoidea, Simpson, 1931
Familia Canidae, Gray, 1821
gen. *Dusicyon*, H. Smith, 1839
Dusicyon aff. *culpaeus*
n.v.: "Zorro colorado".
Familia Mustelidae, Swainson, 1835
Subfamilia Mephitinae, Gill, 1872
gen. *Conepatus*, Gray, 1837
Conepatus sp.
n.v.: "Zorrino".
Orden Artiodactyla, Owen, 1848
Familia Camelidae, Gray, 1821
gen. *Lama*, Cuvier, 1800
Lama sp. ***
Familia Cervidae, Gray, 1821
gen. et sp. indet.

DISTRIBUCIÓN DE LA FAUNA POR COMPONENTE

	Componente II	*Componente I*
Strophocheilus sp.		X
Plagiodontes sp.	X	X
Epiphragmophora sp.	X	X
Tupinambis sp.	X	X
Cáscara de huevo de *Rheidae*	X	X
ave gen. et. sp. indet.		X
Chaetophractus sp.		X
Cricetidae ge. et. sp. indet.	X	X
Microcavia australis	X	X
Ctenomys sp.	X	X
Dusicyon aff. *culpaeus*	X	
Conepatus sp.	X	
Lama sp.	X	X
Cervidae gen. et. sp. indet.	X	?

*** La atribución específica de este género es sólo posible con ciertas piezas esqueletarias características o gran cantidad de material (ver Wing, 1972; y Tonni y Lazo, 1977 [1976]). Debido a que no se contó con ninguno de estos elementos, no fue posible realizarla.

CUADRO COMPARATIVO DE ESPECIES
EN SITIOS DE SIERRAS CENTRALES

(*Sólo se incluyen las especies presentes en Abrigo de los Chelcos*)

	A-1	*Olaén* *	*Ongamira* **	*Intihuasi* ***
Strophocheilus sp.	X			
Plagiodontes sp.	X		[1]	[1]
Epiphragmophora sp.	X			
Tupinambis sp.	X	X	X	X
Cáscara de huevo de Rheidae	X	X	X	X
ave ge. et. sp. indet.	X		X	X
Chaetophractus sp.	X	X	X	X
Cricetidae ge. et. sp. indet.	X			
Microcavia australis	X			
Ctenomys sp.	X		X	X
Dusicyon aff. *culpaeus*	X		X	X
Conepatus sp.	X	X		X
Lama sp.	X	X	X	X
Cervidae ge. et. sp. indet.	X	X	X	X

[1] En estos sitios aparece un género muy relacionado (Cyclodontina).
* A. Rex González, 1949.
** R. Pascual, 1960:299.
*** R. Pascual, 1954: 269.

Las especies presentes en A-1 y no registradas en los otros sitios no son significativas.

Los restos óseos se encuentran, en general, en mal estado de conservación, a lo que se agrega en muchos casos una capa de carbonato de calcio que los cubre, lo que significó una dificultad en la clasificación. A pesar de esto, la mayor parte de ellos presenta indicios de trozamiento y varios también, huellas de descarne.

Los huesos de los mamíferos de mayor tamaño no se encuentran nunca enteros, característica compartida por los sitios Intihuasi, Ongamira y Pampa de Olaen. (R. Pascual, 1960, 299; R. Pascual, 1954, 269; A. R. González, 1949). Cierto número de fragmentos óseos que se hallan carbonizados y/o calcinados, corresponden en su mayoría a mamíferos grandes.

Es interesante destacar la presencia de falanges de Lama trozadas longitudinalmente. El golpe que las partió fue dado empleando como plataforma de percusión la faceta articular de la cara proximal. También se realizaron hallazgos de falanges con fractura longitudinal semejantes a las aquí descriptas en la Cueva de las Buitreras y en la Cueva de las Manos Pintadas, en Patagonia Meridional. (Caviglia y Figuerero, 1977; Mengoni y Silveira, 1977).

La cantidad de moluscos hallados es muy reducida cuantitativamente. Los mismos se encuentran dispersos y, en buena parte, fragmentados.

Dado que el material es, en general, cuantitativamente escaso, carecería de interés establecer el número mínimo de individuos.

El ñandú parece haber sido más importante como proveedor de huevos que de carne, ya que no hallamos sus huesos. La misma observación pudo hacerse por uno de nosotros (Crivelli) en sitios de la Provincia de Buenos Aires y de Patagonia septentrional y meridional. Por su parte, los camélidos habrían sido más importantes que los cérvidos, a juzgar por el número de fragmentos óseos presentes.

De manera general, los restos faunísticos recuperados indican que los ocupantes del Abrigo de los Chelcos eran cazadores y recolectores que explotaban extensivamente la fauna local, sin especialización en género alguno. La importancia de la recolección está demostrada por la presencia de los fragmentos de cáscara de huevo de ñandú, de los pequeños moluscos terrestres *Strophocheilus* (=*Bulimus*) y *Plagiodontes* (semejantes a los *Cyclodontina* señalados en Intihuasi y Ongamira) y, entre el instrumental, por los implementos de molienda. Esto parece haber sido el patrón económico característico de las Sierras Centrales hasta la introducción de la agricultura de maíz, y probablemente haya coexistido con ella hasta el tiempo de la conquista.

Interpretación de la ocupación

La superficie cubierta por la visera de roca es de unos 15 m². Por sí solo, este dato indica que el sitio sólo puede cobijar a un par de ocupantes (cf. Naroll, 1962:587-589; Pfeiffer, 1973:187).

Se detectaron tres fogones, uno hacia el centro de la cuadrícula E2, a unos 20 cm de profundidad (Componente II), reconocible por el endurecimiento y cambio de color del sedimiento y por la presencia de escasísimos fragmentos de carbón. En las proximidades había huesecillos y fragmentos de cáscara de huevo de ñandú. Una muestra de sedimento alterado por el fogón, analizada por la doctora Etchichury (cf. Apéndice) dio un porcentaje particularmente elevado de materia orgánica (8,8 %). Un segundo fogón se ubicó en la mitad sur de la cuadrícula H2 a unos 75-80 cm. de profundidad (Componente I), reconocible por partículas de carbón vegetal, sedimento alterado y pequeños huesecillos muy deteriorados. Una muestra de sedimento de esta procedencia arrojó un contenido de materia orgánica aún más alto (9,5 %) según el análisis de la doctora Etchichury (cf. Apéndice). Este fogón no se asociaba con cerámica, y estaba muy próximo al grupo de inhumaciones hallado en la cuadrícula H2. Se halló un tercer fogón en el mismo sector de esta cuadrícula, pero a 1,15 metros de profundidad, reconocible por escasos carbones y sedimento alterado por fuego. Ninguno de estos fogones fue potente ni pudo proveer una muestra suficiente para fechar por C14, y ninguno de ellos se vincula con piso de ocupación definido alguno (como queda dicho, no se detectaron verdaderos pisos de ocupación en el Abrigo de los Chelcos), ni constituye un eje en torno del cual se organizara la ocupación.

Por otra parte, la proximidad de agua y la buena visibilidad respecto del terreno circundante hacen del sitio un buen paradero de caza.

Los datos que anteceden, más la estructura tipológica, en la que las puntas de proyectil tienen una elevada frecuencia [1], permiten interpretar el sitio que nos ocupa como una estación ocupada repetida y más bien fugazmente por partidas de cazadores o, mejor aún (dada la intensidad de la recolección, practicada desde los niveles inferiores), por unidades familiares; en ambos casos, los ocupantes del sitio serían desprendimientos circunstanciales u ocasionales de una población mayor, asentada en un campamento base respecto del cual el Abrigo de los Chelcos sería un sitio satélite. En este sentido, Lynch (1971) menciona sitios de la Sierra norte peruana y de Irán, protegidos por pequeños aleros, generalmente de no más de 10 m² de piso, en proximidad y con vista al agua. Habrían sido estaciones de observación y refugios ocasionales de pequeñas partidas de dos o tres cazadores, que venían de, y luego retornaban a, campa-

[1] Aunque en Intihuasi, sin duda un campamento base, la participación porcentual de las puntas de proyectil respecto de los restantes instrumentos es aún mayor.

mentos base. Carecen de fogones y de pisos de ocupación claramente definidos, y el inventario de sus artefactos se inclina claramente hacia la caza. Mac Neish, por su parte, nota que en las áreas semiáridas de México, "...durante la estación del crecimiento de las plantas, evidentemente algunas familias se reunían en asentamientos temporarios; pero estos grupos se disolvían en bandas temporarias integradas por una sola familia durante los períodos de más escasez del área" (MacNeish, 1964).

La existencia de piedras de molienda y de cerámica sugiere un patrón de vida que puede haber favorecido la transición a la agricultura: "La actividad recolectora, aunque puede implicar una cierta trashumancia estacional, da algunas permanencias, con ocupación por ciertos períodos de tiempo del mismo sitio: el uso de molinos planos, pesados, difícilmente transportables a largas distancias, está en relación con esto." (González y Pérez, 1966:249).

De todos modos, la introducción de prácticas agrícolas no parece haber causado, en las Sierras Centrales, un impacto en el patrón de subsistencia. En los niveles cerámicos, el número de puntas de proyectil sigue siendo elevado. Sobre estos grupos, acostumbrados desde larga data a una subsistencia basada en la caza y recolección, parece haber pesado la tradición, y no introdujeron variantes espectaculares en su modo de vida. Vale para el Abrigo de los Chelcos lo que Menghin y González consignaron para Ongamira: "...los horizontes I y II no manifiestan una alteración esencial de la cultura, sino solamente un incremento del proceso de asimilación cultural. La serie estratigráfica de Ongamira nos presenta, por consiguiente, una 'tradición', como dicen los colegas norteamericanos, o sea una secuencia evolutiva sin perturbaciones violentas ni cambios bruscos en la totalidad de los bienes culturales." (Menghin y González, 1954:263-264).

El Abrigo de los Chelcos ha cumplido asimismo una función funeraria. Téngase en cuenta que, además de las inhumaciones halladas por los autores, personal de Vialidad y pobladores vecinos extrajeron restos en distintos sectores del talud.

Todas las inhumaciones halladas en nuestras excavaciones pertenecen al Componente I. En tanto la inhumación doble D coexiste con evidencias de ocupación, las denominadas A, B y C se encuentran en niveles artefactualmente casi estériles. La cantidad y disposición descuidada de los restos, así como la ausencia de ofrendas, son propias de un osario, a la manera de lo que fuera señalado para Intihuasi (Schobinger, 1969, 162).

CORRELACIONES

En el Abrigo de los Chelcos, el horizonte de puntas lanceoladas sólo podría estar representado a través de un dudoso ejemplar fragmentado, de tamaño mediano a pequeño (fig. 3 r). La punta triangular, grande a mediana, característica de los niveles Intihuasi III-II y Ongamira III-II, está bien representada en nuestro sitio. Las puntas triangulares pequeñas, de base escotada, de los niveles superiores, acompañadas de cerámica, se corresponden con los niveles I y II de Ongamira e Intihuasi.

Los instrumentos en esquisto clorítico son en un todo semejantes a los de Ongamira e Intihuasi, tanto en morfología como en materia prima. Los implementos de molienda están presentes desde los niveles más antiguos en Intihuasi, Ongamira y en el Abrigo de los Chelcos. Otro rasgo compartido con aquellos dos sitios son las cuentas de piedra con agujero de suspensión. Uno de nuestros ejemplares (Componente I) presenta surcos intencionales que lo aproximan a las placas grabadas de Intihuasi (fig. 6 g).

Los raspadores espesos y grandes y los cepillos de Intihuasi III se encuentran también en nuestro sitio. En Ongamira se ilustra un raspador "dorso de tortuga", de desarrollo vertical, semejante a los anteriores. Una bola con surco del Componente II encuentra similitud en los niveles superiores de Ongamira e Intihuasi.

La cerámica del Abrigo de los Chelcos, casi sin excepción tosca y no decorada, no permite correlaciones precisas.

Las semejanzas apuntadas entre nuestro sitio, Ongamira e Intihuasi (niveles superiores) autoriza a postular en todos ellos la presencia de una "tradición" común.

CUADRO DE ELEMENTOS CULTURALES COMUNES

	Abrigo de los Chelcos		*Intihuasi*	*Ongamira*
	I	*II*		
Puntas lanceoladas	X?	—	X	X
Puntas triangulares grandes	X	—	X	X
Puntas triangulares pequeñas, base escotada	—	X	X	X
Instrumentos de esquisto	X	X	X	X
Implementos de molienda	X	X	X	X
Cuentas de piedra con agujero de suspensión	X	X	X	X
Raspadores nucleiformes y rabots	X	X	X	X
Bolas	—	X	X	X
Punzones de hueso	X		X	X

Cronología

La época de ocupación del Abrigo de los Chelcos no es fácil de establecer en ausencia de fechados radiocarbónicos, tanto para el sitio como para fases comparables de Sierras Centrales.

Tipológicamente, el Componente I parecería representar un contexto intermedio, con rasgos de Intihuasi III-II y de Ongamira III. Teniendo en cuenta las estimaciones cronológicas propuestas para estos últimos (González, 1960, 171 y 198; Schobinger, 1969: 162-163; Willey, 1971: 31 y 212), estimaríamos que el Componente I se habría desarrollado entre las fechas extremas de 3000 a.C. y 1000 a.C. En cuanto al Componente II, presenta afinidades con Ongamira I e Intihuasi I, se considera, sobre base igualmente estimativa, que se habría desarrollado entre los años 500 y 1000 de la Era. Se adopta esta fecha final por la presencia de dos puntas pedunculadas pequeñas, de las cuales por lo menos una (fig. 3, d) es comparable con las puntas h y k de las capas 1 y 2, respectivamente, de Los Molinos (Marcellino, Berberián y Pérez, 1967: 21). Existe un fechado de C14 para este sitio (íd., 10), que sugiere que Los Molinos habría sido ocupado hacia los años 900/1200 de la Era.

BIBLIOGRAFÍA

APARICIO, Francisco de; 1942. "Arqueología de la Laguna de los Porongos", *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, tomo III, p. 45-53, Buenos Aires.

ASCHERO, Carlos A.; MS. "Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos aplicada a estudios tipológicos comparativos". Informe al CONICET, MS, Buenos Aires, 1974.

BORDES, Francisco; 1969. *Tipología del Paleolítico Antiguo y Medio*, t. I (Texto) y II (Láminas). Trad. L. A. Orquera. Fac. Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

CABRERA, Ángel; 1957-60. "Catálogo de los mamíferos de América del Sur". *Revista del Museo Argentino de Ciencias Naturales B. Rivadavia.* Zoología, IV (1) y IV (2), Buenos Aires.

CABRERA, Ángel, y YEPES, José; 1960. *Mamíferos sudamericanos.* 2 vols. Ediar. Buenos Aires.

CANALS FRAU, Salvador; 1953. *Poblaciones indígenas de la Argentina.* Sudamericana, Buenos Aires.

CAVIGLIA, Sergio E., y FIGUERERO TORRES, María José; 1977. "Material faunístico de la cueva Las Buitreras (Dto. Guer Aike, Pcia. de Santa Cruz)". *Relaciones,* Sociedad Argentina de Antropología, N. S., X (1976), p. 315-319, Buenos Aires.

CONTRERAS, J. R.; 1964. "Datos acerca de la variación interpoblacional de la morfología de los molares de entidades de los géneros *Galea* y *Microcavia* (Rodentia, Caviidae), *Ameghiniana,* III (8), 235-255.

DAUS, Federico A.; 1965. *Geografía de la República Argentina,* I, Parte Física, Estrada, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, Delicia; 1973. "Catálogo de la malacofauna terrestre argentina", *Monografías,* Nº 4, Comisión Investigaciones Científicas, Buenos Aires.

FERNÁNDEZ, Delicia, y CASTELLANOS, Zulma J. A. de; 1973. "Clave genética de la malacofauna terrestre argentina", *Revista del Museo de La Plata* (n.s.), Zoología, XI:265-285.

FRENGUELLI, Joaquín, y APARICIO, Francisco de; 1952. "Excursión a la laguna de Mar Chiquita", *Publicaciones.* Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

GOLLAN, José S. (h.); 1958. "Zoogeografía", en: *La Argentina. Suma de Geografía,* t. III, p. 221-359, Buenos Aires.

GONZÁLEZ, Alberto Rex; 1949. "Nota sobre la arqueología de la Pampa de Oláen (Córdoba)", *Notas del Museo de La Plata,* XIV, Antropología (56), p. 463-503, La Plata.

— 1960. "La estratigrafía de la gruta de Intihuasi (Provincia de San Luis) y sus relaciones con otros sitios precerámicos de Sudamérica". *Revista del Instituto de Antropología,* I, Córdoba.

GONZÁLEZ, Alberto Rex, y PÉREZ, José Antonio; 1966. Arca Andina Meridional. *Congreso Internacional de Americanistas.* 36, I:241-265. Sevilla, 1964, Sevilla.

GORDILLO, Carlos E., y LENCINAS, Andrés A.; 1972. "Sierras Pampeanas de Córdoba y San Luis, en: Leanza, Armando F. (ed.), *Geología Regional Argentina,* p. 1-39, Academia Nacional de Ciencias, Córdoba, Buenos Aires.

HOLE, Frank, y HEIZER, Robert F.; 1969. *An introduction to prehistoric archaeology,* New York.

LEAKEY, Louis S. B.; 1960. *Adam's ancestors,* London.

LYNCH, Thomas F.; 1971. "Preceramic transhumance in the Callejón de Huaylas, Perú", *American Antiquity,* vol. 36, Nº 2, 1971, p. 139-148, Salt Lake City.

MACNEISH, Richard S.; 1964. "Los orígenes de la civilización del Nuevo Mundo". ME trad. O. C. Chiri. Original en *Scientific American,* v. 211, nº 5, November 1964.

MARCELLINO, A. J.; BERBERIÁN, E. E. y PÉREZ, J. A.; 1967. "El yacimiento arqueológico de Los Molinos" (Depto. Calamuchita, Córdoba). *Revista Instituto de Antropología,* Córdoba, XXVI, Córdoba, República Argentina.

MENGHIN, Osvaldo F. A. y GONZÁLEZ, Alberto Rex; 1954. "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Ongamira", Córdoba (Rep. Argentina). *Notas del Museo de La Plata,* XVII, Antropología (67), p. 213-267, La Plata.

MENGONI GOÑALONS, Guillermo Luis y SILVEIRA, Mario J.; 1977. "Análisis e interpretación de los restos faunísticas de la 'Cueva de las Manos'" (Estancia Alto Río Pinturas, Pcia. de Santa Cruz). *Relaciones,* Sociedad Argentina de Antropología (N.S.), X (1976), p. 261-270.

NAROLL, Raoul; 1962. "Floor area and settlement population". *American Antiquity,* v. 22, nº 4, April 1962, p. 587-589. Salt Lake City.

NIMO, Agustín; 1946; "Arqueología de Laguna Honda" (Yucat, Provincia de Córdoba). *Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera".* XV. Universidad Nacional de Córdoba. Córdoba.

OLSACHER, Juan; 1972. "Descripción geológica de la hoja 21 h", Cerro Champaquí, Pcia. de Córdoba. Carta Geológico-Económica de la República Argentina. Escala 1:200.000. Servicio Nacional Minero Geológico. *Boletín* nº 133, Buenos Aires.

PAPADAKIS, Juan; 1956. "Informe ecológico sobre la Provincia de Córdoba". Instituto de Suelos y Agrotecnia. *Publicación* nº 48, Buenos Aires.

PASCUAL, Rosendo; 1954. "Restos de vertebrados hallados en el Abrigo de Ongamira". En: Menghin, O. F., y González, Alberto R., *Notas del Museo de La Plata*, XVII, Antropología (67) :269-274. La Plata.

— 1960. "Informe sobre los restos de vertebrados hallados en la caverna de Intihuasi y paraderos vecinos de San Luis. En: González, A. R., *Revista del Instituto de Antropología*, Universidad Nacional de Córdoba (1960) I, p. 299-302, Córdoba.

PASCUAL, Rosendo, et al.; 1966. "Vertebrata". En: Borrello, A. (ed.): *Paleontografía Bonaerense*, fasc. VI. Comisión de Investigación Científica, Provincia de Buenos Aires, La Plata.

PFEIFFER, John E.; 1973. *The emergence of man.* Cardinal Books, Manchester.

PRIMERA CONVENCIÓN NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA; 1966. "Primera Convención Nacional de Antropología". Primera parte. *Publicaciones*, Instituto de Antropología, Fac. de Filosofía y Humanidades, nº 1 (XXVI), Nueva Serie, Córdoba.

SCHOBINGER, Juan; 1969. *Prehistoria de Suramérica.* Labor, Barcelona.

TONNI, Eduardo y LAZA, José H.; 1977. "Paleoetnozoología del área de la Quebrada del Toro", Prov. de Salta. *Relaciones*, Sociedad Argentina de Antropología (N.S.), X (1976), p. 131-140, Buenos Aires.

WILLEY, Gordon R.; 1971. *An introduction to American Archaeology*, vol. 2. South America. Prentice-Hall, New Jersey.

WILLEY, Gordon y PHILLIPS, Philip; 1958. *Method and theory in American Archaeology.* University of Chicago Press, Chicago.

WING, E. S.; 1972. "Utilization of animal resources in the Peruvian Andes". En: S. Izumi y K. Terada; Andes 4, *Excavations at Kotosh, Perú, 1963-1966.* Univ. of Tokyo Press, Appendix IV, p. 327-351, Tokyo.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

ANÁLISIS DE SEDIMENTOS DEL ABRIGO DE LOS CHELCOS

(Departamento San Alberto, Córdoba)

María C. Etchichury

El análisis de cuatro muestras de sedimentos provenientes de la excavación realizada por los señores S. González y E. Crivelli en el Abrigo A-1 (Córdoba, República Argentina) permite dar una breve información complementaria de sus características granulométricas y mineralógicas.

El trabajo, que se realizó en el laboratorio de sedimentología del Museo Argentino de Ciencias Naturales "B. Rivadavia", incluye, además, la descripción megascópica de la roca en que está ubicado el abrigo y de una concreción carbonática incluida en los sedimentos.

Previo el análisis granulométrico se observaron los sedimentos con lupa binocular, lo que permitió determinar la similitud de los fragmentos líticos de la fracción psefítica (mayores de 2 mm de diámetro) con la muestra nº II de la roca del alero.

Luego, se separó el cascajo (González Bonorino y Teruggi, 1952) con un tamiz Tyler nº 9, que retuvo de las cuatro muestras, algunos fragmentos angulosos de roca granítica alteradas y en la muestra nº IV, además restos óseos y trozos de sílice blanco lechosa, que por su forma particular parece ser el resultado de la actividad humana.

El material restante (fracciones psamítica y pelítica) fue tratado con peróxido de hidrógeno (H202) con el objeto de oxidar la sustancia orgánica contenida en ellos (humus, raícillas, etc.) y favorecer así la destrucción de los grumos y posterior peptización. Los porcentajes de materia orgánica correspondientes a las distintas muestras, son los siguientes:

Muestra Nº	*% de Materia Orgánica*	*Profundidad de la muestra*	*Procedencia cuadrícula*
I	8,8	0 - 0,20 m	E2
IV	9,5	0,80 - 0,90 m	H2
V	4,4	0,90 - 1,00 m	H2
VI	4,0	1,00 - 1,20 m	H2

Lo que evidencia la duplicación del contenido de material orgánico en las capas superiores (entre 0,20 y 0,90 m de profundidad), con un valor máximo en la capa nº IV.

Posteriormente, el sedimento fue peptizado y separado en las fracciones psamítica (arena) y pelítica (limo y arcilla), por el método de la pipeta, con los siguientes resultados:

Muestra Nº	*% de Arena*	*% de Limo*	*% de Arcilla*
I	39,52	54,75	4,25
IV	40,34	46,25	12,50
V	62,23	30,25	6,50
VI	48,12	38,75	12,25

En las muestras nos. I y IV, predomina el limo acompañado por cantidades decrecientes de arena y arcilla, en tanto que en las nos. V y VI los porcentajes mayores corresponden a la arena, seguidos por los del limo y la arcilla.

La composición mineralógica de la fracción arena, que se determinó por observación con lupa binocular indica para las cuatro muestras, la presencia de cuarzo, feldespato potásico (¿ortoclasa?), feldespato calcosódico (plagioclasa), mica (biotita desferrizada), minerales opacos (magnetita, hematita, limonita, etc.) y anfibol (hornblenda).

Los porcentajes estimados para los distintos niveles, se mantienen relativamente constantes, como puede observarse en la tabla:

Feldespato potásico	35 %
Plagioclasas	25 %
Cuarzo	20 %
Mica	20 %
Minerales de hierro (óxidos e hidróxidos)	vestigios
Anfibol	vestigios

Estos mismos componentes son los que forman la muestra nº II, que es un trozo muy alterado de roca tipo granítico, que forma las paredes del abrigo.

En esta muestra, se reconocen los granos alotriomorfos de cuarzo asociados con prismas tabulares alargados de feldespatos blanquecinos o rosados, que casi sin excepción aparecen cubiertos por una capa pulverulenta de alteración arcillosa y laminillas micáceas muy destruídas y asociadas con hematita y limonita.

La meteorización ha contribuido a que los componentes de esta roca se alteren y pierdan su coherencia, separándose en granos bajo la presión de los dedos.

Se han originado así un grupo de materiales sedimentarios residuales provenientes de la meteorización *in situ* de la roca granítica del techo.

La muestra nº III es una concreción carbonática, resultante de la precipitación de carbonato de calcio en sedimentos finos.

Su forma es sumamente irregular y su color, castaño amarillento claro.

BIBLIOGRAFÍA

GONZÁLEZ BONORINO, F. y TERUGGI, M.; "Léxico sedimentológico". *Pub. Mus. Arg. de Cs. Nats. "B. Rivadavia"*, nº 6, 1952.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

ACERCA DE LOS RESTOS HUMANOS ABORÍGENES DEL ABRIGO DE LOS CHELCOS

(Departamento San Alberto, Córdoba)

Virginia Inés Fortich Baca
Ana María Mesa

INTRODUCCIÓN

A raíz del hallazgo de restos óseos humanos aborígenes, efectuado por Eduardo Crivelli y Sergio González en excavaciones arqueológicas de cuyos resultados se da cuenta en esta misma obra, hemos llevado a cabo el estudio antropológico de los mismos con fines descriptivos y taxonómicos.

El material está muy deteriorado; no se cuenta ni con los esqueletos completos ni con los cráneos íntegros, por lo cual el análisis métrico dista mucho de cubrir todos los aspectos y, en consecuencia, nos hemos apoyado más en las técnicas escópicas.

MATERIAL Y MÉTODOS

Se trata de restos de tres individuos, a los que sus descubridores les asignaron las letras A, C y D. El ejemplar A está compuesto por un cráneo carente de la porción basilar y huesos nasales, la porción mentoniana de la mandíbula, un fémur y un húmero. El resto de los huesos hallados no fueron sometidos a nuestro estudio. El ejemplar C, menos incompleto, pese a lo destruido del cráneo, que carece de porción basilar, gran parte de la cara y de mandíbula, ha conservado en cambio ambos radios y cúbitos, un húmero, un peroné, una tibia y el sacro. Del ejemplar D se conserva tan sólo la calota.

ANÁLISIS

Ejemplar A: de sexo masculino, probablemente, podría decirse que al morir tenía alrededor de 60 años (senilis), a juzgar por el grado de sinostosis de las suturas. La pieza es de color amarillo oscuro, de espesor mediano, con suaves arcadas superciliares, una zona glabelar relevante, malares medianos pero con fuertes ataques musculares. Existe una notoria protuberancia sagital que nace casi a partir del occipital. Desde norma superior se observa una forma ovoide. La mandíbula muestra un mentón cuadrangular y fuertemente bilobado, con marcadas inserciones musculares y apófisis geni bien salientes. Hay un gran desgaste dentario. Los huesos largos son bastante robustos y de regular tamaño.

Tomando en cuenta el fémur, la altura en vivo debió ser de 162,14 cm, de acuerdo con la tabla de Manouvrier. En dicho hueso, el índice de platimeria indica que es platimérico y el pilástrico, que la pilastra es débil. En cuanto al húmero, el índice diafisario indica platibraquia.

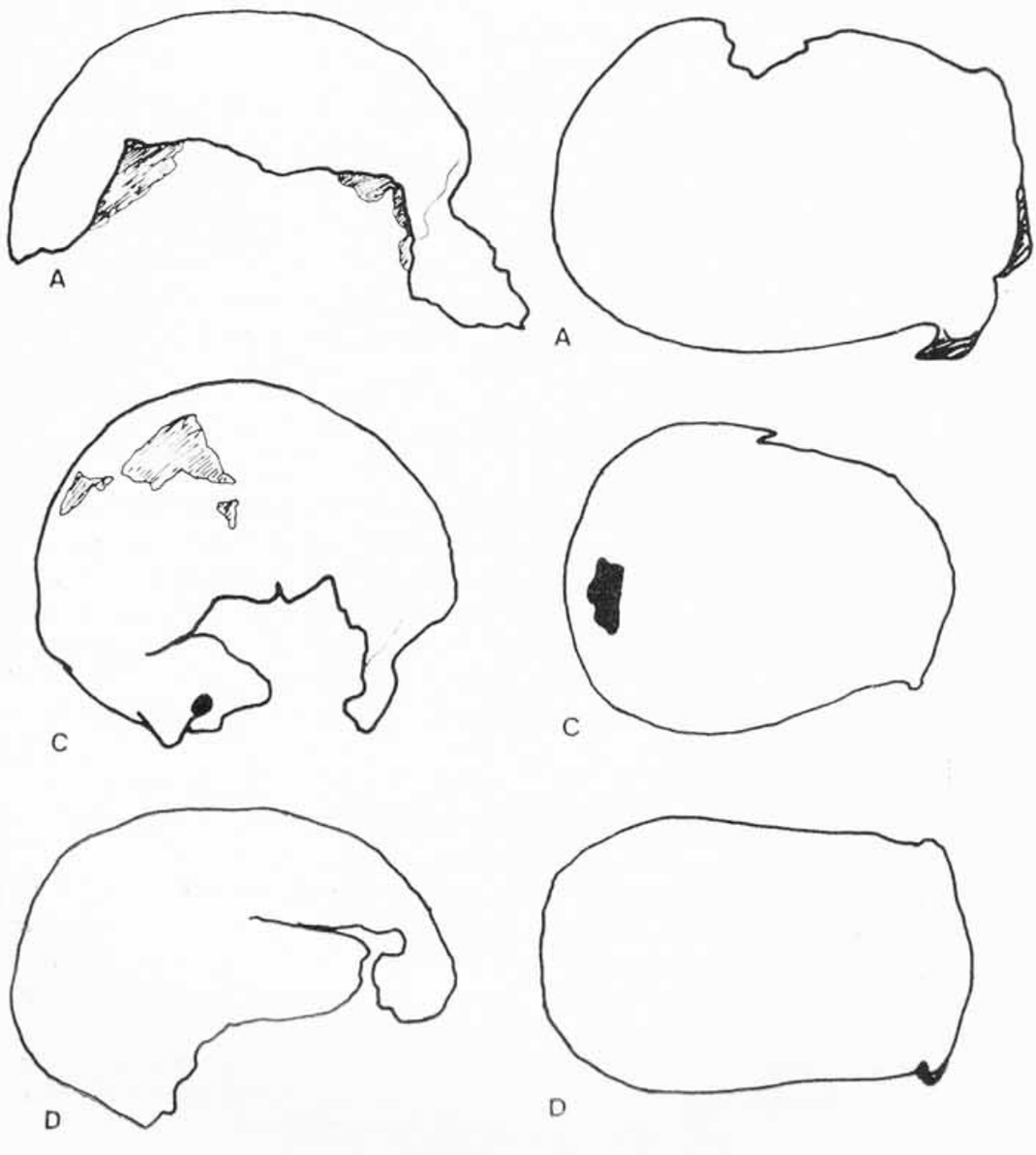


Lámina I: Cráneos A, C y D. Izquierda norma lateral; derecha norma superior.

Ejemplar C: podría tratarse de un individuo de sexo femenino, de edad adulta. Morfológicamente, difiere fundamentalmente de A y también de D. En norma superior tiene forma esfenoide, mientras que en la posterior es casi cuadrangular. Las arcadas superciliares son suaves, la región iniana está bien marcada, y toda la pieza presenta una coloración amarillento blancuzca. El índice frontal indica crestas temporales de divergencia intermedia. La talla, calculada sobre el radio izquierdo, era de 150,42 cm y de 150,08 cm según el derecho. En promedio, la estatura está calculada en 150,25 cm según la tabla de Manouvrier. El índice de Verneau indica platolenia para el cúbito izquierdo y eurolenia para el derecho. Según el índice diafisario, el único húmero presenta

platibraquia; la tibia es mesocnémica; el fémur, posee una pilastra mediana. El sacro tiene altos índices de curvatura, fundamentalmente ocasionados por una suerte de cifosis que hace que el vértice inferior esté fuertemente incurvado hacia la cara ventral.

Ejemplar D: se trata de un individuo de sexo masculino, adulto. En norma superior tiene forma ovoide; en la posterior es pentagonoide, presenta dos huesos astéricos y un agujero obélico. En la región occipital hay un aplanamiento que hace presumir la existencia de una deformación tabular erecta, variedad plano-lámbdica, de muy leve grado. Este cráneo presenta una ligera plagiocefalía. Las arcadas superciliares están poco marcadas. La región iniana, en cambio, es muy saliente y fuertemente desplazada hacia abajo. Tiene este ejemplar una coloración amarillenta. En él pudieron tomarse algunas medidas, por lo que se obtuvo el índice cefálico horizontal, que indicaba hiperdolicocefalía, y el frontal, señalando crestas temporales de divergencia intermedia. El índice fronto-parietal revela eurimetropía.

RESULTADOS Y DISCUSIÓN

Respecto de los tipos craneanos descriptos por Bórmida [1], el cráneo A se asemeja al Ooides Fueguinus. El C, pese a ser más corto desde la norma superior, tiene similitudes con este tipo, tanto desde la citada perspectiva como desde la norma occipital o posterior. El D difiere un tanto del mencionado tipo por su extraordinaria longitud. En norma occipital, podría asimilarse a cualquiera de los tipos pentagonoides citados por Bórmida.

De los tres ejemplares, el único que puede ser apreciado en su norma facial aunque aproximadamente, es el A, que no responde a los rasgos típicos presentados por Bórmida, radicando la diferencia en la altura del frontal, menor en esta pieza que en la de los descritos para Patagonia. Las órbitas, cuadrangulares, son del tipo de la cara fuéguida.

Comparando con los datos de Alberto Rex González [2], se observa que uno de los tres ejemplares (el D) presenta, casi con seguridad, una deformación intencional del mismo tipo de la que predomina en las series de dicho autor. En cuanto a la talla, éste atribuye una media de 1,65 m para ambas series en conjunto y de 1,68 m para la masculina, lo cual, si bien es superior a lo dado para el esqueleto A, al ser un promedio. abarca una variación que incluiría la estatura correspondiente a nuestro ejemplar.

El esqueleto C, al que nosotras consideramos probablemente femenino, es de mucho menor talla que los estudiados por González. En su trabajo, este autor dice que se trataría de individuos pertenecientes al tipo racial pre-ándido, con la excepción de poseer un ligero incremento de la talla y la capacidad craneana, mientras que Canals Frau [3], basándose en el hecho de que la deformación craneana altera los índices, propone que se trataría de una población huárpida, porque el único cráneo no deformado resulta ser dolicocéfalo.

Ameghino [4] menciona para la provincia de Córdoba la existencia de restos correspondientes a una raza dolicocéfala, pero de rasgos mucho más primitivos, ya que el autor los compara con el tipo neanderthaloide.

[1] Bórmida, Marcelo (1953-54), 6, 62-78.
[2] González, Alberto Rex (1944); 9, 3-8.
[3] Canals Frau, Salvador (1973); 411.
[4] Ameghino, Florentino (1885), VIII, 97.

También presenta serias diferencias con los ejemplares descriptos por Torres Mazzucchi [5] correspondientes a la localidad de Río Segundo, en la misma provincia. Éstos serían de tipo pámpido, aunque la deformación intencional modificó los índices cefálicos horizontales, convirtiéndolos en braquicráneos. Son más macizos, pesados, con tendencia al lophos sagital en dos de ellos. La cara y en especial sus órbitas son típicamente pámpidas.

CONCLUSIONES

Si bien la escasez del material y el alto grado de deterioro del mismo impide realizar una diagnosis racial, el presente estudio se ve justificado en parte por su conexión con la labor arqueológica de Crivelli y Sergio González, y en parte por la carencia de estudios sobre la provincia de Córdoba desde el punto de vista antropométrico, que el mismo Alberto R. González señalara en su obra antes mencionada.

Es de recalcar lo ya señalado por diversos autores en el sentido de que existe en esta zona central de la Argentina un complejo panorama racial, donde hay un mosaico de tipos humanos, que se hace aún más dificultoso de desbrozar por los diversos grados de mestización existentes.

En conclusión puede decirse que de esos tres ejemplares, dos son claramente dolicoides (el A y el D), este último portador tal vez de plástica craneana intencional. La estatura en estos dos casos, los aspectos escópicos y algunos métricos, los asimilan a tipos raciales antiguos, como los huárpidos o el Ooides Fueguinus de Bórmida. El ejemplar C resulta aún más dudoso. De ser femenino, se explicaría por ello su menor talla, mayor gracilidad y formas infantiles craneanas. Pero la menor longitud del cráneo también podría deberse a mestización con tipos araucanos, braquicéfalos. En cualquier caso, no parece este individuo ser un tipo morfológico puro o clásico.

Por el momento, de este material no puede extraerse más datos antropológicos que los aquí expuestos.

BIBLIOGRAFÍA

AMEGHINO, Florentino (1916). "Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina". Ob. compl., y corresp. científ. de F. Ameghino, Vol. VI. Dirigida por A. J. Torcelli. La Plata. Buenos Aires.

— (1885). "Informe sobre el Museo Antropológico y Paleontológico de la Universidad Nacional de Córdoba durante el año 1885". Bol. de la Academia de Ciencias de Córdoba, t. VIII, p. 347-360. Buenos Aires.

BÓRMIDA, Marcelo (1953-54). "Los antiguos Patagones. Estudio de Craneología". Runa, vol. VI, p. 5-96. Buenos Aires.

CANALS FRAU, Salvador (1944). "El grupo huarpe-comechingón". Anales del Instituto de Etnografía Americana, Univ. Nac. de Cuyo, t. V, p. 9-41. Mendoza.

— (1953: "Las poblaciones indígenas de la Argentina". Editorial Sudamericana. Buenos Aires.

GONZÁLEZ, Alberto Rex (1944): "Algunas observaciones sobre los caracteres antropológicos de los primitivos habitantes de Córdoba" (Nota preliminar). Publicaciones del Instituto de Arqueología, Lingüística y Folklore "Dr. Pablo Cabrera". IX. Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba.

TORRES MAZZUCCHI, María del Huerto: "Estudio antropológico de esqueletos aborígenes de Río Segundo (Pcia. de Córdoba, Rep. Argentina)". Revista del Instituto de Antropología, Universidad Nacional de Tucumán, Facultad de Filosofía y Letras, serie III, vol. 2, 1975.

[5] Torres Mazzucchi, María del Huerto (1975), 3 (2), 147-169.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

TEMAS PATAGÓNICOS DE INTERÉS ARQUEOLÓGICO

III. *La técnica de la talla del vidrio*

Rodolfo M. Casamiquela *

I. INTRODUCCIÓN

Prosigo, con el presente trabajo **, una serie de estudios destinados a brindar al arqueólogo datos e interpretaciones que han de serle útiles, extraídos de informaciones y/o enfoques procedentes de disciplinas que para el caso pueden ser consideradas como auxiliares; para el tema actual, la etnografía. A pesar de la limitación del ámbito —Patagonia— muchas de las observaciones resultan poseer un interés ecuménico, casi siempre de orden pragmático, o aplicado, pero en algunos casos —como el presente— en realidad teórico (tecnológico). El lector encontrará las referencias de los trabajos anteriores de la serie en las obras citadas, *infra*.

II. ANTECEDENTES ETNO-HISTÓRICOS

El vidrio, procedente de botellas u otros recipientes de origen obviamente alóctono, fue utilizado en la Patagonia propiamente dicha aparentemente sólo a lo largo del siglo pasado. Sus beneficiarios fueron los tehuelches, septentrionales y meridionales, y pueblos metamórficos surgidos de ellos (como los "manzaneros" del sur del Neuquén); no conozco hallazgos fehacientes de artefactos de vidrio en los yacimientos de la costa atlántica, por lo que puede circunscribirse *grosso modo* igualmente su dispersión al interior de la Patagonia. Esto último creo que se explica porque prácticamente no hubo poblaciones indígenas estables en la costa atlántica patagónica luego de la época de la conquista española. Correlacionadamente, la escasa antigüedad de la adopción en el interior se debe a que estos grupos de cazadores propiamente patagónicos fueron singularmente conservadores en lo cultural. Moreno, en 1879 (*vide*, 1882) observó raspadores de obsidiana y punzones de hueso (en vez de agujas o leznas) en la

* Museo de Ciencias Naturales, Antropológico e Histórico "Jorge H. Gerhold", de Ingeniero Jacobacci, Río Negro.

** Que fuera presentado como comunicación (impublicada) al IX Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas de Niza (1976).

tribu tehuelche septentrional de Pichalao, en el sur de Río Negro. Además los indígenas desconocían los fósforos, o por lo menos no los poseían.

Es posible en cambio que en el ámbito pampeano, en donde igualmente fue utilizado el vidrio como materia prima (*cf.* Sanguinetti, 1962-63, 82) la antigüedad de su adopción es mayor. Como dato verificable —aunque yo no he sido capaz de descifrarlo— doy a los arqueólogos el de que un artefacto (raedera) custodiado en la colección privada de don Pedro Castro, Trenque Leuquen (noroeste de la provincia de Buenos Aires), conserva parte de una leyenda comercial, en relieve: "Dor.". Debajo aparece la mitad superior de una circunferencia, con un punto interno. De interpretarlo, sería posible tal vez establecer la época precisa de su utilización.

Un dato interesante es que ni en el ámbito pampeano ni en el patagónico el vidrio fue empleado como materia prima para la confección de puntas de flecha. En aquél, ciertamente porque la índole de las industrias locales excluía tales elementos (por lo menos de piedra, a la que el vidrio reemplaza; *cf.* Bórmida, 1960; Austral, 1965; Casamiquela, 1969). En éste, debido precisamente a lo tardío de su adopción como queda dicho, ya que el arco y la flecha dejaron de circular durante la primera mitad del siglo pasado (*cf.* Outes, 1915; Bórmida y Casamiquela, 1958-59).

Para encontrar puntas de flechas elaboradas en vidrio hay que pasar a la Tierra del Fuego —en donde, precisamente, la utilización de esta arma perduró hasta nuestro siglo (*cf.* Gallardo, 1910; Gusinde, 1951). Un dato interesante al respecto es el comentario incluido en el "Diario del naufragio del Concepción", acaecido en el sureste de la Isla Grande de Tierra del Fuego en 1765 (Rato, 1939, 420), en que atribuye a ese naufragio el origen de la utilización del vidrio para las puntas en esa región: "Sus armas son flechas que las hacen con mucho primor, aunque no tienen más instrumento que piedras: las puntas de la flecha son de pedernal; y desde nuestro naufragio dieron en hacerlas de vidrio, que las labran muy bien, sin más instrumento que cualquier pedazo de arco de vasija que encontraban...".

Llama la atención al etnógrafo la elección del "arco de vasija", evidentemente el arco de hierro que ciñe las duelas de las cubas: lo que llama la atención es precisamente el hecho de que sea de hierro, material que más recordaría por su peso y tenacidad a la piedra que a la madera.

Esta suerte de pista de la existencia de una técnica distinta de la tradicionalmente aceptada (es decir a través de la presión) parece fortalecerse cuando se lee la siguiente descripción de Gusinde (1951, 189), referida al trabajo de la piedra entre los onas en pleno siglo XX: "Para la otra punta de la flecha, algo más pequeña, se escoge un trozo de piedra de pizarra, a la cual se le han quitado sus bordes a golpes de una tosca piedra de martillo. Después se consigue su perfecta terminación con la ayuda de dos varitas de hueso del tamaño de un dedo: por medio de un blando trozo de cuero coge el hombre la piedrecilla que va a arreglar con el puño izquierdo apoyándola sobre el muslo. La mano derecha coge la varita de hueso de forma de lápiz y la pone casi verticalmente sobre la punta de piedra. Golpeando con la varita va haciendo saltar ranuras de forma de conchas que mientras más pequeñas resultan, más se aproximan a la perfección de la pieza trabajada".

Gusinde era etnógrafo, y habla de "golpe"; pero parece claro que es un error. En cuanto a la pizarra en reemplazo de la sílice, parecería otro error... y sin embargo de este material —casualmente— hacía las puntas el indígena ona Echelaiten, probablemente vivo todavía en Tierra del Fuego, y que fuera guía del propio Gusinde. De pizarra y con una varilla de hueso, aunque yo no lo vi trabajar y por ende no se cómo utilizaba su varilla. Cuesta aceptar que

el hueso pueda desprender por golpe partículas (escamas) de piedra, pero quizá la pizarra se preste para ello. Antes de seguir con el asunto vaya la observación de que según el mismo Gusinde, esta materia primera era igualmente reemplazada por el vidrio (*ibid*).

Con ánimo de aclarar las cosas acudo al bello libro de Gallardo (1910). En la página 254 vemos a un indígena ona que sostiene una pieza (¿punta?) con su mano izquierda y empuña con la derecha una varilla, aparentemente de hueso y aparentemente retocador. Pero no es posible decir si golpea o presiona, aunque lo segundo parecería lo obvio. Y esta impresión se confirma con la foto de la página 276, en la que otro indígena, en cuclillas, claramente confecciona una punta, sostenida del mismo modo, por *contacto* con una varilla empuñada del mismo modo que en el caso anterior; puesto el artefacto en el puño derecho con el pulgar hacia arriba, la punta activa resulta inferior. Y como para disipar cualquier duda, Gallardo reproduce el objeto en su página 272: es de hueso, como era de esperar, y su aspecto es aquél de un retocador de hueso de los típicos.

El suspiro de alivio del arqueólogo se sujeta, sin embargo, cuando se lee al pie de la foto del artefacto: "pinza = cojeurrasshe". Y se transforma en desconcierto cuando lee la correspondiente explicación (íd., 271): "Damos el nombre de pinzas a los huesos llamados *cojeurrasshe*, palabra compuesta de *co*, que quiere decir hueso, *jeurr*, punta de flecha y *asshe*, hacer, lo que muy bien podemos traducir por: para trabajar las puntas de las flechas *.

"Estos huesos son de diversas dimensiones y generalmente se obtienen de las patas de los zorros: tienen unos 20 cm de largo y están quebrados en una de las puntas, en forma de hendidura, con la cual como si fuera una pinza, se saca del vidrio o de la piedra pequeños pedazos, y así se van formando las lindas puntas de flechas que conocemos.

"Cuando se observa al ona —termina— que hace una de estas puntas de flecha se ve que sostiene con un pedacito de cuero de zorro y en la mano izquierda, el vidrio o la piedra, mientras lo trabaja con la pinza tomada con la mano derecha".

Desconcertante relato; y más todavía si se observa cuidadosamente la presunta pinza ilustrada por Gallardo: en vano se ubscará la ranura o hendidura aludida. En mi opinión hay un error... de ilustración, ya que el retocador clásico seguramente también existía. Decir esto es aceptar la existencia de la "pinza" de Gallardo; y bien, según mi informante yámana Agustín Clemente, los yámana trabajan las puntas de piedra con un hueso "como pinza" (*sic*!). De modo que ya son dos las sorpresas, aunque por lo menos parece claro que en este caso no hay "golpe". Ya veremos que entre los tehuelches sí lo hay.

Antes de estudiar la técnica en vigencia entre los tehuelches de la Patagonia, y como se trata no de la confección de las puntas, según lo dicho *supra*, sino de los raspadores, vayan dos palabras con respecto a este artefacto. Es decir con respecto a la piedra o vidrio raspador y con respecto al raspador completo, con su mango.

Los onas llaman al artefacto completo *chahamn, fide* Gallardo (*op. cit.*, 269); en mis apuntes (según el indígena Rupatini), *seen*; ignoro si son dos voces diferentes o si esta última se aplicaba a la piedra o vidrio.

Para los tehuelches meridionales, Lista (1894) recogió *eno* o *een* "raspador de vidrio" y *katu* "raspador de piedra", con lo que en este caso parece que

* Rupatini, mi informante ona, confirmó el nombre del artefacto: ***heurasēn*** (= *ese* chicheante).

sí se refiere a la parte activa. "Vidrio", según él mismo, es *kat*, con lo que parece que los términos estuviesen trastocados.

En mis libretas, *k'an* es el modelo descripto y *cheu* en cambio el raspador-cepillo, tipo ona, en la misma lengua, según mi informante Josefa Mercerat. Amelia Ibáñez, en cambio, coincide con Lista: *een* "raspador" completo (con vidrio, para el caso), y lo propio Teresa Pascual. En cuanto al "vidrio", para aquélla es *botel* (claramente, de "botella"). "Botella", para Schmid (1860), es *otr*, que parece un apócope de *botel*. La piedra (sílice) es *k'aan*, según Teresa Pascual; en tehuelche septentrional *máhiech*, según José María Cual.

En lengua tehuelche septentrional, ambos tipos se denominan del mismo modo: *iaujëchëwëtr*, literalmente "para raspar, raer" (José María Cual; vocabulario Claraz, *vide infra*).

El tema de los modelos es muy interesante: en general el modelo "cepillo de carpintero" es propio de los tehuelches septentrionales, y el "de mango flexible", propio de los meridionales, pero por un lado, como vimos, aquél tiene nombre en tehuelche meridional actual; y en cuanto a éste, por lo visto fue utilizado por los septentrionales por lo menos a mediados del siglo pasado, época en que el viajero Claraz cruzó el norte de la Patagonia. Agradezco el dato a la señora Delia Millán de Palavecino.

De un modo u otro, de la difusión pan-patagónica del primer modelo hablaría su posesión por los onas de Tierra del Fuego, entre los cuales el artefacto adopta la variante más primitiva (menos funcional). Hela aquí en la descripción de Gallardo (*op. cit.*, 269 *et. sep.*): "Como cepillo, raspa o raspador usa el ona el *chahamn*, herramienta en que el hierro... es reemplazado por un pedazo de vidrio, de concha o de mejillón o de piedra.

"Las raspas son de diversos tamaños. Una de ellas tiene 13 cm de largo por 4 de diámetro y es hecha de madera relativamente blanda, como la de los *Nothofagus*. En un corte hecho en uno de los extremos del mango y especialmente preparado para recibir el fragmento de vidrio que ha de servir de raspa, se coloca un cuerpo blando como ser lana, musgo u otros productos vegetales apropiados, con objeto de que el vidrio encuentre blandura y no se rompa. La raspa —es decir el vidrio para el caso—, de forma irregular, tiene cuatro centímetros de largo por 35 milímetros de ancho y se le ha dado filo en un extremo. Esta raspa ha sido fijada al cabo por medio de un pedazo de cuero de guanaco y el todo ligado con una lonja de cuero, bien sobado, del mismo animal, de 1,50 metros de largo y de un ancho de 6 milímetros, lonja que se envuelve alrededor de la herramienta en la forma que lo muestra el grabado".

Las características, yo diría, son, pues: 1) El mango es horizontal y la cara posterior recta. 2) El encastre es posterior y el raspador propiamente dicho o activo (vidrio o piedra) se encaja en él oblicuamente. La cara de lascado queda hacia adelante. 3) El raspador se sujeta al mango por medio de tientos: correlacionadamente, éste lleva un rebaje en la cara anterior, destinado a que no se zafen las ataduras. 4) Consecuentemente, debió ser incómodo para asir, y para trabajar con él probablemente la mano, al cerrarse sobre el conjunto, servía de refuerzo a la atadura.

En el raspador emparentado de los tehuelches septentrionales, las diferencias o modificaciones son las siguientes: 1) El mango es horizontal, pero tanto la cara anterior como la posterior son biseladas; 2) el artefacto es de doble uso, es decir que lleva dos raspadores activos, alternados (uno en la cara inferior y otro en la superior, que se habrá de transformar en ella cuando trabaje). De este modo las caras anterior y posterior son paralelas entre sí como son paralelos entre sí los raspadores, encajados opuestos pero con la misma angulación; 3) Los encastres han migrado al tercio posterior de las caras (inferior y su-

perior), considerado el raspador activo funcionando; 4) la cara de lascado queda hacia adelante, en tal caso; 5) los raspadores son fijados al mango por medio de una pasta especial, a base de resina (de molle; *Schinus*). Un ejemplar mide 110 mm de largo por 40 a 50 de diámetro.

Como en el caso anterior, la cara de lascado del raspador propiamente dicho queda hacia adelante, y el aparato trabaja como un cepillo de carpintero: es decir *desde el cuerpo hacia adelante*. El cuero al ser raspado se coloca sobre la falda, sobre una superficie elevada cualquiera o, en su defecto, sobre el suelo. *Vide* lámina I, izquierda.

Y vaya de paso la aclaración de que la finalidad del raspador no es, en absoluto, como se lee generalmente y aun entre autores científicos, la de quitar las adherencias grasas de la piel o cosas por el estilo. Por el contrario, se trata de adelgazar directamente el cuero —con la elevación de varios micrones de espesor— para hacerlo más dócil al sobado (que, a mano, viene inmediatamente) y en general al curtido.

El otro modelo aludido *supra* es el que he llamado "de mango flexible". No tiene prácticamente puntos de contacto morfológicos con el anterior y, como veremos, funcionalmente ofrece ventajas y desventajas. A diferencia del otro, el mango es vertical: consta de una tira de madera (de molle), de unos 250 mm de largo y un espesor de 5 a 8 mm, de sección elíptica, que se dobla al fuego hasta hacer contactar ambos extremos. Se ubica el raspador activo entre ellos y se fija el todo en esa posición por medio de una ligadura de tiento. Como digo, se empuña verticalmente, con lo cual el raspador propiamente dicho trabaja como en el caso anterior: con la cara de lascado hacia adelante y con impulsos que proceden desde el cuerpo. *Vide* lámina I, derecha.

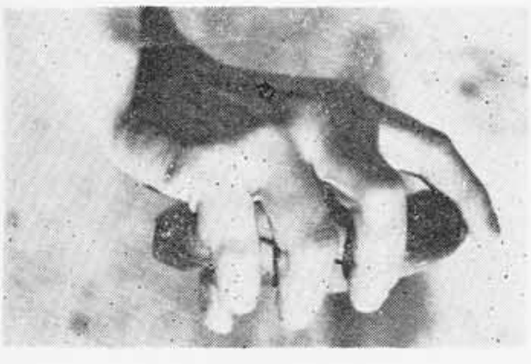




Lámina I: Izquierda, forma de asir el raspador de tipo horizontal. Derecha, forma de asir el raspador vertical. Fotografías de laboratorio.

La ventaja aparente sobre el otro modelo es que cuando el raspador activo se embota, simplemente se desata el tiento, se quita y se afila. En el otro caso la operación involucraría el ablandamiento de la pasta a base de resina (que se obtiene a través del calor); pero en la práctica no hay tal: afilan la piedra o vidrio *in situ*, con el mismo procedimiento que detallaré *infra*.

La desventaja está en la relación entre la posición del mango y los movimientos de la muñeca y brazo para el raspado, ya que la mano, que en el caso anterior trabaja semiabierta y con el dorso hacia arriba, en éste lo hace como un puño, con el dorso hacia afuera, en una posición anatómicamente más incómoda y fatigante. Y de que esto es verdadero da prueba el siguiente hecho de observación:

Empeñado, en el pasado verano (1975), en resucitar la técnica del arte quillanguero, llevé todos los elementos necesarios a una indígena tehuelche meridional de Río Gallegos, Santa Cruz: doña Rosa Amelia Ibáñez (hermana del último cacique). Entre ellos iban los dos modelos de raspador. Y bien, la informante, que desconocía el modelo septentrional, o tipo cepillo de carpintero, lo desdeñó primero y comenzó a trabajar con el meridional. Pero tiempo después probó con el otro, por curiosidad, y de allí en adelante ya no lo abandonó más...

Ya en posesión de todos estos antecedentes corresponde pasar, sin más dilación, a la descripción de la técnica de confección y/o afilado de los raspadores entre los tehuelches actuales.

La he visto aplicar varias veces y he obtenido del mismo modo numerosas descripciones, por lo que la práctica puede considerarse como sólidamente documentada. En especial se trata de raspadores de vidrio, los que por embotarse con relativa rapidez han de recibir correlacionadamente un activado continuo del filo.

Cabe aclarar que a la piedra hoy día no la trabajan, o mejor dicho, que los raspadores de piedra (sílice, por lo general calcedonia) son recogidos directamente de los yacimientos arqueológicos, tan numerosos en la Patagonia. Los afilan, sí, cuando se embotan.

En cuanto al vidrio, rompen una botella, o un fragmento cualquiera y —a favor de la concoidalidad dada por la forma de la botella— proceden a trabajar el raspador con la misma técnica que para el afilado. La explico (*vide* lámina II).



Lámina II: Forma de afilar el raspador propiamente dicho o parte activa, de vidrio. Fotografía de laboratorio; el borde de una silla reemplaza al de un aro de metal, usado como soporte.

Se toma la lasca (fragmento de vidrio) o el raspador, de vidrio o piedra, y se coloca sobre un canto angosto —un aro de metal de unos 10 cm de alto y un diámetro de 25 cm, o una piedra aguzada apicalmente— que obran como yunque. Se la sujeta allí con los dedos índice y pulgar puesta apoyada sobre la cara en que debe producirse el retoque, es decir la opuesta a la de lascado, y

en posición oblicua intermedia (esto es a unos 45° de la horizontal o la vertical). Con la mano libre se toma una varilla de hierro (bulón) *, se la hace oscilar, pendiendo casi desde la punta, y se la aproxima cuidadosamente a la pieza: golpeando apenas su borde activo va produciendo sobre él (es decir, del otro lado) las saltaduras que habrán de crear el filo, o de activarlo. Puesta la pieza por ambos bordes laterales, sucesivamente, se hace la misma operación con ellos.

El "percutor-retocador", que lo es desde que consigue el retoque fino de la pieza pero por verdadera percusión, es hoy en día un bulón o equivalente: una varilla cilíndrica de hierro de entre 10 y 20 cm de largo y un peso de *circa* 100 gr.

Se lo denomina en tehuelche meridional *mesjanuwen fide* Rosa Ibáñez; *másjjen fide* Feliciana Velázquez, de Piedra Buena, Santa Cruz. Se trata de la misma voz, expresada incompleta en el segundo caso; en el primero significa "para afilar" es decir afilador. *Masjenuwen*, según Teresa Pascual (de Piedra Buena, Santa Cruz), quien aclaró: *másjen* "afilar": agregó "*kawur*", que no sé si es un complemento (antepuesto) de *masjenuwen* o un equivalente.

Antes de entrar en otros detalles de interés más propiamente arqueológicos, quiero agregar todavía dos informaciones con respecto al raspador propiamente dicho, piedra o vidrio.

La primera, que cuando doña Rosa Ibáñez se cansaba del raspador enmangado (o completo), tomaba por un rato el raspador solo (de piedra para el caso) y trabajaba con él, presionándolo con el pulgar (sobre la cara opuesta o la de lascado). La segunda, que preguntada doña Teresa Pascual, tehuelche meridional por el porqué del retoque de los bordes de la pieza, respondió sin hesitar: "para que no se rompa". Fingiendo no haber entendido bien repetí la pregunta... y respondió: "porque se puede romper el vidrio". Entiendo que se refería al borde. Por lo visto, pues, existe un motivo, un porqué; si éste es correcto, funcionalmente hablando, es otra historia.

III. ASPECTOS ARQUEOLÓGICOS

En realidad las consideraciones anteriores son todas, creo, de valor para el arqueólogo, pero he de separar en el presente punto algunos datos de interés complementario que lo tocan de lleno, desde que se refieren al elemento utilizado primitivamente para el afilado de los raspadores, antes de la llegada del hierro.

Sólo en el presente verano pude estar seguro de que tales funciones eran cumplidas por una piedra. Hasta esa preciosa información que agradezco a la mencionada Rosa Amelia Ibáñez, cabía preguntarse si la técnica de percusión con una varilla de hierro no habría sido una invención reciente de los indígenas patagónicos. Parecía poco probable, pero desde luego no imposible.

Interrogada la aludida sobre "qué usaban antiguamente, antes de que hubiera hierro...", respondió, otra vez sin vacilar: "una piedra". Y luego la describió: Se trata de una "piedra bien lisa", "larga" (10 cm o poco más), angosta (3 ó 4 cm de ancho). "La sorda traía del norte...". Se refiere a otra tehuelche, quien las traía del Chubut.

Pero faltan sorpresas todavía. Preguntada por el nombre de la piedra... resultó tenerlo específico; otra vez sin hesitar: *gáimën*... (¡¡!!).

* Arqueológicamente, interpreto como tal elemento a una pata de olla de hierro encontrada en un yacimiento subactual, cerca de Jacobacci, Río Negro.

Los signos de admiración se refieren a los siguientes antecedentes, que yo por cierto ya conocía (pero no asociaba con el artefacto en cuestión). Primero, la existencia del paraje Gaiman en el Chubut oriental. Dije pues: "Así que entonces en el paraje *gáimën* —que así se pronuncia— habría piedras de ésas..." "No —fue la increíble respuesta—, porque yo estuve una vez allí y anduve buscando y no encontré". Obviamente, el dato de valor para el investigador es el de que ella, de todos modos, había hecho la asociación! y había buscado las piedras. Con lo cual quedaba contraprobada la veracidad de la información. Pero véanse los restantes antecedentes aludidos:

Escalada (1949, 63) ha dado el vocablo como tehuelche meridional, en realidad para sus informantes *káimack* o *gáimak*, "en que la consonante inicial es muy gutural e intermedia entre una y otra de las anotadas y la última *a* tiene un sonido que se aproxima a una *o*. El significado atribuido es 'piedra de afilar' ". Según su explicación, ha de haberle sonado *qaimëk;* se refiere en realidad al paraje *Yaiken kaimak* del viaje del inglés Musters, pero el propio Escalada asocia el nombre con el de Gaiman, la localidad del valle inferior del río Chubut. Y al hacerlo agrega: "Nos enfría el entusiasmo, no obstante, la opinión de Harrington, siempre digna de la mayor atención, ya que dice: 'Viene en mi ayuda la toponimia para confirmar que el Gününa küne llegaba hasta el Atlántico, en Chubut. Pertenece a su lengua *Gáiman*, pueblo en la orilla del río Chubut, a pocos kilómetros del mar...' ". Obviamente se trata de los tehuelches septentrionales para este último autor; y en cuanto a su traducción, ha aceptado éste (1942, 198): "*Gaiman*, voz que erróneamente suele pronunciarse como aguda, es de la lengua gününa küne y denomina a una piedra que se utiliza para afilar...".

Moreno, en cambio, parece haber sido sólo descriptivo, es decir haber aludido al aspecto de la piedra (1876-1877, 50): "Gaiman piedra blanca". Y como en seguida habla de la arenisca usada como materia prima para construcciones, induce a pensar que se tratara de esa roca.

Y en relidad, hasta estas novedades australes, yo simpre pensé —por lo transcripto— que se trataba de una piedra de afilar común, es decir de una arenisca. Sin embargo, en mis cuadernos tehuelches septentrionales: "*gaima*, una piedra lisa" para Juan Velázquez, de ascendencia tehuelche septentrional, de Pirrén Mahuida, Chubut. "*Gáim(ën)*, lima" para José María Cual, de Gan Gan, Chubut, mi principal informante.

La información no es clara, o mejor dicho parece incoherente. O tal vez lo aparenta, debido al prejuicio de la piedra de afilar tradicional, que es una piedra arenisca. Si se lo deja de lado, resulta que: el martillo de piedra descripto por Rosa Ibáñez, algo así como una varilla de piedra de cierto grueso, bien lisa, es coherente con la "piedra lisa" de Velázquez, con la piedra "que se utiliza para afilar" de Harrington —y en tal sentido, directamente con la "piedra de afilar" de Escalada—; en fin, con la "lima" de José María Cual, ya que se me ocurre que éste no sólo pensó en el equivalente del artefacto europeo "lima" sino que lo más probable es que haya visto alguna lima usada directamente como afilador de raspadores. Resta la "piedra blanca" de Moreno, dato que sólo especifica que las piedras recogidas en el paraje Gaiman con tal finalidad eran de ese color. Y esto si simplemente no hubo asociación espontánea —e incorrecta— de él, o de sus informantes, entre la "piedra para afilar (raspadores)" y la "piedra de afilar (cuchillos)" que ciertamente es una arenisca *.

* *A posteriori* descubro que Burmeister (1891, 208) alude a las "areniscas muy compactas" existentes en el paraje Gaiman, lo que parece invalidar lo dicho. Y esta invalidación aparece reforzada por lo consignado por Claraz (1865-66), quien da a la

Todo lo que queda para concluir es intentar la identificación del artefacto lítico en cuestión con piedras, o presuntos artefactos, recogidos en los yacimientos patagonienses (en especial en los campamentos recientes de los tehuelches).

Para comenzar, no encuentro ancedentes específicos en la literatura. Desde luego no hacen excepción los artefactos descriptos y revistados por Shimmel (1969), que han de interpretarse como verdaderos "compresores". (Al respecto hay que tener cuidado, además, ya que es posible que varios de los que ilustra sean cantos estriados de manera natural; personalmente también he recogido pseudoartefactos de esta clase).

En cambio sí aparecen artefactos identificables con el modelo buscado en las colecciones y, especialmente, en los propios yacimientos. Y llama la atención que predominantemente las piedras asimilables a "afiladores de raspadores" aparezcan en yacimientos de la costa atlántica —aunque no faltan en el interior. En este último caso (zona de Ingeniero Jacobacci, suroeste de Río Negro) se trata de yacimientos patagonienses, de edad variable. En cambio en la costa, la situación no es tan clara, aunque en mi opinión se asocian a las industrias modernas —sin perjuicio de que lo hagan igualmente a otras más antiguas; *vide infra.*

Se trata de simples guijarros, de basalto u otras rocas duras, lisos por ser guijarros y por tales además alargados, más o menos chatos. La característica distintiva es la de estar rotos, despuntados, en una de las puntas o en ambas. El largo y el peso son variables.

En los yacimientos de la costa atlántica norpatagónica, Bórmida los ha identificado, desde luego, perfectamente, pero los interpreta como percutores comunes, y así los describe para las industrias "Sanmatiense" y "Sanjorgense" por ejemplo (1964, 48 y 68); respectivamente: "La talla ha sido realizada siempre mediante percusión directa con dos elementos y percutor duro. Algunos de los percutores hallados son grandes guijarros alargados que han sido utilizados aprovechando uno o ambos extremos...". "Los percutores líticos son guijarros alargados, astillados en uno o dos extremos, o bien los típicos martillos globulares con zonas de superficie picadas por el uso". Lamentablemente, no menciona los percutores al describir los aspectos técnicos de las industrias "Patagoniense" y "Norpatagoniense", pero como dije, en mi opinión no sólo están presentes estos mismos guijarros despuntados sino que por el contrario lo están en mayor número.

IV. RESUMEN. CONCLUSIONES Y CONSECUENCIAS

Con enfoque meramente etno-histórico, han surgido por lo pronto algunas presuntas variantes a la técnica tradicional, o aceptada como tal, del "retoque por presión".

En el ámbito patagónico-fueguino hacían —y hacen— sus veces (en los raspadores y en las puntas de flecha, por lo menos) el "retoque por percusión" —una suerte de "percusión balanceada"— con percutor duro y pesado (lítico);

---

voz como tehuelche septentrional: "1) lima, arenisca y también la piedra que usan para amolar, pulir y limar; 2) se llama así también un paradero en la costa norte del Chubat inferior, donde los colonos proveen, realmente, de piedras de amolar...".

De todo lo cual concluyo que "afilar" tiene dos connotaciones en tehuelche: una, la de afilar pasando el artefacto sobre la piedra arenisca (amolar), y la otra, la de aguzar golpeando con un fragmento de hierro a la piedra de sílice, es decir *retocando* con un percutor duro... que otrora fue simplemente una piedra, pero esta vez *lisa*, de las características de la descripta.

con gran probabilidad el "retoque por pellizcado", con retocador-pinza. blando (óseo); y con cierta probabilidad, el "retoque por percusión" (quizá sin balanceo, sino puntiforme) * con percutor blando (óseo).

A la luz de la palpable existencia de estas técnicas novedosas habría que revisar, por lo pronto, en lo local o aplicado, la filiación de las industrias tradicionalmente definidas por la utilización dominante del retoque por presión, como precisamente las llamadas "Patagoniense" y "Norpatagoniense". No hay que olvidar que se trata de técnicas muy primitivas, que se remontan al Solutrense de Europa (cf. Bordes, 1968).

En lo universal y teórico, tener en cuenta la existencia de técnicas novedosas e intentar, en laboratorio primero, la distinción entre los productos del retoque por presión y percusión tradicionales, y del retoque por percusión y/o pellizcado aquí descriptas. En el caso de la percusión, por lo pronto varían el ángulo de golpe, por lo menos a estar con lo aceptado por Bordes (*cit.*, figura 3), y la posición de la pieza en la mano *. Obviamente habría que aplicar los nuevos datos a la interpretación técnica de las viejas industrias.

Complementariamente, ampliar la teoría de la talla de la piedra y elaborar una nueva nomenclatura, más precisa.

En fin, pensar que las diferencias morfológicas de los raspadores pueden no ser sólo "industriales" sino seguramente también *funcionales*: por lo pronto un raspador muy largo no aceptaría un mango del tipo "cepillo de carpintero"...

* Vale la pena aclarar que la posición en que empuñan los indígenas onas (en las fotos aludidas) el retocador no es la utilizada por los especialistas cultos, por impráctica. (En cambio sería óptima para la técnica de "pellizcado".)

BIBLIOGRAFÍA

AUSTRAL, A. G.; 1965. "Investigaciones prehistóricas en el curso inferior del río Sauce Grande (Partido de Coronel de Marina Leonardo Rosales, Provincia de Buenos Aires, República Argentina)". Trab. Prehist. Semin. Hist. Primit. Hombre, Univ. Madrid, Inst. Esp. Prehist. Cons. Sup. Invest. Cient. XIX.

BORDES, F.: 1968. *Le Paléolithique dans le monde.. L'Univers des Connaissances*, Hachette, París.

BÓRMIDA, M.; 1960. "Investigaciones paletnológicas en la región de Bolívar (Pcia. de Buenos Aires)". Com. Invest. Cient. Prov. Bs. Aires.

— 1964. "Arqueología de la costa norpatagónica". Trab. Prehist. Semin. Hist. Primit. Hombre, Univ. Madrid, Inst. Esp. Prehist. Cons. Sup. Invest. Cient. XIV.

BÓRMIDA, M., y CASAMIQUELA, R. M.; 1958-1959. "Etnografía gününa këna. Testimonio del úlitmo de los tehuelches septentrionales". *RUNA*, Arch. Cien. Hombre, IX, 1-2. Buenos Aires.

BURMEISTER, C.; 1888. "Relación de un viaje a la gobernación del Chubut", *An. Mus. Nac. de Bs. Aires*, XV (tomo III, 4ª entrega).

CASAMIQUELA, R. M. *In litt.* I. Temas patagónicos de interés arqueológico. .I Aspectos interpretativos del arte rupestre.

— *In litt.* II. Temas patagónicos de interés arqueológico. II. La técnica de cocción con piedras calientes.

— 1969. *Un nuevo panorama etnológico del área pampeana y patagónica adyacente. pruebas etnohistóricas de la filiación tehuelche septentrional de los querandíes.* Edic. Museo Nac. Hist. Nat. Direc. Bibliot. Arch. Museos. Sgo., Chile.

ESCALADA, F. A.; 1949. *El complejo "Tehuelche". Estudios de etnografía patagónica.* Inst. Sup. Estud. Patagónicos, Bs. Aires.

GALLARDO, C. R.; 1910. *Tierra del Fuego. Los onas.* Bs. Aires.

GUSINDE, M.; 1951. *Hombres primitivos en la Tierra del Fuego.* Sevilla.

HARRINGTON, T.; 1943. *El keñewe o yamjatrráwich.* Publ. Inst. Arqueol. Lng. Folkl. "Dr. Pablo Cabrera", Univ. Nac. Córdoba, II.

— 1942. *Diccionario geográfico de las Gobernaciones Nacionales.* Consejo Na. Educ., Bs. Aires.

LISTA, R.; 1894. *Los indios tehuelches. Una raza que desaparece,* Bs. Aires.
MORENO, F. P.; 1969. *Viaje a la Patagonia Austral 1876-1877,* Bs. Aires.
— 1882. "Recuerdos de viaje en Patagonia". *An. Ateneo Uruguay,* II, Montevideo.
OUTES, F. F.; 1915. "La gruta sepulcral del Cerrito de las Calaveras", *An. Mus. Nac. Hist. Nat.,* Bs. Aires, XXVII.
RATTO, H. R.; 1939. "Diario del naufragio del Registro de la 'Concepción' en Tierra del Fuego, 1765", *Anuario Soc. Hist. Arg.,* I.
POZZI, J.; 1936. "Alimentos, cocina y abrigos tehuelches", *Argentina Austral,* VIII, 90.
SANGUINETTI, A.; 1961-1963. "Las industrias líticas de Trenque Lauquen (Prov. de Buenos Aires)", *Acta Praehist.,* Centro Arg. Est. Prehist. V/VII, Bs. Aires.
SCHIMMEL, A.; 1969. *Retocadores de piedra.* Etnía, Mus. Etnogr. Municipal "Dámaso Arce", Olavarría, 10, Bs. Aires.
SCHMID, Th.; 1860. *Vocabulary and rudiments of grammar of the Tsoneca language,* Bristol.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

DESCRIPCIÓN Y TIPOLOGÍA DE LAS INDUSTRIAS LÍTICAS MÁS ANTIGUAS DE LOS TOLDOS

Augusto Cardich
Nora Flegenheimer

INTRODUCCIÓN

El yacimiento arqueológico de Los Toldos se encuentra ubicado en el sector septentrional de la provincia de Santa Cruz, exactamente en el paraje Cañadón de las Cuevas de la estancia Los Toldos, a 47° 22′ de latitud sur y 68° 58′ de longitud oeste. Fisiográficamente la zona corresponde a la Patagonia extraandina, formando parte de la gran meseta central, en la cual justamente los cañadones y "bajos", ante todo con la presencia de reparos rocosos y cavernas, han constituido ambientes propicios para un importante poblamiento del hombre prehistórico, desde las postrimerías del Pleistoceno. Recientes hallazgos nuestros en una zona de esta misma meseta central y al sur de Los Toldos, refuerzan esta afirmación y, por otro lado, agregan mayores indicios para señalar, como lo hiciéramos anteriormente (Cardich, 1977: 166), que estas culturas patagónicas del Pleistoceno final habrían alcanzado destacado brillo dentro de las culturas más antiguas de Sudamérica, particularmente por su llamativo arte rupestre y la excelente calidad de su industria lítica.

El carácter arqueológico del sitio de Los Toldos ya fue señalado por sus descubridores, los doctores Francisco de Aparicio y Joaquín Frenguelli, quienes hicieron una corta visita al lugar en 1933 (Aparicio, 1933). Posteriormente el sitio fue estudiado por el doctor Osvaldo Menghin. Este conocido prehistoriador y maestro realizó sondeos en las cuevas 2 y 3 de Los Toldos, en los años 1951 y 1952, determinando la presencia de dos complejos culturales que se habrían sucedido a través del tiempo en la posesión de estas cavernas: el Toldense, cuyos restos se asientan en las capas más profundas, y el Casapedrense en las capas intermedias y superiores (Menghin, 1952a, 1957, 1965).

La investigación de este yacimiento prosigue con nuestros trabajos (Ing. Cardich). Hemos realizado, primeramente, trabajos de campo en el verano de 1971, centrando las labores de excavación en la cueva 3, habiendo llevado a cabo también sondeos de prueba en las cuevas 1 y 10. Referencias de esta campaña y de su ulterior estudio así como los resultados de las dataciones radiocarbónicas, se publicaron en un informe (Cardich y otros, 1973). Posteriormente, en el verano de 1974 realizamos nuevos trabajos excavatorios en la cueva 3. Del análisis de los datos obtenidos, entre estos de las nuevas determinaciones de restos óseos, se informó parcialmente en trabajos publicados (Cardich, 1977, 1978; Cardich y otros, 1977).

En el Cañadón de las Cuevas existen catorce principales cavernas. La cueva 3 está ubicada en la ladera sur del Cañadón; tiene un largo máximo de

22 m, desde la entrada hasta el fondo, y su mayor ancho alcanza los 20 m. Además de esta relativa amplitud y su orientación hacia el norte-noroeste, tiene otra serie de condiciones favorables para el asentamiento humano. Esto habría motivado que en diversos momentos de los últimos 12.600 años hayan ingresado diferentes grupos humanos para guarecerse u ocuparla como vivienda, de muchos de los cuales han quedado testimonios en forma de restos arqueológicos sedimentados en las capas del piso. En la cueva 3 se puede observar al ingresar, primeramente, un recinto principal y al lado derecho conectado por una abertura en forma de puerta, un recinto lateral oscuro. A la vez en el recinto principal que se ha señalado hay prácticamente dos ambientes, el derecho más amplio y el izquierdo de menor dimensión, separados por el techo que cerca del centro desciende casi tocando el piso actual. En el piso del sector izquierdo realizó el doctor Menghin los sondeos a que hemos hecho referencia arriba. En el sector derecho y central hicimos nosotros las excavaciones.

Nuestras excavaciones se hicieron previo trazado de las cuadrículas (1,50 por 1,50 m). En la campaña de 1971 se excavaron 12 cuadrículas: desde la entrada hacia el interior, dispuestas en línea, 9 cuadrículas (A, B, C, D, E, F, G, Ha, y Hb), y 3 lateralmente, a la derecha la cuadrícula K y a la izquierda las cuadrículas I y J. Con excepción de las cuadrículas A y C, que están cerca de la entrada, que se excavaron por capas métricas de 0,10 m, las demás cuadrículas se excavaron por capas naturales, encontrando un máximo de 12 capas naturales, entre estas 8 capas fértiles arqueológicamente. El máximo de profundidad alcanzada fue de 1,80 m en la primera campaña, y aún no llegando a la roca básica. en el sector de la entrada, pero hacia el interior y hacia la derecha asciende el piso rocoso, de tal manera que la profundidad alcanzada por las cuadrículas más internas era de 0,50 m solamente, advirtiéndose que hacia el fondo aflora el piso rocoso a la superficie. En la campaña de 1974 totalizamos la excavación de 9 cuadrículas: se excavaron una tras otra en línea perpendicular a la serie de cuadrículas que forman una trinchera de la campaña anterior, hacia el lado derecho apuntando e ingresando luego al recinto lateral oscuro, fueron primeramente 4 cuadrículas formando una trinchera (las cuadrículas L, LL, M y N), y de esta línea, ya en el interior del recinto oscuro, 2 cuadrículas hacia el lado izquierdo (O y P); posteriormente excavamos a continuación de las cuadrículas laterales del lado izquierdo de la campaña anterior (I y J), 2 cuadrículas hacia el lado izquierdo (Q y R), y otra más a continuación y en el mismo sentido (S). En las excavaciones de 1974 se alcanzó una profundidad máxima de alrededor de 2 m y el espesor menor se halló en las cuadrículas del interior del compartimiento lateral oscuro con 0,40 m, advirtiéndose que el piso rocoso asciende hacia su parte central. En las cuadrículas de menor espesor faltan los sedimentos de las ocupaciones más tempranas. Resulta oportuno señalar que en la segunda campaña se separaron también en las cuadrículas de mayor espesor las doce capas naturales, verificándose la disposición estratigráfica encontrada anteriormente, y sólo algunas diferencias menores, como el caso de las capas 4 y 5 de ceniza volcánica que aparecen espesas en el lado derecho de la cueva y se van afinando hasta quedar una raya tenue en el sector hacia la izquierda como en la cuadrícula S, tal vez por la influencia de una corriente de aire, de donde sería más representativo el sector derecho.

Hemos considerado también correcta la identificación de las capas culturales y su reunión en las cuatro entidades mayores de la secuencia arqueológica del lugar. Éstas se disponen en cronología absoluta de acuerdo a tres datos de carbono-14 de muestras obtenidas en la primera campaña (Cardich y otros, 1973), y de algunas correlaciones con eventos arqueológicos fechados como el

caso del nivel I de Fell (Bird, 1969) y la erupción volcánica II de Fuegopatagonia determinada por Auer y sobre el que tenemos un más reciente ajuste (Auer, 1974). Podemos consignar esta secuencia: Nivel 11 (12.600 ± 600 años BP, F. R. A. nº 98); Toldense (aproximadamente 11.000 a 8.750 ± 480 años BP, F. R. A. nº 97); Casapedrense (7.260 ± 350 años BP, F. R. A. nº 96 a 4.840 ± 300 BP, erupción II de Auer); y Niveles 1, 2 y 3 (aproximadamente desde 4.000 años BP hasta tiempos más o menos recientes). Ahora bien, de estas entidades culturales se han elegido las dos más tempranas para su estudio tipológico y descriptivo, trabajo que ha estado a cargo de otros de los coautores (Lic. Flegenheimer).

En cuanto a la cronología del Toldense resulta oportuno referirse a los fechados obtenidos recientemente en trabajos arqueológicos en una cueva de la zona de Alto Río Pinturas. Esta zona está situada a poco más de 200 km al oeste de Los Toldos, pero en la precordillera. Un aspecto interesante de esta zona arqueológica, y por la que es conocida desde tiempo atrás, es su riqueza en representaciones de pinturas rupestres que, por su variedad, corresponderían a diferentes períodos como señalan las sistematizaciones que se han venido ensayando (Menghin, 1952b, 1957; Gradin y otros, 1976). Los trabajos excavatorios en la Cueva de las Manos en la zona de Alto Río Pinturas han descubierto una interesante secuencia estratigráfica, encontrando en sus niveles más profundos una industria lítica (Cueva de las Manos I) adscribible al Toldense (Gradin y otros, op. cit.; Aguerre, 1977), con un inicio de la ocupación en dicho lugar alrededor de 9.300 años BP de acuerdo a dos fechados por carbono-14. Esto significa que —si nuestro esquema cronológico de Los Toldos es correcto— esta industria temprana de Alto Río Pinturas correspondería a un Toldense final y epigonal, o como dicen los autores de las excavaciones en Alto Río Pinturas a "una fase tardía" del Toldense (Gradin y otros, op. cit.: 228). Esta posición se afirmaría si recordamos algunas de las principales diferencias entre los dos yacimientos aludidos: la ausencia de huesos de animales extinguidos entre los restos extraídos de la Cueva de las Manos y su presencia en capas del Toldense de los Toldos, tanto en las excavaciones de Menghin como en las nuestras; acaso también sea muestra de este desnivel cronológico la ausencia en la Cueva de las Manos de piezas discoidales de piedra y su presencia en Los Toldos, donde constituye un elemento más en la caracterización del Toldense (apareció en la excavación de Menghin y en nuestra excavación de 1971). Este extraño y raro tipo justamente contribuyó para la correlación que entablamos con el nivel I de Fell, donde también aparece dicho elemento (Bird, 1970); y se podría agregar también el hecho de que los dos yacimientos están ubicados en dos subregiones diferentes: en la precordillera (Alto Río Pinturas) y en la meseta central extraandina (Los Toldos).

En la siguiente descripción consideraremos los materiales extraídos de los niveles 11a y 11b, durante las campañas de 1971 y 1974 en la cueva 3, como una unidad y aquellos de los niveles 9 y 10 de la campaña de 1974 como otra unidad diferente. Hemos reunido los materiales del Nivel 11 de ambas campañas en un solo conjunto debido a su escasez. La cantidad de materiales es la siguiente:

	Nivel 11	*Niveles 9 y 10*
Artefactos	48	69
Núcleos	4	14
Lascas enteras	171	291
Desechos de talla	250	519

La materia prima más utilizada en estas industrias es la sílice, que se presenta como toba silicificada y como madera petrificada, de variados colores.

También en las capas 9 y 10 hay fragmentos de artefactos bifaciales realizados sobre obsidiana; la ausencia de artefactos sobre obsidiana en el nivel 11 es un hecho circunstancial, ya que sí encontramos lascas sin retocar de este material.

La clasificación que establecemos ahora está basada en los tipos dados a conocer en un trabajo anterior (Cardich y otros, 1973), que han sido reconsiderados reduciéndose en parte su número y agregando otros tipos según los nuevos hallazgos. Para la descripción de los artefactos y la determinación de los módulos de longitud y espesor de los mismos seguimos las especificaciones establecidas por Aschero (1975). Hemos ordenado las lascas enteras y sin retocar basándonos en el método de Bagolini (1968). A continuación detallamos una lista de los tipos presentados anteriormente que aparecen en los materiales descriptos aquí y otra de los tipos utilizados en este trabajo señalando sus correlaciones:

Tipos del trabajo 1973	*Tipos del trabajo 1979*
Raspador pequeño (A)	Raspador distal pequeño (A)
Raspador doble apical (C)	Raspador apical doble (C)
Raspador con punta en el extremo opuesto (E) Raspador subtriangular (G) Raspador rectangular (H) Raspador grueso grande (J)	Raspador distal (EE)
Raspador de borde activo menor que el ancho de la lasca (K) Raspador ladeado (L)	Raspador de borde activo menor que el ancho de la lasca (K)
Raedera lateral simple sobre lámina y lámina estrecha (O) Raedera sobre lasca ancha, subtipo lateral (W)	Raedera lateral simple (O)
Raedera sobre lasca ancha, subtipo transversal (W)	Raedera transversal (W)
Raedera doble lateral (S)	Raedera doble lateral (S)
Raedera doble convergente en punta (Ñ)	Raedera doble convergente en punta (Ñ) Artefacto unifacial y subtriangular (probablemente punta) (N)
Artefacto de talla bifacial (R)	Artefacto de talla bifacial (R)
Cuchillo sobre lasca pequeña a mediana con retoques en uno o más bordes (P) Cuchillo sobre lámina y lámina estrecha (Y) Lasca y lasca laminar con retoques irregulares (Z).	Cuchillo (P)
Lasca grande, espesa, de forma o contorno variable (Q)	Lasca grande, espesa, de forma o contorno variable (Q)

Tipos del trabajo 1973	*Tipos del trabajo 1979*
Lámina con muesca o muescas sucesivas (X) Lasca con muesca (V)	Lasca o lámina con muesca (V)
Lasca con retoque chato (T)	Fragmentos adscribibles al tipo N
	Perforador (U)
	Cepillo (HH)

Como se puede advertir en el cuadro precedente hemos simplificado la tipología unificando los tipos que sólo diferían en cuanto a las "formas bases" utilizadas. En cambio éstas se mencionan cuando describimos las características generales de las industrias. Es así como ahora distinguimos las raederas de acuerdo a la ubicación del filo activo con respecto al eje técnico. También hemos obviado separar los artefactos compuestos como tipos distintos, sino que los incluímos siguiendo los criterios propuestos por Bordes (1969: 22) dentro de los tipos ya mencionados aclarando sus características singulares en la descripción de las piezas. Incluimos los raspadores ladeados (L) junto con los de borde activo menor que el ancho de la lasca (K), ya que esta última caracterización es válida para ambos tipos. En cuanto a los nuevos tipos describimos la pieza unifacial subtriangular anteriormente clasificada como raedera doble convergente (Ñ) como un tipo distinto (N) debido a sus características singulares, e incluimos el perforador (U) y el cepillo (HH), ya que no se hallaron piezas con estas características en las campañas anteriores.

DESCRIPCIÓN Y TIPOLOGÍA DE LA INDUSTRIA LÍTICA DEL NIVEL 11

A continuación se hará la descripción y tipología de los materiales de esta industria. En el conjunto se encuentran piezas enteras y fragmentadas. De las primeras hay un 79 %, variando sus dimensiones entre 13,5 y 2,0 cm de longitud, siendo el promedio 6,9 cm; 15,0 y 2,4 cm de ancho, siendo el promedio 5,9 cm; 4,3 y 0,5 cm de espesor, siendo el promedio 1,7 cm. De acuerdo a las relaciones entre estas medidas obtuvimos los siguientes porcentajes para los módulos de longitud: artefactos largos 13 %, artefactos medianos 55 %, artefactos cortos 32 %. Se observa aquí un alto porcentaje de artefactos cortos y esto es debido principalmente al acentuado ancho de las piezas. En cuanto a los módulos de espesor obtuvimos los siguientes porcentajes: artefactos muy delgados 15 %, artefactos delgados 61 %, artefactos gruesos 24 %. Dentro del total de artefactos 47 están trabajados sobre lasca y 1 sobre núcleo. Entre los artefactos sobre lasca 5 están confeccionados sobre lascas primarias y 9 sobre lascas secundarias o de desbaste. Otro rasgo destacable es que 4 artefactos están realizados sobre lascas inclinadas u oblicuas, 3 de las cuales son a su vez lascas secundarias. Las lascas alargadas o láminas se encuentran representadas en una pequeña proporción. No es clara la presencia de artefactos sobre hojas, aunque posiblemente dos piezas hayan sido realizadas sobre esta "forma base", asimismo hay un escaso número de hojas entre las lascas no retocadas.

En los artefactos de esta industria la mayoría de los talones son lisos. También hay 3 talones naturales y 1 liso natural y son destacables 4 talones face-

tados. En 12 artefactos el talón fue rebajado por retalla, y en la mayoría de los casos esta se realizó por un golpe en la superficie ventral. El ángulo de los talones varía entre 85 y 130 grados, siendo el 31 % rectos (hasta 100 grados) y el 69 % oblicuos (más de 100 grados). También son característicos de esta industria los bulbos pronunciados, anchos y espesos. Asimismo, como un carácter distintivo, los artefactos presentan retoques unifaciales y marginales sobre el filo y en algunos casos también se desprendieron lascas más penetrantes, especialmente sobre la cara ventral, para rebajar el bulbo. Sólo 2 piezas presentan

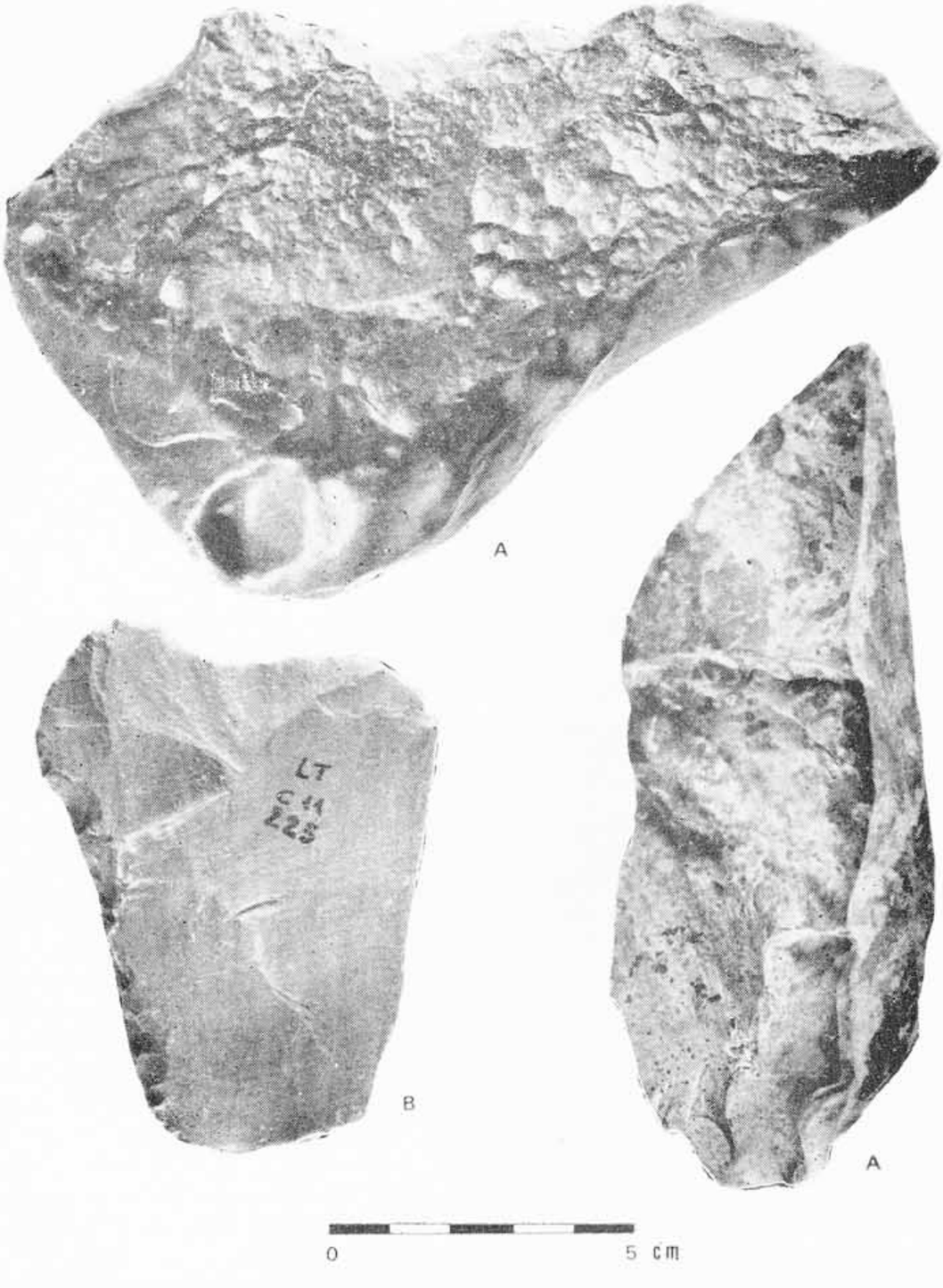


Lámina I: Artefactos líticos del Nivel 11: A) Lascas espesas de forma o contorno variable con retoques (tipo Q). B) Raedera doble lateral (tipo S).

retalla extendida; éstas son un cepillo y un fragmento pequeño. Se observa una gran variedad en los tipos de retoque. En la mayoría de los casos estos son escamosos y sólo en 2 piezas se observa un verdadero escamoso escalonado. Muchas piezas presentan un retoque irregular difícil de adscribir a un tipo definido. En estos casos el retoque es generalmente discontinuo y puede variar en tamaño desde microretoques hasta retoques de 7 mm de ancho, siendo estos últimos los más comunes. Los artefactos de esta industria en algunos casos fueron retocados por la técnica de la talla por presión, ya que se encuentran ejemplares con finos retoques, siendo algunos paralelos y subparalelos.

Ahora, en relación a la cantidad y porcentajes de los artefactos de esta industria, señalamos que éstos están consignados en el cuadro que se presenta más adelante, en el que también están representados los artefactos de la industria Toldense.

Entre los raspadores 7 (Nros. 230, 631, 883, 884, 885, 879 y 1262) son de borde activo menor que el ancho de la lasca (K). El tamaño de estas piezas varía entre 4,4 y 10,6 cm de longitud, 3,9 y 6,8 cm de ancho y 0,8 y 2,4 cm de espesor. El contorno de estos artefactos es variable, así como también el ángulo del bisel del filo activo que va de 45 grados en algunos a 80 grados en otros. En un caso los retoques son unifaciales inversos, es decir realizados sobre la cara ventral. Casi todos son asimétricos y no presentan el filo destacado en forma de hocico. Uno solo presenta un filo abrupto complementario con retoques mínimos, tal vez para su mejor aprehensión.

Hay 5 raspadores distales (EE), (Nros. 812, 813, 1100, 1101 y 1103), que miden entre 3,0 y 5,4 cm de longitud, 2,4 y 2,8 cm de ancho y 0,6 y 1,0 cm de espesor; 3 de ellos presentan fracturas en el extremo proximal. El contorno de estas piezas es regular, 3 son de forma rectangular y 2 de forma triangular, los cuales presentan filos complementarios de raedera. En los 3 raspadores rectangulares el filo activo se prolonga más allá del arco del raspador sobre los lados de la pieza, constituyendo un raspador de filo extendido. El ángulo del bisel del filo activo varía entre 65 y 80 grados y el del filo lateral entre 50 y 65 grados. Una sola pieza presenta retalla marginal en el extremo proximal.

Dentro del conjunto de los raspadores hay 1 (Nros. 876 y 1179) inclasificado debido a su estado de fragmentación. Esta pieza está compuesta por 2 fragmentos recolectados cada uno en una campaña diferente.

Entre las raederas, 4 (Nros. 774, 880, 887 y 1261), son simples transversales (W), el filo activo es oblicuo con respecto al eje técnico. Están realizadas sobre lascas anchas y miden entre 5,5 y 6,1 cm de longitud, 7,8 y 9,1 cm de ancho y 0,7 y 1,7 cm de espesor. Incluímos en este tipo 1 raedera fragmentada en ambos lados, de dimensiones un poco menores. Dos de estas piezas presentan el talón facetado.

Hay 4 raederas simples laterales (0) (Nros. 455, 636, 1108 y 1178), 2 de ellas de filo corto con el dorso retocado, formando un bisel de ángulo de 80 a 90 grados. Miden entre 5,8 y 7,4 cm de longitud, 3,1 y 7,5 cm de ancho y 0,9 y 2,0 cm de espesor.

Hay 2 raederas dobles (S) (Nros. 225 y 888), con retoques que se extienden cubriendo los filos laterales de las piezas y se prolongan en el extremo distal, midiendo 8,7 y 9,2 cm de longitud, 6,6 y 6,5 cm de ancho y 1,2 y 1,4 cm de espesor. Ambas presentan talones facetados; una de ellas está realizada sobre una lasca inclinada.

El ángulo del bisel del filo activo de todas estas raederas oscila entre 45 y 65 grados. En todos los casos, excepto uno, la forma del filo es levemente convexa. Se nota una clara selección y regularidad en cuanto a la forma y tamaño de las lascas utilizadas.

Las lascas grandes, espesas, de forma y contorno variable (Q) (Nros. 227, 228, 307, 736, 883, 1001, 1017, 1106 y 1177), miden entre 5,9 y 11,4 cm de longitud, 5,2 y 15,0 cm de ancho y 2,1 y 4,3 cm de espesor. En la mayoría de los casos presentan filos de retoques discontinuos, irregulares y escamosos que no cubren más de 1/3 del contorno de la lasca. En algunos pocos casos es difícil decir si los retoques son artificiales o si se deben a la utilización de estos artefactos en trabajos con materiales duros. Una pieza presenta retoques marginales irregulares sobre ambas caras, aunque algo más extendidos sobre una de ellas, por lo que no llegarían a configurar una pieza bifacial de acuerdo a Wilmsson y Roberts (1978, 101). Sólo dos de estas piezas no presentan corteza, las 7 restantes están realizadas sobre lascas primarias o secundarias. El contorno de las lascas es muy variado e irregular, excepto en el caso de 2 piezas realizadas sobre lascas secundarias inclinadas, que son alargadas con los lados subparalelos. Una de estas presenta un retoque escamoso continuo sobre un lado, que se prolonga en el extremo distal, que la diferencia de las demás piezas incluídas dentro de este tipo. Los ángulos de los biseles oscilan entre 55 y 75 grados, y en algunas secciones alcanzan los 80 grados. Los filos activos presentan diversas formas, son convexos, rectos, cóncavos o sinuosos, y en todos los casos los retoques son marginales.

Dos lascas con muescas retocadas (V) (Nros. 775 y 877), están trabajadas sobre fragmentos de lasca de contorno irregular. Una mide 0,4 cm de abertura y la otra 0,8 cm y ambas miden 0,3 cm de profundidad. El ángulo de bisel de las muescas es de 55 grados.

Dentro de los cuchillos (P) incluímos 3 artefactos sobre lascas (Nros. 816, 999 y 1102), uno de ellos fragmentado. Los retoques son mínimos y el ángulo del bisel del filo varía entre 45 y 50 grados. En 2 piezas el filo retocado es muy corto y en los 3 casos es levemente convexo.

El artefacto unifacial, subtriangular probablemente punta (N) (Nº 1000), está realizado sobre una lasca de sílice gris traslúcido. Esta pieza de poco espesor, que semeja una punta musteriense, mide 7,0 cm de largo, 3,8 cm de ancho y 0,8 cm de espesor. Los bordes son ligeramente convexos, el extremo del ápice está fragmentado, así como una esquina de la base. El ángulo del bisel de los filos mide entre 45 y 50 grados. En la cara ventral, que es plana, se conserva el bulbo y se observan algunos retoques que fueron intentos para rebajarlo. Dos fragmentos de lasca (Nros. 226 y 1105) con retoques marginales muy finos sobre una de las caras, probablemente también correspondan a este tipo. Sus dimensiones son: 2,9 y 3,5 cm de longitud, 4,3 y 4,0 cm de ancho y 0,7 y 0,5 cm de espesor. Están fragmentados transversalmente y sus filos laterales son subparalelos. Los retoques son ultramarginales, siendo subparalelos y paralelos en un caso y escamosos en otro. Los ángulos de los biseles miden entre 35 y 45 grados. La cara ventral de estos fragmentos es plana.

Las 6 piezas restantes sobre lascas (Nros. 633, 635, 814, 817, 881 y 1104), corresponden a fragmentos inclasificados. Dos presentan filos cortos, abruptos, cuyo ángulo mide entre 90 y 100 grados. En otros 3 fragmentos el ángulo del bisel del filo retocado mide entre 55 y 75 grados. Un fragmento de lasca de forma cuadrangular presenta retalla y retoques paralelos extendidos. Dos filos retocados presentan un bisel de 70 a 90 grados. Esta pieza, probablemente, corresponda a un fragmento de lasca reutilizada o en proceso de elaboración.

La única pieza tallada sobre núcleo en este nivel (Nº 1020) corresponde a un cepillo muy espeso (HH), cuyas dimensiones son: 11,0 cm de longitud, 6,1 cm de ancho y 4,7 cm de espesor. Presenta una superficie plana con corteza conservada que se prolonga sobre una de las caras. A partir de esta superficie se desprendieron lascas, formando un filo abrupto, astillado con un bisel de

80 a 100 grados. También se desprendieron lascas en el sentido opuesto desde una arista en el dorso. La pieza tiene forma alargada y el retoque está ubicado sobre los dos filos más largos.

En el conjunto se destaca una pieza en forma de cubo, con corteza conservada en sus seis caras (Nº 1265) y con las aristas trabajadas. Sus dimensiones son: 4,3, 4,1, y 3,5 cm. Las aristas están redondeadas; no presentan filo. Esta característica puede haberse producido por el uso de la pieza como percutor.

En los estratos de esta industria solamente se encontraron 4 núcleos (Nros. 1266, 1267, 1268 y 1269), de los cuales se extrajeron lascas. Sus dimensiones varían entre 4,2 y 10,6 cm de longitud máxima, 3,8 y 8,5 cm de ancho máximo y 2,4 y 7,5 cm de espesor máximo. Dos de ellos presentan corteza conservada, en uno la superficie con corteza es la plataforma principal de percusión. Se nota cierta regularidad en la técnica de la extracción de las lascas, ya que en 3 núcleos hay una plataforma principal de percusión y en el otro 2 plataformas sin corteza claramente definidas. Este último también sirvió como percutor de arista.

Clasificamos las lascas enteras sin retoques, como ya dijimos, mediante el método de Bagolini y obtuvimos los resultados siguientes: lascas (relación longitud sobre ancho de 3/2 a 1), 39 %; lascas anchas (1 a ¾), 19 %; lascas laminares (2 a 3/2), 17 %; lascas muy anchas (¾ a ½), 16 %; láminas (3 a 2), 8 %; y lascas anchísimas (inferior a ½), 1 %.

DESCRIPCIÓN Y TIPOLOGÍA DE LA INDUSTRIA LÍTICA DEL TOLDENSE

En este conjunto los artefactos enteros (59 % del total) miden entre 2,8 y 8,3 cm de longitud, siendo el promedio 5,1 cm. El ancho mide entre 1,3 y 5,2 cm, siendo el promedio de 3,3 cm. El espesor varía entre 0,4 y 1,9 cm, y el promedio es de 1,0 cm. Las relaciones entre estas dimensiones dan: 19 % de artefactos largos, 72 % de artefactos medianos, y 9 % de artefactos cortos. En cuanto al espesor hay: 9 % de artefactos muy delgados, 72 % de artefactos delgados, y 19 % de artefactos gruesos. No se encontró ningún artefacto sobre núcleo, hay 34 sobre lascas, de las cuales 13 son secundarias (una inclinada) y 1 primaria. También hay 10 artefactos sobre hojas y 7 sobre láminas. En 17 piezas no se puede reconocer la "forma base", ya sea por el estado de fragmentación de las mismas o porque ésta es irreconocible después del proceso de retalla.

En la mayoría de las piezas no se conservan los talones de las lascas. En 26 casos fueron removidos intencionalmente (incluímos aquí los instrumentos bifaciales) y en 18 casos las piezas están fragmentadas. En las piezas restantes los tipos de talones aparecen en el siguiente orden de frecuencia: naturales, lisos, puntiformes, facetados, diedros y retocados; de estos 43 % son rectos y 57 % oblicuos. A diferencia del Nivel 11, aquí aparecen artefactos bifaciales; 8 piezas están trabajadas mediante esta técnica. La mayoría de los retoques nuevamente son escamosos, pero dentro de ellos cobra importancia el tipo escamoso escalonado (25 % dentro de los escamosos). El tipo de retoques paralelos aparece claramente representado en el conjunto (12 % del total de filos retocados). Algunas piezas también presentan retoques paralelos cortos y otras subparalelos. Muy pocos intrumentos presentan retoque irregular; al contrario la regularidad de los retoques es una característica de esta industria. En cuanto a la magnitud de los retoques: 7 piezas presentan ambas caras totalmente tra-

bajadas por retalla o retoques, 4 presentan retalla y retoques parcialmente extendidos, siendo 1 de retoque bifacial. En las demás, el trabajo de retoque de los bordes no mide más de ¼ del ancho de la pieza, o sea, son de retoque y retalla marginal.

Entre los raspadores el tipo más numeroso corresponde a los raspadores distales (EE), constando de 14 artefactos (Nros. 1019, 1110, 1122, 1120, 1127, 1135, 1136, 1144, 1149, 1156, 1159, 1169, 1170 y 1109), cuyas dimensiones varían entre 2,9 y 5,7 cm de longitud, 1,9 y 4,8 cm de ancho, y 0,6 y 1,6 cm de espesor; 5 están fragmentados. Presentan un contorno regular y son de forma



Lámina II: Artefactos líticos del Toldense: A) Fragmento de pedúnculo de punta del proyectil; B) punta de proyectil; C) punta de proyectil fragmentada; D) raspador distal (E) con retoque perimetral; E) raspador distal (E) con muesca retocada sobre filo lateral; F) raspador distal (E) con filo lateral retocado.

triangular o rectangular; dentro de los últimos la mayoría presenta un filo lateral retocado con características de raedera. En 2 de los raspadores triangulares el filo se extiende sobre los bordes laterales, siendo perimetral en un caso y casi perimetral en el otro. El ángulo del bisel del filo activo varía entre 55 y 80 grados, siendo los ángulos abruptos los más comunes, los filos laterales retocados con características de raedera presentan un bisel que varía entre 45 y 55 grados. En una pieza de este tipo el extremo proximal se halla retocado formando una punta entre muescas.

El grupo siguiente en cuanto a frecuencia dentro de los raspadores es el de raspadores de borde activo menor que el ancho de la lasca (K). Son seis piezas (Nros. 1112, 1123, 1133, 1141, 1158 y 1171) cuyas dimensiones varían entre 3,6 y 9,0 cm de longitud, 2,8 y 5,1 cm de ancho y 0,8 y 1,1 cm de espesor. En todas ellas el filo es corto, convexo y generalmente se presenta destacado del contorno de la lasca (en hocico) y está ladeado con respecto al eje técnico. Están realizadas sobre lascas o fragmentos de lascas de contornos muy variados. Un artefacto fragmentado está constituido por cuatro fragmentos hallados dentro de la mima cuadrícula. En dos casos el raspador es doble, realizado sobre lascas anchas, con retoques en sus extremos distales, izquierdo y derecho. Otros dos artefactos son compuestos: uno presenta una raedera lateral y el otro una raedera doble convergente en punta en el extremo opuesto al raspador. Los ángulos de los biseles de los raspadores varían entre 55 y 80 grados, y los de las raederas entre 45 y 50 grados.

El tipo de raspadores pequeños (A) está representado por 3 artefactos (Nros. 1113, 1121 y 1126), 2 realizados sobre hojas, uno de los cuales presenta fractura transversal. Sus dimensiones varían entre 2,4 y 4,0 cm de longitud, 1,7 y 2,1 cm de ancho y 0,6 y 0,7 cm de espesor.. El raspador fragmentado presenta un filo lateral retocado cuyo ángulo es de 40 grados. Los ángulos de los biseles de los raspadores varían entre 55 y 80 grados.

También hay tres raspadores apicales dobles (C) (nros. 1114, 1157 y 1174) cuyas dimensiones varían entre 3,4 y 4,6 cm de longitud; 2,2 y 2,9 cm de ancho y 0,6 y 0,8 cm de espesor. En las tres piezas el retoque se extiende sobre los filos laterales. Uno presenta un filo corto convexo retocado sobre un lado, otro tiene un filo lateral recto retocado y el tercero presenta retoque perimetral con forma cóncava sobre uno de los lados y recta sobre el lado opuesto. Los ángulos de los biseles de los raspadores varían desde 55 a 80 grados y los de los filos laterales complementarios desde 45 a 55 grados.

Dentro de los raspadores incluímos 4 fragmentos inclasificados (Nros. 1134, 1137, 1173 y 1263). Uno de ellos está formado a su vez por tres fragmentos hallados dentro de la misma cuadrícula.

Las raederas simples laterales (O) están representadas por 7 artefactos (Nros. 1012, 1111, 1116, 1131, 1139, 1145 y 1166), cuyas dimensiones varían entre 5,3 y 7,3 cm de longitud; 2,7 y 4,7 cm de ancho y 0,7 y 1,2 cm de espesor. La mayoría están realizadas sobre láminas y el filo retocado tiene forma levemente convexa, presentando una el dorso rebajado. El ángulo del bisel del filo activo varía entre 50 y 65 grados. Tres de estas piezas están fragmentadas; una con fractura longitudinal probablemente haya sido una raedera doble, ya que presenta escasos retoques en la porción que se conserva del filo fragmentado. Otra de estas piezas presenta un filo complementario de raspador abrupto, agotado, en el extremo proximal realizado por retoque unifacial inverso.

Hallamos una sola raedera tranversal (W) (Nro. 1172), cuyas dimensiones son: 5,3 cm de longitud, 4,5 cm de ancho y 1.1 cm de espesor. Está realizada sobre una lasca con talón natural y fragmentada en el extremo distal. Un filo

lateral complementario presenta retoques mínimos y está rebajada en la cara ventral. El filo activo de esta raedera tiene un ángulo de 50 grados.

Dentro de este conjunto hay una raedera doble lateral (S) (Nro. 1160) cuyo filo se prolonga en parte sobre el extremo distal. Está realizada sobre una lasca secundaria y sus dimensiones son: 7,6 cm de longitud, 4,7 cm de ancho y 1,6 cm de espesor. Los filos activos son levemente convexos y el ángulo del bisel oscila entre 65 y 75 grados. Está trabajada en la cara ventral para rebajar el bulbo.

Otra raedera doble es convergente en punta (Ñ) (número 1147), los filos laterales levemente convexos convergen en el ángulo distal derecho. Está realizada sobre una lasca secundaria y sus dimensiones son: 6,4 cm de longitud, 4,9 cm de ancho y 1,1 cm de espesor. El ángulo del bisel del filo activo varía entre 55 y 70 grados.

Hallamos también un fragmento de raedera (Nro. 1138) con retoques escamosos que permanece inclasificado.

Los cuchillos (P) están representados por 6 piezas (Nros. 1140, 1142, 1161, 1163, 1167 y 1168), cuyas dimensiones varían entre 8,2 y 4,5 cm de longitud, 4,9 y 1,4 cm de ancho y 1,2 y 0,4 cm de espesor. Dos de estas piezas presentan dos filos activos; en una de ellas, realizadas sobre hoja, los retoques son mínimos y están ubicados sobre la cara ventral, es la única pieza de este tipo cuyos lascados probablemente no sean intencionales y se deban sólo a su utilización. La mayoría de estas piezas están realizadas sobre láminas, una de ellas con dorso natural. El ángulo del bisel del filo activo varía entre 35 y 45 grados y las formas de los filos son variables; éstos son rectos, levemente convexos o sinuosos.

Hallamos 5 lascas o láminas con muescas retocadas (V) (Nros. 1117, 1118, 1146, 1152 y 1162). Las dimensiones de las piezas varían entre 4,6 y 8,2 cm de longitud, 1,7 y 4,0 cm de ancho y 0,5 y 1,0 cm de espesor. Dos de las muescas miden 0,5 cm de profundidad y 0,8 cm de abertura. Otras dos son amplias escotaduras de 0,3 y 0,5 cm de profundidad y 1,2 y 2,0 cm de abertura, y una de ellas presenta el filo opuesto retocado. La quinta pieza presenta dos muescas de 0,2 cm de profundidad y 0,6 cm de abertura sobre el filo distal, formando un filo festoneado; uno de sus bordes laterales está retocado formando un cuchillo de filo recto de bisel de 45 grados.

Dentro del conjunto hallamos 2 perforadores (U) (Nros. 1119 y 1151) de puntas cortas, de sección triédrica. Las dimensiones de estas piezas son: 2,7 y 3,4 cm de longitud, 2,6 y 2,8 cm de ancho y ambos miden 1,1 cm de espesor. En uno de ellos la punta del perforador está destacada por dos muescas de retoque unifacial. En el otro la punta está formada entre una superficie de fractura de la lasca y una pequeña muesca.

Hallamos 2 lascas grandes, espesas, de forma o contorno variable (Q) (Nros. 1129 y 1150). Sus dimensiones son: 12,3 y 8,3 cm de longitud, 6,3 y 5,2 cm de ancho y ambas miden 1,9 cm de espesor. Ambas presentan el filo distal parcialmente trabajado con retoques escamosos, siendo unifaciales inversos en una. El ángulo del bisel del filo activo es de 40 a 50 grados.

Entre los fragmentos de artefactos de estos niveles hay uno (Nro. 1155) muy similar a los descriptos para el Nivel 11 como fragmentos de piezas unifaciales subtriangulares, probablemente puntas (N). Mide 2,9 cm de longitud, 3,2 cm de ancho y 0,4 cm de espesor, estando fracturado en ambos extremos y retocado en sus filos laterales. Los retoques son paralelos, oblicuos y cortos; el ángulo del bisel del filo mide 35 grados.

Otros 4 fragmentos de artefactos (Nros. 1115, 1128, 1130 y 1132) quedaron inclasificados. En dos de ellos se conserva el extremo proximal de la lasca con retoques escasos sobre sus filos laterales. Otro es un fragmento de

lasca, pequeño, con un filo retocado. El cuarto es un fragmento que presenta negativos de lascados paralelos en su superficie y microretoques debido a su utilización sobre dos filos.

En cuanto a las piezas de trabajo bifacial (R), encontramos principalmente las puntas de proyectil. Refiriéndonos a estos artefactos del toldense y teniendo en cuenta las piezas de la campaña anterior y la presente, diremos que se tratan de artefactos de trabajo fino, generalmente de poco espesor, predominando las de forma subtriangular. Estas puntas subtriangulares de fino trabajo y poco espesor, estarían trabajadas con la misma técnica que las puntas "cola de pez" de Fell, como nos dijera en referencia personal Dennis Stanford (Antofagasta, 1978), y sólo les faltaría rebajar la base para formar el pedúnculo. Existen también puntas chicas de forma amigdaloide y fragmentos de puntas, siendo uno de ellos un pedúnculo con ligeros rebajes en la base que estaría vinculado a los tipos "cola de pez".

En cuanto a los artefactos de la campaña de 1974, que estamos tratando, hallamos 8 piezas de retoque bifacial, 6 de ellas puntas de proyectil o fragmentos de puntas y las 2 restantes fragmentos bifaciales inclasificados. Una de las puntas de forma subtriangular (Nro. 1175) alargada, realizada sobre sílice traslúcido mide 6,7 cm de longitud, 4,0 cm de ancho y 0,6 cm de espesor. La pieza presenta ambas caras totalmente trabajadas por retoques chatos, los filos son levemente convexos y debido a su escasa asimetría axial un filo es algo más largo que el otro. Están trabajados por retoques paralelos largos que tienden a ser convergentes en los extremos.

El ángulo del bisel de los filos varía de 35 a 55 grados hacia la base. La base presenta un filo levemente convexo y sinuoso, rebajado por retoques convergentes sobre una cara y paralelos sobre la otra. Otra punta de forma subtriangular (Nro. 1018) presenta el extremo basal fracturado; está realizada sobre sílice verde y sus dimensiones son: 6,6 cm de longitud, 4,3 cm de ancho y 0,6 cm de espesor. No se observa retalla, probablemente por el escaso espesor de la lasca. Los filos son levemente convexos y convergen en un extremo redondeado. Ambas caras presentan un tratamiento diferencial, en la cara dorsal el ápice de la punta se halla totalmente cubierto por retoques chatos convergentes y los filos laterales en cambio presentan retoques discontinuos muy cortos. En la cara ventral los retoques más largos están sobre los filos laterales y el extremo presenta retoques cortos.

El ángulo de bisel de los filos mide de 35 a 45 grados hacia la base. Una punta de proyectil lanceolada (Nro. 1176), de contorno ligeramente asimétrico, realizada sobre sílice traslúcido, presenta las siguientes dimensiones: 6,3 cm de longitud, 3,3 cm de ancho y 0,7 cm de espesor. Los filos convergen en punta en uno de los extremos y forman un arco en el otro. Ambas caras se hallan totalmente trabajadas por retalla y retoques chatos. Los retoques presentan un largo ligeramente diferente sobre las caras a partir del borde, tienden a ser convergentes y en algunas secciones son paralelos. El ángulo del bisel de los filos varía de 40 a 50 grados. Observando la pieza de perfil presenta el filo ligeramente sinuoso.

Entre los fragmentos, uno de sílice oscuro y traslúcido (Nro. 1148) es de forma foliácea y está fracturado transversalmente por la mitad de la pieza. Sus dimensiones son: 3,4 cm de longitud, 3,3 cm de ancho y 0,9 de espesor. Ambas caras se hallan totalmente trabajadas por retoques y retalla. Los filos son levemente convexos y vistos de perfil son sinuosos. Los retoques son chatos y muy largos, pero no presentan una disposición regular. El ángulo del bisel de uno de filos varía entre 50 y 65 grados, el otro, menos retocado, es más

irregular y varía entre 50 y 80 grados. Probablemente esta pieza aún no estaba terminada cuando se fracturó, pudiendo tratarse de una preforma.

Los dos fragmentos de puntas restantes son de obsidiana y pertenecen a puntas pequeñas. Uno (Nro. 1164) cuyas dimensiones son: 2,2 cm de longitud, 1,5 cm de ancho y 0,5 cm de espesor, está fracturado en el ápice y longitudinalmente. Es de forma triangular alargada y el filo que se conserva es levemente convexo. Presenta retoques paralelos largos, muy regulares sobre una de las caras y retoques chatos irregulares sobre la otra. La base sinuosa, está rebajada por retoques pequeños sobre una cara. El otro fragmento (Nro. 1143), cuyas dimensiones son: 1,4 cm de longitud, 1,7 cm de ancho y 0,5 cm de espesor, corresponde al extremo distal de una punta. Está completamente retocado por

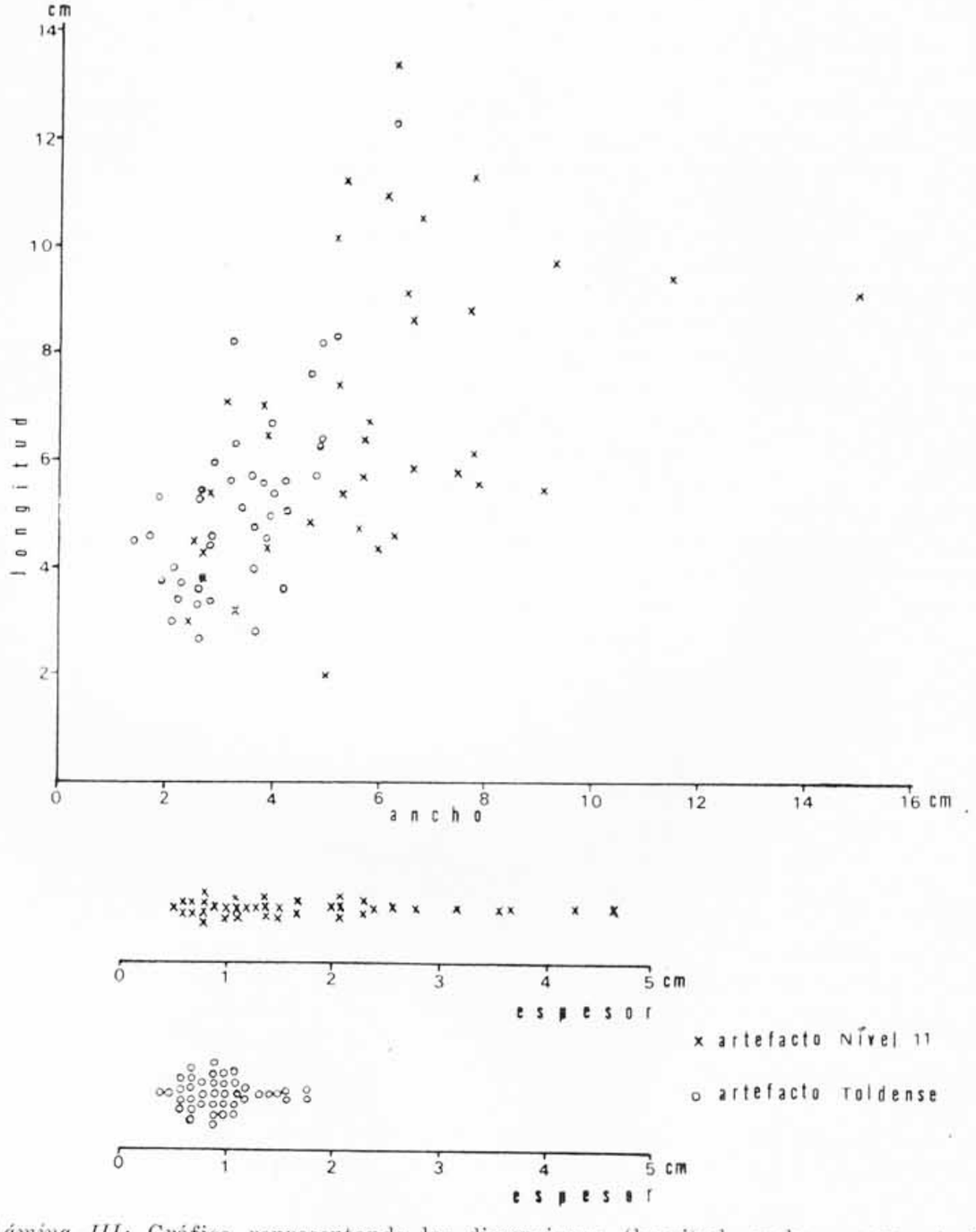


Lámina III: Gráfico representando las dimensiones (longitud, ancho y espesor) de artefactos de las industrias líticas del Nivel 11 y del Toldense.

retoques chatos y largos. Cerca del extremo hay retoques pequeños sobre una de las caras que le dan forma dentada al filo.

Los 2 fragmentos restantes de retoque bifacial permanecen inclasificados; uno está trabajado sobre obsidiana (Nro. 1125) y el otro sobre sílice (Nro. 1164). Sus dimensiones son: 2,8 y 3,4 cm de longitud, 1,3 y 3,3 cm de ancho y 0,6 y 0,9 cm de espesor, respectivamente. El primero es de forma trapezoidal y presenta pequeños retoques continuos sobre un filo. El segundo es de forma rectangular y presenta retoques paralelos y largos. Sus filos laterales fueron utilizados ya que presentan pequeños retoques.

A continuación describiremos los núcleos, cuyas dimensiones varían entre 3,5 y 15,0 cm de longitud máxima, 2,6 y 8,9 cm de ancho máximo y 2,3 y 7,3 cm de espesor. Dos de ellos (Nros. 1276 y 1277), uno piramidal y otro prismático, se utilizaron para la extracción de hojas. De los restantes (Nros. 1270, 1271, 1272, 1273, 1274, 1275, 1278, 1279, 1280, 1281, 1124, 1153 y 1165) se extrajeron lascas y en algunos casos también láminas. Son de formas variadas, hay amorfos, poliédricos, prismáticos y piramidales. Sólo los dos más pequeños no presentan corteza conservada. Predominan los núcleos con plataformas de percusión múltiples, pero también los hay de una o dos plataformas solas, claramente definidas. Las plataformas generalmente son lisas, conservando la corteza sólo en dos casos y estando parcialmente retocada en uno. Uno de estos núcleos fue utilizado, a su vez, como percutor de arista. Otro, pequeño, piramidal, presenta la cúspide golpeada, muy probablemente debido a su utilización. Se han identificado lascas pertenecientes a dos de estos núcleos: en un caso estaban dentro de la misma cuadrícula y capa y en el otro las lascas estaban en el nivel 11, en cuadrículas cercanas. Esto probablemente se deba a que las piezas de mayor volumen, como los núcleos y bolas, no son fácilmente enterradas y vuelven a usarse durante las ocupaciones posteriores.

De acuerdo al método de Bagolini para clasificar las lascas sin retoque, obtuvimos los siguientes resultados: lascas 40 %, lascas anchas 18 %, lascas laminares 17 % láminas 12 %, lascas muy anchas 10 %, lascas anchísimas 2 % y láminas angostas 1 %.

A continuación presentamos la lista con la cantidad y proporción de los artefactos, por tipo, de ambas industrias:

Tipo de artefactos	*Nivel 11*		*Toldense*	
	cantidad	*/porcentaje*	*cantidad*	*/porcentaje*
Raspador distal pequeño (A)			3	4
Raspador apical doble (C)			3	4
Raspador distal (EE)	5	10	14	20
Raspador de borde activo menor que el ancho de la lasca (K)	7	15	6	9
Raspador inclasificado	1	2	4	6
Total de raspadores	13	27	30	43
Raedera lateral simple (O)	4	8	7	10
Raedera transversal (W)	5	10	1	1
Raedera doble lateral (S)	2	4	1	1
Raedera doble convergente en punta (Ñ)			1	1
Raedera inclasificada			1	1
Total de raederas	10	21	11	16
Artefacto unifacial subtriangular probablemente punta (N)	3	6	1	1
Artefacto de talla bifacial (R)			8	12
Cuchillo (P)	3	6	6	9
Lasca grande, espesa, de forma o contorno variable (Q)	9	19	2	3
Lasca o lámina con muesca (V)	2	4	5	7
Perforador (U)			2	3
Cepillo (HH)	1	2		
Fragmentos inclasificados	6	12	4	6

CONCLUSIONES

Del análisis de los artefactos se concluye que las características de la industria lítica del Nivel 11 serían las siguientes:

1) Una gran variación en el tamaño de las piezas, que en su conjunto presentan un mayor tamaño que las piezas de los niveles superiores, siendo notable la importancia de las medidas transversales por destacarse una alta frecuencia de piezas anchas. Casi todas están trabajadas sobre lascas.

2) Generalmente presentan retoque marginal en una sola cara, no existiendo pues, piezas de retoque bifacial, como las puntas bifaciales características del Toldense.

3) Los artefactos descriptos como tipo Q y probablemente los del tipo N pueden considerarse como formas características del Nivel 11. Asimismo la frecuencia de raederas es la más alta de todo el sitio.

4) Se observa en la mayoría de las piezas la presencia de bulbos pronunciados.

5) En comparación con las piezas del nivel Toldense hay una proporción mayor de artefactos con filos retocados menos extendidos. Esto está relacionado también con la frecuencia mucho menor en el nivel 11 de artefactos compuestos.

6) La mayoría de los retoques son de tipo escamoso, aunque también se encuentran retoques de tipo paralelo en muy pocos ejemplares. En el conjunto se observa que emplearon la técnica de retoque por percusión y también por presión.

En la industria Toldense estos rasgos se manifiestan en la siguiente forma:

1) El tamaño del conjunto de las piezas es menor en esta industria que en la industria del Nivel 11. La mitad de los artefactos del Nivel 11 poseen dimensiones mayores al rango abarcado por los del toldense (ver gráfico). La mayoría de los artefactos están realizados también sobre lascas, siendo destacable el número de hojas y de láminas.

2) Aunque predominan los artefactos de retoque marginal sobre una cara, aparecen con una frecuencia notable, artefactos de retoque bifacial extendido sobre ambas caras.

3) Son características de esta industria las puntas que presentan finos trabajos bifaciales. Éstas constituyen el rasgo más importante señalado por su descubridor para caracterizar al Toldense (Menghin, 1952, 37, 38). Predominan las puntas subtriangulares que, como dijimos arriba, presentan la misma técnica de talla que las puntas "cola de pez" de Fell. También hay puntas pequeñas amigdaloides, puntas lanceoladas y, en la campaña anterior y en los hallazgos de Menghin hay fragmentos que estarían vinculados a las verdaderas formas de "cola de pez".

4) También hay una alta frecuencia de raederas, superior a la de las industrias más tardías del sitio, pero menor a la alta frecuencia señalada para la industria del nivel 11.

5) A diferencia de las piezas con bulbo pronunciado del Nivel 11, en el Toldense éstos no se advierten mayormente, estando en general removidos o rebajados. Esto tal vez se debe al mayor trabajo empleado en la elaboración de las piezas.

6) Se observa una alta frecuencia de filos retocados sobre más de un borde de la pieza y de artefactos compuestos.

7) Son característicos de esta industria los retoques cuidadosos, siendo frecuentes los retoques escamosos escalonados y paralelos.

Surge de aquí que en el Nivel 11 están dadas las posibilidades técnicas para el surgimiento de una industria lítica más elaborada tal como la que se presenta posteriormente en las capas Toldense. En ambas industrias aparecen los mismos tipos de retoques, pero mientras que los retoques irregulares son muy frecuentes en el nivel 11, los tipos escamoso escalonado y paralelo adquieren mayor importancia en las capas superiores. Comparando los ángulos de los talones, observamos que aunque en ambas industrias oscilan entre las mismas magnitudes, los ángulos obtusos son más frecuentes en el Nivel 11.

Una de las diferencias más notorias entre ambas industrias es el tamaño de los artefactos, siendo mayor, como ya dijimos, en el Nivel 11. En cuanto al dato específico del espesor ocurre algo similar a lo que observamos en el ancho y en el largo. Encontramos en el Toldense una uniformidad mucho mayor en las medidas que en el Nivel 11 y una notable reducción en cuanto al ancho de las piezas. En ambas industrias los desechos de talla presentan en conjunto, dimensiones menores que los artefactos; el tamaño debió ser un criterio importante en la selección de las lascas para trabajarlas. También se observa una selección en la materia prima de las piezas con trabajo fino. Las puntas Toldenses y las piezas tipo N están trabajadas en la mayoría de los casos sobre materiales traslúcidos. Durante ambas ocupaciones se realizaron actividades de talla dentro de la cueva, como lo demuestran los desechos de talla y los núcleos; pero la cantidad de estos últimos en el nivel 11 es menor en relación al número de desechos y artefactos que la que encontramos en las capas 9 y 10. Creemos que esto puede deberse a que algunos núcleos no agotados del nivel inferior fueran reutilizados posteriormente. En cuanto a los tipos de artefactos podemos decir que se observan frecuencias muy diferentes en ambos conjuntos. Inclusive notamos que en la industria Toldense aparecen tipos que no estaban representados anteriormente, tales como artefactos de talla bifacial y perforadores.

Por lo que se ha visto se hace evidente la existencia de dos industrias diferentes. Sin embargo, hay algunas similitudes entre ambas que permiten pensar que la industria toldense habría evolucionado mayormente de este su gran antecedente local constituido por la industria del nivel 11.

BIBLIOGRAFÍA

AGUERRE, Ana M.; 1977. "A propósito de un nuevo fechado radiocarbónico para la Cueva de las Manos, Alto Río Pinturas, Provincia de Santa Cruz". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XI, Buenos Aires.

APARICIO, Francisco de; 1933. "Viaje preliminar de exploración en el territorio de Santa Cruz". *Publicaciones del Museo Antropológico y Etnográfico, Fac. de Filosofía y Letras*, serie A, t. III, Buenos Aires.

ASCHERO, Carlos; 1975. "Ensayo para una clasificación morfológica de artefactos líticos (aplicado a estudios tipológico-comparativos)". *CONICET* (MS), Bs. As.

AUER, Väinö; 1974. "The Isorhythmicity subsequent to the Fuego-Patagonian and Fenoscandian Ocean level transgressions and regressions of the latest Glaciation The significance of Thephrochronology, C-14 Dating and Micro paleontology for Quaternary Research" *Annales Academiae Scientiarum Fennicae*, serie A, III. Geologica-Geographica, 115, Helsinki.

BAGOLINI, Bonadino; 1968. "Richerche sulla dimensioni dei manufatti litici prehistoriche non ritocati". *Anali dell'Universitá di Ferrara* (nuova serie), Segione XV. Paleontologia Umana e Paletnologia, vol. I, nº 10, Ferrara.

BIRD, Junius; 1969. "A comparison of South Chilean and Ecuatorian 'Fish tail' projectile points". *The Kroeber Anthropological Society Papers*, nº 40, Berkeley.

— 1970. Paleo-Indian discoidal stones from Southern South America. American Antiquity, vol. 35, nº 2, p. 205-208.

BORDES, François; 1969. "Tipología del paleolítico antiguo y medio". Traducción y publicación para uso interno, *Fac. de Filosofía y Letras, Univ. Nac. de Buenos Aires.* Buenos Aires.

CARDICH, Augusto; 1977. "Las culturas pleistocénicas y post-pleistocénicas de Los Toldos y un bosquejo de la prehistoria de Sudamérica". Obra del centenario del Museo de La Plata, t. II, *Antropología,* La Plata.

— 1978. "Recent excavations at Lauricocha (Central Andes) and Los Toldos (Patagonia). Early Man in America From a Circum-Pacific Perspective, ed. A. L. Bryan, Occasional Papers", nº 1 of the *Department of Anthropology, University of Alberta,* Edmonton.

CARDICH, Augusto; CARDICH, Lucio A. y HAJDUK, Adam; 1973. "Secuencia arqueológica y cronología radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* t. VII, Buenos Aires.

CARDICH, Augusto; TONNI, E. P. y KRISCAUTZKY, N; 1977. "Presencia de *Canis familiaris* en restos arqueológicos de Los Toldos (Provincia de Santa Cruz, Argentina)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* t. XI, Buenos Aires.

GRADIN, Carlos J.; ASCHERO, Carlos A., y AGUERRE, Ana M.; 1976. "Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos, estancia Alto Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz)". *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología,* vol. X, Buenos Aires.

MENGHIN, Osvaldo; 1952a. "Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia". *Runa, Fac. de Filosofía y Letras, Univ. Nac. de Buenos Aires,* vol. 5, Buenos Aires.

— 1952b. "Las pinturas rupestres de la Patagonia". *Runa, Fac. de Filosofía y Letras, Univ. Nac. de Buenos Aires,* vol. 5, Buenos Aires.

— 1957a."Vorgeschichte Amerikas". *Grundriss der Vorgeschichte,* Munich.

— 1957b. "Estilos de arte rupestre de Patagonia. Acta Praehistórica". *Centro Argentino de Estudios Prehistóricos,* vol. I, Buenos Aires.

— 1965. Origen y desarrollo racial de la especie humana". *Compendios Nova de Iniciación,* 2ª ed., Buenos Aires.

WILMSEN, Edwin N., y ROBERTS, Jr., Frank H. H.: 1978. "Lindenmeier, 1934-1974 Concluding Report on Investigations". *Smithsonian Contributions to Anthropology,* nº 24, Washington.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

NUEVO FECHADO RADIOCARBÓNICO PARA LA ISLA ENGLEFIELD (SENO OTWAY, PATAGONIA AUSTRAL)

Omar R. Ortiz-Troncoso [1]

Desde la aparición de la monografía sobre el sitio excavado en 1952 por J. Emperaire y su ayudante B. Passini en la isla Englefield [2], ha venido objetándose la validez de los fechados radiocarbónicos que sitúan su importante contexto cultural hacia el octavo o séptimo milenio antes de nuestra era. En efecto, Emperaire y Laming (1961: 16) y Laming-Emperaire (1968: 83-84 y 90) indicaron que dos fechados realizados en 1958 en el laboratorio de Saclay (hoy Gif-sur-Yvette), a partir de una muestra de carbón y con el número 20-C, dieron como resultado 9.248 ± 1.500 a.P. y 8.456 ± 1.500 a.P.

Ha sido señalado como problemático, en primer lugar, el gran margen de error que acompaña las dataciones; en segundo lugar ha sido discutida la alta antigüedad obtenida en el análisis, difícilmente compatible con otros fechados ya que coloca a ese contexto propio de pescadores, recolectores y cazadores costeros a la par de niveles con fauna pleistocénica de yacimientos del interior del territorio. Recuérdese, a vía de ejemplo, que el fechado del estrato inferior de Palli Aike (C-485) es de 8.639 ± 450 a.P.. lo que correspondería a un Paleoindio tardío para esa zona. También son coincidentes con tres fechados para el período II en la secuencia de la gruta Fell (según comunicación personal de J. B. Bird).

En consecuencia, resulta importante encontrar una fecha confiable para ese yacimiento, uno de los más relevantes de la Patagonia austral. Debido a su ubicación sobre una antigua terraza marina (25-27 m.), toda información cronológica que de él sea obtenida queda vinculada a la evolución geomorfológica de la región de mares interiores Skyring-Otway. Además. las evidentes relaciones de su industria con la de Punta Santa Ana y Bahía Buena en la península de Brunswick (Ortiz-Troncoso 1975, 1979) y muy probablemente con las de Lancha Packewaia y Túnel, cerca de Ushuaia (Orquera, *et al.* 1977), parecen señalar una fase cultural diferente y previa a las culturas del Cuchillo de concha y de la Casa-pozo descritas por Bird (Magallanense y Ushuaiense de Menghin).

Hace algunos años expusimos este problema a la doctora Annette Laming-Emperaire, quien se mostró interesada en obtener un nuevo fechado para Englefield a partir del material conservado en el Museo del Hombre. Su lamentado fallecimiento frustró éste como tantos otros proyectos, pero gracias a la intervención de uno de sus colaboradores nos fue entregada una muestra consistente

[1] Albert Egges van Giffen Instituut voor Prae- en Protohistorie, Universiteit van Amsterdam.

[2] 53°10′ latitud Sur; 71°50′ longitud Oeste.

en 400 grs. de huesos parcialmente quemados, con embalaje y etiqueta originales de la época de la excavación, la que fue enviada al laboratorio de radiocarbono de la Universidad de Groningen. El doctor W. G. Mook, director del citado laboratorio, nos hizo llegar con fecha 1 de agosto de 1978 el siguiente resultado:

GrN-8.573 = 3.915 ± 75 a.P.

Este nuevo fechado contrasta evidentemente con los anteriores [3]. En cuanto a los dos de Punta Santa Ana y los tres de Bahía Buena, ellos son por lo menos un milenio más altos que éste (Ortiz-Troncoso 1977/78). Con respecto a la serie de Lancha Packewaia, él se acerca al fechado CSIC-306 = 4.020 ± 70 a.P. (capa X, cuadrícula I), coincidencia interesante ya que es uno de los que datan el "componente antiguo" donde fue encontrada una cabeza de arpón con base cruciforme, tipo diagnóstico para los sitios que hemos comentado (Orquera, *et alt., op. cit.*). De la serie Ponsonby (isla Riesco), en relativa vecindad a Englefield, viene al caso citar el fechado Gif-1050 = 3.700 ± 130 a.P., el que data una ocupación atribuída a nómadas canoeros, aunque lamentablemente su industria no ha sido publicada (Laming-Emperaire, *op. cit.*, 81-83; Delibrias, *et al.*, 1972:298).

Desde la época de los trabajos de Emperaire, es decir desde hace un cuarto de siglo, no se ha vuelto a excavar en Englefield; sólo una prospección ha sido efectuada recientemente, lo que permitió el descubrimiento de dos nuevos sitios (Johnson, 1976). Para concluir, creemos conveniente señalar que, desde nuestro punto de vista, este fechado no logra zanjar definitivamente la discusión sobre la real antigüedad del sitio. Sin embargo, él constituye un nuevo antecedente cronológico que sitúa su ocupación hacia fines del Altihermal (Atlántico) y no en la primera mitad del Anathermal (Preboreal) como lo hacían los fechados precedentes. Únicamente una nueva excavación de control permitiría obtener otras muestras datables, acompañadas de una precisa información estratigráfica.

[3] Interpretado de manera convencional, este fechado equivale al año 1965 a. de C. (con el margen de error correspondiente), pero utilizando una tabla de corrección el resultado se aproxima a 2500 a.de C.

BIBLIOGRAFÍA

DELIBRIAS, G.; M. T. GUILLIER, y J. LABEYRIE: 1972. "Gif Natural Radiocarbon Measurements VII". *Radiocarbon*, vol. 14, p. 280-320.

EMPERAIRE, J., y A. LAMING; 1961. "Les gisements des îles Englefield et Vivian dans la mer l'Otway, Patagonie australe", *Journal de la Société des Américanistes*, t. 50 (n.s.), p. 7-75.

JOHNSON, L. L.; 1976. "Informe sobre una prospección arqueológica en Magallanes (14 diciembre 1976-6 enero 1977)", *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 7, p. 87-94.

LAMING-EMPERAIRE, A.; 1968. "Missions archéologiques françaises au Chili austral et au Brésil méridional. Datations de quelques sites par le radiocarbone", *Journal de la Société des Américanistes*, t. 57 (n.s.), p. 76-99.

ORQUERA, L. A.: A. E. SALA, E. L. PIANA y A. H. TAPIA; 1977. *Lancha Packewaia: Arqueología de los canales fueguinos*. Editorial Huemul S.A., Buenos Aires.

ORTIZ-TRONCOSO, O. R.; 1975. "Los yacimientos de Punta Santa Ana y Bahía Buena (Patagonia austral). Excavaciones y fechados radiocarbónicos", *Anales del Instituto de la Patagonia*, vol. 6, p. 93-122.

— 1977/78. "Nuevas dataciones radiocarbónicas para Chile austral (Patagonia y Tierra del Fuego)", *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*, nº 16, p. 244-250.

— 1979. "Punta Santa Ana et Bahía Buena: deux gisements sur une ancienne ligne de rivage dans le détroit de Magellan", *Journal de la Société des Américanistes*, t. 66 (en prensa).

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

CUATRO FECHAS RADIOCARBÓNICAS PARA EL ALERO DEL CAÑADÓN DE LAS MANOS PINTADAS

(Las Pulgas, Provincia del Chubut)

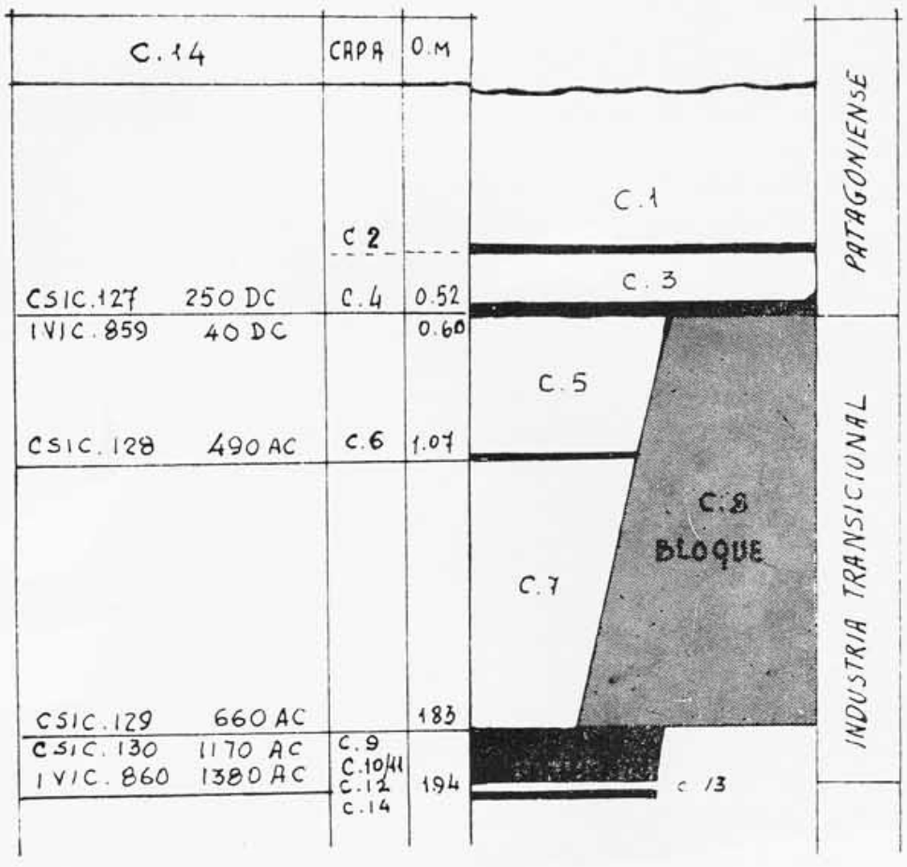
Carlos J. Gradin
Carlos A. Aschero

El Alero de las Manos Pintadas se halla ubicado en un cañadón tributario del río Senguerr, cerca del paraje denominado "Las Pulgas", al suroeste de la provincia del Chubut, aproximadamente a los 45° 28' de latitud sur y 69° 42' de longitud oeste. Ha sido considerado en varios trabajos científicos, a los que nos remitimos para la descripción detallada del sitio. En 1951 fue excavado por primera vez por Menghin, quien se ocupó de las manifestaciones rupestres del mismo en sus publicaciones de 1952 y 1957. En 1970 y 1971 fue nuevamente excavado por los autores de la presente nota, quienes dieron a conocer los resultados de sus respectivas investigaciones (Gradin, 1973; Aschero, 1975). En 1974 se publican en Valcamónica, Italia, las dos primeras fechas radiocarbónicas para la secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas, IVIC: 859 y 860, procesadas gracias a la gentileza del Dr. Murry A. Tamers, en aquel entonces del Instituto Venezolano de Investigaciones. Las mismas fueron incluidas en el trabajo de Aschero de 1975, mencionado. Posteriormente, en 1976, a iniciativa de Gradin y gracias a un convenio entre el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas de España, avalado por los doctores Marcelo Bórmida y Fernán Alonso, respectivamente, se obtuvieron otras cuatro fechas radiocarbónicas, CSIC: 127, 128, 129 y 130, cuyos resultados constituyen el objetivo de esta comunicación.

La secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas reviste especial interés por tratarse de un testimonio cultural, tanto desde el punto de vista industrial como artístico, localizado geográficamente en un área de transición entre Patagonia meridional y Nordpatagonia. La secuencia de arte rupestre del sitio comprende cinco grupos de manifestaciones, a partir del más antiguo: A) Manos negativas estarcidas; B) Grabados de pisadas y manos negativas con "halo"; C) Grecas y grabado fino; y D) "miniaturas" geométricas (Gradin, 1973: 199). Desde el punto de vista industrial, si bien no se obtuvo una secuencia realmente representativa, dado el escaso material recuperado, pudo precisarse en cambio las características tecnológicas de las ocupaciones más recientes, adscribibles éstas al Patagoniense (Aschero, 1975), a las que también se vincularían los grupos artísticos B, C y D. Desde el punto de vista cronológico, las estimaciones de los autores se fundaron primordialmente en la presencia de un gran bloque, denominado capa 8, proveniente del derrumbe del techo del alero, que presentaba negativos de mano de color rojo en el frente. Su ubicación en los sedimentos exca-

vados, aun cuando en parte se hallaba fraccionado, abarcaba aproximadamente desde un metro en la parte superior, hasta un metro ochenta en la base. Sellaba las ocupaciones más antiguas (capas 9 a 12) y por lo tanto la datación de su derrumbe proveía una fecha *ante quem* para el desarrollo de éstas y del grupo artístico A con negativos de manos.

Analizaremos algunas consecuencias de este hallazgo y de los correspondientes fechados:



Perfil esquemático con la posición de los fechados radiocarbónicos.

1) El bloque con negativos de manos de color rojo apoya sobre la cumbre de la capa 9, a 1,83 m de profundidad. Una muestra de madera de esa capa arrojó una datación de 2.610 años ± 80, 660 a.C. (CSIC 129) testimoniando que el desprendimiento del bloque había acaecido con posterioridad a la fecha mencionada.

2) Las capas 7, 6 y 5 apoyaban sobre el frente del bloque, cubriéndolo en parte. Una muestra de guano de camélido de la capa 6, obtenida a una profundidad de 1,07 m arrojó una fecha de 2.440 años ± 50, 490 a.C. (CSIC 128), señalando que el derrumbe fue anterior a la misma.

3) Las fechas obtenidas para las capas 6 y 9, por lo tanto, circunscriben la datación de la caída del bloque entre el 490 y el 660 a.C., es decir en un plazo de alrededor de 170 años y probablemente muy cerca de la segunda de las fechas mencionadas. La circunstancia de que en el área del Río Pinturas, unos 250 km al sur de Las Pulgas, también se documentó un bloque derrumbado con negativos de manos, cuya desprendimiento fue datado entre 1430 a.C. y 340 d.C (Gradin, Aschero, Aguerre, 1976: 246) permite suponer que fenómenos orogénicos similares afectaron la región alrededor del 600 a.C.

4) Por debajo del bloque hallado en la excavación del Alero de las Manos Pintadas se determinaron por lo menos tres niveles antropógenos, con abundantes vestigios de carbón pero infortunadamente con escaso material lítico: capas 9, 10/11, 12 y tal vez 14. Dos dataciones sobre muestras de carbón, una de la capa 9 (1,83 m de profundidad) y otra de la capa 12 (1,94 de profundidad), arrojaron las siguientes fechas: 3330 años ± 79, 1380 a.C. (IVIC 860) y 3120 ± 50, 1170 a.C. (CSIC 130), respectivamente. Dichos niveles ocupacionales, por lo tanto, eran anteriores al derrumbe del bloque. La escasez de hallazgos, como dijimos, no permitió una caracterización acabada de los mismos. En todos estos niveles es recurrente la presencia de instrumentos sobre hojas, en general de tamaño reducido (raspadores de filo frontal y cuchillos de filo natural, principalmente). En ninguno de ellos fueron halladas puntas de proyectil líticas ni otros utensilios de retoque bifacial extendido (Aschero, 1975: 190, Lám. 2, Figs. 20 a 25). Teniendo en cuenta estos escasos rasgos técnico-tipológicos, los conjuntos mencionados pueden ser vinculados, sin embargo, a las industrias de carácter "transicional" postuladas para la Cueva de las Manos, en el área del Río Pinturas, cuyo desarrollo abarcaría desde 1.430 a.C. a 340 d.C. (Gradin, Aschero, Aguerre, 1976: 248).

5) La aparente discrepancia entre los fechados 1380 AC (IVIC 860) y 660 AC (CSIC 129), correspondientes ambos a la capa 9 y obtenidos a 1,83 m de profundidad, consideramos que hallan su explicación en las siguientes circunstancias: en primer lugar la falta de horizontalidad de los estratos removidos por capas naturales; en segundo término en el hecho de que las muestras se hallan distanciadas entre sí alrededor de cuatro metros. La más antigua de ellas (1380 AC) corresponde a la trinchera II, abierta en la primera campaña de trabajo en 1970 (Aschero, 1975:189, fig. 3). En esa oportunidad se fechó un fogón comprimido por el bloque derrumbado. El peso de dicho bloque puede estimarse teniendo en cuenta que el mismo sobrepasaba los 15 m de largo, 1,30 de alto y dos o más de ancho. Hacia el fogón mencionado buzaban las capas inferiores, resultando difícil su distinción. La muestra obtenida, si bien fue documentada como de capa 9, a 1,83 m de profundidad, pudo haber excedido los límites de la misma en unos pocos centímetros, incorporando restos orgánicos de las capas 10/11 y 12, como pareciera indicarlo la fecha obtenida en otro muestreo (1971) para la capa 12, a 1,94 m de profundidad, que arrojó una datación intermedia de 1170 AC (CSIC 130). Cualquiera sea la interpretación admitida, por lo demás, la fecha de 660 AC (CSIC 129) constituye la más reciente datación para una muestra sellada por el desprendimiento del bloque.

6) La fecha obtenida para la capa 4, proveniente de 0,52 m de profundidad, en base a una muestra de carbón, dio una datación de 1700 años ± 50, 250 DC (CSIC 127), corroborando la obtenida para carbón de la misma capa en la trinchera I (1970), a 0,60 m de profundidad, de 1910 años ± 60, 40 DC (IVIC 859). Las ocupaciones de las capas 4 y 2 han sido adscriptas a la industria patagoniense inicial o acerámica (Aschero, 1975:200) y también a ellas podrían atribuirse los grupos artísticos B y C (grabados de pisadas y pinturas geométricas o grecas). El grupo D (grabados finos y miniaturas) podría corresponder al final de estas ocupaciones o tal vez a otras posteriores (ceramizadas), que no han sido detectadas en los sedimentos del alero (Aschero, 1975:203), pero sí en sitios de superficie, a escasos 300 m del alero con pinturas (Sitio Tapera 2, expedición 1971).

7) Las fechas admitidas para el comienzo del Patagoniense en el Alero de las Manos Pintadas son congruentes con las obtenidas para datar contextos similares en la Cueva de las Manos en el Río Pinturas, 340 años d.C. (Gradin, Aschero, Aguerre, 1976) y en el Cerro de los Indios, Lago Posadas, 530 d.C. (Aschero, inédita), lo cual permite postular un inicio del patagoniense marca-

damente más tardío que el establecido por Menghin (1952 y 1957). Los contextos con instrumentos sobre hojas que caracterizan a las ocupaciones anteriores al patagoniense y que nosotros hemos definido como de carácter transicional (Gradin, Aschero, Aguerre, 1976, 248), por su vinculación con aquél y con las industrias básicas del área del Río Deseado (Casapedrense y Toldense: Menghin, 1952; Cardich, 1973), podrían en cambio remontarse, en el mejor de los casos, a la mitad del segundo milenio antes de Cristo, de acuerdo a las fechas obtenidas en el Alero de las Manos Pintadas: 1380 a.C. (IVIC, 860); Cueva de las Manos: 1430 a.C. (NOVA, 116), a las que se agregan dos fechas inéditas para Cerro de los Indios: 1370 a.C. (CSIC, 395) y Cueva Grande del Arroyo Feo: 1380 a.C. (CSIC, 398).

BIBLIOGRAFÍA

ASCHERO, C.A.; 1975. "Secuencia arqueológica del Alero de las Manos Pintadas, Las Pulgas, departamento Río Senguerr, Chubut", *Relaciones*, N.S., v. IX, Buenos Aires.

CARDICH, A.; L.A. CARDICH, y A. HAJDUK; 1973. "Secuencia arqueológica y cronología radiocarbónica de la Cueva 3 de Los Toldos (Santa Cruz, Argentina)", *Relaciones*, N.S., v. VII, Buenos Aires.

GRADIN, C. J.; 1973. "El Alero de las Manos Pintadas (Las Pulgas, Provincia del Chubut, Argentina)", *Bollettino del Centro Camuno di Studi Preistorici*, v. X, Valcamonica, Italia.

— 1974. "Dataciones con C-14 en Argentina (Carta al director)", ídem, v. XI.

GRADIN, C. J.; C. A. ASCHERO, y A. M. AGUERRE; 1976. "Investigaciones arqueológicas en la Cueva de las Manos, Estancia Alto Río Pinturas (Provincia de Santa Cruz)", *Relaciones*, N.S., v. X, Buenos Aires.

MENGHIN, O. F. A.; 1952. "Fundamentos cronológicos de la prehistoria de Patagonia", *RUNA*, V (1-2), Buenos Aires.

— 1957. "Estilos del arte rupestre de Patagonia", *Acta Praehistorica*, I, Buenos Aires.

ISSN 0325 - 2221
Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología Vol. XII; N. S. Bs. As., 1978

PALINOLOGÍA DEL PERFIL DEL ALERO DEL CAÑADÓN DE LAS MANOS PINTADAS

(Las Pulgas, Provincia del Chubut)

*Héctor L. D'Antoni**

INTRODUCCIÓN

El Alero de las Manos Pintadas está ubicado en el faldeo occidental de la Sierra de San Bernardo, cerca del paraje denominado "Las Pulgas", al Sur de la Provincia de Chubut. Sus coordenadas son 45°28' Sur y 69°42' Oeste aproximadamente, encontrándose el sitio a unos 500 metros sobre el nivel del mar. Se trata de un alero de 50 metros de longitud por 10 de profundidad, que despertó el interés de varios investigadores (Gradin, C., 1973:169; Aschero, C., 1975:187).

Las muestras de sedimento fueron remitidas al autor por Carlos Gradin para el estudio de su contenido de polen fósil. Aunque no fueron tomadas mediante la técnica métrica tradicional, la que no se justificaría en las capas 5, 7 y 8 y sería insuficiente en la capa 6 (Aschero, C., 1975.189), contenían información relevante como para dar sentido a este trabajo.

El análisis sedimentológico efectuado por M. C. Etchichury (1975) permite clasificar el relleno de este alero como de origen eolo-ácueo-volcánico, considerando que una parte de éste ha llegado al sitio en forma de cenizas volcánicas mientras que el resto, originado en la destrucción de tobas y vulcanitas, debió haber sido arrastrado por el agua de las lluvias temporarias y por el viento (Etchichury, M. C., 1975:184). La mencionada autora sugiere que el clima árido y frío debió dominar durante una parte del tiempo que abarca la estratigrafía estudiada mientras que otra parte estaría vinculada con una erosión intensa y una rápida sedimentación en el abrigo que nos ocupa (Etchichury, M.C., 1975:184).

La primera ocupación humana del sitio está testimoniada por un fogón excavado y circunscripto a los sectores A y B sin asociación con material lítico. Siguen hacia arriba testimonios de ocupaciones esporádicas caracterizadas por fogones y restos líticos. La capa 2 es la última con contenido arqueológico. Desde la cúspide de la capa 9 y hasta la 0b, abundantes capas de guano atribuible a guanacos se intercalan en las capas de sedimento mineral. La capa 8 representa un amplio derrumbe producido mientras se formaba la capa 9. Los bloques caídos contienen pictografías rupestres de manos que fueron ejecutadas en algún momento anterior al 3330 $\pm$ 70 antes del presente. Tal es el fechado radiocar-

* Universität Hohenheim, Inst. für Botanik. 7000 Stuttgart 70, República Federal Alemana.

bónico (IVIC 860 FRA 100) de un fogón sepultado por el drerumbe (Aschero, C., 1975:187-193). Otra datación (ver Gradin y Aschero, 1978, en este volumen) emplazaría el evento en fecha más reciente (alrededor del 2610 ± 80 A.P.).

En cuanto al ambiente actual, el climatograma de la Fig. 1, basado en los datos de la estación de aforo "Sarmiento" del Servicio Meteorológico Nacional da cuenta de un clima patagónico, caracterizado por mayores precipitaciones en

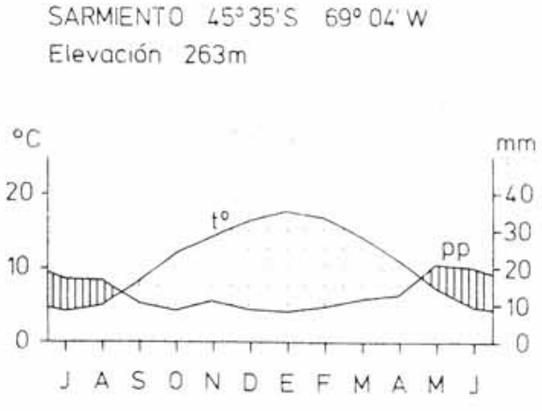


Fig. 1: (izquierda) Climatograma según Walter (simplificado) para la estación de aforo "Sarmiento" ubicada a 7 minutos al Sur, a 38 minutos al Este y sobre una cota 237 metros más baja con respecto al Alero del Cañadón de las Manos Pintadas. El rayado vertical indica la estación húmeda y el punteado la seca.

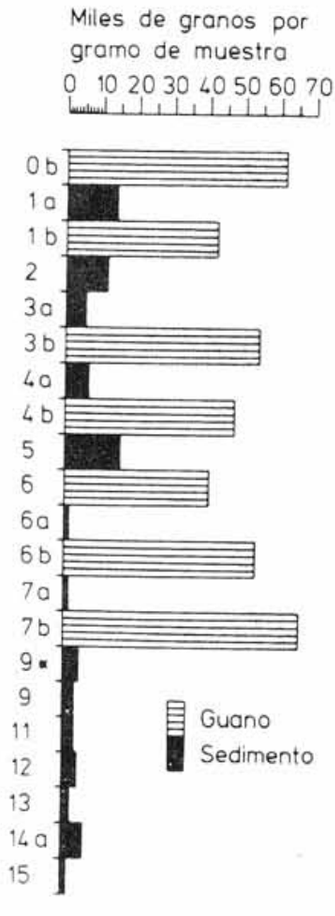


Fig. 2: (derecha) Concentración de polen en cada uno de los niveles analizados (en granos por gramo de muestra).

los meses de abril, mayo, junio, julio y agosto, cuando las temperaturas son más bajas. En el resto del año las precipitaciones son escasas y esporádicas y francamente insuficientes para satisfacer los requerimientos de la evapotranspiración potencial.

La vegetación, por su parte, consiste en una estepa arbustiva climax en las mesetas y de hierbas, pastos y arbustos en los cerros. Existen además estepas halófilas, con *Atriplex*, *Frankenia*, *Lycium* y otros géneros (Cabrera, A. L., 1958:1971-181; Soriano, A., 1950:330-331).

ANÁLISIS POLINICO

Extracción del polen. — Todas las muestras fueron tratadas de la misma manera aunque 0b, 1b, 3b, 4b, 6, 6b y 7b exigieron una eliminación de materia orgánica más larga y enérgica. Luego del agregado de tabletas con polen foráneo y del "HCl swirl" el material recuperado se centrifugó y lavó con agua destilada. Se centrifugó nuevamente y después de volcar el sobrenadante se colocaron los tubos boca abajo por espacio de una hora. A continuación se agregaron ca. de 15 ml de una solución acuosa de Br_2Zn (ajustada a una densidad conveniente),

se revolvió con varillas de vidrio y se colocaron los tubos en una cuba ultrasónica durante 5 minutos. Se centrifugó cerca de media hora a 3.500 r.p.m., se recuperó el sobrenadante, se transfirió a otros tubos y se agregó agua destilada hasta duplicar el volumen del líquido recuperado en el paso anterior. Se centrifugó a 2.000 r.p.m. y se volcó el sobrenadante. El residuo obtenido se trató con HF al 50 % en caliente por 3 minutos para eliminar algunos minerales libianos que flotaron durante la separación. A continuación se lavó con HCl en frío y luego repetidas veces con agua caliente. A continuación se deshidrató con Ácido Acético Glacial y se sometieron todas las muestras a 3 minutos de ebullición en mezcla acetolítica. Como se ha señalado, algunas muestras requirieron una intensificación de esta etapa del tratamiento. Después de los lavados necesarios, las muestras se incluyeron en glicerina y se hicieron preparaciones para el estudio al microscopio (D'Antoni, H. L., 1979).

*Los tipos polínicos determinados**. — Se identificaron 40 taxa polínicos correspondientes a la flora regional y a floras de regiones relativamente alejadas del sitio estudiado. Sólo 18 de tales tipos tuvieron por lo menos una vez a lo largo del perfil concentraciones superiores al 2 % y fue en base a estos que se efectuaron las interpretaciones del presente trabajo, según se reflejan en los diagramas. Los demás tipos sirvieron para afirmar las interpretaciones obtenidas de los 18 más significativos ya que en general se trataba de plantas de polinización entomófila o de tipos polínicos que se dispersan muy poco, careciendo de signifiación cuantitativa para los diagramas pero comportándose como excelentes indicadores cualitativos.

Se recontaron entre 250 y 500 granos por muestra pero en aquéllas con concentraciones muy elevadas la suma polínica se llevó a 1000 granos por muestra.

Tratamiento estadístico de los datos. — El agregado de polen foráneo a todas las muestras permitió calcular la cantidad de granos de polen fósil contenidos en cada una. Una sencilla conversión permitió calcular otro parámetro aún más valioso: la cantidad de polen contenido en un gramo de muestra. Los resultados de tal análisis se muestran en la Fig. 2.

Si se dejan a un lado las muestras de guano, puede observarse una clara tendencia al aumento de la concentración de polen por gramo de sedimento desde el pasado hasta la actualidad. aunque las muestras 7a, 6a y 5 representen casos algo particulares. En lo que respecta a las muestras de guano, el contenido de polen es entre 6 y 60 mil veces mayor que en los sedimentos. Sin embargo, esos valores no son estrictamente comparables por cuanto el peso específico de los materiales comparados es ampliamente diferente y por tanto, las concentraciones del polen en el guano resultan un poco exageradas cuando se las compara con aquellas de los sedimentos minerales.

También mediante la información de la concentración de polen por gramo de muestra se confeccionaron diagramas APF (*vide infra*) que se utilizaron para complementar la interpretación del diagrama general de la Fig. 3.

La aplicación de algunas técnicas estadísticas y matemáticas multivariadas a la palinología dio origen a las llamadas técnicas "objetivas". Estas se basan únicamente en los datos del recuento polínico y no requieren el uso de hipótesis antes de ser aplicadas. Esto pareció especialmente adecuado para una primera aproximación paleoecológica de esta localidad.

La técnica utilizada en el presente trabajo es el "Cluster Analysis" en sus dos modalidades, R y Q. Consiste esencialmente en agrupar aquellas variables

* No se incluyen fotomicrografías de polen pues los tipos determinados se encuentran descritos e ilustrados en *Polen flora of Argentina* (Markgraf y D'Antoni, 1978a).

(u observaciones) que presentan la mayor similitud entre ellas y tratarlas de allí en más como si fuesen una unidad. El proceso continúa hasta que todas las variables (u observaciones) constituyen un único grupo.

A despecho de las sugerencias de Adam (1970) los datos no fueron normalizados, lo que no se justifica al trabajar con porcentajes en los cuales aquellas variables con las mayores varianzas son también las que contribuyen a la mayor parte de la variabilidad general de la población (Wishat, D. 1969:13).

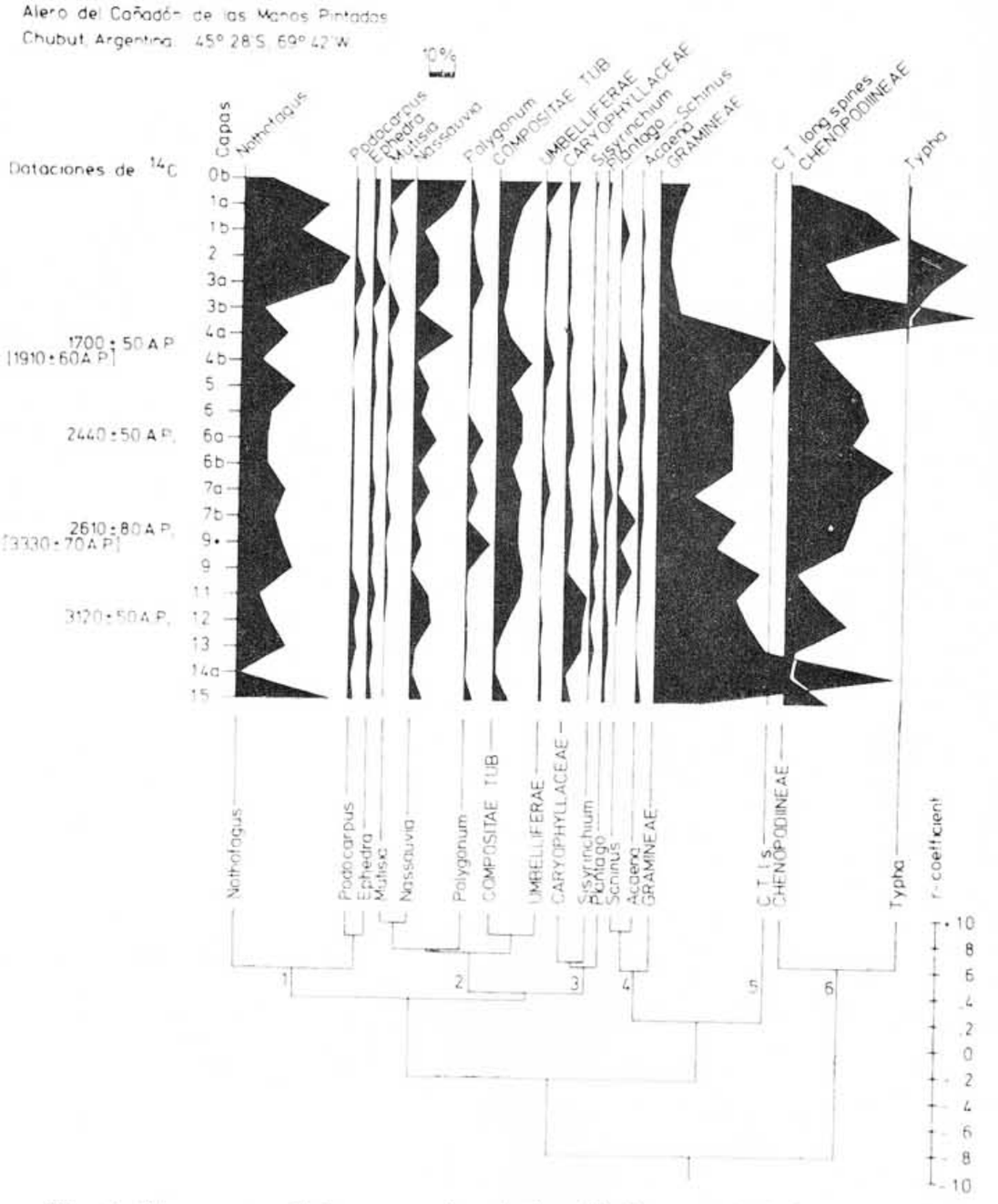


Fig. 3: Diagrama polínico general, relativo. En la parte inferior se ve el dendrograma producido mediante el modo R de Cluster Analysis ("complete linkage") según una escala basada en el coeficiente r de correlación (Producto-Momento de Pearson). Los números indican los seis grupos de taxa polínicos reconocidos.

Aproximación a los grupos ecológicos. — El dendrograma de la parte inferior de la Fig. 3 muestra el modo en que se han agrupado los distintos taxa polínicos de acuerdo con sus comportamientos a lo largo del perfil estudiado.

La forma de análisis utilizada fue la del "Complete linkage" que permite adicionar a un cluster previamente formado sólo un nuevo cluster o un nuevo elemento en cada ciclo computacional, con la condición de que éste sea el que tiene la mayor similitud con todos los elementos que constituyen el cluster preexistente. Aunque tal modalidad exige mucho más trabajo de computadora (Sokal y Sneath, 1963), asegura que la agrupación obtenida es óptima. El modelo del "complete linkage" tiene el inconveniente de producir los conocidos "reversals" (Sokal y Sneath, 1963) cuya explicación teórica es virtualmente imposible, pero en el presente estudio no se produjeron tales inversiones.

Utilizando un umbral de similitud del 75 % ($r = 0,5$) se generaron 6 clusters, uno de los cuales tiene solamente un elemento.

El cluster 1 (Fig. 3) contiene a *Nothofagus*, *Podocarpus* y *Ephedra*. Se trata de elementos transportados a través de grandes distancias y que no forman parte de la vegetación local. Al menos los dos primeros dan cuenta de la llegada al lugar que nos ocupa de masas de aire del oriente cordillerano, concretamente de la provincia fitogeográfica subantártica, mientras que Cabrera (1958:178) menciona a *Ephedra frustillata* Miers. en el distrito patagónico occidental y a *Ephedra ochreata* Miers. en el distrito del Golfo de San Jorge, ambos en la provincia fitogeográfica patagónica. Tanto por su alta correlación con *Podocarpus* (Fig. 3) cuanto por la morfología de los granos determinados (Markgraf y D'Antoni, 1978:177) puede afirmarse que se trata de *Ephedra frustillata* y que ha llegado al sitio con las mismas masas de aire proveniente del Oeste que transportaron el polen de los dos taxa arbóreos.

El cluster 2 (Fig. 3) reúne a *Mutisia*, *Nassauvia*, *Polygonum*, a las Compositae Tubuliflorae y a las Umbelliferae, incluyendo al género *Azorella*. Puede considerarse a este grupo con sus dos subconjuntos como un buen representante del distrito patagónico central, donde *Nassauvia glomerulosa* (Lag.) Don y *Mulinum spinosum* (Cav.) Pers. son plantas características. Varias especies de *Mutisia* pertenecen también a la región (Cabrera, A. L., 1971:321-325). Otro tanto sucede con las Compositae Tubuliflorae mientras que *Polygonum* se halla en localizaciones peculiares.

El cluster 3 (Caryophyllaceae, *Sisyrinchium* y *Plantago*) indica condiciones de humedad edáfica suficiente y refleja, con toda seguridad, ambientes locales más restringidos (Fig. 3).

El cluster 4 contiene tres elementos de la Patagonia: *Schinus*, *Acaena* y a las dominantes Gramineae. Entre estas últimas, *Stipa* y *Festuca* son pastos característicos de aquella porción del territorio nacional. *Acaena* se menciona en las vegas junto a plantas de hábito palustre y litoral. Por su parte, *Schinus* pertenece a la flora del distrito patagónico occidental (Cabrera, 1958:176-182) (Fig. 3).

El cluster 5 está constituido por un único tipo polínico que se ha denominado Compositae Tubuliflorae de echinae largas y aparece sólo una vez en el perfil, en un nivel de guano. Se trata seguramente del polen de alguna hierba tierna, sin especial importancia en la vegetación y que los animales del tiempo de la capa 4b consumieron de buen grado (Fig. 3).

Por fin, el cluster 6 reúne a las Chenopodiineae con *Typha*. Así se enfatiza en la vinculación entre los ambientes halófilos indicados por las primeras y los palustres reflejados por *Typha* (Fig. 3).

De este modo, los resultados del Cluster Analysis de los tipos polínicos determinados en el perfil concuerdan aceptablemente con los conocimientos disponibles para la vegetación patagónica y sugieren interesantes interpretaciones en cuanto al desplazamiento de las masas de aire en esa latitud.

Podría argumentarse que las preferencias alimentarias de los herbívoros que ocuparon el Alero en diversas oportunidades son capaces de producir una sobrerrepresentación de las especies que consumen. Sin embargo, las comunidades vegetales visitadas por ellos están igualmente sometidas a la depositación del polen regional y extrarregional que traen las masas de aire que se desplazan sobre la localidad estudiada. Solamente en un caso (muestra 3b) el guano contenía una proporción notablemente mayor del polen de un taxón que aquellas de los sedimentos que se encontraban por encima y por debajo de la capa de excrementos. Así, la posible contaminación introducida por el guano tiene un carácter cuantitativo antes que cualitativo y por ello no presenta inconvenientes para la interpretación palinológica del ambiente local. Esta parece ser la conclusión a la que arriban otros colegas dedicados a la copropalinología: el polen contenido en los excrementos refleja el ambiente en que vivieron los animales antes que sus dietas específicas, las que pueden estudiarse mediante otros métodos microanalíticos.

Finalmente, la totalización representada en el diagrama de polen (Fig. 3) puede concebirse como un sistema de múltiples oposiciones estructurales, pero resulta claro que la clásica oposición polen arbóreo *versus* polen no arbóreo (AP/NAP), a menudo asociada al nombre de un eminente palinólogo danés, el desaparecido Prof. J. Iversen, sería aquí, como en otras localidades del desierto argentino, insuficiente y hasta engañosa (D'Antoni, H. L., 1976; 1977).

Zonación o segmentación del perfil polínico. — Otro aspecto del análisis polínico para el cual se ha empleado la estadística multivariada es la *zonación* o segmentación del perfil en base al contenido polínico de sus capas. Es muy improbable que en el lapso durante el cual se formó el relleno del Alero se hayan producido modificaciones cualitativas en la morfología del polen relacionadas a los procesos evolutivos de las plantas (Waterbolk, H. T., *en* Faegri e Iversen, 1964:152). Por lo tanto, la segmentación de este perfil cuaternario se efectuó en base a los cambios cuantitativos de la vegetación según se reflejan en los espectros polínicos.

Clásicamente la zonación de un perfil polínico es una operación realizada mediante el examen visual del diagrama. Así, los límites zonales se trazan toda vez que se observan cambios significativos en las curvas de algunos taxa indicadores. La computación de los intervalos de confianza multinomiales (positivos y negativos) para una probabilidad del 95 ó 99 % (Mosimann, J., 1965; Maher, L., 1977) es una contribución de inestimable valor que retoma y profundiza la problemática precozmente planteada por Faegri y Ottestad (1948) (ver aplicaciones en D'Antoni, H. L., 1976; 1977; D'Antoni, H. L., y V. Markgraf, 1977; 1978).

Sin embargo, es posible utilizar otra estrategia para la zonación: el análisis multivariado de la matriz de los datos del recuento. Al igual que en la aproximación a los grupos ecológicos, se parte aquí de una matriz de coeficientes de similitud computada en este caso según el modo Q. Dicha matriz es sometida luego al Cluster Analysis y mediante éste van agrupándose los niveles que exhiben entre sí la mayor similitud. En el presente trabajo se utilizó el modelo del producto-momento de Pearson como medida de la similitud para ambos análisis Q y R. Pero, debido a que al aplicar el "complete linkage" al modo Q se produjeron numerosos "reversals" (*vide supra*) se adoptó la técnica del "mean linkage" (Adam, D. P., 1970:36-44). Aquí, cada nuevo cluster o elemento a ser ingresado en un cluster preexistente debe tener el más alto coeficiente de similitud de la matriz remanente del anterior ciclo computacional. A continuación, los valores de similitud del cluster, formado en base al preexistente más el nuevo

elemento o cluster incorporado, con los demás elementos de la matriz se obtiene como la media aritmética de los coeficientes del viejo cluster y del cluster elemento agregado, con cada uno de los elementos remanentes en la matriz.

Los resultados del "mean linkage" y del "complete linkage" no son significativamente diferentes cuando no se produce "reversals" en el segundo.

La ventaja de esta técnica multivariada para efectuar la zonación consiste en que no requiere hipótesis previas a su aplicación y en que no se basa en un número menor de indicadores sino en todos los tipos polínicos considerados en cada muestra, a lo largo de todo el perfil.

Mediante un umbral de similitud del 86 % (r = 0,72) se obtuvieron cuatro clusters y con ellos la zonación que se propone en este trabajo (Fig. 4).

El cluster A reúne las muestras 0b, 3b y 1b. Todas son muestras de niveles de guano y la subactual (0b) tiene una similitud comparativamente baja con las otras dos.

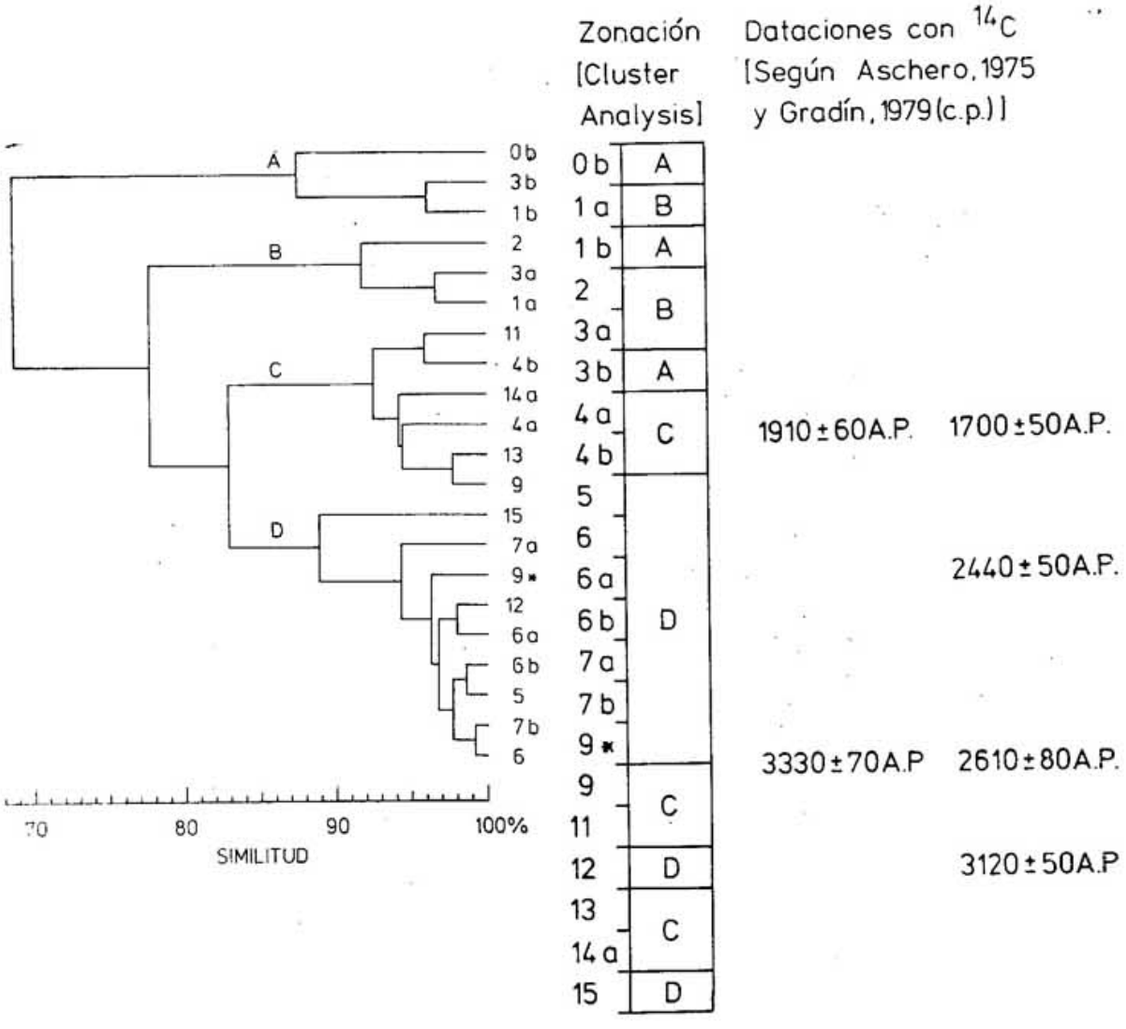


Fig. 4: (izquierda) Dendrograma producido mediante el modo Q de Cluster Analysis ("mean linkage") para el perfil estudiado.

Fig. 5: (derecha) Zonación "objetiva" del perfil mediante Cluster Analysis consistente en el ordenamiento estratigráfico de los elementos de la Fig. 4.

El cluster B reúne a 2, 3a y la que son niveles de sedimento mineral. Este cluster junto con el anterior (A) representan la porción superior del perfil y ambos guardan entre sí una diferencia apreciable. Es importante señalar que sólo en esta parte las muestras de guano tenían diferencias significativas a la

luz del cluster analysis. La observación de la Fig. 3 al modo clásico permite apreciar una estabilidad de las Gramineae dentro de la zona, un retroceso de *Nothofagus* a nivel de 1b que corresponde con pequeños aumentos de *Schinus, Mutisia, Acaena* y las Umbelliferae y un fuerte aumento de las Chenopodiineae. Esto último no es sorprendente si se piensa que 1b es un nivel de guano y que los máximos absolutos de este taxón (*vide infra*) corresponden a muestra de excrementos. Pero entre 2 y 3a se registran los máximos valores de *Typha*, taxon que solamente se encuentra en proporciones menores en el excremento mientras que alcanza sus picos absoluto y relativo en las dos muestras que nos ocupan.

Como hemos señalado más arriba, el cluster 6 (Fig. 3), enfatiza la vinculación de los ambientes halófilos con los palustres. En esta perspectiva, el pico de *Typha* y el retroceso de las Chenopodiineae en los niveles 2 y 3a puede reflejar una variación positiva del balance hídrico local con una mayor extensión de los ambientes palustres en detrimento de los salinos. La tendencia señalada se invierte hacia la actualidad. Esta interpretación resulta reafirmada, a su vez, por el análisis APF (*vide infra*).

El cluster C (Fig. 4) agrupa las muestras 11, 4b, 14a 4a, 13 y 9, esto es tres pares de muestras consecutivas ubicadas en otras tantas porciones del perfil. Dos taxa, Chenopodiineae y Gramineae parecen constituir la principal oposición del sistema y en las tres zonas C del perfil se observan fuertes picos negativos de las primeras que corresponden a fuertes oscilaciones positivas de las segundas. Posiblemente estas zonas C reflejan una reducción del ambiente salino y la correspondiente extensión de los pastos patagónicos con el consiguiente desplazamiento espacial de las restantes comunidades que no parecen particularmente afectadas.

El cluster D reúne a las restantes muestras, apareciendo en el nivel más bajo de la excavación (muestra 15) para encontrase luego en la 12, con una fecha radiocarbónica de 3120 ± 50 A.P. (Gradin y Aschero, op. cit.) y ocupando luego toda la porción comprendida entre las muestras 9* y 5, durante un lapso de unos 1.400 años. Es en este lapso cuando se produce el desmoronamiento del bloque con pinturas de relevante significado arqueológico.

La gran similitud entre los cluster C y D (83 %) puede explicarse en base al argumento ya utilizado al discutir C, esto es, que la principal oposición del sistema ocurre también entre las Chenopodiineae y las Gramineae. Sin embargo, a diferencia de C son las primeras las que registran variaciones positivas, pero ambos taxa dominan los espectros polínicos. Consistentemente puede pensarse que estos hechos reflejan una extensión de los ambientes salinos y una circunscripción de las áreas cubiertas por los pastos patagónicos. Las Compositae Tubuliflorae acompañan a las Gramineae especialmente desde la muestra 12, mientras que *Polygonum* tiene un comportamiento similar del de *Nassauvia* en esta parte del perfil. La observación del diagrama (Fig. 3) sugiere un clima riguroso con una relativa abundancia de agua, lo que limitaría la extensión del área de los coirones y crearía pequeñas zonas anfibias apropiadas para el desarrollo de halófitas y de otras plantas cuando la salinización no fuese grande. Por su parte, muchas Chenopodiineae son anuales que pueden madurar en corto tiempo y soportar la estación desfavorable en forma de semillas.

Así, dentro de un ambiente patagónico reflejado por las Umbelliferae y los característicos pastos, existirían también lugares apropiados para otros taxa más hidrófilos y aun para otros que aprovecharían la estación favorable dejando luego el suelo desnudo durante el resto del año.

La concentración de polen y el diagrama APF.— El diagrama APF (Frecuencia Polínica Absoluta) fue realizado para verificar algunas de las hipóte-

sis enunciadas más arriba. El objetivo teórico perseguido al introducir esta herramienta en el instrumental del palinólogo ha sido el de evaluar *separadamente* el efecto de cada una de las fuentes de polen que se encuentran dentro de la misma región o área general. Debe recordarse que con este criterio los tipos polínicos se comportan como variables independientes. Aun cuando la traducción de los datos polínicos a vegetación sería más fácil y segura con los valores absolutos que con los relativos con que se trabaja habitualmente, las dificultades inherentes a la aplicación del método requieren siempre una interpretación crítica de los resultados (Faegri e Iversen, 1975:160; Davis, M. B., 1967:227; Davis, Brubaker y Webb, 1973:9-25).

En este trabajo se ha empleado la técnica descrita por Stockmarr (1971: 615-621) y las tabletas de *Eucalyptus* preparadas por ese autor.

Más arriba (Fig. 2) se ha mostrado la diferencia de contenido polínico en todas las muestras del perfil. Es conveniente ahora observar algunos aspectos cronológicos. En este trabajo se usó únicamente la última serie de fechados radiocarbónicos (Gradin y Aschero, 1978, op. cit.) realizados en el Laboratorio Rocasolano de Madrid:

Capa	*4*	250 D.C. ± 50	(1700 A.P.)
Capa	*6*	490 A.C. ± 50	(2440 A.P.)
Capa	*9*	660 A.C. ± 80	(2610 A.P.)
Capa	*12*	1170 A.C. ± 50	(3120 A.P.)

Así, teniendo en cuenta la profundidad de las capas y el espesor de las mismas (Aschero, 1975:189) se calcularon las siguientes tasas de sedimentación:

Capa 0 a capa 4 (570 mm) : 0,34 mm/año
Capa 4 a capa 6 (310 mm) : 0,42 mm/año
Capa 6 a capa 9 (670 mm) : 3,94 mm/año (Derrumbe)
Capa 9 a capa 12 (100 mm) : 0,20 mm/año

Tres de las tasas determinadas tienen valor para los propósitos del presente trabajo. La tasa 6-9 resulta grande pues es en ese momento cuando se producen los derrumbes de los bloques con pintura, los que a su vez quitan algún significado al espesor de la capa en términos de tiempo transcurrido. Cabe señalar, por fin, que las tasas calculadas son valores medios, que deberán ajustarse a la luz de nuevos conocimientos sobre la estratigrafía.

Dejando de lado las capas de guano que pueden haberse depositado en unidades de tiempo relativamente cortas, el resto del perfil muestra una gran homogeneidad granulométrica, aunque las capas 15B y 12 sean algo más finas. La capa 1 tiene también una proporción menor de arena muy fina (Etchichury, M. C., 1975:181). En las muestras minerales del perfil encuentra Etchichury (1975:183) claras indicaciones de un origen ígneo extrusivo.

En las tasas de crecimiento que se han determinado (exceptuada la capa del derrumbe) se ve un lento crecimiento del depósito desde la capa 12 a la 9, luego un aumento entre las capas 6 y 4 y finalmente un ritmo algo más lento hacia la actualidad entre la capa 4 y la superficie del depósito.

El diagrama APF (Fig. 6) muestra tres grandes contribuyentes para el registro polínico: *Nothofagus*, Gramineae y Chenopodiineae el primero de los cuales proviene de los bosques subantárticos.

La muestra 14a tiene rasgos sumamente interesantes tanto en el diagrama APF (Fig. 6) como en el porcentual (Fig. 3). Se ve un amplio predominio de las gramíneas que alcanzan al 92 % de la suma polínica y unos 5.750 granos por gramo en el cómputo absoluto. Hacia arriba se ve una marcada disminución

en la concentración de polen y la persistente oposición Gramineae/Chenopodiineae, más visible en la Fig. 3. Hasta la muestra 6a se observan valores menores en la concentración de polen de las capas. Tal vez la verdadera tasa de crecimiento entre las capas 6 y 9 ha sido más rápida, reflejándose en un contenido menor de granos de polen por gramo de sedimento. También parece cierto que bajo condiciones más rigurosas el influjo de polen haya sido notablemente menor. Tal sería la época de erosión y gran sedimentación mencionada por Etchichury (1975).

La capa 5 (Fig. 6) muestra un fuerte incremento en casi todos los taxa locales y regionales como en los transportados desde largas distancias. Esta situación, junto con las indicaciones del diagrama de la Fig. 3 parecen reflejar condiciones más benignas en el clima local tanto como en el regional. Pero, si se comparan las figuras absolutas con las relativas queda claro que hay un buen desarrollo de la vegetación local en sus distintas comunidades.

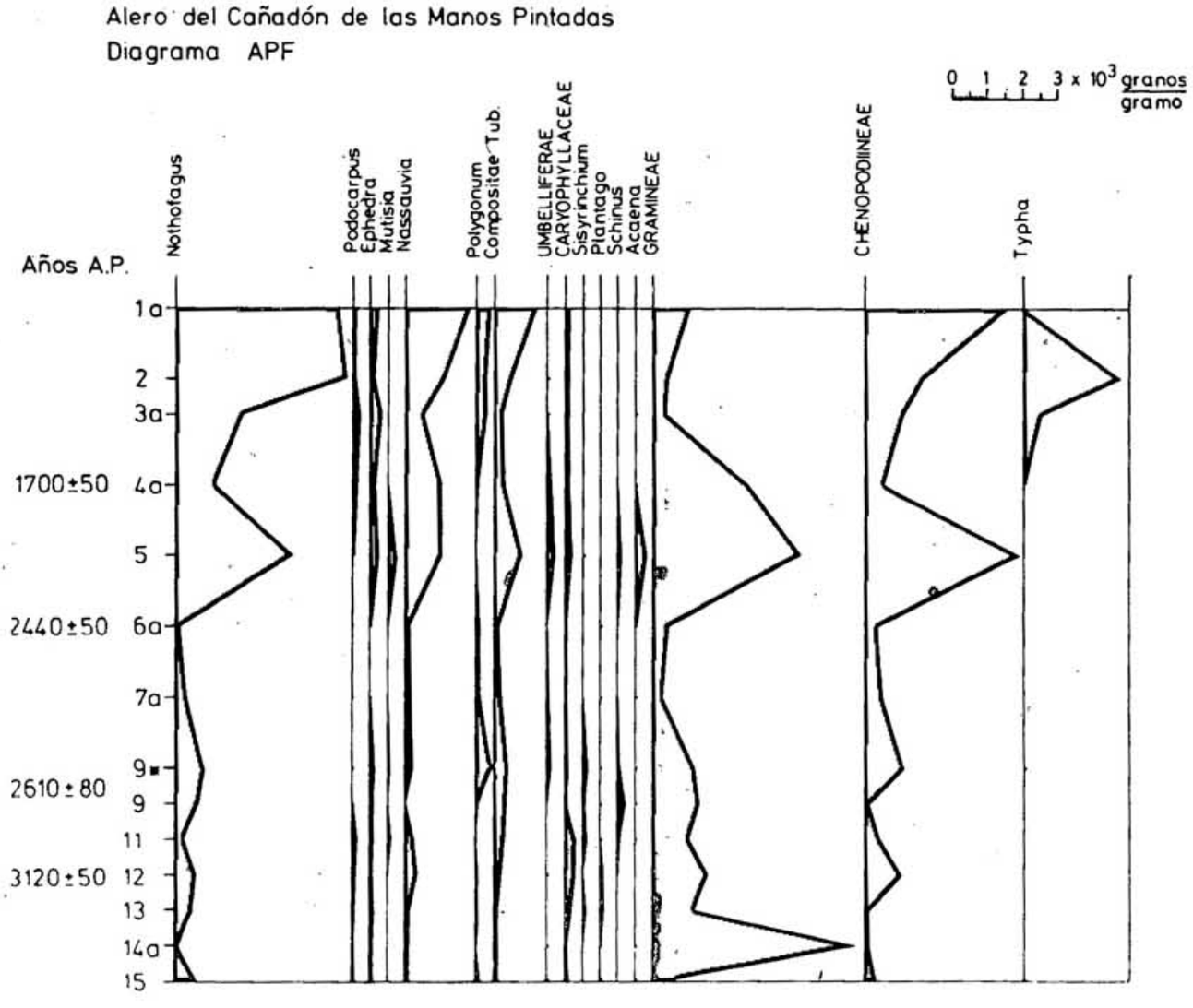


Fig. 6: Diagrama de la Frecuencia Absoluta de Polen (APF) en granos por gramo de sedimento mineral.

El ambiente de la capa 4 parece ser adverso a las Chenopodiineae, pero fue ampliamente favorable para las Gramineae y para *Nassauvia*. Los valores absolutos de *Nothofagus* descendieron marcadamente.

Desde 3a hasta 1a se produce un incremento marcado en la concentración de polen, pero son las Chenopodiineae, las comunidades regionales y las extra-regionales las que más contribuyen. Los pastos patagónicos sufren en cambio un marcado descenso que persiste hasta la actualidad. La irrupción de *Typha* en 3a y 2 y su drástica disminución hacia la actualidad debe marcar un episodio local significativo. En el diagrama relativo (Fig. 3) su pico se produce a expensas de las Chenopodiineae con las cuales guarda este taxón un 80 % de similitud (Dendrograma de la Fig. 3). *Nothofagus* vuelve a tener un papel relevante tanto en valores absolutos como relativos.

La Fig. 7 muestra otra parte del análisis APF, aplicado esta vez a los espectros polínicos de las muestras de excrementos. Como puede verse, las figuras no difieren significativamente de aquellas de las muestras de sedimento mineral, salvo en cuanto a la mayor incidencia de los tipos locales y moderadamente regionales. Las visitas de los animales a las poblaciones locales de plantas en busca de alimentos los pusieron continuamente en contacto directo con las fuentes de polen que resultan sobre representadas en los espectros. Pero las fuentes extra regionales, como *Nothofagus*, se encuentran abundantemente representadas lo que muestra que los complejos ciclos diarios de la dispersión de polen "contaminan" con polen extra regional a las propias fuentes locales.

Como puede verse en la Fig. 5 por debajo de la muestra 3b los niveles de guano no fueron especialmente separados de los minerales por el Cluster Analysis lo que sugiere que también ellas reflejan principalmente el ambiente vegetacional antes que las preferencias alimentarias.

El agudo pico de las Chenopodiineae en 3b contrasta con los valores moderados del mismo taxón en 3a y 4a, reflejando aquí una especial predilección de los animales por estas plantas. El caso se repite aunque de manera menos estridente y con otros taxa en los niveles 0b y 1b, los que junto con 3b fueron reunidos en el cluster A (Figs. 4 y 5).

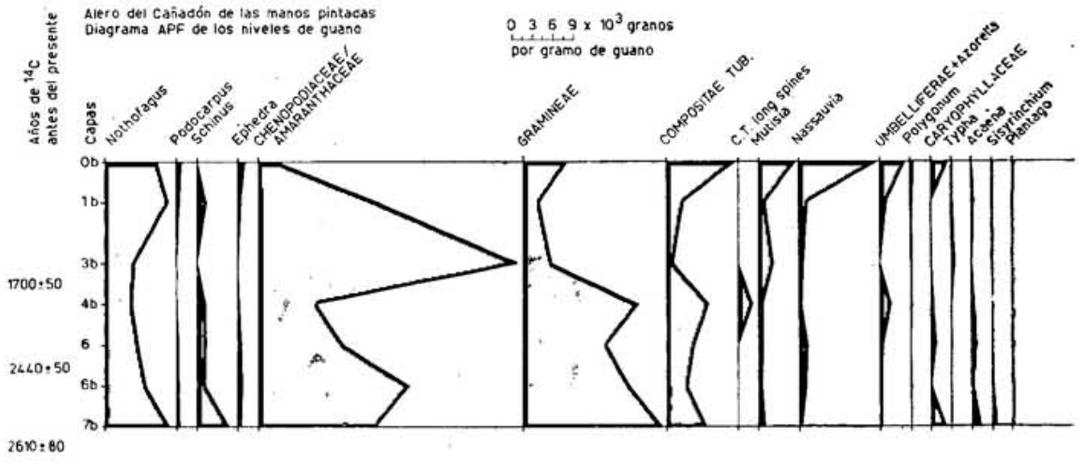


Fig. 7: Diagrama de la Frecuencia Absoluta de Polen (APF) en granos por gramo de excremento seco. Aquí el término Chenopodiaceae/Amaranthaceae debe considerarse como estrictamente equivalente a Chenopodiineae utilizado en las otras figuras.

Por último, cabe señalar que los valores absolutos de la Fig. 7 resultan exagerados al compararlos con aquellos de la Fig. 6. Esta sobre dimensionalidad puede ser explicada en gran parte por la diferencia de densidad existente entre los coprolitos (inferior a un gramo por centímetro cúbico) y la de los sedimentos minerales (superior a dos gramos por centímetro cúbico). Dado que el APF

se basó en el peso de las muestras y dadas las diferentes densidades de las mismas, los volúmenes comparados han sido desiguales. Tal desigualdad, introducida por la densidad de las muestras trató de compensarse dibujando la Fig. 7 en una escala tres veces más pequeña que la de la Fig. 6. Con tal corrección se aprecia más correctamente el alto contenido polínico de los excrementos.

RESUMEN Y CONCLUSIONES

El análisis absoluto y relativo del contenido polínico de las muestras del relleno del Alero del Cañadón de las Manos Pintadas brinda un cuadro paleoecológico preliminar para esa región del Sur de Chubut. Al carecerse de suficiente información sobre la dispersión actual del polen en relación con la vegetación se recurrió al Cluster Analysis como una aproximación a los grupos ecológicos que contribuyen su polen al relleno del Alero. Los clusters 2, 3 y 4 (Fig. 3) reflejan la existencia de comunidades conocidas para los ámbitos local y regional. El cluster 5 sólo puntualiza la existencia de una Compositae palatable para los guanacos. El cluster 6 reúne a las halófitas (y seguramente también a cierta proporción de anuales adaptadas a otros ambientes) con las palustres. Este grupo tiene particular importancia en la indicación de las variaciones ambientales acaecidas durante el lapso estudiado. Finalmente, el cluster 1 reúne los elementos transportados desde grandes distancias, puntualizando una vez más la importancia de esta fuente en los espectros polínicos de los ambientes áridos (D'Antoni, 1977; D'Antoni y Markgraf, 1978).

También se utilizó el Cluster Analysis para la zonación del perfil de una manera más objetiva que la corriente, esto es, mediante todos los tipos considerados. El límite zonal más importante del perfil es el que se encuentra entre las muestras 3b y 4a, cuando el ambiente local asume su fisonomía actual. El cluster A incluye a las tres muestras de guano de la porción superior del perfil mientras que el B hace lo propio con las de origen mineral. Esta separación puede interpretarse como el reflejo de una mayor selección de alimentos por parte de los animales en la última parte de la columna geológica.

El cluster D se interpreta como una situación ambiental más severa caracterizada por temperaturas más bajas dentro y fuera de la región lo que se refleja en una contribución menor de los elementos de los bosques Subantárticos y de la flora local. Probablemente la caída del bloque con pinturas pueda vincularse a fenómenos de congelamiento y derretimiento del agua infiltrada en las fisuras de la roca. En una situación como la que se sugiere, tal vez las anuales tuvieron una importancia peculiar en la fisonomía de la vegetación. Es posible que se haya acentuado el carácter patagónico del clima lo que haría que la estación térmicamente favorable fuese menos húmeda y que la época de las precipitaciones fuese demasiado fría. De este modo la superficie del suelo quedaría desnuda por más tiempo y el viento podría aportar al relleno más minerales y menos polen en cada unidad de tiempo. Con una evaporación más lenta de las precipitaciones invernales se producirían muchos microambientes húmedos apropiados para plantas palustres resistentes al frío y para las anuales de ciclo corto. También las halófitas resistentes al frío tendrían aquí buenas oportunidades.

El cluster C —tres pares de muestras intercaladas en otros tantos sectores del perfil— refleja condiciones de transición con aumentos de los elementos de larga distancia y buen desarrollo de los pastos patagónicos. La muestra 15 da lugar al máximo absoluto y relativo de las Gramineae que se producirá en 14b. Los otros dos máximos de este taxón se encuentran entre 9 y 11 entre 4a y 4b. A partir de este punto, los pastos retroceden hasta su emplazamiento actual.

En el presente trabajo se ha producido información paleoecológica mediante la combinación del APF y el análisis porcentual tradicional en palinología y se han hecho breves incursiones en el campo del paleoclima. Sin embargo, es necesaria mucha más investigación local y regional antes que los diagramas ofrecidos puedan interpretarse con la precisión debida y las hipótesis puedan ser rectificadas o ratificadas.

Para ofrecer una interpretación más rica, utilizando toda la información producida tanto en éste como en otros trabajos es indispensable una elaboración conjunta por parte de todos los investigadores que han trabajado sobre materiales de este interesante sitio.

Agradecimientos. — El autor desea expresar su profundo agradecimiento a Carlos J. Gradin (CONICET, Argentina), al Prof. B. Frenzel (Universidad de Hohenheim, Stuttgart, R.F.A.) y a la Fundación Alexander von Humboldt (Bonn, R.F.A.).

BIBLIOGRAFÍA

ADAM, D.P.; 1970. *Some Palynological Applications of Multivariate Statistics.* Dissertation for he Ph.D. degree in he Graduate College, University of Arizona, Tucson.

ASCHERO, C. A.; 1975. *Secuencia Arqueológica del Alero de las Manos Pintadas Las Pulgas, Departamento Río Senguerr, Chubut.* Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología IX (N.S.): 187-209. Buenos Aires.

CABRERA, A. L.; 1958. *Fitogeografía.* En *La Argentina. Suma de Geografía.* Aparicio y Difrieri (eds.). III (II): 103-207, Buenos Aires.

— 1971. *Parte VII. Compositae.* En *Flora Patagónica.* Maevia N. Correa (Dir.). Colección Científica del INTA, Buenos Aires, 451 pp.

D'ANTONI, H. L.; 1976. *Paleoecología de la Gruta del Indio (San Rafael, Mendoza) y sus correlaciones.* Tesis Doctoral. Fac. Ciencias Naturales y Museo, Univ. Nac. La Plata.

— 1977. *Los últimos 30.000 años en el Sur de Mendoza (Argentina).* III Coloquio sobre Paleobotánica y Palinología, México D.F. (en prensa; resumen publicado en *Programa y resúmenes de los trabajos,* 1977).

— 1979. *Arqueoecología. El hombre en los ecosistemas del pasado a través de la palinología.* Instituto Nacional de Antropología e Historia. Colección Científica. México (en prensa).

— 1979 b. *Similarity Matrix.* Program number 04006D. User's Library, Hewlett-Packard Co. Corvallis, Oregon, U.S.A.

— y V. Markgraf; 1978. *Dispersión del Polen Actual en el Oeste árido argentino.* Anales 4 (1977):125-150. IANIGLIA (CONICET). Mendoza.

DAVIS, M. B.; 1967. *Pollen accumulation rates at Rogers Lake, Conn., during the late and post-glacial time.* Review *of Paleobotany and Palynology* 2: 219-230. Amsterdam.

— ; Brubaker, L. B. and T. Webb; 1973. III.*Calibration of absolute pollen influx.* en *Quaternary Plant Ecology,* Birks & West (eds.) Blackwell Scientific Publications London, 9-25.

ETCHICHURY, M. C.; 1975. *Sedimentología del perfil de el Alero de las Manos Pintadas.* Relaciones. Sociedad Argentina de Antropología IX (N.S.): 177-185, Buenos Aires.

FAEGRI, K. and P. Ottestad; 1948. *Statistical problems in pollen analysis.* Univ. Bergen Arb. Naturv.rk3. Bergen.

— and J. Iversen; 1975. *Textbook of Pollen Analysis.* (3rd. revised edition). Munksgaard, Copenhagen.

FREDSKILD, B.; 1975. *A late-glacial and early post-glacial pollen-concentration diagram from Langeland, Denmark.* Geologiska Föreningens i Stockholm Förhandlingar 97: 151-161, Stockholm.

GRADIN C.; 1973. *El Alero de las Manos Pintadas (Las Pulgas, Pcia. de Chubut).* Centro Camuno di Studi Preistorici 10: 169-207. Capo di Ponte, Brescia, Italia.

MAHER, L.; 1977. *The confidence limit is a necessary statistic for relative and absolute pollen data.* Proceedings of the IVth. International Palynology Conference. Lucknow (India). Preprint.

MARKGRAF, V. and. H. L D'Antoni; 1978a. *Pollen Flora of Argentina. Modern Spore and Pollen Types of Pteridophyta, Gymnospermae and Angiospermae.* University of Arizona Press, Tucson. 208 pp.

— 1978 b. *Comparison of Principal Component and Cluster Analysis Techniques on Modern Pollen and Vegetation data from Argentina.* II Annual Meeting of the American Association of Stratigraphic Palynologists. Phoenix, Arizona.

MOSIMANN, J. B.: 1965. *Statistical Methods for the Pollen Analysis.* En *Handbook of Paleonthological Techniques.* Kummel & Raup (eds.). Freeman, San Francisco, 636-673.

SOKAL, R. R. and F.H.A. Sneath; 1963. *Principles of Numerical Taxonomy.* Freeman, San Francisco, 359 pp.

SORIANO, A.; 1950. *La vegetación del Chubut.* Revista Argentina de Agronomía 17: 30-66, Buenos Aires.

STOCKMARR, J.; 1971. *Tablets with Spores used in Absolute Pollen Analysis.* Pollen et Spores XIII (4): 615-621, París (1972).

WATERBOLK, H. T.; 1964. *Pre-Quaternary Pollen Analysis.* En *Textbook of Pollen Analysis.* Faegri & Iversen, 2nd. ed. 2nd. printing. Munksgaard, Copenhagen: 140-153.

WISHARDT, D.; 1969. *Clustan IA. User Manual.* Edition 1, First issued in november 1969. Printout from Tucson.

Se terminó de imprimir
el 22 de noviembre de 1979,
en GERMANO ARTES GRÁFICAS,
J. B. Alberdi 958,
Buenos Aires.